

**Université de Montréal**

Conflicto regional, estado central y sociedad periférica en Bolivia y Perú.  
Un análisis histórico comparado.

par

Alberto Vergara Paniagua

Département de Science Politique

Faculté des Études Supérieures et Postdoctorales

Thèse présentée à la Faculté des Arts et des Sciences en vue de l'obtention du grade  
de Doctorat en Science Politique

Juin, 2012

© Alberto Vergara, 2012

**Université de Montréal**

Faculté des Arts et des Sciences

Cette thèse intitulée:

Conflicto regional, estado central y sociedad periférica en Bolivia y Perú.  
Un análisis histórico comparado.

présentée par

Alberto Vergara Paniagua

a été évaluée par un jury composé des personnes suivantes:

Jean Philippe Thérien

-----  
Président-rapporteur

Graciela Ducatzenzeiler

-----  
Directeur de recherche

Françoise Montambault

-----  
Membre du jury

Olivier Dabène

-----  
Examineur externe

Juan Carlos Godenzzi

-----  
Représentant du doyen

## Résumé

Cette thèse porte sur les conflits entre centres et périphéries à l'intérieur des pays. Ces dernières années, de nombreux États ont vu l'émergence de régions ou territoires qui défient leurs «centres» politiques. Ces disputes peuvent atteindre divers degrés d'affrontement, en allant des simples divisions électorales à la sécession d'une périphérie rebelle. Pourquoi certaines régions défient-elles ouvertement leur centre, tandis que d'autres ne le font pas? Dans quelles conditions les différences entre le centre et les périphéries sont-elles maîtrisées et circonscrites, et quelles sont celles qui les exacerbent? La thèse cherche à répondre à ces questions en analysant les cas de la Bolivie et du Pérou. En Bolivie, pendant les années 2000, le conflit régional a donné lieu à un clivage entre centre et périphérie; au Pérou, malgré les similitudes avec la Bolivie, un clivage similaire ne s'est pas déployé. Pourquoi cette différence? La thèse répond à la question par une analyse historique comparée. Elle suggère que les conflits entre le centre et les périphéries doivent s'analyser à partir de la combinaison de deux dimensions. La première est l'absence ou la présence d'élites régionales qui, à partir d'organisations et de mises en discours qu'elles rendent légitimes, définissent et représentent les revendications de la région et négocient avec l'État central. La deuxième dimension renvoie aux conditions structurelles de la région, en particulier l'importance des ressources naturelles et la taille de sa population. La thèse développe une analyse historique de la façon dont les deux dimensions ont évolué en Bolivie et au Pérou au cours de la seconde moitié du XX siècle. Cette analyse permet d'expliquer la divergence entre les résultats dans chacun des cas, et de suggérer des réflexions plus générales sur les relations entre les centres et les périphéries.

Mots clés : Clivages, Territoire, Centre, Périphérie, Bolivie, Pérou, Régime politique, Décentralisation, Partis Politiques, Élites.

## Abstract

This dissertation deals with conflicts between centers and regional peripheries within countries. In recent years, many states have witnessed the emergence of territories or regions that challenge their political centers. These disputes range from mere electoral differences to the secession of an indomitable territory. Why do some peripheral areas openly defy their centers while others do not exhibit similar rebellion? What conditions temper the differences between centers and peripheries and what conditions exacerbate them? The dissertation seeks to answer these questions by analyzing the cases of Bolivia and Peru. In Bolivia, during the decade of the 2000s, the conflict between center and periphery escalated into a political cleavage; in Peru, however, despite similarities with Bolivia, a similar cleavage has not emerged. The dissertation seeks to explain these divergent outcomes from a comparative historical analysis and proposes that conflicts between centers and peripheries should be studied using two analytical dimensions. The first dimension is the presence or absence of a regional elite that could shape legitimate political organizations and discourses, articulating regional demands and bargaining with the central state. The second assesses the region's structural conditions, specifically the relevance of natural resources and the size of its population. The dissertation explores how these two dimensions changed during the second half of the twentieth century in Bolivia and Peru. The historical analysis helps to explain the divergent trajectories of the two countries as it puts forward some general ideas about the relationship between centers and peripheries.

Keywords: Cleavages, Territory, Center, Periphery, Bolivia, Peru, Political Regime, Decentralization, Political Parties, Elites.

## Resumen

Esta tesis se ocupa de los conflictos entre centros y periferias al interior de los países. En los últimos años muchos Estados han visto emerger regiones o territorios que desafían a su “centro” político. Estas disputas pueden adquirir distintos grados de enfrentamiento, desde las meras diferencias electorales a la secesión de una periferia irredenta. ¿Por qué algunas periferias desafían abiertamente a sus centros mientras que otras no exhiben una rebeldía similar? ¿Qué condiciones atemperan las diferencias entre centros y periferias y cuáles las exacerban? La tesis busca responder a estas preguntas analizando los casos de Bolivia y Perú. En Bolivia durante los años 2000 el conflicto entre centro y periferia escaló hasta convertirse en un cleavage centro-periferia; en el Perú, en cambio, a pesar de las similitudes con Bolivia, no se ha desplegado un cleavage similar. ¿A qué se debe esta diferencia? La tesis responde a la pregunta desde un análisis histórico comparado y propone que los conflictos entre centros y periferias deben observarse desde la confluencia de dos dimensiones. En primer lugar, la presencia o ausencia de elites regionales que puedan dar forma a unos discursos y organizaciones legítimas que den vida a las reivindicaciones de la región y que las negocien con el Estado central. En segundo lugar, las condiciones estructurales que posee la región; esto es, la importancia de sus recursos naturales así como las dimensiones de su población. La tesis hace un rastreo histórico de la forma en que ambas dimensiones se alteraron durante la segunda mitad del siglo XX en Bolivia y Perú. Este análisis permite explicar los resultados divergentes en ambos países, así como sugerir algunas ideas generales sobre las relaciones entre centros y periferias.

Palabras clave: Cleavage, Territorio, Centro, Periferia, Bolivia, Perú, Régimen Político, Descentralización, Partidos Políticos, Elites.

## Índice

Lista de Tablas .....	vii
Lista de Gráficos .....	viii
Lista de Mapas .....	ix
Lista de Abreviaturas .....	x
Capítulo 1. Introducción .....	1
Capítulo 2. Marco Teórico: Elites periféricas, Estado central y territorio .....	25
Capítulo 3.....	75
Democratizaciones: La revolución nacional boliviana (1952-1964) y el regreso de las elecciones en Perú (1956-1968).....	75
Bolivia y la democratización social (1952-1964) .....	81
Perú y la democratización electoral (1956-1968) .....	107
Capítulo 4.....	143
Los regímenes militares: El gobierno de general Banzer (1971-1978) en Bolivia y el del general Velasco (1968-1975) en Perú.....	143
Bolivia. El Banzerato: Militares, campesinos y cruceños.....	147
Perú. La revolución desde arriba (1968-1975) .....	168
Capítulo 5.....	207
Se resuelve la trayectoria: La apertura política boliviana (1994-2004) y la clausura peruana (1989-1995).....	207
Bolivia: El Estado asediado por dos periferias fortalecidas.....	211
Perú. De Velasco a Fujimori: El segundo tiempo de la centralización despótica....	257
Capítulo 6. Conclusiones .....	309
Bibliografía .....	327
Entrevistas.....	i
Anexos .....	iv

## Lista de Tablas

- Tabla I. Variables y resultados del argumento general.
- Tabla II. Tenencia de la tierra cultivada en Bolivia 1950
- Tabla III. Redistribución de la tierra durante la Revolución Nacional.
- Tabla IV. Resultados de las Elecciones Generales de 1945.
- Tabla V. Resultados de las Elecciones General de 1945 por departamentos.
- Tabla VI. Resultados de las Elecciones Generales de 1956 por departamentos.
- Tabla VII. Resultados de las Elecciones Generales de 1963.
- Tabla VIII. Resultados de las Elecciones Generales de 1963 por departamentos.
- Tabla IX. Partido político elegido en los municipios del Cusco en la Elección Municipal de 1964.
- Tabla X. Partido político elegido en los municipios de La Libertad en la Elección Municipal de 1964.
- Tabla XI. Partido político elegido en los municipios de Arequipa en la Elección Municipal de 1964.
- Tabla XII. Bancos regionales del Perú.
- Tabla XIII. Establecimientos industriales en regiones y departamentos del Perú.
- Tabla XIV. Proporción anual de población por departamento con respecto a población de Lima
- Tabla XV. Composición regional de las exportaciones bolivianas.
- Tabla XVI. Proporción de población por departamento con respecto a población de Lima cada año.
- Tabla XVII. Variación en el número de ciudades según población.
- Tabla XVIII. Participación porcentual por departamentos en el PBI nacional.
- Tabla XIX. Electores alfabetos y analfabetos a nivel departamental en 1980.
- Tabla XX. Proporción de población por Departamento con respecto a población de Lima cada año.
- Tabla XXI. Ciudades peruanas por rango de población.
- Tabla XXII. Participación porcentual de los departamentos peruanos en el PBI Nacional.
- Tabla XXIII. Procedencia sub-nacional de los candidatos a la Presidencia en las dos últimas elecciones presidenciales en los 10 países sudamericanos.

## Lista de Gráficos

- Gráfico 1. Factores estructurales para la politización regional.
- Gráfico 2. Bolivia y Perú en la matriz de democratización de Robert Dahl.
- Gráfico 3. Población de los departamentos bolivianos en 1900 y 1950.
- Gráfico 4. Distribución de créditos agrícolas por departamentos 1955-1975.
- Gráfico 5. Universidades limeñas y provincianas fundadas según periodo histórico.
- Gráfico 6. Universidades públicas y privadas fundadas según periodo histórico.
- Gráfico 7. Exportaciones entre 1955 y 1969.
- Gráfico 8. Distribución departamental de la renta nacional en 1955.
- Gráfico 9. Variación en el régimen de Bolivia y Perú en la matriz de democratización de Robert Dahl.
- Gráfico 10. Tierra entregada por gobiernos bolivianos entre 1952 y 1974.
- Gráfico 11. Recursos destinados a las corporaciones de desarrollo de los departamentos bolivianos.
- Gráfico 12. Distribución de créditos agrícolas por zonas del país.
- Gráfico 13. Rendimiento sub-nacional del MAS.
- Gráfico 14. Evolución de la suma de votos de los tres partidos políticos tradicionales bolivianos 1985 -2009.
- Gráfico 15. Éxito de los partidos tradicionales y del MAS en el nivel municipal.
- Gráfico 16. Reservas de petróleo en Bolivia.
- Gráfico 17. Evolución de las reservas probadas de gas en Bolivia.
- Gráfico 18. Localización gas por departamentos en Bolivia.
- Gráfico 19. Población boliviana occidental y oriental en 2001.
- Gráfico 20. Crecimiento de la población de los departamentos bolivianos según censos de 1976, 1992 y 2001.
- Gráfico 21. Presupuesto General de la República asignado al Ministerio de la Presidencia.
- Gráfico 22. Presupuesto General de la República asignado al Ministerio de Defensa.
- Gráfico 23. Desplazamiento de las periferias a lo largo de la trayectoria estudiada

## Lista de Mapas

- Mapa 1. Mapa Departamental de Bolivia.
- Mapa 2. Mapa Departamental del Perú.
- Mapa 3. Votación del MNR en la Elección Presidencial 2002.
- Mapa 4. Antiguo eje económico-demográfico boliviano.
- Mapa 5. Votación del CONDEPA en las Elecciones Presidenciales de 1997.
- Mapa 6. Distribución de la renta nacional por departamentos en el Perú en 1996.
- Mapa 7. Nuevo eje económico-demográfico boliviano.

### Lista de Abreviaturas

ADN	Acción Democrática Nacionalista
AIDSESP	Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana
AP	Acción Popular
APRA	Partido Aprista Peruano- Alianza Popular Revolucionaria Americana
BID	Banco Interamericano de Desarrollo
CAEM	Centro de Altos Estudios Militares
CAINCO	Cámara de Industria, Comercio, Servicios y Turismo de Santa Cruz
CCD	Congreso Constituyente Democrático
CCP	Confederación Campesina del Perú
CCPSC	Comité Cívico pro Santa Cruz
CGTP	Confederación General de Trabajadores del Perú
CIA	Central Intelligence Agency, Agencia Central de Inteligencia
CNA	Confederación Nacional Agraria
COAP	Comité de Asesoramiento de la Presidencia de la República
COB	Central Obrera Boliviana
COMIBOL	Corporación Minera Boliviana
CONALDE	Consejo Nacional Democrático
CONDEPA	Conciencia de Patria
CORDE	Corporaciones de Desarrollo Departamentales
CTRP	Confederación de Trabajadores de la Revolución Peruana
CVR	Comisión de la Verdad y Reconciliación
DC	Democracia Cristiana
EEUU	Estados Unidos de Norteamérica
ENFE	Empresa Nacional de Ferrocarriles Boliviana
ENTEL	Empresa Nacional de Telecomunicaciones
ENDE	Empresa Nacional de Electricidad
EP	Ejército Peruano
LAB	Lloyd Aéreo Boliviano
ERPS	Empresas Rurales de Propiedad Social
FDN	Frente Democrático Nacional
FJD	Frente de Juventudes Democráticas
FONAVI	Fondo Nacional de Vivienda
FONCODES	Fondo Nacional de Compensación para el Desarrollo
FREDEMO	Frente Democrático
FRENATRACA	Frente Nacional de Trabajadores Campesinos
FRI	Frente Revolucionario de Izquierda
FSB	Falange Socialista Boliviana
FSTMB	Federación Sindical de Trabajadores Mineros Boliviana

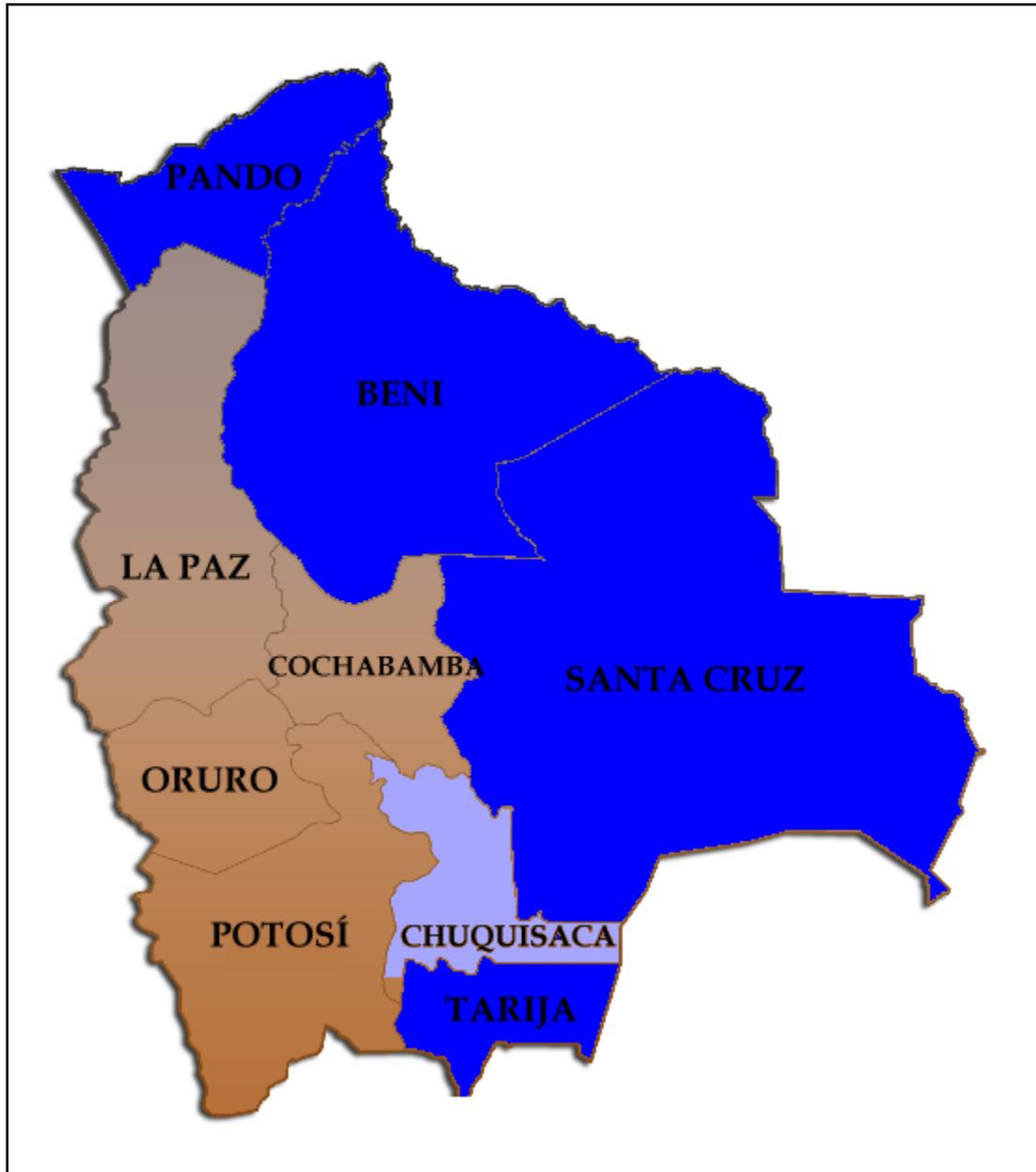
GOC	Gulf Oil Company
IU	Izquierda Unida (Perú)
IU	Izquierda Unida (Bolivia)
LPP	Ley de Participación Popular
MAS	Movimiento al Socialismo
MERCOSUR	Mercado Común del Sur
MIR	Movimiento de Izquierda Revolucionaria
MIP	Movimiento Indígena Pachakuti
MNR	Movimiento Nacional Revolucionario
MRTA	Movimiento Revolucionario Túpac Amaru
MSC	Movimiento Social Cristiano
NFR	Nueva Fuerza Republicana
ONPE	Oficina Nacional de Procesos Electorales
PBI	Producto Bruto Interno
PDS	Partido Descentralista del Sur
PCP-SL	Partido Comunista del Perú- Sendero Luminoso
PIR	Partido de Izquierda Revolucionaria
PNP	Policía Nacional del Perú
PODEMOS	Por la Democracia Social
POR	Partido Obrero Revolucionario
PPC	Partido Popular Cristiano
PRONAA	Programa Nacional de Asistencia Alimentaria
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PUCP	Pontificia Universidad Católica del Perú
RBA	Regímenes Burocrático Autoritarios
SAIS	Sociedades Agrícolas de Interés Social
SIN	Servicio de Inteligencia Nacional
SINAMOS	Sistema Nacional de Movilización Social
SL	Sendero Luminoso
SNA	Sociedad Nacional Agraria
SINAMOS	Sistema Nacional de Movilización Social
SUTEP	Sindicato Unitario de Trabajadores en la Educación del Perú
UCS	Unidad Cívica Solidaridad
UN	Unidad Nacional
UNO	Unión Nacional Odríista
UPP	Unión por el Perú
YPFB	Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos

## Reconocimientos

Una tesis doctoral solo se termina con el apoyo intelectual y afectivo de mucha gente. En el departamento de ciencia política de la Universidad de Montreal quiero agradecer muy especialmente a Graciela Ducatzenzeiler, directora de esta tesis y, sobre todo, gran amiga en mi estadía montrealés. Gracias a Frederic Mérand, amigo y asesor en la sombra de tantos proyectos. Y a varios profesores de quienes he aprendido mucho en seminarios o conversaciones de *couloir*: André J. Bélanger, Jane Jenson, Richard Nadeau, Philippe Fauchet, Charles Blattberg, Laurent McFalls, Augustin Simard, Marie-Joelle Zahar, Jean Philippe Thérien y, más recientemente, Françoise Montambault. Fuera del departamento las deudas se multiplican en todos los sentidos. A Jaime Porras le debo su amistad impagable, pura como una ranchera de José Alfredo. Y, junto a él, gracias a Marie-Eve y a Gabriel quienes han conseguido que Montreal sea, además de una ciudad fantástica, una donde tengo una familia. A Martín Mujica agradecerle la generosidad de siempre. A Eduardo Dargent, ¿cómo agradecerle?, ¿por dónde comenzar? Esta tesis está toda teñida de sus comentarios, sugerencias y, como tantas otras cosas, está teñida de su entusiasta amistad: Gracias, camará. Gracias a José Luis Rénique que se interesó por este proyecto desde el inicio; una de las secuelas más felices de esta tesis es su amistad. A Cynthia Milton, colega y amiga de estos años. A Steve Levitsky que comentó este proyecto en distintos momentos, ha sido un lujo contar con su ayuda. Agradezco también a quienes de distintas maneras y en distintos momentos me dieron una mano con la tesis: Daniel Encinas, Sofía Vera, Rodrigo Barrenechea, Mauricio Zavaleta y Marita Romero. A Salvador Romero, otra feliz amistad producto de esta tesis, quien soportó a cada tanto mis impertinentes preguntas sobre Bolivia. Al hacer trabajo de campo también adquirí deudas difíciles de pagar: a Pablo Quintanilla y su generosa familia en Arequipa; a Armando Andrade y su espléndida casa en el Cusco. En Bolivia, mil gracias a la gente de IDEA, Alfonso Ferrufino, Carolina Floru, Jackie Howe, Susana de la Torre y don Juan Botello. Y desde luego, gracias a todos los entrevistados en Bolivia y Perú (y a los de Ecuador, aunque al final desembarcara al Ecuador de la comparación, gracias Flacso-Quito). A la Fundación Trudeau que me permitió realizar esta tesis en unas

condiciones realmente privilegiadas; en especial a Joséé Saint Martin. Debo agradecerle también a mis amigos del Departamento de Government de la Universidad de Texas at Austin con quienes preparé el proyecto de investigación durante el otoño del 2008. Muy especialmente agradecer la generosidad de Kurt Weyland, Raul Madrid, Henry Dietz y Catherine Boone. Gracias a Carlos Durán. A la *gang* latinoamericana de Montreal: Manu y Celi, Tatiana y Nicolás, Daniel. A Gabriel Acevedo. Gracias a Lula y Ricardo, mamá y papá, que en algún remoto momento debieron enseñarme a querer los libros y también, mucho me temo, a querer hacer un doctorado. Gracias a Constantino Carvallo. A Beto Paniagua. A mis abuelos Vergara y Paniagua; un día mientras escribía la tesis me di cuenta que ella era, en buena medida, sobre ellos, periféricos y anti-oligárquicos. El cariño de mi abuelo Paniagua sigue siendo capaz de calentar los inviernos más crudos y desleales. Finalmente, gracias a María Inés, sin las reservas inextinguibles de su amor, inteligencia y generosidad jamás habría terminado esta tesis.

**Mapa 1. Mapa departamental de Bolivia\***



\*En azul los departamentos del oriente y en marrón los del occidente.

Mapa 2. Mapa departamental del Perú\*



\*En rojo los departamentos del sur del Perú.



## Capítulo 1. Introducción

*Everybody is shouting "which side are you on?"*

Bob Dylan

“De no darse cambios en Bolivia”, afirmó el Presidente del Comité Cívico pro Santa Cruz (CCPSC) pocas horas después de que el Presidente Sánchez de Lozada abandonase el país el año 2003, “dudamos de la permanencia de Santa Cruz en la actual estructura del país.” La frase coronaba un ciclo de enfrentamientos en la llamada “guerra del gas”; ciclo de protestas y contra-protestas que le costó el puesto a Gonzalo Sánchez de Lozada quien había sido elegido el año 2002. Sin entrar en detalles, el pleito aquel enfrentó al gobierno, que buscaba exportar el gas enterrado en el oriente boliviano (donde Santa Cruz es la ciudad más importante) a través de territorio chileno, con la oposición que consideraba una traición histórica dicha propuesta pues aquél era el territorio que Bolivia había perdido a manos de Chile a fines del siglo XIX. Las poblaciones del oriente respaldaban mayoritariamente la opción oficialista mientras que las movilizaciones sociales del occidente la enjuiciaban. La “guerra del gas” se convirtió en un tipo de disputa que habría de dominar la política boliviana durante el resto de la década. Sin importar aquello que estuviera en el centro de la disputa, el pleito se manifestaría de manera territorializada: una división política que opone el “occidente” al “oriente”; a La Paz (capital situada en el occidente) y Santa Cruz (principal departamento y ciudad del oriente). Y en términos más sociológicos y étnicos, a lo largo de la década se difundió la utilización de los términos “Colla” y “Camba” para denominar a los habitantes del occidente y el oriente, respectivamente, y sus opciones políticas y sociales divergentes. No han faltado las amenazas de secesión de parte de los cruceños y la palabra “autonomía” y “territorio” se han vuelto moneda corriente en las reivindicaciones políticas de todos los actores y sectores políticos bolivianos. Aunque estas divisiones territoriales esconden otros tipos de enfrentamientos (ideológicos, económicos o étnicos) ellos han quedado subsumidos en

este enfrentamiento territorial.<sup>1</sup> Tanto así que en palabras de un observador boliviano, “los departamentos son los nuevos partidos políticos en Bolivia.”<sup>2</sup>

Estas divisiones políticas fuertes y constantes de carácter territorial no son monopolio boliviano. Por el contrario, en la post-guerra fría muchos países han pasado por procesos que, con más o menos radicalidad, se acercan al proceso de fractura política acaecido en Bolivia y que, con más o menor importancia, muestran las limitaciones del Estado nacional para ordenar la vida política en el mundo contemporáneo. En Asia varios países sufren tensiones territoriales que obligan a pensar en acomodos institucionales que moderen el enfrentamiento. Es el caso de Kirguiztán donde el norte rechaza la legitimidad de las instituciones estatales sureñas mientras el “sur” que las alberga, las defiende (Ryabkov 2008). En África varios países pasan por procesos similares. Costa de Marfil —alguna vez la perla política y económica del África— se ha visto envuelta en una violenta disputa que opone al sur del país que poseería “*l’ivoirité*” mientras que los del norte estarían “contaminados” por el Islam.<sup>3</sup> En Nigeria la violencia entre norte y sur obligó a un arreglo informal donde ambos bloques geográficos se turnaban la presidencia para así evitar un recrudecimiento del enfrentamiento<sup>4</sup>; arreglo que lamentablemente se dejó de lado en la reciente elección presidencial dando lugar a varias centenas de muertos.<sup>5</sup> Y en otros casos ni siquiera la secesión de territorios irredentos se convierte en un arreglo de estabilidad como lo demuestra el reciente caso de Sudán del Sur independizado de Sudán.<sup>6</sup> A las puertas de Europa, en Ucrania, la disputa política está enmarcada por una oposición territorial que enfrenta al oriente pro-ruso con el occidente pro-Europeo (Birch 2000), tanto así que en un reciente artículo se dice, con innegables criterios geográficos, que “the eastward expansion of western values in the 1990’s has been replaced by the westward creep of a post-Soviet model.”<sup>7</sup> Y en Europa también encontramos casos similares. En Italia las tensiones territoriales de carácter fiscal que oponen al norte próspero con el sur tradicional son centrales para la política de ese país

---

<sup>1</sup> Romero 2007, 2010; Centellas 2009; Laserna 2010.

<sup>2</sup> Carlos Toranzo, entrevista personal.

<sup>3</sup> Ver el número especial sobre este país en *Politique Africaine* 112.

<sup>4</sup> Sobre federalismo y divisiones en Nigeria, Suberu 2004.

<sup>5</sup> *The New York Times*, 25 de abril 2011.

<sup>6</sup> *Financial Times*, 21 de abril 2012.

<sup>7</sup> *The Economist*, 26 de febrero 2011.

(Amoretti 2004a). Cada uno de estos casos tiene particularidades y el grado de tensión del enfrentamiento político varía significativamente. Sin embargo, estos enfrentamientos regionales son cada vez más frecuentes en el mundo contemporáneo y no quedan restringidos a un continente, tampoco a los países pobres o ricos, y es notorio que ellos pueden convertirse en un problema serio para los Estados que no sepan acomodarlos. De los 111 conflictos armados que hubo en el mundo entre 1989 y el año 2000, 104 se dieron al interior de los Estados y no entre ellos (Amoretti 2004b: 7).<sup>8</sup>

En América Latina también encontramos ejemplos recientes de disputas regionalizadas al interior de los Estados con distintos grados de agresividad. Si pocos han llegado al tipo de enfrentamiento que ha sufrido Bolivia, varios comparten algunos elementos de dicho enfrentamiento. En México está cada vez más presente un cleavage territorial de tipo electoral que opone un norte próspero y conservador a un sur pobre y de izquierdas (Trejo 2004; Baker 2009); en Argentina Marcelo Leiras ha mostrado una tendencia a la regionalización del voto (Leiras 2006); en Ecuador la vieja tensión entre Quito y Guayaquil —la sierra y la costa—, ha sacudido reiteradamente la política durante los últimos años y dado lugar a que cinco Presidentes elegidos constitucionalmente abandonen el cargo antes de lo previsto (de ahí que la frase “Guayaquil pone a los presidentes y Quito los saca” se haya ganado una merecida popularidad) (Burbano 2011; Collins 2004; Pachano 2006). Y en el Perú también se ha señalado —en especial a partir de las elecciones generales de 2006— que en las elecciones “se manifestaron antagonismos regionales, étnicos y de clase con una fuerza nunca antes vista en el país desde el inicio de la experiencia democrática en 1980” (Tanaka y Vera 2010: 108). En resumen, al igual que en el resto del mundo, en los Estados latinoamericanos las divisiones políticas de carácter territorial se expanden y ellas no se limitan a países con poblaciones indígenas o sin ellas, tampoco se limitan a

---

<sup>8</sup> En estos ejemplos he tratado de evitar casos donde la territorialidad del conflicto está claramente vinculada al hecho nacional. Los ejemplos aquí recogidos y los casos que trataré en la tesis son mucho más los de una repentina politización del territorio que unos de abierta pluri-nacionalidad en el seno de un Estado. Es la razón por la cual, a pesar de compartir algunas dinámicas, no considero aquí situaciones como las referidas al Québec en Canadá, Cataluña en España, los kurdos en Turquía o las divisiones entre flamencos y walones en Bélgica. Estos son casos que se acercan a una situación primordialista pues a la base del conflicto radica el hecho nacional más que territorial. En la tesis, en cambio, se lidia con la politización del territorio sin que esto implique necesariamente un problema de “nacionalidades”.

Estados con diseños federales o unitarios y las encontramos tanto en países grandes como chicos. El territorio ha adoptado una nueva relevancia para el estudio de la política y de ahí que se haya subrayado recientemente un “*revival of subnational politics*” en América Latina (Faletti 2010).

¿Por qué emerge este tipo de enfrentamiento político de carácter territorial? ¿Cuáles son las condiciones que permiten su aparición? ¿Bajo qué condiciones se radicalizan las propuestas regionalistas y bajo cuáles se atemperan? Tales son las preguntas que busca responder esta tesis que, siguiendo la caracterización de Alfred Stepan, calificaremos como “*problem-driven*” (Stepan 2007: 454-5).<sup>9</sup>

Para abordar esta problemática investigo los casos de Bolivia y Perú, países que poseyendo condiciones sociales, históricas, étnicas y culturales muy similares divergen en cuanto a la politización de lo “regional”. En Bolivia, como ya lo dije, el conflicto político está articulado desde lo regional constituyendo un cleavage territorial entre centro y periferia; en el Perú, en cambio, a pesar de las similitudes y de poseer ciertas dimensiones que permitirían suponer su emergencia, no ha surgido una política articulada a partir de un cleavage de este tipo. ¿Por qué la diferencia?<sup>10</sup>

Para responder a esta pregunta parto de tres consideraciones teóricas.

En primer lugar, conceptualizo la divergencia peruano-boliviana contemporánea como si ella fuese el producto de un *film*, el resultado de una trayectoria histórica, y no como si se tratase de una foto (Pierson 2004). En los dos casos, la trayectoria bajo análisis debuta con las democratizaciones de los años cincuenta, coyuntura en la cual las periferias tomaron real peso político y organizativo para hacerse oír frente a Estados centrales que todavía permanecían anclados a un *ancien régime* oligárquico. La trayectoria que se inicia en los cincuenta y llega hasta el fin de siglo es la de los conflictos abiertos por la modernización de unos sistemas políticos que permanecían cerrados a millones de personas y que fueron abriéndose lentamente.

---

<sup>9</sup> O, en términos de Bent Flyvbjerg, “problems that are considered problems, not only in the academy, but also in the rest of society” (Flyvbjerg 2001: 156).

<sup>10</sup> A lo largo de la tesis utilizo la palabra “cleavage” directamente en inglés pues es un término ampliamente reconocido en la academia politológica y porque en español no existe una palabra que capture la integridad del concepto.

En segundo lugar, en esta trayectoria histórica observo las relaciones entre Estado central y sociedad periférica. Aquí lo que propongo es que el Estado central es una entidad de contornos discontinuos y porosos (en la línea de los trabajos de Joel Migdal) y que, en los momentos de cambio de régimen, las distintas elites sociales pueden penetrarlo e influirlo para luego ser desalojadas, a su vez, de ese Estado cuando llega un nuevo cambio de régimen. Lo importante es que desde la sociedad se influye al Estado, pero el Estado, a su vez, nunca deja de influir en esa misma sociedad.<sup>11</sup> Para realizar este rastreo construyo unos tipos ideales de las elites que daban vida a la política en Bolivia y Perú (tres elites periféricas en Perú y cuatro en Bolivia) y sigo sus vinculaciones con el Estado central durante la trayectoria.

En tercer lugar, recojo una vieja recomendación de Stein Rokkan (1974) y propongo que las relaciones entre Estado central y sociedad periférica deben analizarse teniendo en cuenta el espacio territorial sobre el cual los actores hacen política. Aquí la propuesta es tomar en serio el espacio territorial de los países. En este espacio territorial observo dos dimensiones cruciales para entender las relaciones contemporáneas entre centros y periferias en los países en vías de desarrollo: la distribución sobre el territorio de población y riquezas (sobre todo, naturales). La combinación de estas dos variables da lugar a lo que denomino una Estructura Espacial de Oportunidades Políticas. Las elites periféricas tendrán más o menos posibilidades de desafiar al Estado central en la medida en que cuenten con una Estructura Espacial de Oportunidades más o menos favorable (vale decir, con más o menos recursos demográficos y económicos).

De esta manera, *mi argumento es de naturaleza histórica y postula en términos generales lo siguiente: la construcción de una periferia fuerte y desafiante frente a un centro (esto es, la construcción de un cleavage territorial de tipo centro/periferia) es el resultado de unas elites periféricas articuladas y potenciadas por una forma particular de la distribución de recursos y de población sobre el territorio estatal. Politizar el territorio es labor de unos actores, pero ellos actúan sujetos a unas restricciones de tipo espacial que favorecen o dificultan su acción.*

---

<sup>11</sup> Migdal 1988, 2001, Migdal et al 1994.

En la Tabla I se esquematiza las dimensiones de análisis y los resultados posibles tras la combinación de ambas. Lo importante de esta tabla no es, desde luego, poder clasificar los casos de manera rígida, sino observar cómo ellos evolucionan en el tiempo al pasar de una situación a otra.

**Tabla I. Dimensiones de análisis y resultados del argumento general.**

	Elite (+)	Elite (-)
Estructura Espacial de Oportunidades Políticas (+)	Cleavage Centro/periferia	Conflicto latente
Estructura Espacial de Oportunidades Políticas (-)	Disputas/Divergencias focalizadas	No cleavage No conflicto

Es importante subrayar que esta es una tesis cercana a lo que llamaremos sociología histórica comparada. Desde luego, no es importante por la mera etiqueta sino porque ello conlleva una forma de entender y conceptualizar el estudio del “cambio político”. Más allá de la confianza que la ciencia política exhibió en las últimas décadas en la instituciones formales como variable independiente del cambio político, tengo la convicción de que en contextos de baja institucionalización (O’Donnell 1996; 2006) — como los de Bolivia y Perú a lo largo de la segunda mitad del siglo XX— de poco sirve conceptualizar al Estado y la sociedad como dos entes cerrados y distintos, donde cualquiera de ellos sería la variable puramente independiente (o impuramente dependiente) del otro. En tal sentido, un marco teórico de inspiración de sociología histórica comparada (especialmente, Tocqueville, Weber, Rokkan, Tilly y Migdal) me resulta mucho más propicio para comprender los procesos políticos de cambio a lo largo del tiempo y en contextos de baja institucionalización.

En los textos clásicos sobre los cleavages ellos son concebidos como los grandes conflictos que dividen a las sociedades y que dan lugar a la formación de partidos. Estos partidos, entonces, representan y defienden a las partes en conflicto en la sociedad.<sup>12</sup> En la teoría clásica estos cleavages podían ser de cuatro tipos y habían aparecido a la sombra de dos épocas distintivas de la historia europea. Bajo la revolución nacional habían surgido los cleavages que dividían a los partidarios del Estado laico de quienes defendían los intereses de la Iglesia y, en segundo lugar, aquél que oponía a centro y periferias. Luego, bajo el influjo de la revolución industrial emergió el cleavage que dividía a propietarios de trabajadores y aquél que separaba los intereses de las urbes industriales de aquellos agrarios.<sup>13</sup> Cada uno de estos cleavages y sus respectivos oponentes dieron lugar en la experiencia europea a partidos de distinto tipo, conservadores, socialistas, liberales, agraristas, etc.

En esta teorización de los cleavages había una teleología inmanente a la forma en que estos conflictos debían sucederse. Según esta formulación fundada en la experiencia europea, los cleavages de tipo territorial (centro/periferia y urbe/campo) debían ser superados por aquellos de tipo funcional (sobre todo, por el de propietario/trabajador que daba lugar a la emergencia de partidos socialistas de masas).<sup>14</sup> En la medida en que el desarrollo de estas teorías estaba imbuido de funcionalismo y era deudor de las teorías de la modernización, los macro-procesos sociales e históricos como la construcción estatal, la construcción nacional, la urbanización, la industrialización, la alfabetización y la expansión de los mercados, debían volver irrelevantes los cleavages de tipo territorial frente a la predominancia de los funcionales. En especial, el cleavage de tipo centro-periferia —que es el que nos interesa aquí—, tal como fue trabajado por Stein Rokkan (1981; 1973), era la manifestación de muy antiguas configuraciones poblacionales en Europa. Vale decir, estas oposiciones entre centro y periferia se debían al asiento de poblaciones culturalmente distintivas al interior de las fronteras de un Estado dominado desde un centro que poseía una carga cultural diferente de la periferia. Así, el pleito entre centros

---

<sup>12</sup> Lipset & Rokkan 1967; Mair 1998; Bartolini 2000; Caramani 2004.

<sup>13</sup> Lipset & Rokkan tratan un quinto cleavage que ha perdido importancia, uno que habría surgido de la “revolución internacional” que opone socialismo de capitalismo.

<sup>14</sup> Ver en especial Caramani 2004 y Bartolini 2000.

y periferias era siempre uno que vinculaba a una nación en el centro contra otra resistiendo en la periferia. Una aproximación, diremos, “primordialista” de las diferencias entre centro y periferia.

En el mundo contemporáneo y no europeo, sin embargo, esta confianza teleológica en la superación de los cleavages territoriales por parte de los funcionales se muestra débil. Más bien, lo que vemos es que países que poseían sistemas políticos y partidarios de carácter funcional repentinamente ceden frente a la importancia que han cobrado los territorios al interior de los países. Las regiones están de vuelta.<sup>15</sup> Bolivia y Perú son dos buenos casos en los cuales observar este fenómeno que contradice la confianza de la teoría europea en que los cleavages de tipo funcional debían superar a los territoriales. En primer lugar, la emergencia de un cleavage territorial fuerte como el que encontramos en Bolivia (así como en otras áreas del mundo) no es producto de unas viejísimas configuraciones nacionales, sino el resultado de la politización reciente de unas condiciones estructurales maduradas en el mediano plazo. En segundo lugar, ambos países poseyeron sistemas partidarios articulados a partir de las disputas llamadas funcionales (vale decir, con sistemas partidarios que estuvieron ordenados a partir de consideraciones asimilables al cleavage derecha/izquierda). Sin embargo, en algún momento entre los años noventa y 2000 en ambos países esos sistemas colapsaron.<sup>16</sup> Al caer estas estructuras tradicionales de mediación entre el Estado y la sociedad el hecho regional apareció con repentina fuerza. No fue el colapso de los partidos la causa del fenómeno, sino aquello que lo hizo visible. En resumen, los conflictos contemporáneos entre centros y periferias en contextos no europeos reclaman ser analizados en sus propias dinámicas. Es lo que haré con los casos de Bolivia y Perú, centrándome, sobre todo en las relaciones entre Estado central y periferia oriental en el caso Boliviano y Estado central y periferia sureña en el caso peruano. Las dos periferias que por razones históricas, políticas y culturales podían dar

---

<sup>15</sup> Desde los años noventa una serie de trabajos se han enfocado en la política regional o sub-nacional. Esto ha llevado a que se observe la calidad de la democracia en los niveles sub-nacionales (O’Neill 2006); cuán responsables son los gobiernos locales (Faguet 2009); cuánto poder tienen las unidades sub-nacionales (Faletti 2010); los enclaves autoritarios sub-nacionales (Gibson 2005; O’Donnell 2010), la emergencia de identidades sub-nacionales (Albó 2004; Yahsar 2005), entre otros.

<sup>16</sup> Para el colapso peruano ver Tanaka 1998; Levitsky & Cameron 2003; Crabtree 2010. Para Bolivia, Pachano 2006; Mayorga 2005; Romero 2010.

lugar al tipo de periferia que desafía al centro y genera la emergencia de un cleavage territorial de tipo centro-periferia.

Desde la caída del gobierno autoritario de Alberto Fujimori (2000), las elecciones generales en el Perú han conocido un patrón de votaciones donde el sur peruano, pobre, rural y más indígena apoya candidatos de retórica más rebelde frente al *establishment* central; en tanto que en Lima, por el contrario, se prefiere opciones cercanas a ese *establishment*.<sup>17</sup> Esto se verifica en las campañas presidenciales; el candidato Ollanta Humala es casi “naturalmente” apoyado por el sur peruano donde, particularmente en las zonas rurales, ni siquiera necesita hacer campaña.<sup>18</sup> Es así que Ollanta Humala obtiene en el sur peruano unas votaciones abrumadoras y sostenidamente distintas de las de Lima. Y esto se reproduce a nivel legislativo: en la elección de 2011, de los 19 congresistas que deben representar a los seis departamentos del sur peruano, Gana Perú (la coalición de Ollanta Humala) obtuvo 17 congresistas.<sup>19</sup> Ahora bien, y esto es crucial a nuestra argumentación, en el Perú esta manifestación del hecho regional se limita a unas *votaciones* territorializadas. Las regiones del Perú no poseen organizaciones políticas de base regional, con un discurso o reivindicaciones regionalistas, ni aún menos con liderazgos regionales que posean alguna posibilidad de escalar al nivel nacional de competencia política. Cada cinco años el sur peruano —la región en la que me enfocaré principalmente—vota ostensiblemente de manera opuesta a Lima, pero esto no da pie a ninguna plataforma regionalista. Aun existiendo una suerte de materia prima electoral regionalmente distintiva al sur del Perú, ello no se encarna en ninguna propuesta regionalmente consistente. Como afirma una entrevistada solitariamente comprometida con el regionalismo cusqueño, no hay reivindicaciones regionales sólidas, “no hay suficiente rechazo al centralismo”.<sup>20</sup> A esto podríamos agregar que las demandas indigenistas en el Perú contemporáneo han devenido en “irrelevantes” (Thorp & Paredes 2011: 246). De esta manera, en el Perú encontramos votaciones generales regionalizadas cada cinco años, pero no encontramos organizaciones, liderazgos ni discursos de tipo regional que conviertan a

---

<sup>17</sup> Ver Tanaka y Vera 2010; Muñoz 2011; Torres-Vitolas 2010; Vergara 2007.

<sup>18</sup> Entrevista personal con Rogelio Scott.

<sup>19</sup> En el Cusco, por ejemplo, corazón cultural del sur peruano, Gana Perú se llevó los cinco congresistas posibles de conseguir.

<sup>20</sup> Entrevista personal con Karina Pacheco.

la periferia peruana en un actor principal de la política nacional ni, mucho menos aún, en un polo que estructure un cleavage centro/periferia.<sup>21</sup>

En Bolivia, por el contrario, tras la caída del sistema partidario tradicional de tipo “funcional” emergió una política altamente regionalizada con unas periferias activamente imbuidas en la pelea por el Estado central.<sup>22</sup> De manera similar al Perú, en las elecciones generales estas particularidades regionales se hacen evidentes. El oriente boliviano, vale decir los cuatro departamentos llamados “la Media Luna” por la forma que dibujan sobre el mapa boliviano, se comporta electoralmente de manera distinta del occidente.<sup>23</sup> Aunque a lo largo de la tesis daré más evidencia de estas diferencias por el momento utilicemos un dato asimilable al ya presentado para el Perú: en las elecciones presidenciales de 2009 cuatro de cada cinco bolivianos del occidente boliviano prefirió al Movimiento al Socialismo (MAS) de Evo Morales y, en el ámbito legislativo, de los 20 senadores en disputa en los cinco departamentos del occidente boliviano el MAS consiguió 19. Sin embargo, y esto es lo crucial, a diferencia del Perú, esta regionalización de la política no se ha limitado a esporádicas elecciones generales sino que se manifiesta en todo tipo de elecciones (sub-nacionales, referéndums, constituyentes, etc...) y da lugar a organizaciones distintivamente regionales, con agendas regionalistas y discursos que ponen el hecho regional en el centro del debate público cotidianamente. Este énfasis sobre el territorio en sus distintas vertientes y reivindicaciones desde la periferia boliviana dio lugar a que la Constitución boliviana de 2009 reconociera autonomías territoriales de distinto signo. Desde las departamentales reivindicadas por los departamentos del oriente hasta las territoriales indígenas reivindicadas por las poblaciones indígenas del occidente boliviano. La palabra central en cada disputa política es “autonomía”.

---

<sup>21</sup> A lo largo de la tesis me centraré en la región sur peruana que es donde podía haber surgido una periferia reivindicativa que estructurase un cleavage centro/periferia. Según el historiador y especialista en esta región José Luis Rénique “solo en el sur peruano podría haber surgido un proyecto regionalista” (entrevista personal). En la misma línea, Larsson (2004: 164) afirma: “In the early twentieth century the highlands cities of Puno and Cuzco emerged as crucial enclaves of indigenismo and regionalist projects, which defined themselves in opposition both to the coastal oligarchy and to entrenched regional elites, the reviled *gamonales* of the southern highlands.”

<sup>22</sup> Ver Romero 2010, 2007; Centellas 2009; Laserna 2010.

<sup>23</sup> Los cuatro departamentos del oriente son: Tarija, Santa Cruz, Beni y Pando. Los cinco del occidente son La Paz, Cochabamba, Oruro, Potosí y Chuquisaca.

De esta manera, las dos fuerzas políticas que han dominado la política boliviana durante los años 2000 han sido fuerzas de origen distintivamente periférico. De un lado, el departamento oriental de Santa Cruz que a través de movimientos de la sociedad civil (en especial el CCPSC) logró agrupar los intereses de los cuatro departamentos del oriente boliviano con liderazgos, organizaciones y un discurso por la “autonomía” e hizo de la periferia boliviana uno de los dos grandes actores políticos de este país y, seguramente, el movimiento regionalista más exitoso de América Latina contemporánea.<sup>24</sup> Del lado occidental del país, emergió una fuerza doblemente periférica. Lo que hoy conocemos como el MAS tuvo como base a los aislados sindicatos de cocaleros del Chapare, en el departamento de Cochabamba.<sup>25</sup> En un segundo momento las reivindicaciones cocaleras se engarzaron con las demandas del movimiento indigenista que tenía como base geográfica el Altiplano boliviano, en especial la emergente y enorme ciudad de El Alto que, aunque ligada económicamente a La Paz, consiguió en los años ochenta ser una provincia autónoma de la ciudad capital. En los años 2000, habiendo superado el medio millón de habitantes, El Alto se alzó como un foco contra el *establishment* paceño. En resumen, la vida política boliviana durante los años 2000 ha estado *permanentemente* articulada por esta oposición entre occidente y oriente, por sus discursos, liderazgos, organizaciones y votaciones altamente regionalizadas.

Siguiendo a Bartolini (2000) defino un cleavage territorial como la presencia persistente y duradera en un país de un conflicto político donde colectividades de individuos se oponen a otras a partir de consideraciones territoriales. Para verificar la presencia de un cleavage se requieren tres elementos constitutivos: “social constituency (support); the ideological orientation (appeal); and the organizational structures (representation)” (Bartolini 2000:11). Así, un cleavage en el sentido estricto del término no es una mera oposición política, es una estructura de competencia política que articula a los actores en dicha competencia política. De esta manera, en Bolivia encontramos que el cleavage se sostiene en el tiempo pues todas las características de la definición de Bartolini perduran, mientras que en el Perú solo encontramos,

---

<sup>24</sup> Ver Eaton 2007, 2011 y Burbano 2011.

<sup>25</sup> Ver entre otros Van Cott 2005, Madrid 2008, Anria 2010.

eventualmente, el factor electoral regionalizado.<sup>26</sup> Entonces, ¿por qué Bolivia desarrolló un cleavage de este tipo y el Perú, a pesar de poseer una suerte de materia prima electoral para su construcción, no conoce algo similar?

### *La propuesta teórica*

Para responder a la pregunta por la emergencia de los cleavages de tipo territorial, especialmente aquellos de centro-periferia, en esta tesis propongo seguir la sugerencia de Paul Pierson y dejar de ver los procesos sociales como una fotografía y pasar a observarlos como una película (Pierson 2004). En tal medida, considero que la emergencia de una estructura estable de competencia política como los cleavages en su sentido estricto, maduran en el mediano o largo plazo sin que ello sea atribuible a un solo periodo ni, menos aún, a una sola y pura variable independiente. Hay una necesidad de observar estos procesos en el tiempo. En segundo lugar, la tesis refleja una segunda convicción de la perspectiva desarrollada por Paul Pierson para estudiar el cambio político. Éste frecuentemente se produce como lo hacen las termitas en el sótano de nuestras casas: el cambio se nos aparece repentinamente (se desploma la casa) pero la causa no es en ningún sentido repentina sino que ha sido producto de una larguísima y lenta acción de la erosión de los cimientos. Este es el tipo de cambio que se estudia en esta tesis. La territorialización de la política se manifestó repentinamente tras el colapso de los sistemas partidarios tradicionales, pero la manifestación concreta de esta territorialización está vinculada a un largo y lento proceso de relaciones entre Estado central y periferias, entre elites periféricas y centrales. Ese proceso, como la acción silenciosa de las termitas, no es repentino y debe ser rastreado en el tiempo.<sup>27</sup>

De esta manera, lo que se busca aquí es rastrear el proceso político peruano y boliviano para entender esta construcción política contrastada. Aunque creo que se pueden extraer algunas proposiciones medianamente generales que podrían ser testeadas en otros casos, este es un trabajo escéptico en cuanto a la posibilidad de

---

<sup>26</sup> Aun así cabría agregar que éste solo aparece en algunas elecciones pues esto no ocurría con Fujimori durante los noventa y tampoco fue tan marcado en la elección de Alejandro Toledo el año 2001.

<sup>27</sup> Lo que Peter Hall (2003), entre otros, llama *process tracing*.

generar teoría más allá de los dos casos de estudio.<sup>28</sup> En primer lugar porque, como sabemos, los casos que elegimos para nuestras investigaciones influyen en gran medida las conclusiones de nuestras investigaciones (Geddes1990). En segundo lugar porque gran parte del proceso que estudio (en especial el juego entre elites centrales y periféricas) es bastante contingente y fruto de unas condiciones muy particulares de los casos de estudio. Sin embargo, desde los factores más estructurales de esta tesis sí se pueden extraer proposiciones más generales. Es así que combinando las dimensiones de estudio de esta tesis podríamos llegar a proposiciones teóricas de rango mediano. Sin embargo, mi ambición última es, en realidad, la de generar unas herramientas que permitan conocer e interpretar casos distintos a los aquí estudiados. Más que desarrollar un modelo de capacidad predictiva, lo que espero construir son herramientas para comprender los cleavages de tipo territorial.

En esta tesis propongo que observemos el film en el cual Bolivia a inicios del siglo XXI desarrolló una fuerte oposición entre centro y periferia que articula la competencia política de ese país y aquél peruano que no fraguó algo similar. Son dos trayectorias históricas que cubren la segunda mitad del siglo XX en cada país. En ellas centraré mi interés en dos dimensiones. En primer lugar, observo las variaciones en las relaciones entre el Estado central y las periferias de los países a través de las elites políticas y económicas que se situaban en el poder tanto en las instancias del Estado central como en las de la periferia. Lo que propongo es que en nuestros países de estudio (y en muchos otros casos) el Estado ha sido una arena fácilmente permeable y donde las elites de distintos signos aparecen y desaparecen, entran y salen, siendo los cambios de régimen las coyunturas que permiten que elites de un signo u otro, se hagan del poder. Desde ahí, poco a poco, consiguen o pierden poder para sus respectivas periferias. De esta manera, durante la trayectoria de ambos países observo la forma en que las elites periféricas fueron consiguiendo o perdiendo poder respecto del Estado

---

<sup>28</sup> Epistemológicamente esta tesis es cercana a lo que Skocpol & Sommers (1980) describen como una “comparative history as the contrast of contexts”, una estrategia comparativa donde el objetivo principal no es testear si una teoría se sostiene o no se sostiene sino “to bring out the unique features of each particular case included in [the] discussion [...] and to place historical limits on overly generalized theories” (Skocpol & Sommers 1980: 178-181). También como referencias epistemológicas, Hall 2003 y Flyvbjerg 2001.

central. En este sentido, mi tesis argumenta explícitamente en favor de la perspectiva que Migdal defendía implícitamente:

“I argue implicitly against modernization theory’s preoccupation with the effect of center on periphery and its lack of interest in the impact of periphery on the center.” (Migdal 1988: xv).

La premisa de base en este seguimiento de la relación entre elites periféricas y Estado central es que para que una periferia sea políticamente fuerte precisa de una elite que construya un discurso y unas organizaciones de carácter regional.<sup>29</sup> Nunca son las regiones o un territorio los que se pronuncian frente al Estado central, sino unos políticos (una elite) proveniente de esos territorios quienes desafían al Estado central. Para hacer este seguimiento de elites periféricas y su relación con el Estado central he construido una tipología que permite observar en el tiempo ambos países con unos lentes comunes (la tipología es desarrollada en el capítulo teórico).

En segundo lugar, en esta trayectoria observo una dimensión bastante estructural que articula la forma en que periferias y centros se vinculan en los países: la variable espacial. Esta variable espacial hace referencia a la manera en que riquezas y población están distribuidas sobre el territorio de un país. Lo que postulo desde esta perspectiva “espacial” de la política es que una periferia tendrá muchas más probabilidades de desarrollar una acción política contra un centro si es que en ella se combina la presencia de importantes recursos económicos así como un peso demográfico significativo por la presencia de una urbe principal. Una región rica en recursos naturales y que posee una población importante respecto del centro, concentrada en un hegemónico centro urbano, tenderá a desarrollar una actitud de desafío hacia el centro. Si la región combina mucha riqueza y mucha población, el centro podrá percibir esto como una “concentración intolerable” de recursos (Tilly 1992). Es un tipo de periferia que agrupará las condiciones para aspirar a ser un nuevo centro. Si Rokkan (1981) habló de *failed-centers* en Europa (Cataluña era un ejemplo), en el mundo contemporáneo y en vías de desarrollo podríamos hablar de la emergencia de “aspirantes a centros”. Esta mirada a la espacialidad de los países, a una cierta geografía de los recursos demográficos y económicos ha sido puesta de manifiesto en

---

<sup>29</sup> Para la definición de elite sigo a Higley & Burton 2006.

otros continentes pero, sorprendentemente, no ha sido discutida en el contexto latinoamericano.<sup>30</sup>

Ahora bien, lo que sostengo es que la pura voluntad política de unas elites periféricas frente al Estado central no podrá en ningún sentido llegar a convertirse en un verdadero poder capaz de desafiar o chantajear a ese Estado central. Tampoco podrá conseguirse dicho resultado desde una región que poseyendo los recursos necesarios carece de una elite que pueda construir un discurso y unas organizaciones eficaces y legítimas a la hora de disputarle el poder al centro. Vale decir, postulo que estructurar un pleito entre centro y periferia (para que emerja un cleavage que estructure la competencia política alrededor del hecho territorial), hace falta que las elites políticas periféricas cuenten con una “estructura espacial de oportunidades”. O, para decirlo de manera diferente, unas elites que, gracias al poder económico y a su ascendencia sobre una población numéricamente importante y concentrada en una ciudad particular, consiga desafiar efectivamente a un centro político. En suma, se requiere de elites y de una Estructura Espacial de Oportunidades Políticas favorable.

### *El argumento empírico*

Las trayectorias de Bolivia y Perú que estudio aquí (incidiendo en las dos dimensiones ya explicadas) fueron divergiendo con el tiempo, distanciándose. El resultado final en los años 2000 de una periferia boliviana altamente movilizadora contra un centro débil y, en el caso peruano, el de una periferia desmovilizada que no es un contrapeso real al centro político es producto de una larga construcción en el tiempo.

En el Perú el Estado central se impuso en una larga trayectoria a unas periferias que, hasta mediados del siglo XX, tenían una existencia política a través de elites regionales distintivas y articuladas a proyectos políticos nacionales. Las periferias peruanas actuaban a través de elites regionales. Las elites que defendían el *ancien régime* oligárquico actuaban, sobre todo, desde la mera influencia en el Poder Ejecutivo y, en tiempos democráticos, desde su presencia en el Legislativo y la cámara

---

<sup>30</sup> Como se verá en el próximo capítulo esta concepción de la espacialidad de la política la derivó de Scott 2010 para el caso asiático; Boone 2003 y Herbst 2000 y 2008 para el africano; y Bartolini 2004 para el europeo.

de representación territorial. A estas elites les llamo elites “periférico-oligárquicas”. Junto a ellas aparecieron las elites que denomino “periféricas y anti-oligárquicas” que se agruparon en partidos políticos modernos y reformistas (el partido aprista peruano —APRA— en un primer momento y Acción Popular —AP— luego). A través de estas importantes elites periféricas, las regiones del Perú tenían “voz” en el proceso político. En el sur del Perú, especialmente (que es la periferia que observo en detalle), estas elites hacían valer sus intereses y eran pieza crucial del tablero político nacional pues tenían unas agendas distintivas para el país. Junto a esta existencia política, el sur peruano contaba con una población que era importante; Lima no era aún el gigante que sería algunas décadas más tarde. En 1940 la suma de la población de los departamentos de Puno, Arequipa y Cusco (los departamentos del sur de los cuales me ocuparé en detalle y que poseían elites políticas más cuajadas) era mayor que la de Lima. En términos económicos, por el contrario, el sur pasaba por una fuerte crisis. Entonces, teníamos un sur peruano sin muchos recursos pero con elites políticas maduras, (con discursos y organizaciones) y con una población numerosa, combinación que hacía del sur peruano una región distintiva, fuerte y siempre con aspiraciones regionalistas, a la cual el centro estaba obligado a oír. Ahora bien, a lo largo de nuestra trayectoria esta vida política de la periferia peruana se frustra en dos movimientos que, aunque de signo ideológico contrario, compartieron una vocación muy centralista y que consiguieron el desmantelamiento de las elites periféricas peruanas: el gobierno de Velasco (1968-1975) y el contexto de la emergencia del gobierno de Fujimori (1989-1994). Estos dos movimientos autoritarios y centralistas clausuraron las avenidas institucionales que permitían la existencia de las elites periféricas peruanas. Simultáneo a estos movimientos emergió una elite “periférico-marginal” y radicalizada que creció a la sombra de las universidades públicas peruanas. La expresión más violenta de esa elite periférica y marginal fue el experimento de Sendero Luminoso (SL). A la sombra de esta violencia, el gobierno de Fujimori es el último movimiento en la derrota de todas las elites periféricas que habían dado vida política a las relaciones entre centro y periferia en el siglo XX peruano (desapareció la oligárquica de los hacendados, la anti-oligárquica de los reformistas; y la marginal radicalizada). El

resultado: una sociedad periférica desmovilizada y un Estado que, como en la vieja frase de Marx, parece planear en los aires.

Paralela a esta trayectoria política corre la de las variaciones espaciales. Durante esta trayectoria la capital peruana acrecentó rápidamente su condición de centro económico y demográfico mientras la periferia peruana, en especial la sureña, perdía peso frente a ella. El sur se debilitó demográficamente en dos dimensiones. Durante los años 2000 la suma de la población de Cuzco, Puno y Arequipa ya no llega ni siquiera a un tercio de la población de Lima. Y en segundo lugar, la periferia peruana se ha fragmentado en muchas ciudades intermedias sin que ninguna se convierta en un verdadero polo urbano donde se sume población y riqueza y que pudiera coagular las reivindicaciones de toda la región sureña. Hoy el Perú tiene 22 ciudades con más de 100 mil habitantes, Lima ocho millones y ningún otro departamento alcanza el millón y medio de habitantes. Esto, sostengo, ha sido clave para que no cuaje un cleavage centro-periferia. Es así que la periferia peruana fue haciéndose cada vez más débil, siendo desbaratadas sus elites políticas y económicas y, en segundo lugar, perdiendo importancia económica y demográfica frente al centro.

Todo lo contrario ocurrió en Bolivia, que al inicio de nuestra trayectoria tenía a unas periferias olvidadas, que no jugaban papel alguno en la política central boliviana. La evolución de las elites periféricas bolivianas en su relación con el Estado central es divergente, pues el Estado central no se impone a su periferia como en el caso peruano. En primer lugar, a partir del régimen de la Revolución Nacional (1952-1964), el Estado boliviano impulsó el desarrollo de la región oriental, teniendo como epicentro de ello al departamento y ciudad de Santa Cruz. Ahí se desarrollaron unas elites periféricas de discurso regionalista pero que no contaban ni con recursos ni con población suficiente para ser oídas en un centro lejano y poderoso. Sin embargo, desde la Revolución Nacional se llevó a cabo una política de población del oriente boliviano donde la tierra era abundante y donde, por lo tanto, no se hizo la agresiva reforma agraria que sufrió el occidente boliviano. Esto sembró la futura emergencia de fuertes hacendados que a la postre serían jugadores importantes que, con Migdal, llamaremos *strongmen*. Durante el gobierno del general Banzer (1971-1978) y durante los años democráticos (ochenta y noventa) el peso económico y demográfico de Santa Cruz se magnificó. En términos de

población la ciudad de Santa Cruz llegó a tener una población similar a la de La Paz y, en los económicos, el descubrimiento de yacimientos gasíferos en el oriente boliviano (que hicieron de Bolivia la primera reserva de gas natural de América Latina) potenció a la región. De esta manera, se generó una estructura espacial de oportunidades para unas elites periféricas importantes que las fortaleció hasta hacer de Santa Cruz un “aspirante a centro” y darle forma a un cleavage territorial “centro-periferia”.

Ahora bien, en Bolivia a partir de los noventa emerge, además, una elite marginal y radicalizada surgida desde los movimientos indigenistas y los sindicatos cocaleros en espacios de ausencia o debilidad estatal (el Chapare Cochabambino y El Alto). El surgimiento robusto de esta segunda elite periférica dará como resultado que en los años 2000 el Estado central sea disputado por las dos periferias recientemente fortalecidas. Las antiguas instituciones nacionales, en especial el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), pierden la posibilidad de mediar la disputa entre ellas. Y la emergencia de esta nueva fuerza también estará respaldada por el hecho demográfico: según el censo del 2001 la ciudad de El Alto, bastión del MAS, ya contaba con 700 mil habitantes, casi tantos como los de La Paz. En definitiva, la comparación de las trayectorias nos muestra que el Estado peruano consiguió debilitar la vida política de la sociedad periférica; mientras que la periferia boliviana en sus distintas formas se fortaleció inesperadamente hasta conseguir poner en jaque al Estado central.

El contraste final entre mis casos, sostengo, no se explica exclusivamente por las variables de corto alcance que han sido privilegiadas en los últimos años en la política comparada (creación de nuevas instituciones formales, reformas neoliberales o la presencia indígena y sus movimientos) sino por unas trayectorias históricas divergentes en la manera en que ambos países han articulado las relaciones entre Estado y sociedad, específicamente, entre Estado central y sociedad periférica. Y, en segundo lugar, por una configuración “espacial” del territorio (por una estructura *espacial* de oportunidades) que en un caso favorece (Bolivia) y en el otro dificulta (Perú) la emergencia de una periferia reivindicativa frente al centro.

Como sugeriré a lo largo de este trabajo, la trayectoria peruana es una asimilable a la que Tocqueville describió para la Francia revolucionaria, un caso donde

lentamente la centralización administrativa había desmantelado los poderes sociales intermediarios mientras construía una sociedad de individuos cada vez más iguales.<sup>31</sup> No se trata de un Estado peruano fuerte, capaz de construir unas instituciones legítimas y estables, sino de uno que ha erosionado la capacidad de la sociedad para actuar. El caso boliviano, en cambio, la situación asemeja a aquellos casos estudiados por Joel Migdal donde sociedades fuertes no consiguen ser dominadas por sus respectivos Estados centrales. Estas dos largas trayectorias divergentes en las relaciones entre Estado y sociedad (que son aquí observadas como Estado central y sociedad periférica) y el soporte de unas mutaciones en las dimensiones espaciales, dan como resultado que Bolivia posea un cleavage centro-periferia importante y recurrente y que éste no exista en el Perú. En la medida en que las dimensiones que he privilegiado en este análisis no se alteren este resultado divergente tampoco debería alterarse sustancialmente.

### *Selección de los casos y metodología*

Bolivia y Perú son dos buenos casos para observar las dinámicas entre centro y periferia pues comparten muchos rasgos social-estructurales pero difieren de manera importante en las relaciones entre centro y periferia. Nuestros casos comparten una larga historia común. En la era pre-hispánica los territorios estuvieron bajo dominio Inca (de ahí que en ambos se hable el quechua, la lengua de colonización incaica)<sup>32</sup>; durante el periodo colonial todos formaron parte del Virreinato del Perú<sup>33</sup>; al independizarse casi simultáneamente a inicios del siglo XIX afrontaron el mismo tipo de dilema político<sup>34</sup>; a fines del XIX afrontaron una misma guerra contra Chile que amputó decisivamente sus territorios<sup>35</sup>; y durante el siglo XX han llevado un camino bastante similar al poseer sistemas políticos oligárquicos en los inicios, llevar a cabo intentos de aperturas populistas hacia mediados del siglo y pasar por autoritarismos con

---

<sup>31</sup> Me refiero, evidentemente, al Tocqueville de *L'Ancien Régime et la Révolution*.

<sup>32</sup> Para el Imperio Incaico ver Rostworowski 1988.

<sup>33</sup> Para las revueltas en la época colonial en los Andes ver Serulnikov 2010.

<sup>34</sup> Para el siglo XIX ver Demelas 1992, Cayo 2010, y para una visión de los inicios independientes de Perú y Bolivia a través de la biografía de Andrés de Santa Cruz, ver Sobrevilla 2011. Para el XIX boliviano también es importante Demelas 1980.

<sup>35</sup> McEvoy 2011.

sucesivas democratizaciones en la segunda mitad del siglo XX.<sup>36</sup> A estas similitudes en los procesos históricos debemos agregar la estructura social semejante en relación a las proporciones de poblaciones indígenas.<sup>37</sup> Esta similitud impide derivar directamente de la presencia de poblaciones indígenas la presencia y/o ausencia de un cleavage territorial. Así, al poseer trayectorias históricas similares y estructuras sociales también similares, los países de los Andes centrales son buenos casos para una comparación de tipo *most similar design* (Przeworski & Teune 1970) donde busco diferencias que puedan alumbrar el resultado político divergente en mis casos.<sup>38</sup>

Lo que se busca elucidar es por qué las relaciones entre centro y periferia en Bolivia se han vuelto tan tensas y conflictivas hasta convertirse en un cleavage político de tipo territorial, mientras que en el Perú, a pesar de compartir varias de las características ya mencionadas, no ha surgido una dinámica semejante a la boliviana. ¿Qué produce que la política de un país se estructure alrededor de un cleavage territorial y no en el otro? ¿Cómo se conforma un cleavage territorial y por qué se “activa” en un momento determinado? La pregunta es pertinente pues nada determinaba que este resultado político divergente se diese necesariamente. En una fecha tan cercana como 2003, un eminente especialista en Bolivia aseguraba que:

"The Bolivian political system has survived and grown into a powerful and relatively stable force that, so far, has protected Bolivia from the political fragmentation and malaise that have affected Peru" (Klein 2003: 264).

Así, menos de una década atrás, el Perú aparecía como un caso de fragmentación y malestar mientras que Bolivia daba la impresión de ser un buen ejemplo de estabilidad adquirida. De pronto, en Bolivia apareció una tendencia a la división aguda en términos territoriales que magulló la estabilidad celebrada. La repentina descomposición de la política boliviana bajo líneas territoriales parece haber tomado a todo el mundo por

---

<sup>36</sup> Para los rasgos comunes durante el siglo XX ver Conaghan & Malloy (1994, capítulo 1).

<sup>37</sup> Bolivia y Perú forman parte de los cinco países con mayores proporciones de población indígena en América Latina (siendo los otros tres Ecuador, México y Guatemala). Además, tanto en el caso peruano como boliviano, las poblaciones indígenas se encuentran agrupadas en determinadas zonas geográficas. Aunque la medición de población indígena es siempre complicada y difícil de determinar podemos citar los siguientes porcentajes de población autóctona en nuestros dos países: 71% en Bolivia y 47% en Perú (Van Cott 2007: 128).

<sup>38</sup> Algunos otros trabajos recientes donde se ha adoptado una misma estrategia de diseño comparativo con estos países son Pachano 2011, Yashar 2005, Van Cott 2008; Conaghan & Malloy 1994.

sorpresa. Otro analista muy familiarizado con el proceso político boliviano comentaba en 2001,

“The network of land communications has become much denser [...] Airstrips now dot the territory, providing rapid access to most localities. The economic dynamism of the eastern lowlands has attracted a mass migration from the overpopulated altiplano and highland valleys, further diluting pre-existing parochialisms. Radios are universal and even influence of television is far reaching. A sense of national identity has been forged through the communications media, as well as the now ubiquitous school system. All these integrating influences work towards the creation of a nationwide society, *reducing the dangers of regionalism and favouring democratic processes of collective representation.*” (Whitehead 2001: 33). (El énfasis es mío)

Entonces, a la luz de estas consideraciones muy recientes respecto de Perú y Bolivia y de las vías emprendidas en ambos países durante los años 2000, la pregunta por la enemistad entre “centro” y “periferia” en Bolivia y la forma más bien atemperada de estas relaciones en el caso peruano se hace aún más pertinente. Aunque la formación del resultado divergente tenga orígenes históricos, su manifestación es bastante reciente y nadie parece haber sospechado que ella se incubaba.

En esta tesis comparo trayectorias históricas por lo cual propongo una metodología de tipo *process tracing* en la cual se pone de manifiesto las secuencias de los hechos que componen el proceso político respecto de las variables privilegiadas y ya mencionadas en la sección anterior (Hall 2003; Mahoney & Schensul 2008; Pierson 2004). Entonces, la unidad de comparación, como en los trabajos clásicos de Skocpol (1979) o Esping-Andersen (1999), no es tanto los países como un todo sino sus trayectorias históricas y las variables en ellas privilegiadas.

En términos de fuentes se utilizan resultados electorales que fueron conseguidos en la Corte Nacional Electoral para el caso boliviano y la Oficina Nacional de Procesos Electorales (ONPE) en el peruano.<sup>39</sup> En segunda instancia, he realizado trabajo de archivo en ambos países siguiendo aquellas (raras) publicaciones periódicas con duración en el tiempo que permitirían rastrear homogéneamente el proceso político. Gracias a este trabajo de archivo he podido rastrear y reconstruir buena parte de los cambios de elites en el poder. En tercer lugar, he intentado utilizar datos de entidades estatales para seguir el proceso económico y demográfico de las periferias de ambos

---

<sup>39</sup> Con alguna excepción puntual al utilizar los datos de Tuesta 1994.

países. Asimismo, el análisis se sostiene también en más de cincuenta entrevistas en profundidad y semi-estructuradas con actores políticos, elites económicas y especialistas realizadas tanto en Bolivia como en el Perú. Finalmente, como toda tesis en clave histórica, ella se basa en gran medida en bibliografía secundaria.

La tesis procede de la siguiente manera. El segundo capítulo realiza la exploración teórica de la problemática de los cleavages territoriales, tanto como variable dependiente como de las independientes que intentan explicar su emergencia. Asimismo, desarrollo las herramientas conceptuales que me permiten hacer el rastreo del proceso boliviano y peruano. En términos temporales, explico y justifico la forma en que la trayectoria de ambos países ha sido recortada para su análisis. En el tercer capítulo observo los periodos de apertura democrática en ambos países de mediados del siglo XX (Bolivia, 1952-1964 y Perú, 1956-1968). Estos dos periodos sirven para establecer un punto inicial y contrastado de una periferia peruana organizada y con ascendencia en la arena nacional y una periferia boliviana, más bien irrelevante, en la esfera nacional. En el cuarto capítulo se analiza la forma en que las relaciones entre centro y periferia se alteraron durante los gobiernos militares y autoritarios del General Banzer en Bolivia (1971-1978) y el del General Velasco EP en el Perú (1968-1975). Aquí se observa de manera especial la forma en que la elite cruceña emergió por primera vez como actor nacional de la mano del General Banzer (él mismo cruceño). En el caso peruano, por el contrario, se subraya la manera en que el gobierno de Velasco clausura los espacios institucionales por los cuales la periferia peruana solía tener una presencia importante en la vida nacional. En el mismo sentido, observo la forma en que el centro paceño comienza a disminuir su importancia respecto de la periferia oriental boliviana, mientras en el Perú se observa el proceso inverso. En el quinto capítulo, analizo el fin de la trayectoria centrándome en la manera en que ambos Estados resolvieron las crisis severas por las que pasaron en los años ochenta y noventa. En el Perú ella se resolvió desde una opción centralista y autoritaria que desmoviliza a la periferia y que, una vez más, amputa las instituciones que permitían la existencia de unas ya debilitadas elites periféricas peruanas. En Bolivia, por el contrario, la crisis de legitimidad del Estado se intenta resolver en un movimiento

inverso: descentralizando. Como telón de fondo la ciudad de Santa Cruz y la de El Alto (ya independizada jurídicamente de La Paz) se convierten en dos fuerzas económicas y demográficas que pueden poner abiertamente en jaque al antiguo centro: La Paz. Por el contrario, a la gran preeminencia política que gana Lima durante el gobierno de Alberto Fujimori a través de la desaparición absoluta de los intereses territoriales en las instituciones nacionales, se suma una situación en la que en Lima coinciden los recursos demográficos y económicos lo cual profundiza la incapacidad de la periferia peruana por construir liderazgos, discursos u organizaciones que puedan desafiar al Estado central. En el sexto y último capítulo expongo las conclusiones del estudio y muestro la manera en que estos largos y lentos procesos de relaciones entre centro y periferia dan forma a la política (nacional y sub-nacional) más actual en ambos países.



## Capítulo 2. Marco Teórico: Elites periféricas, Estado central y territorio

### *El problema teórico*

En esta tesis se llama “cleavage político territorial” a la presencia persistente y duradera en un país de un conflicto político donde colectividades de individuos se oponen a partir de consideraciones territoriales.<sup>40</sup> El cleavage es “político” porque no alude a las meras diferencias de tipo económico, social o étnico sobre el territorio estatal, sino a las *diferencias políticas* construidas desde criterios territoriales.<sup>41</sup> Al decir “fuerte” me refiero a que los actores políticos deben identificarla como una de las que articula la competencia política en el país. Tal vez no la única pero ella debe ser un eje que articula la competencia política, vale decir que los actores políticos desarrollan estrategias, discursos y organizaciones políticas abocadas a la disputa política a partir de dicho criterio.<sup>42</sup> Al decir “duradero” en el tiempo hago referencia a que la presencia del cleavage debe verificarse a lo largo de un tiempo relativamente largo. Si se cumplen estas condiciones el cleavage no es una mera oposición política sino una diferencia sustancial que ordena la competencia política de un país. Todo “cleavage” es una oposición política, pero no toda oposición política es un cleavage.

¿Qué tipo de territorialidad se expresa en el conflicto político? Son fundamentalmente unos donde se oponen “centros” y “periferias”. De acuerdo a Rokkan y Urwin los centros son:

“[P]rivileged locations within a territory where key military/administrative, economic and cultural resource-holders most frequently meet; with established arenas for deliberation, negotiations and decision-making; where people convene for ritual ceremonies of affirmation of identity; with the

---

<sup>40</sup> Esta definición proviene de una combinación de la definición de *political cleavage* en Zuckerman (1975: 236) y de *territoriality of political cleavages* en Caramani (2004: 29).

<sup>41</sup> En esta medida no adscribo a una definición puramente “social” del cleavage como hacen Amoretti & Bermeo: “A territorial cleavage exists when a self-conscious minority is concentrated in a specific area of a state’s territory” (Amoretti & Bermeo 2004: 2). Que una minoría esté localizada en un lugar determinado del territorio no implica necesariamente que haya un conflicto político.

<sup>42</sup> En palabras de Lipset & Rokkan: «Historically documented [...] a concrete conflict is rarely exclusively territorial or exclusively functional but will feed on strains in both directions.» (Lipset & Rokkan 1967: 11).

largest proportion of the economically active population engaged in the processing and communication of information and instructions over long distances. (Rokkan & Urwin 1982: 5)

La periferia por su parte,

“[...] is dependent, controlling at best only its own resources and more exposed to fluctuation in long distance markets; is isolated from all other regions except the central one; and contributes little to the total flow of communication within the territory, with a marginal culture that is fragmented and parochial, yet not fully dominant across the politically defined territory. In all these arenas a periphery depends upon one or more centres, its predicament cannot be understood in separation from the latter.” (Rokkan & Urwin 1982: 5)

Entonces, lo que interesa en esta tesis es el enfrentamiento político entre centros y periferias. ¿Por qué aparecen enfrentamientos entre territorios? ¿Por qué algunos de ellos son particularmente encarnizados?

La teoría clásica al respecto tuvo una impronta europea innegable. Para ella, de inspiración liberal y marxista —vale decir, cargada de una interpretación de la historia que Isaiah Berlin (1979) identificó como *whig*, desconfiada de los particularismos culturales — los cleavages territoriales eran una suerte de remanente medieval, vestigios de un mundo en el cual el Estado nacional y el mercado no habían desplegado aún todas sus fuerzas homogeneizadoras. La comprensión más radical seguramente fue la de Marx para quien las divisiones políticas de tipo territorial o religioso desaparecerían progresivamente en la historia de la humanidad para dejar paso al único enfrentamiento realmente relevante, aquel que enfrentaba a proletarios y burgueses por los medios de producción. De ahí la clásica aseveración en el Manifiesto Comunista:

“On a en outre reproché aux communistes de vouloir abolir la patrie, la nationalité. Les ouvriers n’ont pas de patrie.” (Marx & Engels [1848] 1998: 98).

La teoría clásica de inspiración sociológica de la segunda mitad del siglo XX que abordó la cuestión de los cleavages continuó con esta impronta *whig*. En tanto que remanente de un mundo pre-moderno — pre-revolución nacional y pre-revolución industrial en el lenguaje de Lipset & Rokkan (1967)—, las identidades e intereses territoriales eran considerados como la excepción antes que la regla; lo “normal” era

que la construcción del Estado nacional y su burocracia homogeneizadora sobre el territorio liquidara (o al menos debilitara) las pulsiones territoriales (de tipo centro/periferia y/o urbano/rural) y así pudieran emerger los conflictos “funcionales”, vale decir, aquellos que oponían a trabajadores y propietarios o aquel otro que oponía el Estado a la Iglesia (Lipset & Rokkan 1967; Caramani 2004).

Según un largo y venerable linaje de teoría sobre cleavages políticos y sociales de base europea (Lipset & Rokkan 1967; Bartolini & Mair 1990; Mair 1998; Bartolini 2000; Caramani 2004), con el advenimiento de la democracia electoral a fines del siglo XIX e inicios del XX estos conflictos sociales se tradujeron en partidos políticos que habían de defender a alguno de los sectores sociales en disputa. Finalmente, el sistema partidario surgido a inicios del siglo XX a partir de estas fracturas sociales se “congeló” ordenando la vida política europea a lo largo del siglo XX (Lipset & Rokkan 1967: 50; Mair 1998). Vale decir, el modelo clásico europeo era uno de sociología histórica donde las instituciones políticas se desprendieron de los conflictos que ocurrían en la sociedad y de las grandes transformaciones modernizadoras que ellas sufrían. Entonces, en resumen, las explicaciones clásicas respecto de la emergencia de los cleavages políticos tenían tres factores comunes y centrales. En primer lugar, se teorizaron desde la experiencia histórica de la construcción estatal y nacional europea (Eisenstadt 1981; Rokkan 1973, 1975); en segundo lugar, se asumió que las disputas políticas eran el reflejo de conflictos sociales, vale decir que no eran creados políticamente sino que traducían el enfrentamiento social (Lipset & Rokkan 1967); en tercer lugar, se asumía una *teleología del conflicto* en el cual “lo normal” era que los conflictos políticos “funcionales” superen históricamente a los de tipo “territorial” (Lipset & Rokkan 1967: 19; Caramani 2004).

Como con muchos otros grandes temas de las ciencias sociales, las teorías construidas a partir de procesos históricos europeos tienen dificultades para “viajar” fuera de aquel espacio geográfico e histórico. Como anota Alan Knight, las grandes teorías de ciencias sociales —las grandes síntesis sobre los grandes problemas— no han incluido más que tangencialmente a América Latina. No encontraremos atisbos de América Latina en los trabajos de Mann, Giddens, Hall, Geertz, Tilly, Skocpol o Barrington Moore (Knight 2001: 177). Ahora bien, para los interesados en América

Latina, esto no quiere decir que debemos desechar estas teorías sin más (haciendo gala de provincianismo), más bien, su ausencia nos obliga a pensar la manera en que la experiencia concreta latinoamericana “should help redefine the supposedly universal” (López Alves & Centeno 2001: 7). Después de todo, en buen weberiano, a las teorías hay que exigirles utilidad y no un certificado de nacimiento geográficamente legítimo. De esta manera, que los modelos explicativos generales no se hayan construido desde la experiencia latinoamericana ni “expliquen” al detalle sus procesos concretos, no impide que las categorías de los grandes intentos de síntesis sean utilizables. Por ejemplo, el “modelo” teórico sobre la construcción estatal europea de Charles Tilly a partir del papel de las guerras no se puede trasplantar fácilmente en América Latina donde las guerras entre Estados han sido más bien escasas; sin embargo, otro tipo de guerras han sido libradas al interior del Estado y ellas pueden explicar algunas trayectorias diferentes entre los Estados latinoamericanos. Así, las categorías y variables de Tilly son útiles para comprender el proceso de construcción estatal en América Latina aunque su “modelo” no sea directamente aplicable (López Alves 2001; Centeno 2001).

En esta misma vena, esta tesis aborda un problema extendido (si no universal) de enfrentamientos políticos territoriales entre una “periferia” y un “centro”. Como he mostrado, este tipo de conflicto se teorizó desde la experiencia europea sin que la latinoamericana fuese incorporada a la problemática. Sin embargo, las categorías de “cleavage”, “cleavage territorial”, “centro”, “periferia”, “construcción estatal” sí resultan útiles para analizar y conceptualizar problemas de la vida política latinoamericana. El desafío es “utilizarlas” y no “aplicarlas”. Después de todo, como afirmaba Lipset, “the political pattern of Latin America is closer to those of Europe than are those in the other areas of the developing world” ya que los conflictos partidarios en el XIX y a inicios del XX eran próximos de los europeos con sus conservadores de base agraria oponiéndose a liberales burgueses y anti-clericales. (Lipset 1970: 37).

Es así que la experiencia norteamericana, por ejemplo, ha sido varias veces mostrada como ejemplo de una trayectoria alternativa a la europea en lo referido a la construcción de los cleavages políticos. Si el modelo europeo supone que el Estado

estuvo a cargo de la construcción nacional, Fabbrini (2004), ha señalado en una comparación sistemática que, en tiempos de la independencia, EEUU poseía una identidad construida a partir de una creencia común religiosa (el protestantismo), una misma lengua (el inglés), un mismo colonizador al que habían derrotado (los ingleses) y que el pacto que dio inicio a los EEUU fue uno entre territorios separados, “rather than between rulers and ruled” (Fabbrini 2004: 171). Así, EEUU no nace liderado por un “centro” como suponen las teorías más conocidas para la formación de las relaciones entre Estado y sociedad en Europa (fundamentalmente las de Rokkan y Tilly). Finalmente, en EEUU la disputa política —la emergencia de cleavages— tampoco se dio como el modelo europeo preveía pues el factor geográfico (la posibilidad de ir a la “conquista del oeste”) diluía los enfrentamientos. Había toda una tierra de libertad que conquistar y, por tanto, las personas no estaban obligadas a quedarse en un “centro”, ni siquiera al interior de unas “fronteras” (Fabbrini 2004: 180). A esto podríamos agregar la crítica de Robert Dahl a la idea de los cleavages à la Lipset & Rokkan, los cuales suponen un enfrentamiento “social” a la base de un enfrentamiento político. Para Dahl la experiencia norteamericana muestra que un cleavage político puede carecer de sustrato social: la política extranjera americana, por ejemplo, es una disputa persistente y fuerte, y ella es puramente ideológica y elitista, no es reflejo de fracturas sociales (Dahl 1966: 48-50).

En el caso africano también se ha mostrado que los Estados y su relación con sus periferias siguieron una trayectoria distinta de las de sus pares europeos y, por tanto, de las teorías de ella derivadas. Jeffrey Herbst ha subrayado acertadamente que la gran diferencia entre el proceso africano de construcción estatal respecto del europeo reside en la distribución de la tierra y de poblaciones en el continente. En Europa la construcción estatal se hizo en un contexto de alta densidad poblacional y escasez de territorio lo cual llevó a los Estados centrales a desplazarse con rapidez hacia los márgenes de sus territorios y proteger las fronteras pues podían ser invadidas por un vecino que también poseía mucha población y escaseaba de territorio. Por el contrario, en África las grandes distancias y la baja densidad poblacional no impulsaron a los Estados centrales a desplazarse hacia sus fronteras pues carecían de vecinos cercanos y sobrepoblados que pudiesen invadirlos. Así, debido a estos hechos estructurales

divergentes, en África se construyó una relación completamente diferente entre “centros” y “periferias” de la europea (Herbst 2000).

Entonces en esta tesis me propongo observar las relaciones entre centro y periferia en el marco latinoamericano. ¿Por qué las periferias se enfrentan a los centros? ¿Cuándo estallan los conflictos? ¿Por qué algunas periferias que comparten rasgos sociales o históricos con otras periferias no muestran similares niveles de “rebeldía” frente al centro? ¿Cuáles son los factores que alientan el conflicto? ¿Se verifica en la experiencia latinoamericana que los cleavages funcionales deban “superar” a los territoriales? ¿Por qué y cuándo se politizan los territorios?

### *El problema en los casos de estudio*

La literatura sobre los cleavages territoriales de inspiración europea los asimiló principalmente a problemas entre minorías culturales al interior de un Estado. El cleavage entre un centro y una periferia era, en la mayoría de casos, una división de tintes culturales, religiosos o lingüísticos que adoptaba una traducción política en términos territoriales.<sup>43</sup> Así, podemos decir que para la teoría de inspiración europea las diferencias entre centro y periferia eran “primordialistas” pues provenían de un sustrato social diferenciado y anclado a la historia de los territorios (Rokkan 1975; 1980). Ahora bien, como he mencionado, esto está vinculado a la historia particular europea, un continente pequeño y densamente poblado, donde, “al viajero nunca le parece estar muy lejos del campanario del próximo pueblo” (Steiner 2005:42). ¿Pero esto es necesariamente así? En muchas otras áreas del mundo, los cleavages de tipo centro/periferia no son manifestación de una diferencia cultural ancestral sino la politización reciente de territorios particulares. Aun cuando se politicen diferencias de tipo cultural, estas diferencias no son condiciones suficientes para la emergencia del cleavage.<sup>44</sup> Entonces, en contextos ajenos a la experiencia europea también encontramos las diferencias entre centro y periferias pero estos proceden de politizaciones recientes de territorios donde puede o no haber diferencias culturales primordiales. El énfasis de la tesis está en estas nuevas formas de conflicto entre

---

<sup>43</sup> Ver la nota al pie de página 40 con la definición de cleavage territorial en Amoretti & Berrmeo 2004.

<sup>44</sup> Para la distinción entre condiciones suficientes y necesarias en la emergencia de cleavages ver Zuckerman 1975.

centros y periferias. De ahí que sea relevante preguntarnos en un contexto distinto del europeo, ¿qué hace que los territorios se politicen y que centro y periferia de pronto se enfrenten?, ¿Por qué algunos países desarrollan cleavages políticos de tipo territorial y otros, en cambio, no lo hacen?

En su texto clásico sobre los cleavages, Lipset y Rokkan establecieron dos resultados ideal-típicos para los enfrentamientos de tipo territorial. En el primero predominan

“[...] strictly local oppositions to encroachments of the aspiring dominant national elites and their bureaucracies”. Lipset & Rokkan (1967: 10)

Y en el segundo,

“[...] we would find conflicts not between territorial units *within* the system but over the control, the organization, the goals, and the policy options of the system *as a whole*”. Lipset & Rokkan (1967: 10)

Estos dos tipos ideales referidos al resultado del conflicto territorial resultan muy útiles para lo que tratamos de conceptualizar aquí. El caso boliviano, en el cual encontramos un cleavage territorial se acerca al segundo ideal tipo. Las elites políticas y económicas de las partes enfrentadas en el conflicto tienen ambas un proyecto para el país en general. Tanto los vehículos más importantes con base en el occidente boliviano (sobre todo, movimientos sociales detrás del exitoso MAS) como las organizaciones de defensa de los intereses del oriente boliviano (organizada en Comités de Defensa Departamental del cual el de Santa Cruz es por mucho el más importante) han terminado enfrascados en una disputa por el Estado boliviano y por re-determinar sus contornos más básicos. Puesto que la disputa política se hace por el sistema “as a whole”, la territorialidad de este conflicto se manifiesta en todos los niveles de competencia política de manera generalizada, abierta y constante. En el Perú, en cambio, el conflicto territorial no está presente pues las elites políticas y económicas periféricas y centrales no poseen proyectos claramente divergentes para el país como conjunto. Las escaramuzas entre centro y periferia en el Perú quedan reducidas a esporádicos movimientos sociales de reivindicación puntual, incapaces de agregar los intereses de alguna región en particular o de la periferia en general. Esto se corresponde al primer tipo ideal mencionado (*strictly local oppositions*). ¿Por qué se

llegó a esta situación de contraste en ambos países a pesar de las similitudes de ambos casos? Tal es la pregunta empírica central de esta tesis.<sup>45</sup>

### *La variable dependiente*

Ahora bien, ¿en qué consiste específicamente esta divergencia entre el caso boliviano y peruano? ¿Cuál es la variable dependiente divergente (*outcome*) que debemos conceptualizar y operacionalizar para entender el contraste? La variable dependiente es el cleavage político territorial que he definido como la presencia persistente y duradera en un país de un conflicto político donde colectividades de individuos se oponen a otras a partir de consideraciones territoriales. Vale decir, el cleavage político es aquello que vincula el mundo de lo social con el de la competencia política (Bartolini 2000: 16). De acuerdo a Bartolini, para verificar la existencia de un cleavage (cualquiera sea su naturaleza, funcional o territorial) se requieren tres elementos constitutivos: “social constituency (support); the ideological orientation (appeal); and the organizational structures (representation)” (Bartolini 2000: 11). Es decir, apoyo electoral sostenido a partir de dicho cleavage; discursos alrededor del cleavage; y organizaciones políticas inspiradas por el mencionado cleavage. Estos tres elementos permiten verificar la existencia del mismo. Como mostraré a continuación, durante los años 2000 (una década, lo cual permite calificar a una oposición política como cleavage pues se ha mantenido en el tiempo) en los tres niveles mencionados el contraste entre mi caso positivo (Bolivia) es importante respecto del caso negativo (Perú) lo que permitirá responder las preguntas principales de la investigación.

### La dimensión electoral

Durante los años 2000 el apoyo popular hacia la política territorializada en Bolivia y Perú ha tenido un resultado divergente. Las sucesivas elecciones (nacionales, sub-nacionales o los distintos referéndums efectuados) de los años 2000 han mostrado una persistente división territorial en Bolivia. Ésta hizo sentir por primera vez sus efectos

---

<sup>45</sup> Debo repetir que la constatación de la existencia de un cleavage territorial en un país no implica estar negando la existencia de otros. Por ejemplo, podrían convivir con tensiones funcionales de tipo derecha/izquierda.

cruciales sobre la política boliviana con la elección presidencial del año 2002. El candidato del MNR Gonzalo Sánchez de Lozada fue elegido por segunda vez como Presidente de la República con un magro 20,8% de los votos. En segundo lugar llegó Evo Morales, candidato del MAS, con el 19,4% de los votos. Sin embargo, tan importante como el número de votos resultó la geografía de ese voto. Evo Morales era resistido por el oriente boliviano (solo consiguió el 10% de los votos en Santa Cruz) y Sánchez de Lozada por el occidente (15% en La Paz). Y mientras el candidato del MNR superaba ampliamente su votación nacional en el oriente boliviano (42% en Beni, por ejemplo), el del MAS hacía lo propio en el occidente (37% en Cochabamba, 27% en Oruro). Así, detrás de aquellas opciones presidenciales contrapuestas, el tablero político boliviano quedó dividido en dos bloques que, a su vez, poseían una morfología electoral territorial determinada.

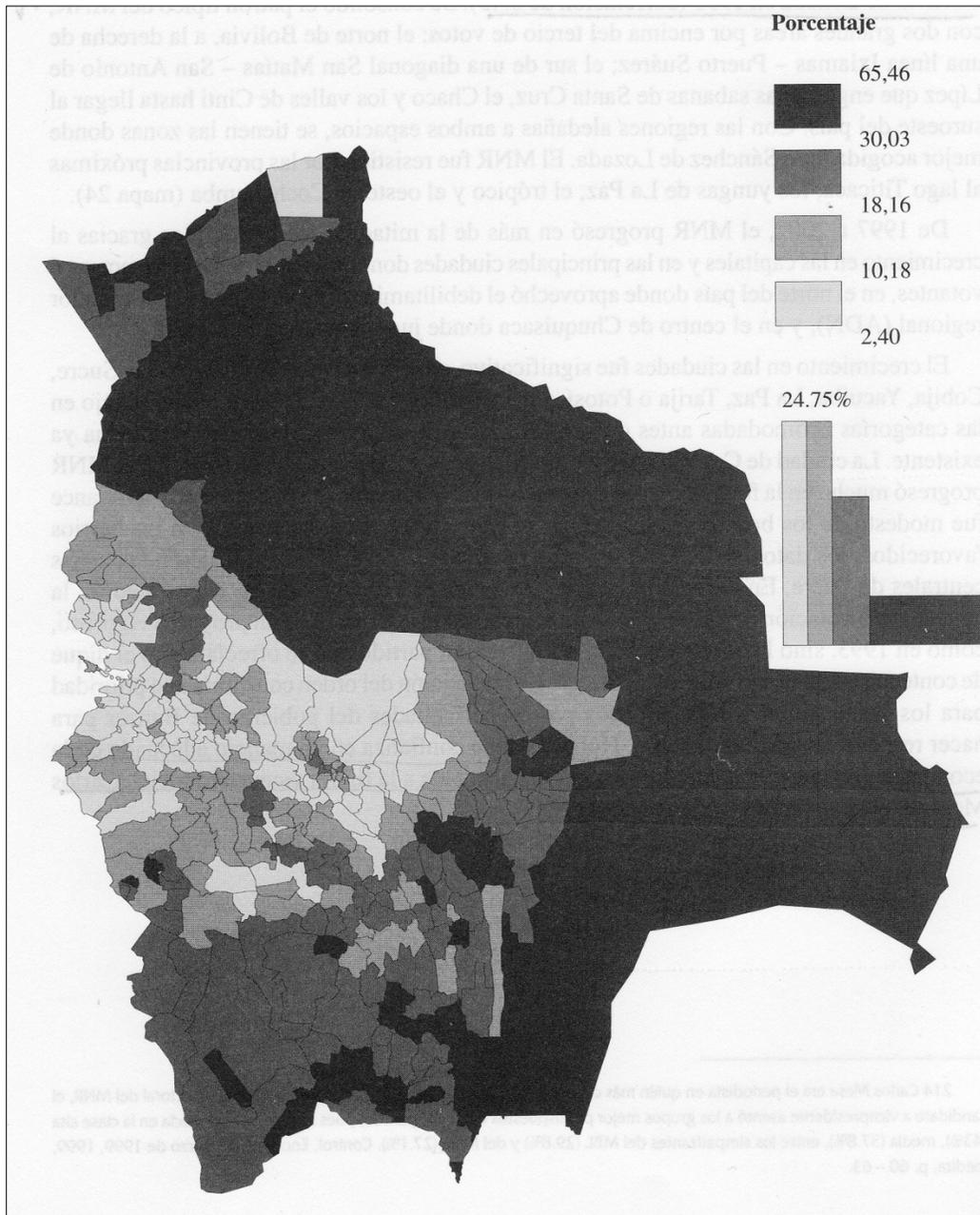
El régimen boliviano inaugurado en 1985 se había convertido en una combinación de pluralismo liberal partidario en lo político (de ahí que las dos fórmulas clásicas para describirlo fuesen “la democracia pactada” y “el presidencialismo parlamentarizado”) y librecambismo en lo económico.<sup>46</sup> Combinándolas podríamos llamarle al régimen una “democracia de mercado” (Dabène 1994: 149). El MNR representaba la continuidad de este sistema y el MAS el rechazo. A su vez, el respaldo del sistema y de los partidos tradicionales fue mayor en el oriente boliviano y su contestación en el occidente. Y, como quedó claro por la geografía del voto de la elección de 2002, esta diferencia tenía una encarnación territorial muy marcada: se apoyaba a la “democracia de mercado” en el oriente y se le rechazaba en el occidente.<sup>47</sup> De ahí que Sánchez de Lozada fuese elegido, principalmente, con los votos del oriente boliviano y Evo Morales resultase segundo con los votos del altiplano boliviano.

---

<sup>46</sup> Para una descripción del sistema político boliviano, la democracia pactada, ver Mayorga 1992; Gamarra 1997; Mayorga 2005. Para la vertiente política inaugurada con el célebre decreto 21060 de Paz Estensoro que liberalizó la economía ver Conaghan & Malloy (1994: 185-202).

<sup>47</sup> Ver Romero 2007.

**Mapa 3. Votación del MNR por provincias en la Elección Presidencial 2002**



Fuente: Romero 2003.

Este cleavage territorial no desapareció una vez pasada la jornada electoral. Por el contrario se hizo cada vez más patente durante el gobierno de Sánchez de Lozada (2002-2003). Elegido mayoritariamente con votos venidos del oriente, su “social constituency” (Bartolini 2000) se encontraba a mil kilómetros de distancia, fundamentalmente en la ciudad de Santa Cruz. Así, desde que asumió la Presidencia de

la República en la capital del país (La Paz, corazón del altiplano boliviano) Sánchez de Lozada se encontró enclaustrado en “zona enemiga”, en la región donde prevalecía quien había ocupado el segundo lugar en la elección. La configuración *espacial* del país jugaba un papel central en el desarrollo del cleavage político y es la razón por la cual aquí nos abocaremos a entender esta importancia del “espacio” en la construcción de la política. De pronto, en la democracia boliviana no solo importaba *cuántos* votos obtenía un candidato, sino *dónde* los obtenía. Como mostré al inicio de esta introducción, el cleavage territorial fue nuevamente importante en medio de la crisis de 2003 respecto del gas.

La elección presidencial de 2005 en Bolivia confirmó y profundizó el cleavage electoral territorial de la elección de 2002. Evo Morales consiguió un triunfo histórico al ser el primer presidente boliviano de la era democrática elegido con más del 50% de los votos, evitando así ser elegido por una decisión del parlamento boliviano.<sup>48</sup> En segunda instancia, la geografía del voto de Evo Morales y su contendor Jorge Quiroga (candidato de PODEMOS) confirmó la presencia del cleavage territorial. El candidato del MAS obtuvo el 82,3% de su voto total en los cinco departamentos del occidente boliviano (Chuquisaca, La Paz, Cochabamba, Oruro y Potosí). Un fenómeno interesante es que la candidatura de Quiroga no sufrió una territorialización semejante. Si volvemos a tomar en cuenta la división de los cinco departamentos del occidente y los cuatro del oriente vemos que Quiroga no le debía enteramente su votación a uno de los dos espacios. El 46% de sus votos provinieron del oriente y el resto del occidente.<sup>49</sup> Ahora bien, el poderoso e indiscutido peso electoral de Morales y el MAS en el occidente del país agudizaron este cariz territorial en la competencia política boliviana (a nivel presidencial).

---

<sup>48</sup>Desde 1985, cuando la democracia electoral volvió a Bolivia, ninguno de los cuatro presidentes elegidos en las cinco elecciones previas al 2005 (Sánchez de Lozada dos veces) fue elegido en primera vuelta pues, debido al diseño constitucional, era el Parlamento quien debía elegir entre los tres candidatos más votados en la justa si ninguno obtenía el 50% de los votos. Previamente al 2005, los tres candidatos siempre provinieron de los tres partidos más importantes: Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y la Acción Democrática Nacional (ADN). Así, cuando Evo Morales consiguió el 54% de los votos en la primera vuelta de 2005 un patrón en la competencia política boliviana desapareció: el “presidencialismo parlamentarizado” (R. Mayorga: 2005) saltó por los aires.

<sup>49</sup> Cálculos propios con datos de la Corte Nacional Electoral Boliviana.

El 2009 Evo Morales consiguió ser reelecto en primera vuelta con el 63% de los sufragios, mientras el segundo en la elección, Manfred Reyes (de Nueva Fuerza Republicana -NFR) alcanzó el 25%. El cleavage en términos electorales volvió a manifestarse: cuatro de cada cinco votos del occidente boliviano fue para el candidato del MAS. En los mismos cinco departamentos occidentales, el MAS consiguió 19 de los 20 senadores en disputa. Por el contrario, en el oriente la votación del candidato opositor fue en promedio el doble de la obtenida a nivel nacional. En los cuatro departamentos del oriente Reyes obtuvo el 53% de los votos.

En resumen, al analizar los resultados electorales en Bolivia, estos demuestran que eran cada vez menos nacionales (Mainwaring & Jones 2003), vale decir, que el grado de concentración de votos recogidos en determinadas regiones por determinados candidatos era muy alto.<sup>50</sup> Al mismo tiempo, los partidos tradicionales nacionales por su parte desaparecían del tablero político boliviano y “la cuestión regional, siempre presente en Bolivia, generó nuevas y profundas líneas de conflicto” (Romero 2007: 26).

En el Perú, por su parte, la situación durante los años 2000 ha seguido un rumbo diferente. En las elecciones generales de 2001 la situación fue bastante contrastada con la experiencia electoral boliviana. Alejandro Toledo (del Partido Perú Posible) resultó ganador y el ex Presidente Alan García (del APRA) llegó segundo.<sup>51</sup> Estos candidatos recibieron votaciones bastante homogéneas en las diferentes regiones del país. En la primera vuelta, Alejandro Toledo consiguió ser el candidato más votado en 23 de los 25 departamentos del país.<sup>52</sup> El APRA, segundo a nivel nacional, repitió el segundo lugar en 13 departamentos. La candidata conservadora Lourdes Flores (del partido Unidad Nacional), que consiguió el tercer lugar, apenas unas décimas por debajo del candidato del APRA a nivel nacional, resultó segunda en 12 departamentos. Esta simple vista permite constatar que el tablero electoral peruano en la primera vuelta fue bastante “nacionalizado” (Jones & Mainwaring 2003). Vale decir, para lo que interesa aquí, los candidatos no consiguieron votaciones drásticamente distintas según

---

<sup>50</sup> Para Mainwaring & Jones, “a highly nationalized party system is one in which the major parties’ respective vote shares do not differ much from one province to the next” (Mainwaring & Jones 2003: 140).

<sup>51</sup> Todos los datos electorales provienen de la Oficina Nacional de Procesos Electorales, ONPE.

<sup>52</sup> Solo perdió en Ica y en La Libertad (departamento tradicionalmente aprista).

las regiones del país. Mientras que en Bolivia en las elecciones de 2002, Evo Morales no consigue ganar en ninguna provincia fuera del altiplano y Sánchez de Lozada le debe parte sustancial de su votación a las tierras bajas del oriente boliviano<sup>53</sup>, en el Perú los tres candidatos más votados a nivel nacional reproducen (décimas más, décimas menos) estas votaciones a nivel de los departamentos del país. Así, aunque se ha mencionado más de una vez que Alejandro Toledo consiguió votaciones muy importantes en el sur del país, no debemos olvidar que también las obtuvo en la Amazonía (62% en Loreto, su mejor resultado en todo el país) y, muy importante también, que en ninguna región del país resultaba abiertamente rechazado.

Con las elecciones generales de 2006 el contraste con Bolivia se hace más tenue. En el caso peruano, el candidato Ollanta Humala del partido Unión por el Perú (UPP) consiguió el primer lugar en la primera vuelta electoral con 30,6% de los votos a nivel nacional. Si descendemos al nivel departamental, este mismo candidato ganó 18 departamentos de los 25 del país. Y estos departamentos estaban localizados en distintas regiones del país. Al igual que Toledo cinco años antes, aunque consiguió un voto más importante en el sur del país y en la sierra, también logró ganar departamentos de la costa y del norte (por ejemplo, su votación más alta fue en Tumbes, costa norte). El único departamento donde recibió una votación por debajo de 20% es en La Libertad, capital histórica del aprismo. El segundo lugar en aquella primera vuelta lo obtuvo Alan García quien a la postre ganó la presidencia en la segunda vuelta. Aquí la figura se repite. Su votación también es bastante nacionalizada, no hay grandes contrastes regionales en la geografía de su voto. El APRA ganó en siete departamentos y llegó segundo en 13 departamentos. Vale decir, la proporcionalidad entre lo que obtuvo a nivel nacional y sub-nacional es semejante. Sin embargo la elección presidencial de 2011 dio una nueva y más drástica presencia del hecho territorial. Ollanta Humala fue nuevamente elegido masivamente con las votaciones del sur peruano que mantuvieron una fidelidad a este candidato entre una elección y la otra, mientras Lima le siguió siendo una plaza esquivada. La capital, más bien, prefirió una vez más al candidato más proclive al *establishment* nacional: la candidatura de Pedro Pablo Kuczynski. Como lo señalaron distintos analistas para esta elección, la

---

<sup>53</sup> Romero (2003: 64)

sierra peruana en general y el sur en particular se han convertido en un bloque electoral claramente distintivo en el Perú.<sup>54</sup> La maduración de un voto regionalizado en el Perú durante la década agrega intriga a nuestra pregunta principal pues la pura dimensión electoral (en el nivel nacional) deja ver que existe potencialmente una división territorial política que podría explotarse y dar lugar a plataformas regionalistas que diesen vida a un cleavage territorial. Sin embargo estas condiciones electorales no son acompañadas por unas semejantes a las de Bolivia.

Entonces, hay una diferencia en términos de la regionalización del voto entre Bolivia y Perú aunque con el paso de la década esta diferencia electoral se haya hecho más tenue. Es por esta razón que la definición y operacionalización de cleavage de Bartolini es muy pertinente pues el cleavage territorial no se verifica con la mera existencia de tendencias territoriales en el voto, sino que debe verificarse también por la existencia de discursos y organizaciones políticas que explotan la variable territorial. La diferencia crucial, entonces, la encontramos en las próximas dos variables: los discursos y las organizaciones.

#### Las organizaciones político-civiles regionales y los discursos regionalistas

El segundo y tercer elemento constitutivo de un cleavage es que existan organizaciones y discursos, respectivamente, que se posicionan respecto del *issue* propio del cleavage, en este caso, el regional. En lo que se refiere a organizaciones y discursos de tipo territorial observamos, nuevamente, un contraste entre el caso boliviano y el peruano, esta vez un contraste abierto. En Bolivia, ante el retroceso de los tres partidos políticos nacionales que dominaron la vida política durante los 18 años de “democracia de mercado” (MNR, Acción Democrática Nacionalista, ADN y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR), la oposición al proyecto del hegemónico del MAS ha venido principalmente de los departamentos del oriente.<sup>55</sup> Esta oposición se ha articulado a través de los Comités Cívicos de Defensa de los departamentos

---

<sup>54</sup> Para la elección general de 2011 ver Dargent 2011; Levitsky 2011; Munoz 2011; Tanaka 2011; Meléndez 2011.

<sup>55</sup> Eaton 2007, 2011; Burbano 2011.

orientales.<sup>56</sup> Como señala Assies (2006: 101), “llama la atención que la “Media Luna” sea una coalición de Comités Cívicos a nivel de departamento”. Estas organizaciones civiles de defensa de los intereses regionales han demostrado tener un peso real en la política cotidiana boliviana de los años 2000. En especial, desde la caída de Gonzalo Sánchez de Lozada en 2003 y la instalación del gobierno de Carlos Mesa (quien había sido vicepresidente de Sánchez de Lozada), el CCPSC pasó a tener una posición mucho más activa pues interpretó dicha caída como una suerte de golpe de Estado del occidente contra el oriente. Sin entrar en detalles que son materia del capítulo quinto, cuando Carlos Mesa adoptó la llamada “agenda de octubre” que propulsaban los movimientos sociales de asiento altiplánico, el departamento de Santa Cruz se sintió marginado del juego político a dos niveles. A nivel electoral, el Presidente de la República que había sido elegido democráticamente con apoyos mayoritarios del oriente boliviano (Sánchez de Lozada) fue retirado del poder por la vía de movilizaciones sociales. Y, de otro lado, también se sintió marginado pues Carlos Mesa al asumir el poder estableció un gabinete de gobierno donde ya no aparecía ninguno de los nombres cruceños que habían figurado siempre en los gabinetes bolivianos —algo que contrastaba con el gobierno de Sánchez de Lozada donde había habido una presencia “inmoderada” de representantes de la elite cruceña.<sup>57</sup>

Frente a la “agenda de octubre” del occidente — interpretada desde el oriente como una de tipo indigenista, centralista y económicamente nacionalista —el CCPSC estableció en enero de 2005, la denominada “agenda de enero”: una agenda política regionalista con pretensiones autonomistas para el oriente boliviano, en general, y cruceño en particular. A la larga y después de un proceso de varios años este proceso desembocaría en la promulgación unilateral del Estatuto del Departamento Autónomo de Santa Cruz en 2008.

Lo importante para nuestra comparación es, entonces, que estas agrupaciones cívico-políticas que dan vida y forma a la política boliviana tienen una fuerte raigambre periférica y poseen discursos regionalistas que desafían al centro político. De hecho, en

---

<sup>56</sup> Los comités de Defensa de los departamentos agrupan a decenas de organizaciones de la sociedad civil regional. Por ejemplo, el poderoso CCPSC agrupa 200 organizaciones, aunque sus portavoces más importantes son la federación de ganaderos, la Cámara Agropecuaria del Oriente y la Cámara de Industria y Comercio. (Assies 2006: 101)

<sup>57</sup> Salvador Romero, entrevista personal. Ver también Eaton 2007.

el contexto de disputa más abierto, los prefectos de los departamentos del oriente boliviano formaron el Consejo Nacional Democrático (CONALDE) como organización que agrupaba y defendía los intereses del oriente respecto del “centro”, percibido como uno hostil a la periferia. Es así que ante la caída de los partidos políticos nacionales en Bolivia las demandas nacionales se hicieron por otras vías menos convencionales, más civiles y más territorializadas.<sup>58</sup> Y, lo más importante, estos discursos y las organizaciones que los transportan tienen una gran ascendencia (legitimidad) sobre la población de sus regiones. Por ejemplo, el 22 de enero del 2004 el CCPSC convocó a un cabildo abierto en defensa de los intereses de la región congregando 250 mil personas; el 28 de enero del 2005, 350 mil personas en las calles de Santa Cruz apoyaron la adopción de la “agenda de enero”. Y el 18 de febrero del 2005 el CCPSC entregó 400 mil firmas solicitando un referéndum sobre el estatuto de autonomía. Para una ciudad con un millón de habitantes estamos hablando de niveles de legitimidad muy altos. Y esta ascendencia se verifica también en el ámbito electoral. El 2 de julio del 2006 se llevó a cabo el referendo sobre autonomías y el 71% del electorado de los departamentos del oriente se manifestó a favor de las autonomías (aunque en el país ganase el NO con 57,6%).<sup>59</sup> La legitimidad y capacidad de convocatoria del CCPSC sería la envidia de muchos partidos políticos latinoamericanos.

También hemos asistido al aumento y cristalización de discursos muy regionalistas. En un plano político, aún resuenan las palabras del Presidente del CCPSC el 2003 tras la salida del Presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, quien enfrente de miles de cruceños, sugirió que si no se daban cambios en la estructura política boliviana (aludiendo a mayores cuotas de autonomía), “dudamos de la permanencia de Santa Cruz en la estructura actual del país”.<sup>60</sup> Estos discursos políticos se han hecho cada vez más recurrentes en el oriente boliviano donde las palabras autonomía y federalismo son pan de cada día. Y estos discursos políticos han venido aparejados de otros más sociológicos e identitarios que oponen a “*collas* atrasados y

---

<sup>58</sup> Es importante notar que en el Perú también colapso el sistema partidario y esto no abrió las puertas a una política territorializada como en Bolivia.

<sup>59</sup> En el capítulo quinto se dan más elementos del fortalecimiento y distancia de la región oriental frente al occidente.

<sup>60</sup> Assies (2006: 90).

violentos [a] *campas* productivos y emprendedores” (Stefanoni 2007: 63).<sup>61</sup> A este tipo de imaginario se suma la existencia de grupos minoritarios como “Nación Camba de Liberación” que propulsan abiertamente de escindirse de Bolivia pues los Cambas “constituyen una entidad social y etno-histórica de características propias, al ser todos los mestizos, blancos y morenos que habitan el oriente boliviano, provenientes del cruce de indígenas y españoles, en cada lugar o rincón del extenso territorio de lo que fue la Gobernación de Santa Cruz de la Sierra Mojos y Chiquitos.”<sup>62</sup> Como apunta Assies, lo preocupante es el acercamiento reciente entre las organizaciones cívicas y este discurso étnico y separatista.

Pasemos ahora al caso peruano donde nada similar ha ocurrido. La elección de Alejandro Toledo el año 2001 podría haber originado alguna pulsión indigenista que diese cabida a un posible cleavage como el boliviano. De hecho, algunos autores han aludido a cierto indigenismo o cleavage étnico en el Perú (Paredes 2010; Madrid 2011), sin embargo, a pesar del uso de cierta simbología “indigenista” ella no ha dado lugar a discursos de este tipo, a organizaciones con capacidad nacional ni se ha politizado la idea de región o periferia. Las organizaciones que han tenido un impacto marginal en la política nacional han sido aquellas representativas de las poblaciones nativas en la selva como la Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana (AIDSESP).<sup>63</sup> Recientemente, una gran manifestación nativa en abril de 2009 en la selva peruana que rechazaba unos decretos que intentaban regular la tenencia de la tierra en la Amazonía terminó con la muerte de 11 nativos y 24 policías (además de un policía desaparecido). Este violento enfrentamiento, dio visibilidad nacional a los pueblos amazónicos y sus reclamos particulares. Además, dio presencia a una agenda nativa peruana, tradicionalmente ausente. A pesar de la violencia y de las especulaciones de que este movimiento nativo podría agregar intereses de otros pueblos “originarios” en una escalada de oposición al Estado central, la movilización

---

<sup>61</sup> Como ya se dijo, *Collas* es el apelativo para los habitantes del altiplano y *Cambas* aquellos de las tierras bajas.

<sup>62</sup> *Nación Camba. Documentos de Trabajo*. Santa Cruz de la Sierra, 2005.

<sup>63</sup> Ver Yashar (2005: 250-268).

no ha dado nuevos signos de activación. Como se ha dicho, las movilizaciones en el Perú tienen como característica ser unas reivindicaciones puntuales y efímeras.<sup>64</sup>

De otro lado, aunque la aparición de elecciones regionales según alguna literatura podría abrir las puertas a que surjan discursos u organizaciones de este tipo (Harbers 2010; Ryan 2004; Bracanti 2008), lo cierto es que las pocas que han emergido han sido marginales y no han conseguido formar parte de la agenda política nacional. En las elecciones regionales de 2002 en la región Puno (sur del país que colinda con Bolivia) apareció el Movimiento por la Autonomía Regional Quechua y Aymara quien se hizo de dicho gobierno regional pero con una votación bastante precaria, apenas 26%. Además, este movimiento no consiguió la reelección y en las elecciones del 2006 venció el candidato de un nuevo movimiento regional esta vez llamado “Avanza País”. Y en las elecciones regionales de 2010 un nuevo movimiento se ha hecho de la gobernatura. Aún así, en esta región colindante con Bolivia, es la única donde algún tipo de discurso alrededor de lo indígena se ha puesto de manifiesto a través del que fuera su Presidente Regional hasta el 2010, Hernán Fuentes<sup>65</sup> y, muy recientemente, con la aparición de un movimiento social liderado por el ciudadano Walter Aduviri quien ha esgrimido abiertamente el argumento cultural (pertenecer a la nación aymara) para reclamar por unas nuevas vinculaciones con el “centro”.<sup>66</sup> Finalmente, un elemento que impide pensar en la posibilidad de articular un “frente regional” es que en el Perú los propios departamentos han rechazado la posibilidad de fusionarse con sus vecinos y así construir verdaderas regiones.<sup>67</sup>

Todas estas tímidas iniciativas en términos de discursos y organizaciones periféricas que podrían oponerse a un Estado central (y occidental) peruano (a la manera boliviana) han sido esfuerzos débiles que no han encontrado apoyo popular. En lo que se refiere a otras zonas del país sin presencia indígena donde pudieran llevarse a cabo proyectos de tinte regionalista estos también han brillado por su ausencia. Así, como lo manifestamos al inicio de este apartado con los dos *outcomes* ideal típicos de Lipset y Rokkan, el contraste entre Perú y Bolivia es bastante claro en términos de la

---

<sup>64</sup> Panfichi 2011.

<sup>65</sup> Fuentes ha levantado varias veces la idea de federalizar el país pero no ha obtenido eco alguno con sus propuestas las que no han conseguido el decidido apoyo ni siquiera en su región. Ver Fuentes 2007.

<sup>66</sup> El Comercio, 17 de junio de 2011.

<sup>67</sup> En el referéndum de 2004 los departamentos del Perú rechazaron en un referéndum esta posibilidad.

articulación del cleavage territorial que hemos venido describiendo pues, aun cuando en el Perú existen ciertos atisbos de un voto regionalizado, a diferencia de Bolivia, en los otros dos indicadores (organizaciones y discursos regionales) el contraste es agudo pues en el Perú no se encuentra nada como lo que posee Bolivia. Y esto es aun más llamativo si lo observamos a la luz de las trayectorias de ambos países en las últimas décadas.

#### Contrastando las trayectorias: ¿por qué?

Jones & Mainwaring (2003) midieron el grado de nacionalización de los sistemas de partidos y de los partidos en América Latina, EEUU y el Canadá para el periodo de la tercera ola de democratizaciones. Este índice mide el nivel de homogeneidad del voto obtenido por los partidos o sistemas de partidos en la cámara baja. A través de este índice se establece que si un partido o sistema partidario obtiene votaciones similares en todas las circunscripciones, ellos poseen un elevado índice de nacionalización; si los resultados, por el contrario, son muy dispares se dirá que el índice de nacionalización es bajo. Entonces, siguiendo este criterio, se constata que en las últimas décadas Bolivia poseía un sistema político más nacionalizado que el peruano.<sup>68</sup> Vale decir, los partidos políticos bolivianos solían obtener votaciones que no variaban demasiado entre provincia y provincia o, para ponerlo en términos comparados, la variación era mucho menor que en el Perú. Si planteamos la problemática en términos cualitativos, también encontramos que los partidos políticos bolivianos eran bastante nacionales:

“Esto se puede ver en la forma como estaban estructurados los partidos políticos desde los años cincuenta. Tenían características nacionales. Ahí no había pugnas o recelos entre “cambas” y “collas”. Todos tenían dirigentes de distintos departamentos. Y en los gabinetes se expresaba muy bien la lógica regional, los partidos buscaban el equilibrio. No había esta política de confrontación con la que nació el MAS y que se refleja drásticamente en su gobierno. Esta es una diferencia muy notable con el Ecuador. La Izquierda Democrática era un partido serrano y el Partido Social Cristiano de León Febres Cordero era totalmente “mono” [guayaquileño]. Los cleavages regionales en Ecuador eran mucho más drásticos. En Bolivia no. Ninguno de los partidos fue nunca un partido regional. Banzer era cruceño, Paz Zamora tarijeño. Ninguno

---

<sup>68</sup> El promedio boliviano en el índice de nacionalización para las décadas de los 80 y 90 fue de 0,77 (donde 1 representa la nacionalización perfecta) y el peruano era de 0,71. (Mainwaring & Jones 2003: 148)

de estos partidos tenía vocación regionalista.” (René Antonio Mayorga, entrevista personal, La Paz)

En los años 2000 la relación entre nuestros casos ha variado. Bolivia tiene ahora un sistema político menos nacionalizado que el del Perú. Tanto en los índices puramente electorales pero también en términos más cualitativos pues en Bolivia las organizaciones y discursos a partir de la idea territorial son mucho más importantes que en el Perú. Esta inversión es parte crucial de la pregunta de investigación de esta tesis. No solo me pregunto por la aparición y radicalización de un cleavage territorial marcado en Bolivia y su no-aparición en Perú, sino que la pregunta alude, además, a un cambio en la estructuración interna de la competencia política en ambos países. Ahí donde se tenía un sistema nacionalizado el escenario político se ha territorializado y ahí donde la política era menos nacional no encontramos una territorialización análoga. ¿Por qué de pronto durante los años 2000 en Bolivia “los contrastes regionales adquirieron significados políticos fuertes” (Romero 2007: 89), mientras que el sistema político peruano no se avanzó en aquella dirección?

### *Las explicaciones alternativas*

#### Estructuras étnicas

Planteada de manera abrupta, nuestra pregunta obtendría una respuesta rápida: la diferencia en nuestros casos radica en los movimientos indígenas presentes en Bolivia y ausentes en Perú. Así, el reflejo sería trasladarse a una literatura sobre partidos o movimientos étnicos. Sin embargo, la literatura sobre partidos étnicos difícilmente puede trasladarse hacia América Latina donde no se ha tenido una experiencia lidiando con movimientos políticos de este tipo. En América Latina, la competencia política, en términos generales, y las organizaciones políticas, en particular, no han respondido a una dinámica de tipo étnico. En primer lugar, las sociedades políticas latinoamericanas no se han construido desde una orientación étnica donde “strong ethnic allegiances permeate organizations, activities, and roles to which they are formally unrelated.” (Horowitz 1985: 7). Si la sociedad no se ha articulado de acuerdo a estas dimensiones propias de las sociedades étnicamente divididas, los partidos políticos tampoco se han

superpuesto a líneas étnicas que se correspondan de esta manera a un tipo de agrupación política de tipo étnico:

“An ethnic party is identified with the cause of the ethnic group it represents. Its *raison d'être* is “to unite the Sinhalese”, to “fight for the Malay race”, to “weld [the Yoruba] together”, to work for “the protection of Skih rights” or the like.” (Horowitz 1985: 296)

En lo relativo a nuestros casos, en los últimos años varios trabajos han contrastado los países de los Andes centrales a partir de la aparición o no aparición de movimientos y/o partidos indigenistas (Madrid 2011; Paredes 2010; Van Cott 2007, 2008; Yashar 2005). En todos estos trabajos se ha planteado más o menos explícitamente (como pregunta o como premisa) la ausencia de movimientos indígenas en el Perú y su fortaleza en Ecuador y Bolivia. Y algunos de estos trabajos han lidiado literalmente con la idea de *ethnic cleavages* para nuestros países (Yashar 2005; Madrid 2011). Deborah Yashar, por ejemplo, se pregunta en varios momentos por la aparición de *ethnic cleavages* en sus casos de estudio (Yashar 2005: 21, 27; capítulo 2) pero nunca propone una definición de cleavage y, por lo tanto, *ethnic cleavage* es abierta (y erróneamente) asimilado a “ethnic politics” o la emergencia de movimientos indígenas. Para la existencia de un “cleavage” político debe existir claramente un “issue at stake” con dos posiciones enfrentadas y grupos sociales enfrentados por dicho *issue*. La mera existencia de organizaciones indígenas no supone la emergencia de un “cleavage”. En definitiva, el libro de Yashar pone el acento, en realidad, en dos literaturas. De un lado en la de movimientos sociales y, en segundo lugar, en una sobre ciudadanía y derechos indígenas. A lo largo del libro ella no lidia con lo que estructura la competencia política de todo el sistema político boliviano (lo que la acercaría a la literatura de cleavages). Así, para ella la aparición del cleavage del que trato en esta tesis sería el reflejo de la aparición de movimientos indígenas lo cual no responde a la pregunta pues un cleavage definido de manera fuerte es una forma que estructura la competencia política del país y en el cual se necesita identificar dos fuerzas enfrentadas sostenidamente en el tiempo.

En la misma vena, Raúl Madrid afirma que “[E]thnic cleavages have become increasingly important in Peruvian electoral politics” (Madrid 2011). Según este trabajo,

las votaciones de los presidentes Fujimori en 1990, Toledo en 2000 y 2001 y del candidato Ollanta Humala en 2006, habrían tenido éxito pues “they have presented themselves as more ethnically proximate to the indigenous population than their main competitors who represented the white Lima elite” (Madrid 2011). A diferencia de Yashar, aquí sí aparecen los dos lados del cleavage pero resultan en una simplificación dicotómica muy problemática. Si regresamos a la definición de Horowitz de sociedades divididas y grupos étnicos veremos que ellos no pueden ser asimilados a lo que Madrid denomina “voto étnico”. *White Lima elite* no es una etnia e *indigenous population* tampoco. Madrid simplifica la realidad a través de una dicotomía frágil y califica a la relación política electoral de ambos lados de la dicotomía como “voto étnico”. Lamentablemente, la distinción tiene dificultades para sostenerse conceptual y empíricamente.<sup>69</sup>

En América Latina ni las sociedades se han articulado en líneas étnicas ni han proliferado los partidos políticos como los reseñados por Horowitz. Desde el nacimiento de las repúblicas latinoamericanas éstas abrazaron los ideales liberales igualitarios (Guerra 1992; Demelas 1992). Si bien es evidente que esta promesa liberal no se cumplió y las repúblicas latinoamericanas mantuvieron (y en algunos casos, agravaron) grandes desigualdades de todo tipo, estas desigualdades no dieron lugar a partidos u organizaciones de competencia política de tipo étnico. En primer lugar porque en América Latina se llevó a cabo un mestizaje. A diferencia de la colonización francesa o inglesa en África o India donde colonizadores y colonizados no se mezclaron, en América Latina este proceso comenzó desde el periodo colonial. Y, sobre el proceso de mestizaje, se desarrolló el “ideal” del mestizaje como esfuerzo prioritario para la mayoría de Estados. Bajo el influjo de la revolución mexicana (en especial las ideas de José Vasconcelos y la “raza cósmica”) los países que poseían poblaciones indígenas hicieron grandes esfuerzos para realizar una construcción

---

<sup>69</sup> En el caso boliviano también se ha sugerido, más convincentemente, una lucha ancestral de las naciones autóctonas contra el colonialismo externo e interno. Desde una perspectiva histórica (y activista) ver Hylton y Thompson (2007). En el prefacio de este libro Adolfo Gilly se refiere a las revueltas de inicios de los años 2000 en Bolivia como un despertar de la “nación clandestina”. En esta misma línea Brooke Larson dice, “Perhaps it is these indigenous aspirations [redefinir las fronteras del Estado y pertenecer a genuinos estado multi étnicos] that should be seen as the most enduring legacy of nineteenth-century peasant politics” (Larsson 2004: 19).

nacional asumida como la construcción de una sola “raza” mestiza.<sup>70</sup> Y del lado de las poblaciones autóctonas, las demandas políticas no fueron tradicionalmente formuladas en términos de reivindicaciones étnicas, cargadas de una dimensión excluyente, que el término trae de suyo. Por el contrario, Yashar (2005) tiene razón al encuadrar los movimientos indígenas en América Latina como unos “that are calling [...] politics to recognize and institutionalize a more differentiated set of citizenship regimes that can accommodate the claims of the individual alongside claims for the collective” (Yashar 2005: 285). Así, más que movimientos de reivindicación étnica, ellos reivindican una nueva ciudadanía frente al Estado. En términos largamente mayoritarios, se reivindican políticamente ciudadanos, y no como pertenecientes a una etnia irredenta. Con esto no quiero negar de plano la pertinencia de pensar la cuestión étnica, racial y, menos aún, el racismo que desgraciadamente pervive a través del continente. Lo que trato de precisar aquí es que observar el conflicto territorial como un *by-product* de la cuestión étnica no es una línea fructífera para los casos latinoamericanos.<sup>71</sup> Tal vez podamos extender a Latinoamérica el veredicto que dio Marisol de la Cadena para el Perú: siempre hubo movimientos indígenas, lo que no hubo son movimientos étnicos (de la Cadena 2004: 16). Finalmente, a veces se asume directamente que la diversidad étnica supondrá necesariamente una competencia política inestable y articulada en esas líneas étnicas, politizando los territorios; sin embargo, varios estudios han mostrado que el grado de diversidad étnica de los países *per se* no determina la estabilidad ni el grado de enfrentamiento que se tendrá al interior de los países.<sup>72</sup> De otro lado, Van Cott (2008) ha mostrado convincentemente que el número de indígenas que posee un país no predice la manera en que se desarrollará un movimiento o partido indigenista. Por ejemplo, en Colombia y Venezuela, las poblaciones autóctonas son abiertamente minoritarias pero los partidos que desarrollaron estas poblaciones fueron bastante exitosos. Finalmente, no olvidemos que el discurso indigenista también es instrumentalizado para legitimar en la arena internacional a gobiernos que no llevan a cabo necesariamente política públicas indigenistas. Como afirma Laserna, no es

---

<sup>70</sup> Ver Vasconcelos 1948; Mallon 1995; de la Cadena 2004.

<sup>71</sup> De ahí que, como dije, no participo de la definición de cleavage territorial de Amoretti y Bermeo 2004.

<sup>72</sup> Ver Beissinger 2008; Linz & Stepan sobre los países bálticos y las minorías rusófonas (Linz & Stepan 1996: 401-33);

casualidad que el único líder claramente indigenista en el poder en Bolivia sea el Ministro de Relaciones Exteriores (Laserna 2010: 40).

### Instituciones formales

Durante los años noventa apareció una literatura muy optimista respecto de las instituciones formales para los Estados recientemente democratizados.<sup>73</sup> El diseño de las instituciones estatales aparecía como una suerte de vacuna contra las patologías sociales. Con el paso de los años, las instituciones que eran vistas como un fin en sí mismo fueron utilizadas como variable independiente: ¿qué efectos habían tenido las reglas sobre la conducta política de los países? Los volúmenes sobre el federalismo, por ejemplo, se multiplicaron y las referencias a la *consociational democracy* se hicieron comunes.<sup>74</sup>

En el caso de los países andinos, puesto que se trata de países con un sistema unitario, no fue el federalismo quien llamó la atención de los investigadores pero el de otras reformas institucionales que habían tenido efectos sobre la competencia política. En especial, las reformas de descentralización y aquellas vinculadas a la modificación de sistemas electorales. Aunque no se abordase explícitamente la misma variable dependiente que en esta tesis (el cleavage territorial), mucha de esta literatura lidió con variables dependientes cercanas a nuestra preocupación. La relación más reiterada fue la vinculación entre el establecimiento de políticas de descentralización y el debilitamiento de los sistemas partidarios nacionales. Inspirada en trabajos como los de Chibber & Kollman 2004 donde se manifiesta para los casos de Canadá, Estados Unidos, India e Inglaterra que “party aggregation should be easier under conditions of centralization” (Chibber & Kollman 2004: 79), mientras que la descentralización política dificultaría la tarea de agregar intereses, varios trabajos señalaron cuestiones similares para América Latina en general y la zona andina en particular (Sabatini 2003). El argumento ha sido desarrollado para el caso venezolano al decir que la introducción de la elección directa de gobernadores contribuyó a la reconfiguración partidaria en ese país (Penfold-Becerra 2004); en el caso boliviano se ha afirmado que

---

<sup>73</sup> Ver por ejemplo Linz 1994, Lijphart & Waisman 1997.

<sup>74</sup> Sobre el federalismo, por ejemplo, Amoretti & Bermeo 2004 y Gibson 2004; sobre *consociational democracy*, Lijphart 1977.

“institutional reforms encouraged a new regionalization of politics that put additional strain on a weak political system” (Centellas 2009: 120); asimismo se ha mencionado que la descentralización y las reformas en el legislativo colombiano debilitaron a los partidos tradicionales al fortalecer a los políticos locales (Dargent & Muñoz, 2011). Finalmente, en términos generales, se ha sugerido recientemente que “political decentralization and fiscal decentralization inhibit the development of nationalized party systems” (Harbers 2010: 606). Y, cual si fuera la versión inversa de este argumento, se ha sostenido también que las reformas de descentralización no solo debilitan a los partidos nacionales, sino que refuerzan a los actores regionales y locales (Ryan 2004; Bracanti 2008), proposición muy cercana a lo que estudiamos en esta tesis.

Otra rama de la literatura institucionalista, menos popular que la descentralista, está vinculada a las reformas en los sistemas electorales para explicar los cambios en la competencia política. Por ejemplo, Pachano (2006) argumenta que la “provincialización” de la representación política en el Ecuador (en relación la vieja representación a través de partidos nacionales) proviene del sistema electoral sugiriendo que, en definitiva, más que una crisis de representación en Ecuador existe una “crisis de regulación” (Pachano 2006: 126-7). En la misma línea, Van Cott (2003) ha señalado que las victorias del MAS en los Andes bolivianos pueden ser explicadas por el inclusión a fines de los noventa del sistema de uninominales en circunscripciones pequeñas en reemplazo del sistema proporcional

En esta tesis no se niega de plano las aproximaciones institucionales, pero creemos que ellas tienen limitaciones en tres puntos. En primer lugar, en cuanto a la literatura que utiliza como variable independiente a las reformas de descentralización, ellas se llevaron a cabo de manera similar en todo el continente por lo cual ellas no pueden dar cuenta de las variaciones entre los resultados obtenidos los diferentes países. En nuestros dos casos de interés principal, en Bolivia y en Perú hubo una descentralización hacia el nivel municipal en los años noventa y ochenta, respectivamente, y en ambos casos durante los años 2000 se ha impuesto una descentralización hacia el nivel departamental (creando gobiernos regionales entre el nivel municipal y el nacional). Evidentemente, si las reformas son tan similares ellas no

pueden iluminar la diferencia entre los dos países (Vergara 2011). En segundo lugar, esta mirada centrada en las instituciones formales reduce el periodo de tiempo bajo análisis y en esta tesis postulamos que el resultado final de nuestros países de estudio está vinculado a una larga trayectoria que va más allá de la década de reformas. Finalmente, los países andinos han pasado por tantas reformas institucionales en los últimos años que dichas innovaciones no permanecen en el tiempo un lapso suficiente para poder evaluar apropiadamente sus impactos sobre la vida política de los países.<sup>75</sup> En el caso boliviano, por ejemplo, es posible que ellas contribuyeran a la emergencia del MAS desde lo local, pero esto no es en ningún sentido certero si pensamos en la emergencia de la periferia cruceña la cual emerge por razones poco vinculadas a las instituciones formales. En definitiva, las reformas institucionales pueden “reforzar” o “atemperar” trayectorias ya emprendidas pero difícilmente crearlas o imprimirles un cambio radical (Dargent & Vergara 2011).

#### Las reformas neoliberales, los actores y sus intereses

Desde que las reformas neoliberales debutaron en América Latina a fines de los ochenta se les ha atribuido distintas consecuencias. En el caso concreto de los países andinos se ha mencionado que

“[...] by destroying some of the productive apparatus and slashing the scale of public sector that provided stable employment to significant segments of the middle sectors, [neoliberal reforms] have worsened some distributional inequalities, thus accentuating popular anger.” (Drake & Hershberg 2006: 13)

Para el caso boliviano se ha mencionado que la aparición de movimientos sociales en el occidente y contra el *establishment* político estaba vinculado al rechazo a las políticas neoliberales (Hylton & Thomson 2007). Kent Eaton ha argumentado en un excelente artículo que la reacción de las elites de Santa Cruz contra el proyecto del centro encabezado por el MAS se debe a que las elites de esta región se benefician directamente del régimen económico y que, ante la imposibilidad contemporánea de apoyar un golpe de Estado, boicotean al gobierno central escudándose en la retórica de la “autonomía”, la cual no sería más que una coartada política para la defensa de sus

---

<sup>75</sup> Ver este argumento para el Ecuador en Pachano 2011.

intereses económicos. Así, las políticas neoliberales han sido vinculadas a la emergencia de los movimientos sociales y el MAS en el occidente boliviano como para la emergencia de los movimientos autonomistas en el oriente boliviano. Sin embargo, más que ser la causa del MAS o del movimiento autonomista cruceño las políticas neoliberales han sido utilizadas por ellos. Es decir, el MAS fue exitoso en constituirse como la voz del anti-neoliberalismo (Haarstad & Anderson 2009) pero no fue su implementación como política pública la que le dio origen. Y lo mismo puede decirse de la emergencia cruceña, su importancia no se origina en las reformas neo-liberales de los ochenta aunque parte de su poder y retórica haya sido la defensa de dicho modelo económico. Por lo demás, si las reformas neoliberales fuesen una explicación suficiente, ¿por qué solo Bolivia conoce esta radicalidad en la territorialización de la política si las reformas neoliberales se aplicaron también en Perú? Como lo establece un estudio de Javier Corrales, Bolivia y Perú formaron parte de los cinco países donde dichas reformas alcanzaron el mayor nivel de agresividad en América Latina ¿Por qué si en Perú las reformas neoliberales se dieron con una intensidad similar a las bolivianas éstas no generaron movimientos como los de Bolivia? O, podríamos plantear la pregunta utilizando otros países andinos: ¿Por qué si Ecuador es clasificado como un país donde dichas reformas solo se hicieron de manera tímida encontramos una política de territorialización más similar a Bolivia que a Perú?<sup>76</sup> De esta manera, las reformas neoliberales pueden haber tenido algún impacto en el caso boliviano, pero una vez que vemos el caso en perspectiva comparada, la variable explicativa pierde fuerza.

### *La propuesta teórica*

La propuesta para responder a nuestra pregunta principal en esta tesis se sostiene en el rastreo histórico de dos dimensiones: i) la relación entre Estado y sociedad a través del estudio de las relaciones entre Estado central y sociedad periférica y, ii) la constitución de un “espacio” político.

---

<sup>76</sup> Para una medición de la profundidad de las reformas neoliberales en América Latina ver Corrales 2003.

### Historia y “Process Tracing”

Esta es una tesis de sociología histórica o de *Comparative Historical Analysis*. Parto de la premisa de Paul Pierson de que muchos cambios en la historia se producen de manera similar a como actúan las termitas en el sótano de nuestras casas: no sabemos de ellas hasta que se acerca el derrumbe. Vale decir, el proceso histórico de cambio fue muy lento pero se nos apareció de manera abrupta e inmediata.<sup>77</sup> La explicación de la diferencia entre Bolivia y Perú —la presencia de un cleavage territorial en uno y su ausencia en el otro a pesar de compartir unas condiciones similares— proviene de una historia de cambios lentos en un largo periodo de tiempo que silenciosamente fueron dando forma a estas dos divergentes formas de competencia política. Su aparición fue abrupta durante los años 2000, pero no lo fue el proceso que maduró el resultado. Entonces, en esta tesis hago un rastreo del proceso histórico y político de ambos países en tres coyunturas decisivas de la segunda mitad del siglo XX. Esto es algo que hace falta en las respuestas alternativas de análisis que he mostrado en la sección anterior: tomarse la historia en serio.

Esta tesis comparte muchos de los principios de Institucionalismo Histórico, sin embargo es más una tesis en clave de sociología histórica o de *Comparative Historical Analysis*. Comparte con el Institucionalismo Histórico una forma de acercarse al estudio de la política. Es decir, comparto una epistemología que encontramos explicitada en Hall (2003). Por ejemplo, la necesidad de hacer estudios *small-N*; subrayar las particularidades de estos pocos casos; el intento por construir humilde *middle range theory* (a diferencia del viejo estructuralismo o investigaciones en clave de modernización que aspiraban a generalizaciones vastas); comparte también una mirada escéptica respecto de las investigaciones en términos de variables independientes y dependientes. En resumen, la tesis comparte una aspiración epistemológica y hasta metodológica con el Institucionalismo Histórico.<sup>78</sup> Sin embargo, más allá de estas coincidencias, dos puntos importantes la separan del

---

<sup>77</sup> Ver Mahoney & Thelen (2010: 31).

<sup>78</sup> Sobre el Institucionalismo Histórico ver también Steinmo et al 1992; Thelen 1999; Pierson 2004; Immergut & Andersen 2008; Tuong Vu 2010. Y de manera comparada con otros institucionalismos Hall & Taylor 1997.

Institucionalismo Histórico. En primer lugar, y fundamentalmente, ni mi resultado final ni mi explicación principal, descansan en el tipo de institución formal que ha sido el objeto preferido de estudio por parte del Institucionalismo Histórico (por ejemplo, Pierson 1994; Thelen 2003; Mahoney & Thelen 2010; Hacker & Pierson 2010). Su objeto de estudio principal no son los cambios de una institución formal sino los cambios en la competencia política y en los grupos sociales que acceden al poder estatal. La precariedad de las instituciones políticas a lo largo del siglo XX en los países latinoamericanos y los constantes cambios a los que ellas eran sometidas dificultan la tarea de hacer el análisis sostenido en el tiempo de una institución formal o política pública en América Latina y, aún menos, en la zona andina. En tal sentido, la tesis da menos importancia a las instituciones formales o ciertas políticas públicas y se acerca más a las clásicas investigaciones donde se observaba al Estado y a la sociedad como grandes conjuntos.<sup>79</sup> Para paliar esta mirada *macro* e introducir un mirada *nuancée*, descompongo a la sociedad en algunos tipos de elite (tres en el caso peruano y cuatro en el boliviano) y sigo los juegos de poder que ellas llevaban a cabo para hacerse de un Estado que siempre fue, simultáneamente, actor y objeto en disputa según las posiciones de las diferentes elites políticas respecto de este Estado. En tal sentido, la mirada a las relaciones entre Estado y sociedad en esta tesis hacen eco de la propuesta de *State in Society approach* que Migdal ha defendido largamente para el estudio de las relaciones entre Estado y sociedad en el “tercer mundo” (Migdal 1988; Migdal et al 1994; Migdal 2001).

En segundo lugar, en esta tesis evito las explicaciones de tipo *critical juncture* que han predominado en el Institucionalismo Histórico.<sup>80</sup> No hay en mi explicación un momento definitorio que clausura la historia y establece un *path dependence*.<sup>81</sup> La historia, en realidad, no se clausura, solo va limitando gradualmente las posibilidades

---

<sup>79</sup> Entre los clásicos Tocqueville [1856] (1988); Moore 1966; Skocpol 1979. Y una aplicación y reflexión aplicada muy inteligente a los casos andinos en Mauceri 2004.

<sup>80</sup> Una coyuntura crítica es un periodo de cambio definitorio marcado por una situación/decisión particular que deja legados distintivos para el futuro, los cuales estructurarán las posibilidades de elección de los actores políticos por mucho tiempo. Vale decir, es un periodo de cambio crucial que reestructura la trayectoria política de países o regiones por largo tiempo. He construido esta definición a partir de Collier & Collier (1991: 26-8) y Mahoney (2001: 6-8).

<sup>81</sup> Como refiere James Mahoney, para que *path dependency* y *critical juncture* quieran decir algo tienen que cargar cierto grado de determinismo histórico. (Mahoney & Shensul 2006)

de los actores políticos, imperceptiblemente y, por tanto, en esta tesis no intento establecer *el* episodio que lo cambió todo. Desde luego, en algunos casos de estudio el cambio sí se produce a partir de una *critical juncture*, pero no todos los cambios en todos los casos se deben a este tipo de cambio abrupto y resulta hasta sospechoso que ciertas investigaciones estén siempre a la búsqueda de *critical junctures* en cada caso de estudio. La aproximación corre el riesgo de convertirse en nada más que una jerga a la búsqueda de ser “aplicada”. Observemos esto con el ejemplo centroamericano. Deborah Yashar y James Mahoney han escrito dos libros estupendos tratando de explicar la razón por la cual Costa Rica se diferenció de sus pares centroamericanos y se convirtió en un exitoso caso democrático mientras que los otros países del área eran predominantemente autoritarios.<sup>82</sup> Ambos postulan que una *critical juncture* estableció un *path dependence* distintivo. Pero cada estudio encuentra que el momento crucial que cambió el destino de los países es diferente: Yashar lo encuentra en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX y Mahoney lo halla en la segunda mitad del siglo XIX. Tras leer ambos libros, el lector no termina de estar convencido si alguna de las dos coyunturas señaladas es realmente *la* coyuntura crítica. Como ha advertido Pierson (2004), en el estudio histórico de las instituciones no hay que sobreestimar el peso de una elección inicial ni desdeñar la trayectoria emprendida en lo que constituye procesos políticos de largo aliento. O, en términos de Streeck & Thelen (2005), no hay que menospreciar la trayectoria en que la institución se desarrolla y adapta a nuevos contextos pues las fuerzas que la instauraron suelen ser distintas de aquellas que le dan continuidad. Entonces, en esta tesis evito servirme del vocabulario de “coyunturas críticas” para los países andinos y pensar el cambio, más bien, como las termitas de Pierson que fueron desbaratando inconsciente, cotidiana y silenciosamente el edificio de la competencia política en ambos países.<sup>83</sup>

Ahora bien, ¿qué implica la existencia de esta trayectoria histórica? En un nivel abstracto lo que ella trata de señalar es que el grado de contingencia de los actores políticos se va estrechando conforme se avanza en la trayectoria. Así, a mediados del siglo XX la historia de nuestros dos países está abierta para los actores políticos en la

---

<sup>82</sup> Yashar 1997; Mahoney 2001.

<sup>83</sup> Un intento por hablar de coyunturas críticas en los países andinos es Tanaka 2009.

medida en que la estructura de la competencia política no está determinada por variables territoriales fuertes. En cambio, cuando la trayectoria llega a su fin, durante la primera década de los años 2000, y el cleavage territorial ha cuajado en Bolivia y se ha desbaratado en Perú, el margen de maniobra de los actores políticos es mucho menor (la contingencia se ha reducido) y deben actuar dentro de una política territorializada de manera diferente y en dos países con una “estructura espacial de oportunidades” muy distinta entre ellos, y, asimismo, muy diferente con el pasado de cada país (comparación diacrónica). La trayectoria, en fin, estrecha las posibilidades de actuación de los actores políticos al auto-reforzarse con el paso del tiempo, siendo menos probable evitar la competencia política en clave territorializada (en Bolivia) o de intentar la emergencia del cleavage territorial (en el Perú). Al llegar al fin de nuestra trayectoria, los costos de politizar el territorio en el Perú son muy altos y en Bolivia los costos de des-politizarlo resultan impagables.

Una última consideración sobre la construcción temporal de la tesis. ¿Por qué comenzar la trayectoria a mediados del siglo XX y no antes o después? El trabajo seminal de David y Ruth Collier (1991), por ejemplo, ubicó los momentos fundacionales para la construcción de los regímenes latinoamericanos en la primera mitad del siglo XX. El caso más temprano de incorporación era el uruguayo (primera década del siglo) y los más tardíos eran Argentina y Perú (años cuarenta y cincuenta). La diferencia fundamental entre la comprensión temporal del trabajo de los Collier y el de esta tesis se debe a una cuestión previa. Para los Collier el momento clave de modernización del régimen político fue la incorporación del movimiento obrero al sistema político a través, sobre todo, de partidos populistas. Sin embargo, en los países de los Andes centrales (de los cuales en el estudio de los Collier solo figuraba el Perú) no fue la incorporación del proletariado lo que marcaba la línea divisoria entre un *ancien régime* y un régimen político moderno, sino la incorporación de la población indígena albergada en las montañas y esperando desde las independencias su incorporación al proyecto liberal republicano (Larsson 2004). Eran esas poblaciones vastas, mayoritarias y marginales las que desafiaban al Estado y eran ellas quienes encarnaban la superación del *ancien régime* y el establecimiento de un régimen político moderno. En Bolivia y Perú, a diferencia de varios de los países de América Latina

estudiados por los Collier, el conflicto que articuló la construcción de un régimen político moderno fue uno cincelado por la necesidad de terminar con la feudalidad, con la herencia colonial, con el pongaje, con la nación dividida en súbditos y ciudadanos. Esta pelea se llevó a cabo a través de proyectos políticos que movilizaron tanto a elites oligárquicas, anti-oligárquicas y a los propios movimientos campesinos. Y aunque intelectualmente el problema de acabar con el *ancien régime* que mantenía al indio en condición de siervo se había dado desde el siglo XIX<sup>84</sup>, solo fue a partir de los años cincuenta del siglo XX cuando la demanda se encarnó en movimientos y liderazgos que realmente socavaban este antiguo régimen. Como ha mostrado el trabajo notable de Paulo Drinot (2011), la legislación obrera privilegiada por los gobiernos peruanos en la primera mitad del siglo era absolutamente marginal en términos de la población a la que regía (minoritaria y costeña) en un país que era todavía predominantemente rural. A partir del fin de los años cuarenta y en los cincuenta la cuestión campesina ingresó a las disputas en el régimen político de los países de los Andes centrales. Es la irrupción de estas periferias en los Andes centrales y las políticas o respuestas que el Estado central desplegó para lidiar con ellas lo que marca la trayectoria de estudio.<sup>85</sup> En definitiva, en los Andes centrales no era únicamente la construcción de un régimen democrático de tipo institucional lo que estaba en juego, sino la construcción de un régimen democrático en un sentido toquevilleano, social, uno donde se inaugurase un régimen con unas modernas *égalité de conditions*. Y todo esto se desarrolló en la segunda mitad del siglo XX.<sup>86</sup>

---

<sup>84</sup> Sobre los límites del liberalismo en los andes del siglo XIX ver Jacobsen & Domínguez 2011, Larsson 2004.

<sup>85</sup> Ver Gotkowitz 2007, especialmente capítulos 7 y 8.

<sup>86</sup> La noción de *égalité de conditions* es crucial en la obra de Tocqueville e importante en varios pasajes de esta tesis. Tocqueville no brinda en sus libros una definición exacta de esta condición democrática de los individuos en la sociedad. Según Raymond Aron, esta noción significa que « [...] que tous les individus qui composent la collectivité sont socialement égaux, ce qui ne signifie d'ailleurs pas intellectuellement égaux, ce qui serait absurde, ni économiquement égaux, ce qui, d'après Tocqueville serait impossible. L'égalité sociale signifie qu'il n'y a pas de différence héréditaire de conditions et que toutes les occupations, toutes les professions, toutes les dignités, tous les honneurs sont accessibles à tous. » (Aron 1967 : 225)

Relaciones Estado-Sociedad a través de una mirada a las relaciones entre el Estado central y la sociedad periférica.

*Ce n'est ni la situation, ni la grandeur, ni la richesse des capitales qui causent leur prépondérance politique sur le reste de l'empire, mais la nature du gouvernement.*

Alexis de Tocqueville (1856: 164)

Ahora bien, ¿qué observo en esta trayectoria? Esta es una tesis que se centra en un tema clásico de las ciencias sociales: las relaciones entre Estado y sociedad y los arreglos institucionales que de ellas se derivan. Esta gran problemática es encuadrada en la literatura sobre relaciones entre centro y periferia. Es la trayectoria larga de relaciones entre el centro y la periferia, entre el Estado central y la sociedad civil periférica que puede explicar las divergencias en ambos casos.

En esta tesis se sostiene que el Estado central peruano en una trayectoria histórica consiguió desbaratar aquellas elites políticas y económicas que en la primera mitad del siglo XX constituían una voz potente de la periferia y aquéllas que hubieran podido construir un proyecto regionalista que desafiara al centro político. La periferia quedó durante largo tiempo amutada de los espacios institucionales que le permitían tener existencia. De ahí que en los años 2000 la periferia haya sido débil ante el centro. Por el contrario, en el caso boliviano, el Estado central no consiguió esta supremacía sobre las elites políticas y económicas y las fuerzas sociales periféricas. Más bien, las elites políticas que en los años 2000 han desafiado al centro boliviano, crecieron y se fortalecieron, en parte, debido a la debilidad del Estado en dichos territorios. Así, la posibilidad de politizar un “territorio” es el resultado de la vinculación de distintos tipo de elites periféricas con un Estado central.

El Estado

Ahora descompongamos los elementos que permiten construir este argumento. ¿Cómo conceptualizar Estado, sociedad y sus relaciones? Comencemos con el Estado. De un lado tenemos la definición weberiana clásica según la cual el Estado,

“[...] est une entreprise politique de caractère institutionnel lorsque et tant que sa direction administrative revendique avec succès, dans l'application des règlements, le monopole de la contrainte physique légitime.» (Weber 1995: 97)

Esta comprensión *macro* del Estado ha sido en lo fundamental seguida por el análisis histórico comparado. Con matices, la reproducen Tilly (1985; 1992) incidiendo en la capacidad organizativa y guerrera del Estado, la reproduce Skocpol (1979) poniendo énfasis en las dimensiones internacionales de un Estado *janus-faced* y varios otros (Mann 1988; Stepan 1978). En esta vertiente weberiana, el Estado tiene por cualidad principal la capacidad adquirir “autonomía”:

“States conceived as organizations claiming control over territories and people may formulate and pursue goals that are not simple reflective of the demands or interests of social groups, classes or society. This is what is usually meant by “state autonomy”.” (Skocpol 1985: 9)

Frente a este tipo de macro-conceptualización aparece una que prefiere anclar el estudio del Estado a las micro-fundaciones de esta organización. Este tipo de estrategia conceptual busca sacar a los politólogos de las macro-narrativas del estructuralismo y acercarlos a niveles mucho más manejables de investigación (Migdal 1997: 216). Como lo puso elegantemente Margaret Levi, al Estado en su versión estructuralista le hace falta una mirada de “bringing people back into the state” (Levi 1988). Así, para ella, en contraposición con la mirada *macro*,

“A state is a complex apparatus of centralized power that concentrates violence, establishes property rights, and regulates society within a given territory while being formally recognized as a state by international forums.” (Levi 2002: 40)

En esta versión el Estado ya no tiene la capacidad de ser “autónomo”, no tiene ningún “monopolio” y, menos aún, “legitimidad” de ningún tipo. Como afirma Vu, estas modificaciones conceptuales hicieron del Estado *rational choice* un artefacto mucho más “materialista” (Vu 2010: 165). El objetivo último de este tipo de definición es mostrar la “complejidad” del Estado y subrayar que no se trata de un bloque uniforme y racional sino de una organización compuesta de muchos actores con intereses diversos y hasta contrapuestos.

Ahora bien, estas dos comprensiones del Estado, aunque contrapuestas, parten de la experiencia del Estado en los países industrializados. La primera asume un Estado racional, burocrático y compacto de tradición europea y la segunda uno fragmentado en

la tradición del pluralismo norteamericano (Stepan 1978: 7- 17; Dahl 1978). Ninguna de estas dos tradiciones toma en cuenta que en muchos de los Estados del tercer mundo y de América Latina, en particular, el Estado jamás se convirtió en un árbitro tercero e imparcial diferenciado de la sociedad (Touraine 1988). Las relaciones entre Estado y sociedad en América Latina y en muchos países del tercer mundo han estado marcadas por la porosidad de ambas entidades. Tanto el Estado como la sociedad se influyen y modifican uno al otro infinitamente. Es decir, el Estado puede tener vocación de racionalidad burocrática, pero muy pocas veces lo consigue. El Estado ha sido, más bien, muy dependiente de los cambios en la sociedad. Y a cada cambio social o político el Estado se convertía en un actor social más en disputa contra otros sectores sociales. Y una vez que las elites a cargo del Estado eran removidas se establecía un nuevo Estado que, a su vez, se transformaba en un nuevo actor que favorecía a ciertas fuerzas sociales y perjudicaba a otras. En tal medida, la conceptualización del Estado que parece ser la más adecuada para el Estado latinoamericano (con las relativas excepciones de Uruguay, Chile y Costa Rica) es una de “State in Society approach”:

“The state is a field of power marked by the use and threat of violence and shaped by (1) the image of a coherent, controlling organization in a territory, which is a representation of the people bounded by that territory, and (2) the actual practices of its multiple parts.” (Migdal 2001: 16)

De esta manera, el Estado es asumido como algo poroso sobre un territorio y sobre la población. Muchas veces, cuando el Estado se propone hacer algo, éste no es capaz de hacer cumplir la ley o, algunas otras veces, las leyes generan efectos inesperados e inversos de aquellos que el Estado buscaba. Esto debido a que, en definitiva, las reglas no son las que establecen los legisladores sino otras de carácter informal (O’Donnell 1996; 2006). Y quienes ejercen el control social en el territorio no son, en última instancia, burócratas sino aquellos poderes intermediarios que Migdal llama los hombres fuertes, *the strongmen* (Migdal 1988). O, de manera similar, en los términos de James C. Scott:

“The [states’] interventions it does experience will typically be mediated by local trackers who know the society from inside and who are likely to interpose their own particular interests. Without this mediation —and often with it— state action is likely to be inept, greatly overshooting or undershooting its objective.” (Scott 1998: 78)

Teniendo en cuenta estas particularidades en la construcción estatal en América Latina (y el mundo no industrializado, en general), la versión *micro* del Estado no se nos aparece fructífera pues ella supone *agencies* con intereses diversos y constantes en un plano cercano al del pluralismo clásico y, de otro lado, la mirada *macro* asume una racionalidad y burocratización del Estado que no se ha conseguido en América Latina y que no primó en Bolivia y Perú durante la segunda mitad del siglo XX que es el periodo que observo en la tesis. Por el contrario, el *State in society approach* captura de mejor forma la dualidad de un Estado que genera la *imagen* de centralización racional pero que sigue constituyéndose e influyéndose mutuamente con la sociedad. Una perspectiva, en fin, que trata de enfrentar el desafío que Joseph & Nuggent plantearon concisamente: “bring the state back in without leaving the people out” (Joseph & Nuggent 1994: 12).

### La sociedad periférica

Si el Estado latinoamericano no es, necesariamente, una entidad autónoma y racional, la “sociedad” tampoco es simple de aglomerar en un solo concepto unitario. Para poder analizarla me centro en la sociedad periférica y, especialmente, en lo que denomino “elites periféricas”. La sociedad civil periférica la descompongo en tres elites periféricas para el Perú y cuatro en el caso boliviano. Estas elites son tipos ideales que permiten tener un marco de análisis general para los dos casos y, me atrevo a pensar que podría ser utilizado para varios países latinoamericanos.<sup>87</sup> Aquí considero como “elites periféricas” a las personas en la periferia de los países quienes por virtud de sus posiciones estratégicas en organizaciones importantes pueden influir frecuente y sustancialmente la política nacional y/o regional.<sup>88</sup> Si la condición de periférica es un elemento común, se distinguen entre ellas por sus proyectos políticos, por sus ideas políticas. De esta manera, más que diferenciarlas a la manera marxista (por su relación con unos modos de producción), las distingo *rokkaniamente* por su situación como periféricas y *weberianamente* por sus ideas políticas respecto del país y respecto de sus

---

<sup>87</sup> Para Weber los ideales tipo no deben reflejar la realidad sino ayudar a comprenderla a través de este tipo de categoría que “ne s’est reencontré que rarement dans la réalité historique” (Weber 2002: 157). Para una explicación de los “ideales tipos” ver Weber (1995: 48-52), Kalberg (1994: capítulo 3); Poggi (2006: 24-9)

<sup>88</sup> Esta es la definición de Higley & Burton (2006:7) introduciendo el elemento regional.

propias periferias.<sup>89</sup> En tal sentido, en esta tesis intento traer de vuelta tanto la *espacialidad* de la política como las *ideas políticas* en política comparada.<sup>90</sup>

En América Latina la gran división política durante el siglo XX fue una oposición entre quienes defendían un régimen de competencia política restringida heredado del siglo XIX y quienes propugnaban por un régimen político que deviniera en uno de inclusión política mayor. Vale decir, en el clásico esquema de Dahl (1971) que combinaba participación y contestación, la gran disputa era entre quienes querían mantener el régimen político en el cuadrante superior izquierdo de aquella matriz contra quienes querían llevarlo hacia el cuadrante derecho inferior. El caso mexicano es el que mejor muestra la oposición y el cambio. Durante el régimen de Porfirio Díaz (1870-1910) el gobierno era uno elitista llamado el gobierno de los “científicos” sin mayor participación pública. La revolución mexicana acaba con ese régimen oligárquico y da inicio a la inclusión abrupta y masiva de la ciudadanía en el régimen político. Como afirma Knight (1985b), el México post-revolucionario es más democrático pero no necesariamente más liberal que el del “porfiriato”. Esta tensión entre los defensores del régimen oligárquico y quienes defendían la apertura del régimen político dio forma al siglo XX latinoamericano y las distintas versiones del populismo.<sup>91</sup> Y en los países andinos esta gran oposición desplegó toda su fuerza a partir de los años cincuenta en que se inicia nuestra trayectoria de estudio. A partir de esta gran oposición continental podemos construir nuestras categorías para las elites periféricas en nuestros dos casos. Ellas serán nuestros actores principales.

Las periferias y sus elites no estaban conformadas de la misma manera en ambos países. En el Perú, a mediados del siglo XX dos tipos de elite habitaban la periferia: la elite periférico-oligárquica y la elite periférica y anti-oligárquica.<sup>92</sup> La elite periférico-oligárquica estaba vinculada a las grandes haciendas agro-exportadoras de la costa norte del país y en la sierra y en el sur estaba relacionada con el poder del

---

<sup>89</sup> Para una estrategia similar de clasificación de grupos sociales en términos weberianos para la revolución mexicana ver Knight 1985a.

<sup>90</sup> Ver Hanson 2010, Hall 1993 y Berman 2006.

<sup>91</sup> Para el populismo latinoamericano ver Touraine 1988: 165-201; Collier & Collier [1991](2006); Knight 1998.

<sup>92</sup> Como ya dije, estos son tipos ideales en el sentido weberiano. Durante los sesenta aparecerá un tercer tipo de elite que llamo « periférico- marginal » de la cual me ocuparé luego.

gamonal y a la actividad agrícola tradicional.<sup>93</sup> Así, lo que las une no es la relación con un “modo de producción” pues ambos eran distintos (uno moderno y el otro casi medieval) sino una posición periférica respecto del centro del país y, en segundo lugar, las reúne la defensa del *statu quo* vinculado a un régimen político oligárquico.<sup>94</sup> Los intereses de esta elite periférica y oligárquica consiguen ser representados gracias a posiciones de poder en las instituciones estatales, sobre todo en ministerios estratégicos y con participación en la cámara de representación territorial.

En segundo lugar, tenemos a la elite periférica y anti-oligárquica. Es la elite que en las regiones del Perú se opone al poder tradicional que encarna el primer tipo de elite. Socialmente, esta elite anti-oligárquica es producto a la expansión de los centros urbanos y en algunos casos de la modernización de la agricultura (Klarén 1976). Ideológicamente aspira a que el país se deshaga de la “herencia colonial” perennizada por una distribución desigual de la tierra y por la supervivencia de formas pre-modernas de trabajo en el campo. Si la elite periférico-oligárquica se hacía oír a través de su influencia tradicional e informal sobre el Estado, la anti-oligárquica encontró su modo de participación a través de los partidos políticos modernos. Especialmente, en su relación con el APRA y AP, fuertemente asociados al norte y al sur del Perú respectivamente.<sup>95</sup> Especialmente, en el caso de AP que fue el partido que, por primera vez, tuvo contacto con sectores campesinos y buscaba acabar con la servidumbre en el campo, hubo una consciencia de ser un partido de ruptura con el pasado. Más de cincuenta años después de haber fundado AP con Fernando Belaúnde, don Teodoro Portugal líder histórico del partido en el Cusco, aun afirma orgulloso el espíritu de ruptura que cargaban:

---

<sup>93</sup> Para una caracterización de lo que aquí llamamos gamonalismo ver Cotler (1967: 154-9).

<sup>94</sup> En los términos clásicos de Cotler, « The traditional oligarchic structure was based on an economic oriented toward the export of raw materials and toward the importation of capital goods, primarily for the export sector, and of goods and services destined primarily for the propertied classes. Though the export oligarchy was in many ways distinct from the sector which owned the semifeudal haciendas of the highlands, these two sectors had, over many years, being in a close political alliance. This particular juxtaposition of divergent social and economic forms was the basis for the designation of Peruvian society as “feudal-bourgeois” or “dualistic”. It is because of the remarkable persistence of these contradictory forms that the analyses of Peruvian society carried out by Haya de la Torre and Mariátegui in the 1920s continued to pertain in the 1960s. Cotler (1975: 47).

<sup>95</sup> Una excelente imagen de esta elite periférica y anti-oligárquica (casi diríamos, ¡el ideal tipo mismo!) en la entrevista al ex Presidente peruano Valentín Paniagua hecha por Eduardo Dargent y Alberto Vergara (Dargent & Vergara 2010). También en mis entrevistas con otros personajes en el Cusco y Arequipa.

“Antes de nosotros, a los Prado, a los Pardo [todos apellidos oligárquicos peruanos], a esa gente... ¿qué le iba a importar el país?”<sup>96</sup>

En Bolivia, también encontramos este mismo tipo de elites. A diferencia del Perú, la elite oligárquica no estaba directamente vinculada al régimen agrícola sino al de la exportación de minerales. Otra diferencia con el Perú es que el régimen oligárquico boliviano era más cerrado que el peruano. No en vano al régimen boliviano se le llamaba “la Rosca”, uno que respondía a los intereses de los tres grandes barones de los minerales bolivianos. Sin embargo, al igual que en el Perú, había una elite periférica y terrateniente que apoyaba este régimen oligárquico.

Opuesto al régimen oligárquico y a la elite que lo sostiene, aparece al igual que en el Perú, una elite anti-oligárquica. A diferencia del Perú en que esta elite anti-oligárquica tiene una fuerte base sureña y norteña, en Bolivia ella surge en La Paz. Diremos que es central en términos geográficos, pero es periférica en la medida que estaba excluida del poder acaparado por las redes de “la Rosca”.<sup>97</sup> El vehículo político de esta elite anti-oligárquica fue, principalmente, el MNR conformado mayoritariamente por representantes de la clase media altiplánica boliviana con ideas que iban en la línea de los grandes movimientos reformistas latinoamericanos de mediados de siglo.<sup>98</sup>

En el contexto latinoamericano y para nuestros dos casos, estas elites anti-oligárquicas son las que asemejan más a aquellas fundamentales elites europeas encargadas del nation building “on the eve of the breakthrough to democratization and mass mobilization” (Lipset & Rokkan 1967: 35-6). La diferencia fundamental entre ambos países radica en que en Bolivia la elite anti-oligárquica y su vehículo partidario (el MNR) consiguieron estar a cargo del Estado boliviano y de estos procesos de inclusión durante un largo periodo de tiempo. Este no fue el caso peruano donde los vehículos partidarios de dichas elites no consiguieron construir un proyecto estatal anti-oligárquico. El APRA y su líder histórico Víctor Raúl Haya de la Torre nunca llegaron

---

<sup>96</sup> Entrevista personal con don Teodoro Potugal.

<sup>97</sup> Es pertinente aquí el comentario de Gottman: “In geographical terms the periphery is what surrounds the centre, a geometrical relationship [...]. But the political relationship is different: peripheral location means subordination to the centre.” (Gottman 1980: 16).

<sup>98</sup> Para la historia del MNR ver Malloy 1971; Zavaleta 1977.

al poder pues fueron siempre impedidos por parte de las Fuerzas Armadas; mientras que AP solo tuvo un breve y fracasado intento anti-oligárquico durante los años sesenta.

La periferia oriental boliviana, por su parte, tenía representantes de ambas elites. Al darse la revolución nacional de 1952 se abre una lucha encarnizada entre ambas elites por el control del territorio. Como quedará claro a lo largo de la tesis, esta disputa en el oriente boliviano se hace ante la debilidad de un Estado que medie las disputas y genera como ganador desde los años sesenta a una elite periférica y regionalmente oligárquica. Es lo que llamaré más adelante una trayectoria *à la Migdal*. Es decir, no es una elite que aspire a un régimen oligárquico para todo Bolivia pero sí una que aspira a un tipo de régimen político regional diferenciado del abanderado por el reformismo del MNR en el altiplano y que, paradójicamente, es sostenido por el propio régimen del MNR en La Paz (y por los que se sucederán).

Con el correr de la segunda mitad del siglo XX, en ambos países surge un nuevo tipo de elite que siguiendo a Theda Skocpol llamo “elite marginal”. Para Skocpol (1979: 164-8), la elite marginal en China, Francia y Rusia fue clave para el proceso revolucionario. Esta elite está conformada por individuos de estratos populares surgidos socialmente al amparo de las instituciones estatales. Es esta elite la que tiene propensión a los proyectos radicales. No es el gran terrateniente cuyo poder proviene de sus propiedades, ni son los profesionales liberales de las ciudades cuya influencia se origina en un *savoir faire*; esta elite está compuesta de pequeños burócratas, notarios, maestros de escuela o universitarios, rangos medios y altos del ejército. Todos provienen de clases bajas de la sociedad pero lograron escalar posiciones, sobre todo, al abrigo del desarrollo de las capacidades estatales. Esta elite marginal encarna de maneras distintas en ambos países. En el Perú, al abrigo de las universidades estatales desplegadas entre 1956 y 1968 (periodo de democratización), surge el Partido Comunista Por el Sendero Luminoso de Mariátegui (PCP-SL) que en los años ochenta tomará la vía de la lucha armada bajo el nombre de Sendero Luminoso.<sup>99</sup> Como lo José Luis Rénique, el PCP-SL fue el único partido político genuinamente provinciano y

---

<sup>99</sup> Ver el papel de los intelectuales periféricos en la construcción de estos proyectos radicales en de la Cadena 1999.

serrano en el Perú.<sup>100</sup> Todos los partidos anti-oligárquicos con fortalezas en la periferia tenían líderes y vinculaciones con las elites limeñas, lo cual no fue el caso de PCP-SL, surgido de una universidad enclavada en un paraje pobre de la serranía peruana. En el caso boliviano, esta elite marginal también surge en el mundo rural boliviano en los años sesenta y setenta producto también de la modernización estatal que ha acercado la educación ahí donde ella no existía (Romero 2007). A diferencia del caso peruano, esta elite no se encarna en un partido maoísta y clasista sino en diversos movimientos indigenistas, engarzándose con una tradición radical y sindicalista boliviana sólida dando lugar, efímeramente, a un experimento guerrillero (John 2012). Durante los años noventa, estas tres ramas de acción política periférica y marginal boliviana convergen en la emergencia del MAS. El destino y las diferencias de estas elites marginales en ambos países explican mucho del resultado final en ambos países.

Debo repetir que estas diferentes elites son tipos ideal en el sentido weberiano pues nos permiten comprender y ordenar lo ocurrido en nuestros países pero que no aspiran a “reflejar” a la perfección la realidad. Son herramientas para comprender la realidad, nos son descripciones de la realidad.

Aquí se postula que las relaciones entre estas elites en relación al Estado central es lo que gradualmente determina el resultado político divergente en ambos países. Y las variaciones en estas relaciones vienen de la mano de los *cambios de régimen* pues según el tipo de régimen político prevaleciente algunas elites se ven favorecidas con el poder y otras marginadas del poder. Así, las fortalezas o debilidades de estas elites provenían del tipo de régimen político prevaleciente. Los mecanismos utilizados para representar sus intereses, las apuestas que podían hacer y las posibilidades de éxito de estas apuestas variaban en gran medida según el régimen. En las épocas de cerrazón autoritaria, la elite periférico-oligárquica conseguía más fácilmente hacer oír sus intereses, mientras que la anti-oligárquica lo tenía más difícil pues sus vehículos de expresión, los partidos políticos modernos, quedaban separados de la vida pública. Cada cambio de régimen, entonces, generaba ganadores y perdedores, activando o desactivando unas elites u otras.

---

<sup>100</sup> José Luis Rénique, entrevista personal.

Para resumir lo que he expuesto hasta aquí respecto del marco teórico de la tesis. En primer lugar, el análisis es de tipo histórico y, aunque comparte varias posiciones del Institucionalismo Histórico, es más una tesis de sociología histórica comparada. Esto debido a que, en lo fundamental, es un análisis de las relaciones entre distintos grupos sociales respecto del Estado. Estos grupos sociales constituyen la primera y fundamental instancia de análisis y los he agrupado en tipos de elites en disputa por el poder político a los largo de la segunda mitad del siglo XX. Un aporte de este marco teórico de sociología histórica y las diversas elites reseñadas es que podría ser utilizado para analizar el proceso político de largo aliento de muchos países latinoamericanos.

### La estructura espacial de oportunidades

*You cannot study power and conflict without considering territory.*  
Stein Rokkan<sup>101</sup>

Esta tesis busca incluir una variable *espacial* en el estudio de los cleavages políticos de tipo territorial. La premisa que sostiene esta propuesta es que las elites de las que he venido hablando no actúan únicamente en relación a unas restricciones institucionales, sociales o históricas, también lo hacen en relación a unas restricciones vinculadas *a la manera en que las riquezas y la población están distribuidas sobre el territorio nacional*. Esta distribución favorece o dificulta la posibilidad de politizar una periferia y así desafiar al centro. Si la configuración espacial del Estado nacional favorece a que las elites periféricas puedan politizar el territorio diré que las elites contaban con una *estructura espacial de oportunidades política* favorable.<sup>102</sup> De esta manera, en la tesis sostengo que las elites periféricas bolivianas fueron gradualmente ganando importancia demográfica y económica a lo largo de la trayectoria. Santa Cruz dejó de ser un

---

<sup>101</sup> Rokkan (1974: 9).

<sup>102</sup> Esto se ha subrayado para el caso europeo, donde las orientaciones de las elites de los centros y las características estructurales e institucionales que adquirieron las vinculaciones entre centros y periferias solo pueden entenderse teniendo en cuenta las condiciones específicas políticas y *ecológicas* bajo las cuales aparecieron estos arreglos. (Eisenstadt 1981: 105)

departamento y ciudad pobre y poco poblada hasta ser la ciudad más poblada y rica de Bolivia. Esto le generó a las elites cruceñas una estructura espacial de oportunidades favorable a su proyecto regionalista. En el Perú, por el contrario, las elites políticas sureñas no solo se debilitaron a lo largo de la trayectoria, sino que la importancia demográfica y económica de esta región se redujo con lo cual la posibilidad de que emergiese una periferia reivindicativa y desafiante frente al centro se hizo muy poco plausible.

La importancia de estas variables espaciales ha sido puesta de manifiesto en la política comparada recientemente (Agnew 1987, Therborn 2006, Wong 2006; Herbst 2000, 2008). Aunque ya no se utiliza la variable geográfica à la Montesquieu pretendiendo extraer conclusiones directas a partir de la geografía donde habitan los pueblos, la política comparada le ha venido dando espacio a los estudios que toman a la geografía o el espacio seriamente. En *Seeing like a state* James C. Scott ya había notado la importancia que el espacio puede tener en la forma en que se vinculan Estado y sociedad sugiriendo incluso una topología de los Estados según la altitud de sus regiones (Scott 1998:186-7). Su siguiente libro (Scott 2009) ha desarrollado estas intuiciones hasta construir una teoría del espacio estatal. En *The art of not being governed*, Scott propone una teoría geográfica para explicar la expansión de los Estados así como la vida de quienes logran escapar del poder estatal. Según Scott, a partir de su conocimiento del Sureste asiático, los Estados se desarrollan y centralizan desde los valles de baja altitud. Por el contrario, las montañas se convierten en el espacio de la libertad en la medida que a los Estados les cuesta mucho “subir” a las montañas para reclutar o extraer impuestos. Así, los espacios de debilidad estatal o ausencia de Estado son, fundamentalmente, aquellos en los cuales la geografía dificulta su establecimiento (Scott 2009: capítulo 1). Entonces,

“[...] the greatest social cleavage that shapes much of the region’s history [is] that between hill peoples and valley peoples or between upstream (*hulu* in the malay world) and downstream (*hilir*) peoples.” (Scott 2009: 2)

Ahora bien, como el propio Scott reconoce, la geografía no es una explicación por ella misma, sino por aquello que contiene. Para él esta geografía del Estado está dominada por la agricultura pues ahí donde se puede producir alimentos se establecerá un Estado.

En la región del mundo que a él le interesa ese espacio está dado por los valles. Sin embargo, una geografía, un espacio, alberga más variables que resultan cruciales para entender las relaciones entre Estado y sociedad en los países. En esta tesis, ya lo adelanté, observo la distribución sobre el espacio nacional de población y de riqueza.

La dimensión demográfica y su importancia para las relaciones entre Estado y Nación han sido puestas de manifiesto recientemente. “The higher the population density, the greater the level of political centralization” hipotetizó Bates para el África.<sup>103</sup> Sobre esta idea, Jeffrey Herbst (2000) ha construido una teoría geográfica del despliegue del Estado africano sobre su territorio a partir de consideraciones demográficas que resulta clave para nuestro propósito. Según él, “...political outcomes are the result of human agency interacting with powerful geographic and historical forces” (Herbst 2000: 31). En África “population distribution is the critical political challenge facing state-builders in Africa” (Herbst 2000: 145). Para decirlo desde el lado de la sociedad, si un gran conglomerado de población se encuentra emplazado de un lado del país y el principal centro político (y demográfico del país) en el otro, el polo demográfico lejano podrá esquivar el poder del Estado central con mayor facilidad. De esta manera, el éxito del Estado en controlar a su territorio y a su sociedad dependerá de la dispersión de su población sobre el territorio. Los Estados donde la población está conglomerada en un solo punto y en los cuales conforme uno se aleja de ese centro la población va disminuyendo tendrá mayores posibilidades de construir un Estado central (Herbst 2000: capítulo 7). Esto es importante para mi argumento pues se puede construir la hipótesis de que las poblaciones lejanas al centro político y demográfico serán más difíciles de incluir que aquellas centrales.

Sin embargo, hace falta una segunda hipótesis para completar este diagnóstico demográfico: la importancia de la *ciudad* como centro desde el cual hacer política:

“The city is still but a small growth in society as a whole, but the groups within the city are able to employ their superior skills, location, and concentration to dominate the politics of society at the national level. In the absence of effective political institutions, politics becomes a city game fought out among the elements of the emerging urban middle class. The community is divided by a fundamental gap; the society is still rural but its politics have become urban.” (Huntington 1968: 74)

---

<sup>103</sup> Citado en Herbst (2000: 11)

Es decir, ante instituciones débiles lo crucial para hacer política es contar con un centro urbano poderoso que catalice las demandas políticas. Ante la debilidad de las instituciones nacionales (por ejemplo, el colapso del sistema de partidos), los países con ciudades alejadas en el territorio nacional y de pesos demográficos similares tenderán a enfrentarse. Y será mucho más difícil para el Estado central atemperar las demandas aglomeradas alrededor de dicha ciudad. Por el contrario, si el Estado cuenta con un solo y gran centro urbano frente a una periferia de población fragmentada en muchas ciudades intermedias, la periferia carecerá de un centro urbano desde el cual aglutinar la contestación contra el Estado central. Es decir, construir el cleavage centro-periferia depende de la existencia de una urbe en la periferia que tenga un peso importante respecto del “centro”. En cierto sentido, Tilly ya había percibido esto desde el inicio de la era moderna en Europa. Los grandes Estados centrales se habían asentado ahí donde una gran ciudad reinaba sobre todo un territorio (Londres y París, fundamentalmente), “but is rare and difficult to match a state to the contours of a long-distance urban network” (Tilly 1992: 52). En todo caso, si la hipótesis se sostiene, Herbst tiene razón al plantear que en el futuro y debido al proceso de urbanización acelerado del mundo contemporáneo los conflictos entre ciudades tendrán una importancia cada vez mayor (Herbst 2008: 657). En resumen, sin una ciudad situada en la periferia que sea demográficamente relevante respecto del centro, es difícil que surja un cleavage centro-periferia.

El segundo elemento de la “espacialidad” es la distribución de riquezas sobre el territorio nacional. Para Bartolini la politización de las regiones puede provenir de distintos elementos o recursos que califica de estructurales (Bartolini 2004: 25-40). Uno de ellos es el económico. En el mundo contemporáneo, la globalización económica incita a los territorios económicamente ricos a vincularse al mercado internacional sin pasar por los antiguos centros nacionales. Así, en el contexto europeo que estudia Bartolini, las *exit options* de las regiones europeas intra-estatales respecto de los centros aumentan si dicho territorio tiene acceso a riquezas que se pueden introducir en el mercado internacional. Este acceso a recursos económicos es un incentivo a la politización de un territorio e incrementa las posibilidades de generar

discursos políticos contra un centro político. La idea también ha sido adelantada para el continente africano por Catherine Boone. De acuerdo a su muy sugerente tesis:

“The greater the rural elites’ reliance on the market as a mechanism of surplus extraction and labor control, the greater their potential for political independence vis-à-vis the state and thus for confrontation with regimes bent on centralizing power. Greater dependence upon the state creates structural conditions conducive to collaboration between rural elites and the center.” (Boone 2003: 23)

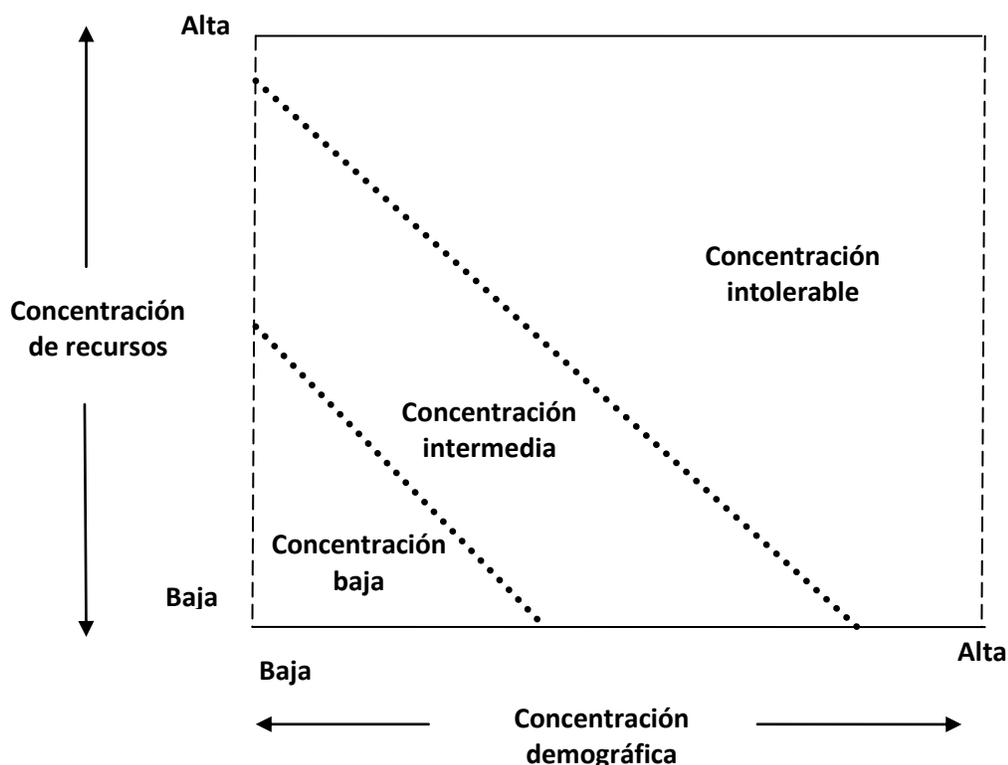
En el marco de nuestros casos, Eaton (2011) ha sugerido que la aparición de enclaves conservadores en Guayaquil y Santa Cruz resulta de la combinación de periferias con acceso a mercados las cuales politizan la idea de territorio para proteger sus propios intereses cuando en el centro emergen gobiernos que propulsan políticas contra sus intereses. Las regiones se fortalecen pues pueden amenazar al centro con exportar directamente el recurso, pero también se fortalecen pues si no consiguen exportarlo autónomamente, pueden impedir (sabotear) la exportación que el centro aspira a realizar.

Entonces, respecto a la variable “distribución de riquezas” sobre el espacio nacional podemos plantear como hipótesis que la presencia de riquezas que podrían ser puestas en el mercado internacional directamente por la periferia aumenta las posibilidades de dicha periferia para tener una postura de desafío frente al centro político y, por lo tanto, aumentan las posibilidades de la construcción de un cleavage políticos de tipo territorial. Aquí es importante subrayar que “centro” y “periferia” no son elementos estáticos; por el contrario las “periferias” pueden convertirse en “aspirantes a centros” y algunos “centros” venidos a menos pueden devenir en “periferias”. Stein Rokkan (1981) ya había entendido esta capacidad de mutación de centros y periferias al hablar de *failed centres*. O, para resumirlo con Blackswell:

“Territoriality is, therefore, an artificial political construct that seeks to subdivide space. It is inherently political, dynamic, and, by its very nature, controversial. Without the remorseless drive to partition and make exclusive allocations of space the world as we know it would not exist, but there is nothing remotely natural or absolute about what has been created. It is inherently contested and ephemeral, but for all that represents the reality of most people’s daily experience.” (Blacksell 2006: 20)

Una buena manera de combinar las dos dimensiones que configuran la estructura espacial de oportunidades políticas es adaptar a nuestra discusión el análisis que Charles Tilly realizó sobre el poder de las ciudades en la formación del Estado europeo. Para Tilly las ciudades concentraban dos tipos de activos: de producción y de poder. En la medida en que el análisis estaba restringido a los siglos XV-XVIII europeo, el primero significaba la emergencia del capitalismo y la acumulación de capital en ciertas ciudades y el segundo hacía referencia a la concentración de medios de coerción. Cuando una ciudad concentraba demasiados activos en ambas dimensiones aquello se convertía en una “concentración intolerable” (Tilly 1992: 13). Ahora bien, si abstraemos ambas categorías (en definitiva, poder político y poder económico) y las replanteamos en términos de nuestra discusión (contemporánea y democrática), ellas se convierten en “concentración de recursos” y “concentración demográfica” (esta última absolutamente crucial en la vida democrática pues se transforma en concentración de *votos*). Entonces, replanteados los elementos de la ecuación, podemos hipotetizar que el resultado seguirá siendo similar al que Tilly pensó para Europa: una ciudad y/o región que concentra gran cantidad de activos en ambas dimensiones generará una “concentración intolerable” de recursos para el centro. Visto desde la periferia, se constituye en lo que yo denomino “un aspirante a centro”.

**Gráfico 1. Factores estructurales para la politización regional**



Como quedará claro tras el estudio de nuestra trayectoria, el sur peruano y sus ciudades se fueron alejando de la “concentración intolerable” y aparecieron muchas ciudades de “concentración intermedia” con relación a Lima; en Bolivia, en cambio, en apenas unas décadas, la ciudad de Santa Cruz pasó de ocupar el ángulo inferior izquierdo de la matriz para convertirse indudablemente en una región “aspirante a centro”. Este es un tema crucial para la época contemporánea y la política del futuro. En el año 2010, por primera vez en la historia de la humanidad, más de la mitad de la población del mundo vive en ciudades. En 1950 la población urbana global era el 30%. El año 2050 será el 70%. Y en los países del tercer mundo emergen en cuestión de décadas ciudades con más de un millón de habitantes.<sup>104</sup> De esta manera, es muy probable que el futuro esté sembrado de enfrentamientos entre estos centros urbanos donde se llevó a cabo (involuntariamente) una “concentración” intolerable” y aparecieron, entonces, recios

<sup>104</sup> Todos los datos en Goldstone 2010.

“aspirantes a centro”. Ahora bien, ninguna “concentración intolerable” actúa por sí sola,

“[I]t is not regions that seek autonomy or federal status that compete for power with the national government; it is politicians representing these units.” (Paddison 1983: 22)

Es la razón por la cual esta tesis combina las relaciones políticas entre elites periféricas y Estado central con las macro-estructuras demográfico-económicas. La Tabla I, nuevamente mostrada aquí, condensa las dimensiones de análisis y los resultados posibles. Lo interesante de esta tesis en clave histórica es que muestra que las posiciones (los *outcomes*) no son estables ni definitivos sino que el grado de conflictividad entre centro y periferia varía, ganando en importancia o perdiéndola (rápida o lentamente) según los cambios en las dimensiones de análisis. De esta manera, al inicio de nuestra trayectoria las relaciones entre centro y periferia en el Perú se encontraban en algún punto entre la casilla 1 y 3, mientras que la boliviana estaba alojada en la 4. Al final de nuestra trayectoria el caso peruano peruana se habrá desplazado a la casilla 4 y el boliviano a la 1.

**Tabla 1. Variables y resultados del argumento general.**

	Elite (+)	Elite (-)
Estructura Espacial de Oportunidades Políticas (+)	1 Cleavage Centro/periferia	2 Conflicto latente
Estructura Espacial de Oportunidades Políticas (-)	3 Disputas/Divergencias focalizadas	4 No cleavage No conflicto

Observar las relaciones entre Estado central y sociedad periférica es una forma acotada de analizar las relaciones entre Estado y sociedad. Esta dimensión es una de sociología histórica inspirada en Tocqueville, Scott, Tilly y Migdal. La dimensión macro-

estructural de la “espacialidad” busca defender que los actores no están restringidos únicamente por instituciones, también actúan en un determinado *espacio*, el cual les puede brindar una estructura espacial de oportunidades favorable o des-favorable. La politización del territorio, entonces, es producto de la emergencia y fortaleza de una elite periférica que cuenta con una estructura espacial de oportunidades favorable a sus intereses regionales. Finalmente, la combinación de estas dos variables es producto de una larga trayectoria histórica de vinculaciones entre centro y periferia.

En los siguientes capítulos observo mis dos casos desde estas consideraciones teóricas. Espero mostrar que la importancia o debilidad del hecho regional está asentada en lentos cambios históricos y que la politización de las regiones en el mundo contemporáneo requiere de elites voluntariosas pero también de una cierta espacialidad que les brinde las condiciones de posibilidad para establecerse como actores mayores en la política nacional. Y nada de esto se consigue de un día para el otro.

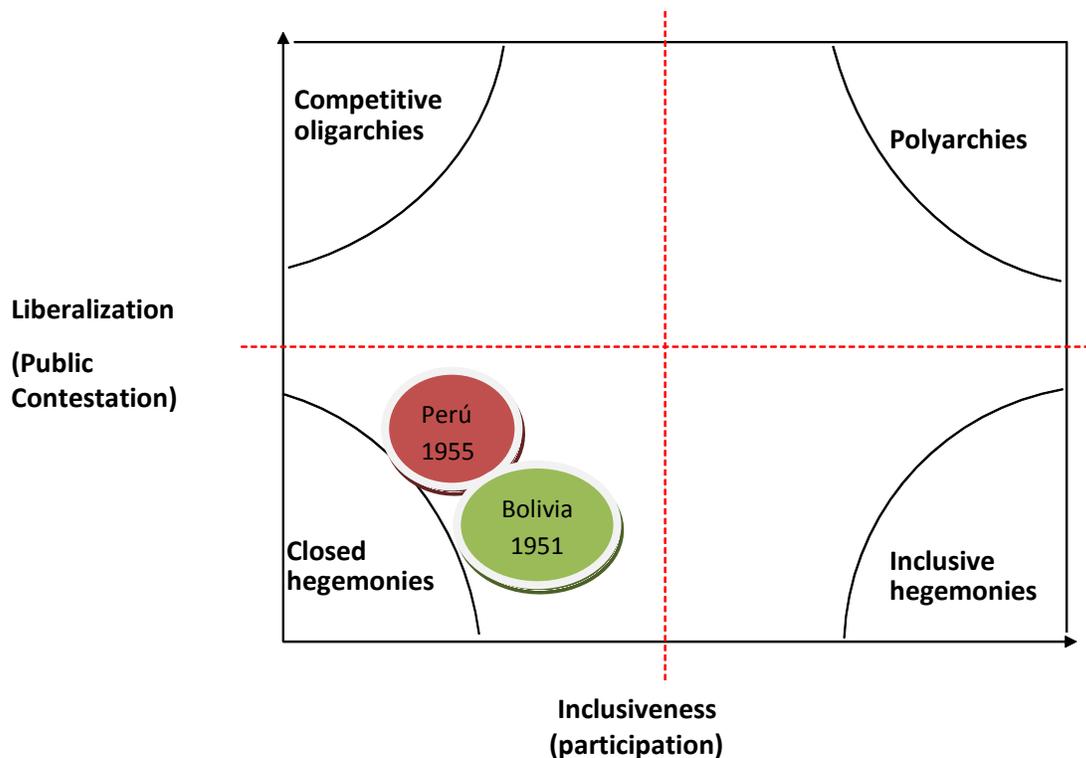
## Capítulo 3

### **Democratizaciones: La revolución nacional boliviana (1952-1964) y el regreso de las elecciones en Perú (1956-1968)**

#### *Introducción*

A mediados del siglo XX Bolivia y Perú enfrentaban un mismo y gran problema: construir regímenes políticos más inclusivos donde millones de habitantes no estuvieran al margen de la vida pública. Construir estos regímenes más democráticos no pasaba, como en otros países, por la inclusión de los trabajadores obreros y sindicalizados (perspectiva que prima en la mirada, por ejemplo, de Collier & Collier 1991) sino por la inclusión de masas campesinas e indígenas que habitaban la periferia y cuya masiva exclusión del sistema político era cada vez más problemática y ofensiva. Podemos conceptualizar esto desde la clásica matriz de Robert Dahl (1971) donde se combina una dimensión de “liberalidad” del régimen político con otra de “participación” (Ver Gráfico 2). Al empezar nuestra trayectoria, ambos países poseen un déficit enorme de participación. Los analfabetos (en lo fundamental los campesinos indígenas) estaban excluidos de la vida pública. Aunque estaban excluidos de muchas maneras, retengamos el hecho fundamental de estar impedidos de votar.

**Gráfico 2. Bolivia y Perú en la matriz de democratización de Robert Dahl.**



De esta manera, al llegar a la segunda mitad del siglo XX el desafío planteado al sistema político de ambos países es trasladarse hacia la derecha en la matriz de Robert Dahl. En este capítulo analizo las relaciones entre centro y periferia en Bolivia y Perú teniendo en cuenta que las disputas por la democratización de los sistemas políticos le otorgan sentido a todo el periodo y que centros y periferias actúan inscritas en este gran desafío de inclusión de los sistemas políticos. En el periodo de apertura democrática que estudio en este capítulo cada país se comportó de manera diferente frente al desafío.

En 1952 Bolivia emprendió la vía revolucionaria. El experimento se extendió hasta 1964 y abrió un proceso de democratización social innegable. El voto fue otorgado a los indígenas que habían tradicionalmente estado al margen del espacio público, se nacionalizaron las grandes empresas mineras y se hizo una radical reforma agraria. El proceso revolucionario fue liderado por el MNR que debió apoyarse en las organizaciones campesinas y los sindicatos mineros para construir el régimen revolucionario. Fue un gran movimiento anti-oligárquico liderado por una elite periférica al poder tradicional boliviano que había descansado desde fin del siglo XIX en los grandes barones del estaño (un régimen conocido como “la Rosca”). El proceso revolucionario, para decirlo con Tocqueville, elimina el *ancien régime* e instauro una *égalité des conditions*, apareciendo un Estado que intenta centralizar el poder antes en manos particulares. El cambio de régimen resultó favorable a las elites anti-oligárquicas y liquidó a las oligárquicas. En esta reconfiguración de las relaciones entre Estado y sociedad bolivianas, más que estrenar una vida democrática electoral liberal, la revolución del MNR destierra el *ancien régime* e impone un régimen en la línea de los regímenes nacional populares latinoamericanos.<sup>105</sup>

En 1956 volvieron las elecciones en el Perú. Tras una revuelta en el sureño departamento de Arequipa, el gobierno autoritario del general Odría se desplomó. Con el regreso de las elecciones, las elites anti-oligárquicas y sus vehículos partidarios reaparecen en la escena política. Tanto el APRA como AP (conocido primero como el Frente de Juventudes Democráticas, FJD) dominan la vida electoral y política del país. Ambos se sostienen en una retórica y organizaciones anti-oligárquicas. La geografía de estos dos partidos resultaba bastante marcada: El APRA tradicionalmente fuerte en el norte del país mientras que AP se sostenía en el sur. Las elecciones de 1956 las ganó una coalición de derecha apoyada por el APRA y las de 1963 fueron aparar a manos de AP y su líder Fernando Belaúnde. Durante todo este periodo se vive bajo una tensión inversa a la boliviana: en el Perú se percibe que la democracia electoral y liberal está impidiendo la llegada de la democracia social. En especial, la esperada reforma agraria y la abolición de la servidumbre de los indígenas no consiguen realizarse a pesar de vastas demandas y protestas populares. Durante doce años existe un consenso nacional

---

<sup>105</sup> Para Tocqueville ver *L’Ancien Régime et la Révolution*. Para lo nacional-popular Touraine 1988.

sobre la necesidad de esta reforma pero los terratenientes presentes en las instituciones representativas impiden que ella se materialice. De esta manera, en 1968, cuando termina este periodo democrático por causa del golpe de Estado del general Juan Velasco Alvarado, durante doce años el Perú no ha conseguido deshacerse de su *ancien régime*. En contraste con lo ocurrido en Bolivia, la democracia liberal peruana entierra la posibilidad de las *égalité de conditions*.

Este capítulo muestra la manera en que los cambios de régimen en nuestros países generaban muy transparentemente la renovación de las elites en el centro del Estado, generando ganadores y perdedores entre los actores sociales. Los ganadores penetran en el Estado, inauguran políticas que producen cambios, y se mantienen en el poder hasta que una nueva coyuntura de cambio los remueve de su posición privilegiada. Como quedará claro en Bolivia, aunque la presencia de ciertas elites en el Estado sea breve, las políticas que lanzan tienen consecuencias duraderas que se independizan de los actores que las impulsaron. Así, este primer capítulo empírico muestra la permeabilidad de estos Estados andinos frente a la sociedad, al mismo tiempo que su capacidad de actuar sobre esta sociedad. No es un Estado absolutamente incapaz, tampoco es un tercero autónomo y racional. Esta característica del Estado convierte a los cambios de régimen en los momentos importantes para seguir los cambios en la influencia de nuestras elites y sus organizaciones políticas.

En Bolivia, tras el cambio de régimen que trajo la revolución nacional, la importancia de ciertas elites en el seno del Estado fue alterada. En el centro del poder, la elite oligárquica fue completamente puesta de lado y reemplazada por una elite periférica y anti-oligárquica (vinculada al MNR). Sin embargo, la revolución nacional, como en los estudios de Joel Migdal sobre sociedades fuertes y Estados débiles, tonifica a ciertos grupos sociales que el Estado no podrá finalmente encuadrar, desatando unas fuerzas que se harán oír a través de toda nuestra trayectoria. La revolución nacional, sin desearlo, pre-configura unos *strongmen*. En primer lugar, el gobierno revolucionario decide poner en marcha la llamada “Marcha hacia el oriente”. Con ella busca favorecer el desarrollo del oriente boliviano, en general, y del departamento de Santa Cruz en particular. Estos territorios periféricos, vastos e intrascendentes en el oriente boliviano son, de pronto, considerados estratégicos y se

benefician de una serie de políticas públicas puestas en marcha por el centro. En especial, las tierras orientales no fueron alcanzadas por la agresiva reforma agraria que lanza el MNR en todo el resto del país. En una dinámica muy similar a la que Migdal refiere para varios países del tercer mundo, la recomposición en la adjudicación de tierras favoreció la emergencia de caciques en Santa Cruz pues las elites acumularon tierras mientras los terratenientes de las otras regiones de Bolivia eran despojados de todas sus tierras a favor de las masas campesinas.<sup>106</sup> Esto prepara la emergencia del *strongman* oriental pues si en occidente tras la reforma agraria se impuso el minifundio en el oriente se dio una acumulación de tierras “producto de distorsiones de la legislación agraria que hace cinco décadas promovió empresas agropecuarias en esta región” (Vargas 2004: 19). Una segunda cuestión que nos ocupa en el análisis de este periodo boliviano es la necesidad que tiene la elite anti-oligárquica emenerista de apoyarse en organizaciones sociales. Su incapacidad de constituirse en un PRI andino que incorpore y domine a los movimientos campesinos y sindicalistas será una herencia considerable para el futuro boliviano. Las organizaciones campesinas salen fortalecidas de la experiencia revolucionaria y se convierten en un grupo social adicional difícil de encuadrar desde un Estado débil (otro *strongman*). En resumen, el régimen revolucionario en Bolivia pone las bases para una larga trayectoria donde distintas elites periféricas son fortalecidas respecto de un Estado central que será siempre actor y presa, sujeto y objeto, de la lucha política.

En términos de mi variable espacial mostraré el punto inicial de la configuración espacial boliviana. Un país donde económica y demográficamente el occidente contaba con la gran mayoría de los recursos. En este punto inicial de nuestra trayectoria el oriente boliviano (Santa Cruz en particular) era inexistente para la vida económica del país y su importancia demográfica era mínima. En 1950, de los más de tres millones de bolivianos, solo 42 mil viven en la ciudad de Santa Cruz. Las alteraciones de estos patrones comenzaron en el periodo que estudiamos en este capítulo y será a la postre fundamental para la construcción del cleavage territorial entre centro y periferia boliviana.

---

<sup>106</sup> Migdal 1988.

En el caso peruano el inicio de nuestra trayectoria también es crucial para el futuro del país y el debilitamiento de su periferia en el futuro. Este es un periodo de tránsito: el *ancien régime* se ha debilitado en distintos frentes (económicos e ideológicos) pero políticamente está activo y sus elites, como lo veremos, tienen una capacidad de veto importante en el seno de las instituciones democráticas inauguradas en 1956. La democracia electoral y las fuerzas anti-oligárquicas fortalecidas con ella no pudieron sobreponerse a estos *veto players*. Mostraré cómo el cambio de régimen de 1956 y la vuelta de las elecciones fortalecieron, sobre todo, a las elites periféricas y anti-oligárquicas de asiento sureño. En especial, durante la presidencia de Fernando Belaúnde, se inauguraron las elecciones a nivel local y veremos que este nuevo nivel de poder favoreció abiertamente a las fuerzas periféricas y anti-oligárquicas. El poder en el sur quedó en manos, fundamentalmente, de AP y la Democracia Cristiana (DC) (ambos vehículos anti-oligárquicos), mientras que en el norte el APRA se beneficiaba de la apertura del nivel sub-nacional de competencia política. En este contexto en que la periferia peruana posee una relevancia política nacional el Estado despliega sus capacidades hacia ella. Estudiaremos en especial la forma en que las universidades estatales se multiplicaron sobre la periferia peruana instalando un espacio institucional adicional para que centro y periferia se vinculasen. A mediano plazo este espacio dará forma a una nueva elite, marginal y radicalizada, que se opondrá al régimen militar de fin de los sesenta. La universidad provinciana es un agente más en la frustración de la periferia peruana debido a la sobrevivencia del *ancien régime* bajo el régimen electoral.

En términos de mi segunda variable, en este capítulo muestro que, aunque Lima ya era el polo más importante del país (en términos económicos y demográficos) su hegemonía no era similar a la que tiene hoy. La centralidad hegemónica de Lima es un hecho fraguado durante la segunda mitad del siglo; no lo es al inicio de esta trayectoria. En 1940 cinco departamentos peruanos (Cusco, Puno, La Libertad, Cajamarca y Piura) contaban con una población que era, más o menos, la mitad de la población de Lima. La acentuada hegemonía limeña, entonces, es un fenómeno reciente. Al inicio de la trayectoria tanto el norte como el sur del Perú poseían un peso propio que irán perdiendo sostenidamente en las siguientes décadas. Si la periferia oriental boliviana era inexistente al inicio de nuestra comparación, la peruana existía por medio de sus

elites políticas de relevancia nacional y por poseer una importancia demográfica considerable en relación a Lima.

Como vemos, este primer episodio de democratizaciones a mediados de siglo en Bolivia y Perú se inaugura como una trayectoria contrastada que a lo largo de los años irá invirtiéndose. Muchas de las fuerzas que empujarán esta inversión en sus relaciones entre centro y periferia se inauguran en el periodo estudiado en este capítulo.

### **Bolivia y la democratización social (1952-1964)**

*[Bolivia] was an almost perfect two-class oligarchical society*  
Samuel. P. Huntington<sup>107</sup>

Como en buena parte de América Latina, Bolivia vivió hasta mediados de siglo bajo un régimen político comúnmente denominado “oligárquico”.<sup>108</sup> También como la mayoría de América Latina, hacia mediados de siglo apareció en Bolivia un movimiento político y social asociado a lo que comúnmente llamamos populismo que buscaba completar la independencia política que el país había ganado a inicios del XIX con la independencia económica. Según el difundido argumento, a esta independencia política le hacía falta una independencia “económica” pues los intereses internacionales dominaban a los Estados latinoamericanos a través de oligarquías que servían a los intereses extranjeros y no a los nacionales (Touraine 1988; Collier & Collier 1991; Conniff 1999). En el caso particular boliviano, la caracterización de este Estado sin soberanía económica y excluyente políticamente giraba alrededor de la idea de “la Rosca”. La revolución nacional boliviana se hizo, entonces, contra “la Rosca” y en favor de la construcción de un Estado nacional. Este momento de cambio en el régimen político y social generó ganadores y perdedores entre nuestros actores, que los reposicionó respecto del Estado que surge de la revolución. En este apartado nuestro estos cambios y luego observo los cambios vinculados al “espacio” político.

---

<sup>107</sup> Huntington (1968: 325).

<sup>108</sup> Ver Huntington (1968: 325-34); Dunkerley 1984; Malloy 1971; Collier & Collier 1991.

*Relaciones entre centro y periferia*

“La Rosca”, como era conocido el régimen boliviano, hacía referencia a los tres grandes barones mineros bolivianos que dominaron la vida económica y política boliviana durante la primera mitad del siglo XX.<sup>109</sup> Surgidos de la debacle de la industria de la plata y creadores del ascenso del estaño, mandaron sin contrapesos entre 1880 y 1930. Los grupos económicos de las familias Aramayo, Hoshchild y Patiño controlaban el 80% de la industria minera boliviana. Industria que, a su vez, generaba el 80% del Producto Bruto Interno (PBI) boliviano. En el plano internacional, alrededor de 1940, estos tres grandes barones producían un cuarto de la producción mundial de estaño (Dunkerley 1984: 6-7). Además, Patiño, el más importante de los tres barones, llegó a construir sus propias refinerías en Louisiana, EEUU, con lo cual su vinculación al orden internacional se hacía permanente. La dependencia hacia los mercados internacionales era de tal magnitud que para el periodo 1900-1950 la correlación de los ingresos bolivianos frente las fluctuaciones del estaño en la bolsa de Londres resultaba de 0.8% (PNUD 2006: 157). Esta dependencia vinculaba el imaginario nacional con el *boom* de la plata en tiempos de la Colonia, el cual no había dejado mayores ganancias para Bolivia y había asentado, más bien, la idea de haber sido saqueada durante siglos.<sup>110</sup> Como afirma Drake (1989), en el periodo de auge de “La Rosca”, el Estado era incapaz de gravar consistentemente estos ingresos millonarios del estaño. Más bien, en los presupuestos públicos se daba una situación caracterizada por Roxana Barragán como una política tributaria “boscosa”, es decir, una donde se creaban múltiples impuestos ante “la imposibilidad de gravar de una vez y sustantivamente a los poderosos intereses mineros” (PNUD 2007: 150). Así, esta situación de dependencia económica frente al mercado internacional combinada con la sujeción a un oligopolio nacional productor de minerales el cual no puede ser sometido al Estado, despertaría en la clase media una reacción contra el régimen político boliviano.

---

<sup>109</sup> Un recuento pormenorizado sobre el estaño en Bolivia en Arce 2003.

<sup>110</sup> Para las minas coloniales de Potosí ver Serulnikov 2006.

Esta situación productiva daba lugar a un régimen político particular. Cada esfera de la vida pública boliviana estaba atravesada por los operarios de “la Rosca”. Desde la prensa, donde cada uno de los barones del estaño era propietario de alguno de los grandes periódicos del país (Aramayo era propietario de *La Razón*, Hochschild de *Última Hora* y Patiño de *El Diario*) hasta el entramado burocrático de los poderes del Estado nada escapaba a los intereses de los barones. Este entramado de operarios había surgido y crecido a la sombra de los ideales que establecieron los conservadores en 1880 y se mantuvo estable hasta 1930.

Sin embargo, hacia fines de los años treinta el régimen de “la Rosca” empezó a debilitarse. En primer lugar por razones externas pues el precio del estaño a partir del fin de los años treinta cayó sostenidamente y los tres grandes barones ya no vendían las cantidades que solían comerciar. A este debilitamiento externo se sumó el cuestionamiento interno. Entre 1932 y 1935 se produjo la guerra del Chaco —“[...] the most tragic of all international conflicts [in Latin America] involving as it did two extremely poor and autocratic societies” (Centeno 2002: 58). De dicho conflicto surgieron dos cuestionamientos entrelazados: uno moral y otro social. El primero relacionado a la derrota calamitosa que Bolivia había sufrido en dicha guerra. No era solo un asunto del número de muertos (alrededor de 55 mil para Bolivia) sino la forma en que habían muerto. Dejadados a su suerte, los soldados habían perecido en igual cantidad por las balas paraguayas que por los rayos del sol y la ausencia de agua. Esto fue interpretado en el país como una traición por parte de la elite en el gobierno, leído como la ausencia de una convicción nacional en la dirigencia de “la Rosca”. Cuando los soldados bolivianos que sufrieron cautiverio durante años en Paraguay regresaron al país, animaron un discurso nacionalista de crítica severa contra el Estado y sus dirigentes. A eso se sumó el hecho de que “la Rosca”, sobre todo durante los años cuarenta, era cada vez menos un “grupo de presión” y, *de plus en plus*, una forma de gobierno represivo. Esto quedó claro en Catavi en 1942, donde miles de mineros fueron masacrados tras una huelga prolongada.<sup>111</sup> En términos de Klein, “[...] the Big Three tin miners began to rely more heavily on the army instead of its old system of pressure-group politics and civilian politicians” (Klein 1971: 37).

---

<sup>111</sup> El evento será conocido como la masacre de Catavi.

Ahora bien, esta debacle moral y la consiguiente erosión de la legitimidad del régimen vinculado a “la Rosca” pudo fraguar políticamente porque había un grupo social, una elite política, capaz de darle forma a dichos argumentos y de movilizar a la sociedad en contra de dicho régimen. El actor encargado de esta tarea fue el MNR. En términos sociales, el MNR estaba conformado por clases medias de las ciudades del occidente boliviano, en especial de La Paz. Ideológicamente, al igual que muchos de sus pares latinoamericanos, era anti-oligárquico, nacionalista, centralista y reformista. Como muchos de sus pares albergaba también cierta parafernalia fascista e inclinaciones anti-semitas.<sup>112</sup> Su diagnóstico respecto de Bolivia lo alejaba de los partidos socialistas (como el Partido de Izquierda Revolucionaria, PIR y el Partido Obrero Revolucionario, POR, vinculados al movimiento minero) pues aseguraba que el problema principal de Bolivia no era la explotación de una clase por otra, sino la explotación de una nación por muchas otras (Malloy 1971:115).

El MNR había tenido una primera participación política importante cuando fue aliado del gobierno reformista de Jorge Villarroel entre 1943 y 1946. Este experimento fallido de reformismo fue muy importante para la dirigencia del MNR en la siguiente década, por dos razones. En primer lugar, porque mostró que el Estado vinculado a “la Rosca” se debilitaba poco a poco y que no era todopoderoso pues había cedido el poder durante los tres años de aquel régimen reformista. En segundo lugar, fue importante porque quedó claro que, por más debilitado que estuviera, el antiguo régimen se defendería con todas las armas disponibles (Villarroel terminó colgado en la plaza pública tras un golpe de Estado “restaurador” que gobernó Bolivia durante seis años). De esta manera, uno podría decir leninistamente que 1946 transparenta el momento revolucionario: unos pocos que ya no pueden y unos muchos que ya no quieren. Tras esta experiencia, el MNR, poco a poco, fue transformándose en un paraguas que albergaba tanto los intereses reformistas de las clases medias como a los radicales de las clases obreras.

La revolución nacional de 1952 cosechó la larga erosión del régimen oligárquico al mismo tiempo que cuajó un movimiento popular como el MNR que

---

<sup>112</sup> Que dirigía sobre todo hacia Hoschschild, uno de los tres barones del estaño, de ascendencia judía.

gobernó en alianza con la COB y la FSB.<sup>113</sup> En tal sentido, es una “ruptura decisiva” (Romero 2003: 19) pues la elite que solía tener las riendas del régimen político es desplazada definitivamente de sus posiciones en el Estado. Como sostengo en esta tesis, los momentos de cambios de régimen son decisivos a la hora de redefinir las políticas estatales pues los Estados no poseen burocracias asentadas sino que de la noche a la mañana se renuevan las elites a su cargo. Y aunque la renovación sea efímera, las políticas públicas puestas en marcha pueden tener efectos que van más allá de estos actores iniciales. En este caso, la ruptura se evidencia en las cuatro principales medidas que fueron dadas por el MNR apenas llegado al poder —las cuales habían sido largamente resistidas por “la Rosca”— y que reconfiguran el Estado boliviano: la nacionalización de las minas, el establecimiento del sufragio universal masculino, la reforma agraria y la reforma absoluta de las Fuerzas Armadas.

La nacionalización de las minas es la piedra de toque del cambio de régimen político boliviano. El gobierno despoja de todas sus empresas a los tres grandes barones del estaño. No es la nacionalización de toda la actividad minera, solamente expropia a “la Rosca”. Del lado del MNR, la medida era el cumplimiento parcial de un compromiso con la Central Obrera Boliviana (COB) que deseaba la nacionalización de todo el sistema minero en el país. La nacionalización de las minas vinculadas a los tres grandes fue un arreglo razonable en la alianza de gobierno. A través de esta medida se afianzó el cambio de elites al interior del Estado boliviano. En primer lugar, los tres grandes barones se “desentendieron” de Bolivia e instalaron en el extranjero. Esto dejó a las redes burocráticas de “la Rosca” muy debilitadas y fueron presa fácil de la renovación que llegó al Estado de la mano del MNR. Este partido estableció una estrategia directa de copamiento del Estado boliviano a través de sus militantes. Se estima que entre 1952 y 1956, el número de funcionarios públicos bolivianos se duplicó (Dunkerley 1984: 80) y hacia fines de los cincuenta la mitad del presupuesto nacional se destinaba al pago de estos funcionarios del partido. Así, el cambio de régimen llevado a cabo por la revolución nacional da lugar a una renovación de las

---

<sup>113</sup> No detallo aquí los avatares de las jornadas revolucionarias. Hay textos que pueden cubrir el vacío: Alexander 1958; Malloy 1970.

elites políticas bolivianas tras el desalojo de las redes vinculadas a “la Rosca” y su reemplazo, algebraicamente engrosado, a través de las fuerzas burocráticas del MNR.

La renovación de la burocracia a cargo del nuevo Estado corporativo boliviano también se evidencia con la incorporación de elites que provenían de movimientos más radicales que el propio MNR. Juan Lechín, por ejemplo, líder histórico del movimiento obrero boliviano y con una gran ascendencia en el pueblo minero boliviano (tanto que Potosí era conocida como “Lechingrado”), fue nombrado vicepresidente de Paz Estenssoro así como Ministro de Energía cuando se nacionalizan las minas bolivianas. Este solo nombramiento pone de manifiesto la inversión de las relaciones de poder en Bolivia: el líder del movimiento minero pasa a estar a cargo del ministerio más importante para los intereses de “la Rosca”. Walter Guevara, también sindicalista boliviano, es incorporado en el gobierno como Ministro de Relaciones Exteriores. De esta manera, el Estado en sus posiciones más importantes va siendo permeado por una nueva elite anti-oligárquica.

La segunda y tercera medida del gobierno revolucionario deben ser tratadas conjuntamente. El establecimiento del sufragio universal y la agresiva reforma agraria ayudan a comprender la emergencia de nuestro tercer actor en el tablero boliviano: la periferia marginal. Como observa James Malloy (1971: 119), si no se hubiese acabado simultáneamente con el régimen de la hacienda, el mero derecho al sufragio otorgado al campesinado podría haber sido boicoteado por las elites terratenientes. Del lado agrario, antes de 1952 el 4% de la población controlaba el 70% de las tierras cultivables (Carter 1971: 238), mientras que el 60% de los propietarios con 5 hectáreas o menos poseía el 0,2% de la tierra cultivable (Klein 2003: 210). Es la confluencia de ambas medidas —el sufragio universal y la reforma agraria—, lo que, finalmente, permitió fortalecer decisivamente al campesinado. La eliminación del requisito de ser alfabeto para poder ejercer el derecho al voto implicó que, si en las elecciones de 1951 habían votado 200 mil personas, en las de 1956 votase un millón (Klein 2003: 212).

De manera conjunta, las dos medidas vigorizaron a la periferia marginal boliviana. Si el establecimiento del voto universal había devenido en una demanda aceptada por el MNR (en los años cuarenta no lo era), la reforma agraria estaba lejos de generar unanimidad en el partido. Los cuadros y bases del MNR estaban en las

ciudades del occidente boliviano donde la relación con el campo se mantenía y, donde, en definitiva, lo rural y lo urbano mantenían vínculos sólidos. Como se ha dicho muchas veces, el fin de la “hacienda” no implica únicamente el fin de un modelo económico, también es el fin de una estructura social que brinda valores y cohesión; en el caso boliviano, una sociedad donde clase media y “la Rosca” compartían estos valores que unían al campo y a la ciudad.<sup>114</sup> En fin, se rompió definitivamente los viejos vínculos entre el mundo rural y urbano “and left the countryside in a state of total disarray” (Malloy 1971: 127). A esto debemos agregar que parte de las disposiciones de la reforma agraria fue impulsar la migración de campesinos del occidente hacia el oriente del país.

Aunque la aplicación de la reforma agraria en Bolivia generó efectos distintos según las regiones del país, el reforzamiento político de la periferia marginal fue considerable.<sup>115</sup> Fue, diríamos, el primer paso para dejar de ser periferia. En este sentido, el relato de William E. Carter, funcionario americano en los años cincuenta en un pequeño pueblo al borde del lago Titicaca es sugerente. De acuerdo a Carter, tanto la revolución de abril de 1952 como la toma de tierras en Cochabamba en la segunda mitad de ese año, impulsaron a los campesinos a dejar el papel tradicionalmente pasivo que jugaban en el orden tradicional y así pasar a la acción. Ante el *endorsement* del gobierno revolucionario, la masa campesina despertó el terror entre los mestizos en los pueblos del altiplano quienes terminaron huyendo hacia La Paz. En menos de un año, los campesinos se organizaron a partir de las tierras y armas que el gobierno les adjudicó. Carter sintetiza lo ocurrido en el pequeño pueblo del altiplano de la siguiente manera:

“Within a year an Indian peasant who had completed grammar school in the local Protestant mission emerged as virtual *caudillo* of both the town and the surrounding region. His impressive accumulation of offices included that of keeper of the public records, president of the cooperatives, local agent for the department of roads, commander of the local militia regiment and chief of the regional militia division.

---

<sup>114</sup> La omnipotencia y complejidad de dicho sistema puede observarse informalmente en algunas frases cotidianas. En Bolivia era común anunciar “Vendo finca con 50 pongos y 400 ganado ovino” (Carter 1971:238) y en el Perú, aún se lee en alguna pared de la exhacienda Chiclín (al norte del Perú) la que fue la divisa del terrateniente: “Calla, reza y trabaja”. En términos más formales respecto de la hacienda ver Knight (1985a: 17-25), también Mayer 2009.

<sup>115</sup> Para los efectos diferenciados de la reforma agraria según las regiones del país ver Vargas 2004.

Though a mestizo continue to occupy the office of corregidor, in the years immediately following agrarian reform, his office degenerated in to little more than an honorary appointment” (Carter 1971: 237)

Si la cita deja en claro el fortalecimiento político de la periferia marginal, la magnitud de la redistribución de la tierra fue la otra cara de su fortalecimiento. En los siguientes dos cuadros se observa con detalle este proceso.

**Tabla II. Tenencia de la tierra cultivada en Bolivia 1950**

Has.	Número de Propiedades	Propiedad total en Has.	Tierra explotada en Has.	% explotadas/ propiedad
Menos de 5	51 198	73 877	40 028	54,2%
5 a 49	19 503	278 459	86 378	31%
50 a 199	5 014	478 291	76 090	15,9%
200 a 999	4 033	1 805 408	134 790	7,4%
1000 a 4999	4 000	8 724 776	167 006	1,9%
5000 a 9999	797	5 146 334	55 365	1%
Más de 10000	615	16 233 954	85 850	0,5%
Total	85 160	3 274 1096	645 506	

Fuente: Klein 1971: 42

**Tabla III. Redistribución de la tierra durante la Revolución Nacional.**

<b>Año</b>	<b>Número de casos legales de redistribución</b>	<b>Títulos distribuidos</b>	<b>Cabezas de familia beneficiadas</b>	<b>Has. distribuidas</b>	<b>Has. revertidas al Estado</b>
1953					
1954					
1955	32	3 400	2 809	51 811	
1956	75	4 463	3 863	46 604	579
1957	281	11 400	8 028	276 293	103
1958	216	9 193	5 709	201 631	367
1959	313	18 380	12 097	316 462	4 040
1960	904	38 897	22 410	825 871	26 899
1961	1 186	45 511	28 210	1 129 442	38 379
1962	1 880	50 227	28 843	1 255 791	24 950
1963	1 185	47 461	40 641	1 271 686	91 905
1964	626	18 317	11 295	531 946	33 497
1965	202	15 600	9 652	365 042	23 241
Total	6 900	262 849	173 557	6 272 579	243 960

Fuente: Burke 1971: 303

Este fortalecimiento de la periferia marginal se dio de maneras distintas. En Cochabamba, por ejemplo, en los valles al este del altiplano, la sindicalización de los campesinos alcanzó dimensiones inesperadas. A diferencia del altiplano, los campesinos de Cochabamba eran mayoritariamente quechuas y habían vivido en ciudades y no dispersos por la Puna, y desde los años cuarenta habían comenzado a organizarse en sindicatos. Aprovechando la entrada del gobierno revolucionario, dichos sindicatos campesinos se lanzaron en una ofensiva de toma de tierras. El gobierno lejos de reprimirlos, los transformó en milicias e impulsó una federación nacional de sindicatos campesinos que debía quedar bajo su dominio. Por tanto, no es casualidad que fuese en Cochabamba que se lanzó y decretó la reforma agraria el dos de agosto de 1953. En aquella ceremonia, el vice-Presidente Siles Suazo habló en Quechua, el

Presidente Paz Estenssoro ofreció chicha y hojas de coca a la pachamama (la tierra en la cosmovisión andina) y miles de campesinos celebraron el advenimiento de un nuevo tiempo. En palabras de un funcionario americano presente en la ceremonia: “A formerly servile population [...] had been given guns and the vote and, now, a right to the land and responsibility for its use”.<sup>116</sup>

En muy poco tiempo la relación entre el gobierno y los campesinos se fortaleció. El MNR trató de convertir cada comunidad campesina en sindicatos agrarios federados y estos sindicatos cobraron tal fuerza que reemplazaron al patrón terrateniente como mediador entre Estado y sociedad (Yashar 2005: 159). Esta relación se verá fortalecida también debido a que a partir de los años cincuenta el gasto público en educación despegó. Gracias a esto, a partir de 1954 se multiplicaron las escuelas rurales en Bolivia. Por ejemplo, La Paz pasó de tener 77 escuelas provinciales en 1954 a 585 a fines de los cincuenta.<sup>117</sup>

Este vínculo entre el gobierno y los campesinos se verificó en términos electorales desde los primeros comicios en que los analfabetos pudieron votar. Aunque todos los resultados electorales previos a la década del ochenta en Bolivia deben ser tomados con pinzas pues los fraudes y manipulaciones eran comunes, esto no obsta para que consideremos algunas tendencias electorales. En las elecciones de 1956 el candidato del MNR a la elección presidencial, Hernando Siles Suazo, obtiene el 82% de los votos de las zonas rurales, mientras que en ciudades como La Paz y Cochabamba recoge 56% y 48% respectivamente. Así, poco a poco, el campesinado fue convirtiéndose en el principal soporte del régimen del MNR. Esta tendencia electoral se volvió a confirmar en 1960 cuando Víctor Paz Estenssoro, candidato a la presidencia por el MNR, mantuvo la fidelidad del campo boliviano mientras su popularidad era menos importante en las ciudades. Esto es patente cuando se compara las votaciones entre la ciudad de La Paz y el departamento de La Paz. En la primera obtiene 53 % mientras en el departamento consigue 73%. En Cochabamba las diferencias entre las votaciones rurales y urbanas se confirman pues el MNR obtiene el

---

<sup>116</sup> Goodrich (1971: 22).

<sup>117</sup> PNUD (2007: 212)

25% en la ciudad de Cochabamba pero el 73% en el departamento.<sup>118</sup> En las ciudades le fue bien a la Falange Socialista Boliviana (FSB) “confirming the disaffection of the urban middle” con el régimen revolucionario (Malloy 1971:131)

Como todo régimen de raíz fuertemente reformista, conforme el tiempo fue pasando los inicios renovadores del régimen fueron cediendo frente a la burocratización del mismo. Las grandes reformas pasaron a ser secundarias frente a las disputas que aparecían en el seno del régimen. En especial, entre los dos líderes indiscutibles de la revolución nacional, Paz Estenssoro y Siles Suazo. Y, a su vez, este cogollo emenerrista se distanciaba del movimiento campesino y del sindicalista. Así, las elecciones de 1956 y 1960 dieron continuidad al régimen nacionalista al mismo tiempo que exhibió las grietas que se abrían en la coalición de gobierno. De un lado, la renovación de las elites y la incorporación de sectores populares al sistema político boliviano se mantenían en las elecciones de 1956 donde, al ser elegido Siles como Presidente, se eligió también a Nuflo Chávez, prominente líder de la confederación obrera boliviana, como vice-Presidente de Siles.

En 1960 es elegido Víctor Paz Estenssoro teniendo como vicepresidente a Juan Lechín, lo que confirmaba la importancia del movimiento obrero tras casi una década de revolución. Con el paso del tiempo durante el gobierno de Paz la relación entre el MNR y la COB fue deteriorándose. Aquellos denuncian complotos comunistas para acabar con el régimen revolucionario y estos desafiaban la voluntad de Paz quien buscaba reelegirse en 1964 contra el mandato constitucional de no reelección. Para 1963 la crisis entre el MNR y el movimiento obrero (los dos miembros principales de la coalición de gobierno revolucionaria) da lugar a un enfrentamiento abierto y, frente a este resquebrajamiento en la coalición de gobierno, se fortalecen los dos actores clave de la política boliviana en los años siguientes: los campesinos y los militares. El fortalecimiento de estos dos sectores formaba parte de la estrategia del MNR pues los emenerristas buscaban aparecer como el fiel de la balanza entre militares y campesinos, la moderación entre dos fuerzas extremistas (Malloy 1971). En 1964, cuando Paz confirma que postulará a una inconstitucional reelección la coalición de gobierno salta por los aires. Previendo que esto movilizará en su contra a todos los sectores populares

---

<sup>118</sup> Las cifras provienen de Lavaud (1991: 181-5).

que habían sido sus aliados y que la estabilidad del país sería puesta en peligro, Paz presenta al general Barrientos como su candidato a la vice-presidencia boliviana. Esto era intolerable para la coalición en el gobierno pues, en primer lugar, el MNR venía prometiendo desde 1952 que el movimiento obrero estableciese un candidato a la presidencia. Este reclamo había sido defraudado en 1960 y en 1964 se reeditaba. El movimiento obrero ya no siente la obligación de apoyar a un gobierno del cual se les excluye a través de promesas incumplidas. En segundo lugar, esto resulta intolerable pues el movimiento obrero sabe que las Fuerzas Armadas son su primer enemigo y verlas en alianza con el MNR transparenta que ya no forman parte de la coalición de gobierno.

Finalmente, cuando Paz Estenssoro logra reelegirse como Presidente sucede lo previsto y tanto maestros como mineros toman las calles del país dando lugar a una temporada interminable de protestas. Paz convoca a los militares y a los campesinos para que lo defiendan pero lo único que consigue es que, ante la inestabilidad, Barrientos tome el poder por la fuerza y él termine en un avión con destino a Lima donde permanecerá en un largo exilio.

En resumen, la política menuda, la burocratización del régimen, fue restándole ímpetu reformista al régimen. Sin embargo, lo importante para mi argumentación es que las reformas políticas destinadas al mundo rural boliviano generaron cambios tanto a nivel de la elite terrateniente como de la periferia marginal. Aquélla, “[...] deprived of their traditional manorial base, have either emigrated or else been forced to adjust and reorient their claim to power” (Carter 1971: 264) mientras que la periferia marginal se ha fortalecido de tal manera que para Lavaud “à vrai dire, dès 1956-57, la stabilité gouvernementale repose même presque entièrement sur la paysannerie” (Lavaud 1991: 182). De aquí en adelante, como veremos, las trayectorias de ambos grupos serán exactamente opuestas pues la periferia marginal irá dejando de ser marginal y periférica (en ese orden), mientras la elite oligárquica irá desapareciendo. Por su parte, la elite anti-oligárquica está en el control de las instituciones estatales pero su posición es precaria. Como afirma Malloy, aunque estuvieran al mando de las instituciones formales de las instituciones en La Paz, lo políticamente relevante en aquel periodo era la movilización campesina y obrera. En dos palabras: cada uno de nuestros grupos iba

diferenciándose, autonomizándose en una dinámica que los alejaba de lo que había sido el proceso revolucionario mexicano donde se había conseguido construir una hegemonía política desde el Partido Revolucionario Institucional (PRI) el cual había incluido a estos distintos sectores creando una coalición de gobierno de largo aliento. En Bolivia el experimento no se concreta, cada grupo toma sus propias vías y en el futuro lo que veremos es que, poco a poco, se opondrán unos a otros en una dinámica que será difícil de revertir.<sup>119</sup>

Hasta ahora he mostrado las variaciones en las fortalezas y debilidades de tres de nuestros actores en relación al cambio de régimen llevado a cabo con la revolución nacional de 1952. A grandes rasgos, he mostrado que la elite vinculada a “la Rosca” y al poder terrateniente fue desalojada del Estado; la clase media paceña anti-oligárquica vinculada al MNR se hizo en poco tiempo del Estado desatando un comportamiento que hasta ahora los bolivianos llaman “empleomanía” a partir de una ideología y práctica muy centralista; y los sindicatos tanto campesinos como urbanos fueron claramente fortalecidos por su vinculación a la esfera nacional a través de la economía y las nuevas estructuras corporatistas del nuevo régimen. Ahora bien, este cuadro debe ser completado con un cuarto actor en este cambio de régimen nacional revolucionario: la elite regional cruceña.

### La elite cruceña

La revolución nacional tuvo un impacto definitivo en la región oriental del país y en Santa Cruz en especial. La revolución estableció una articulación política a la Migdal pues una política pública específica sobre la tenencia de la tierra consolidó la presencia de poderes sociales y económicos en la región. En esta coyuntura se consolidó una clase terrateniente que asemeja a lo que Migdal (1988) denomina los *strongmen*, considerables poderes regionales que median la relación entre Estado y sociedad en las periferias de los países. O, para ponerlo en términos de Tilly (1992), poderes regionales que generan que el Estado central controle su territorio solo de manera indirecta pues debe negociar con estos poderes intermediarios para conseguir la dominación.

---

<sup>119</sup> Para una comparación sistemática entre el proceso boliviano y el mexicano ver Knight 2003. También Huntington (1968: 315-34).

Para Migdal el establecimiento de estos *strongmen* en las periferias de los países descolonizados se produjo por tres tipos de políticas públicas: adquisición de la tierra, políticas tributarias y las nuevas tecnologías de transporte. En especial las políticas de distribución de tierras tuvieron la siguiente forma e impacto:

“The land tenure policies transformed social structure. Social control changed irrevocably as big landowners consolidated holdings and integrated themselves (and, along with them, their workers and tenants) much more fully into the world market economy. Landowners in region after region increased the resources at their disposal, which could be used to build new strategies of survival through their direct tie to the world market. Additionally, these ties often made them somewhat impervious to any attempts by ambitious political authorities to bring them under control. The stage was set for the recreation of weblike societies that would characterize so much of the third world in the late twentieth century.” (Migdal 1988: 65)

Entre 1900 y 1950, tanto la ciudad como el departamento de Santa Cruz estaban despoblados en comparación con los otros departamentos y ciudades bolivianas. En 1900 el departamento albergaba algo más del 10% de la población total y en 1950 ni siquiera alcanzaba este mismo porcentaje de la población del país.<sup>120</sup> En términos de infraestructura, la región estaba dejada a la buena de dios, sin contacto con el resto del país pues el boom ferrocarrilero de fines del XIX y comienzos del XX se había circunscrito al occidente donde los trenes transportaban minerales que Santa Cruz ni producía ni consumía. De ahí que la reivindicación principal de los cruceños fuera durante mucho tiempo contar con un tren que los vinculase al occidente del país y, luego del boom ferrocarrilero, reivindicaban una carretera que cumpliera con el mismo objetivo. Si observamos lo que Santa Cruz aportaba al producto boliviano para el periodo mencionado la marginalidad también es evidente: el aporte en 1952 era apenas el 2,6% del PIB.<sup>121</sup> La desvinculación y pobreza de Santa Cruz respecto del occidente del país se acentuó en este periodo pues al terminarse el ferrocarril entre La Paz y Cochabamba los valles del oriente boliviano se vieron inundados de azúcar que competía con la producida en Santa Cruz. De otro lado, la inauguración de trenes que iban de los centros mineros occidentales a Perú y Chile generó que el occidente

---

<sup>120</sup> Según el censo de 1900, Bolivia contaba con 1 633 610 habitantes, mientras que el departamento de Santa Cruz tenía 171 592 y la ciudad 15 874. De acuerdo al censo de 1950, Bolivia tenía 3 019 031, el departamento de Santa Cruz tenía 286 145 y la ciudad de Santa Cruz 42 746.

<sup>121</sup> Peña (2007: 108).

boliviano contara con productos importados de aquellos países los cuales eran similares a los producidos en Santa Cruz (Peña 2007: 93).

Políticamente, Santa Cruz no había conseguido durante la primera parte del siglo XX gran influencia. En los años veinte se organizó un efímero “partido político orientalista” que reivindicaba una descentralización administrativa y que significó el inicio de una conciencia regional cruceña. Pero, hasta los años treinta, la vida política cruceña continuó siendo marginal respecto de la del país.

En dicha década, Santa Cruz adquirió importancia nacional por razones ajenas a la política: por causa de la guerra del Chaco. Ubicada cerca al escenario bélico, la región y la ciudad se convirtieron en un punto crucial en el desplazamiento de las tropas bolivianas. Por ejemplo, gracias a la necesidad de abastecer a las tropas, el Estado abrió trocha e hizo una vía de tierra entre Cochabamba y Santa Cruz. Durante estos años, la elite cruceña consiguió difundir un sentimiento de abandono respecto del Estado boliviano y articuló así una primera idea reivindicativa de la región. La reivindicación más concreta vino asociada al petróleo de la zona del Chaco. Ya que Bolivia había peleado la guerra por el petróleo ubicado en aquel territorio cruceño, Santa Cruz reivindicó que una parte de la ganancia de aquel hidrocarburo le fuese enviada directamente.

En Santa Cruz, como en el resto del país, la hacienda era la unidad productiva tradicional en el campo. Sin embargo, la efectiva reforma agraria de 1953 que distribuyó la tierra entre el campesinado altoandino no hizo lo propio en el oriente boliviano y en Santa Cruz en particular. Por el contrario, el gobierno revolucionario del MNR no tocó las grandes extensiones de tierra pues buscaba desarrollar la industria agrícola en esa zona del país. Por lo demás, el oriente boliviano estaba sub-poblado y, por lo tanto, la tierra era abundante sin que fuera necesario entregarla a los campesinos. Esto fue dando forma a una agricultura moderna con trabajo asalariado y a la consolidación de una clase terrateniente que, del otro lado del país, en las tierras altas, estaba, justamente, siendo liquidada. En el oriente, entonces, se consolida una producción agrícola moderna que hacia mediados de los años sesenta (luego de la consolidación de la tenencia de la tierra alentada por el régimen revolucionario) deja de producir únicamente para el mercado nacional y lo hace para el mercado internacional

con importantes exportaciones de algodón, azúcar y madera. Este enriquecimiento de la agricultura cruceña y oriental fue dando lugar a la aparición de una elite vinculada a la gran tenencia de la tierra que tendría un efecto importante en el futuro boliviano. En resumen, para Santa Cruz la reforma agraria,

“[...] consistió en la ampliación de la superficie cultivada y el proceso productivo se basó en la concentración de la tierra, en créditos agropecuarios y otras formas de especulación mercantil [...] a pesar de los temores ante las posibles expropiaciones de tierras, los terratenientes mantuvieron sus propiedades pues la norma legal possibilitaba el amparo de sus propiedades para convertirse en empresas agrícolas con mano de obra salariada. En Santa Cruz ocurrieron pocos casos de redistribución de tierra.” (Sandoval 2003: 44-5)

Como veremos en el capítulo siguiente, esta trayectoria de consolidación en la gran propiedad terrateniente en Santa Cruz se acentuará en los años sesenta y, sobre todo, durante el gobierno militar del general Banzer, “cuando los hacendados se transformaron en medianos y grandes empresarios agropecuarios” (Colque 2004: 140). Entonces, como en el modelo de Migdal, la modificación en las políticas de la tenencia de la tierra dio lugar a una reestructuración del poder vinculado a la tierra en Bolivia. Trayendo como consecuencia, de manera no deseada pues el régimen revolucionario era uno profundamente centralista, la constitución de un tipo de *strongmen* en la periferia boliviana.

De otro lado, la reforma agraria impulsaba también una política expresa para “promover los flujos de migración interna de la población rural” hacia el oriente boliviano, fomentando programas de colonización (Lavaud 1991: 178). Esta política también generará un impacto en el futuro boliviano y cruceño, pues la migración alentada irá alterando la forma en que la población está distribuida sobre el territorio boliviano.

La revolución nacional y su régimen generaron también un cambio importante en la forma de ejercer autoridad para las elites cruceñas. Si hasta 1952 habían hecho y deshecho en su región gracias al aislamiento, el cambio de régimen acabó con el encierro cruceño y abrió una etapa en la que debieron reconfigurar su hegemonía en la región. El fin del aislamiento se verifica en dos sentidos: uno geográfico y otro político. En el ámbito geográfico, la región fue objeto de políticas dirigidas a vincularla

al resto del país. Desde los años cuarenta una serie de planes auspiciados por organismos internacionales habían alentado a que Bolivia diversificara sus fuentes de riqueza dándole prioridad a la agroindustria y así no depender únicamente de los minerales. En especial, los planes Bonham y el Kemmerer elaborados antes de la revolución nacional habían defendido que la diversificación debía desarrollarse en el oriente del país donde las tierras bajas y planas permitirían tal actividad. Esto implicaba invertir grandes cantidades de dinero en infraestructura en el oriente y en especial en Santa Cruz. Si bien estos planes se habían elaborado o habían comenzado a implementarse en los años cuarenta (en dicha década casi todos los préstamos que Bolivia consiguió fueron destinados a Santa Cruz<sup>122</sup>) fue el gobierno revolucionario el que se tomó con mayor seriedad su puesta en marcha. Y la manifestación más clara de esto fue la concreción en 1954 del más viejo de los anhelos cruceños: la finalización de la carretera Cochabamba-Santa Cruz.

En el aspecto político, la revolución nacional también configuró el fin del aislamiento. Si bien el programa de la revolución buscaba fortalecer económicamente a la región, ello también implicaba su debilitamiento político. Vale decir, el Estado central intentaba incluir o dominar a una periferia que, para efectos prácticos, siempre se había gobernado sin interferencias centrales. En palabras de Malloy, “[...] it would not be an exaggeration to say that at times, effective national authority stopped at the city limits of La Paz” (Malloy 1971: 136). Esta incorporación política de la periferia se hizo desde el partido de gobierno. El MNR y los sindicatos vinculados a su proyecto, llegaron a Santa Cruz para encauzar la participación política. Sin embargo, las instituciones de la revolución carecían de la fuerza necesaria para encuadrar a la alborotada vida política de la región. A la manera de Huntigton 1968, Whitehead entendió muy pronto que los principales problemas en Bolivia no se derivaban de las relaciones entre clases sino de un Estado central sin la capacidad suficiente para imponerse sobre las periferias a través de sus instituciones políticas (Whitehead 1973).

La revolución nacional trató de imponerse en Santa Cruz en primer lugar a través del MNR. Sin embargo, más que unos canales institucionales, lo que el MNR generó, sin proponérselo, fue la multiplicación de caudillos con aspiraciones a

---

<sup>122</sup> Eaton (2007:78).

mandamás de la región. En el departamento de Pando se estableció el dominio de Rubén Julio Castro y en Santa Cruz el MNR decidió apoyar la figura de Luís Sandoval Morón frente al resto de caudillos regionales, aunque estos caudillos carecían de la fuerza necesaria para imponer un orden en su departamento. En tal medida, estos líderes periféricos eran la manifestación concreta e individual de los problemas de autoridad que presentaba el Estado boliviano en la región. Entre 1954 y el fin de los años cincuenta en Santa Cruz se sucedieron no menos de 5 administraciones de gobierno con abierto uso de la violencia. Así, aunque se ha dicho con frecuencia que los años de la revolución nacional fueron los de mayor estabilidad en Bolivia, esto no es totalmente cierto si observamos lo que sucedía en algunas regiones del país como Santa Cruz. A nivel regional, la revolución nacional aceleró a las fuerzas centrífugas. En la periferia, en realidad, se desató un “prolonged, acute, and violent crisis of authority which prevailed in city affairs at least from 1954 to 1962” (Whitehead 1973: 25).

Un segundo y fundamental actor fue impulsado en Santa Cruz tras la revolución nacional: el CCPSC. El CCPSC se convirtió en una instancia civil que luchaba por conseguir mayores derechos para la región frente al Estado central. En especial, y de manera crucial, se convirtió en la plataforma que demandó y consiguió el canon petrolero de 11% del Estado central. El CCPSC se distinguía tanto del MNR como de la FSB (los dos partidos más fuertes en Santa Cruz) por ser claramente regionalista y no tener interés por la política nacional. De esta manera, no son exactas las lecturas que intentan observar al CCPSC como representante de una clase social en particular pues sus líderes, en términos generales, no eran, comparativamente, ni más ricos ni más pobres que los líderes de los otros partidos. Sería muy difícil distinguirlos por su situación respecto de cualquier “medio de producción”. Más bien, al igual que los líderes de los otros partidos, las cabezas de este movimiento también se venían beneficiando por el impulso económico de la región dirigido por el gobierno central. Lo que los distinguía, en realidad, era la idea regional, la idea “cruceña” frente al centro occidental. Cuando en 1959 se consiguió que el Estado central otorgara directamente a Santa Cruz el 11% del ingreso por petróleo el CCPSC se hizo de una legitimidad que llegaría hasta el siglo XXI.

La fuente de legitimidad del CCPSC radicó sobre todo en su postura no-partidaria. Ante la supresión de elecciones municipales en la ciudad en 1954, el presidente del CCPSC, Melchor Pinto, consiguió movilizar a la ciudad de Santa Cruz en defensa de los llamados “cabildos abiertos” para exigir las regalías petroleras. En estas manifestaciones inmensas se construyó una comunidad que atravesaba clases y partidos pues asumía una postura regionalista que había de beneficiar a todos los habitantes de Santa Cruz y se ensanchó y activó una participación de masas regionales sin pasar por canales nacionales. Esto terminó de legitimar al CCPSC pues fue percibido como una institución al margen de la inestabilidad en la que habían sumido a Santa Cruz los caudillos asociados al MNR. Y ante el desorden político y ante la legitimidad creciente del CCPSC acusado de “separatista”, el gobierno centralista del MNR lo clausuró y eliminó las elecciones municipales que, mal que bien, habían venido realizándose en la región desde los años cuarenta. Es en este tipo de coyuntura donde queda claro que los Estados andinos aún en formación no se pueden entender solamente desde de las instituciones estatales aisladas pero tampoco únicamente desde la orilla de la sociedad. Estado y sociedad no llegan a separarse del todo en una imbricación que suele manifestarse en los momentos de cambios de régimen. Es decir, la sociedad empuja los cambios en la institucionalidad y luego el Estado empuja cambios en la arena social en una dinámica donde ambos constructos ideales resultan difíciles de separar.

Así, el cambio de régimen de 1952 también alteró las relaciones entre Estado y sociedad en la periferia boliviana. En Santa Cruz, donde había los fermentos necesarios para la difusión de un discurso y de una práctica regionalista (como se dijo, en los años veinte había existido brevemente el Partido Orientalista), la revolución nacional implanta una doble dinámica que será fundamental en el futuro de la región oriental. De un lado, se asienta un gobierno políticamente muy centralista pero que, al mismo tiempo, alienta el desarrollo económico del oriente boliviano teniendo como epicentro de la expansión a la región y a la ciudad de Santa Cruz. Aunque de naturaleza contradictoria, ambos movimientos impulsan la emergencia de una elite política regionalista cruceña que habrá de activarse como fuerza nacional muchos años después. El ímpetu centralista no contó con la fuerza suficiente para someter a la región

y devino, más bien, en una sucesión de caudillos violentos asociados al MNR sin que ninguno pudiese terminar con la inestabilidad. Esta inestabilidad fue leída, entonces, como un problema traído por la pretensión centralista de La Paz. El segundo movimiento de desarrollo económico, generó que la región se modernizara y que consiguiera una serie de beneficios que dieron más poder a la elite cruceña. De esta manera, ambos movimientos terminaron favoreciendo la emergencia de una elite política oriental que, además, se vio reforzada al presentarse como víctima del Estado central que terminó primero con las elecciones locales y luego con el propio CCPSC. Entonces, sin tener mayor conciencia de ello, la Revolución Nacional había plantado los gérmenes de aquello que, precisamente, no deseaba.<sup>123</sup>

Ahora bien, la alteración de las relaciones entre centro y periferias (entre las elites que las representan y los vehículos políticos que las agrupaban) que la revolución nacional boliviana generó no se realizaron en el vacío territorial. Como hemos mencionado, para hablar de centros y periferias no basta con estudiar a los actores que los representan, también hace falta tener en cuenta el territorio y la manera en que sobre él están distribuidos los recursos demográficos y las riquezas. Esto es, los actores políticos de centro y periferias actúan condicionados por unas estructuras espaciales que fortalecen o debilitan sus posiciones políticas. En el siguiente apartado observamos esta dimensión espacial en el caso boliviano.

### *Las variaciones espaciales*

En esta tesis quiero mostrar que la construcción del cleavage boliviano y su anverso peruano desde una doble problemática. Puesto que comparten una estructura social similar, el advenimiento del cleavage político territorial en Bolivia es explicado aquí desde dos dimensiones en una trayectoria histórica. En primer lugar, las cuestiones de régimen político que articulan las relaciones entre Estado y sociedad, donde distintos grupos sociales van fortaleciendo y debilitándose en su vinculación con el Estado

---

<sup>123</sup> Este diagnóstico de las relaciones entre cambio de régimen y periferia en Bolivia me parece que valida la tesis de Alan Knight cuando afirma que si en México al fin del periodo revolucionario se hubiera impuesto Pancho Villa y no Venustiano Carranza, “la revolución mexicana, como la revolución boliviana de 1952, habría encontrado difícil de consolidar una fuerza y alcanzar una estabilidad institucionales. No habría surgido un estado callista.” (Knight 1985b: 83).

central. En segundo lugar, hay una configuración del espacio nacional que va modelando la política en estos países. Aunque ambas están relacionadas, los cambios en esta “espacialidad” ayudan a configurar el juego político creando una “estructura espacial de oportunidad”. Esta construcción espacial la restrinjo a la distribución de la riqueza y de la población sobre el territorio nacional. Aunque hay otras dimensiones que podrían dar cuenta de esta “espacialidad” me limito a estas dos para entender el marco en el cual se desarrolla la política en nuestros dos países. Como en el resto de la tesis no observo esta espacialidad sobre *todo* el territorio peruano y boliviano, más bien lo observo en términos de centro y periferia. La periferia es circunscrita a aquella que al inicio de nuestra trayectoria poseía los gérmenes para construir una política regionalista. Vale decir, el sur del Perú que en los años treinta había albergado a partidos como el Partido Descentralista del Sur (PDS), y el oriente boliviano donde en la misma época ya había surgido el Partido Orientalista. Como afirma el historiador José Luis Rénique especialista en el altiplano, son las dos únicas regiones de las cuales podría haber surgido un proyecto de tintes regionalistas y descentralistas en ambos países.<sup>124</sup> Así como las relaciones entre Estado y sociedad en los casos peruano y boliviano dibujan una trayectoria divergente, también es divergente en los casos la construcción de esta “estructura espacial de oportunidad”.

En 1938, el avión que llevaba a Claude Levi Strauss a Brasil se detuvo en “un gros village de basse Bolivie” (Levi Strauss 1955: 28). El célebre antropólogo francés ni siquiera se molestó en mencionar el nombre de este gran pueblo, inundado de barro y sin vías asfaltadas. Solo en segunda instancia los lectores nos enteramos que se refiere a Santa Cruz de la Sierra. El silencio respecto del nombre de la ciudad revela la situación de marginalidad y olvido en la que yacía Santa Cruz durante la primera mitad del siglo XX. Solo en los años cuarenta el oriente del país (y con él Santa Cruz) comenzó a recibir atención y solo entonces comenzó a fraguar la idea de la “marcha hacia el oriente”.

---

<sup>124</sup> Entrevista personal.

Durante siglos, el país había centralizado toda su vida política y económica en el occidente sin preocuparse por el vasto oriente. Tanto la producción de la plata como la del estaño había anclado el país al occidente boliviano, donde la primacía política de La Paz había dado lugar a un eje económico, político y demográfico que reunía a La Paz, Oruro y Chuquisaca. A través de las misiones americanas Kemmerer y Bohan, llegadas a Bolivia durante los años treinta y cuarenta, que buscaban ayudar al desarrollo boliviano, se enraizó una idea que perduraría durante las décadas posteriores: desarrollar el oriente boliviano. De esta manera, aunque vinculados a cuestiones que suelen ser analizadas como ajenas a la voluntad de los actores políticos (variables “estructurales” como las demográficas o económicas) muchos de los cambios en la construcción del espacio boliviano fueron impulsadas por actores políticos determinados.

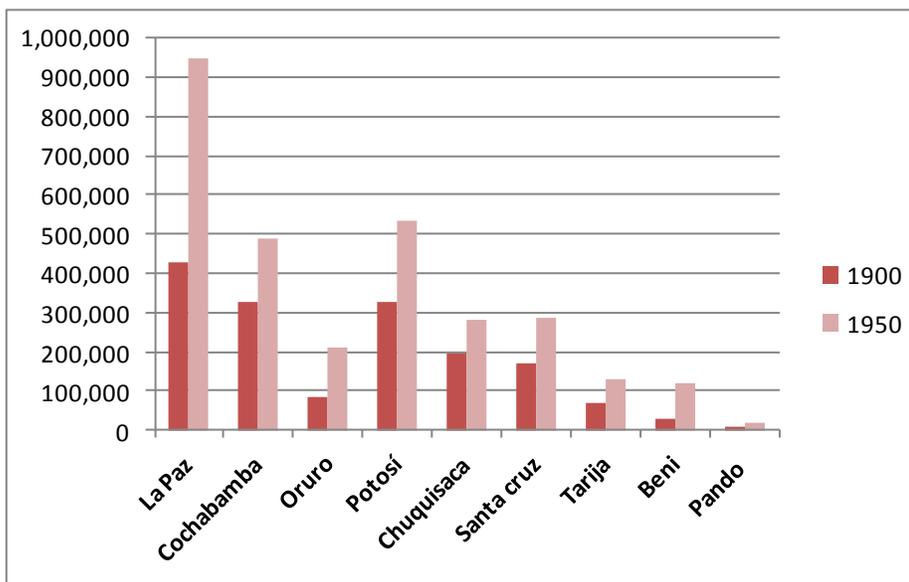


presentamos el inicio de esta trayectoria hacia la construcción de la “estructura espacial de oportunidad” que facilitó la creación de nuestra variable dependiente: el cleavage político territorial.

### Variaciones demográficas

En términos demográficos, los cambios que se dieron durante los años de la revolución nacional no fueron decisivos. Lo decisivo fue la tendencia que se inauguró. Entre 1900 y 1950 la distribución proporcional de la población boliviana sobre el territorio nacional no tuvo mayores variaciones. Los departamentos del occidente boliviano acaparaban la mayor parte de la población en relación a los del oriente. Durante ese periodo el departamento de La Paz mantiene casi un tercio de la población en sus dominios, mientras que el departamento de Santa Cruz durante toda la primera mitad del siglo mantiene alrededor del 10% de la población total. Si dividimos el país en los departamentos de occidente y oriente constatamos que aquellos poseían en 1950 el 83,3% de la población mientras que los orientales no albergaban ni siquiera al 20%.

**Gráfico 3. Población de los departamentos bolivianos en 1900 y 1950**



Fuente: Klein (2003: 270). Elaboración propia.

Lamentablemente, Bolivia no volvió a tener un censo poblacional hasta 1976, vale decir 12 años después del fin del régimen nacional revolucionario, lo cual impide conocer con certeza la manera en que se modificaron las relaciones demográficas a lo largo del país. Lo que sí podemos deducir de las cifras del censo de 1976 es que si bien la tendencia poblacional en Bolivia había variado, en 1964 no podía haber cambiado radicalmente. Si en 1976 el departamento de Santa Cruz todavía no alberga al 20% de la población es muy posible que 12 años antes solo albergase algo más que el 10% habitual. Por tanto, más que los cambios demográficos acaecidos durante los años de la revolución nacional lo que resulta importante subrayar en este capítulo es el punto de inicio de nuestra trayectoria, así como los cambios introducidos en el proceso boliviano (aunque los resultados vayan a verse posteriormente). Lo importante es la tendencia inaugurada en aquellos años.

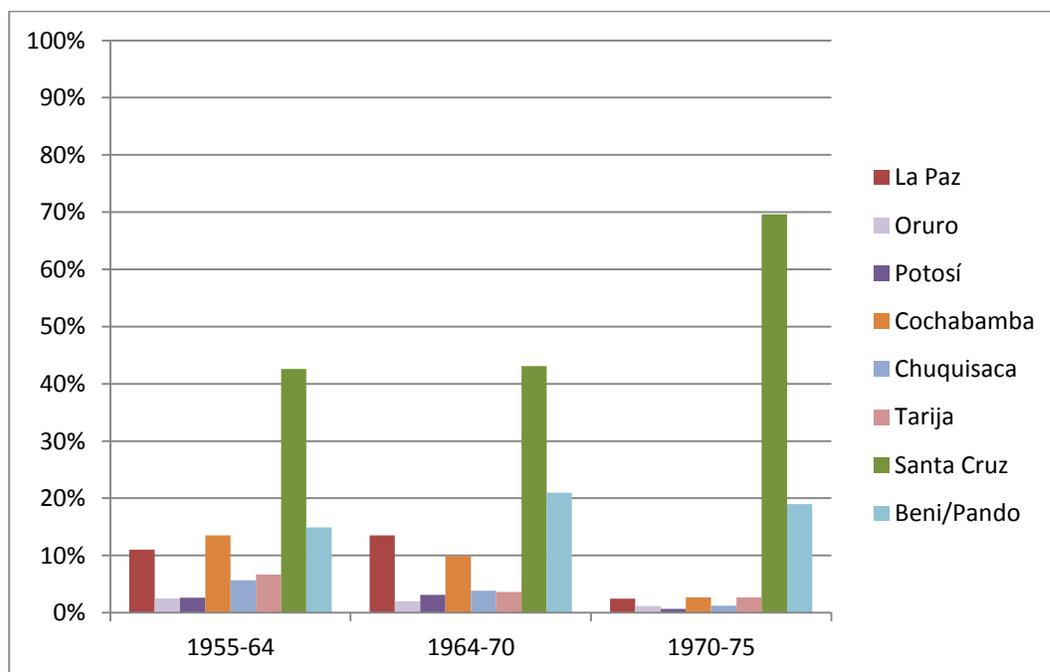
Esta disparidad poblacional entre occidente y oriente impedía que el oriente en general y Santa Cruz en particular influyesen sobre la vida política del país. Cuando había elecciones ningún político tenía interés en desarrollar una vasta y costosa campaña en aquellas bajas y alejadas tierras donde los potenciales electores a seducir eran muy pocos. En tiempos autoritarios el oriente tampoco jugaba papel alguno. Sin guarniciones militares en la región, ningún golpe de Estado podría haberse tramado en aquellas tierras inhóspitas. Ni nadie iba a buscar legitimidad alguna ahí tampoco. Y si los políticos no bajaban a los valles, el Estado tampoco se desprendía desde las alturas andinas.

### Variaciones económicas

En términos económicos, los años revolucionarios también implantaron una tendencia que se reforzaría a través de toda la segunda mitad del siglo XX. A diferencia de la tendencia demográfica, la económica sí dejó sentir sus cambios rápidamente. Si bien el gobierno revolucionario no fue retóricamente un entusiasta promotor de las inversiones privadas (de hecho nacionalizó muchas empresas), estas políticas y retóricas —al igual que la reforma agraria, — parecían destinadas únicamente al occidente del país pues en el oriente, más bien, surgió un ímpetu donde “locally private enterprise was not only

retained but vastly expanded” (Whitehead 1973: 31). De hecho, a partir de 1955, en Santa Cruz se instalaron 14 grandes empresas internacionales (Peña 2007: 115), situación que no se replicó en el occidente. En el Gráfico 4 que sigue nos percatamos que una disparidad similar se repite en términos de la distribución de créditos agrícolas en Bolivia. El oriente recibió largamente más créditos que el resto de departamentos bolivianos. La razón para esta prioridad crediticia radicaba en que las tierras del oriente eran vastas y despobladas y es la razón por la cual la ley de reforma agraria había dispuesto la migración de agricultores hacia el oriente.<sup>125</sup>

**Gráfico 4. Distribución de créditos agrícolas por departamentos 1955-1975.**



Fuente: Dunkerley 1984: 221. Elaboración propia.

De otro lado, la llamada conquista del 11% como canon minero, comenzó a enriquecer exponencialmente al departamento de Santa Cruz. Aunque faltaba una década para el boom petrolero la medida ya marcó una tendencia de enriquecimiento para Santa Cruz.

<sup>125</sup> De hecho, la guerrilla del Ché se dio cuenta pronto que esta abundancia de tierra complotaba contra sus esperanzas de conseguir aliados entre los campesinos de la zona que estaban lejos de estar en la situación de los de occidente: “ici c’est l’inverse: trop de terres cultivables ou défrichables pour trop peu d’agriculteur” (Debray 1974: 107)

Esta medida implicó, además, y sin que fuera inmediatamente percibida su importancia, un gran cambio en la forma de concebir los recursos del Estado central boliviano. El Estado central boliviano había siempre considerado los recursos minerales como “erario nacional”. Vale, decir, sin importar dónde se produjesen, el recurso entraba a las arcas fiscales del Estado boliviano y se le gastaba según las prioridades nacionales del gobierno. La conquista del 11% por parte del CCPSC para su región implicó que el Estado central tuviera por primera vez una obligación directa con la periferia boliviana y que, a su vez, ésta afirmara que era “parcialmente soberana” de la riqueza que era explotada en su propia región.

### **Perú y la democratización electoral (1956-1968)**

En 1956 cayó el régimen autoritario del general Manuel Odría quien había estado en el poder desde 1948. Se derrumbó de una manera bastante común en la política peruana: sucumbió tras una revuelta en la sureña ciudad de Arequipa (la segunda ciudad en importancia en el país después de Lima). Era bastante común pues la periferia peruana tenía formas de hacerse oír en la política nacional. Esta manera de hacerse oír variaba según el tipo de régimen político que predominase en cada época. Si los tiempos eran cerrados como los del General Odría lo conseguía por la vía de la movilización popular; si eran más bien democráticos su poder de influencia se daba a través de partidos políticos nacionales con bases periféricas o, directamente, con organizaciones regionales que eran canalizados por las instituciones propias de la democracia representativa. Vale decir, a la inversa del caso boliviano, a mediados de siglo el Perú poseía una periferia bastante más capaz de expresar sus demandas en el centro de la vida política nacional. Como en Bolivia, el Perú poseía un régimen oligárquico, pero a diferencia del boliviano, el peruano contaba con apoyos oligárquicos fuera de la dirigencia estatal limeña (los modernos hacendados de la costa norte peruana y los gamonales *arriérés* de la sierra peruana). Y lo mismo sucedía con las elites anti-oligárquicas, las cuales tenían un asiento fundamental en la periferia peruana, tanto en

el norte del país como en el sur. De esta manera, el punto inicial de nuestras dos trayectorias (la boliviana y la peruana) son divergentes. En Bolivia el *ancien régime* (el régimen pre-revolución nacional 1952-1964) estaba absolutamente centralizado en el entramado burocrático de “la Rosca” en La Paz mientras que el peruano poseía, tanto en el seno del poder como en la oposición, bloques periféricos de poder que canalizaban y negociaban sus intereses con el centro a través de distintos mecanismos formales e informales. Sin embargo, ambos regímenes se enfrentaban al mismo dilema: la construcción de regímenes con mayor participación.

En esta sección muestro la dinámica política peruana opuesta a la boliviana que ya desarrollé en el apartado previo. Mostraré cómo a lo largo de la primera mitad del siglo XX las periferias peruanas conseguían influir en las políticas centrales y luego abordaré con detalle la forma en que las distintas elites y sus vehículos políticos se fortalecieron o debilitaron con el advenimiento de la democracia electoral entre 1956 y 1968. Lo importante de este periodo es constatar la presencia de la política regional en la vida nacional peruana, la cual irá debilitándose con el pasar de las décadas hasta labrar una situación divergente de su par boliviano. En un segundo momento, mostraré la variable espacial tal como en el caso boliviano, para así tener una primera idea de la forma en que las dimensiones demográficas y económicas fueron variando sobre el territorio peruano.

### *Relaciones entre centro y periferia*

En 1930, tras algo más de diez años de gobierno autoritario, el Presidente Augusto B. Leguía, dejó el poder tras una revuelta surgida en Arequipa, en el sur del Perú, al mando del coronel Sánchez Cerro.<sup>126</sup> En aquella coyuntura el sur del país aprovechó la caída del centralista dictador para poner en marcha un proyecto descentralista. En el Cusco se fundó el Partido Nacionalista Agrario y en Arequipa el PDS que proponía una reconstrucción nacional, “basada en poderes regionales, con autonomía para la recaudación y administración de sus rentas” (Rénique 1991: 120). Este contexto de caída de un régimen autoritario y centralista dio origen a una ebullición descentralista y

---

<sup>126</sup> Para el periodo de Leguía ver Planas 1999.

anti-limeña que el historiador Jorge Basadre le llamaría “la subversión de las provincias” (Basadre 1931 [1978]: 219). La dinámica se reiteraría a lo largo del siglo XX peruano: cuando los autoritarismos caían los ímpetus descentralistas re-emergían. En el contexto de la campaña presidencial de 1931 ambos partidos sureños se fusionaron en el PDS con el ánimo de participar en la justa electoral. Sin embargo, el provisorio Presidente Sánchez Cerro decidió no limitarse a entregar el poder tras las elecciones previstas sino que anunció que él también sería candidato.<sup>127</sup> Ante este cambio de escenario el ímpetu electoral de los sureños cedió paso al de la movilización. Así, el líder David Samanez Ocampo, de la vertiente cuzqueña del PDS, estableció una junta de gobierno en Arequipa que desafiaba a la que Sánchez Cerro encabezaba en Lima. Ante el conflicto abierto Samanez Ocampo viajó a Lima y consiguió hacerse cargo del gobierno tras la huída de Sánchez Cerro en un contexto turbulento. A pesar de la turbulencia y del breve lapso en que los descentralistas estuvieron en el poder consiguieron poner en marcha algunas políticas que respondían a una agenda sureña y pro-descentralización. Por ejemplo, el abaratamiento de fertilizantes y maquinaria agrícola, comisiones para hacer propuestas de descentralización (dar reglas electorales, voto secreto y obligatorio, representación de minorías); optaron por la representación parlamentaria de tipo departamental en lugar de la provincial (en las provincias mandaban los premodernos gamonales) lo cual haría que sectores profesionales, intelectuales y comerciantes nucleado en las ciudades capitales de departamento llegaran a una instancia de representación que había sido generalmente monopolizada por señores provinciales (Rénique 1991: 124-5). Finalmente, la junta se vio arrastrada por el caos y no logró retener el control del Estado. En las elecciones presidenciales de 1931, los sureños no participaron como una fuerza política independiente y decidieron apoyar la candidatura de José María de la Jara de la Acción Democrática la cual terminó tercera en aquella elección detrás del general Sánchez Cerro y la candidatura del joven postulante aprista Víctor Raúl Haya de la Torre. No obstante, en términos legislativos los descentralistas tuvieron un gran éxito. Simultáneamente a aquella elección presidencial se eligió a los representantes

---

<sup>127</sup> Para Sánchez Cerro y su Unión Republicana ver Molinari 2009.

para una Asamblea Constituyente (1931-1932) donde los descentralistas obtuvieron 33 de los 145 representantes, mientras que el APRA consiguió 29 representantes.<sup>128</sup>

Esta breve coyuntura política de inicios de la década del treinta es importante pues nos muestra sintéticamente varias de las ideas que queremos defender en este trabajo así como una suerte de línea de base de las relaciones entre centro y periferia en el Perú. Primero, el tipo de régimen político (autoritario o democrático) favorece o perjudica a ciertas elites políticas en los países. Segundo, independientemente del régimen político estas elites periféricas peruanas poseían formas de expresarse y de hacer valer (con más o menos éxito) sus propias agendas. Los vehículos políticos que utilizaban podían variar pero las elites conseguían expresar ciertos intereses periféricos. Y, como veremos, estas dinámicas serán recurrentes en las siguientes décadas peruanas: elites periféricas que son capaces de hacerse oír en el Estado central. Finalmente, la coyuntura muestra que en el Perú había un basamento de regionalismo, en especial en el sur del Perú, que había construido un discurso regionalista anti-limeño en el que confluían distintas ideologías políticas arraigadas en el sur del Perú (el liberalismo, el indigenismo, el anarquismo, el federalismo) y un regionalismo que, a su vez convocaba a la elite pero “es también compartido por los sectores de la clase trabajadora”.<sup>129</sup> A este ánimo regionalista debemos añadir las continuas revueltas campesinas en el sur peruano que le otorgaban a la región un ímpetu particular.<sup>130</sup> En suma, el sur peruano era una región políticamente distintiva y con formas discursivas y organizativas que desafiaban al centro político.

Revisemos el periodo 1945-1956, antes de entrar al análisis de la etapa que observaremos con detalle en este capítulo (1956-1968). Entre 1945 y 1956 la política peruana volvió a estar marcada por un contrapunto entre el sur del país y Lima. Nuevamente, según el tipo de régimen político que prevaleciera, estos intereses eran representados de manera diferente. El gobierno de José Luis Bustamante y Rivero (1945-1948) fue percibido desde el inicio como uno arequipeño. El propio Bustamante

---

<sup>128</sup> Tuesta (1994: 88-9).

<sup>129</sup> Para la distintas ideologías que confluían en el regionalismo sureño ver Deustua & Rénique 1984; para la adhesión de distintos estratos sociales al regionalismo cusqueño (y la cita textual), (de la Cadena 2004: 51)

<sup>130</sup> Para una excelente síntesis de estas revueltas campesinas en el sur peruano durante las primeras décadas del siglo XX, ver López Lenci (2007: 171-99)

era un arequipeño connotado. El año 1945 había ganado la elección presidencial con un gran apoyo nacional pues había contado con el apoyo del APRA que estaba impedido de participar en elecciones. Esto permitió conseguir votos masivos en el norte del país donde el APRA fue siempre predominante y Bustamante y las elites del sur habían conseguido el apoyo electoral mayoritario de sus bases sureñas.<sup>131</sup> Secundado por los vehículos políticos de las elites periféricas y anti-oligárquicas, una vez que Bustamante y el Frente Democrático Nacional (FDN) estuvieron en el poder pusieron en práctica una política económica industrialista que venía a reemplazar a una tradicionalmente enfocada en la agroexportación y que era la preferida por los gobiernos de bases oligárquicas (Portocarrero 1983: 65-6). El experimento no duró mucho y en 1948 el general Odría dio un golpe de Estado que buscaba, entre otras cosas, reencaminar la economía del país a sus cauces tradicionales: La política industrialista de Bustamante y Rivero fue sustituida por una focalizada en la agroexportación. Lo importante para nuestra argumentación es que esto no era solamente una oposición ideológica sino regional pues el sur se identificaba con las políticas industrialistas y Lima y el norte con las promovidas por Odría.<sup>132</sup>

Este contrapunto político entre agendas periféricas anti-oligárquicas y las centrales se expresaba también en otros ámbitos. Por ejemplo, en la importante competencia política universitaria donde en 1955, el líder proveniente de Puno (departamento del sur del país, limítrofe con Bolivia) Róger Cáceres, quien tendría un futuro prominente como político nacional de base regional, conquistó la Presidencia de la Federación Universitaria dejando en el camino a los candidatos de los partidos nacionales como el APRA y el Partido Comunista. La elección de Cáceres, quien luego fundaría el Frente Nacional de Trabajadores Campesinos (FRENATRACA) que representó con éxito a una proto-burguesía urbana y alto andina, ponía de manifiesto nuevamente que la periferia peruana adquiriría una fuerza importante en los espacios de disputa del poder. Y esta fortaleza sureña se dejó sentir también en las movilizaciones populares arequipeñas de diciembre de 1955 que empujaron al dictador Odría a anunciar que dejaría el poder y que convocaba a elecciones para el año siguiente. Una

---

<sup>131</sup> Ver Caravedo (1978: 144).

<sup>132</sup> Diferencias que habían estado presentes en otro sentido durante el siglo XIX, ver Gootenberg 1991.

vez calmadas las aguas de la protesta arequipeña con el anuncio de elecciones, los arequipeños crearon la DC, partido nacional pero de fundamental asiento sureño. Tanto así, que en las elecciones parlamentarias de 1956, la DC consiguió el 90% de los parlamentarios elegidos por el departamento de Arequipa.

Entonces, como ya se ha dicho, la vida política peruana estaba marcada por la existencia de tensiones entre defensores del régimen oligárquico predominante y las elites anti-oligárquicas. Estas últimas poseían una fuerza importante debido sobre todo a su asiento regional en el sur del país (donde sus vehículos políticos eran distintos pero movilizaban discursos similares y los líderes reiteraban su presencia en estos vehículos) y en el norte del país donde, más bien, la presencia del APRA desde los años treinta había agregado los intereses anti-oligárquicos de esa región. Veamos en detalle esta dinámica centro-periferia para el periodo 1956-1968.

#### Apertura democrática (1956-1968)

A mediados del siglo dos tipos de elite habitaban la periferia peruana: la “elite periférica y oligárquica” y la “elite periférica y anti-oligárquica”.<sup>133</sup> Cada una encontraba fortalezas y debilidades asociadas a los contextos políticos. Los mecanismos, las apuestas y las posibilidades de éxito de cada uno de estos tipos de elite y de sus intereses variaban según el régimen político. En el contexto de 1956, la dictadura presidida por el General Odría se desmoronó tras una serie de revueltas arequipeñas tras ocho años de cerrazón política. Las elecciones democráticas asomaron nuevamente en el horizonte peruano. Esto obligó a que las elites mencionadas establecieran estrategias acordes al nuevo clima de apertura política.

Tal como había sucedido tras la caída de Leguía en 1930, el colapso del gobierno de Odría en 1956 también despertó a las fuerzas regionales y las ambiciones descentralistas (Planas 1998). El advenimiento de las elecciones obligó a que dichas elites acostumbradas a la mera influencia sobre el Estado autoritario, debieran pensar en representar ideas y electorados. Esto favorecía a la elite periférica y anti-oligárquica la cual había apoyado (en todas sus vertientes, de sur y norte) al gobierno de Bustamante y Rivero (1945-1948); sin embargo, luego de esta experiencia había sido

---

<sup>133</sup> Durante los sesenta aparecerá un tercer tipo de elite que llamo “periférico- marginal”.

desplazada por la agenda centralista y mercado-céntrica apoyada por la elite periférico-oligárquica en el gobierno del General Odría. Sin embargo, a diferencia de 1945 cuando la elite periférica y anti-oligárquica del norte y del sur apoyaron de manera conjunta la candidatura de Bustamante y Rivero a través de la alianza del FDN, en 1956 el APRA apoyó al candidato de la elite oligárquica (Manuel Prado), por lo cual la elite periférica y anti-oligárquica del norte dejó de cumplir su papel anti-oligárquico. Por su parte, la elite periférica y anti-oligárquica, restringida ahora en lo fundamental al sur del país, adoptó llena de entusiasmo la candidatura del joven arquitecto Fernando Belaúnde y su FJD. Tal como en ocasiones anteriores, la reintroducción de la institución electoral “activó” a una elite postergada por los tiempos autoritarios.

Como en Bolivia, la reivindicación principal de la elite periférica y anti-oligárquica era acabar con el *ancien régime*. Si en Bolivia esto debía materializarse por la expropiación de las minas pertenecientes a los tres grandes barones del estaño, en el Perú la demanda principal para erradicarlo era una reforma agraria. Dicha reforma estaba destinada a distribuir la tierra pero, sobre todo, a civilizar las relaciones en el campo, a desaparecer al gamonal despiadado y a sacar al indio del pozo histórico donde se le había dejado languidecer. Aun cuando el APRA había nacido a la luz pública con una agenda que incluía nacionalizaciones económicas y una reforma agraria, con el paso de las décadas había morigerado esta agenda y solo mantenía un *talante* anti-oligárquico pues en los hechos había renunciado a las políticas anti-oligárquicas. Algo cercano a lo que Isaiah Berlin hubiera llamado “el principio de realidad” le había llevado a pactar con el “pradismo” (movimiento del ex Presidente Manuel Prado). Pragmáticamente, el APRA apoyó a sus históricos “enemigos de clase”, a cambio de liberar a sus presos políticos los cuales llevaban años de encierro, tortura y exilio (Manrique 2009: 171-99). Así, la elite periférica y anti-oligárquica se dividió en dos. La del norte, vinculada al APRA, partió junto a Manuel Prado y la de asiento sureño quedó sola en la empresa reformista. En estas condiciones, los restos políticos y anímicos de lo que había sido el FDN de Bustamante y Rivero en 1945 fueron a dar a Fernando Belaúnde y su candidatura por el FJD. Belaúnde, de ascendencia arequipeña, había sido un joven diputado por el FDN en 1945 y llevaba el apellido de uno los principales líderes de aquella aventura.

Lo importante aquí es mostrar el momento de quiebre cuando la elite periférica y anti-oligárquica se divide y las implicancias que esto tuvo para el régimen político peruano y las relaciones entre centro y periferia. En primer lugar, veamos el impacto de esta división a la luz de la comparación entre los resultados electorales de 1945 y los de 1956. En 1945 el FDN en alianza con el APRA había ganado las elecciones abrumadoramente:

**Tabla IV. Resultados de la Elecciones Generales de 1945**

Candidato	Partido	Porcentaje de votación
José Luis Bustamante y Rivero	Frente Democrático Nacional	66,9%
Eloy Ureta	Unión Revolucionaria	33,0%

Fuente Tuesta 1984: Elaboración propia.

En la siguiente tabla descompongo los resultados a nivel de algunos departamentos del norte (La Libertad y Piura) y del sur (Arequipa y Cusco), además de Lima y Callao.

**Tabla V. Resultados de las Elecciones General de 1945 por departamentos**

Departamento	Frente Nacional Democrático	Unión Revolucionaria
Arequipa	75,89%	24,02%
Callao	79,22%	20,78%
Cusco	62,16%	37,84%
La Libertad	84,41%	15,59%
Piura	39,40%	60,60%

Fuente Tuesta 1984: Elaboración propia.

Como se aprecia, la alianza dio un fruto espectacular a nivel nacional, ya que fue contundente tanto en el norte como en el sur.<sup>134</sup> Ahora bien, cuando observamos la misma foto para la elección de 1956 se comprende el impacto severo sobre la geografía del voto que produjo la escisión de esta elite “periférica y anti-oligárquica”.

**Tabla VI. Resultados de las Elecciones Generales de 1956 por departamentos**

Departamento	Movimiento Democrático Pradista	Frente de Juventudes Democráticas	Unión Nacional Odrísta (UNO)
Arequipa	32,44%	58,37%	9,19%
Callao	60,80%	27,85%	11,36%
Cusco	25,83%	57,27%	16,90%
La Libertad	63,99%	23,00%	13,01%
Lima	42,58%	41,23%	16,18%
Piura	25,66%	44,21%	30,12%

Fuente Tuesta 1984: Elaboración propia.

La primera consecuencia, evidentemente, es que el candidato que auguraba mayor reformismo ya no ganó las elecciones, en contraste con la elección de 1945; el favorecido fue Manuel Prado y su Movimiento Democrático Pradista. Sin embargo, en un sentido más profundo, la geografía del voto se mantuvo. Belaúnde recolectó los votos que sus antepasados ya habían recogido en el sur y el candidato con apoyo aprista ganó en La Libertad y en Lima. Así, una primera debilidad sobre la agenda de la elite periférica y anti-oligárquica se había instalado en el tablero político: sus dos vehículos representativos principales se habían dividido para beneficio del programa apoyado por la elite oligárquica que llegaba al poder con Manuel Prado.

El triunfo de Prado abre la puerta a la convivencia de dos lógicas de influencia de estas periferias sobre el Estado central. Del lado de la elite oligárquica, la mera influencia que había prevalecido durante el gobierno autoritario del General Odría

<sup>134</sup> También es importante notar la solidez de la postura oligárquica en Piura.

(1948-1956) se reprodujo pero esta vez con un presidente electo. De esta manera, la elite periférico-oligárquica, conseguía una presencia importante a través de organizaciones gremiales, en especial a través de la paradigmática Sociedad Nacional Agraria (SNA). La SNA se había creado en 1896 durante la llamada “República Aristocrática” (1895-1919). Su junta directiva estaba constituida casi en su totalidad por los grandes latifundistas y exportadores de productos agropecuarios.<sup>135</sup> Representaba, especialmente, a los prósperos agricultores costeños. Su líder más importante fue el histórico empresario y economista Pedro Beltrán quien fuera ministro de economía en varias ocasiones. Una de ellas, justamente, bajo la Presidencia de Prado que estudiamos aquí.<sup>136</sup> Además de la influencia que la elite periférica y oligárquica ejercía sobre el Estado desde estas organizaciones, también lo hacía a través de una permanente representación parlamentaria (Manrique 1995), en especial la de los gamonales del sur peruano.<sup>137</sup>

Del otro lado, la periferia anti-oligárquica, quedó, en la práctica, restringida al sur del país a través de varias agrupaciones políticas. La creación de la DC y el Movimiento Social Cristiano (MSC) durante los años cincuenta, gozaron de fuerte base arequipeña (Planas 1996); la aparición de un partido “cholo” (FRENATRACA) con base juliaqueña en Puno encabezado por Roger Cáceres Velásquez (Rénique 2004: 157-167), y la adopción masiva del belaundismo y su retórica milenarista entre la elite comercial cuzqueña (Rénique 1991: 159) eran síntomas de que esta elite, desvinculada ya del APRA, encontraba en las instituciones de la democracia electoral (una vez más) el carburante que echaba a andar sus proyectos reformistas y de ímpetu regionalista.<sup>138</sup>

Sin embargo, los líderes y vehículos partidarios de estas elites reformistas asentadas en la periferia peruana se topaban con dos problemas insalvables a la hora de incidir decididamente sobre la agenda nacional reformista. En primer lugar, no les era

---

<sup>135</sup> Ver Miller 1982; Malpica 1973; Contreras & Cueto (2007: 206).

<sup>136</sup> La SNA era considerada como una de las bases de lo que generalmente se ha llamado el régimen oligárquico en el Perú (Cotler 1978, Pease 1977), la SNA será liquidada en 1972 (junto con otras organizaciones de hacendados) con la Ley N°19400 del gobierno militar de Juan Velasco Alvarado en el marco de la Reforma Agraria.

<sup>137</sup> Ver esta idea también en la larga entrevista al ex Presidente Valentín Paniagua en Dargent & Vergara 2010.

<sup>138</sup> Estas ideas son reiteradas por don Teodoro Portugal, fundador de AP y líder histórico de ese partido en el Cusco y por Armando Villanueva, también líder del partido en el Cusco. Entrevistas personales.

suficiente la existencia de elecciones libres nacionales y parlamentarias para poder avanzar su agenda anti-oligárquica. En dichas instancias institucionales, según las nuevas condiciones de competencia política, los anti-oligárquicos resultaban en minoría frente a las opciones oligárquicas y su nuevo aliado, el APRA. Para que esta elite pudiera tener mayor influencia necesitaba espacios institucionales descentralizados. Por ejemplo, necesitaba elecciones sub-nacionales (municipales y/o regionales) donde poder ganar espacios políticos, cuotas de poder y “entrenar” a sus cuadros locales.

En segundo lugar, y acaso más importante, la elite periférica y anti-oligárquica se estrellaba con otro muro insalvable: la prohibición apañada del voto indígena.<sup>139</sup> Este obstáculo ya había sido un problema mayor para los indigenistas de los años veinte y treinta. ¿Cómo tener éxito electoral con un discurso político que había de beneficiar principalmente a una población que estaba impedida de votar?<sup>140</sup> O, pongámoslo en palabras de Héctor Cornejo Chávez, líder de la DC y figura política crucial de la elite periférica y anti-oligárquica de asiento sureño, al tratar de explicar por qué su candidatura en la elección de 1962 solo había conseguido magros cincuenta mil votos:

“En esas circunstancias y ante un sistema que marginaba de la consulta a las grandes mayorías, comprenderá usted que esos 50 mil votos no tienen la mayor importancia. Todas las elecciones se hicieron en base a un cuerpo electoral minoritario. En las últimas elecciones, el cuerpo electoral estaba constituido por alrededor de dos millones de personas. Y para entonces el Perú tenía 14 millones de habitantes. Esto es la negación de la democracia. Porque la democracia, por definición, es el gobierno de las mayorías sobre las minorías, no al revés. De manera que yo obtuve 50 mil votos en un régimen antidemocrático que tenía todas las apariencias de una democracia formal.” (Hildebrandt 2009, 126)

Las reformas institucionales que podían remediar estos dos males propios de la elite periférica y anti-oligárquica (el voto universal y la instauración de elecciones sub-nacionales) llegaron algunos años después. AP decretó la elección de autoridades

<sup>139</sup> La prohibición estaba formalmente destinada a los analfabetos pero en la práctica esta restricción alcanzaba especialmente a las poblaciones indígenas que no sabían leer y escribir el español.

<sup>140</sup> Aquí la perspectiva comparada es muy importante para entender estos procesos: en México los indígenas votaban desde que don Benito Juárez, presidente de origen zapoteca, les había otorgado el derecho a mediados del siglo XIX. En Bolivia, la revolución había consagrado el derecho al voto indígena en 1952 y en Chile se había dado hacia fines del XIX. En Argentina la ley Sáenz Peña de 1912 había decretado el voto universal masculino. La obtención tardía del sufragio universal en el Perú es una de las razones por las cuales la democracia ha tenido aquí mayores precariedades que en otros países.

municipales en 1964 y la Constituyente de 1979 determinó que a partir de 1980 el voto sería universal. Esta última reforma, como veremos, llegó tan tarde que ya no pudo beneficiar a nadie en la periferia sino únicamente al Estado centralista.

Es pertinente señalar, entonces, que la periferia peruana (entendida en términos políticos como la entendemos en este trabajo) se constituye por dos elementos. De un lado, el aspecto social de la periferia, vale decir las fuerzas políticas capaces de organizar un proyecto político que hasta aquí hemos dividido en “elite periférico-oligárquica” y “elite periférica y anti-oligárquica”. Ahora bien, estas fuerzas sociales necesitan de una estructura institucional a través de la cual actuar. Esta estructura institucional está relacionada al tipo de régimen político que prima en distintas etapas en el país. Así, el carácter de las instituciones en la periferia puede “activar” o “desactivar” el aspecto social de la periferia, vale decir, el tipo de elite que posee. Es la relación entre ambas dimensiones lo que determina el peso de la periferia en la política nacional.

Tras su sorpresivo segundo lugar frente a Manuel Prado en 1956, Fernando Belaúnde se abocó a construir un partido político nacional. En 1957 fundó AP y luego recorre el Perú provincia por provincia.<sup>141</sup> La estrategia dio resultados y en 1963 (tras una intervención militar en las elecciones de 1962 que impidió que la presidencia pudiese terminar en manos de Haya de la Torre quien había ganado la justa por escasos catorce mil votos<sup>142</sup>) consigue la Presidencia de la República. La elite periférica y anti-oligárquica del país llegó al poder a través de AP.<sup>143</sup> El APRA, el otro partido que había tradicionalmente servido de vehículo a esta misma elite consiguió la segunda votación. Sin embargo, el sur y el norte se mantuvieron, a grandes rasgos, divididos electoralmente, aquellos detrás de AP y estos tradicionalmente detrás del partido de la estrella.

---

<sup>141</sup> Entrevista personal con don Teodoro Portugal quien fue uno de los dos representantes del Cusco en la fundación de AP.

<sup>142</sup> Bourricaud 1967.

<sup>143</sup> Fernando Belaúnde también tuvo el apoyo de grandes industriales, como los Bentín, Ferreyros o Miró Quesada. Sin embargo, no ahondo en estos apoyos pues escapan al estudio de la elite periférica en el país que es el centro de este trabajo.

**Tabla VII. Resultados de las Elecciones Generales de 1963.**

Candidato	Partido Político	Porcentaje de votación
Fernando Belaúnde	AP	39,1%
Víctor Raúl Haya de la Torre	APRA	34,4%
Manuel Odria	UNO	25,5%
Mario Samamé	Unión del Pueblo Peruano	1,1%

Fuente Tuesta 1984: Elaboración propia.

Si se descompone los resultados por departamentos se aprecia que las tendencias regionales se mantienen.

**Tabla VIII. Resultados de las Elecciones Generales de 1963 por departamentos.**

Departamento	AP	APRA	UNO
Arequipa	58,27%	16,13%	24,82%
Callao	33,02%	25,98%	40,04%
Cusco	64,34%	19,96%	15,05%
La Libertad	13,45%	75,26%	10,86%
Lima	40,61%	26,89%	31,34%
Piura	36,09%	24,47%	38,61%

Fuente Tuesta 1984: Elaboración propia.

Una buena forma adicional de observar este elemento regional de las fuerzas políticas nacionales es la composición de los representantes por Cusco en el parlamento de 1963. De los 11 representantes elegidos en este tradicional departamento del sur del Perú, solo uno pertenecía a la Unión Nacional Odriista (UNO, el vehículo de los herederos del General Odría) mientras que siete eran de la alianza AP/DC y del APRA. Vale decir, de los once solo uno representaba la agenda oligárquica en la periferia. Más

interesante aún resulta estudiar la procedencia de estos representantes. Solo tres de los once eran hacendados; el resto eran abogados, profesores universitarios e ingenieros. Y de los tres hacendados en cuestión dos eran de AP lo que sugiere que debían ser los más “modernos” de las provincias pues este partido proponía abiertamente la reforma agraria. De hecho, uno de ellos era Ricardo Monteagudo, líder histórico de AP en el Cusco, quien provenía del valle de La Convención zona en la que, durante la junta militar de 1962-63 y debido a las movilizaciones campesinas, ya se había efectuado una primera reforma agraria.<sup>144</sup> Esta mirada en detalle a la representación política de un departamento fundamental del sur peruano explicita los cambios que venían operando en el país y quiénes los empujaban.

Al llegar al poder, la primera medida de Fernando Belaúnde fue implantar las elecciones municipales que, como he señalado, eran necesarias para que AP y el APRA (que agrupan a la elite periférica y anti-oligárquica) consiguiesen mayores cuotas de poder en los niveles sub-nacionales donde eran sólidos y para poder re-emerger como una fuerza regional importante. Además, la introducción de estas elecciones municipales se hizo de la mano de un programa llamado Cooperación Popular que buscaba involucrar a los pueblos del Perú en las grandes obras que el país necesitaba. De retórica milenarista, buscaba que el país supliera la falta de dinero con la abundancia de brazos y con el espíritu comunitario, tal como habían hecho los Incas (Kuczynski 1980: 75-8). Esta combinación de sufragio a nivel municipal con el acercamiento a las poblaciones y el fomento de la actividad comunal lleva al ex Presidente de la República Valentín Paniagua a decir:

“Belaúnde creó la municipalidad democrática, la creó y la respetó porque respetó su autonomía, le dio rentas y creó Cooperación Popular, un programa muy moderno de ayuda al desarrollo comunal. Era un programa en manos de un grupo de jóvenes que llevaban asistencia técnica para hacer las obras que el pueblo quería hacer. Esto le dio al país una sensación de cambio, de transformación total. Entonces, hubo alcaldes por primera vez en mucho tiempo, seguramente eran alfabetos pero ya no eran los notables de cada población. Eso representó un cambio en la vida política del país.”<sup>145</sup>

El diagnóstico de Paniagua se verifica al observar los resultados electorales a nivel de municipios provinciales. Tal como muestran los resultados electorales descritos aquí

<sup>144</sup> La información proviene de El Comercio 20 de julio de 1956 y de mis entrevistas en Cusco con don Teodoro Portugal y Armando Villanueva, prominentes líderes de AP.

<sup>145</sup> Valentín Paniagua, entrevista en Dargent & Vergara 2010.

debajo, la apertura de este espacio institucional dio cabida a que los vehículos partidarios de las elites anti-oligárquicas se asentaran en el país. Centrémonos en los alcaldes provinciales elegidos en 1964 en tres departamentos cruciales: Arequipa y Cusco en el sur y La Libertad en el norte.

**Tabla IX. Partido político elegido en los municipios del Cusco en la Elección Municipal de 1964.**

Provincia	Agrupación Política
Cusco	AP – DC
Acomayo	APRA – UNO
Anta	AP – DC
Calca	AP – DC
Canas	AP – DC
Canchis	AP – DC
Espinar	AP – DC
La Convención	AP – DC
Paruro	Frente Independiente Democrático
Paucartambo	AP – DC
Quispicanchi	AP – DC
Urubamba	AP – DC

Fuente Tuesta 1984: Elaboración propia.

**Tabla X. Partido político elegido en los municipios de La Libertad en la Elección Municipal de 1964.**

Provincia	Agrupación Política
Bolívar	APRA – UNO
Huamachuco	APRA – UNO
Otuzco	APRA – UNO
Pacasmayo	APRA – UNO
Pataz	APRA – UNO
Santiago de Chuco	APRA – UNO
Trujillo	APRA – UNO

Fuente Tuesta 1984: Elaboración propia.

**Tabla XI. Partido político elegido en los municipios de Arequipa en la Elección Municipal de 1964.**

Provincia	Agrupación Política
Arequipa	AP – DC
Camaná	AP – DC
Caravelí	AP – DC
Castilla	AP – DC
Caylloma	AP – DC
Condesuyos	APRA – UNO
Islay	Ind. Prov. de Mollendo
La Unión	AP – DC

Fuente Tuesta 1984: Elaboración propia.

La distribución del poder político hacia las provincias favoreció, sin ninguna duda, a los partidos que representaban a las elites periféricas y anti-oligárquicas. El histórico temor de Mariátegui ([1928] 2002: 194-5) según el cual la descentralización política en el Perú solo sería una forma de perennizar el gamonalismo, no parecía ajustarse al Perú de los sesenta donde la democratización y distribución del poder, más bien, sugería la

emergencia de una elite y partidos reformistas (explícitamente anti-gamonalistas) que podrían emprender ordenadamente las reformas de democratización social largamente postpuestas.

De otro lado, la llegada de AP al Poder Ejecutivo también marcó un cambio en la composición de los gabinetes de ministros. Mientras que durante el gobierno del General Odría y durante la presidencia de Prado primaban las conexiones entre el poder central y la elite oligárquica (en su versión periférica o limeña), el gobierno de Belaúnde generó un cambio sustancial sobre esta cuestión. Para ilustrar este punto he revisado y reconstruido los antecedentes personales de quienes estuvieron a cargo del crucial Ministerio de Agricultura durante el gobierno de Prado (1956-1962), institución donde se jugaba buena parte de la ampliamente debatida y largamente esperada reforma agraria (el detalle de la reconstrucción está en el Anexo 1). Al hacer el análisis de esta información constatamos que, los ministros eran reclutados en la Sociedad Nacional Agraria, representante de los intereses de la gran propiedad agrícola (evidentemente, contrarios a una reforma que distribuyese la tierra). A partir de 1963, en cambio, los ministros de Belaúnde fueron predominantemente profesionales o técnicos que provenían de la Universidad Nacional Agraria La Molina. Como lo muestra el referido Anexo, además, todos estos nuevos ministros provenían de la DC que, como hemos visto, había sido creada con una fuerte base arequipeña y era programáticamente reformista y anti-oligárquica. Y esto era parte de los cambios que venían dándose a un nivel general. Como lo recuerda el ex Presidente Valentín Paniagua:

“Nunca me olvido que Caretas [la revista política más importante en el Perú], por ese entonces, publicó una nota que decía que los políticos se reclutaban en otros ambientes. Y claro, los ministros de Belaúnde eran ministros que provenían de la clase media, profesionales destacados del país y no necesariamente de los círculos oligárquicos como había sido tradición, ya sean de la capital o del interior del país.”<sup>146</sup>

Durante el gobierno de Fernando Belaunde, estamos en un momento bisagra, complejo, en que las fuerzas propias del *ancien régime* (las favorables y las que buscan reformarlo) combaten en medio de las instituciones democráticas para abrir el sistema

---

<sup>146</sup> Paniagua, entrevista en Dargent & Vergara 2010.

político por medio de reformas o impedir que éstas se lleven a cabo. A diferencia de Bolivia, este periodo peruano no se zanja por una revolución nacional ni por la vía de la fuerza, estamos ante un periodo donde predominan las tensiones entre los cambios y la continuidad, entre el voluntarismo y la inercia. Los poderes centrales y tradicionales siguen ejerciendo el poder predominante pero hay una periferia que consigue empujar sus demandas. Tal vez la mejor fotografía de la tensión de este momento es que el país reclama cambios democratizadores y las elites del *statu quo* los vetan sea el reportaje sobre las movilizaciones campesinas del Cusco en la primera mitad de los años sesenta que realizó el entonces periodista Hugo Neira. El cronista constata la gravedad de la circunstancia en 1964:

“Yo hallo esto peligroso, es la intransigencia, en el momento crítico, de quienes deberían conceder para subsistir” (Neira [1964] 2007).

Es esta la razón por la cual el periodo boliviano que veíamos en la sección anterior es uno de democratización social más que electoral pues los cambios se dan a nivel de la sociedad pero las instituciones de la democracia representativa no llegaron, interesados como estaban los emenerristas en establecer un régimen corporativo a la mexicana. En el Perú por el contrario, estamos asistiendo a un esfuerzo de las elites reformistas por conseguir una democratización social dentro de los cauces de las instituciones de la democracia electoral. En resumen, en el Perú la elite oligárquica viene perdiendo importancia tanto en los niveles nacionales y sub-nacionales, sin embargo, como veremos pronto, esto no ha eliminado su capacidad de veto.

Del lado económico, por otra parte, la elite oligárquica también perdía importancia:

“With the growth of mining and fishmeal exports, the contribution of the oligarchy-controlled plantation agriculture to total exports declined. Sugar and cotton production, which had accounted for 26% of exports in 1958, was down 17% by 1963 and 8% in 1969.” (Gilberti 1977)

Lo que quiero mostrar en esta parte es que lo que he llamado la elite periférica y anti-oligárquica tuvo un impulso muy importante con un cambio de régimen, con el advenimiento de la democracia electoral en 1956 y posteriormente con la elección de Fernando Belaúnde y algunas de las reformas que éste puso en práctica. Las reformas

institucionales dieron vida, “activaron”, a unas fuerzas sociales y políticas, a unas elites, a unos discursos y recursos que eran el germen de una vida política más activa y vigorosa fuera de Lima, capaz de entablar un diálogo con el centro. Sin embargo, la deserción del APRA frente a lo que eran las posturas reformistas (sobre todo frente a la reforma agraria) y su boicot permanente de las propuestas acciopopulistas terminaron bloqueando la posibilidad de profundizar las reformas que favorecían el fortalecimiento de esta elite periférica y anti-oligárquica. La crisis y posterior colapso del gobierno de Fernando Belaúnde frustran, acaso definitivamente, la posibilidad de contar con una periferia con liderazgos, partidos y discursos propios que sirvan de contrapesos al centralismo nacional.

#### Emergencia de la elite periférico-marginal

- *El que dirige la invasión es mi sobrino –dijo la mujer.*
  - *Pero entonces, ¿había parientes de los propietarios entre los dirigentes campesinos?*
  - *Sí, mi sobrino es universitario.*
- Hugo Neira<sup>147</sup>

Mientras la competencia política democrática que había abierto el cambio de régimen multiplicaba las posibilidades de acción la elite periférica y anti-oligárquica y sus vehículos políticos, el proceso de expansión de capacidades estatales sobre el territorio nacional multiplicaba las posibilidades para la emergencia de una tercera elite periférica: la elite marginal. Para Skocpol (1976: 164-8) la elite marginal en China, Francia y Rusia fue clave para el proceso revolucionario pues ella estaba compuesta de individuos que, surgidos socialmente al amparo de las instituciones estatales, poseen una mayor propensión al proyecto político radical. En este apartado quiero centrarme solamente en los maestros universitarios peruanos, en tanto que elite marginal en la periferia.<sup>148</sup> Como veremos más adelante en este trabajo, una elite marginal similar

---

<sup>147</sup> Neira [1964] (2007: 78).

<sup>148</sup> Sin embargo, la utilización de la categoría de Theda Skocpol podría extenderse a muchos otros grupos o individuos de la historia que nos concierne pero el espacio aquí es escaso. Al menos decir al paso que el general Velasco sería el ejemplo paradigmático de este grupo. Nacido en un barrio pobre de Piura llamado Castilla, consiguió ser Presidente del país por la vía del ejército. También figurarían en esta elite marginal los asesores legales de los que habla Degregori (1990: 114-7).

surgirá en Bolivia un par de décadas después aunque con una raíz campesina e indigenista más importante que la peruana.

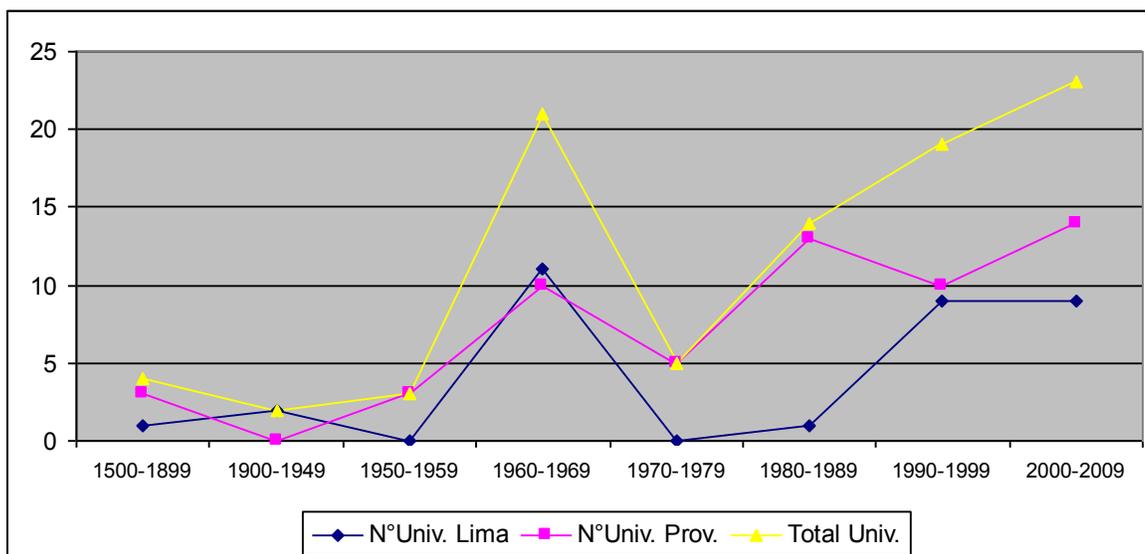
Para comprender esto hay que entender previamente el proceso de expansión de capacidades estatales que se gestaba en el Perú durante el periodo que nos convoca. Puesto que la obra descomunal de estudiar sistemáticamente el desarrollo de las capacidades estatales en el Perú todavía es una tarea pendiente, aquí solo me concentro en el desarrollo de la expansión de la educación superior en el Perú.<sup>149</sup> Con el *boom* económico posterior a la Segunda Guerra Mundial el Estado tuvo más recursos para lanzarse a la conquista de su territorio. Una de las formas privilegiadas para alcanzarlo fue a través de la educación y, en especial, a través del despliegue de instituciones de enseñanza superior. A partir de 1959 el Perú pasó por una expansión de universidades, fundamentalmente en provincias.

El despliegue universitario está en gran consonancia con lo que trato de explicar en esta tesis. Forma parte de los cambios institucionales y sociales que afectan una forma tradicional de hacer política y de estructurar el poder en el Perú. Veamos el proceso. Entre 1917 y 1955 no se había fundado ninguna (ni una sola) universidad en el Perú, ni pública ni privada. De pronto, entre 1955 y 1969 (coincidiendo con el momento de apertura democrática) se fundan 24 universidades. Once en Lima y 13 en provincias, quince son públicas y el resto privadas. Las universidades privadas son mayoritariamente inauguradas en Lima (siete de nueve: el mercado satisfaciendo la nueva demanda capitalina); las universidades públicas se inauguran en provincias (el Estado satisfaciendo la nueva demanda provinciana).

---

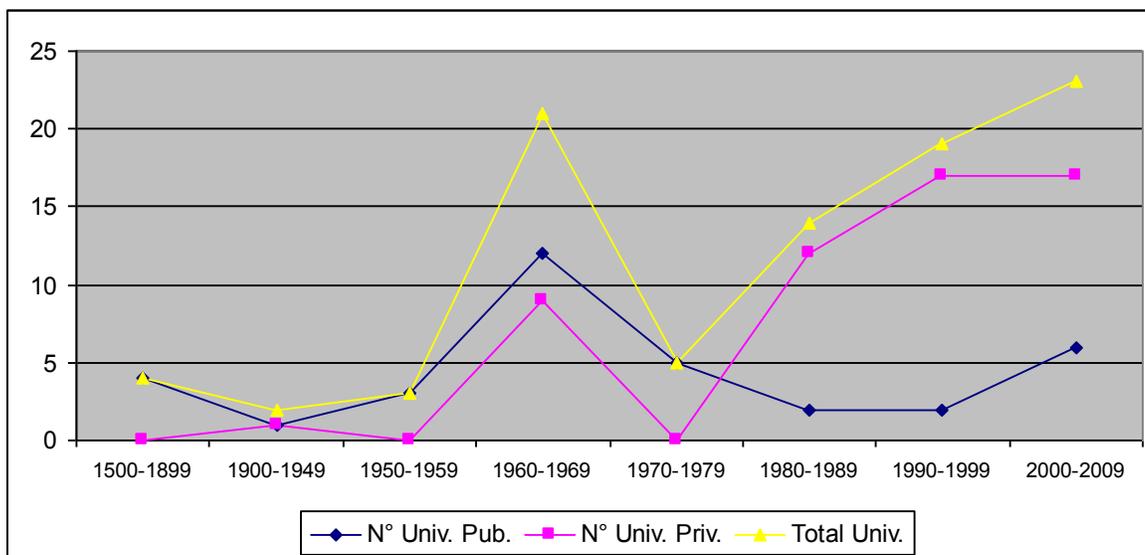
<sup>149</sup> Un acercamiento multidisciplinario a la cuestión del Estado en el Perú en Vich (2005).

**Gráfico 5: Universidades limeñas y provincianas fundadas según periodo histórico**



Fuente: Asamblea Nacional de Rectores. Elaboración propia.

**Gráfico 6: Universidades públicas y privadas fundadas según periodo histórico**



Fuente: Asamblea Nacional de Rectores. Elaboración propia.

Este despliegue estatal bajo la forma de universidades es importante porque constituyó un factor democratizador central en la sociedad peruana. De democratización social,

del establecimiento de las tocquevilleanas *égalité de conditions*. Cuando las universidades aterrizaron en las provincias del Perú ellas llegaron cargadas, al menos, de dos promesas. De un lado, de la promesa meritocrática. Ya no serían únicamente aquellos pudientes hijos de la elite económica quienes al viajar a Lima, Arequipa o Trujillo podrían instruirse profesionalmente sino que dicho saber se ofrecería en las periferias. De otro lado, la universidad difundió el ideal de la igualdad pues con ella llegaron las doctrinas radicales de la igualdad (en especial todas las vertientes del socialismo).<sup>150</sup> Entre 1959 y 1969, entonces, la universidad aterriza con la promesa de cambiar el Perú y sus regiones. En palabras de Carlos Iván Degregori de pronto la libertad dejó de ser una palabra restringida a las estrofas de los *huaynos* para ser una promesa por la cual luchar.<sup>151</sup> La universidad se instala con una agenda que ya no es contemplativa y científica, sino activa y política, es la herramienta de cambio. Es más, es el cambio mismo.

La universidad provinciana en el Perú se convierte, en nuestro análisis, en un tercer espacio institucionalizado para expresar los intereses de la periferia peruana. La universidad permite el establecimiento de una nueva elite cuya legitimidad es el conocimiento y el cambio social para la periferia. Al igual que los dos tipos de elite ya observadas, esta elite universitaria cuenta con un canal institucional (aun si es acotado) para dialogar y negociar sus necesidades con el Estado central. La elite que resulta de la explosión de universidades, es una nueva capa social que contrapesa tanto al gamonal como al Estado central y pronto hará lo propio con las elites periféricas y anti-oligárquicas. Asimismo, con las nuevas universidades ya no se procura conseguir educación para los hijos de notables, por el contrario, ellas dirigen su atención hacia sectores populares, urbanos o campesinos. Finalmente, el discurso igualitario con el que se asienta la universidad corroe “las relaciones tradicionales entre clases, géneros y generaciones. [...] revelan cuán obsoletos estaban los viejos parámetros de estratificación” (Degregori 1990: 143). El símbolo de esta nueva universidad será la Universidad San Cristóbal de Huamanga, reabierto en 1959 y donde diez años después

---

<sup>150</sup> Entrevista personal con Manuel Burga, ex Presidente de la Asamblea Nacional de Rectores del Perú.

<sup>151</sup> El *huayno* es un género musical propio de la sierra del Perú.

una huelga por la gratuidad de la enseñanza sembrará las semillas de la acción senderista de los años ochenta.<sup>152</sup>

Entonces, la periferia peruana durante los años sesenta pasa por un momento de cambio social y de re-estructuración política respecto del centro y también en el propio mundo de la provincia. Los vehículos políticos de la elite periférica anti-oligárquica están generando una renovación de las políticas en el Estado central, los poderes oligárquicos sobreviven, aunque debilitándose, en las instituciones del poder central y como poderes sociales en la periferia; y, para completar el lienzo, hay una periferia marginal y periférica que está surgiendo al abrigo de las universidades estatales que comenzará pronto a percibir que los dos tipos de elites previos forman parte del Perú del *ancien régime* y que la hora de actuar violentamente por un cambio “real” se va acercando. Sin embargo, para decirlo comparativamente, este es un periodo que incuba tensiones que serán resueltas en el futuro próximo. Todavía no ha llegado el momento boliviano que estudiamos en la revolución nacional, el de la expansión de la participación y, por tanto, el fin del *ancien régime*. En suma, hacia dentro y hacia afuera, la periferia ha adquirido cierta autonomía, quienes los representan se han diversificado y tanto la democracia electoral como la ampliación de capacidades estatales han multiplicado los canales de expresión para esta diversificada periferia en su tarea de negociar su vida política con el centro político.

Sin embargo, el auspicioso periodo 1956-1968 que inauguraba espacios de competencia política novedosos y democratizaba a las instituciones estatales, solo generó tímidamente una expansión de las *égalité de conditions*. Esta sensación provenía, en especial, de la tímida reforma agraria que finalmente pudo llevar a cabo el gobierno de Fernando Belaúnde. Al empantanarse la reforma que Belaúnde había prometido pueblo por pueblo en el Perú —tanto que “las masas [campesinas] solo se detienen ante el nombre y la invocación de “Huiracocha Belaúnde” (Neira [1964] 2007): 61) — la más reclamada del siglo XX, la sensación de frustración se impuso. Se había discutido sobre ella desde los años veinte con Mariátegui y en las décadas siguientes había sido planteada por múltiples sectores reformistas. Y al volver la

---

<sup>152</sup> Degregori (1990), centrado en el movimiento universitario surgido alrededor de la Universidad San Cristóbal de Huamanga sigue siendo la mejor radiografía de lo que implicaba la llegada de las universidades públicas en los años sesenta a la periferia peruana donde lo rural todavía era la norma.

democracia en los años cincuenta, incluso el gobierno de Prado había evaluado la posibilidad de llevar a cabo una reforma que moderase un régimen donde menos de mil grandes propiedades acaparaban el 80% de las tierras del país. Esta iniciativa se había tomado, justamente, tras la revolución boliviana de 1952 y la revolución cubana de 1959. Ambas revoluciones habían dictaminado drásticas reformas agrarias en países donde la distribución de la tierra era tan o menos injusta que la del Perú. Fue así que el Presidente Manuel Prado convocó en 1959 a una comisión encabezada por su Primer Ministro, Pedro Beltrán, a que evaluara una posible Ley de Reforma Agraria. Sin embargo, el informe del Primer Ministro —y connotado terrateniente de Cañete, provincia al sur de Lima— terminó por desalentar la posible reforma. Y luego, durante el gobierno de Fernando Belaúnde (1963-1968), la reforma se estancó en un impasse insuperable entre la voluntad del ejecutivo populista y el boicot del legislativo (a través del acuerdo entre el APRA y la bancada odriísta). En resumen, el periodo de democratización electoral fracasó en su objetivo de instaurar la democratización social que habían impulsado las elites anti-oligárquicas y periféricas del Perú.

### *Variaciones espaciales*

Como en el apartado anterior respecto de Bolivia, aquí observo la situación de la espacialidad política del Perú en el periodo bajo estudio. Si en las relaciones entre Estado y sociedad la periferia poseía formas de vincularse con el centro en una simbiosis entre elites periféricas y reformas institucionales que activaban a estas elites, esta dimensión política de la vida política periférica respecto del centro estaba sostenida por una cierta proporcionalidad del peso económico y demográfico entre centro y periferia. Vale decir, mientras que en Bolivia, como lo vimos en el apartado anterior, el peso de la periferia tanto en términos económicos como demográficos era inexistente, la periferia peruana tenía, en perspectiva comparada, una mayor importancia que su par boliviano. Aunque la descripción de este momento —el inicio de nuestra trayectoria— todavía no muestra todo el contraste que podremos observar en las siguientes décadas (y capítulos), lo importante es señalar el inicio de estas tendencias contrapuestas en ambos países. En el Perú la emergencia de la vida política

periférica está vinculada a una periferia que, aunque más débil que la gran Lima, tiene un peso relativo poblacional y económico que le permite dar asiento concreto a sus elites y vehículos partidarios; en el caso boliviano, en cambio, la elite periférica que aparece todavía carece de todo soporte económico y/o poblacional. Ambas situaciones irán invirtiéndose para ambos países socavándose el peso de la periferia en el Perú y fortaleciéndose la de Bolivia. Pero no nos adelantemos, centrémonos en la “espacialidad” peruana para el periodo bajo estudio en este capítulo. Al igual que en el caso boliviano, el rastreo de data confiable para el periodo es difícil pues ambos débiles Estados carecían de sistemas informativos desarrollados. Comencemos con la variable económica y luego pasaremos a la demográfica.

### Variaciones económicas

Una primera muestra de la eficacia de la periferia peruana en su capacidad para conseguir la desconcentración de gasto central hacia las provincias del Perú se plasmó en algunas medidas del gobierno de Manuel Prado. Específicamente, pienso en la apertura de bancos específicamente creados para favorecer el desarrollo de las regiones del país (Malpica 1989). A fines de los años cincuenta se inauguraron siete de estas entidades en el país las cuales estuvieron en funcionamiento hasta el advenimiento del golpe militar en 1968. Estos bancos de apoyo al desarrollo regional eran una vieja reivindicación de las provincias del Perú y, no es casualidad que, al igual que la inauguración de universidades en provincias, se hiciera realidad en el periodo de apertura democrática que, como ya he señalado, favorecía a las elites periféricas y anti-oligárquicas.<sup>153</sup>

---

<sup>153</sup> También se ha puntualizado que estos bancos no pudieron mantenerse financieramente pues su manejo fue deficiente y terminaron ahogados por deudas que no podían recuperar (Kuczynski 1980: 38).

**Tabla XII. Bancos regionales del Perú**

Banco	Ubicación de la sede principal
Banco de los Andes	Cusco
Banco Nor-Perú	Trujillo
Banco Regional de Norte	Piura
Banco Regional del Centro	Huancayo
Banco Sur Medio y Callao	Callao
Banco Sur del Perú	Arequipa
Banco Amazónico	Iquitos

Fuente: Malpica 1989.

Ahora bien, este impulso enviado desde el Estado hacia la periferia peruana debía lidiar con dos situaciones de facto importantes. En primer lugar, aunque las diferencias económicas y demográficas entre Lima y la periferia peruana todavía no eran abismales como lo serían algunas décadas después, la construcción de esta disparidad comienza a despegar en nuestra época de estudio. Por ejemplo, veamos el progreso en el número de establecimientos industriales en el Perú entre 1943 y 1954 según las regiones del país.

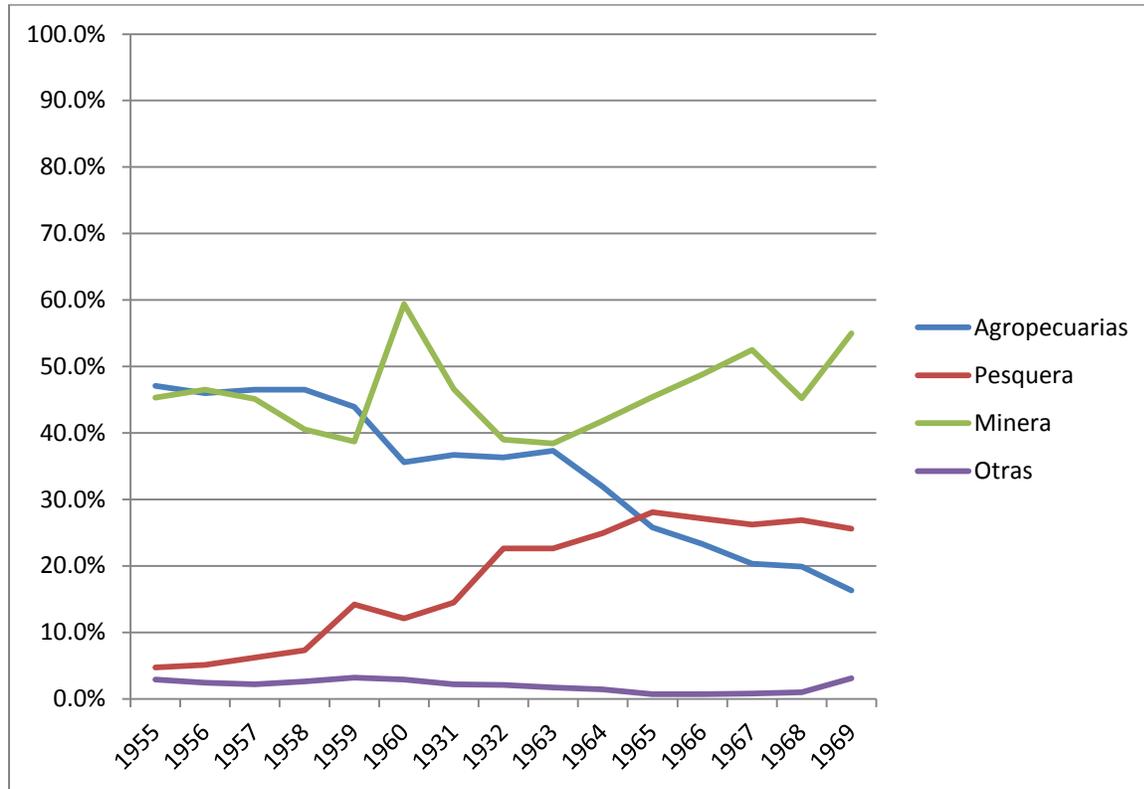
**Tabla XIII. Establecimientos industriales en regiones y departamentos del Perú**

Región	Departamento	1943	1954
<b>Lima</b>	Lima	198	1 961
<b>Zona Sur</b>	Arequipa	46	88
	Cusco	19	29
	Puno	10	13
	<b>Total</b>	<b>75</b>	<b>130</b>
<b>Zona Norte</b>	La Libertad	17	41
	Lambayeque	6	29
	Piura	26	23
	<b>Total</b>	<b>49</b>	<b>93</b>

Fuente: Caravedo 1978.

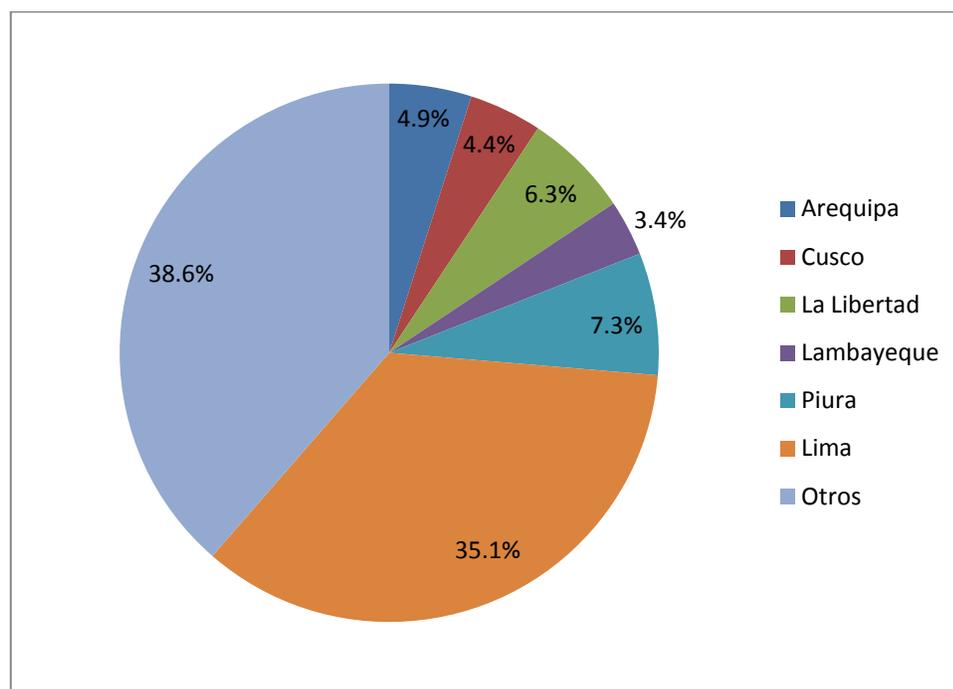
Aun cuando durante esta década el número de estas industrias se duplicó tanto en el norte como en el sur del Perú, en Lima en el mismo lapso se multiplicó por diez. La doble velocidad en el crecimiento del país comenzaba a sentirse aunque el crecimiento en la periferia todavía permitía dar sustento al crecimiento de las elites políticas. Como explica Portocarrero (1983: capítulo 5), una de las razones por las cuales el crecimiento en el sur se ralentizó (y en Arequipa especialmente) se debió a que el General Odría cambió el tipo de política industrialista que Bustamante había llevado a cabo en sus tres años de gobierno al regresar a un modelo agro-exportador.

Un segundo rasgo estructural de los cambios que sufría la distribución de la riqueza sobre el territorio peruano estaba vinculado a la crucial disminución de importancia en la renta nacional de los productos agropecuarios los cuales eran la base económica de la elite periférica y oligárquica. Entre 1955 y 1969, la participación de la producción agropecuaria en la riqueza total peruana pasó del 47.1% al 16.3%. Es importante subrayar que en apenas quince años —los que median entre el fin del gobierno oligárquico del General Odría y el inicio del gobierno anti-oligárquico del general Velasco Alvarado— el país ha dejado de depender económicamente del azúcar y el algodón que producía la elite terrateniente ubicada básicamente en el norte del país. Los rubros que reemplazaron a los agropecuarios en su calidad de sostén para la economía del Perú fueron la pesquería y la minería. Esta última en particular, al igual que en muchos países del mundo, permitió que el Estado gane independencia respecto de sus elites económicas pues poseer los minerales permite negociar directamente su explotación con transnacionales y lo recaudado es utilizado para los fines públicos. Los minerales son una herramienta para la célebre “autonomía” del Estado.

**Gráfico 7. Exportaciones entre 1955 y 1969 (por porcentaje del total)**

Fuente: Contreras y Cueto (2004: 309). Elaboración propia.

Finalmente, para completar esta imagen de la distribución de la riqueza en el Perú para el periodo aquí estudiado veamos la renta nacional por regiones en 1955. Nuevamente, aunque Lima era largamente más importante que el norte y el sur del país, la diferencia no era todavía abismal. Los tres departamentos más importantes del norte peruano producían la mitad de lo que producía Lima y la suma de los dos más importantes del sur generaban casi un tercio de lo producido por Lima.

**Gráfico 8. Distribución departamental de la renta nacional en 1955**

Fuente: Contreras y Cueto 2004: 305. Elaboración propia.

Para concluir con esta fotografía a la distribución de la riqueza sobre el territorio peruano, digamos que las regiones del Perú poseían una fortaleza económica que, aunque menor a la limeña, permitía ser el asiento material de las elites periféricas a las cuales me he referido. De otro lado, este momento anuncia varios cambios que luego se acelerarán. En especial, la importancia económica de Lima respecto del interior del país y, por lo tanto, la erosión de las bases económicas y productivas de las elites periféricas (tanto oligárquicas como anti-oligárquicas) y, por añadidura, de sus vehículos partidarios.

### Variaciones demográficas

En una democracia, tan importante como el número de votos que uno consigue, es *dónde* se les consigue (Therborn 2008). Hay una dimensión espacial de la democracia que la política comparada comienza a observar. En el Perú, como mostré en la sección

anterior, las elites anti-oligárquicas y sus vehículos partidarios tenían asientos geográficos establecidos. El APRA había nacido y prosperado en el norte del Perú (en el departamento de La Libertad especialmente) mientras que el FDN de Bustamante y Rivero en 1945, el FJD de Fernando Belaúnde en 1956, AP en los sesenta y la DC y el MSC habían gozado de una fuerte base sureña. Estos apoyos regionales no eran ni homogéneos ni exclusivos (vale decir, hablamos de tendencias regionales y no de partidos regionales que dependen enteramente de sus votaciones en tal o cual región).

Puesto que la capital, Lima, dio generalmente respaldos importantes a las candidaturas oligárquicas (Manuel Prado, 1956; Odría 1963), para los vehículos partidarios de las elites anti-oligárquicas era muy importante el peso demográfico tanto del norte del país como del sur. En este sentido, entonces, es importante observar las proporciones poblacionales del departamento de Lima y los departamentos de aquellas otras regiones del Perú. Según el censo de 1940, el departamento de Lima tenía 823 mil habitantes. Lo que es importante para nuestra argumentación es que aun cuando fuera el departamento más poblado del Perú, no era todavía inmensamente más grande que el resto de regiones del país. Cinco departamentos (Cusco, Puno, La Libertad, Cajamarca y Piura) contaba cada uno con cerca de la mitad de la población de la capital. Es importante subrayar que la tan mentada centralización excesiva de Lima es un fenómeno de la segunda mitad del siglo XX y no un hecho natural o cuyo origen se pierda en la noche de los tiempos. Esta forma de distribución de la población sobre el territorio permitía que las elites periféricas tuvieran a su disposición grandes porciones de electorado a mano (en términos absolutos así como relativos). Ahora bien, para el censo de 1961 las cifras se han alterado y Lima en 20 años ha ganado un peso demográfico bastante mayor respecto del resto de regiones del país. Los cinco departamentos que en 1940 poseían aproximadamente la mitad de la población limeña, en 1961 tienen todos, aproximadamente, un tercio de la población de la capital. La Libertad y Arequipa han pasado a tener menos de un tercio respecto de Lima. Esta alteración en la distribución demográfica del país traía cambios políticos importantes. Y, como veremos luego, estas tendencias iban a consolidarse en las décadas siguientes alterando fuertemente la capacidad de influencia política de la periferia peruana sobre el centro.

**Tabla XIV. Proporción anual de población por departamento con respecto a población de Lima (en miles de personas)**

Departamento	1940	1961
Lima	828,3	2 031,1
Arequipa	0,318	0,191
Cusco	0,587	0,301
Puno	0,662	0,337
La Libertad	0,462	0,287
Piura	0,493	0,329
Cajamarca	0,596	0,368

Fuente: INEI. Censos Nacionales de 1940, 1961, 1972, 1981 y 1993.

Elaboración propia: la proporción de la población de cada departamento se hace con respecto a la población de Lima ese mismo año.

En segundo lugar, es pertinente recordar que la región del país que albergaba mayor población indígena era el centro y sur del país, lo que hasta fines de los años sesenta, se llamaba, sin rubor, la “mancha india”. Esto es muy importante pues cuanto más elevada era la presencia de población adulta indígena más dañada resultaba electoralmente la elite anti-oligárquica de la zona ya que todas esas bases de apoyo a sus propuestas electorales no se transformaban en votos debido a la restricción hacia el voto analfabeto.

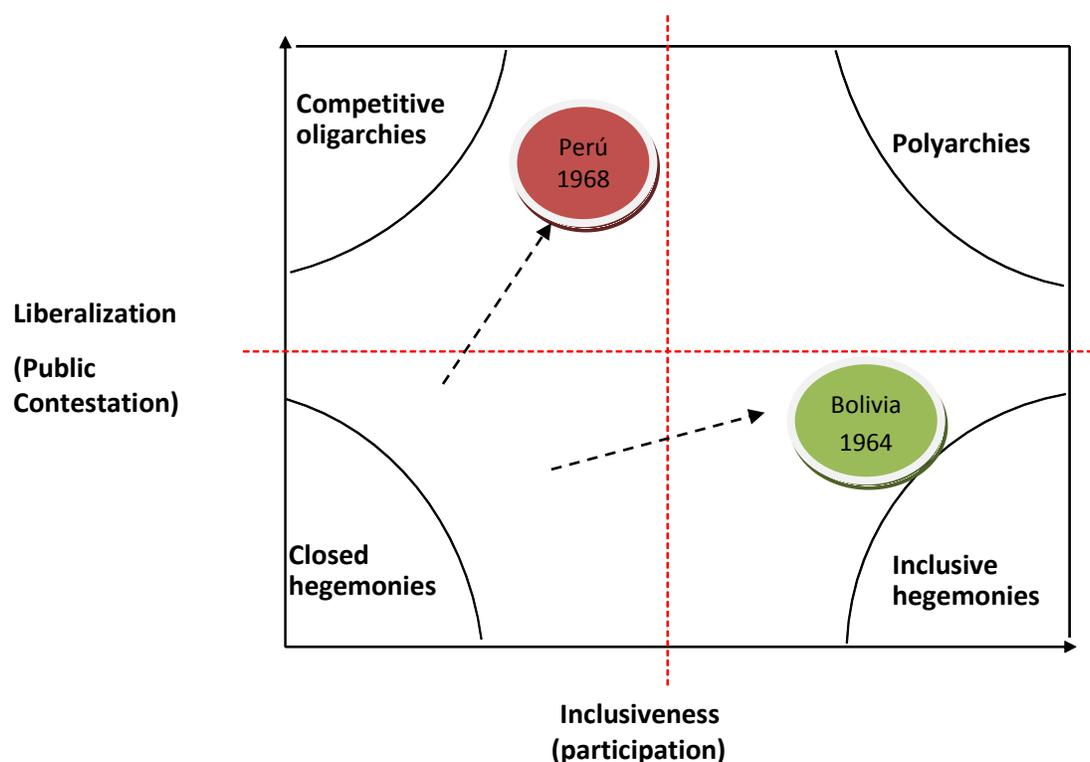
En conclusión, aunque Lima era ya la ciudad y el departamento más importante de del país, la periferia peruana (aquí nos hemos referido esencialmente al sur y al norte del país) tenían todavía un peso importante en términos demográficos y económicos respecto del centro. Esto por sí solo, como queremos mostrar en esta tesis, no acarrea directamente la importancia política de las regiones, era la confluencia de elites periféricas (oligárquicas o anti-oligárquicas) con respaldos demográficos y económicos lo que les permitía entrar en relación con el Estado central, sus instituciones y sus elites. Es la convergencia de ambos factores lo que permite su existencia. Si hubiera que resumirlo, el sur peruano era políticamente más rico que demográfica o económicamente. Como veremos en los dos próximos capítulos, en el

futuro esta combinación irá debilitándose hasta perder esta capacidad de negociación política.

### *Conclusiones al capítulo*

Este capítulo ha establecido el principio de la trayectoria de análisis para el Perú y Bolivia. En ambos periodos (1952-1964 para Bolivia y 1956-1968 para el Perú) el régimen político pasa por una apertura y en ambos países las grandes demandas políticas y sociales se asemejan: acabar con un *ancien régime* oligárquico y construir así uno más incluyente. Ambos países buscaban trasladar sus regímenes hacia la derecha de la matriz de Robert Dahl (1971). Sin embargo, solo Bolivia consiguió ese movimiento mientras que el Perú pudo liberalizar su régimen pero en el seno de esa democracia liberal no se llegó a construir un régimen que ensanchase la participación de las masas excluidas del régimen político.

**Gráfico 9. Variación en el régimen de Bolivia y Perú en la matriz de democratización de Robert Dahl.**



Dos situaciones son cruciales de identificar en esta etapa. En primer lugar, que ambos países divergen en la manera de articular esta relación. En Bolivia hay un régimen altamente centralizado y donde el occidente boliviano acumula las elites, la riqueza y la mayor parte de la población del país. Bolivia es el occidente de su territorio. En el Perú, por su lado, hay una periferia política (oligárquica y anti-oligárquica) que posee mecanismos de facto o institucionales para dejarse escuchar en el centro; además cuenta con un apoyo demográfico que le permite hacer revueltas contra los gobiernos centrales y un moderado poder económico. De esta manera, el inicio de nuestra trayectoria es un contraste respecto del *outcome* que buscamos explicar en esta tesis. Mientras que en el Perú a mediados del siglo XX encontramos una presencia importante de lo regional en la política nacional con discursos, organizaciones,

liderazgos y hasta políticas de contenido regionalista, esto no estaba presente en Bolivia.

En ambos países el cambio de régimen que da inicio al periodo activa a ciertas elites y desfavorece a otras pues ganan o pierden acceso al Estado y a sus políticas públicas. En el caso boliviano, esta coyuntura siembra las bases de los cambios acelerados que vendrán en el futuro. En Bolivia, es fundamental reparar en los dos cambios centrales de la época. De un lado, la emergencia de un régimen político que intenta llevar de manera revolucionaria la liquidación del *ancien régime* a través de la instauración de unas *egalités de conditions* (la inclusión del campesino indígena a través del derecho al voto y la reforma agraria que elimina su condición de peón). Es decir, el MNR fue efectivo en desplazar un régimen y reemplazarlo con una burocracia emenerrista y paceña que se instala en el Estado boliviano; pero fue incapaz de crear un régimen nuevo y estable. Este nuevo régimen fracasó en su intento por cooptar a los nuevos actores sociales. Ni las masas campesinas organizadas en sindicatos, ni las elites orientales asentadas en la remota ciudad de Santa Cruz quedaron bajo el dominio efectivo del MNR y el Estado central. Las fuerzas sociales y proto-elites quedaron dispersas y libres, y con el paso del tiempo serán las principales opositoras al régimen central. Para volver a la comparación mexicana, nadie podría haber afirmado del MNR que “el poderío del PRI se debe a ese monopolio sobre los campesinos.”<sup>154</sup> Por el contrario, como he mostrado, las organizaciones campesinas y los campesinos fueron ganando poder autónomo durante los años de la revolución hasta convertirse en la oposición del líder de la revolución nacional, Paz Estenssoro, a mediados de los años sesenta.<sup>155</sup>

El segundo movimiento crucial, es la decisión política de desarrollar el oriente boliviano y, específicamente, hacerlo a través del fortalecimiento de las grandes extensiones agrícolas dejando sin efecto en aquella zona la agresiva reforma agraria que había liquidado a los terratenientes en el occidente del país. Si en el occidente se impuso la fragmentación de la tierra y el minifundio, “en el oriente no hubo

---

<sup>154</sup> Octavio Paz (2001: 258).

<sup>155</sup> De ahí que Huntington afirmase que: “Confronted with this upheaval from below, the MNR leaders, like the National Assembly in 1789 and the Bolsheviks in 1917, took the only possible revolutionary course and legalized the peasant action.” (Huntington 1968: 326)

distribución de la tierra sino la concentración de la tierra” (Colque 2004: 139). A esto le he llamado la vía migdaliana pues Migdal (1988) reconoció que éste era un patrón común a varios países del mundo en desarrollo donde políticas públicas que fortalecieron a los grandes propietarios terratenientes con el paso de los años dieron lugar a lo que Migdal llama *the strongmen*. Como veremos más adelante esto es exactamente lo que está comenzando a suceder en el oriente boliviano. En resumen, la etapa de la revolución abre un sendero triple en las relaciones del centro boliviano con las periferias: debilidad en el centro estatal a cargo de una elite emenerista, movilización social de grupos previamente marginales en el occidente y fortalecimiento de la periferia oriental.

En el Perú el paso hacia un régimen liberal-electoral también tiene consecuencias en las relaciones entre centro y periferia. En el nuevo contexto, tanto las elites oligárquicas como las anti-oligárquicas consiguen formas de influir sobre el Estado. En especial, la reapertura de las instituciones democráticas (partidos políticos, elecciones generales y legislativas, elecciones sub-nacionales) activa a los vehículos partidarios asociados a las elites anti-oligárquicas: el APRA que había estado largas décadas en la clandestinidad fue legalizado y AP aparece en la competencia política como la nueva gran fuerza reformista del país. Estas elites anti-oligárquicas estaban vinculadas estrechamente a la periferia peruana (el APRA al norte y AP al sur). Ahora bien, debe quedar en claro que la fortaleza indiscutible de estas elites era su capacidad para organizar discursos y organizaciones políticas. No eran unas elites económicas particularmente sólidas.

Las elites oligárquicas, a su vez, también tienen forma de influir la política estatal desde la cámara legislativa de representación territorial donde hacendados y gamonales consiguen estar presentes y desde instituciones corporativas como la SNA. Este bloque se convertirá en un actor crucial de la política peruana por su capacidad de veto sobre los intentos de reformar el sistema político y hacerlo más inclusivo. Lo importante de este periodo es que las elites, ya sea en su versión oligárquica o anti-oligárquica, le dan vida política a la periferia peruana la cual cuenta con vehículos políticos para hacerse oír en el centro; tiene capacidad para influir. Es una situación inversa a la boliviana pues la revolución boliviana trajo a la palestra a unas periferias

que eran inexistentes y las dotó de cierta fuerza. En el Perú, en cambio, la periferia, el sur especialmente, posee una vida política regional. Y esto es acompañado por la distribución de los recursos y población sobre el territorio. Las periferias bolivianas, occidentales y orientales, no poseen núcleos urbanos que aglomeren a una población importante (el oriente es una tierra fundamentalmente deshabitada), mientras que en el Perú las periferias todavía guardan una importancia relativa respecto de Lima que les da cierto peso en la política. Estas relaciones irán invirtiéndose en cada país y, a su vez, irán distanciándose el uno del otro.

Ahora bien, al terminar nuestro periodo de análisis en este capítulo los países se encuentran en dos situaciones contrastadas. En Bolivia el MNR y su régimen no pueden controlar las fuerzas que la revolución nacional ha desencadenado; en el Perú el régimen democrático es uno cada vez más plural pero las fuerzas reformistas parecen estrellarse irremediabilmente contra unos *veto players* oligárquicos que impiden deshacerse de un *ancien régime* donde la ciudadanía se mantiene restringida. Ante estas dos situaciones las Fuerzas Armadas de cada país elucidan cómo terminar cada cual con su propio *impasse*: en Bolivia buscan acabar de una vez por todas con la revolución que ha desatado el desorden; en el Perú buscan acabar de una vez por todas con el resistente antiguo régimen. La irrupción de las Fuerzas Armadas en la política de ambos países volverá a alterar las relaciones entre centro y periferia. Ese el tema del próximo capítulo.

## Capítulo 4

### **Los regímenes militares: El gobierno de general Banzer (1971-1978) en Bolivia y el del general Velasco (1968-1975) en Perú.**

#### *Introducción*

Durante los años sesenta en el continente latinoamericano vivió la emergencia de autoritarismos de nuevo cuño. Ya no el viejo caudillo y su tropa improvisada; ya no el líder populista que si miraba con desconfianza a las instituciones del constitucionalismo liberal, confiaba en la “democracia” en su sentido plebiscitario pues siempre trataba de legitimarse a través de elecciones y/o constituciones. Los años sesenta acabaron con estas tradiciones. En su lugar —y a la sombra de la guerra fría—, en muchos países aparecieron regímenes políticos que ya no exhibían confianza alguna en la democracia plebiscitaria, que no eran liderados por caudillos carismáticos ni poseían popularidad ninguna. Teorizados como los Regímenes Burocrático Autoritarios (RBA) (O’Donnell 1973; Collier 1979), su característica principal era ser dirigidos por los institutos armados como conjunto institucional en alianza con la civilidad tecnocrática con fines de “redimir” a sociedades infestadas de doctrinas y organizaciones subversivas. En el clásico modelo de O’Donnell (1973) dicho tipo de régimen aparecía por una combinación de factores. En especial, la crisis económica desatada por modelos de desarrollo asociados a la industrialización por sustitución de importaciones; las movilizaciones sociales contra la crisis económica y la consecuente polarización. Ante dicho cuadro, los militares surgían como instrumento para acabar, desde arriba y tecnocráticamente, con la “fractura” nacional, a la par que se imponían políticas de desarrollo orientadas hacia los mercados internacionales (en contraposición a las precedentes de carácter industrialista).

Bolivia y Perú no escaparon a la tendencia de la época, aunque con matices diferentes. En Perú (1968-1980) se instaló un régimen militar que replicaba a sus pares del cono sur pues era dirigido institucionalmente por las Fuerzas Armadas. Sin embargo, se distinguía del resto de RBA al no ser una respuesta a políticas

desarrollistas impulsadas en el continente entre los años treinta y cincuenta sino, por el contrario, por ensayar, justamente, este tipo de política ausente en el Perú durante el siglo XX. Si debiéramos compararlo con el caso chileno en la misma época diríamos que el régimen autoritario de Pinochet emergió en Chile como respuesta a un gobierno democrático que venía cambiando demasiado las cosas; la aparición de Velasco se debe a que los gobiernos democráticos peruanos no estaban consiguiendo cambiar sustancialmente nada en términos de democratización social. Es decir, en el Perú se daba la variable político institucional del modelo general de los RBA pero carecía de la variable vinculada al tipo de desarrollo.<sup>156</sup> En Bolivia, en cambio, la variación recaía del lado político. Entre 1964 y 1982, Bolivia fue gobernada por las Fuerzas Armadas con solo insignificantes periodos de mando civil.<sup>157</sup> Si al periodo peruano lo caracterizó un gobierno de fuerzas armadas en clave desarrollista, al boliviano lo caracterizó un gobierno de Fuerzas Armadas altamente inestable donde se sucedieron Presidentes militares de tinte nacionalista (los generales Torres y Ovando durante los sesenta) y otros de corte librecambista (los generales Barrientos a inicios de los sesenta y Banzer durante los setenta) y en donde, en definitiva, lo que daba continuidad al periodo era una forma neo-patrimonialista de gobernar (Malloy y Gamarra 1988: 110-13). Las Fuerzas Armadas bolivianas no consiguieron en todo este periodo tener una idea homogénea de aquello que buscaban hacer en el país, el cual terminó enfrascado en luchas de poder entre generales al interior de la institución que sumieron al país en una inestabilidad permanente.<sup>158</sup>

En este apartado no me ocupo de todo el periodo de gobierno militar que mantuvo a estos países sin vida democrática: doce años en Perú y dieciocho en Bolivia. Me centro en una etapa de sus respectivos años militares: el gobierno del general Velasco Alvarado en Perú (1968-75) y el del general Banzer en Bolivia (1971-1978). Tres razones me llevan a esta decisión. En primer lugar, ambos son los momentos de mayor estabilidad de sus respectivos periodos autoritarios y las administraciones que se

---

<sup>156</sup> Ver Lowenthal & McClintock 1983.

<sup>157</sup> Las breves interrupciones civiles fueron: Luis Eduardo Siles en 1969 fue presidente por cuatro meses y 29 días; Walter Guevara Arze fue presidente en 1979 por dos meses y 23 días y Lidya Gueiler Tejada fue presidente entre 1979 y 1980 durante ocho meses y un día.

<sup>158</sup> Para un análisis de esta inestabilidad boliviana desde las Fuerzas Armadas ver el excelente Lavaud (1991: 73-119).

mantuvieron por más tiempo en el poder. En especial el gobierno de siete años del general Banzer, fue el más largo en casi un siglo de vida política boliviana. En segundo lugar, ambos se convierten en el momento de ruptura más importante con el pasado. Velasco con el Estado oligárquico (Cotler 1978) y Banzer con el Estado populista revolucionario (Mitchel 1977: 97). En tercer lugar, para los efectos de esta exposición, es en aquellos dos periodos cuando se da un impulso central a la construcción del resultado final: la presencia y ausencia de un cleavage territorial en cada país.

En ambos periodos se asienta la ruta divergente entre las trayectorias de estos países. En el Perú se socavó la importancia de la periferia política y económica al retirarle sus mecanismos de existencia bajo un régimen cerrado y desconfiado de cualquier fuerza civil. A las elites oligárquicas se les amputó la tenencia de la tierra a través de una agresiva reforma agraria; se cercenó su presencia en las instituciones parlamentarias y, los nuevos oficiales de las Fuerzas Armadas, ya no fueron presas de la influencia que estas elites oligárquicas habían estado acostumbradas a ejercer. A los grupos periféricos y anti-oligárquicos, por su parte, se les retiró los mecanismos de representación democráticos que les había permitido construir una vida auspiciosa bajo el régimen democrático que vimos en el capítulo anterior. Ya no había Parlamento con representación territorial y también se suprimió la elección de autoridades subnacionales. En palabras de un líder aprista del sureño departamento del Cusco, “Velasco fue la caída libre”.<sup>159</sup> El Estado peruano, por su lado, comandado por las Fuerzas Armadas se centralizó, desligándose de la sociedad y de sus partidos políticos. Ante un Estado autoritario y que se encierra en sí mismo y una periferia debilitada a través de sus elites tradicionales (oligárquicas y anti-oligárquicas), la vida de la periferia quedó en manos de grupos radicalizados vinculados a la universidad provinciana y a los sindicatos. Estos grupos se oponen al autoritarismo centralista desde una retórica de clase y marxista que abandona lo regional: la periferia ya no será un hecho político sino solo geográfico.

En Bolivia, por su parte, el régimen de Banzer también constituye un punto central en su trayectoria. Luego de ocho años de indecisión entre acabar con la revolución nacional de una vez por todas o reformularla con cara militar, Banzer

---

<sup>159</sup> Entrevista personal con Martín Romero.

materializó la primera alternativa. Esto tuvo como consecuencia que el MNR y la elite paceña anti-oligárquica fuese alejada del poder (sus líderes parten al exilio). Los obreros fueron reprimidos como en tiempos de “la Rosca” y el campesinado — la periferia marginal—, por su parte, se mantiene vigente en su papel de soporte social de los gobiernos militares a través del llamado Pacto Militar-Campesino. Aunque este último pacto perdió fuerza durante los años de Banzer, no se deshizo del todo. Del otro lado del país, en cambio, la periferia cruceña se fortaleció con este nuevo régimen. El general Banzer, cruceño él mismo, incluyó a la elite cruceña en la conducción de los asuntos nacionales que habían estado acaparados por figuras políticas del occidente boliviano. Las elites cruceñas en esta etapa dejaron su visión y acción política restringida a su región e hicieron su *rentrée* en el centro político; ingresan al Estado central. Entonces, con las fuerzas urbanas y anti-oligárquicas alejadas de la conducción estatal, el Estado se torna en una arena dominada por militares y jaloneada por intereses campesinos y cruceños.

En términos de nuestra segunda dimensión de análisis, la construcción de la “estructura espacial de oportunidad política”, el periodo estudiado en esta sección también es determinante. Banzer radicaliza la política estatal de desarrollo del oriente boliviano dando lugar a un enriquecimiento desigual de esta región *vis-à-vis* el resto del país. Esto se verifica en los préstamos estatales hacia dicho departamento y, muy claramente, en la cantidad de tierras que fueron entregándose y concentrándose en pocas manos en Santa Cruz. Del lado demográfico las proporciones sobre el territorio boliviano también se alteran; en 1976 el departamento de Santa Cruz ya posee una población que representa la mitad de del departamento de La Paz, convirtiéndose por primera vez en la historia en el segundo departamento más poblado del país (por encima de Cochabamba). En el Perú, la política centralista de Velasco debilita a las elites económicas situadas en el norte del país, muchas de las cuales terminarán reconvirtiéndose a sectores anclados a Lima (industriales o financieros). El centralismo estatal peruano fraguó simultáneamente un país enrumbado hacia la macrocefalia limeña en términos económicos y demográficos.

Así, durante este segundo periodo, nuestras dos dimensiones de estudio (relaciones Estado central y sociedad periférica y la construcción de un espacio

político), asientan la trayectoria divergente en ambos países. En el caso boliviano, a pesar de su retórica y estilo antagonicos respecto de los años revolucionarios, el gobierno de Banzer consolida alguna de las tendencias bolivianas que vimos en el periodo previo. En el caso peruano, por el contrario, el corte es mayor. Este periodo significa el fin del *ancien régime* que Bolivia realizó en los años cincuenta y que el Perú realiza tardíamente. Sin embargo, este fin del *ancien régime* se realiza desde arriba y deja fuera de juego casi absolutamente a la periferia del país. Si Bolivia al acabar con el antiguo régimen desató las fuerzas de la periferia como vimos en el capítulo anterior, en el Perú el fin del *ancien régime* clausura las vías por las cuales, justamente, la periferia peruana existía en la política central. El periodo será determinante, en ambos casos, para el *outcome* futuro: la aparición de un cleavage político territorial en Bolivia y su ausencia en Perú.

### **Bolivia. El Banzerato: Militares, campesinos y cruceños**

Tal vez este periodo haya que iniciarlo con el Ché Guevara y sus compañeros de guerrilla muriendo de hambre, de calor y de balas en la selva de Santa Cruz en 1967. Aunque sea difícil de comprender, una decisión guiada por consideraciones puramente geográficas llevó a un marxista a la conclusión de que la selva de Santa Cruz era un buen “foco” para lanzar una ofensiva guerrillera sobre América Latina. Desde ahí — desde el centro *espacial* de Sudamérica— habría de irradiarse la rebelión hacia Argentina, Brasil, Chile, Perú y Paraguay. A la postre, la guerrilla quedó cercada por la jungla y por tropas bolivianas que, financiadas y equipadas por la Agencia Central de Inteligencia de EEUU, (CIA por sus siglas en inglés), se venían preparando en los últimos años contra una eventual guerrilla que finalmente irrumpió en aquel paraje desolado. El combate fue rápido. La guerrilla pereció aislada en aquel fin de mundo, sin lograr expandirse ni conseguir ayuda de nadie, ni en aquel territorio ni fuera de él.<sup>160</sup>

Aunque marginal, el desarrollo y desenlace de aquel episodio de 1967 cargaba varios elementos de una nueva situación política en Bolivia (y acaso latinoamericana).

---

<sup>160</sup> Para el desarrollo trágico de la guerrilla del Ché Guevara ver Debray 1974.

En primer lugar, evidenciaba la radicalización de las clases medias que parecían abandonar una era de populismos reformistas para abrazar los criterios guerrilleros en boga gracias a la proeza cubana. Si la religión era el opio del pueblo, la revolución cubana fue la heroína de las clases medias latinoamericanas. Esto anunciaba una nueva forma de polarización política, más violenta, con menos espacios ideológicos y materiales para las instituciones democráticas y sus canales de intermediación entre Estado y sociedad. En segundo lugar, ponía de manifiesto que las Fuerzas Armadas adquirirían un nuevo carácter, supremo árbitro de los conflictos políticos, fuerzas tutelares, “garantes” de la unidad nacional frente al enemigo internacional infiltrado en territorio nacional. Ante aquella situación su función no podía ser ejercida desde los cuarteles y a la espera de una eventual incursión foránea sino con una participación permanente frente al enemigo que se desplegaba ya en territorio patrio. Su incursión en la vida política se hace de la mano de un aumento importante de los presupuestos sus instituciones y de un apoyo decidido de los EEUU. En tercer lugar, en el caso boliviano, el hecho ponía por primera vez a Santa Cruz de la Sierra en los radares internacionales. No sería la última. En este nuevo momento político Santa Cruz ganaría relevancia nacional y dejaría de ser una zona olvidada para convertirse en la segunda región y ciudad más importante de Bolivia. Finalmente, el fracaso del intento guevarista también mostraba que el campesinado boliviano no estaba interesado ya en aventuras revolucionarias. Una revolución nacional les había entregado la tierra en occidente. Y en oriente, desde donde el Ché Guevara decidió lanzar su movimiento, la tierra era abundante y la población escasa por lo cual no había sido necesario implementar ahí la reforma agraria y, por si fuera poco, los campesinos no veían con desconfianza a los militares con quienes habían llegado al Pacto Militar-Campesino. Así, aquel episodio aislado contenía ya los elementos de la nueva situación política objeto de este apartado.

### *Relaciones entre centro-periferia*

En 1964, el Presidente Víctor Paz Estenssoro, jefe del MNR, decidió intentar reelegirse como presidente de Bolivia a la fuerza, mediante un cambio constitucional. Los pleitos

entre los líderes revolucionarios llegaban así a su peor momento. Como vimos al fin del capítulo anterior, Paz Estenssoro había agudizado sus conflictos con el movimiento obrero, minero y de maestros al intentar dejarlos de lado y consolidar su alianza con militares y campesinos. El punto de no retorno en su relación con estos grupos fue la decisión de impedir que Juan Lechín, líder del movimiento obrero, fuese candidato presidencial (lo cual se le había prometido en sucesivas ocasiones). En 1964, ni siquiera se le permitió ser candidato a la vicepresidencia pues el espacio fue ocupado por el popular general Barrientos ya que Paz confió en que las Fuerzas Armadas cumplirían en otorgarle el apoyo que antes le proporcionaba las fuerzas urbanas (obreros y maestros). La situación distaba mucho de 1952 cuando el régimen revolucionario derruyó a las Fuerzas Armadas para construir unas nuevas. En poco tiempo éstas recobraron su poder y el Presidente Paz las percibió como la institución que podría darle estabilidad al régimen y a su proyecto personal. En 1963 ya se vislumbra el nuevo clima político cuando declara:

“Revolution always dislocates a society, and there is a need for elements to bind it together. [In Bolivia] the armed forces are that bond” (Mitchel 1977: 90).

Evidentemente, estos cambios en el liderazgo del régimen revolucionario, llevaron a la izquierda a interpretarlos como un giro que implicaba bastante más que el cambio de algunas políticas puntuales (Malloy 1971: 141). Siles Suazo, por su parte, desde el MNR y la clase media paceña también se opuso al proyecto conservador de Paz Estenssoro pues su viraje ponía en peligro los puestos de trabajos estatales que se habían distribuido abiertamente desde los primeros años de gobierno nacionalista. (Malloy 1971: 143). De esta manera, a mediados de 1964 se han sublevado todos los actores políticos contra Paz Estenssoro: la izquierda movilizada (mineros, obreros, maestros) y las propias elites urbanas vinculadas al MNR, liderados por el ex Presidente Siles. La elección de 1964 destapó un avispero que no habría de calmarse hasta los años ochenta.<sup>161</sup>

---

<sup>161</sup> Esta situación boliviana llevó a Huntington a teorizar que para conseguir la estabilidad de un régimen no basta con el apoyo de los campesinos, se necesita de la cooperación de al menos uno de los tres más importantes sectores de la vida urbana de un país: intelectuales, trabajadores o militares (Huntington 1968: 332).

El periodo posterior a la Revolución Nacional estuvo dominado por dos actores: los militares y los campesinos. Aquellos habían reaparecido tras doce años de destierro. Una de las primeras medidas del gobierno revolucionario había sido desarticular y debilitar a las Fuerzas Armadas, derrotadas cuerpo a cuerpo en las calles de La Paz en 1952. Esta marginalización de la vida militar puede advertirse desde un par de indicadores. A inicios de los años cincuenta la escuela militar solo graduaba a veinte estudiantes por año y, de otro lado, el presupuesto destinado a los militares se redujo drásticamente. Sin embargo, hacia el final del régimen del MNR, cada año se graduaban más de cien estudiantes en la escuela militar y el presupuesto destinado a las fuerzas armadas había conseguido duplicarse (Lavaud 1991: 76). De tal manera que cuando la coalición de gobierno se deshizo en pedazos en 1964, abriendo disputas entre todas sus facciones, la vida política quedó fragmentada sin que ninguna de las fuerzas pudiera por sí sola dominar el país. Como coalición, estas fuerzas habían conseguido implantarse en el país desde 1952 pero cada facción de manera aislada radicalizaba la debilidad organizativa en el país. En ese marco, las Fuerzas Armadas se convirtieron en la única organización nacional con bases en todo Bolivia (Malloy 1971: 150). A esto debemos sumar que durante el segundo gobierno de Paz Estenssoro la ayuda americana para las instituciones militares había aumentado considerablemente favoreciendo también su fortalecimiento y presencia a lo largo del territorio (Mitchel 1977: 91).

Tras ganar las elecciones de 1964, Paz Estenssoro retuvo el poder por poco tiempo.<sup>162</sup> Su vicepresidente, el popular general Barrientos, le dio un golpe de Estado y lo envió exiliado al Perú. El advenimiento de Barrientos se explica por el éxito que habían tenido él, las Fuerzas Armadas y el propio Paz Estenssoro en los últimos años cultivando la relación con los campesinos (Malloy 1971: 146). Barrientos no intentó eliminar los legados de la Revolución Nacional sino redimirlos. Pero el objetivo no era simple y, en realidad, trató de adaptar la Revolución Nacional a su situación. Básicamente, continuó la estrategia de Paz Estenssoro. Como afirmó el propio Barrientos, su gobierno sería una “revolución dentro de la revolución” (Malloy y Gamarra 1988: 9). Mantuvo la idea de apoyarse en el campesinado y las Fuerzas

---

<sup>162</sup> Aquí no hago un recuento exhaustivo de los años previos a la llegada del general Hugo Banzer. Solo menciono el contexto de su emergencia.

Armadas evacuando el elemento civil y urbano de la coalición. La importancia de Barrientos para el proceso boliviano radica, sobre todo, en el fortalecimiento de la relación entre las Fuerzas Armadas y los campesinos. Se construye un régimen contra las elites anti-oligárquicas y sus partidos representativos (sobre todo el MNR), a través de una alianza vertical que vincula a las Fuerzas Armadas con el campesinado. La periferia marginal, que había sido incluida al proyecto nacional con la revolución de 1952, esta vez es incorporada a la política mayor del país por su relación con los militares. Sobre este particular, la figura de Barrientos fue clave pues al ser hijo de una indígena y un mestizo hablaba perfectamente el español y el quechua. A partir de esta conexión, recorrió cada pueblo rural de Bolivia —en un helicóptero donado por la *Gulf Oil Company* (GOC) que bautizó Holofernes— pregonando y consolidando la alianza de gobierno. Fue, en algún sentido, la versión exitosa del proyecto que Paz Estenssoro había planeado para sí mismo, con la diferencia crucial de que los militares ya no fueron un elemento de apoyo al gobierno *emenerrista*, sino el gobierno mismo. Como Paz Estenssoro, asimismo, Barrientos trató de llevar el manejo económico del país hacia la orilla opuesta de los años nacionalistas vinculados a la tradición del populismo económico. Por ejemplo, trató de dinamizar la economía del país liberalizando la comercialización de los minerales (es decir, arrebatándole al Estado el monopolio de comercialización) y al dar en octubre de 1965 una ley de inversiones privadas que buscaba atraer capitales frescos al país (Lavaud 1991: 99). En dos palabras: los planes generales y las estrategias de Paz Estenssoro se mantenían pero a través de un liderazgo marcial.

En 1967, en uno de sus tantos viajes, el helicóptero del general Barrientos se vino abajo. Lo que siguió al accidente fue el intento por construir gobiernos militares sin la figura original. Primero el general Ovando y luego Torres fracasaron en el intento. Estos gobiernos trataron de revertir las decisiones económicas que Barrientos había emprendido y continuar con el legado económico de la revolución nacionalista (Malloy y Gamarra 1988). Sin embargo, buscaban y confirmaron las vinculaciones de las Fuerzas Armadas con el campesinado boliviano. Muestra de esto es la declaración del general Ovando cuando tomó el poder en 1969, “nuestra revolución es fundamentalmente la misma que la del Perú”, haciendo referencia al gobierno

nacionalista de las Fuerzas Armadas peruanas comandado por el general Velasco Alvarado que había debutado en 1968 y realizaba una drástica reforma agraria (Dunkerley 1984: 163). Acto seguido, el Presidente Ovando suspendió el contrato con la GOC que Barrientos había firmado (Malloy 1971: 152). En el gobierno del general Torres, por su parte, además de continuar con una línea económica nacionalista, se creó una asamblea popular conformada por distintos grupos de la sociedad movilizada que se constituyó en una suerte de poder paralelo a las instituciones formales.<sup>163</sup>

Sin embargo, como había ocurrido con el régimen de la revolución nacional ninguno de los miembros de la coalición de gobierno logró imponerse por sí solo sobre una sociedad donde sus organizaciones corporativas eran todas bastante fuertes y donde, por lo tanto, el régimen político careció de alianzas duraderas. La precariedad era síntoma de una mezcla de “*old style* caudillismo” y control institucional (Dunkerley 1984: 121). O, para usar las categorías de Lavaud (1990: 103), durante los años sesenta los generales bolivianos nunca consiguieron superar la fractura que los dividía en, de un lado, nacionalistas económicos y tolerantes respecto del movimiento popular y, del otro, los librecambistas que estaban abiertamente a favor de la represión de los movimientos sociales. Esta división al interior de los militares fue crucial para la inestabilidad de los años sesenta. La división respecto de la sociedad movilizada era particularmente aguda. La revolución nacional había fortalecido a sectores antes subalternos y, como ya se dijo, a diferencia de sus pares revolucionarios mexicanos no había logrado encauzarlos institucionalmente. El experimento del general Torres por establecer una Asamblea Popular fue el último intento de incluir a los campesinos en una sólida alianza de gobierno. Pero tampoco tuvo éxito, logrando, más bien, infundir terror en las elites económicas con esta suerte de *soviets* auspiciados desde el Estado central. Y del lado de las Fuerzas Armadas, se temía que la agitación social desembocara en una situación revolucionaria como la de 1952 donde ellas serían reducidas, nuevamente, a su mínima expresión. Entonces, “national elites had to run harder and harder to keep up with the social forces they had unleashed” (Malloy & Gamarra 1988: 63).

---

<sup>163</sup> Para el experimento de la Asamblea Popular ver Malloy y Gamarra (1988: 58-63).

Para efectos de mi argumentación dos cosas son centrales a partir de este periodo de inestabilidad de los años sesenta. Primero, el fortalecimiento del campesinado a través de su alianza con los militares. En segundo lugar, el debilitamiento de la elite paceña vinculada al MNR frente a la predominancia de una política dominada por militares y campesinos.

El fortalecimiento de lo que denomino periferia marginal, vale decir, el mundo campesino organizado, fue patente en estos años. El principal mecanismo por el cual se fortaleció fue el Pacto-Militar campesino. Los militares necesitaban a los campesinos de su lado para que el movimiento minero o las elites anti-oligárquicas agrupadas en el MNR se hicieran de un actor que hubiera inclinado la balanza definitivamente hacia la izquierda (Malloy 1971: 142). Para conseguir este pacto las Fuerzas Armadas establecieron una relación clientelar con los campesinos. Especialmente, se estableció una fidelidad cerrada con aquellos de los valles de Cochabamba. Los militares se comprometieron a respetar las conquistas de la revolución nacional, vale decir, no alterar la reforma agraria, el derecho a la educación, el derecho sindical, y se comprometían a desarrollar el agro. Paradójicamente, entrados los años sesenta, era bastante más de lo que el MNR, cada vez más a la derecha, estaba dispuesto a ofrecerles. Si la derecha boliviana (la FSB y lo que quedaba de la elite oligárquica) creían que los militares regresarían las cosas al *statu quo* previo a la revolución estaban muy equivocados. Así, las organizaciones campesinas cayeron en la cuenta que eran las Fuerzas Armadas bolivianas (y no la vieja coalición anti-oligárquica revolucionaria) quienes mejor podían resguardar sus intereses en el nuevo contexto. En contraprestación, la Fuerzas Armadas exigían luchar codo a codo contra el comunismo que amenazaba a la nación. Finalmente, el Pacto entre militares y campesinos terminaba enunciando que estos dos grupos sociales eran la espina dorsal de la nación boliviana (Malloy 1988: 18-9).

Aunque fuese cierto que, en definitiva, los militares fraguaron la alianza repartiendo baratijas de manera personalista entre los campesinos más que a través de una real desarrollo del campo (Malloy y Gamarra 1988: 20), lo concreto es que, como afirma Yashar (2005: 165), la solidez del Pacto Militar-Campesino convenció a estos últimos de su papel absolutamente central en la vida pública boliviana. El Pacto traía

implícito un mecanismo de terror hacia las fuerzas urbanas del país pues la alianza funcionaba como una amenaza cotidiana por la cual un día un general podría ubicarse “himself at the head of the peasant militias to defend the progress of the National Revolution” (Mitchell 1977: 99). Esta amenaza, por lo pronto, era aritméticamente verificable en las pocas elecciones que hubo durante los años sesenta (aunque los resultados no sean confiables al detalle). Por ejemplo, en las elecciones de 1966 en que el general Barrientos legitima su poder nacido del golpe de 1964 contra Paz Estenssoro, los sectores rurales de Cochabamba votan por él en proporciones cercanas al 90% (Lavaud 1990: 186). En resumen, el tipo de régimen que se estableció durante los sesenta y que sobrevivió hasta mediados de los setenta “was an anti-labor and conservative military regime allied with the indian peasantry. (Klein 2003:224).

#### El Banzerato (1971-1978)

Ante la agitación social permanente de los años sesenta arreciaron los ruidos de sable. En julio de 1971, por primera vez en la historia boliviana, un golpe de Estado se gestó fuera de las ciudades del occidente boliviano. El general Banzer se levantó contra el gobierno del general Torres en la guarnición militar de Santa Cruz y contó con el abierto apoyo de la población de este departamento. Además, se hizo del apoyo de Paz Estenssoro y el MNR quienes vieron en este levantamiento la posibilidad de regresar al poder aunque fuese de manera compartida con los militares. Tras marchas y contramarchas en los años previos, este golpe de Estado buscaba lo que revolucionarios y post-revolucionarios del mundo han buscado usualmente con desespero: poner un punto final y definitivo a la revolución.<sup>164</sup>

En varios aspectos el golpe de Banzer consiguió el objetivo de acabar con la revolución de 1952. Una primera medida para esto fue el intento por desmovilizar a la sociedad boliviana, a los sectores urbanos. Para conseguir esto se clausuraron las universidades por seis meses. Esta represión dio resultados en el corto plazo. Adicionalmente, Banzer compuso un gabinete mixto con figuras militares y otras provenientes del MNR y la FSB que le dieron cierto cariz cívico-militar al nuevo gobierno. Además de estos soportes civiles, Banzer recibió el explícito espaldarazo de

---

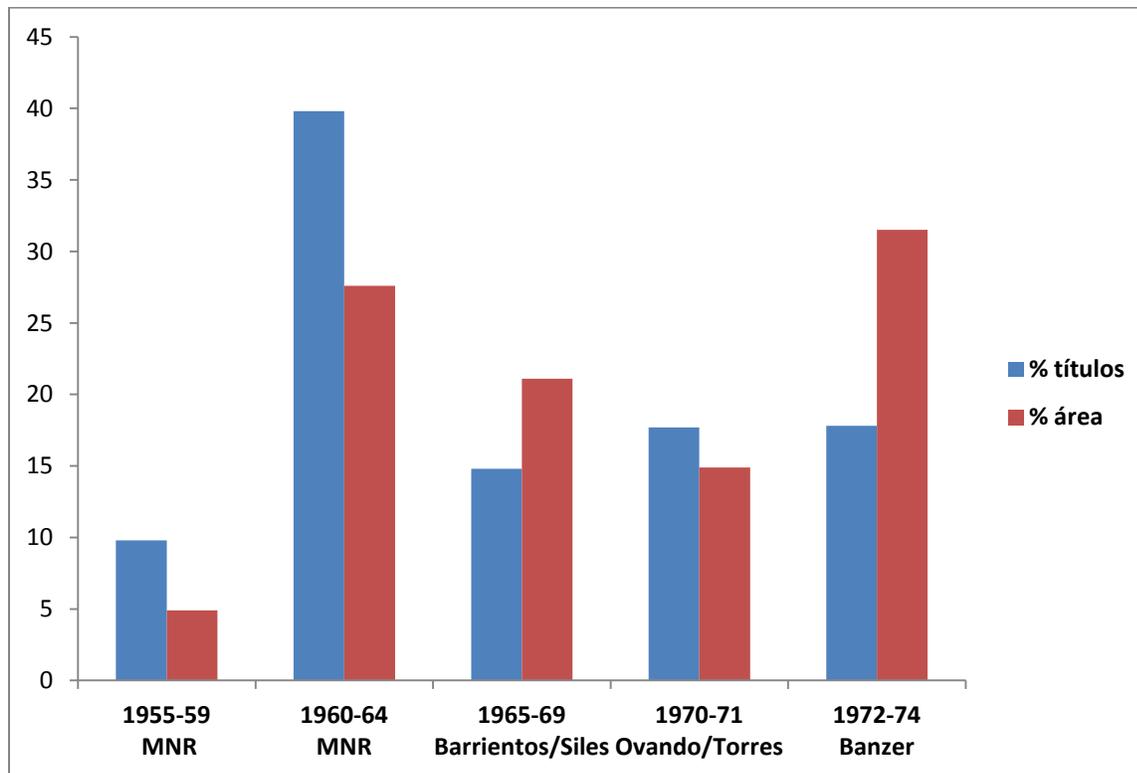
<sup>164</sup> Ver Furet 1978, *La Révolution française est terminée*.

Washington quien multiplicó la ayuda que otorgaba a los militares bolivianos. Solo en el primer año de gobierno de Banzer los americanos entregaron tres veces más ayuda que en el periodo 1968-70 (Dunkerley 1984: 205). La ayuda destinada a los institutos armados fue la que recibió un impulso inédito alcanzando el 39% del total entregado. (Lavaud 1990: 79). Además de Washington, Banzer recibió el apoyo de Brasilia, comandada por un régimen militar que comulgaba con la dirección que Banzer trataba de darle al suyo. Los militares brasileños le otorgaron algunas claves para despolitizar a las masas tal como venían haciéndolo ellos mismos (Klein 2003: 230). Sobre estos apoyos internacionales, el gobierno de Banzer contó con la buena fortuna de un ciclo económico bastante positivo. Entre 1970 y 1974, Bolivia triplicó sus exportaciones pasando de 226 millones de dólares a 650 millones de dólares (Klein 2003: 229). Teniendo todas estas fichas a su favor, Banzer parecía conseguir, al menos hasta la mitad de su gestión, lo que su lema de gobierno prometía: Paz, orden y trabajo.

Ahora bien, veamos cómo se movieron en esta coyuntura banzeriana nuestros tres actores: la elite anti-oligárquica, la periferia marginal y la periferia regional (a estas alturas, nuestro cuarto actor, la elite oligárquica ha quedado al margen del drama).

Durante los primeros años con gobiernos militares (1964-1971) la periferia marginal se fortaleció a través del Pacto Militar-Campesino. Durante la presidencia de Banzer, este pacto se debilitó pero no desapareció pues fue renovado cada año. De hecho, en 1977, hacia el final del gobierno de Banzer, cuando éste anuncia que será candidato a la Presidencia nuevamente, la confederación campesina lo aúpa como su candidato (Malloy & Gamarra 1988: 95-6). Aunque políticamente el general Banzer reprimió a los sectores campesinos que querían rebelarse contra el Pacto Militar-Campesino, en términos económicos, bajo su gestión se entregó más tierras que en ningún otro gobierno boliviano (incluyendo a los doce años del gobierno revolucionario del MNR). En 1978 el gobierno de Banzer le había entregado tierras al 52% de campesinos bolivianos (Lavaud 1990: 174). Si debiéramos hacer una comparación con México, en términos de reimpulsar la reforma agraria revolucionaria, Banzer fue el Cárdenas boliviano (repito, en los estrictos términos de relanzar la reforma agraria revolucionaria).

**Gráfico 10. Tierra entregada por gobiernos bolivianos entre 1955 y 1974.**



Fuente Dunkerley 1984:133. Elaboración propia.

Junto a este impulso al sector campesino tradicional, los años setenta vieron la emergencia de una forma alternativa de organización sindical ya no vinculada a los sindicatos establecidos desde el centro estatal sino de raíz indianista que, por primera vez, ejercía sus reivindicaciones desde el mundo de la cultura y no desde el de la clase social. Este movimiento conocido como katarismo se convirtió en una fuerza importante hacia el final de los años setenta. Se asentó en la aparición de una nueva generación de nuevos dirigentes aymaras que con la democratización del país desde la revolución nacional había conseguido educarse como nunca antes una generación de campesinos lo había hecho. Genaro Flores, líder de este movimiento, por ejemplo, había comenzado estudios superiores y su colaborador principal, Raimundo Tambo, era un abogado. Esta nueva clase rural, pero que en estricto ya no es campesina pues no se dedica a labrar la tierra, ha sido fortalecida y a fines de los setenta podía declarar: “ya

no somos los campesinos de 1952” (Yashar 2005: 171). Son la aparición de una elite de la periferia marginal. Esta aparición marcaba algo que se confirmaría en el futuro: los campesinos ya no serán fácilmente asimilados ni al MNR ni a las Fuerzas Armadas. Es así que, nuestra periferia marginal comienza a dar signos de independizarse de las elites que los habían tenido como aliados durante casi treinta años y comienza a forjar una elite propia.

Si la periferia marginal consolidó su existencia política durante el gobierno de Banzer, la periferia regional cruceña fue la gran triunfadora del periodo. En el plano internacional Banzer se benefició de su alianza con Washington o Brasilia, pero acaso más importante resultase a nivel nacional su alianza con su natal Santa Cruz. La alianza se estableció, sobre todo, con la elite agro-exportadora cruceña y fue crucial para mantenerse en el poder. La elite cruceña ya se había interesado directamente en los problemas nacionales cuando el general Torres 1969 nacionalizó a la GOC. Esta medida atemorizaba a las elites cruceñas pues podía generar pérdidas para Santa Cruz ya que la mencionada compañía estaba instalada en aquel departamento y se asumía que una vez en manos estatales ella perdería eficiencia y decrecerían las ganancias que generaba. A partir de este momento, la elite vinculada al CCPSC decidió complotar contra el gobierno de Torres y apoyar una insurrección que acabara con las amenazas a sus intereses. Además, el precio del petróleo entre 1969 y 1970 cayó con lo cual los ingresos por el hidrocarburo descendieron; sin embargo, las elites culparon de dicha reducción de ingresos a la nacionalización de Torres y no a los precios internacionales (Roca 2007: 165). Lo importante aquí es que en el origen de la decisión de desestabilizar el gobierno de Torres por parte de la elite periférica regional, descansaba el hecho de que la importancia productiva de la región había aumentado en las últimas décadas y, por lo tanto, las políticas públicas que eran lanzadas por el centro político ahora le concernían directamente. Esta dinámica no haría más que multiplicarse en los años siguientes. Por lo demás, como veremos, esta decisión del general Torres, resistida por Santa Cruz, terminó beneficiándolos inesperadamente algunos años después.

Tanto la desestabilización del gobierno de Torres como la abrupta toma de poder del general Banzer contaron con la decidida participación de Santa Cruz. Con

ellos la elite periférica cruceña hizo incursión directa en el gobierno de Banzer y fortaleció una tendencia que ya habíamos señalado en el capítulo anterior, por la cual el departamento de Santa Cruz y su elite eran privilegiadas económicamente desde el centro. Esto se verifica al observar la composición del primer gabinete de gobierno que Banzer puso en pie. De los quince ministros elegidos siete eran cruceños provenientes del sector agro-exportador. Explícitamente, Banzer fortaleció la presencia de Santa Cruz en el país y, muy importante para nuestra argumentación, inauguró una tendencia que habría de mantenerse inalterable en el país hasta el gobierno de Carlos Mesa ya entrados los años 2000. Vale decir, la presencia permanente de representantes de las elites cruceñas en los gabinetes bolivianos y, especialmente, en aquellos ministerios vinculados a actividades productivas. En términos económicos, el gobierno de Banzer impulsó y coincidió con el momento de *boom* petrolero y el auge agro-exportador. Por primera vez, se establece explícitamente la crucial alianza entre el poder político de La Paz y el poder económico en Santa Cruz. Pero no solo esto, se produjo también “una coincidencia de intereses entre la burguesía minera, comercial y financiera de La Paz y la nueva burguesía industrial y agroexportadora de Santa Cruz, lo cual viabilizó la dictadura Banzerista” (Roca 2007: 169). Como consecuencia, en Santa Cruz Banzer contaba con el apoyo de muchas organizaciones como el CCPSC o la Cámara de Industria, Comercio, Servicios y Turismo de Santa Cruz (CAINCO) y, en La Paz, con el soporte de la confederación de empresarios privados de La Paz (Mitchell 1977: 123). Esta alianza entre los sectores pudientes del oriente y el occidente boliviano es muy importante pues treinta años más tarde, cuando el cleavage territorial haya cuajado, estos entendimientos ya no serán posibles. En algún sentido, el entendimiento de los años setenta entre ambas burguesías, la oriental y occidental, transparentaba que, más allá de la existencia de ciertos discursos regionalistas, la política era regida por consideraciones de clase. Treinta años después este ya no es el caso pues la división territorial (la presencia del cleavage) dificulta los entendimientos de este tipo. La vida ha quedado articulada por otro tipo de consideración lo cual dificulta el acercamiento entre los sectores pudientes de Santa Cruz y La Paz.

La importancia política de Santa Cruz en el gobierno nacional a través del General Banzer dio lugar a una serie de inversiones económicas en la región que se

sumarían a las que habían llegado progresivamente desde la revolución nacional. En especial, se fortaleció a la elite agro-exportadora quien ya se había beneficiado al no ser alcanzada por la reforma agraria de 1953. Esta vez pudo acumular tierras y extender sus propiedades. En palabras de un actor cruceño:

“[...] la concentración de tierras en pocas manos [se debe al] tráfico de influencias y uso indebido del poder, se ha dado fundamentalmente en la época de las dictaduras militares que han utilizado las tierras como prebenda política para que estas personas tengan lealtad y puedan proteger la gestión de un gobierno inconstitucional, esto ocurrió sobre todo en el gobierno de García Mesa y Banzer y otros dictadores que han masacrado a la población y han manejado mal nuestro país.” (González 2004: 154)

En la segunda mitad de los años setenta esta elite se afianza al unificar varios de sus sectores productivos y económicos a través de la nueva banca cruceña (Lavaud 1991: 207). Vale decir, la elite agro-exportadora ocupó también el sector financiero. Como afirma Lavaud, esto demuestra que todos los créditos agrícolas no sujetos a tributación que fueron dirigidos a Santa Cruz desde los años cincuenta habían excedido las necesidades del agro y, por lo tanto, fueron dirigidos a otros sectores (como la construcción) y terminaron reconvirtiendo a sus beneficiarios en los líderes de una banca regional (Lavaud 1991: 209).

En esta época de prosperidad cuaja un discurso regionalista. La elite periférica encarnada en el CCPSC y los intelectuales cruceños comenzaron a estructurar un nuevo tipo de discurso. Si el regionalismo cruceño tradicional había siempre denunciado el *desinterés* paceño por las tierras bajas, la nueva época traía un discurso que comenzó a subrayar, más bien, la excesiva *intromisión* de la capital en el desarrollo cruceño.<sup>165</sup> De esta manera, tanto el surgimiento del cruceñismo en la periferia oriental como el katarismo en la periferia marginal, son discursos erigidos sobre tres décadas de fortalecimiento material y que irrumpen, justamente, cuando estos sectores están, cada cual a su ritmo, modernizándose. Tanto así que, en términos de Lavaud (1991: 214), “son désenclavement matériel et culturel, à crée les conditions de la naissance d’une recherche d’identité culturelle”.

---

<sup>165</sup> Entrevista personal con Juan Carlos Urenda.

Esta repentina importancia política de Santa Cruz en los años setenta fue percibida rápidamente por las otras regiones del país que decidieron también hacer oír sus intereses con los métodos y estilo cruceño, con lo cual comenzaba a estructurarse una vida política mucho más regionalizada o, como afirman Gamarra y Malloy,

“[...] regionalism [...] was becoming stronger and adding a new dimension to the already intense class and sectorial struggles” (Malloy y Gamarra 1988: 56).

La primera manifestación de este regionalismo de nuevo cuño fue la multiplicación de comités cívicos en los departamentos bolivianos. Inspirados en el CCPSC que le había arrancado al gobierno central las regalías petroleras y había conseguido impulsar el desarrollo cruceño a través de ellas, cada departamento de Bolivia inauguró su comité cívico y con ellos una serie de reivindicaciones hacia el Estado central. Ante estas presiones departamentales, el Estado central, de manera conjunta con los departamentos, creó una nueva y crucial institución: las Corporaciones de Desarrollo Departamentales (CORDE). Ya que los partidos políticos y los principales movimientos sociales estaban prohibidos estas corporaciones de desarrollo y los comités cívicos fueron los vehículos institucionales para canalizar las demandas ciudadanas elaboradas —ya no en clave partidaria o gremial—, sino regional. Esta “competencia” regional vehiculada por las corporaciones de desarrollo puede ilustrarse con un ejemplo. A mediados de los setenta CORDEPAZ y CORDESANTA CRUZ (la corporación del departamento-capital y la de Santa Cruz respectivamente) se enfrentaron por causa de un complejo azucarero que debía construirse en el norte del departamento de La Paz. La inminencia de dicha construcción ponía en riesgo a los ingenios azucareros cruceños los cuales abastecían de azúcar al occidente boliviano. La disputa no se solucionó fácilmente, y luego de marchas y contramarchas, finalmente el gobierno central resolvió el conflicto a favor de Santa Cruz.<sup>166</sup>

Conforme avanzaron los años setenta el gobierno de Banzer fue siendo cada vez más autoritario. En 1974 dio un “auto-golpe” que eliminó la participación de los partidos que, minoritariamente, lo habían acompañado tras el golpe de Estado en 1971 y volvió a una fórmula puramente militar de gobierno. El ejemplo brasileño y, sobre todo, del golpe de Estado de Pinochet de 1973 en Chile fue crucial para asumir dicha

---

<sup>166</sup> Ver Lavaud (1991: 135)

medida. Asimismo, el gran momento económico de Bolivia durante los setenta también alentó a Banzer. El precio del estaño se había multiplicado entre 1973 y 1974, lo mismo que el precio del petróleo que ya llegaba a financiar un cuarto del presupuesto boliviano. Debido a esto, en 1974 la economía boliviana generó un superávit — ¡por primera vez en su historia! (Klein 2003: 231). Con todos estos recursos, Banzer quedó persuadido de contar con los medios necesarios para controlar a la sociedad por la vía clientelista. De hecho, durante su gobierno, el número de funcionarios estatales se duplicó pasando de 66 mil en 1970 a 177 mil en 1977 (Malloy y Gamarra 1988: 101), en un tipo de política que ya había sido utilizada con éxito por el MNR. El vecindario autoritario latinoamericano también lo convence de poder apoyarse sin mayores problemas en la represión abierta. El ex presidente general Torres fue asesinado en Buenos Aires en 1975 y, aunque el crimen no fue jamás develado, todos los indicios apuntaron al gobierno en La Paz que se deshacía de un general opositor y ex-Presidente.

Hacia la segunda mitad de los setenta los buenos auspicios de la economía se detuvieron y Banzer sufrió un severo recorte en los recursos que había venido utilizando para mantener controlada a una sociedad civil boliviana tremendamente movilizadora (Klein 2003: 233). Banzer convoca a elecciones para calmar la situación. Primero intenta ser candidato pero luego ante las protestas retira la propuesta. Frente a la imposibilidad de ser él mismo candidato propone que el General Pereda sea su candidato “de confianza”. Pereda también era cruceño lo que evidenciaba una voluntad de parte de Banzer de no romper sus vínculos con la elite periférica regional. Aún así, esta relación colapsa y el derrocamiento de Banzer en 1978 se trama también en Santa Cruz y se concreta con un pronunciamiento de las Fuerzas Armadas con sede en aquel departamento (Roca 2007: 167).

Retomemos las principales ideas en cuanto a las relaciones entre centro y periferia bajo el periodo que hemos estudiado. Como cada cambio de régimen, el de Banzer también implicó un reacomodo de las relaciones entre el Estado y las distintas elites, beneficiando a algunas y torpedeando otras. El periodo de autoritarismo boliviano puede ser dividido en dos. Una primera parte que va de 1964 a 1971 donde la periferia

marginal, el mundo campesino boliviano, es explícitamente fortalecida en distintas dimensiones. Políticamente a través del Pacto Militar-Campesino y económicamente a través de la estabilidad de algunas de las conquistas sociales adquiridas con la reforma agraria de 1953. Socialmente, esta elite marginal también fue fortalecida: si en 1950 el 67,9% de la población boliviana era analfabeta, en 1976 ya solo los es el 37,3% —y si solo tomamos el universo masculino es 24,8% (Lavaud p.180). A través de estas medidas, el campesinado se convirtió en una fuerza del *statu quo* o, en el lenguaje marxista de Régis Debray, « une large fraction de la paysannerie moyenne devienne l'armée de réserve de la bourgeoisie contre-révolutionnaire et de son substitut et successeur à la tête de l'État à partir de 1964: Les forces armées » (Debray 1974:69). En definitiva, fraguó una alianza entre los herederos de la revolución y sus beneficiarios.

La segunda parte se corresponde con la administración Banzer (1971-1978) y consolida a la periferia regional cruceña. Políticamente, a través de su participación directa —por primera vez— del ejecutivo nacional obligándolos a pasar de la protesta regionalista a la acción nacional y construyendo simultáneamente un discurso autonomista reivindicativo; económicamente al otorgarle una serie de ventajas bajo formas de créditos, de concentración de tierras y fondos centrales dirigidos hacia el oriente. Como en el caso peruano, esta larga época de autoritarismo debilita a las elites anti-oligárquicas pues sus vehículos partidarios son prohibidos. Más allá de una puntual participación en el Ejecutivo al inicio del gobierno de Banzer, ellas no tuvieron ninguna injerencia en los asuntos públicos bolivianos. Las elecciones quedaron suspendidas y carecían de los mecanismos para participar de la vida pública. Y sin acceso al poder no tenían forma de mantener sus lazos de la manera en que tradicionalmente lo habían hecho: otorgando empleos en el Estado. Eran ahora los militares, más bien, quienes habían hecho del Estado un botín de empleos sumado a una larga política de prebendas para los sectores sociales más deprimidos.

En última instancia a la salida del Banzerato nos encontramos en un país donde los lazos entre partidos políticos y sociedad civil se han debilitado. Primeramente, más bien, los intereses de dos periferias diferenciadas, distanciadas y fortalecidas por sus relaciones privilegiadas con un centro autoritario y militar. Y, por tanto, las

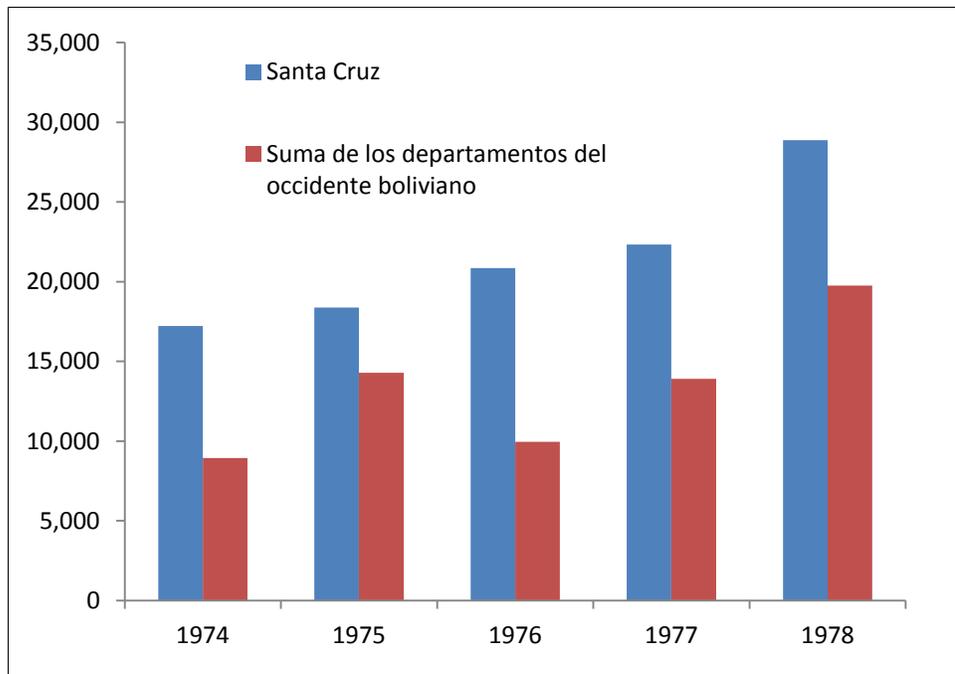
instituciones representativas tradicionales de la democracia liberal –los partidos políticos— quedan muy debilitados frente a tal situación. Sin embargo, si bien se carece de vehículos representativos modernos, sí ha emergido un electorado moderno. El desafío, tanto para Perú como para Bolivia, durante la democracia de los ochenta será canalizar a este nuevo electorado integrado y fortalecido, con instituciones democráticas partidarias que vienen de un exilio largo y que no han tenido tiempo para madurar su relación con este nuevo electorado.

### *La estructura espacial*

El largo periodo autoritario boliviano también tuvo consecuencias en la segunda dimensión que estudio en esta tesis, el plano espacial. La forma en que se distribuía la riqueza sobre el país varió y la distribución demográfica sobre el territorio también se alteró. Comencemos por el ámbito económico.

En el ámbito económico se consolidó la tendencia que ya habíamos constatado en el periodo revolucionario, vale decir, el Estado central decidió apuntalar el desarrollo del oriente boliviano, en especial el de Santa Cruz. Esto generó una inequidad entre los recursos recibidos por este departamento respecto del resto de departamentos bolivianos en varios rubros. Durante los años setenta, al crearse las CORDES para que el Estado central, conjuntamente con los departamentos, propulsara su desarrollo. La forma en que dichas corporaciones fueron financiadas favoreció un crecimiento desigual de los departamentos bolivianos y fue impulsando una prosperidad asimétrica entre Santa Cruz y los otros departamentos bolivianos y en especial respecto del occidente boliviano. Esto resulta evidente con el siguiente cuadro:

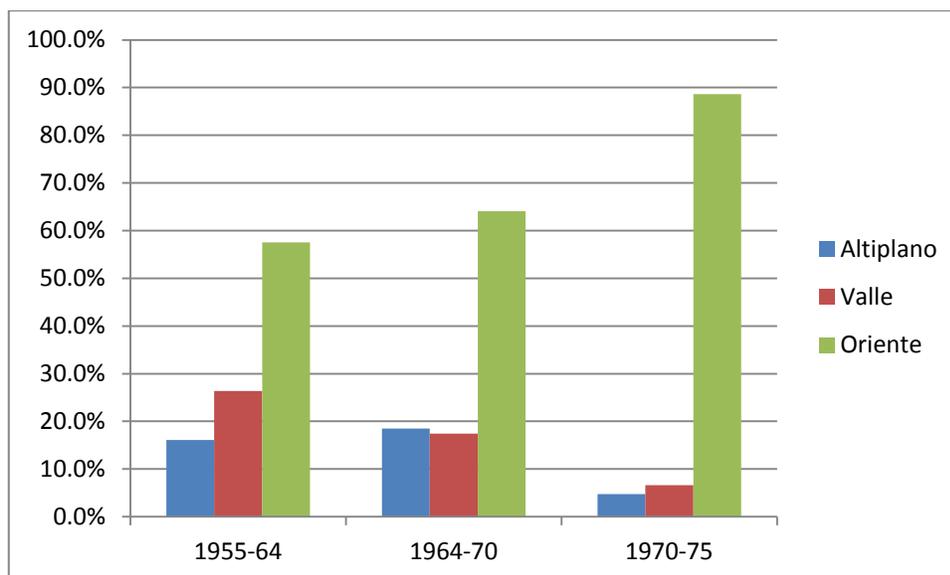
**Gráfico 11. Recursos destinados a las CORDES de los departamentos bolivianos (en miles de USD)**



Fuente: Roca 2007: 192, 193. Elaboración propia.

No fue distinta la situación respecto de la distribución de créditos agrícolas en el país. Como he adelantado en la sección anterior, estos créditos destinados a Santa Cruz fueron tantos (y sin intereses) que alcanzaron para desarrollar, a la sombra, otros sectores económicos, además del agropecuario que era el supuestamente único destinatario. Así fue que se dinamizó la construcción; y otra parte de los créditos se depositó en bancos en el extranjero.<sup>167</sup> El otro lado del país, el altiplano occidental, fue el perdedor en dicho proceso crediticio, situación que se inauguró en 1952 pero que se consolidó y agravó durante el Banzerato que he desarrollado. El siguiente cuadro presenta la distribución de créditos agrícola por zonas en Bolivia.

<sup>167</sup> (Malloy & Gamarra 1988: 101).

**Grafico 12. Distribución de créditos agrícolas por zonas del país**

Fuente: Dunkerley 1984: 221. Elaboración propia.

Este cuadro dividido en regiones naturales, aunque ya es de por sí revelador, también oculta que los departamentos del oriente que se beneficiaron de estos créditos fueron Beni y Santa Cruz, pues captaron el 90% de los créditos agrícolas distribuidos en los años del General Banzer. Por si fuera poco, un gran porcentaje de estos créditos no fueron devueltos por lo cual, en la práctica, Santa Cruz había recibido regalos del gobierno central.<sup>168</sup> Esta política central dio frutos certeros a mediados de los años setenta cuando Bolivia exportó por primera vez azúcar y algodón producidos en Santa Cruz. Esto, sin ninguna duda, comenzaba a mostrar una nueva potencia económica y productiva en el país que era ajena a los tradicionales minerales bolivianos y, geográficamente, ajena al occidente boliviano.

Desde luego, el enriquecimiento de la región no provino exclusivamente de la ayuda estatal. La actividad privada también empezó a desplazarse hacia el oriente boliviana como centro de operaciones. Si ya habíamos visto que en los años de la revolución nacional catorce empresas internacionales se asentaron en Santa Cruz,

<sup>168</sup> En 1979 el 69% de las deudas no pagadas al Banco Agrícola Boliviano provenían de familias cruceñas.

durante el Banzerato llegaron sesenta y siete nuevas empresas privadas (Lavaud 1991: 204) y el clima de los negocios y financiero se dinamizó lo cual, nuevamente, contrastó con la situación del altiplano.

La disminución de la importancia del occidente boliviano, en general, y de La Paz, en particular, se acentuó también debido a una transformación en la estructura productiva del país. Bolivia había dependido tradicionalmente de los minerales ubicados del lado occidental del país, pero en los años sesenta y setenta florecieron las ganancias de recursos que estaban asentados en el lado opuesto del país: principalmente el petróleo pero también el gas. En 1972 el gas boliviano representa por primera vez el 4% de las exportaciones bolivianas (Klein 2003: 232). De manera conjunta, ambos hidrocarburos pasaron de representar el 5,7% de las exportaciones bolivianas a inicios de los años sesenta a ser el 31,6% en 1975, lo cual generó que la empresa estatal Yacimientos Petroleros (YPFB) pasase de tener unas ganancias por 18 millones de dólares en 1970 a 96 millones en 1976 (Dunkerley 1984: 223). Este boom petrolero que benefició a Bolivia, y aún más a Santa Cruz, fue paradójica y parcialmente, fruto de una medida que Santa Cruz había resistido y boicoteado: la nacionalización de la GOC. El general Torre la había nacionalizado en 1969 y Banzer no había conseguido revertir dicha nacionalización, por lo cual, cuando los pozos que había hecho la GOC empezaron a dar ganancias espectaculares, estas ganancias se quedaron completas en Bolivia, sin haber invertido un solo dólar en las perforaciones, sin compartirlas con la empresa minera, y Santa Cruz terminó siendo, en el corto plazo, el mayor beneficiado de aquella medida nacionalista que había combatido.

Durante los años setenta Bolivia está cambiando, imperceptiblemente, de centro económico. La Paz se debilita calladamente y Santa Cruz fortaleciéndose con idéntico sigilo. Nadie se lo propuso explícitamente pero ahí están las cifras para avalarlo: en 1970 el altiplano aportaba el 90,7% de las exportaciones bolivianas y Santa Cruz 6,1%; en 1974 los números habían mutado a 60,1% para el altiplano y 38,8% para Santa Cruz (Roca 2007: 166). Finalmente, el dato económico más palpable para el periodo era la pérdida de importancia del occidente productivo: “[...] the outstanding fact of the 1970’s was the decline of the mining sector” (Malloy & Gamarra 1988:105).

**Tabla XV. Composición regional de las exportaciones bolivianas**

Exportación total	1970		1974	
	USD millones	%	USD millones	%
	225,6	100	642,5	100
<b>Minería (Altiplano)</b>	204,7	90,7	386,1	60,1
<b>Petróleo y productos agropecuarios (Santa Cruz)</b>	13,9	6,1	249,0	38,8
<b>Otras exportaciones</b>	7,0	3,2	7,4	1,1

Fuente: Roca (2007: 166)

Un segundo factor en la alteración del espacio político en Bolivia se da por los cambios demográficos. El oriente había sido habitualmente una tierra despoblada pero en los años setenta se confirma que la tendencia viene revirtiéndose. Desde los años cincuenta en que la ley de reforma agraria consideró que parte de esta reforma consistía en generar un flujo migratorio de occidente hacia oriente, las tierras bajas empezaron a recibir campesinos que llegaban para cultivar la inabarcable tierra oriental. Así, al final de los setenta el 77% de los habitantes del departamento de Santa Cruz habían nacido en algún otro departamento boliviano (Klein 2003). Aunque destinada al campo en su mayor parte, la presencia de esta nueva población en el oriente boliviano también dinamizó las ciudades orientales y en especial, a la ciudad de Santa Cruz, donde de pronto la construcción urbana se disparó y junto a ella apareció un sector manufacturero (Klein 2003: 229). Asimismo, es importante constatar que la pérdida de importancia demográfica por parte de La Paz, del centro tradicional y occidental del país, generó como contrapartida el desmedido crecimiento de Santa Cruz como ciudad. Es decir, la importancia demográfica que pierde La Paz no se distribuye entre muchas ciudades bolivianas, ella se concentra fundamentalmente, en un punto oriental que es la ciudad de Santa Cruz. Comienza la acumulación que habrá de terminar por ser una “concentración intolerable”. Esto es importante porque más adelante veremos que un

contraste importante entre el proceso peruano y boliviano en la construcción de la “estructura espacial de oportunidades” está relacionado con que en el Perú cuando Lima comience a perder proporcionalmente importancia demográfica no lo hará respecto de una ciudad ni de una región en particular sino de muchas ciudades. En el Perú ninguna región o ciudad se hará de una “concentración intolerable” de recursos.

De esta manera, durante los años de autoritarismo boliviano las proporciones demográficas entre la Bolivia occidental y oriental comenzaron a alterarse rápidamente. Es el inicio de la crítica aparición de un “aspirante a centro”. Sin embargo, en la medida en que las proporciones aún eran disparejas y que, sumado a esto, no había elecciones en las cuales se manifestaran estos cambios demográficos y los incipientes discursos políticos, la alteración no resultaba aún perceptible. Habría que esperar algunos años para que suceda.

## **Perú. La revolución desde arriba (1968-1975)**

*Bueno, al menos durante mi gobierno a la oligarquía le hemos dado  
en forma tal que la hemos deshecho.*  
General EP Juan Velasco Alvarado<sup>169</sup>

*En este proceso todos los civiles somos infiltrados.*  
Funcionario del régimen de las FFAA<sup>170</sup>

En términos institucionales y cronológicos el periodo peruano que analizo en este capítulo se corresponde casi con exactitud al del general Banzer en Bolivia. Son los años setenta y sus autoritarismos sostenidos en la organicidad de las instituciones armadas. En términos de sus aspiraciones sociales y de las políticas públicas que ponen en práctica, en cambio, será el equivalente peruano de la antigua Revolución Nacional boliviana de 1952. A diferencia de ella, no será un movimiento empujado por unas elites civiles anti-oligárquicas sino por unas Fuerzas Armadas herméticas y

---

<sup>169</sup> Velasco en entrevista con César Hildebrandt (Hildebrandt 2009: 99).

<sup>170</sup> Citado en Pease (1979: 93).

desconfiadas de cualquier participación civil, tanto a nivel de individuos como de organizaciones (partidarias o sindicales). De manera similar, ambos procesos fueron impulsados desde una postura centralista y nacionalista, aunque el centralismo y nacionalismo boliviano diese emergencia inesperadamente a una serie de periferias con intereses divergentes y ajenos al centro. El centralismo y autoritarismo de la revolución peruana eliminó la mayoría de instituciones que permitían que las distintas elites periféricas fueran parte importante de la vida política del Perú. Este capítulo da cuenta de este periodo en que la estructuración de una política de tensión y relaciones entre centro y periferia en Perú se alteró sustancialmente inclinando la balanza hacia un centralismo que marcará la política peruana en el futuro.

El 3 de octubre de 1968 ocurrió un golpe de Estado largamente esperado. Las Fuerzas Armadas tomaron el poder y las cosas volvieron a la “normalidad” —como dijo alguna vez poeta peruano a propósito de otro golpe de Estado. Pero esta normalidad no fue tan normal. Aunque habituados a los golpes de Estado, los peruanos nunca habían sido testigos de uno alentado por un ímpetu reformista y contrario a los intereses de las elites oligárquicas. Este no era un golpe como otros del siglo XX (uno contra la amenaza aprista y/o reformista). Por el contrario —y paradójicamente—, fue un golpe contra la posibilidad de que el aprismo anquilosado, añoso y reacio al reformismo, desde al menos una década, ganase las elecciones de 1969 y se perdiese así, para siempre, la esperanza de un gobierno reformista en el Perú.

Durante los años sesenta, los militares no habían gobernado, ninguna escaramuza ni guerra con un país vecino les había sacado de los cuarteles y habían dedicado su tiempo a estudiar la realidad del país. Solo habían dado un golpe de Estado en 1962 manteniéndose en el poder por breves meses. Aquellos meses, sin embargo, fueron cruciales pues los militares se vieron obligados a realizar una primera y focalizada reforma agraria en el valle de La Convención, en el Cusco, donde se habían organizado gigantescas movilizaciones campesinas y tomas de tierras.<sup>171</sup> De otro lado, la única intervención militar que debieron realizar fue la de sofocar una guerrilla comunista en la selva peruana en 1965 que, más allá de la derrota rápida que

---

<sup>171</sup> La fuente imprescindible para aquel movimiento es el reportaje Neira [1964] (2007).

infligieron a aquel grupo de románticos guevaristas peruanos sería decisiva en la conciencia militar. Entonces, aquella experiencia de reforma agraria puntual, la intervención breve contra la guerrilla y los años de estudio de la realidad peruana fueron determinantes para el golpe de Estado de 1968. Las Fuerzas Armadas se convirtieron en lo que Alfred Stepan llamó en su notable libro sobre el Perú, a *new strategic elite* (Stepan 1978: capítulo 4). Los militares se convencieron de las reformas drásticas que el país requería para aliviar las condiciones desiguales en el Perú rural y así evitar un levantamiento campesino generalizado bajo una organización comunista. Y se habían convencido también de que nadie más que ellos realizarían dichas reformas. Un cambio adicional en estas Fuerzas Armadas peruanas al finalizar los años sesenta estuvo dado por el hecho de que muchos oficiales surgidos de sectores marginales de la sociedad peruana habían alcanzado las posiciones más altas del escalafón militar. Como sugiere Alain Rouquié, la presencia de militares « pobres » ayudó a que aparezcan « sensibilidades particulares » en las Fuerzas Armadas.<sup>172</sup> Finalmente, en el plano internacional, los años cincuenta, la revolución boliviana y la cubana, habían demostrado que las revoluciones podían satisfacer viejos anhelos campesinos en países con una población rural importante e inequidades drásticas en la distribución de la tierra. Al final de 1968 los militares peruanos buscaron impedir el levantamiento generalizado y comunista a través de un régimen militar y reformista. Para volver a decirlo con Tocqueville, hacía falta deshacerse del antiguo régimen a la fuerza, aun cuando aquel antiguo régimen viniese ya debilitándose lentamente. La democracia institucional sucumbió en nombre de la democracia social; la ajustició el anhelo desordenado *des égalité de conditions*. Más que derechos, era un país que, como el de Tocqueville, reclamaba reformas. Y llegaron.

Como mostré en el capítulo anterior una serie de cambios habían operado en el Perú en el periodo democrático de 1956-1968. En especial, una nueva elite reformista, periférica y anti-oligárquica había adquirido una presencia importante en el Perú tanto a nivel del Poder Ejecutivo como en la arena subnacional donde sus representantes consiguieron hacerse de decenas de municipios, al mismo tiempo las elites periféricas y oligárquicas habían sido reducidas a una condición de *veto player*, sobre todo a través

---

<sup>172</sup> Rouquié 1978.

de la representación parlamentaria de tipo territorial. Fue la última vez que la cuestión regional apareció en la periferia peruana. Así, políticamente, las elites oligárquicas se debilitaban a la par que sus principales fuentes de ingresos e importancia económica también perdían importancia. Sin embargo, esta renovación lenta de elites y de sus posiciones en el Estado no implicó de ninguna manera la desaparición de las elites oligárquicas, como había sucedido en Bolivia en 1952. Ya he mostrado la forma en que desde el senado los representantes de estas elites bloquearon todo intento de reforma agraria así como el de aumentar impuestos en el Perú, contando con el decidido apoyo del APRA que hizo suyo el lema “no más impuestos”.<sup>173</sup> Las fuerzas armadas en 1968 actuaron para que esos *veto players* no continuaran impidiendo la democratización social. Lamentablemente, en su ímpetu reformista y anti-oligárquico también petardearon las avenidas de la democracia liberal. No solo las elites oligárquicas serían desterradas del poder político, también las anti-oligárquicas así como todo movimiento popular no auspiciado por el gobierno militar, dejando secuelas y legados en la construcción de la competencia política peruana en términos de relaciones entre centro y periferia. Ni las elites oligárquicas ni las anti-oligárquicas quedaron indemnes tras el *blitzkrieg* centralista y autoritario.

En este apartado no busco hacer un análisis del conjunto del gobierno “revolucionario” de las Fuerzas Armadas en el Perú entre 1968 y 1980. Ni siquiera del conjunto de los años más reformistas (1968-1975) en que el régimen fue liderado por el General Velasco.<sup>174</sup> Aquí lo que interesa de los años del régimen de Velasco es la forma en que éste modifica las relaciones entre centro y periferia en el Perú. Específicamente, en el impacto que este régimen ocasiona sobre las tres elites que hemos venido estudiando, las cuales poseían al inicio de este régimen unas formas particulares de vincularse con el centro al amparo de una particular correlación de fuerzas entre ellas.<sup>175</sup> Lo que busco argumentar es que durante este gobierno tanto la

---

<sup>173</sup> Durante el gobierno de Belaúnde (1963-68) el APRA respaldó las posturas de los agro-exportadores y se pronunció por una reforma agraria “regionalizada”, pues no quería que se toque la moderna propiedad agrícola de la costa norte.

<sup>174</sup> De 1975 a 1980 el régimen militar pasó al mando del General Francisco Morales Bermúdez.

<sup>175</sup> La bibliografía sobre el régimen de Velasco es enorme. Ver por ejemplo, Lowenthal 1975; Lowenthal & McClintock 1983; Pease 1979; Philip 1978; Stepan 1978; Palmer & Middlebrook 1975. Neira 1996.

elite periférica oligárquica como la periférica y anti-oligárquica (y sus vehículos partidarios así como sus bases materiales) son las grandes perjudicadas por el centralismo tecnocrático que impone el gobierno militar. Las elites marginales y sus movimientos sindicales (urbanos y campesinos), por el contrario, se benefician de esta cerrazón militar pues pueden actuar radicalmente en los espacios que quedan libres y que, justamente, no son los espacios de representación liberal, sino propios del movimiento social. Este régimen, entonces, sacrifica la vida política social e institucional que vinculaba a centro y periferia de diversas maneras e inaugura un tipo de política centralista que habrá de durar por mucho tiempo en el Perú y que, mediante la eliminación de los mecanismos institucionales, vacía a la periferia de actores sociales oligárquicos y anti-oligárquicos, para hacer valer oír sus intereses. Al mismo tiempo liberó a millones de individuos en el campo de la dominación terrateniente; para esta nueva ciudadanía no cuajará ningún tipo de organización política partidaria o sindical autónoma que los vincule a un Estado militar y tecnocrático. En términos espaciales, es también un periodo donde, tanto económica como demográficamente, Lima irá ahondando su preeminencia sobre la periferia peruana. Como se ve, la trayectoria peruana da un giro que es un gran cambio tanto respecto de la forma en que se había articulado la política durante los cuarenta, cincuenta y sesenta en el país, pero también implica un gran cambio y un momento absolutamente divergente del que el General Banzer está enrumbando a Bolivia.

Entonces, observaré tres dimensiones del gobierno “revolucionario” de las Fuerzas Armadas que tuvieron un impacto importante en esta desarticulación de las relaciones entre centro y periferia en el Perú. En primer lugar, el exacerbado carácter “incivil” del régimen el cual dejó completamente de lado y marginada por 12 años a la elite anti-oligárquica que había venido cuajando en el Perú a través de partidos políticos modernos con estrechos vínculos con la periferia peruana. En segundo lugar, la eliminación de la elite periférica y oligárquica a través, sobre todo, de la Reforma Agraria, una reforma que redistribuyó más tierras que la reforma mexicana o boliviana (Klarén 2005: 415), solo comparable en agresividad con la cubana (McClintock 1984: 49). Finalmente, el intento fallido del régimen por “ordenar” la participación popular a través de un solo órgano de mediación auspiciado desde el Estado central despertó la

rebelión de los sindicatos que se resistían a ser encauzados en dichas instituciones corporativas. La combinación de estas tres posturas por parte del gobierno militar eliminó a las elites oligárquicas de asiento regional, debilitó a las anti-oligárquicas y periféricas, y al mismo tiempo radicalizó a los grupos de izquierda en la periferia peruana. El régimen fue efectivo en centralizar drásticamente el poder, en que el Estado creciera y se hiciera más fuerte y en aislar a todas estas variantes de elites regionales dejando como solitaria voz de las regiones a los grupos radicalizados que encontraban refugio principalmente, entre otras esferas, en las universidades públicas. Al cerrar el periodo, todos los vehículos periféricos y sus elites han quedado seriamente dañados. Solo queda la movilización espontánea y radical frente a un régimen centralista y *méfiant* de cualquier tipo de participación civil en los asuntos nacionales.

Comencemos el análisis del periodo por el actor principal: el gobierno revolucionario de las Fuerzas Armadas y su líder el General Juan Velasco Alvarado. El general Velasco fue central para el ímpetu del régimen por muchos motivos. En primer lugar, desde luego, debido a la jerarquía militar pues era el Comandante General de las Fuerzas Armadas al llevarse a cabo el golpe de Estado contra Belaúnde; pero también por motivos sociales, ideológicos y políticos. Socialmente, el general Velasco, como muchos militares, había nacido en la pobreza, en el precario barrio piurano de “Castilla” en el departamento más conservador del norte del Perú. Este origen popular le granjeó el mote de “resentido social” entre la elite peruana, acusado de odiar a los terratenientes por aquella niñez pobre en un departamento con importantes hacendados.<sup>176</sup> Ideológicamente, aunque no fuese un teórico, era un convencido de la necesidad de cierto tipo de reformas en el país que el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM) había venido proponiendo durante los años sesenta.<sup>177</sup> Muy importante también, aunque Velasco no era el típico líder carismático latinoamericano capaz de convocar multitudes, sí era muy carismático entre los militares lo que aseguraba la cohesión de las Fuerzas Armadas.<sup>178</sup> Finalmente, había recibido la

---

<sup>176</sup> Explícitamente, dice el ex hacendado Rafael Seminario: “Velasco era un resentido social. No era nuestra culpa que naciera pobre, ¿no?” Citado en Mayer (2009: 150)

<sup>177</sup> Para el discurso político de Velasco ver Velasco 1972.

<sup>178</sup> Entrevista personal con Hugo Neira.

influencia de la doctrina social-cristiana que le hacía anhelar reformas en busca del bien común, tanto como rechazar las doctrinas comunistas,

“¿Por dónde voy a salir comunista? Yo he sido militar toda mi vida [...] Yo tenía ciertas simpatías hacia la Democracia Cristiana. El único partido que tenía puntos de vista precisos y concretos era la Democracia Cristiana. Los demás eran puro blábláblá.”<sup>179</sup>

Además, el general Velasco fue pieza crucial del régimen debido a su habilidad política ya que consiguió transformar un golpe militar impulsado inicialmente por el Ejército en un régimen institucional de las Fuerzas Armadas en el que se incluyó también a la Fuerza Aérea y a la Marina. Este liderazgo, finalmente, fue patente cuando en 1973, tras más de cuatro años de gobierno, Velasco cayó enfermo. En términos de sus dos asesores civiles más cercanos y reformistas, con Velasco debilitado la situación sería, inevitablemente, el inicio del fin pues era él quien empujaba la agenda reformista en el gobierno.<sup>180</sup>

En cuanto a su desconfianza respecto de la participación civil de los asuntos públicos y su total confianza en la tecnocracia militar, fue un genuino representante de los RBA (O'Donnell 1973). No se asemeja a aquellos regímenes, hay que subrayarlo, por sus políticas represivas que fueron inocuas en comparación a sus pares del Cono Sur, sino por la creencia arraigada de que las Fuerzas Armadas eran la única institución con un plan real y eficaz para transformar el país. En este punto, McClintock (1983) ha mostrado agudamente esta desconfianza ideológica y profunda de parte de los militares peruanos respecto de toda forma de representación política que no fuera la vertical, así como su rechazo a cualquier tipo de participación popular.<sup>181</sup> Con James C. Scott podríamos llamarle al experimento peruano un ejemplo de “*high modernist authoritarianism*” (Scott 1998).

Ahora bien, ¿cómo se manifiesta esta ideología de la “desconfianza” en cualquier otro grupo social que no fueran las Fuerzas Armadas? Para reconocer este punto he reconstruido las hojas de vida de los ministros en tres de los ministerios clave en el gobierno velasquista (Primer Ministro, Ministerio de Hacienda y Ministerio de

<sup>179</sup> Velasco Alvarado en entrevista con César Hildebrandt, Hildebrandt (2009: 101-2)

<sup>180</sup> Ver testimonios de Carlos Franco y Carlos Delgado en Manrique (2009: 382-3).

<sup>181</sup> Esta es la razón por la cual McClintock se niega a otorgarle a este proceso el carácter de “revolucionario”.

Agricultura). El detalle de esta reconstrucción se encuentra en el Anexo 2. Aquí valga anotar que en el Ministerio de Agricultura, los siete ministros que ocuparon el cargo entre 1968 y 1980 fueron militares, y todos ellos del Ejército.<sup>182</sup> De los ocho ministros de economía que hubo, cinco fueron militares y los civiles que pasaron por dicho ministerio (Luis Barúa, Walter Piazza y Javier Silva Ruete) solo ocuparon el cargo en la segunda fase del gobierno militar, vale decir, cuando el general Velasco ya había dejado el poder y la etapa reformista del régimen había concluido. Finalmente, el cargo de Primer Ministro corrobora esta imagen de un régimen enteramente militar pues los ocho primeros ministros para el periodo provinieron de las Fuerzas Armadas. A esto debemos agregar que el muy poderoso Comité de Asesoramiento de la Presidencia de la República (COAP) que despachaba directamente con el General Velasco también estuvo siempre, enteramente constituido por militares de confianza del Presidente. El análisis de estos espacios de decisión e influencia (cuya tendencia es la misma en todos los otros ministerios) da una imagen de la impermeabilidad a lo civil que desarrolló el Gobierno de las Fuerzas Armadas, tanto en su primera y reformista etapa como en la segunda cuando las reformas amainan bajo el mando del General Morales Bermúdez. Si bien uno podría pensar que esta tendencia es natural en un gobierno militar, la amplitud de esta tendencia tecnocrático-militar y “alérgica” a toda intrusión civil fue bastante más elevada en el Perú que en otras dictaduras de este tipo. Según Alfred Stepan, en una comparación con el régimen militar de Brasil (inaugurado en 1964) y el de Nasser en Egipto, el hermetismo militar peruano fue bastante más agudo. En Egipto el 64,4% de quienes tuvieron cargos importantes en aquel régimen fueron civiles y en Brasil varios ministerios importantes (Finanzas, Planeamiento) estuvieron únicamente en manos de civiles.<sup>183</sup>

Entonces, esta dimensión burocrático-militar exacerbada del régimen alejó por doce años a las fuerzas civiles, no solo del ejercicio del poder, sino, aún más grave, de toda competencia política. Este episodio, además, es útil para darnos cuenta de la porosidad del Estado respecto de la sociedad. En cada periodo que he analizado hasta ahora, las elites que consiguen hacerse del poder logran ocupar los puestos clave del

---

<sup>182</sup> Aquí no buscamos mostrar las diferencias ideológicas entre los militares en el poder, el lector interesado puede encontrarlo en North 1983 y Philip (1978: capítulo 3).

<sup>183</sup> Stepan (1978: 313).

Estado e intentan así imponer unas políticas determinadas. El éxito en la aplicación de estas políticas es menos relevante para nuestro argumento que la constatación de la forma en que los cambios de régimen permiten la renovación de las elites a cargo del Estado y, por ende, de las políticas públicas que se llevan a cabo. A la distancia, cabe preguntarse si lo que Stepan (1978) constató en la coyuntura velasquista como una “autonomía del Estado peruano” era realmente una autonomía respecto de la sociedad o si solo era una nueva incursión de una nueva elite social en el aparato estatal. Nuestro ejercicio de rastreo de ministerios clave en los tres periodos (el gobierno de Pardo y el de Belaúnde en el capítulo anterior, y el de Velasco aquí) propone que, más que autonomía, tenemos la imagen de un Estado que es al mismo tiempo actor y presa de la competencia política sin que llegue a ser un tercero imparcial y autonomizado de la sociedad.<sup>184</sup> Tal vez el problema del diagnóstico de Stepan y la “autonomía del Estado velasquista” era observarlo como algo detenido en el tiempo y no haber observado la relación entre Estado y sociedad que, a cada cambio de régimen, permeaba y renovaba las elites a su cargo en una dinámica más cercana a la del Estado en permanente reconfiguración con las fuerzas sociales (Migdal 1988; Migdal 2001). Al haber reconstruido los perfiles político-profesionales de los ministros a cargo de los ministerios de sectores productivos más importantes de 1956 en adelante se corrobora nuestra tesis de que el Estado es penetrado a cada tanto por distintas elites las cuales se activan o desactivan, son favorecidas o desfavorecidas, según los cambios de régimen.

Lo concreto es que con esta política tecnocrático-militar se cerraron todas las vías para continuar con la participación política de las elites anti-oligárquicas que habían cobrado importancia durante los sesenta. Ni podían participar del Poder Ejecutivo ni tenían ya las elecciones sub-nacionales que, como vimos, habían inaugurado un espacio importante de fortalecimiento para ellas. Muchos de los miembros de estas elites fueron deportados y los que se mantuvieron en el Perú debieron dedicarse a la actividad privada. Los pocos civiles que trabajaron con el gobierno de las Fuerzas Armadas eran de dos tipos. De un lado, quienes pertenecían bien a la DC, bien al MSP, ambos partidos de “cuadros” sin mayor capacidad de movilización; del otro lado, civiles a título individual para quienes,

---

<sup>184</sup> Ver Anexos 1 y 2.

“[...] to incorporate himself into the government meant to remain subordinate to the authority of the armed forces and to the principle of their unity, which was bureaucratically (and not politically) maintained” (Pásara 1983: 329).

El régimen militar sostuvo la tesis del no-partido, vale decir, apeló abiertamente a la futilidad de contar con un vehículo partidario propio y el boicot hacia los existentes. En especial respecto del APRA de quien, aunque eran conscientes de haber tomado algunas ideas, desconfiaban como organización:

“Again and again the military has insisted that being a militant within the revolution is incompatible with membership in any political party.” (Stepan 1978: 148).

Finalmente, esta política deliberada de debilitamiento de los partidos y la incapacidad de estos para acceder al poder estatal en cualquiera de sus instituciones mermó la influencia y vinculación de los partidos nacionales con los sindicatos pues, de un lado, el gobierno militar impedía que los líderes sindicales vinculados a algún partido (especialmente apristas y comunistas) se hicieran de posiciones importantes en la organización social y, en segundo lugar, porque los partidos nacionales perdieron la capacidad de *patronage* sobre los sindicatos y sus líderes ya que no tenían más acceso a fondos parlamentarios o del Poder Ejecutivo. De esta manera, los líderes sociales de base de origen partidario, perdieron apoyos pues al participar o intentar participar en la organización sindical, los militares los percibían como “partidarios”, los partidos los percibían como “colaboracionistas” con el régimen y, en definitiva, ante estas percepciones, los trabajadores terminaron percibiéndolos como unos agentes problemáticos y sin influencia clara y concreta sobre ninguna de las estructuras nacionales ante las cuales debían velar por sus intereses.<sup>185</sup> De hecho, al preguntarle recientemente al Secretario General del APRA por la causa de la debilidad contemporánea del partido para permear la sociedad peruana, no tiene dudas en señalar que esta debilidad se origina durante el gobierno de Velasco:

“Se perdió la columna vertebral funcional, y el partido se quedó con la organización territorial como única columna sólida la territorial, entonces para un intelectual especialista, por ejemplo, en irrigación, él no tiene ningún interés en ir al comité de su barrio porque ahí no se toca este tema. Esto es porque se perdió la funcionalidad de la organización. Ya no tienen dónde juntarse con los ingenieros; los sindicalistas tampoco tenían ya donde reunirse. Sufrimos una crisis de representación como consecuencia del

---

<sup>185</sup> Ver el análisis de Bourque & Palmer (1975) sobre *the problem of national linkage*.

golpe fuerte que nos dio el gobierno Velasco... Velasco al destrozarnos nuestras organizaciones funcionales, que las teníamos hasta ese momento muy fuertes en el ámbito universitario, sindical y gremial, nos hizo polvo y no pudimos recuperarnos ni siquiera en época del primer gobierno del APRA.”<sup>186</sup>

Ahora bien, además de haberle recortado el acceso a las instituciones estatales, a recursos que permitían sostener una organización partidaria vinculada a la sociedad y en especial a los sindicatos, el gobierno de las Fuerzas Armadas también socavó a estas elites anti-oligárquicas en términos políticos e ideológicos pues les venía a robar las banderas reformistas y anti-oligárquicas. Cuando Velasco decreta la Reforma Agraria en junio de 1969 dirá explícitamente que la medida se hace por culpa de quienes estaban en el poder “hasta hace diez meses” y no fueron capaces de hacer las reformas que el país demandaba. Bajo esa formulación, sin distinciones de tipo partidario ni de orientaciones ideológicas, el gobierno ponía en el mismo nivel a todas las organizaciones políticas existentes previas al golpe de Estado y erosionaba su legitimidad anti-oligárquica. Esto fue especialmente duro para AP que había fracasado en su impulso de la Reforma Agraria por vías democráticas. Cuando llegó el golpe y la reforma agraria sus militantes no supieron cómo reaccionar, ¿debían oponerse al gobierno por autoritario o debían apoyarlo pues realizaba la reforma largamente esperada? “La mayoría apoyamos la Reforma Agraria de Velasco en silencio”<sup>187</sup>, afirma hoy el viejo dirigente acciopopulista del Cusco Teodoro Portugal, lo cual evidencia el problema de legitimidad con el cual se enfrentaron los partidos anti-oligárquicos frente a este gobierno de las Fuerzas Armadas.

El caso del APRA y Haya de la Torre es también bastante significativo de aquel momento. A pesar de que Haya de la Torre llevaba al menos una década de conversión conservadora y de haber socavado toda posibilidad de reforma agraria y tributaria en el Perú durante el periodo 1956-1968, en la época del gobierno de Velasco el viejo líder quiso reivindicar el furor reformista original del partido aprista al reclamar como propias y originales las reformas que el gobierno de Velasco venía implementando. Veamos dos declaraciones de Haya de la Torre en aquella época:

---

<sup>186</sup> Entrevista personal con Mauricio Mulder, Secretario General del APRA.

<sup>187</sup> Entrevista personal con don Teodoro Portugal.

“Este es el fenómeno de la llamada “revolución peruana”: el programa enhestado por la Fuerza Armada en esta época, que hay que reconocerlo y hay que decirlo con gallardía y con sinceridad, es el mismo programa del Partido Aprista de 1931.”<sup>188</sup>

“Hemos dicho que estamos listos a cooperar en toda transformación del Perú, que no nos podemos oponer a ninguna de las reformas propuestas porque son todas nuestras, porque todas han salido de nuestro programa.”<sup>189</sup>

Más importante que imputarle un comportamiento acomodaticio a Haya de la Torre, resulta constatar la precaria situación política en la que quedaron los vehículos políticos de la elite anti-oligárquica. De pronto Haya de la Torre debía bucear en un añejo pasado reformista (¡en la década del treinta!) para así poder “compartir” de alguna manera los éxitos reformistas de la revolución que llevaban a cabo los militares. Vale decir, en términos ideológicos, las reformas de los militares debilitan la legitimidad de los partidos anti-oligárquicos con lo cual, el régimen no solo les ha amputado los mecanismos de participación a través de los cuales pueden obtener recursos y cuotas de poder para su supervivencia, sino que a nivel subjetivo también les ha decapitado su *raison d'être* anti-oligárquica. De esta manera, en esta etapa, según el intelectual arequipeño Alipio Montes, se agotan las banderas de la descentralización y el regionalismo y se priorizan las demandas por el desarrollo económico.<sup>190</sup>

Si las elites anti-oligárquicas y sus vehículos partidarios quedaron muy mal paradas frente al “experimento peruano” (Lowenthal 1975), las oligárquicas sufrieron el embate con mayor rudeza. Como mostré en el capítulo precedente, estas elites ya venían debilitándose desde los años cincuenta, tanto en términos económicos pues la agro-exportación había poco a poco disminuido su importancia, pasando de ser la fuente principal de divisas para el Estado para ser superada ampliamente por la pesca y la minería. En términos políticos, ámbito en el que la elite oligárquica había dejado de ser una fuerza dominante tradicional para devenir en un mero *veto player*, durante el gobierno de Velasco esta elite prácticamente desapareció (Malpica 1976). Su descalabro provino, en primer lugar de una situación compartida con la elite anti-oligárquica: sus vehículos políticos (el Movimiento Democrático Pradista y la UNO) dejaron de participar en las instituciones políticas del país. No podían ejercer su poder

<sup>188</sup> Citado en Manrique (2009: 378).

<sup>189</sup> Citado en Manrique (2009: 378).

<sup>190</sup> Entrevistas personales co Alipio Montes y Carlos Leyton.

de veto como lo habían hecho durante el gobierno de Belaúnde pues, como he mostrado, a cada cambio de régimen hay elites que pierden y hay otras que ganan, hay elites que se activan y hay las que se desvanecen.

Sin embargo, más que su debilitamiento político representativo lo que sucumbió fue su capacidad de influencia sobre el régimen político. Ya en el pasado, bajo otros regímenes dictatoriales, la elite oligárquica había conseguido no perder su poder de influencia a pesar de no contar con mecanismos representativos de la democracia electoral. En esta ocasión, en cambio, lo que se debilita sustancialmente es su capacidad de influencia.

Un buen ejemplo puede ilustrar esta pérdida de influencia. Tras el golpe de Estado de Velasco y sus primeras medidas anti-oligárquicas, el ex presidente Mariano Ignacio Prado se reunió con el Presidente Velasco para presentarse ante él como un ejemplar de la burguesía nacional peruana que el país necesitaba pues ya que él nada tenía que ver con los terratenientes tradicionales y pre-modernos; el poder político y económico de la familia Prado, subrayó, giraba alrededor de las industrias textiles y del Banco Popular. Prado había sido Presidente dos veces (1939-1945 y 1956-1962) y era hijo del tristemente célebre Manuel Prado, Presidente del Perú durante la Guerra con Chile.<sup>191</sup> Como se ve, era una familia tradicionalmente vinculada al poder que ante el giro inesperado de la política peruana debía restablecer sus vínculos con el nuevo régimen. Sin embargo, aunque, el auto-diagnóstico de clase de Prado era certero (lo cual podría haber despertado la simpatía de militares interesados en tener una “burguesía nacional” y eliminar a los grandes terratenientes), el General Velasco no quiso ningún tipo de pacto con Prado pues éste era “el símbolo viviente de la oligarquía, el signo de toda una época a la que precisamente se quería dejar atrás. De ahí que resultaba absolutamente necesario distanciarse de aquellos grupos que con su sola presencia pudieran sugerir continuismo o connivencia de cualquier tipo” (Portocarrero 2008: 232). Así, de la misma manera en que el régimen le cerró las puertas en las narices a los Prado (la elite oligárquica más central y poderosa), se las

---

<sup>191</sup> La tristeza de su celebridad provenía de la vieja historia según la cual el patriarca de los Prado había ido a Europa durante la guerra para comprar armas sin que jamás regresase con las armas ni devolviese el dinero. Para este episodio y toda la saga de la familia Prado ver Portocarrero 2008.

cerró también a la elite oligárquica y periférica. Por cierto, antes del fin de la presidencia de Velasco, el grupo Prado estaba ya quebrado (Philip 1978: 133).

El 24 de junio de 1969 el régimen de Velasco decretó la Reforma Agraria de la cual se había hablado tanto en el país durante el siglo XX y de la cual se había perdido ya la esperanza de que alguna vez se realizara.<sup>192</sup> Un estudio de los años sesenta había encontrado que la distribución de la tierra en el Perú era de las más desiguales de América Latina, donde el 2% de las propiedades poseía el 85% de la tierra cultivable en el Perú (Lowenthal 1975: 23). En la región de la sierra donde no había agro-industria y las formas de trabajo no se habían modernizado, las haciendas grandes poseían el 75% de la tierra. Y en la costa, menos de mil propiedades acumulaban el 80% de la tierra.<sup>193</sup> La solución a tan grave problema —“la reforma agraria más radical de América Latina” (Mayer 2009: 29)—<sup>194</sup> no llegó como producto de una insurrección campesina, ni fue producto de una revolución comunista, ni la llevaron a cabo los vehículos de las elites anti-oligárquicas, ni resultaron tampoco de una negociación o cesión por parte de las elites oligárquicas. No. Llegó por un decreto militar anunciado por televisión nacional, que vale la pena citar en extenso:

“A partir de este venturoso 24 de junio, el campesino del Perú será en verdad un ciudadano libre a quien la patria, al fin, le reconoce el derecho a los frutos de la tierra que trabaja, y un lugar de justicia dentro de una sociedad de la cual ya nunca más será, como hasta hoy, ciudadano disminuido, hombre para ser explotado por otro hombre. [...] Solo así el Perú podrá superar su estancamiento y su retraso, que son ambos responsabilidad histórica de quienes hasta hace diez meses detentaron el poder político en nuestro país. [...] Las reformas profundas por las que tantos compatriotas han luchado, están ya en marcha. [...] La ley se orienta a la cancelación de los sistemas de latifundio y minifundio en el agro peruano, planteando su sustitución por un régimen justo de tenencia de la tierra que haga posible la difusión de la pequeña y mediana propiedad de todo el país. [...] para el caso de las empresas agro-industriales, la ley contempla la cooperativización a favor de sus servidores, pero garantiza el funcionamiento como una sola unidad. [...] ¡Campesino, el patrón ya no comerá más de tu pobreza!”<sup>195</sup>

La aplicación de esta reforma agraria se hizo con celeridad. Las Fuerzas Armadas ocuparon las tierras y haciendas con premura antes que los hacendados pudieran

<sup>192</sup> Para un itinerario histórico de la demanda por reforma agraria en el Perú, ver Mayer (2009: 37-71).

<sup>193</sup> Ver Mayer (2009: 43).

<sup>194</sup> Según otros autores, solo la revolución cubana hizo una reforma agraria más agresiva (Stepan 1978: 120).

<sup>195</sup> Extractos del discurso mediante el cual se anunció la Reforma Agraria, en Velasco (1972, tomo 1: 43-55).

encontrar formas de burlar la medida. No pretendo aquí hacer una evaluación del impacto económico de esta reforma, ni sobre el país ni sobre el campesinado que debía beneficiar. Baste decir aquí que la reforma consiguió un impacto desigual según el ámbito territorial del país. Al ser colectivizadas las modernas industrias azucareras y algodóneras de la costa peruana donde justamente la mano de obra era utilizada de manera menos intensiva fueron estos campesinos quienes mejoraron su situación económica. Por el contrario, los campesinos de la sierra eran más numerosos y las haciendas eran mucho más pobres por lo cual hacia ellos la redistribución fue mucho menos importante (Bourque & Palmer 1975: 203). Pero no es aquí menester ocuparme de todas las consecuencias de esta reforma sino de sus efectos sobre la elite periférica y oligárquica.<sup>196</sup>

Un primer y sorpresivo efecto fue la parálisis de esta elite frente a la medida lanzada por los militares. Así lo confirma Hugo Neira, intelectual cercano al régimen de Velasco, quien afirma que desde el gobierno los militares se esperaban una recia reacción por parte de la elite oligárquica, un enfrentamiento abierto. Sin embargo, la elite parecía no tener ningún plan de defensa, nunca habían pensado en la posibilidad de que las Fuerzas Armadas, que por naturaleza debía ser quien los defiendan, fuese quien los expropiara.<sup>197</sup> Esta claudicación silenciosa e inesperada tomó por sorpresa al país. Algunos años después el propio líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre confesará que su alianza con los vehículos partidarios oligárquicos durante los cincuenta y sesenta se debió a un errado cálculo de la fuerza de este grupo, les había creído más fuerte de lo que eran; su nula reacción ante la expropiación dejó ver la debilidad de una clase que el país había supuesto todopoderosa.<sup>198</sup>

Como mostré en el capítulo anterior un componente fundamental de la elite periférica y oligárquica residía en su capacidad de influencia sobre los gobiernos en tiempos autoritarios y en su capacidad de conseguir una importante representación parlamentaria en los democráticos (sin perder la mera capacidad de influencia). El gobierno militar y su reforma agraria debilitaron ambas dimensiones. La primera

---

<sup>196</sup> Para los efectos de la reforma agraria ver (Klarén 2005: 432-3); Mayer (2009: 317-332); Caballero (1981).

<sup>197</sup> Entrevista personal.

<sup>198</sup> Respuesta de Haya a una pregunta de Julio Cotler, citado en Cotler [1978] (2006: 312).

porque al expropiar las grandes y modernas haciendas agro-industriales se eliminó la fuente de riqueza que poseía la elite oligárquica y periférica. Aunque no se puede generalizar el destino de cada miembro de esta elite periférica y oligárquica ella quedó deteriorada. En algunos casos, ya lo dije, porque lo perdió todo con la medida. Fue el destino, por ejemplo, del grupo Aspíllaga, prósperos hacendados del norte del Perú que hacia el final del mandato de Velasco Alvarado ya había quebrado (Philip 1978:133). En otros casos, estos grupos no desaparecieron como poder periférico y oligárquico por la ruina económica sino porque al ser expropiados se reconvirtieron hacia alguna actividad industrial y financiera con la cual se trasladaron a Lima y abandonaron así la periferia. Fue el caso del Grupo Romero quienes pasaron de todopoderosos algodonereros del norte a banqueros con base en Lima.<sup>199</sup> Por una razón u otra (económica o político-geográfica), la periferia fue vaciada de estas grandes fuerzas que le habían dado vida durante décadas y que habían sido una de las portavoces de las regiones del Perú frente al poder central. Lo mismo sucedió, ya lo vimos, con el “Imperio Prado” grupo que, aunque no tenía asiento en la periferia peruana, era un representante notable de la oligarquía económica y cultural.

De otro lado, en 1971, de las 630 personas que componían los directorios de las 86 empresas más grandes del Perú, sólo cuatro eran militares (Einaudi 1971). No es casualidad, entonces, que la revista “Industria Peruana” (portavoz de los industriales del Perú) declarase en 1974 que en 77 años nunca había tenido problemas tan serios de comunicación con un gobierno y que ningún tipo de diálogo era posible con las altas esferas del gobierno.”<sup>200</sup> Estamos ante un proceso en el que por la vía de las Fuerzas Armadas las clases bajas han cobrado poder político, y las altas han ido desvinculándose de la vida pública. Seguramente, a este fenómeno que no podemos detallar, se refería el histórico líder aprista Luis Alberto Sánchez cuando afirmaba, “Yo creo que el primer error de la derecha fue no seguir enviando hijos al ejército [...]” (Oviedo & Sánchez 1975: 73). Aquí también, entonces, la acción del gobierno de las Fuerzas Armadas fue crucial en la recomposición de la vida política nacional.

---

<sup>199</sup> Reaño & Vásquez 1988.

<sup>200</sup> Citado en Stepan (1978: 121)

Sin embargo, nada ilustra mejor la caída de esta elite periférica y oligárquica que la disolución de la SNA. Como mostré en el capítulo anterior, y como puede observarse en Anexo 1, la SNA había sido siempre el organismo que proveía a los gobiernos de orientación oligárquica la gran mayoría de sus ministros de Agricultura e, incluso, en repetidas ocasiones, de Economía. Era la SNA la corporación que agrupaba y representaba los intereses vinculados a la gran propiedad terrateniente. Frente a la reforma agraria no tuvo capacidad de reacción. La revolución agraria se inició contra las grandes haciendas estableciendo que el límite que exceptuaba la expropiación era en 150 hectáreas, límite que fue reduciéndose hasta 50 hectáreas en 1975. Así, cuando los más grandes hacendados (los llamados “barones”) fueron expropiados, la SNA quedó en manos de medianos terratenientes quienes consiguieron a finales de 1970 e inicios de 1971 establecer algún tipo de oposición a las medidas del gobierno de las Fuerzas Armadas a través de los periódicos y campañas legales (McClintock 1983: 287). De acuerdo al régimen de las Fuerzas Armadas, la SNA no representaba todos los intereses del agro peruano y debido a esto fue, finalmente, abolida y con ella, además, perdieron existencia todas las organizaciones campesinas pues se creó la Confederación Campesina del Perú (CCP). De esta manera, el 12 de mayo de 1972 la SNA fue disuelta por el gobierno de Velasco sin que nadie ejerciera una real resistencia ante la medida. Las propiedades de la SNA fueron simplemente confiscadas y así los medianos propietarios también quedaron muy disminuidos en su capacidad de resistir a las nuevas expropiaciones. Sorpresivamente, la histórica y supuestamente ultra poderosa oligarquía fue debilitada. Algunos hacendados pelearon por sus tierras pero de manera nada coordinada. Como señaló un ingeniero de uno de los grandes ingenios norteños respecto de los hacendados: “Han debido estar unidos, pero no había unión”.<sup>201</sup>

En resumen, el gobierno de Velasco pulverizó los vehículos políticos y sociales que le daban voz a la periferia peruana y acabó con la larga posesión de tierras que brindaba la base material del proyecto oligárquico. En términos de Abraham Lowenthal, de todos los cambios y reformas que se efectuaron en el gobierno del general Velasco:

---

<sup>201</sup> Citado en Mayer (2009: 149).

“What has changed most in Peru is the structure and distribution of power. The traditional landed families and their financial institutions have lost most of their influence. Most of Peru’s former oligarchs have fallen from unquestioned authority to oblivion or even ignominy [...] The Peruvian experiment, then, was not a simple interlude, but an important transition in the country’s history.” (Lowenthal 1983: 425-9)

Ahora bien, ¿qué sucedió con el gamonal serrano, otro actor crucial de la periferia peruana? En *Los Ríos Profundos*, la clásica novela de José María Arguedas, el personaje principal, el niño Ernesto, conoce de pronto una mañana al gamonal serrano detestado por su padre a quien llama “el Viejo”:

“Me miró el Viejo, como intentando hundirme en la alfombra. Percibí que su saco estaba casi deshilachado por la solapa, y que brillaba desagradablemente” (Arguedas [1955] 2011: 22).

Es a este viejo harapiento, de deshilachada solapa, a quien el gobierno de las Fuerzas Armadas terminó de liquidar.<sup>202</sup> Esta elite oligárquica serrana ya sufría dos presiones cruciales, debía sobrevivir a una influencia cada vez mayor de las poblaciones urbanas y a la caída del precio de las materias primas agrícolas (Bullick 1990: 141). Era una casta debilitada cuyo poder no residía ya desde hacía un buen tiempo en el dinero sino en una forma de dominación política. La debía su importancia mucho más a una regla electoral que impedía la participación de los analfabetos en las elecciones que a un supuesto modo de producción o a riquezas considerables.

Si la clausura de las instituciones representativa implicó la supresión temporal de los partidos políticos que vehiculaban a las elites periféricas y anti-oligárquicas, y si la supresión de la SNA eliminó la representación civil de las elites periféricas y oligárquicas, las elites marginales no sufrieron una amputación similar que les dejase sin un refugio institucional desde el cual dar batalla hacia el nuevo centro autoritario. La nueva universidad provinciana siguió siendo un espacio privilegiado en esta tarea reivindicativa de la periferia. Desde luego, existieron otros espacios pero este fue el privilegiado y el que, lo vimos en el capítulo anterior, había dotado a la periferia

---

<sup>202</sup>François Bourricaud en su estudio sobre Puno en los años cincuenta también alude a este tipo de hacendado *déclassé* cuando transcribe su encuentro en la localidad de Azángaro con un hacendado de apellido López el cual, a pesar de poseer 1500 hectáreas de hacienda y ser descendiente de españoles, es culturalmente un indio más, con la boca verde de tanto masticar coca, que mezcla el español con el quechua y que porta un poncho. Bourricaud 1967

peruana de una institución potente para darle voz a las regiones frente al centro. Entre 1956 y 1969 el Perú había atravesado un *boom* universitario, se había fundado universidades privadas y públicas en Lima y provincias.<sup>203</sup> En 1969, con el gobierno de las Fuerzas Armadas instalado se interrumpió esta fundación de universidades. Esto está vinculado a lo que venimos defendiendo aquí: el proyecto centralista y autoritario desconfía de las fuerzas propias de la periferia peruana. Cada universidad era una fuerza de cambio desde la propia región. Esto había surgido paralelo a la existencia de las fuertes elites periféricas en boga durante los años cincuenta y sesenta, sin embargo, el proyecto centralista y tecnocrático de los setenta desconfía de esta suerte de auto-gestión del futuro regional que producían las elites universitarias provincianas. Aunque no se fundaron más universidades en la periferia peruana a partir de 1969, las universidades existentes se mantuvieron activas y se convirtieron en uno de los pocos focos de resistencia periférica al proyecto centralista, un espacio donde se radicaliza el discurso y la vida política. Y ahí florece la única de las tres elites que quedó indemne en la periferia peruana frente al embate centralista: la elite marginal. Al abrigo de la institución universitaria, fue la única que dispuso de un canal para vincularse con el Estado central. De hecho, un buen ejemplo de esta radicalización de la periferia en su vinculación con la educación se da en 1972 cuando se funda en el Cusco el poderoso Sindicato Unitario de Trabajadores en la Educación del Perú (SUTEP), dirigido por el ala maoísta de la izquierda peruana.<sup>204</sup> Así, premunida de un discurso radical y de una legitimidad anti-autoritaria, la universidad y la movilización vinculada a ella se constituyó en una fuerza que resiste al centro avasallador desde la periferia pero, esta resistencia ya no se hace desde un discurso regionalista, sino como un discurso clasista y atado a distintos tipos de marxismo-leninismos. En los claustros de la universidad, peruana radicalizada y anti-velasquista, maduró entre otras cosas, la aventura más desgraciada de la historia contemporánea del país: Sendero Luminoso.

El gobierno de las Fuerzas Armadas era consciente de su carencia de legitimidad. Tal vez algunas de sus reformas eran legítimas por haber sido largamente esperadas en el país, pero el origen de su poder era ilegítimo pues el gobierno se había

---

<sup>203</sup> Ver los números específicos en el capítulo precedente.

<sup>204</sup> Entrevista personal con Roberto Romero, fundador del SUTEP.

establecido como un espacio absolutamente aislado de cualquier grupo social. Para remediar este mal, el gobierno decidió crear instituciones que había de mediar Estado y sociedad y brindar una apariencia de participación popular en él. Entre los organismos fundados con este propósito figuran la Confederación Nacional Agraria (CNA) que debía agrupar y representar a los sectores campesinos y deslegitimar a la comunista Confederación Campesina del Perú (CCP); la Confederación de Trabajadores de la Revolución Peruana (CTRP) que debía agrupar a los trabajadores urbanos pero, sobre todo, minar la capacidad de los sindicatos autónomos y sus figuras vinculadas al comunismo y aprismo. Asimismo, el régimen militar intentó controlar la vida asociativa de las barriadas, rebautizadas por el régimen militar como Pueblos Jóvenes.<sup>205</sup>

El esfuerzo más importante para encauzar esta participación popular se hizo a través del Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS), en su muy bien elegido acrónimo. Se creó en 1972 tras una serie de movimientos de resistencia de distintos sectores sociales (maestros y mineros) que durante 1971 habían agitado la vida política del país y había convencido a los militares de que, sin algún tipo de institución que encauzase toda la participación popular (bajo el ejemplo de las grandes corporaciones que habían ordenado la participación en México con el Estado cardenista), el régimen estaría pronto en grandes dificultades. Sin embargo, esta empresa enorme de cooptación social nunca arraigó pues para todo el mundo era claro (en el gobierno y en la sociedad) que no existía interés genuino en generar una participación de la sociedad frente a un régimen que no podía ni deseaba renunciar a su carácter militar, tecnocrático y excluyente. Es decir, como manifiesta Pease (1979: 143), el gobierno militar quería “militancia” pero entendida como adherentes al proceso y a ciertas reformas pero sin ningún canal que establezca intercambios reales entre el gobierno y estas “bases.” La prueba de esta ausencia de compromiso con las regiones del Perú en el intento por incluirlas en el proyecto es que cuando se conformaron las diez oficinas regionales de SINAMOS en el Perú, ocho de ellas quedaron en manos de oficiales militares.<sup>206</sup> No entro en detalles aquí sobre el destino

---

<sup>205</sup> Para este punto ver Collier 1978.

<sup>206</sup> Palmer & Middlebrook (1975: 22).

de este intento corporativo de canalización de la sociedad movilizada en el Perú, pues el punto importante de mi argumentación es que todas estas medidas empujaron a la periferia peruana y sus elites marginales a los brazos de la movilización directa y/o a la cada vez más radicalizada universidad peruana. Baste decir para probar su fracaso que en 1973 se disparan los levantamientos populares en Cusco, Arequipa y Puno (Cotler 1975: 71) y ese mismo año los locales de SINAMOS en Piura, Chimbote, Moquegua, Arequipa, Cusco y Puno son ocupados e incendiados por distintos grupos – profesores, construcción civil, mineros, pescadores, campesinos, etc (Palmer y Middlebrook 1975); y en el norte SINAMOS fracasa al ordenar y encuadrar la participación que había estado vinculada a los sindicatos de inspiración aprista y consigue, más bien, que los sindicatos azucareros del norte se rebelen contra el intento (Bullick 1990). En 1975 las revueltas han llegado ya a su punto más alto con 779 protestas (Klarén 2005: 431). Conforme el régimen fue perdiendo fuerza, SINAMOS fue languideciendo sin que nadie lo notara hasta que “desapareció sin dejar rastro, ni recuerdo” (Lowenthal 1983: 417); fue un “parti manqué” (Bullick 1990: 220), incapaz de tomar decisiones autónomas, siempre supervisado por los militares y con el desafío improbable de penetrar todos los sectores de la sociedad peruana: eran limitaciones inherentes insuperables (Stepan 1978)

Entonces, en esta etapa estamos ante la radicalización de todos los movimientos sociales peruanos frente a un gobierno que ignora cómo conseguir la adhesión de quienes supuestamente se benefician de sus reformas democratizadoras. Por cierto, esto es un punto crucial en la diferenciación de este régimen peruano reformista y de sus pares latinoamericanos. En todos los otros casos latinoamericanos de regímenes populistas con agendas inclusivas (Collier & Collier 1991), la principal oposición y su eventual derrocamiento provino de elites económicas amenazadas por dichos gobiernos. En el caso peruano, en cambio, quienes más complotaron contra él fueron, precisamente, las organizaciones políticas de las clases populares (Cotler 1975).

Ahora bien, los movimientos sociales en la periferia se han radicalizado frente a un régimen centralista y autoritario y en las universidades esta resistencia va adquirir un matiz menos espontáneo, más ideologizado y, muy pronto, radical y violento. La radicalización que sufrió la universidad peruana durante los años de gobierno militar y,

por ende, del ascenso vertiginoso de lo que he llamado la elite periférica y marginal se verifica en el caso paradigmático de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga (UNSCH) en Ayacucho. Ella había sido reinaugurada en 1959 propulsada por la elite anti-oligárquica, esencialmente vinculada a AP y la DC.<sup>207</sup> Sin embargo, conforme transcurren los años sesenta, y específicamente cuando el gobierno de Velasco llega al poder en 1968, estas elites anti-oligárquicas pierden el poder sobre la universidad y se establece la nueva elite marginal la cual gana su carta de ciudadanía...ciudadanía regional, al menos. Esta nueva universidad, incrustada en un territorio inhóspito y pobre, donde no existía plan alguno de modernización para aquellas regiones, se convierte en fuente de intelectuales y proyectos modernizadores para las regiones del Perú y para Ayacucho particularmente. En 1966, tras las primeras y fallidas guerrillas peruanas, la universidad es percibida por primera vez como un foco subversivo y se intenta retirarle las rentas obteniendo por respuesta una gran movilización convocada por el rector que recoge una reacción regional poli-clasista en defensa de la universidad, la cual a estas alturas ya se ha vuelto un instrumento de ascenso para clases medias y bajas. Entre 1966 y 1969 se consolida un frente de defensa de la universidad pues ella ha adoptado el papel de motor del cambio modernizador en aquellos puntos del país donde no había ninguna esperanza de modernización.<sup>208</sup> Se entiende la airada defensa de la universidad pues en 1961 los estudiantes universitarios constituían el 1,6% de la población ayacuchana pero en 1972 habían pasado a ser el 9,8% de la población. La universidad fue para Ayacucho lo que el azúcar era para los departamentos del norte o la minería para Pasco (Klarén 2005: 447). Como anota Degregori, las protestas en defensa de la UNSCH no eran ya bajo ningún criterio reclamos para la instrucción de los hijos de notables sino para una población urbano popular y campesina (Degregori 1990: 155). De esta manera, el Frente de Defensa de la Universidad adquiriría un peso un innegable y

“se convierte en el verdadero contrapoder en Ayacucho, respetado y temido por el poder local tradicional e incluso por el poder central. Y en el corazón de ese contrapoder germinaba la fracción roja.” (Degregori 1990: 46)

<sup>207</sup> La discusión sobre el proceso de la UNSCH proviene del clásico Degregori (1990) y de mis entrevistas personales en Ayacucho, especialmente la entrevista con José Coronel.

<sup>208</sup> Entrevista personal con Manuel Burga, ex Presidente de la Asamblea Nacional de Rectores del Perú.

La fracción roja era el núcleo de lo que a fines de los setenta se convertiría en el PCP-SL. La cúpula del partido estuvo enteramente compuesta por gente nucleada en Ayacucho debido a la universidad: Abimael Guzmán (profesor en la UNSCH), Osmán Morote (hijo del rector de la universidad), Augusta La Torre hija de un hacendado ayacuchano y esposa de Abimael Guzmán y Antonio Díaz Martínez profesor de agronomía. Todos respondían al patrón que la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) caracterizó como “intelectuales provincianos, mestizos, de ciudades medianas [...] Notables dentro de la sociedad tradicional que se sentían sin embargo “ninguneados” por la elites capitalinas [...]”<sup>209</sup> La idea leninista de una vanguardia, de un partido supremo e iluminado, se materializó en aquel fin de mundo y en aquella pequeña cúpula universitaria.<sup>210</sup> Los grupúsculos de izquierda en las universidades provincianas tendrían la legitimidad del marxismo de su lado para promover el cambio en aquellas regiones de la mano de una “doctrina científica poseedora de las leyes de la historia”.<sup>211</sup> En términos de Carlos Iván Degregori, en el Perú de los setenta se vivió una verdadera “revolución de los manuales de divulgación marxista” que fueron adoptados acríticamente por decenas de universidades donde las ciencias sociales se convirtieron en la herramienta/promesa de un futuro diferente y donde a falta de profesores calificados se pudo divulgar una doctrina simple y “verdadera” de la sociedad. Durante los setenta, uno de cada seis universitarios peruanos estudiaba ciencias sociales. Como dice Degregori, se trata de un momento en que la universidad se masifica sin tener un real proyecto educativo que ofrecer. Los profesores improvisados (entre 1969 y 1976 los profesores de ciencias sociales se duplican) se abrazan a los manuales editados por la Unión Soviética como forma fácil de dictar clases y los alumnos los convierten en tesis sagradas con explicaciones universales. Los cursos de Introducción a las Ciencias Sociales son reemplazados por Materialismo Dialéctico 1 y 2. Y desde esa ciencia “verdadera y universal” se les brinda una identidad a los estudiantes de la enardecida periferia peruana.<sup>212</sup> Es el encuentro de la promesa de cambio regional a través del saber técnico universitario con la promesa de

---

<sup>209</sup> CVR (2003: 335).

<sup>210</sup> Entrevista personal con José Coronel.

<sup>211</sup> Entrevista personal con Manuel Burga, ex Presidente de la Asociación Nacional de Rectores del Perú.

<sup>212</sup> Degregori (2011: 161-80).

cambio político y social absoluto que propone esta versión andina del maoísmo: comenzar todo de cero, destruir a las clases dominantes y al Estado. En ese sentido, la universidad es el reducto privilegiado pues se construye el saber que habrá de aplicarse en la nueva democracia popular.

Desde la universidad, el PCP-SL fue estableciendo una plataforma para captar estudiantes de las zonas rurales que, una vez que terminaban sus estudios, eran insertados en la docencia escolar y enviados a enseñar en escuelas estatales en las zonas rurales centrales del Perú: Ayacucho, Apurímac, Huancavelica.<sup>213</sup> Esto hace de SL una elite marginal erigida sobre el despliegue estatal en el ámbito educativo (superior y escolar) realizado lentamente durante tres décadas. Es claramente la elite marginal de la que habla Skocpol (1979). Por lo demás, como afirma José Luis Rénique, el SL será el primer partido político peruano sin vinculaciones con Lima, nacido en, por y para la periferia.<sup>214</sup> Es una elite surgida al amparo del Estado para destruir ese mismo Estado. La ausencia de competencia política pluralista (la ausencia de elecciones y de vida política partidaria) consigue que estos grupos deban hacer, sin mayores costos, lo que el manual del radicalismo les empuja a hacer, derrocar al Estado que es únicamente un aparato represor sin mayor legitimidad. La ausencia de competencia política pluralista, legitima la acción directa contra el Estado quien no permite ningún tipo de participación popular que no sea subordinada a los militares. No es casualidad, entonces, que la gran movilización social en Ayacucho en 1969 y el enfrentamiento contra el Estado no se realice por una demanda netamente campesina, como la propiedad de la tierra (esta reforma ya estaba en marcha): el gran enfrentamiento es contra el Estado y su intento de eliminar la gratuidad de la enseñanza universitaria. El enemigo estaba claramente determinado, no era ya el viejo gamonal ni la nueva elite anti-oligárquica pues ambos sucumbían frente al gobierno militar, el conflicto se focaliza ahora contra el Estado y, en este caso, contra una de sus medidas.<sup>215</sup>

---

<sup>213</sup> CVR (2003: 343).

<sup>214</sup> José Luis Rénique, entrevista personal.

<sup>215</sup> No desarrollo aquí los procesos similares de radicalización ocurridos en otras universidades públicas del sur peruano. Si bien ninguno es tan paradigmático como el de Ayacucho (razón por la cual es el caso que aquí he desarrollado), mis entrevistas con personas vinculadas a la vida universitaria en Arequipa, Cusco y Puno da una idea de que este fue un gran proceso común de radicalización, aunque, lo repito,

Un último punto debe ser señalado respecto de los cambios en la periferia peruana pues, aunque no esté directamente vinculado a nuestros tres tipos de elite ni al Estado, tendrá gran impacto en el futuro del país. Cuando el gobierno le otorgó la tierra a los campesinos, confiaba en el surgimiento de organizaciones colectivas que ordenasen la tenencia de la tierra; confiaba que las grandes y modernas haciendas de la costa peruana se convertirían en cooperativas y en que los fundos serranos darían lugar a organizaciones que rescatarían la ancestral solidaridad y colectividad andina. Aunque esto ocurrió en el corto plazo (con más o menos éxito según las zonas del país) en el mediano plazo las nuevas asociaciones no pudieron mantenerse unidas. La tecnocrática reforma, establecida y administrada desde arriba, consiguió que el hacendado fuese reemplazado por el Estado como nuevo “opresor” de los campesinos, aún más poderoso que el viejo patrón (Paredes 2010: 231). Las organizaciones que creó el Estado para canalizar las demandas campesinas no resultaron ni suficientes ni eficientes para encauzar las protestas de un campesinado que se radicalizaba como toda la periferia. Con un Estado incapaz de asegurar la comunalidad de las tierras entregadas y que despertó todas las antipatías del campesinado, las distintas y nuevas formas de asociación productivas —llamadas Cooperativas Agrícolas de Producción, las Sociedades Agrícolas de Interés Social (SAIS) o las Empresas Rurales de Propiedad Social (ERPS)— terminaron siendo divididas y desvincijadas por los propios campesinos y cada uno de estos campesinos se refugió en su pequeña micro parcela propia con lo cual el campo peruano quedó fracturado en miles de mini-propietarios. Ahora bien, el fenómeno es importante por una dimensión política. Cuando estos millones de pequeños propietarios pierden los vínculos económicos comunales, también ven debilitar sus lazos políticos pues si el Estado autoritario consigue debilitar a los sindicatos autónomos que vinculaban esta periferia, resulta incapaz de establecer las corporaciones con las que sueña, como la Confederación Nacional Agraria (CNA) que, aunque creada por el gobierno militar en 1974, debe ser clausurada en 1976 al ser evidente que no tiene capacidad alguna para controlar al campesinado. Y los partidos políticos que podrían haber consolidado sus vínculos con el movimiento agrario (AP y

---

con diferencias importantes. Para el proceso común, entrevista con Manuel Burga. Para Puno entrevista personal con José Luis Rénique. Para Arequipa, entrevista con Lozada Ballón. Para Cusco, entrevistas con Martín Romero, Roberto Romero y Carlos Chevarría.

los partidos de izquierda) estaban todos prohibidos por lo cual la inclusión política de estos millones de nuevos y pequeños propietarios en el mundo rural se hizo aún más difícil. El campo peruano quedó conformado por individuos que son, sin lugar a dudas, más iguales que antes de la reforma agraria, pero que han perdido, también, los poderes intermedios a través de los cuales se vinculaban al Estado y al ámbito nacional.

El “experimento peruano” terminó sacudido desde todos los frentes. Durante la segunda mitad de los setenta el Perú convulsiona en cada ámbito social. Entre 1961 y 1981 los sindicatos pasaron de 848 a 4700.<sup>216</sup> La CCP (opositora al gobierno) alcanza el pico de su dinamismo al aglutinar 250 mil miembros distribuidos en más de 500 organizaciones y en 17 departamentos.<sup>217</sup> La CNA, por su parte (la confederación oficialista, auspiciada por el gobierno) reclamaba agrupar al 23% de los campesinos peruanos.<sup>218</sup> Es un momento general de movilización contra el gobierno. Una serie de huelgas nacionales de dimensiones sin precedentes obligan a que el gobierno convoque a una Asamblea Constituyente en 1978. Dicha asamblea ratifica la impopularidad final del gobierno pues los partidos que tenían algún vínculo con el gobierno de las Fuerzas Armadas reciben votaciones mínimas y son, más bien, los opositores quienes alcanzan votaciones muy importantes: la suma de los votos obtenido por los partidos opositores al gobierno militar alcanzó el 90%. Pero esa asamblea también ratifica que la periferia peruana se ha radicalizado abruptamente en relación al Perú pre-Velasco: en las elecciones de 1963 los partidos de izquierda no habían alcanzado el 10% de votos y al terminar el gobierno militar, ellos consiguieron un tercio de la representación y, más importante para nuestra tesis, en los departamentos del sur los partidos marxistas obtienen un promedio de 40% de votación.<sup>219</sup>

Resumamos aquí los cambios que he querido mostrar para el periodo bajo análisis en el tipo de alteraciones que sufrieron las relaciones entre centro y periferia en el Perú. Durante doce años la periferia perdió el hábito *político* de la democracia, mientras ganaba las condiciones *sociales* de la democracia. Se liquida al *ancien régime* social pero también al *nouveau régime* político que había comenzado a germinar

---

<sup>216</sup> Palmer (1986: 130).

<sup>217</sup> Paredes (2010: 230).

<sup>218</sup> McClintock 1984: (79-80).

<sup>219</sup> McClintock 1984: 80.

durante los cincuenta y sesenta. La periferia oligárquica sucumbió, la anti-oligárquica quedó al margen de la vida pública durante doce años y en el Perú no hubo elecciones presidenciales durante diecisiete años. Al margen, y creciendo contra todos, una periferia marginal premunida de modernas ideologías en medio de un Ande recién liberado. Es la única de nuestras elites que mantiene plena vigencia en estos años, al abrigo de una institución que, a diferencia de las elecciones o el Parlamento, no pudo eliminarse: la universidad. No es casualidad que cuando le pregunto al ex Presidente de la República Valentín Paniagua, representante prototípico de la elite periférica y anti-oligárquica del sur peruano, por la aventura senderista iniciada en 1980 me responda con malestar:

“Sendero Luminoso y la aventura de los rojos fue posible porque tuvieron diez años de tranquilidad en los que se apoderaron, con la protección del gobierno, de las universidades, sindicatos, etc...”<sup>220</sup>

La vida política de la periferia había quedado en manos de la elite marginal. Y esta elite marginal, a diferencia de las otras dos, ejercía la doctrina que la universidad había llevado a la periferia: la revolución. Así, durante los setenta, la única elite realmente activa en las provincias del Perú fue la que dirigía el profesor universitario radical.

### *Variaciones espaciales*

Las alteraciones en las relaciones entre centro y periferia que se produjeron en esta época fueron acompañados con alteraciones en la construcción espacial igual (o acaso más) dramáticas. Al proceso de centralización político que ya hemos analizado le acompañó otro de centralización y estatización de la economía. En 1968 el sector público consumía el 16% del PBI y en 1975 era 31% (Fitzgerald 1981: 70). Y para 1977 la parte estatal de la economía peruana llegó a ser el 49,9%. La centralización política provenía de la acumulación de poder en una pequeña cúpula militar y tecnocrática; la estatización de la economía y la construcción de un Estado gigante era impulsado por las doctrinas de “industrialización por sustitución de importaciones.” Sin embargo, los cambios en la estructura espacial del país no era mero reflejo de las

---

<sup>220</sup> Dargent & Vergara 2010.

decisiones del gobierno militar sino que aceleraba cambios que ya habíamos señalado en el capítulo anterior. En términos generales se acrecientan las grandes migraciones hacia Lima lo cual consolida la preeminencia de ella sobre el resto del país tanto en términos económicos como demográficos. En Lima 1955 quienes vivían en terrenos invadidos (las llamadas barriadas), eran 120 mil, en 1970 ya eran 750 mil (Stepan 1978). Estos cambios acelerados irán constituyendo una “espacialidad” política que genera dos efectos: de un lado, reduce las posibilidades de que la periferia peruana recobre una importancia política pues pierde sus puntos de apoyo tanto a nivel demográfico (vale decir de votos) junto al económico (vale decir recursos para cualquier proyecto político); del lado comparativo, esta consolidación demográfica y económica de Lima, contrasta con Bolivia donde precisamente el altiplano boliviano, en general, y La Paz en particular han comenzado a perder importancia frente al oriente del país.

En términos demográficos, entre 1940 y 1961, el porcentaje de población peruana asentada en ciudades de más de 20 mil habitantes no aumentó dramáticamente pasando de 17% a 23%. Y la sierra que contenía el 65% de la población en 1940, en 1961 reunía al 53%. En veinte años, entonces, el Perú no había sufrido alteraciones severas en su estructura poblacional. Esto cambia rotundamente en el periodo que estudiamos aquí, básicamente la década del setenta: en 1961 Lima tenía 1,7 millones de habitantes y en 1980 ya eran 5,5 millones. Sin embargo, más que el aumento aislado de Lima, lo que aquí interesa es la distancia que se va estableciendo entre ella y el resto de ciudades importantes de la periferia peruana. Tomemos por ejemplo el departamento del Cusco. En 1940 éste poseía la mitad de la población de Lima, en 1961 un tercio, en 1971 20% y en 1981 apenas el 17%. El departamento de Puno sufre un descenso aun más agudo pues en 1940 cuando Lima no tenía todavía un millón de habitantes, este departamento poseía algo más de medio millón de habitantes, pero en 1981 Lima tiene tres veces su población. Finalmente, Arequipa sufre una pérdida poblacional respecto de Lima que es también ostensible pues en un lapso de 40 años este departamento pasa de tener un tercio de la población de Lima a poseer el 15% en 1981. Es decir, los departamentos del sur durante la década de los años setenta continúan perdiendo peso demográfico respecto de Lima. En el mismo momento en que un gobierno centralista y

autoritario debilita a las elites periféricas, la población de la periferia también sufre una inflexión y se debilita frente a la presencia e importancia demográfica de Lima. Esto, ya lo veremos, tendrá (y tiene) grandes consecuencias en la vida política electoral del Perú.

**Tabla XVI. Proporción de población por departamento con respecto a población de Lima cada año (en miles de personas)**

	1940	1961	1972	1981
Lima	828,3	2031,1	3472,6	4745,9
Arequipa	0,318	0,191	0,153	0,149
Cusco	0,587	0,301	0,206	0,175
Puno	0,662	0,337	0,224	0,188
La Libertad	0,462	0,287	0,226	0,207
Piura	0,493	0,329	0,246	0,237
Cajamarca	0,596	0,368	0,265	0,216

Fuente: INEI. Censos Nacionales de 1940, 1961, 1972, 1981 y 1993. Elaboración propia: la proporción de la población de cada departamento se hace con respecto a la población de Lima ese mismo año.

Ahora bien, aquí quiero introducir un nuevo fenómeno importante en las variaciones demográficas peruanas. Si bien es cierto, como acabamos de ver, que Lima va ganando mucha importancia respecto de las principales ciudades y departamentos de la periferia peruana, es importante subrayar que lentamente *el conjunto* de la periferia peruana va adquiriendo un mayor peso. Es decir, se multiplica el número de ciudades en la periferia peruana, especialmente en la costa aunque el fenómeno también se produce en la sierra. Por ejemplo, en 1961 el Perú solo poseía una ciudad con más de un millón de habitantes (Lima) y solo dos ciudades con más de 100 mil habitantes. En 1972, Lima sigue siendo la única que supera el millón pero, gran diferencia, el país tiene ahora siete ciudades con más de 100 mil habitantes. Es decir, tan importante como la lenta pérdida de importancia demográfica por parte de Lima frente a *toda* la periferia es que

ninguna ciudad en el país acumula demográficamente lo que ella pierde. Más bien, son muchas ciudades, en muchas regiones las que crecen.

**Tabla XVII. Ciudades peruanas por rango de población: variación entre 1961 y 1972.**

Habitantes	1961			1972		
	Nº ciudades	Población en miles	%	Nº ciudades	Población en miles	%
> 1 millón	1	1 751	17,7	1	3 288	24,3
500 a 999 mil						
250 a 499 mil				1	306	2,3
100 a 249 mil	2	266	2,7	7	1 076	7,9
50 a 99 mil	6	431	4,3	5	314	2,3
20 a 49 mil	18	475	4,8	19	619	4,6
TOTAL CIUDADES	27	2 922	30	33	5 604	41
TOTAL PAIS		9 907	100	-	13 538	100
<b>Lima / total ciudades (%)</b>			59,9			58,7

Fuente: INEI. Censos nacionales. Elaboración: Ricardo Vergara.

Subrayo esto pues es un fenómeno que será muy importante en nuestro contraste con el caso boliviano. En Bolivia el surgimiento demográfico ajeno al altiplano se concentrará de gran manera en una sola ciudad, mientras que en el Perú, a la fragmentación política se sumará una fragmentación demográfica donde muchas y aisladas ciudades poseen, proporcionalmente, la población que en Bolivia tendrá la ciudad de Santa Cruz. Un elemento muy importante en la construcción de una “estructura espacial de oportunidades” no es únicamente el hecho de que población y riqueza se bifurquen y desperdigen sobre el territorio nacional sino que esta bifurcación de origen a un nuevo polo urbano, una ciudad, que coagula la riqueza y la población que el centro está perdiendo hasta convertirse en lo que he llamado un “aspirante a centro” Así, el peso

demográfico y económico que Lima comenzará a perder respecto del interior del país a partir de los años noventa no es recogido por ninguna ciudad en particular sino por un cúmulo de ciudades pequeñas esparcidas en la inmensa periferia peruana. En Bolivia, por el contrario, los poderes económicos y demográficos que pierde el centro irán consolidándose en una sola y definida zona del país. Pero esto se convertirá en un elemento crucial más adelante, aquí observo que la tendencia se ha iniciado.

En términos económicos estas cruciales ciudades sureñas también perdieron importancia frente al peso económico nacional y el de Lima. Como es evidente, el mero crecimiento demográfico desproporcionado de Lima y su mayor rendimiento productivo fueron ampliando la participación de Lima en la economía nacional y, del lado de los departamentos sureños, la importancia se fue reduciendo. Entre 1961 y 1979, tanto en el caso de Cusco como el de Puno, sus respectivas participaciones en el PBI se redujeron a la mitad.

**Tabla XVIII. Participación porcentual por departamentos en el PBI nacional<sup>221</sup>**

	1961	1970	1979
Cusco	4,5%	2,4%	2,4%
Puno	4,4%	2,2%	2,0%
Perú	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Lovón 1988, INEI: Compendio Departamental 1995-1996 de Arequipa, Cusco y Puno. Elaboración propia.

### *Conclusiones*

En el periodo estudiado en este capítulo Bolivia y Perú atravesaron sus respectivos RBA (O'Donnell 1973; Collier 1979). Con evidentes diferencias respecto de los

<sup>221</sup> La información de 1961 está en miles de intis de 1963. La información para 1970, 1979 y 1995 está en nuevos soles, a precios constantes de 1979.

regímenes del Cono Sur que sirvieron para teorizarlos, ambos compartieron sin embargo, el carácter cerrado y autoritario de sus pares sureños y la confianza en que un saber tecnocrático y militar sería la mejor manera de enrumbar a sus respectivos países hacia el progreso y, sobre todo, des-enrumbarlos de un *statu quo*. El gobierno de Banzer buscaba terminar con la herencia populista de la Revolución Nacional boliviana de 1952; el gobierno Revolucionario de la Fuerzas Armadas peruanas buscaba, más bien, que el Perú pasase por un proceso populista y nacionalista similar al que Bolivia había llevado a cabo dos décadas antes. Los objetivos políticos y de desarrollo eran, entonces, opuestos entre ambos proyectos. Ahora bien, más allá de los grandes lineamientos políticos que exhibían, ambos proyectos son importantes para refrendar varias de las hipótesis empíricas y teóricas de esta tesis.

En primer lugar, al igual que en el capítulo anterior, se sostiene que la aproximación migdaliana al Estado es relevante. El Estado latinoamericano (y los Estados andinos en especial) no son terceros imparciales como hubiera querido el Estado liberal de inspiración lockeana, ni son estructuralmente el brazo armado de una clase social de inspiración marxista; ni son entes weberianos de racionalidad burocrática autónoma. Son, más bien, espacios con una imagen y aspiración de autonomía pero que, en la práctica, son permeados por distintas fuerzas sociales o elites que pueden hacerse cargo rápidamente de sus dependencias. En los dos episodios que hemos observado en este capítulo, diferentes elites incursionan en el Estado y desalojan a otras consiguiendo con cierta facilidad imponer nuevas prioridades y políticas para el Estado. En ambos países hay una elite militar y tecnocrática que se hace del poder y que reemplaza a las fuerzas anti-oligárquicas en Bolivia y a las oligárquicas y anti-oligárquica en el Perú.

Del lado de la sociedad, el caso boliviano para esta etapa confirma la vía migdaliana que subrayamos en el capítulo anterior. Es decir, una política de reasignación de la tierra en un momento lejano en el tiempo termina consolidando a una elite poderosa y regional que a la vuelta de los años se convierte en una elite de nivel nacional capaz de defender sus intereses tanto a nivel regional como nacional: *the strongmen*. Esto es lo que ocurre con la elite periférica cruceña cuyos representantes de pronto llegan al poder central de la mano del General Banzer: la elite periférica

consolida su posición como elite nacional, ocupando en varios momentos la mitad de los ministerios bolivianos. En el caso peruano estamos ante el momento tocquevilleano. El *ancien régime* que venía debilitándose lentamente aquí y allá es degollado por el gobierno militar; el pueblo peruano, como el de Tocqueville, estaba a la espera de reformas y no de derechos. Los hábitos de la política pluralista fueron puestos de rodillas para llevar a cabo una serie de reformas largamente esperadas, en especial la reforma agraria, la cual hemos visto termina construyendo una serranía inundada de micro propietarios cuyos lazos sociales y políticos se debilitan. Recayó en el Estado la tarea abrupta de establecer *les égalité de conditions* al mismo tiempo que cercenaba la vida política de la periferia, al debilitar a los poderes intermediarios entre sociedad y Estado donde Tocqueville pensaba que residía la libertad. A diferencia de la historia francesa donde la destrucción de los cuerpos sociales intermediarios dio lugar a un régimen y unas instituciones que reemplazan el antiguo régimen, en este caso las instituciones que intentan instalarse fracasan. No surge un Estado fuerte, apenas uno que ha conseguido debilitar ciertas elites.

Entonces, si combinamos nuestra apreciación sobre el Estado y sociedad, confirmamos que los momentos de cambio de régimen suelen ser momentos que permiten la activación o desactivación de elites. El cambio de régimen en Bolivia y la llegada del régimen autoritario de Banzer activa a una elite periférica cruceña que estaba en situación latente, es decir, era una fuerza social que debido a un hecho político se estrena en tener responsabilidades estatales desde donde multiplica su fuerza como elite periférica. La élite anti-oligárquica y paceña, en cambio, es desactivada con el mismo cambio de régimen, desapareciendo del juego político. En el Perú, por su lado, el cambio de régimen trae la ruina de las elites oligárquicas y un debilitamiento de las anti-oligárquicas. Y todo el poder que le es extraído a la sociedad va quedando en manos de un Estado cada vez más grande (aunque no necesariamente más fuerte). Como lo sentencia un especialista desde el sureño departamento de Puno: “[...] la impresión era la de una gran maquinaria avanzando incontenible del centro a la periferia, generando expectativas, resentimientos, confusión.”<sup>222</sup>

---

<sup>222</sup> Rénique (2004:168).

Empíricamente, en este capítulo he querido mostrar, sobre todo, dos divergencias: una al interior de cada país y otra entre los dos países. Comencemos por el primer punto, los cambios al interior de cada país. En Bolivia lo más saltante es el último y eficaz intento por conseguir lo que sufrieron todos los países que pasaron por una revolución: acabar con ella (Furet 1978). Después de siete años de inestabilidad entre fuerzas que deseaban mantener el legado de la revolución con las de quienes buscaban hundirlo, el General Banzer consiguió lo segundo. Surgido de un golpe de Estado tramado y realizado desde la ciudad de Santa Cruz, Banzer instauró una dictadura que puso de lado a las elites anti-oligárquicas que habían dominado el tablero político boliviano desde 1952 y con ellas eliminó las políticas de desarrollo propias del modelo nacionalista del MNR. Sin embargo, Banzer mantuvo algunas políticas iniciadas durante el régimen del MNR, en especial la alianza de las Fuerzas Armadas con el campesinado boliviano lo cual se materializó en que el *banzerato* entregó tantas o más tierras a los campesinos que la revolucionaria reforma agraria de los años cincuenta. En la periferia boliviana en estos años toman fuerzas dos elites periféricas. De un lado comienza a cuajar una elite marginal y alto-andina que se ha educado en colegios y universidades estatales y que inicia un proceso de acercamiento hacia doctrinas indigenistas, en especial alrededor de lo que se llamó el katarismo. En la periferia oriental, la elite cruceña pasa de ser hegemónica y dominante en el oriente boliviano para, de la mano del General Banzer, convertirse en una élite de alcance nacional que le permite al gobierno tener un apoyo social importante.

En el Perú, por el contrario, el régimen de las Fuerzas Armadas no busca, como en el caso boliviano, gobernar con apoyos de fuerzas sociales. Más bien, trabaja para derruir a las fuerzas sociales que podrían impedir su proyecto transformador, tecnocrático y autoritario. Aunque los generales velasquistas utilizaran a cada tanto las palabras “participación popular” para ellos aquello sugería un inmenso “desfile militar”.<sup>223</sup> Esta desconfianza en la sociedad civil y sus representantes políticos los llevó a debilitar deliberadamente las relaciones entre partidos y sindicatos (especialmente el APRA y los partidos de izquierda) y a erosionar las incipientes cuotas de poder a nivel sub-nacional que habían conseguido las elites periféricas

---

<sup>223</sup> La irónica frase es de Julio Cotler, citada en Rénique (2004 : 171)

durante los sesenta a través de las elecciones municipales inauguradas por Fernando Belaúnde. Durante casi dos décadas los peruanos perdieron la costumbre de votar y los hábitos de la democracia pluralista. En aquella atmósfera de militarismo iluminado, se fue configurando un panorama de conflicto abierto entre Estado y masa. Sin partidos políticos y sin figuras civiles de ningún tipo en el gobierno, la polarización entre Estado y sociedad se asentó. Las protestas sociales arreciaron y el régimen terminó cayendo por la presión popular. Como ningún otro régimen populista latinoamericano, se desmoronó por el malestar de los de abajo. Pero en ese ambiente de resistencia contra un Estado cerrado, germinó nuestra tercera elite, la elite marginal. Al amparo de las universidades estatales en la periferia peruana, surgió el profesorado radical (universitario y escolar) que encabezaría en la década siguiente una revuelta sanguinaria para el país. Y aun quienes no se sumaron luego al proyecto senderista encabezaron en la periferia la protesta generalizada contra el gobierno militar desde un discurso clasista, una práctica “movimientista” y que abandonó cualquier dimensión regionalista o descentralista.

A partir de estos dos diagnósticos para cada caso quisiera extraer una conclusión general proveniente del contraste y una sub-conclusión que se desprende de la precedente y que resulta crucial para lo que argumento en esta tesis. Conclusión general: En Bolivia a cada cambio de régimen el nuevo detentador del poder debe conseguir apoyos sólidos de ciertos sectores sociales para mantenerse en el poder. Durante la Revolución Nacional fueron los campesinos, el movimiento obrero y los sindicatos mineros, además de las elites anti-oligárquicas paceñas que comandaban el proceso. Cuando Banzer consigue un nuevo régimen de cierta estabilidad vuelve a la figura de un gobierno necesitado de apoyos en amplios sectores sociales para poder gobernar. En su caso articula un triple apoyo: Fuerzas Armadas, campesinado y la elite empresarial cruceña que accede al poder más central por primera vez. En el Perú, por el contrario, el velasquismo es una suerte de utopía tecnocrática, cercano a lo que Scott hubiera llamado *authoritarian high modernism* (Scott 1998: 87-102). El general Velasco nunca tuvo dudas que ante cualquier problema su base más sólida eran los militares y siempre los prefirió aunque le costara pelearse con algún aliado civil (Philip 1978: 166). Deliberadamente, el régimen decidió prescindir de cualquier tipo de apoyo

social o de elite (que no fuese la militar, se entiende) y, lo que es más importante, consiguió mantenerse en el poder y llevar a cabo sus reformas sin estos apoyos.

Ahora bien, de esta consideración general sobre el tipo de relaciones entre Estado y sociedad que se impone en ambos países se desprende otra sobre las relaciones entre centro y periferia. En Bolivia, ante el debilitamiento o fatiga política de la elites anti-oligárquicas que estuvieron a cargo de los años revolucionarios a través de del MNR, aparecen dos periferias poderosas a quienes el Estado, o bien no tiene interés en debilitar, o bien no consigue debilitar. No es el caso del Perú, donde las elites periféricas de tipo oligárquico y anti-oligárquico han quedado al margen del juego político por acción premeditada del gobierno militar. Como afirma Carlos Iván Degregori para el caso de Ayacucho, esta década debía ser la década de las clases medias vinculadas a AP, pero la cerrada situación política y la presencia de la universidad hacen que la balanza se incline hacia la izquierda (Degregori 1990: 162). Es decir, como las termitas de Pierson que han empezado a destartalar el sótano de la casa sin que nadie lo perciba estamos en el momento certero en que las trayectorias de Perú y Bolivia se separan drástica y silenciosamente: en Bolivia ha empezado a fortalecerse dos elites periféricas y en el Perú todas las elites periféricas, con excepción de la marginal, han visto socavado su poder económico y/o político. La hora de la elite marginal en ambos países habrá de llegar la década siguiente de maneras diferentes.

En términos de nuestra variable espacial los momentos también son divergentes aunque el contraste no sea aún abismal. En el caso boliviano, Santa Cruz sigue siendo económica y demográficamente periférica. Sus elites están dejando de ser regionales para ser nacionales, pero todavía no lo consigue su ciudad de origen pues en términos económicos y demográficos el país todavía es predominantemente altiplánico. En el caso peruano, las masivas migraciones a Lima reducen el peso de la periferia peruana y le asignan uno desmesurado a la capital que, solo debido a la migración, comienza a tener ya un peso mucho mayor en términos económicos. Sin embargo, el protagonismo económico se multiplica pues la productividad de Lima es mucho mayor y concentra las grandes inversiones privadas financieras e industriales. Estos cambios, desde luego, están vinculados a los procesos políticos arriba mencionados pues cuando el gobierno de Velasco arruina a las grandes familias terratenientes peruanas (o termina de arruinar

a los de la sierra) ellos buscan reconvertirse a la banca o la industria que irá asentándose en Lima; y cuando Banzer decide darle peso nacional a las elites cruceñas también les consolida su capacidad y dominio en la región de Santa Cruz. Aun así, estos procesos económicos y demográficos tienen un componente propio y autónomo que es difícil de vincular a las decisiones políticas tomadas en la época y, lo que es más importante, que tendrán consecuencias que nadie planificó. De hecho, en el caso boliviano, ya podemos concluir a estas alturas que la emergencia de esta elite cruceña conservadora que se convierte en un soporte del gobierno de Banzer, es hija de las políticas puestas en marcha por el MNR en la época de la revolución nacional, partido que jamás hubiera deseado dar forma a una elite periférica que desafíase al centro que es lo que ocurrirá en el futuro. Centralistas y nacionalistas como eran los *emenerristas*, esta consecuencia de su políticas del los años cincuenta es una consecuencia inesperada e indeseada.

Termino con dos contrastes que son importantes de subrayar para este periodo y para el que analizaremos en el capítulo siguiente. En primer lugar, llamar la atención sobre lo que está sucediendo en el campesinado y la elite marginal de los dos países. En Bolivia es el momento en que el indigenismo boliviano (en su vertiente principal, el katarismo) está tomando cuerpo. Tal es la doctrina que avanza en las universidades y escuelas estatales bolivianas. En el Perú, por el contrario, en ese mismo momento el gobierno al distribuir la tierra ha conminado a los campesinos a olvidarse de ser “indios” y les trata a partir de entonces como “campesinos”. La histórica comunidad de indígenas es redefinida como “comunidad campesina” (Rénique 2004: 168). Para el gobierno de las Fuerzas Armadas no hay indios ni indígenas sino campesinos, una vieja lectura clasista que por primera vez llegaba al Estado. Y desde la sociedad, asimismo, las elites marginales marxistas también tienen un discurso radicalmente des-indianizado y de raigambre puramente clasista. En palabras de Maritza Paredes (2010: 231): “El movimiento social desarrolló un tipo de clasismo que hizo “invisible” sus características étnicas.” Así, mientras en Bolivia los ciudadanos de las sierra redescubren las particularidades culturales andinas; en el Perú participan en una asamblea de la CNA patrocinada por el Estado o en una célula de algún partido de

izquierda marxista donde las dimensiones culturales simplemente no son tomadas en cuenta.

El segundo punto se vincula al uso de la violencia en ambos países. El gobierno del General Banzer fue autoritario y despiadadamente represivo: asesinó, deportó, torturó. Tanto líderes sindicales como campesinos y políticos de oposición sufrieron tal barbarie que, por lo demás, se prolongó más allá del gobierno de Banzer, hasta entrados los años ochenta. En el caso peruano, en cambio, aunque autoritario y déspota, el gobierno de Velasco no fue uno cruel. En términos generales fue un periodo intrigantemente pacífico: el gobierno no disparó contra los hacendados para arrebatarles sus tierras, los hacendados no dispararon contra los campesinos para defenderlas, los campesinos no lincharon terratenientes. El *ancien régime* peruano murió sin mayor violencia, los individuos se volvieron más iguales gracias a una centralización administrativa bastante pacífica. Pero el hundimiento del *ancien régime*, espero haberlo mostrado claramente, también arrastró a las nuevas instituciones y organizaciones que, poco a poco, se democratizaban políticamente bajo ese mismo *ancien régime*. El gobierno de Velasco consiguió la democratización de los individuos pero anuló también el involucramiento político de la periferia respecto de su destino, tanto al interno (en sus propias regiones) como en su relación con el centro. Y así, en medio de tanto cambio pacífico, de pronto, la voz más sonora de la periferia fue una que exaltaba la revolución cultural china.



## Capítulo 5

### **Se resuelve la trayectoria: La apertura política boliviana (1994-2004) y la clausura peruana (1989-1995)**

#### *Introducción*

En este capítulo me detengo en la resolución de las dos trayectorias que hemos venido estudiando. En los dos periodos bajo estudio —1989-95 para el Perú y 1994-2004 para Bolivia— se asentó el resultado final con un cleavage territorial en Bolivia, mientras que en el Perú no se generó algo similar. La suerte final de esta geografía política se jugó en dichos dos periodos para ambos países. En ambos periodos se materializó lo que hasta entonces eran dos trayectorias en construcción. La presencia del cleavage boliviano y su ausencia en el Perú se verifican sostenidamente en el tiempo (por el momento durante los años 2000) y será poco probable para ambos países que estas dos formas divergentes de articulación y competencia política varíen en los próximos años. Vale decir, llegando al final de nuestra trayectoria las posibilidades de los actores políticos para desprenderse de estas restricciones son mucho menores. En Bolivia es difícil que los actores abandonen la lógica regional y en el Perú es difícil que ella se implante. El margen de maniobra para la contingencia se ha reducido. Es por lo cual mi argumento no es uno de *path dependence*. La historia no estaba escrita desde un momento particular, se construyó poco a poco, reforzando tendencias en diferentes secuencias de eventos. Como las termitas de Paul Pierson, la reestructuración de la competencia política se ha hecho en silencio y sin que nadie la viera llegar.

El contraste final de nuestras dos trayectorias en este capítulo puede describirse así: en Bolivia el Estado central es jaloneado y vaciado de poder por las elites periféricas y termina empujado hacia una redefinición de sus contornos básicos. Para decirlo en términos de Migdal: una sociedad fuerte se impone sobre un Estado débil. En el caso peruano, Michael Mann (1988) nos brinda una herramienta conceptual útil para entender lo sucedido. Las débiles elites periféricas peruanas terminan de sucumbir ante un Estado central que, dinamizado por una guerra interna, se despliega

militarmente sobre el territorio y termina de erosionar la vida política de la periferia. Pero el Estado que se instala no es necesariamente un Estado fuerte (o con gran capacidad para llevar a cabo las políticas públicas que se propone), sin embargo sí es un Estado que domina a su sociedad, uno que posee un despotic power, esto es, “the ability of state elites to take their own decisions *over* their subjects/citizens” (Mann 1988).<sup>224</sup> La construcción de este Estado despótico y su anverso la sociedad periférica desmovilizada y sin mecanismos para tener opciones de *voice* se hará sentir por muchos años. Es un Estado capaz de desmovilizar a la periferia, pero es débil para construir un régimen que suceda al antiguo, es débil para erigir unas instituciones capaces y legítimas. El fin de ambas trayectorias constituye legados importantes para la política de ambos países.

El denominador común de este capítulo es la caída de los partidos nacionales que representaban los intereses de las elites periféricas en ambos países.<sup>225</sup> A lo largo de los años noventa los tres partidos tradicionales bolivianos (MNR, ADN, MIR) perdieron importancia. Si en la elección presidencial de 1989 ellos acumularon el 65% de los votos, en la del 2002 sumaron solo el 39%. En el Perú, en 1985 los partidos tradicionales (AP, APRA, Izquierda Unida-IU y Partido Popular Cristiano -PPC) sumaron cel 83% de los votos y en 1995 no alcanzaron el 5%. Pero este elemento común de colapso del sistema partidario llevó a resultados muy diferentes en ambos países. En Bolivia, ante la caída de los partidos tradicionales, quienes emergen como fuerzas cruciales son las periferias fortalecidas en los últimos años: la elite marginal occidental vinculada al mundo campesino y la elite periférica oriental cruceña. En el Perú, por el contrario, la crisis de los partidos tradicionales no da lugar a la emergencia de ninguna fuerza periférica pues la periferia ya se había debilitado sostenidamente durante nuestra trayectoria y, más bien, surge el Estado central como fuerza dominante.

Esta crisis de los partidos visibiliza problemas de gobernabilidad así como de representación. En Bolivia los partidos perdieron representatividad frente a grandes mayorías que les eran cada vez más desafectas. Los partidos tradicionales y su defensa

---

<sup>224</sup> El *infrastructural power*, a su vez, es definido como “the capacity of the state to enforce rules and laws by effective infrastructures covering its territories and people” (Mann 2004: 31). También ver Soifer 2008.

<sup>225</sup> Para la caída de los sistemas partidarios ver, para Bolivia Romero 2010; Mayorga 2005, Pachano 2006; para Perú Crabtree 2010; Levitsky & Cameron 2003; Tanaka 1998.

de una economía neoliberal con problemas para legitimarse frente a la mayor parte de la población, abrió la puerta primero a partidos personalistas y populistas y luego a vastos movimientos sociales anti-*establishment*. En un intento por legitimar el sistema representativo boliviano, en 1994 se impulsó una descentralización muy importante (a través de la Ley de Participación Popular-LPP), una reforma que dará vida a una política signada de “abajo hacia arriba”. La LPP que creaba municipios con alcaldes electos y con acceso a recursos propios facilitó la consolidación a nivel local de movimientos ajenos a los partidos tradicionales (en especial el MAS). En el Perú, por el contrario, los problemas de los partidos eran menos unos de representatividad que unos de gobernabilidad (Tanaka 1998). Desde 1980, cuando volvió la democracia hasta las elecciones de 1990, los partidos tradicionales estuvieron a cargo del poder y gobernaron de manera calamitosa. Económica y políticamente el país entró en la peor crisis de su historia con una violencia desatada por SL y una inflación descontrolada y la capacidad productiva derruida. Ante esta situación grave de legitimidad del sistema institucional peruano, la respuesta fue exactamente inversa a la emprendida en Bolivia: se re-centralizó el país. Se impuso, una vez más, un régimen “de arriba hacia abajo” (el de Fujimori) que des-movilizó a la periferia peruana. La forma en que cada país resolvió sus problemas tuvo consecuencia para el sistema político: en Bolivia se despertó a fuerzas latentes periféricas y en el Perú se consolidó la minimización de la periferia peruana en la política nacional.

Si ideológicamente los gobiernos de Velasco y Fujimori fueron radicalmente distintos, no lo fueron en términos de las relaciones que establecen entre centro y periferia, pues ambos fueron regímenes impregnados del mismo *élan* centralista, autoritario y anti-partidos. Las trayectorias precedentes empujan a los actores a tomar vías político-institucionales que reflejan los cambios que han ocurrido en los países. En Bolivia, el Estado se abre hacia una descentralización muy importante y el Estado peruano se (re) centraliza con la complacencia de una periferia que no posee ya ninguna forma ni interés en ser actor político. Mientras que el Estado boliviano parece regresar a las fuentes sociales en busca de una voluntad general que lo redefina; el Estado peruano, como en la vieja frase de Marx, parece planear en los aires, escindirse

de una sociedad que en este periodo termina de ser dominada. En este periodo, entonces, se agudiza el contraste entre las dos trayectorias.

La construcción del espacio político brinda el marco para el enfrentamiento por el centro. En Perú se consolida una geografía política donde el poder político y económico coincide en términos territoriales en Lima, mientras que en Bolivia echa raíz una distribución territorial en la que el poder político y el económico han continuado disociándose sobre el territorio, generando tensiones y atizando disputas. En la línea de Herbst (2000), la centralización estatal parece ser más difícil de realizarse si la población en los países se divide en dos grandes bloques, alejados el uno del otro dentro del territorio nacional. Es el caso boliviano cuando a inicios del año 2000 dos nuevas ciudades periféricas contienen el peso demográfico suficiente para desafiar a la capital. De un lado, Santa Cruz que el año 2001 ya posee —como ciudad y como departamento— tantos habitantes como La Paz; del otro lado, la ciudad de El Alto, establecida en la planicie que rodea La Paz, que se independiza jurídicamente de la ciudad de La Paz en 1988; el año 2001 El Alto tiene 694 mil habitantes, apenas 100 mil menos que la capital. A esto se agrega el factor económico. En El Alto se aglomera una nueva fuerza económica que Carlos Toranzo conceptualizará como la “burguesía chola” y Santa Cruz, gracias a la importancia de los hidrocarburos, se convierte en la región más rica de Bolivia (entre 1996 y 2002 las reservas de gas confirmadas en Bolivia se multiplican por diez y Bolivia se transforma en la mayor reserva de gas natural de América Latina).

En el caso peruano encontramos un centro, Lima, demográfica y económicamente muy poderoso frente a una periferia que en términos demográficos se ha fragmentado al haberse multiplicado las ciudades con más de 100 mil habitantes y con las ciudades del sur peruano (Arequipa, Cusco y Puno) cada vez menos importantes respecto de todo el país. En Bolivia surge lo que adaptando de Tilly (1992) hemos llamado la “concentración intolerable”, mientras en el Perú la periferia, como conjunto y como ciudades individuales, se aleja de tal situación. En resumen, en Bolivia aparecieron “aspirantes a centros” mientras la periferia peruana iba en la dirección opuesta.

Este capítulo muestra, en definitiva, el momento en que estructuras y actores se encuentran para dar lugar al conflicto regional en Bolivia y para que este no aparezca en el Perú. Es la coyuntura en que las fuerzas de largo plazo y las de corto plazo se imbrican para establecer una nueva forma de competencia política en ambos países.

### **Bolivia: El Estado asediado por dos periferias fortalecidas.**

#### *Relaciones entre centro y periferia*

En 1985 Bolivia inauguró un periodo que con Dabène (1994) llamaré “democracia de mercado”. En términos políticos, se abrió un largo periodo de democracia electoral donde la representación política estuvo monopolizada por los partidos políticos. En términos económicos, por su parte, el Decreto No. 21060 sentó las bases para la liberalización económica y las políticas de ajuste estructural boliviana que consiguió estabilizar la economía y terminar con la hiper-inflación.<sup>226</sup> La “democracia de mercado” boliviana cosechó la admiración de propios y extraños.<sup>227</sup> Pero propios y extraños no percibieron que debajo de la estabilidad política y económica se encubaba el descontento. En términos económicos, porque diez años después de conseguida la estabilización de la economía y de haber privatizado las empresas estatales, no se había conseguido dinamizar la economía ni traer bienestar para la población (Kohl 2004; Hilton & Thomson 2007). Y en términos políticos, porque “era un sistema político que, erróneamente, no le daba ninguna importancia a la sociedad civil.”<sup>228</sup>

Como hemos visto a lo largo de los capítulos sobre Bolivia, en este país el régimen político del Estado, fuese democrático o autoritario, siempre dependió para su establecimiento de las fuerzas sociales, las cuales fueron siempre parte de los distintos regímenes puestos en marcha. Durante la “democracia de mercado” boliviana, sin embargo, el régimen no reposó sobre ninguna fuerza social en particular como se había

---

<sup>226</sup> El Decreto No. 21060 fue el inicio de lo que se llamó la Nueva Política Económica que, entre otras cosas, devaluó la moneda, eliminó el control de precios, restringió el gasto público, puso en marcha privatizaciones de las empresas estatales.

<sup>227</sup> Ver Whitehead 2001, Sachs 1987 y Kohl 2004.

<sup>228</sup> José Blanes, entrevista personal.

hecho en el pasado (cuando descansaron sucesivamente sobre campesinos, militares, mineros o coaliciones entre ellos) y el país se acercó a un régimen pluralista donde el Estado consiguió ser un espacio de cierta neutralidad sin presencias corporativas, asentado en partidos políticos nacionales, especialmente el MNR, ADN y MIR, que en una sucesión de alianzas y pactos gobernaron Bolivia entre 1985 y 2003. El “presidencialismo parlamentarizado” boliviano fue largamente aplaudido y nadie previó que sucumbiría un día sin dejar mayor rastro institucional.

Dos cosas son importantes de subrayar para este periodo boliviano. En primer lugar, que los tres partidos principales disfrutaron de un alcance y capacidad bastante nacional. Cuando uno observa el índice de nacionalización de Jones & Mainwaring (2003) para el sistema partidario boliviano durante los años ochenta y noventa el promedio es bastante más elevado que para los otros países andinos como Perú y Ecuador. Vale decir, la distribución de los votos recibidos por los partidos era bastante homogénea sobre el país, ellos no dependían en gran medida de alguna región en particular. Estos partidos, además, contaban con bases en todo el país y liderazgos que provenían de los distintos departamentos del país.<sup>229</sup> Finalmente, entre 1979 y 2009, estos partidos, en las elecciones presidenciales concentraron en promedio dos tercios de los votos (Romero 2010). En segundo lugar, estos partidos se convirtieron todos (con el MNR en la posición central) en los defensores de la “democracia de mercado”. Es decir, defensores de una política de tipo representativa y, económicamente, liberal. Esta asociación de ambos planos dio lugar a que, al margen de ellos, fraguase, gradualmente, un sistema político anti-partidista y anti-neoliberal desde dos vertientes. De un lado, proyectos de tipo populista, personalistas y urbanos como Conciencia de Patria (CONDEPA) y su líder Carlos Palenque o la Unión Cívica Solidaria del empresario cervecero Max Fernández.<sup>230</sup> Del otro lado, emergieron movimientos sociales como las federaciones de cocaleros o los sindicatos andinos agrupados bajo las figuras de Evo Morales y Felipe Quispe. Esta dicotomía vino a asentarse y materializarse sobre el cleavage territorial oriente/occidente.

---

<sup>229</sup> Entrevista personal con Mayorga.

<sup>230</sup> Para CONDEPA y UCS ver Alenda (2002)

### Elite anti-oligárquica (el MNR)

Entre 1985 y 2002 en Bolivia se llevaron a cabo cinco elecciones nacionales (presidenciales y parlamentarias). En cuatro de ellas el MNR obtuvo el primer lugar y en la quinta llegó segundo por estrecho margen. Nuevamente, un cambio de régimen permitió la renovación y activación de elites postradas. El MNR se benefició del regreso de la democracia gracias a dos elementos. Primero, era un partido con una presencia institucional nacional más desarrollada que la de sus contrincantes que debieron construirla mientras se asentaba el régimen democrático. Segundo, el MNR contaba con una historia que explotar. En el mundo rural, “la reforma agraria le valió al MNR un capital de simpatía política cuyo crédito tardó casi cuarenta años en agotarse” (Romero 2003: 87). En el oriente boliviano, de otro lado, el MNR y su revolución nacional podía reclamar ser quien más había hecho por convertir aquel territorio desmembrado del país en parte fundamental de Bolivia al haber auspiciado la “marcha hacia el oriente” y haber concretado, por ejemplo, la carretera Cochabamba-Santa Cruz.

Con la elección de Paz Estenssoro en 1985 la vieja elite anti-oligárquica volvió al centro del Estado. Durante el gobierno de Víctor Paz Estenssoro (1985-89), el MNR se reinventó por completo y se adaptó a un nuevo escenario político, social y económico (Burgess & Levitsky 2003). Esta reinvención se dio sobre todo en el ámbito económico al desmantelar la economía estatista e impulsar una temprana reforma neoliberal de ajuste estructural. La nueva política económica implicó la estabilización de una economía a la deriva que había llegado a tener una inflación anual de 27 mil por ciento y la reestructuración del Estado pasando de un modelo tradicional populista hacia un Estado que abrió la economía del país (Conaghan & Malloy 1994: 185). Aún si esta vez están a cargo de desmantelar el Estado nacional-popular que ellos mismos habían levantado en 1952 (Zavaleta 1977) y llevar a cabo la reforma neoliberal, las elites son del mismo tipo que cuatro décadas atrás. Como en el Perú, sin embargo, esta elite anti-oligárquica que vuelve al poder luego de largos años autoritarios no consigue recuperar su papel de vínculo entre Estado y sociedad, y tampoco consigue “fidelizar” a los nuevos sectores movilizados de la sociedad. En primer lugar, porque la nueva

política económica neoliberal que Bolivia estrena en el continente, para ser exitosa exigía justamente que el Presidente Paz Estenssoro se aislara y gobernara con una reducida tecnocracia y ya no con su partido. Viró hacia un encapsulamiento tecnocrático. Paz Estenssoro era consciente de que ya no se podía generar lealtades corporatistas desde ese Estado desfalleciente. Sabía del diagnóstico de Malloy (1992): los partidos y sus métodos de gobierno eran parte del problema boliviano. En un texto absolutamente notable y visionario, Malloy notó muy temprano que el éxito de estas políticas neoliberales solo se conseguiría si los gobernantes andinos y sus técnicos reformistas conseguían escindir de la sociedad (Malloy 1992). En tal sentido, la vieja elite emenerista acostumbrada al manejo populista del Estado no entendía los códigos de las nuevas reformas y así el Presidente Paz Estenssoro debió dejarla de lado para sacar al país de la bancarrota (Malloy 1992; Conaghan & Malloy 1994). Paralelo a este intento de aislamiento tecnocrático, del lado de la sociedad “se renovaron todas las elites políticas de Bolivia”.<sup>231</sup>

Las políticas neoliberales, además, alejaron al MNR de los sectores que tradicionalmente le habían sido fieles pues debió desprenderse también de los mecanismos que había utilizado tradicionalmente para asegurar esta fidelidad. La reducción necesaria del Estado debilitó sus vínculos con la clase media paceña burocrática. De otro lado, con el gas convertido en la nueva gran riqueza boliviana y el estaño en su peor crisis, una serie de instituciones fueron muy debilitadas. La otrora poderosísima Corporación Minera Boliviana (COMIBOL) fue desmantelada e incluso Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) debió mandar a la calle a mil trabajadores entre 1985 y 1987.<sup>232</sup> En resumen, al volver al poder el MNR debió redefinir sus vínculos con el sindicalismo, el Estado y los empresarios (Mayorga 1992: 257).

Estas medidas también tuvieron un correlato en otro tradicional bastión del MNR: el mundo rural y obrero. El declive de los precios del estaño minó al movimiento obrero que, por primera vez en medio siglo, quedó al margen de la vida política boliviana. La Federación Sindical de Trabajadores Mineros Boliviana

---

<sup>231</sup> Carlos Toranzo Entrevista personal.

<sup>232</sup> Klein (2003: 245)

(FSTMB) no tenía ya recursos y carecía de mineros para poder oponerse al proyecto de neoliberal Paz Estenssoro. De los 30 mil mineros, 23 mil fueron despedidos de sus trabajos (Conaghan & Malloy 1994: 186). Las pocas protestas contra la Nueva Política Económica fueron reprimidas duramente con el objetivo de recuperar la autoridad estatal y debilitar al movimiento sindical que había dado forma al siglo XX boliviano en un enfrentamiento constante con el Estado. Tras la crisis de los ochenta y con las políticas de Paz Estenssoro, “el sindicalismo se agotó como sujeto socio-político cerrando un ciclo histórico iniciado en la gran revolución popular de 1952” (Mayorga 1992: 255).

Además, con estas medidas, el MNR que había sido hegemónico en el mundo rural, fue perdiendo dicha hegemonía. Como hemos visto, el katarismo que surgió en los años setenta para denunciar el Pacto Militar-Campesino también debilitó la relación del MNR con el campo. Durante los setenta “el katarismo destruyó los lazos que el campesinado entretenía con el MNR” (Romero 2003: 76).

Finalmente, el gobierno del MNR decidió mantener las políticas de privilegio hacia Santa Cruz, las mismas que había estrenado en la época de la revolución nacional al dirigir hacia este departamento la mayor parte de la inversión privada y pública que se generaba en el país e impulsó la migración masiva de población hacia esa región. Políticas que se habían profundizado durante el gobierno de Banzer en los años setenta. De tal manera que en relación a Santa Cruz, el MNR continuó con esta larga trayectoria de apoyo al oriente.

Con el paso del tiempo, el debilitamiento de la elite tradicionalmente vinculada al MNR era observable en términos absolutos y relativos. En términos absolutos, la elite burocrática paceña quedó muy debilitada tras los despidos masivos con la Nueva Política Económica. En el mundo rural, el pequeño hacendado que era el pivote del poder *emenerista* había caído en desgracia pues la fuerza campesina había migrado hacia La Paz, especialmente a la ciudad de El Alto que en 1988 conseguirá su independencia jurídica (de La Paz) y que nunca vio con buenos ojos al MNR. Entonces, el vínculo de poder que unía al pequeño hacendado andino con la ciudad de La Paz se debilita cuando el campesino migra y cuando La Paz pierde a El Alto, con una población de un cuarto millón de habitantes. El debilitamiento fue económico y

demográfico. Las elites que habían podido sostener (aun si con dificultades) un proyecto nacional, ahora se encontraban disminuidas para continuar con dicho papel.

En 1989 el MNR ganó la elección presidencial con su candidato Sánchez de Lozada, pero sin la mayoría suficiente para ser elegido directamente por lo cual la decisión pasó al Congreso donde ADN y el MIR se aliaron para impedir que el MNR continuara en el poder. El líder de ADN, segundo en la justa, el general y ex dictador Banzer, despertaba temores de muchos sectores por lo cual asumió la presidencia el candidato que había llegado tercero, Jaime Paz Zamora del MIR. Con el MNR fuera del gobierno se perdió la disciplina tecnocrática. Aunque el MIR teorizó su alianza con ADN como un “entronque histórico con 1952” (Romero 2010), ella ponía codo a codo al partido del general Banzer y al MIR que había sufrido las peores represiones de parte del gobierno del primero durante los setenta. Esta alianza dio inicio a los recelos de la población boliviana pues el Acuerdo Patriótico (así fue bautizada la alianza) se percibió como una componenda oportunista y con la única finalidad de repartirse el poder.

En 1993 el MNR volvió al poder en una elección donde resultó elegido Gonzalo Sánchez de Lozada. Esta elección dio la impresión de presentar un MNR que recuperaba los viejos brillos de partido hegemónico. Consiguió el 33.8% de los votos (la votación más alta desde que las elecciones volvieron a Bolivia a finales de los setenta), fue primero en ocho de los nueve departamentos bolivianos así como en 186 de los 311 municipios. Sin importar el criterio que se use para observar aquella votación (clases, regiones, índice de desarrollo humano) la votación del MNR fue altamente homogénea y el partido demostraba mantenerse como un gran partido nacional.<sup>233</sup>

Para los propósitos de nuestra exposición sobre las elites en juego, esta elección de Sánchez de Lozada permite observar varios cambios en la política boliviana que se fortalecerán en esta etapa. En primer lugar, la presencia importante de partidos populistas como CONDEPA que con una retórica abiertamente anti-partidaria pudo desplazar a uno de los tres partidos tradicionales al conseguir el tercer lugar con 13.5% de los votos. CONDEPA tenía dos características principales. De un lado, había sido

---

<sup>233</sup> Romero (2003: 95-101)

construido por el carismático animador de radio y televisión Carlos “el compadre” Palenque. Y, en segundo lugar, este carisma había tenido mayor acogida en el mundo urbano alto-andino. Fue el político de las nuevas masas urbanas de Bolivia que cargaban con un descontento hacia el sistema partidario. La importancia de esta propuesta no se quedaba en el plano político, más importante era quiénes venían a apoyarla, en este caso, el nuevo poder económico alto-andino. Ya no la vieja elite vinculada al MNR sino, justamente, una que renegaba de ella. Las bases principales de Palenque se asentaron en La Paz y en especial en la ciudad de El Alto. El Alto en estos momentos ya se había convertido en una ciudad jurídicamente independiente y con una población casi tan numerosa como La Paz. Pero este asentamiento urbano reciente no tiene ya nada que ver con las clases medias de La Paz. Por el contrario, es un asentamiento urbano y de fuerte contenido indígena con animadversión por el *establishment* político tradicional boliviano y, en ese marco, en especial contra el MNR. Aquí es donde el factor demográfico se vuelve muy importante. El Alto ya no es un barrio, es una ciudad super-poblada con sensibilidades políticas nuevas y para las cuales el MNR nunca tuvo las herramientas políticas para encuadrar o seducir.

Es muy revelador en esta elección, también, la estrategia que Palenque emprendió al llevar como vicepresidente a un popular empresario de la ciudad de Santa Cruz, Ivo Kuljis. Vale decir, la candidatura de CONDEPA ponía de manifiesto que la política boliviana comenzaba a estar vinculada a nuevas fuerzas y elites sociales que no estaban representadas en los partidos políticos tradicionales y que nunca habían formado parte del *establishment* boliviano.

Ahora bien, no eran los únicos en haber percibido estos movimientos sociales bajo el mundo político. El propio MNR era consciente de la emergencia social, económica y política de una nueva población indígena y urbana en el occidente del país con una nueva elite a la cabeza a la cual nunca había representado y que le era abiertamente reacia. Para paliar esta situación el MNR llevó como candidato a la vicepresidencia a Víctor Hugo Cárdenas, indígena y antiguo líder del katarismo de los años setenta. La fórmula dio resultado. Cárdenas consiguió retener a gran parte de los votantes indígenas que de otra manera habrían dejado al MNR y migrado hacia partidos no tradicionales. Así, la elección de 1993 es importante pues es la primera vez

en que despuntan las tendencias que marcarán la política boliviana en los siguientes años. Los cuatro años de gobierno de Sánchez de Lozada radicalizaron involuntariamente estas tendencias.

El gobierno de Sánchez de Lozada intentó volver a construir, una década más tarde, el encapsulamiento tecnocrático que le había dado buenos resultados al primer gobierno de Víctor Paz Estenssoro en los ochenta. Con esta tendencia, el MNR confirmaba que carecía de sectores sociales sobre los cuales apoyarse y que, más bien, confiaba en que las políticas que ponía en marcha le valieran las simpatías de un electorado más abstracto, general y no movilizado. El gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada fue uno de los más reformistas en la historia de Bolivia. No hay espacio aquí para detallar las múltiples políticas públicas y reformas puestas en marcha por este gobierno, simplemente me centraré en dos que fueron decisivas para la trayectoria boliviana y el debilitamiento y fortalecimiento de nuestras élites.

En primer lugar la Ley de Capitalización que promovía la privatización de las empresas estatales bajo un modelo de coparticipación. El 50% de las empresas quedaba en manos privada y el 49% estatales, mientras el 1% restante se le otorgaba a los bolivianos mayores de 21 años. Bajo esta modalidad se privatizó la Empresa Nacional de Ferrocarriles Boliviana (ENFE), YPFB, la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTEL), la Empresa Nacional de Electricidad (ENDE) y la aerolínea boliviana (LAB). Más allá del éxito o fracaso económico de la medida (evaluación que escapa al análisis propuesto aquí), lo innegable es que ella fue un parte aguas en términos de los sectores de la población que apoyaban al MNR y, más ampliamente, a los partidos políticos identificados con las políticas neoliberales (y más ampliamente aún, con la “democracia de mercado”). Esta medida brinda la posibilidad de una ruptura ideológica de fondo entre sectores de la sociedad. Con estas medidas el MNR terminó de confirmar el realineamiento de su voto. Poco a poco, el partido era menos apreciado en las zonas rurales y cada vez más fuerte entre los más prósperos y urbanos del país, especialmente en los departamentos del oriente boliviano.

La segunda y crucial medida del gobierno de Sánchez de Lozada fue la LLP de 1994 que descentralizó el poder estatal hacia los municipios bolivianos. Esta medida buscaba ser una reforma que legitimara al Estado y al gobierno frente a la población;

buscaba acercar el Estado a la ciudadanía y con ello darle un soplo de legitimidad pues él era cada vez más presa de un malestar social. ¿Cómo descentralizar el Estado? En 1992, siendo Presidente Jaime Paz Zamora, la Cámara de Senadores de Bolivia, había aprobado una propuesta de descentralización estatal hacia los departamentos para que estos eligiesen gobernadores en los nueve departamentos de Bolivia y les transfiriese competencias públicas hacia dicho nivel de gobierno. Sin embargo, el Presidente Paz Zamora, quien estaba en su último año de gobierno, prefirió no aprobar la ley y dejarle la decisión a su sucesor. Gonzalo Sánchez de Lozada, representaba el nacionalismo y centralismo más tradicional del MNR y rechazó aquel proyecto de Ley de descentralización hacia los departamentos.

“Goni [como era conocido Gonzalo Sánchez de Lozada] estaba convencido que la descentralización departamental llevaría a la disolución del país pues lo departamentos tiraban hacia afuera y, además, los países vecinos siempre habían jaloneado a Bolivia.”<sup>234</sup>

En aquellos momentos el cálculo de Sánchez de Lozada fue que “el municipio no tiene una conciencia identitaria que le permitiría jaquear al estado central”<sup>235</sup> y, por tanto, se podía ir a ese nivel sin mayores riesgos. Fue así como se preparó una ley de descentralización municipal que se aprobaría en 1994 y que cambiaría inesperada y sustancialmente el panorama político boliviano.

Las consecuencias más importantes de esta ley no se hicieron sentir en quienes la dieron, el MNR como representante histórico de la elite anti-oligárquica. Su impacto se constató, más bien, en la periferia marginal y la consolidación de una elite periférico- marginal que, a través de esta ley de descentralización municipal y de otras reformas institucionales, consiguió consolidar su poder local y luego ascender hacia el ámbito nacional. La LPP brindó los mecanismos institucionales para que el mundo campesino e indígena boliviano emergiera en la política nacional con una fuerza inédita. Es por esto que el análisis de la LPP y su impacto lo dejo para el próximo apartado centrado en la elite periférico-marginal.

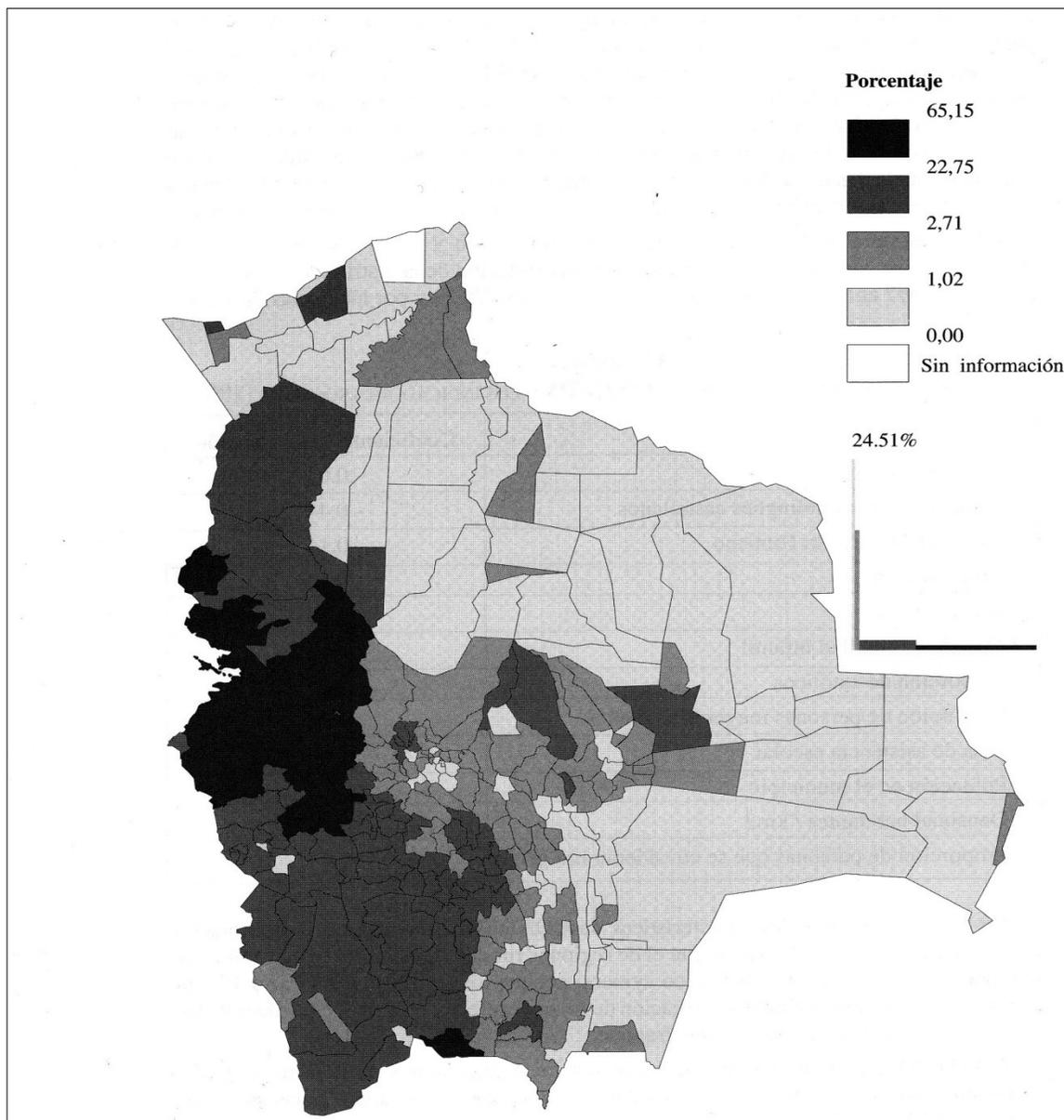
---

<sup>234</sup> Entrevista personal con Carlos Mesa.

<sup>235</sup> Entrevista personal con Carlos Mesa.

Del lado de la elite anti-oligárquica representada por el MNR quedémonos por el momento en el final del gobierno de Sánchez de Lozada en 1997. En primer lugar, el papel histórico del MNR ya no es el que fue. Tras doce años de “democracia de mercado”, el viejo partido es la encarnación misma de un sistema que no consigue las mejoras prometidas. Tras la estabilidad ganada y tras las privatizaciones, la economía boliviana no distribuye mejoras tangibles para la población y el sistema político se deslegitima. Así, bajo este contexto, cuatro años después de la elección homogénea y clara de Sánchez de Lozada, en 1997 el MNR solo consigue la mitad de los votos que había recolectado en 1993, sin ganar uno solo de los nueve departamentos bolivianos. El gran beneficiado de la bancarrota del MNR fue CONDEPA que seguía representando de manera populista el malestar de la ciudadanía contra unas políticas que no daban frutos generalizados y que eran achacables al conjunto de los partidos nacionales bolivianos. CONDEPA se presentaba, en cambio, como el único partido “limpio” de estos pactos partidarios de la “democracia de mercado” consiguiendo atrapar así a la ciudadanía descontenta, especialmente la nueva población urbana del occidente boliviano. CONDEPA logró el tercer puesto en dicha elección con 16% superando al “tradicional” MIR. El mapa electoral de la elección de 1997 muestra, por primera vez, muy claramente la dinámica política que habría de instalarse en Bolivia durante la década siguiente.

**Mapa 5. Votación del CONDEPA en las Elecciones Presidenciales de 1997**



Fuente: Romero 2003.

En resumen, a estas alturas podemos decir que el MNR ha dejado de ser el vehículo de la elite anti-oligárquica. El viejo vehículo reformista de los años cincuenta ya sin fuerza ideológica (sin oligarquía que combatir) y ha perdido su capacidad de “centro” político y social, ya no media entre Estado y sociedad, ya no encarna la moderación ideológica en el nuevo contexto, su electorado va siendo cada vez más urbano y

próspero. Ya no tiene contacto con los descendientes de aquellos que fueron sus bastiones décadas atrás. Los campesinos de la Bolivia contemporánea ya no se parecen en nada a aquellos que Paz Estenssoro sedujo durante los años cincuenta y sesenta: el campo alto-andino se ha despoblado y ha migrado sobre todo en dos direcciones: una parte vive ahora en El Alto y la otra parte siembra coca en el valle del Chapare en Cochabamba.

### La elite periférico-marginal

*Aquí es el MAS el que manda en todo sentido.  
Los que han intentado entrar han sido un poquito amenazados.  
Sperandio Ravatto. Párroco del Chapare.<sup>236</sup>*

Hasta ahora me he referido a la periferia marginal como el campesinado alto-andino que a través de sindicatos y federaciones consiguió ser un aliado del MNR durante los años de la revolución nacional y posteriormente aliado de los regímenes militares a través del Pacto Militar-Campesino que asumía que la nación boliviana debía sustentarse en ambos sectores. En aquellos dos periodos la marginalidad del campesinado permitía para fines analíticos observarlos como un bloque vinculado al régimen revolucionario o a los regímenes militares. Debido a varias razones, en este periodo pierde precisión. En primer lugar, durante los setenta emergieron distintas corrientes políticas, como el katarismo, que re-organizaron y brindaron diferencias ideológicas importantes al interior del campesinado boliviano. En segundo lugar, durante los ochenta y noventa se produjeron grandes oleadas migratorias que cambiaron la fisonomía del campo boliviano. De un lado, muchos campesinos migraron hacia las ciudades alto-andinias, en especial a La Paz que pasa de tener un millón y medio de habitantes en 1971 a poco menos de dos millones y medio el 2001. Por lo demás, más que el crecimiento de La Paz estamos ante el crecimiento de los alrededores de La Paz. La ciudad de El Alto, que en 1992 tenía 405 492 habitantes, el año 2001 ya contaba 694 749 habitantes. Así, este fenómeno de migración tiene dos efectos: de un lado el campo se vacía pero, de otro lado, emerge una nueva fuerza social que es urbana pero también indígena. Es una población urbana de primera

---

<sup>236</sup> Citado en Landes 2007.

generación. Los lazos institucionales que solían vincular al campesinado con el Estado se debilitan pues el campesinado es aritméticamente mucho menos importante y esta nueva población urbana no tiene mayores relaciones con las instituciones representativas tradicionales pues, lo hemos visto, los partidos tradicionales que dominan la escena política son rechazados, prefiriendo movimientos populistas y mediáticos.

Una segunda oleada migratoria es importante de subrayar en esta nueva fisonomía de la periferia marginal boliviana. A inicios de los ochenta, la minería en general y el estaño, en particular, que eran el centro de la actividad económica del occidente boliviano, se van a pique. Esto obliga a que los mineros y sus familias asentadas en el occidente boliviano se desplacen a otros puntos del país para subsistir. En palabras del especialista José Blanes, “ya no había dinero ni para poner la cuota de los sindicalistas mineros”.<sup>237</sup> Y muchos de ellos migraron hacia el Chapare en Cochabamba, donde se vivía el boom del cultivo de la coca. Durante los ochenta, Bolivia produce entre el 30% y 40% de la materia prima de la cocaína del mundo. El número total de empleos vinculados directa o indirectamente a la producción de coca y la cocaína llega a 350 mil.<sup>238</sup> Estos migrantes además,

“They brought with them the traditions of radical trade unionism and community activism forged in mining communities over the previous half-century and swelled the ranks of popular neighborhood and colonizers’ organizations.” (Hylton & Thomson 2007: 164).

Fue así como uno de los miles de individuos que migró de las empobrecidas alturas mineras hacia Cochabamba fue un jovencito llamado Evo Morales.

Entonces, estas migraciones y recomposiciones de los grupos sociales bolivianos redefinen gradualmente también la representación de los intereses de estos grupos y los vehículos para representarlos. Ya no estamos ante la periferia marginal de las décadas precedentes, ésta ha evolucionado y ganado fuerza al migrar a la ciudad, engarzándose al capitalismo salvaje y urbano de El Alto o al insertarse al próspero negocio de la coca y la cocaína. Como afirma el ex Presidente Carlos Mesa, “De pronto, la coca sustituyó al estaño y los sindicatos cocaleros a la poderosa Federación

<sup>237</sup> Entrevista personal con José Blanes.

<sup>238</sup> Ver Conaghan & Malloy (1994: 198).

de Mineros” (Mesa 2008: 181). Si esta periferia marginal estaba dejando de ser marginal, todavía no tenía una elite que la vinculase hacia el Estado. La elite “social” de esta periferia marginal estaba conformada por distintas agrupaciones sociales o comunitarias pero no contaba con una elite que la vinculase al Estado. La LPP auspiciada por el gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada va a permitir transformar la elite *social* marginal en una elite *política* periférico-marginal.

Si en el Perú la elite marginal prospera políticamente a través de instituciones estatales que se acercan más al modelo de elite marginal que tomamos de Skocpol (1979), como las universidades o las escuelas primarias desplegadas sobre el país, en Bolivia surgió, más bien, a través de la fuerza sindical. Esta fuerza sindical corporatizada desde el Estado fortalecieron a la periferia marginal campesina boliviana. Y aunque las escuelas, universidades y fuerzas armadas fueron un vehículo de ascenso *social*, estas instituciones no llegaron a consolidarse como vehículos de ascenso *político*. En el caso boliviano, a diferencia del peruano, la periferia marginal no se dota de una elite política por una serie de corporaciones estatales sino gracias a su fortaleza social dinamizada por el rediseño de las instituciones administrativas, políticas y de diseño electoral del Estado boliviano y posteriormente gracias a la movilización social. Cuando el Perú pasó por el momento más grave en términos de gobernabilidad y legitimidad estatal, la situación se resolvió centralizando el poder; en Bolivia se le resolvió en la otra dirección: descentralizándolo y fortaleciendo políticamente a esta periferia marginal al dotarla, inesperadamente, de la elite política que carecía.

El gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada dictó la LPP (Ley No. 1551) en abril de 1994. Antes de esta ley en Bolivia solo existían municipios urbanos. El municipio como institución, además, no contaba con recursos propios y estables, solo poseía aquello que el Estado central le entregaba cada año, sujeto a los vaivenes de la vida política. La LPP creó 311 municipios (ampliados luego a 327) y descentralizó hacia ellos las tareas de infraestructura pública en sectores como educación, salud y riego. Para poder cumplir con estas tareas instauró dos medidas fiscales importantes. De un lado, el 20% del PBI boliviano sería entregado directamente a estos municipios distribuyéndolo según el número de habitantes que posea el municipio (Rojas 2009: 144) y, del otro, que los municipios recaudarían directamente los impuestos sobre los

inmuebles y vehículos en dichas unidades (Galindo 2007: 228-9). Asimismo, se reconoció a las organizaciones de la sociedad civil, las cuales deberían elaborar concertadamente con las autoridades elegidas los planes de desarrollo de estos municipios. Del lado político, la LPP creó tres autoridades nuevas en estos municipios. Creó el concejo municipal elegido por voto popular, el alcalde municipal elegido, a su vez, por estos concejales, y el comité de vigilancia compuesto por las organizaciones locales y organizaciones no gubernamentales que fiscalizarían que los proyectos concertados de desarrollo fuesen llevados a la práctica por las autoridades elegidas (Galindo 1998; Ayo 2004).

Los efectos de esta gran reforma política sobre la eficiencia y ordenamiento estatal siguen en discusión (ver por ejemplo, Grindle 2000; Ayo 2004; O'Neill 2006). Sin embargo, aquí lo relevante son las consecuencias sobre la competencia política que tuvo esta reforma. En 1995 se realizaron las primeras elecciones de este nivel, en un país donde las elecciones en las zonas rurales solo habían sido de nivel nacional (presidencial o parlamentarias). La creación de los municipios vitalizó la vida política en las zonas rurales bolivianas y las incluyó directamente al juego político. El MNR resultó el partido ganador de esta elección con 20,8% de los votos, mientras que en segundo y tercer lugar llegaron dos partidos personalistas, la Unidad Cívica Solidaridad (UCS) (16,5%) y CONDEPA (14,7%), respectivamente. Estos resultados mostraban dos tendencias claras. De un lado, que los partidos nacionales y tradicionales sufrían para poder ser competitivos en el nuevo nivel de disputa electoral, solamente el MNR mantenía su relevancia. Aún así, como menciona el especialista boliviano en descentralización José Blanes, “ya no podía llegar un extraño del MNR para hacerse elegir, tenía que ser alguien del lugar por lo cual hay una emergencia de liderazgos regionales. A partir de aquí la visión del voto por territorio era clarísima.”<sup>239</sup> En segundo lugar, los partidos populistas y personalistas seguían aumentando su importancia ya que UCS y CONDEPA sumaban más del 30% del electorado insatisfecho con el sistema político boliviano recibiendo las preferencias de las grandes ciudades bolivianas. Es muy importante notar que en esta elección municipal el candidato de UCS ganó la ciudad de Santa Cruz y el de CONDEPA la ciudad de La

---

<sup>239</sup> José Blanes, entrevista personal.

Paz, El Alto y la mayoría de municipios rurales de La Paz. Así, los dos nuevos polos de poder en Bolivia (El Alto y Santa Cruz) perdían poco a poco los lazos con los partidos tradicionales en este nuevo nivel municipal.

Ahora bien, el tercer y crucial fenómeno de esta primera elección municipal tras la LPP se dio en la cantidad de campesinos y líderes de organizaciones sindicales que fueron elegidos como concejales en áreas rurales. Los partidos políticos nacionales (quienes tenían el monopolio legal de la representación política) debieron “bajar” a los niveles locales en busca de liderazgos locales que empujaran sus candidaturas partidarias. De esta manera, por medio de los partidos políticos, se eligieron como concejales a 464 campesinos bolivianos (de los cuales un tercio se autoidentificaba como indígena) (Van Cott 2008: 52). Esta dinamización de la vida política municipal rural se vivió con particular importancia en la zona del Chapare, en Cochabamba, donde los sindicatos cocaleros habían tomado particular importancia a partir de la migración de ex mineros que llegaban con una larga experiencia de militancia política (Van Cott 2005: 58). En 1980 había 183 sindicatos en Cochabamba, 23 centrales sindicales y 5 federaciones. A finales de los noventa ya había 892 sindicatos, 85 centrales, 6 federaciones y, a la cabeza de todo, un comité coordinador de federaciones (Van Cott 2008: 181). Sobre esa densidad social y en una zona sin presencia estatal efectiva apareció un espacio político municipal que los sindicatos cocaleros no titubearon en aprovechar. De esta manera, las autoridades sociales y sindicales de esta región tuvieron acceso a posiciones políticas y a recursos del Estado. Estas reformas institucionales fortalecieron la territorialidad de la política. Los liderazgos y las organizaciones con legitimidad para participar fueron las del lugar donde se realizaba la competencia política. En las dos dimensiones, los partidos nacionales sufrieron un revés con su llegada. De un lado, a los partidos nacionales no les interesaba el nivel municipal cuando este no era plaza para la competencia política por lo cual debieron ensalzar liderazgos locales ya que sus liderazgos solo eran de nivel nacional. De otro lado, la LPP buscaba fomentar la participación de las organizaciones sociales locales con lo cual aparecieron otros actores que agregaban intereses más allá de los partidos tradicionales. No es un misterio que fuera especialmente en la zona del Chapare con sus miles de ex-mineros desempleados y experimentados sindicalistas, donde se sacara

mayor ventaja de la nueva estructura institucional de competencia política.<sup>240</sup> En las elecciones de 1995 estos movimientos sindicales participaron bajo el membrete de Izquierda Unida (IU), el vehículo cambiaría en los años siguientes.

En 1997 hubo elecciones nacionales, presidenciales y parlamentarias. No es el caso aquí hacer un repaso de los resultados generales sino continuar centrados en lo que ocurre en la periferia marginal y este proceso por el cual se dota, rápidamente, de una elite política. Para esto es central comprender una segunda reforma institucional llevada a cabo en Bolivia en la segunda mitad de los años noventa: el nuevo sistema para elegir a los parlamentarios. Desde el regreso de la democracia en Bolivia los congresistas se elegían con el sistema proporcional D'Hondt. A partir de 1997 (en virtud de una reforma de 1995), se viró hacia un sistema de elección mixto en el cual de los 130 diputados la mitad serían electos de manera uninominal en circunscripciones pequeñas y la otra mitad proporcionalmente. ¿Dónde reside la importancia de este cambio? En que, al igual que la LPP, la reforma territorializa la política al desplazarla de los espacios nacionales hacia espacios más pequeños, locales y rurales de competencia política. En las pequeñas circunscripciones para el Congreso, como en los municipios, se eligió como candidatos a líderes locales que pudieran hacerse de las votaciones restringidas a la localidad. En esta elección (1997), el movimiento cocalero apoyó al partido IU y su candidato presidencial Alejo Véliz. La elección demostró que el movimiento cocalero era una fuerza independiente en dicha alianza. Las votaciones presidenciales de Véliz en las zonas rurales de Cochabamba fueron desproporcionadamente mayores que en el resto del país. Sin embargo, la fuerza política del movimiento cocalero se constata con más fuerza aún en la elección de parlamentarios elegidos con el nuevo sistema uninominal. Fue a través de este tipo de representación que Evo Morales resultó elegido parlamentario por primera vez en 1997, siendo el parlamentario más votado (porcentualmente) de todas las circunscripciones bolivianas (recibió el 70% de los votos de la circunscripción uninominal número 27 en el Chapare, Cochabamba). Y con él fueron elegidos otros tres líderes del movimiento cocalero, a través de estos distritos uninominales. El

---

<sup>240</sup> Una mirada en detalle a este proceso en tres municipios rurales del Chapare en Van Cott (2008: 183-198).

movimiento político cocalero tuvo un empuje sólido con esta nueva forma de elección pues estaban territorialmente concentrados en una zona del país, este tipo de elección les permitió ganar importancia local, y ascender a la política nacional e implantar su agenda y liderazgo en dicho terreno nacional (Van Cott 2005: 71). En definitiva, “con la adopción de la LPP y de los uninominales, de pronto, un “*mallku*”<sup>241</sup> puede ser alcalde o congresista.”<sup>242</sup>

Ante la inminencia de las elecciones municipales de 1999, el movimiento cocalero adopta la etiqueta del MAS, un partido pequeño y desconocido pero que contaba con la inscripción legal requerida para participar en elecciones. En esta elección, el MAS dio un salto importante al consolidar su posición estratégica en Cochabamba, participando y consiguiendo votos por primera vez fuera de este reducto. El MAS ganó 11 municipios en todo el país (nueve de ellos en Cochabamba) y consiguió 8,2% de los votos a nivel nacional. En este nivel también se transformaba la composición de poder local boliviano. De acuerdo a cálculos de Rojas (2009: 146), si en 1995 habían sido elegidos 25% de indígenas, en las elecciones de 1999 fueron elegidos 66% de indígenas en los concejos municipales bolivianos. Así, lo importante es que fueron unas reformas institucionales las que permitieron que consolide una elite política en esta periferia marginal. Como afirma sugerentemente Van Cott, “In Bolivia all attempts to form viable indigenous political parties had failed until the sudden onset of political and administrative decentralization and municipal elections in 1995” (Van Cott 2008: 48). Sin embargo, hay que hacer una precisión: las reformas por ellas solas no propulsaron el movimiento cocalero o indígena a las grandes ligas nacionales, ella fue importante para convertir unas fuerzas sociales locales en una elite y movimientos políticos locales y departamentales. Luego, la dinámica política nacional permitió que esta consolidación local pudiera nacionalizarse.<sup>243</sup>

La expansión del MAS entre 1999 y 2002 como vehículo político de la periferia marginal que viene dotándose de una elite se vio reforzado por dos procesos políticos y sociales clave desarrollados durante el gobierno del general Banzer (1997-2000) y de

---

<sup>241</sup> Mallku, el jefe de una comunidad indígena.

<sup>242</sup> José Blanes, entrevista personal.

<sup>243</sup> Ver Madrid 2008 quien, escépticamente de esta visión formalista de Van Cott, resalta, más bien, la capacidad del MAS para atraer a las clases medias bolivianas desde un discurso que denomina etnopopulista.

su sucesor Jorge “Tuto” Quiroga (2000-2002).<sup>244</sup> Esto es muy importante pues genera el clima político sobre el cual se va a alzar la fuerza del MAS. En palabras de Mayorga, “el gobierno de Banzer fue el gran detonante de la crisis”.<sup>245</sup> La crisis que se prepara se incubaba en dos frentes y beneficiará directamente al MAS. De un lado, se llevó a cabo la más radical campaña de erradicación del cultivo de la hoja de coca patrocinada por los EEUU, empresa que fue haciéndose cada vez más violenta. Al menos 30 personas murieron en aquellos años de enfrentamientos entre las fuerzas de la erradicación y la resistencia cocalera; además, se llegó a destruir el 70% de los cultivos de coca. Esto generó que, de un lado, el gremio cocalero se organizara para resistir y, del otro, que los problemas de dicho gremio se convirtiesen en problemas de dimensión y cobertura nacional. Sin embargo, a diferencia de la década pasada cuando el problema se mantenía localizado, esta vez las zonas cocaleras contaban con legitimidad estatal a través de las autoridades municipales y parlamentarias democráticamente elegidas, las cuales poseían, además, recursos propios y presencia. Así, por razones político institucionales previas un conflicto localizado terminó convirtiéndose rápidamente en un problema nacional. Las reformas y el posterior conflicto nacionalizaron el movimiento cocalero.

Algo similar ocurrió el año 2000 con la llamada “guerra del agua”. Originada en el intento de privatización de este servicio en el departamento Cochabamba, dio lugar a una gigantesca movilización contra el proyecto. Estas protestas terminaron con un saldo de seis muertos y, en apenas unas semanas, el pleito se convirtió en uno de carácter nacional (esto a pesar de que la materia en disputa solo afectaba a los cochabambinos).<sup>246</sup> Así, con estos dos ejemplos de enfrentamientos entre el gobierno de Banzer y movimientos sociales quiero mostrar que en Bolivia se fraguó un clima político donde la “democracia” tenía que comportarse violentamente para controlar a sus ciudadanos movilizados. Y, una vez más en la historia, la represión por sí sola no conseguía dominar a las fuerzas sociales bolivianas. El gobierno de Banzer estableció en varias oportunidades el estado de excepción y la supresión de garantías constitucionales sin que estas medidas consiguieran jamás recobrar lo que las

---

<sup>244</sup> Banzer falleció mientras era Presidente y le sucedió su vicepresidente Jorge Quiroga.

<sup>245</sup> René Mayorga, entrevista personal.

<sup>246</sup> Ver Arce & Rice 2009.

autoridades llamaban el “principio de autoridad”. En resumen, unas políticas determinadas del gobierno Banzer-Quiroga detonaron el enfrentamiento con la sociedad civil en la zona de Bolivia más organizada, donde se estaba construyendo una elite nacional y de donde surgiría una actitud y discurso de resistencia cultural, política y económica.

Junto con este proceso de represión cada vez más violento, apareció un segundo fenómeno importante para la consolidación de esta elite política de la periferia marginal. Los partidos políticos tradicionales seguían devaluándose frente a la población pues todos eran percibidos como agrupaciones sin escrúpulos, dispuestas a todo con tal de conseguir cuotas de poder. El gobierno de Banzer se asentó en lo que se denominó “la mega-coalición”. En esta alianza de gobierno participaron casi todos los partidos políticos bolivianos con representación parlamentaria en 1997. En la “mega-coalición” figuraban ADN de Banzer (que había llegado primero en aquella elección con 20.8% de votos en la presidencial, el menor porcentaje de todos los ganadores de presidenciales bolivianas desde la vuelta de la democracia hasta hoy), el MIR que repetía la alianza de gobierno de 1989-1993 y una serie de partidos menores, nuevos y populistas: UCS, CONDEPA, NFR y Frente Revolucionario de Izquierda (FRI). Esta “mega-coalición” terminó asentando la idea de que los partidos bolivianos solo buscaban la repartición fácil y rápida del poder; lo que los bolivianos denominan el “cuoteo”. No había allí ninguna proximidad programática. Finalmente, para entender esta erosión de la confianza en los partidos políticos bolivianos, hay que tomar nota de los únicos dos partidos que no participaron de ella: el MNR y el MAS. Esto fue trascendental pues el MNR quedó como el único partido tradicional “serio” ante el trapicheo pero identificado irremediabilmente con las políticas de la democracia de mercado que eran sostenidas también por la mega-coalición. El 2002 el MNR volverá al poder pero en medio de un sistema político y partidario erosionado por las políticas de esta mega-coalición. La ausencia del MAS aquí es también crucial para su futuro. Los partidos populistas como UCS y CONDEPA habían recibido la mayor parte de sus votos en el occidente boliviano de parte de los electores críticos del *establishment*. Cuando estos movimientos o liderazgos fueron seducidos por la posibilidad de gobernar junto a Banzer perdieron toda su credibilidad como movimientos anti-

sistémicos. El año 2002 Evo Morales podrá declarar que “el MAS no es un partido prostituido, jamás hemos gobernado con los partidos neo-liberales” (Van Cott 2005:96-97).

Y aquí fragua un tercer factor crucial para la emergencia de este movimiento liderado por la elite marginal: el discurso anti-neoliberal. Los movimientos sociales en los que participó esta elite marginal vinculada a los cocaleros, movimientos indígenas y demás organizaciones que luego formarían parte de la plataforma MAS, ganaron legitimidad nacional al ser exitosos al traducir sus demandas puntuales (sus protestas focalizadas) en un discurso general contra el neoliberalismo (Haarstad & Anderson 2009; Hylton & Thompson 2007). Detrás del enfrentamiento por el cultivo de la coca entre cocaleros y Estado erradicador, detrás de la “guerra del agua” en Cochabamba o detrás de la “guerra del gas” (cuando el Estado buscaba exportar el gas boliviano a través de Chile), el movimiento social dirigido por la elite periférica marginal tuvo éxito en hacer de todas estas movilizaciones particulares una movilización contra algo general que podía envolver a todo el país: el neoliberalismo.

La combinación de estos tres factores —el uso cada vez más recurrente de la violencia por parte del régimen democrático al criminalizar el cultivo de la hoja de coca y la protesta, la deslegitimización del sistema partidario y el éxito en construir una narrativa común contra el neoliberalismo—, brindaron al MAS el empujón que necesitaba para surgir como fuerza política nacional. La violencia utilizada para la erradicación del cultivo de la coca permitió expandir las reivindicaciones de los cocaleros de dos formas. En primer lugar, la represión sobre los cocaleros despertaba la solidaridad de los otros movimientos sociales movilizados contra otras políticas gubernamentales. En segundo lugar, la hoja de coca permitió hacer de “puente simbólico” hacia los movimientos indigenistas que no estaban necesariamente ni en el mundo rural ni en la región de Cochabamba. La población del Chapare está constituida básicamente por migrantes, no es una zona predominantemente indígena, es migración llegada para producir coca. Así emergió un discurso étnico de la coca como hoja ancestral y patrimonio cultural de los Andes, en general, y de Bolivia, en particular. A través de esta construcción cultural reivindicativa de la hoja de coca y de la represión sufrida durante la presidencia de Banzer, el movimiento cocalero consiguió vincularse

con el movimiento indígena siempre atento a discursos con reivindicaciones de tipo cultural (Van Cott 2008: 180). En términos del sociólogo Carlos Toranzo, los cocaleros y el MAS “re-capturan lo indígena, lo inventan”.<sup>247</sup>

La deslegitimación de los partidos nacionales generó dos movimientos definitivos para construir el cleavage territorial que nos interesa. De un lado, propició que se afirmara un discurso político que agrupaba a todos los partidos bolivianos en un solo grupo cuajando, así, un discurso que era, simultáneamente, anti-neoliberal, anti-partido y anti-representación.<sup>248</sup> Del otro lado, el fracaso del gobierno de Banzer y su mega-coalición también asfaltaron la vía para la insurgencia de la periferia marginal pues al final del gobierno la intención de voto hacia todos los partidos tradicionales se había reducido de manera sustancial, con lo cual ya no era necesario conseguir altos porcentajes para descollar en las votaciones nacionales y locales que se producirían en 2002 y 2004, respectivamente.

La elección presidencial de 2002 es la primera que manifiesta con todas sus características el cleavage territorial. Es el episodio que consagra la situación política. En términos presidenciales, el MAS llega en segundo lugar con su candidato presidencial Evo Morales y, en términos de representación parlamentaria, nuevamente a través de los diputados uninominales muchos líderes indígenas y cocaleros alcanzan el Parlamento Nacional. Por lo pronto, los dos más fervientes líderes de la periferia marginal, Evo Morales y Felipe Quispe (líder del radical Movimiento Indígena Pachakuti-MIP, llegan al Congreso por esta vía. La periferia marginal a través de las reformas institucionales (la LPP y la inclusión de uninominales) junto con una larga tradición de movilización contra el Estado se ha dotado de una elite política nacional respaldada por el enriquecimiento de las actividades económicas a las que está dedicada: El Alto y su capitalismo indígena, lo que Toranzo llama la “burguesía chola” (Toranzo 2007) y el cultivo de la hoja de coca en Cochabamba y su vinculación con el narcotráfico que hizo de esta exportación la más lucrativa de todas las bolivianas (Hilton & Thomson 2007: 96).<sup>249</sup> Finalmente, el fortalecimiento demográfico de las

---

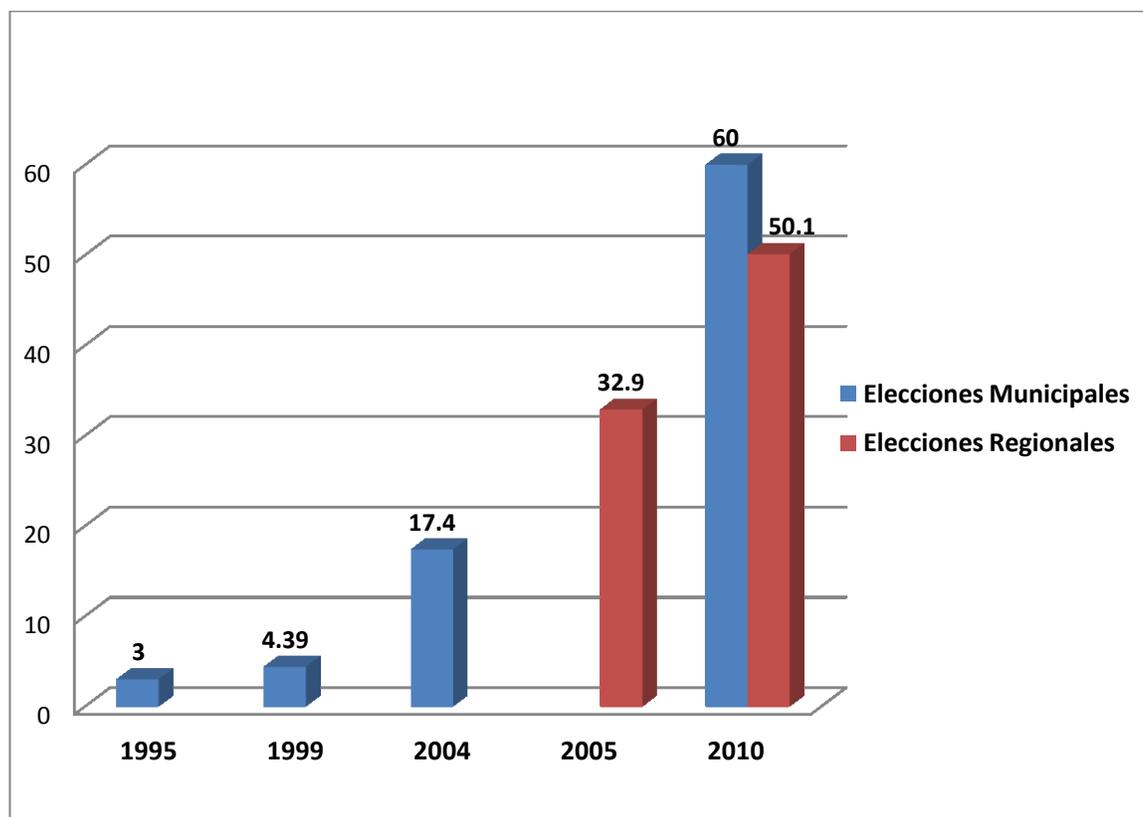
<sup>247</sup> Entrevista personal con Carlos Toranzo.

<sup>248</sup> René Mayorga, entrevista personal.

<sup>249</sup> También se consolida una importante elite intelectual aymara. Un excelente ejemplo es Mamani 2005.

nuevas urbes alto-andinas se convertía en un asiento aritmético crucial para la emergencia de esta elite periférico-marginal, El Alto se acercaba al millón de habitantes. En el siguiente cuadro se observa el crecimiento del MAS en estos espacios municipales inaugurados a partir de mediados de los años noventa.

**Gráfico 13. Rendimiento sub-nacional del MAS**



Fuente: Corte Nacional Electoral de Bolivia. Elaboración propia.

Sin embargo, antes de observar la manifestación de este cleavage territorial en la elección de 2002 nos hace falta tener una idea de lo que ha ocurrido en la otra orilla del país con la elite periférica cruceña. Cuando hayamos visto esto regresaremos al contexto que fragua la situación política boliviana contemporánea. El periodo 2003-2004.

### Elite periférica cruceña

Durante el periodo 1994-2004, la elite periférica oriental se impuso en el país como una fuerza de dimensión nacional. En otras palabras, para efectos prácticos, replanteó su condición de “periférica”. Durante este periodo, la elite se beneficia de los cambios significativos en la estructura política, social y económica de Bolivia. Como he mostrado en los capítulos precedentes, Santa Cruz había adquirido una importancia mayor en el país tanto en la riqueza económica del departamento como en su peso demográfico. Sin embargo, lo que es crucial, en este periodo la elite cruceña adopta por primera vez un discurso reivindicativo y establece agrupaciones políticas que buscan abiertamente conseguir mayores porciones de poder para el departamento, en particular, y para la región oriental, en general. Ya no se contenta con la mera influencia sobre el Estado central (sobre el Poder Ejecutivo) y busca, más bien, obtener cuotas de independencia política y económica en el país. Para conseguirlo pondrá en pie discursos que antes habían estado ausentes. En términos políticos, emerge un discurso que reivindica una “autonomía” cruceña respecto de La Paz, al mismo tiempo que aparece un discurso cultural que exaltará lo “Camba” (vale decir, lo nativo del oriente boliviano). Asimismo, se fortalecen otras dos dimensiones del cleavage: se revitalizan organizaciones políticas de carácter regional y se consolida una estructura del voto en el país. Así, en esta coyuntura se consolida la vertiente oriental del cleavage territorial que ha venido preparándose en términos económicos y sociales durante nuestra trayectoria.

Para la elite cruceña la llegada de la “democracia de mercado” con Paz Estenssoro en 1985 fue una buena nueva. Su participación e influencia en los gabinetes de gobierno son un elemento clave para entender los cambios políticos que van a ocurrir en el país. En todos los gobiernos durante la “democracia pactada” los gabinetes tuvieron amplia presencia de cruceños vinculados a las organizaciones empresariales del oriente boliviano. Aunque participaron en distintos ministerios, los cruceños estuvieron casi siempre al mando de aquellos de carácter productivo, en especial, economía, agricultura y energía. Por lo demás, durante el periodo bajo estudio esta importancia fue aumentando. Bajo el gobierno de Paz Estenssoro (1985-1989)

cinco ministros fueron de origen cruceño. En el de Paz Zamora (1989-1993) fueron diez los ministros con este origen oriental. En el primer gobierno de Sánchez de Lozada (1993-1997) fueron cuatro. En el gobierno del general Banzer (él mismo cruceño) —no es una sorpresa—, la presencia de sus paisanos se multiplicó y nueve ministros provenían de Santa Cruz. Finalmente, en el segundo gobierno de Sánchez de Lozada (2002-2003) se mantuvieron los siete ministros cruceños en el gabinete.<sup>250</sup> Tomando en cuenta que Sánchez de Lozada había sido elegido apenas con el 20,8% de los votos (contra 19% del MAS), para la población, en palabras de Salvador Romero, su gobierno resultó “inmoderadamente cruceño”.<sup>251</sup>

Con este nivel de influencia sobre la política estatal, la elite periférica mostraba que, aunque representante de la periferia, se había convertido en una elite nacional. No solo estaba compuesta por personas con poder de influencia en la periferia, sino que su influencia se daba ahora en el más alto nivel de decisión gubernamental. Así, aquí tenemos el encuentro de dos movimientos estudiados hasta aquí. De un lado, en términos productivos y demográficos Santa Cruz ha dejado ya de ser el pueblo alejado y pobre que Levi Strauss cruzó en los años cincuenta y es ahora la segunda región en importancia en Bolivia; de otro lado, su elite productiva de base regional se ha desplazado y afianzado en las instituciones en La Paz (las del poder central).

Una segunda manifestación de esta importancia de la elite cruceña sobre las instituciones nacionales se da a través de la “bancada parlamentaria cruceña”. Desde los años ochenta, los representantes parlamentarios de origen cruceño se desprenden de sus lealtades partidarias para responder ante los intereses de la elite cruceña. Los parlamentarios eran usualmente convocados por el CCPSC y por las organizaciones empresariales para establecer los puntos de vista “cruceños” y luego defenderlos en la esfera legislativa nacional. Como refiere José Blanes, aunque varios departamentos bolivianos intentaban hacer esto mismo, solo Santa Cruz tenía grandes intereses en juego al mismo tiempo que una elite capaz de “teorizarlos”, aplicarlos e imponerlos a sus representantes en las instituciones centrales.<sup>252</sup> Asimismo, en el fenómeno inverso, el intelectual cruceño Fernando Prado, refiere que los ministros del gobierno central

---

<sup>250</sup> El detalle de estas cifras en Mesa (2008: 205-209).

<sup>251</sup> Entrevista personal.

<sup>252</sup> Blanes, José, entrevista personal.

“venían a Santa Cruz a negociar los decretos en local del CCPSC”.<sup>253</sup> En resumen, la “democracia de mercado” le permitía a la elite productiva de Santa Cruz tener un grado de injerencia efectiva en el gobierno central a través de mecanismos informales de negociación; sea llegando a las instancias nacionales a través de parlamentarios cruceños, sea recibiendo directamente a las autoridades nacionales en las organizaciones corporativas regionales. La larga trayectoria de construcción de una elite regional con influencia nacional se había materializado.

Con esta capacidad de influencia sobre el Estado central, a inicios de los años noventa apareció la reivindicación descentralista entre la elite cruceña. Se reclamaba, sobre todo, contra un Estado muy centralista, donde muchos de los servicios estatales solo eran brindados en la capital. En varias de mis entrevistas con cruceños aparece un ejemplo recurrente: ¿Cómo era posible que un cruceño debiera ir hasta La Paz para conseguir un permiso de conducir o un pasaporte para viajar al exterior? En 1992 hubo un primer intento de descentralización hacia el nivel departamental que no se materializó. Sin embargo, es importante pues se constituye en el primer antecedente real de reivindicación descentralista hacia el nivel *meso* desde la periferia cruceña. Es muy importante, asimismo, porque nos permitirá contrastar estas reivindicaciones descentralistas en plena “democracia pactada” con aquellas que emergerán durante los años 2000, mucho más beligerantes. Aquí, aunque el CCPSC es crítico de la descentralización municipal, al revisar los documentos de dicha organización no se evoca en ningún documento la palabra “autonomía”. Tampoco se le usa en actos públicos. De la misma manera, ante la derrota que supone la descentralización municipal de la LPP frente al proyecto departamentalista, el CCPSC no hace cuestión de estado de esta “derrota”. Solo se opone de manera simbólica pues, más allá de esta medida, el gobierno de Sánchez de Lozada lidera las grandes preferencias de la elite cruceña por lo cual las amenazas contra el ejecutivo finalmente no son llevadas a cabo (Molina 2008: 21-39).

Como vemos, en este periodo la elite cruceña consigue difundir en el nivel nacional unas reivindicaciones regionales. Sin embargo, no ha desarrollado un partido o una plataforma nacional que defienda estos intereses pues no parece necesitarlo,

---

<sup>253</sup>Entrevista personal com Fernando Prado.

premunida como está, de una influencia directa sobre el Poder Ejecutivo. Por esto es que de aquí en más la oposición cruceña será mucho más cívica que política.

Ahora bien, pasemos del ámbito de las elites al ámbito electoral. Aquí también hay un movimiento lento por el cual el electorado cruceño en particular (y oriental en general) se diferencia del resto del país. Esto es importante pues representa un movimiento en el cual la elite cruceña se ha legitimado frente a la población de Santa Cruz con un discurso que la incluye.<sup>254</sup> Aunque el cleavage electoral no ha terminado de cuajar durante los ochenta y noventa ya hay manifestaciones claras y puntuales de su existencia. Esto se puede apreciar en los apoyos pero también en los rechazos del electorado cruceño. Desde los ochenta en adelante hay un acercamiento electoral entre el MNR y el oriente boliviano. Lentamente, desde la elección municipal de 1987, la zona oriental del país prefiere a los candidatos del MNR que, como ya se mostró, se había convertido en el partido central en la defensa de la “democracia de mercado”. Del lado de los rechazos también observamos esta incipiente configuración: CONDEPA, por ejemplo, recibe la mayoría de sus votos en las zonas alrededor de La Paz sin lograr acercarse a las poblaciones del oriente boliviano. Aún así, no estamos ante un panorama abiertamente regionalizado, tenemos casos de discursos y organizaciones que se mantienen afincadas a determinadas regiones. El MNR participa en todos los departamentos bolivianos y, en el altiplano, en muchas de las provincias donde el MIR consigue el primer puesto, el MNR llega segundo. O, para mostrar que no estamos ante una tendencia definitiva, ADN consigue ganar en provincias dispersas por todo el país sin que haya alguna zona que le sea particularmente esquiva. La prueba de que la tendencia electoral hacia una división territorial no estaba sedimentada es que en la elección de 1993 el MNR gana la elección con una votación muy homogénea en todo el país. ADN también consiguió buenas votaciones en todas las regiones del país. Esto se confirmó y asentó en la elección municipal de 1993: el MNR tuvo un triunfo histórico obteniendo la mayoría de provincias bolivianas en todas las regiones del país. Y en la elección municipal de 1997 encontramos el mismo fenómeno, el MNR consigue una gran cantidad de provincias en todo el territorio nacional sin que se

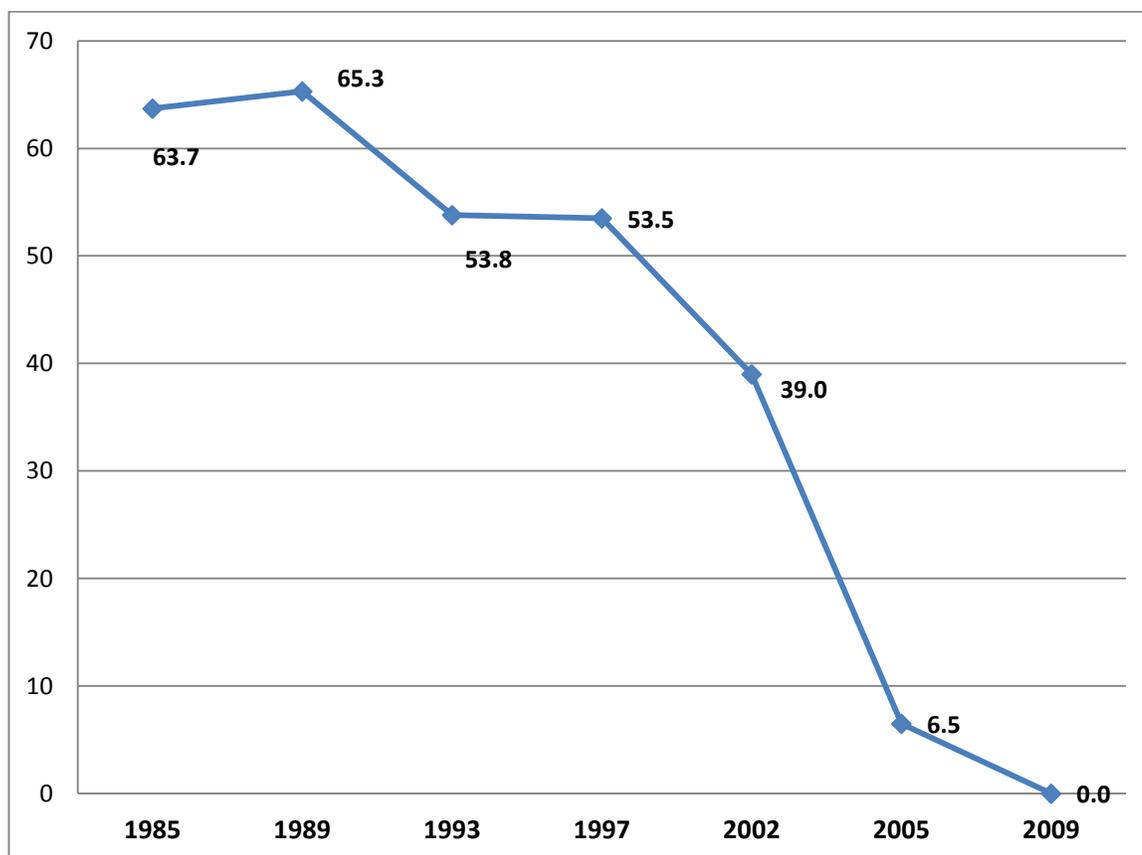
---

<sup>254</sup> Para la construcción de esta legitimidad de la elite cruceña sobre las distintas capas sociales de Santa Cruz ver Seleme 2008.

imponga un cleavage territorial. Así, hasta entrados los noventa tenemos una geografía electoral que muestra algunas tendencias hacia la división territorial pero que, gracias a la implantación nacional de los tres grandes partidos y de los resultados electorales del MNR y ADN, se mantiene como un sistema político bastante nacionalizado.

Un cambio importante aparece, sin embargo, en las elecciones presidenciales de 1997. En estas elecciones hay dos elementos importantes que subrayar en la materialización del cleavage territorial en términos electorales. De un lado, el oriente boliviano se manifiesta prioritariamente por el MNR y ADN, al mismo tiempo que estos partidos pierden importancia en el occidente. En la región alto-andina y en Cochabamba, en cambio, se consolidan CONDEPA, IU (que carga al incipiente movimiento cocalero) y otro partido populista y personalista, UCS. Vale decir, por primera vez, los partidos sistémicos quedan confinados al oriente boliviano y los anti-sistémicos al occidente andino. En segundo lugar, en esta elección observamos que el MIR que solía ser el partido nacional y sistémico con preferencias marcadas en el occidente boliviano disminuye su importancia al terminar cuarto en la elección. Así, en esta elección en la que fue elegido el general Banzer, el altiplano se inclina hacia los movimientos, partidos o liderazgos que desafían a la “democracia de mercado” mientras que el oriente sostiene mayoritariamente a sus defensores. Finalmente, la suma de los votos de los partidos nacionales desciende gradualmente a cada elección, mientras que los anti-sistémicos de base regionalizada aumentan. En el siguiente gráfico se observa como descendió la suma de votos recogida por los partidos tradicionales en Bolivia.

**Gráfico 14. Evolución de la suma de votos de los tres partidos políticos tradicionales bolivianos 1985 -2009**



Fuente: Corte Nacional Electoral de Bolivia. Elaboración propia.

La elección de 2002 es la primera donde se manifiesta el cleavage territorial, primera elección en que fraguan todas las tendencias que habían, poco a poco, madurado en cada una de las elites bajo estudio. En primer lugar, Gonzalo Sánchez de Lozada quien ocupa el primer lugar en la elección, recibe sus mejores votaciones en el oriente. Y la votación del MAS, partido que llegó segundo, es una votación claramente alto-andina y occidental. En segundo lugar, los tres partidos nacionales como bloque se debilitaron. El MNR fue primero con la votación más baja que haya obtenido cualquier candidato presidencial ganador en la Bolivia democrática: 20,8%. ADN, que dejaba el gobierno, terminó séptimo en la elección con 3,1% de los votos. El MIR terminó cuarto con

15,1%. Entonces, el conjunto de los partidos nacionales siguió disminuyendo su importancia y ésta fue quedando restringida a las prósperas tierras orientales.

Ahora bien, tan importante como este fenómeno de “orientalización” de los partidos nacionales es la emergencia en el occidente de un bloque más homogéneo. Vale decir, en las elecciones precedentes, aunque había una tendencia a que la población alto-andina votase de manera diferente de la media luna, esta diferencia no se materializaba en una postura homogénea; ella era, más bien, fragmentada, con apoyos que, según las temporadas, pasaron por CONDEPA, IU, el MIR, el MNR, UCS y hasta ADN en El Alto. Sin embargo, en esta elección de 2002 la heterogeneidad se reduce pues los partidos anti-sistémicos de fin de los noventa se desvanecen (en especial CONDEPA y la UCS) y emergen dos fuerzas nuevas importantes. De un lado un bloque bastante homogéneo que capta mayoritariamente los votos alto-andinos y rurales: el MAS y el MIP. Ambos partidos sumaron el 25,5% de los votos, con el MAS muy cerca del vencedor con 20,94%. Asimismo, en esta elección apareció a nivel presidencial, el NFR, un partido caudillista que había tenido cierto éxito a nivel municipal y que con su líder Manfred Reyes Villa obtuvo 20,91% de los votos. Este partido liderado por un ex militar se benefició del colapso de ADN pero, a diferencia del voto de los bloques MNR-ADN y del MAS-MIP, quedó al margen de un espacio particular de apoyo. Reyes Villa había sido alcalde de la ciudad de Cochabamba (en el centro del país) por varios años y no encontró lugar dónde anclar su proyecto en medio de un país de creciente dualidad territorial. En resumen, el resultado de esta elección plantea un nuevo tablero político en Bolivia: los partidos nacionales han perdido importancia y la que mantienen se confina al oriente del país.

Si la elección presidencial selló una geografía del voto, la del legislativo fue la caja de resonancia del nuevo y descompuesto clima político. La división político-geográfica se reproduce en las cámaras con un bloque opositor y altiplánico conformado por el MAS y el MIP (con sus líderes respectivos Evo Morales y Felipe Quispe, elegidos ambos como representantes uninominales) y una alianza de todos los otros partidos apoyando el gobierno de Sánchez de Lozada. En la cámara de diputados entre 2002 y 2003, entonces, se selló una dinámica de enfrentamiento entre un bloque anti gobiernista de fisonomía alto-andino y un bloque oficialista de tintes orientales.

De esta manera, la fortaleza de la elite periférica cruceña en el nuevo siglo ha conseguido transformarse en una fuerza política con intereses regionales concretos y con un *apoyo electoral* capaz de sostener a un gobierno nacional y en el occidente surge un bloque anti-cruceño. Sin embargo, esta posibilidad de sostener a un gobierno nacional en este contexto todavía se da con cuadros en el Poder Ejecutivo y con los votos orientales, pero a través del partido de implantación más nacional: el MNR. Esto cambiará en la coyuntura de polarización exacerbada entre 2002 y 2003. El oriente dejará de tener voz a través de un vehículo nacional y tomarán cuerpo unas instituciones representativas y cívicas propias de la región y el de un discurso regionalista de abierta confrontación hacia el centro alto-andino. La descomposición entre 2002 y 2003 del gobierno del MNR precariza a la esfera política nacional y en medio de esta precariedad se convierte en objeto de disputa de los dos nuevos actores hegemónicos: la periferia marginal (el MAS) y la periferia cruceña (agrupada en el CCPSC).

#### El enfrentamiento 2002-2004: De las instituciones a las calles

*Confidence on both sides makes for war*  
Norman Mailer<sup>255</sup>

Este es el episodio definitivo. El MNR clausura medio siglo de emprendimiento nacional. El gobierno se cae y el Estado vuelve a ser objeto en disputa. Entramos a una situación más *state in society* que nunca. Pero las elites que ahora se lo disputan no son las mismas que prevalecían en los periodos previos de la historia boliviana. Los partidos nacionales, en especial el MNR que agrupaba a la elite anti-oligárquica, se debilitan hasta el colapso. Esta vez el pleito es entre la nueva elite marginal encarnada en el MAS y la elite periférica cruceña hablando través de sus instituciones corporativas regionales. Y el pleito se llevará a cabo sin amarras institucionales. A diferencia del Perú, como quedará claro en el siguiente apartado, el Estado no se ha impuesto sobre estas elites periféricas. Más bien, el Estado boliviano se ha replegado, las bases democráticas de su legitimidad se han debilitado. Material y culturalmente,

---

<sup>255</sup> Mailer ([1975]1997:194)

las instituciones estatales son puestas en jaque. En la coyuntura 2003-2004 las elites periféricas abren una disputa donde ambos lados confían apropiarse del Estado, vencer al oponente y construir el Estado que desean. Como todo Estado en disputa, el *locus* del pleito cambia de rostro: instituciones y representantes ceden ante la calle y la masa.

El escenario en el que se desarrolla esta crisis del Estado boliviano se sostiene en un hecho estructural demográfico: el oriente y Santa Cruz llegaron a tener una importancia poblacional que les permite sostener principalmente a un presidente de la República, en este caso, Gonzalo Sánchez de Lozada. En términos de cuadros técnicos, el gobierno se apoya en un gabinete “inmoderadamente cruceño” (Salvador Romero, entrevista personal) y las políticas de liberalización económica que empuja han sido, mayoritariamente, sostenidas por las poblaciones orientales. Sin embargo, para cerrar el dilema estructural de la “espacialidad” boliviana, a Gonzalo Sánchez de Lozada le toca gobernar en La Paz, el corazón mismo del occidente boliviano, donde son populares los partidos y movimientos sociales que se oponen a todas sus políticas.

En este contexto explota el conflicto. El gobierno de Sánchez de Lozada intenta una política para exportar el gas boliviano a través de territorio chileno. En el occidente boliviano la medida es decididamente contestada pues se considera que exportarlo por unos territorios que fueron bolivianos en el pasado es una traición.<sup>256</sup> En el oriente boliviano, la medida es, más bien, apoyada pues las grandes reservas de gas se encuentran en el oriente (mayoritariamente en Tarija pero también en Santa Cruz) y la vía chilena les resulta más eficiente que una alterna. Además, la boca del oleoducto que lleva el gas de Bolivia hacia Sao Paulo (Brasil) está en Santa Cruz lo cual le da a las elites cruceñas un arma más de rebeldía frente al centro. A partir de aquí se desata la “guerra del gas”. Como en la “guerra del agua” de 2000, el conflicto es excusa para emprender una crítica hacia todo el sistema político y económico boliviano. A diferencia de la “guerra del agua”, aquella involucra más rápida y fácilmente a todo el país, convirtiéndose en el asunto nacional de mayor importancia.

El MAS y el MIP se oponen desde el Congreso. Felipe Quispe congresista y líder del MIP, cristaliza el clima de la época al renunciar a su condición de congresista pues, afirma, es la hora de oponerse al proyecto central neoliberal desde las calles. Las

---

<sup>256</sup> Bolivia perdió todo su acceso al Océano Pacífico en la guerra contra Chile (1879-1883).

instituciones ceden. El MAS y Evo Morales también trasladan sus objetivos a las calles y desde El Alto deciden jaquear a la ciudad de La Paz. Se convocan grandes movilizaciones contra el gobierno de Sánchez de Lozada. Y aquí está la parte crucial de mi argumentación, este es el momento preciso donde se cruzan las mutaciones que han venido sufriendo las elites bolivianas con los cambios estructurales en la economía y demografía del país. La mano visible de la política y la mano invisible de las estructuras sociales empujan en la misma dirección sellando un cleavage que estructurará la vida política boliviana por largo tiempo.

Con el debilitamiento del MNR y la arena legislativa nacional, se abrió primero un enfrentamiento entre el gobierno y el bloque MAS-MIP. Este enfrentamiento en las calles dejó el trágico saldo de sesenta muertos entre manifestantes y policías. Ante los hechos, Gonzalo Sánchez de Lozada renunció a la presidencia y el 17 de octubre de 2003 voló hacia EEUU. Esto se convirtió en el gran triunfo de la nueva elite alto-andina y sus movimientos. Sin embargo, era también la derrota de las otras dos elites: la venerable anti-oligárquica y, sobre todo, de la nueva elite periférica cruceña. Para la elite periférica cruceña esta derrota tenía dos aristas importantes. Del lado institucional, el desalojo de Sánchez de Lozada del poder implicaba que las reglas de elección democrática no eran respetadas y que el candidato que había recibido las preferencias orientales era retirado de la presidencia a la fuerza por movimientos sociales occidentales representados por quienes el oriente había rechazado mayoritariamente. En un plano menos institucional y más político, la derrota de Sánchez de Lozada era también la derrota de un proyecto económico apoyado por la elite cruceña. En resumen: en las calles se había impuesto la periferia marginal sobre las viejas elites anti-oligárquicas y la periférica cruceña en la lucha por las instituciones del Estado central.

En este contexto asumió el poder Carlos Mesa, vicepresidente de Sánchez de Lozada. Carlos Mesa había sido convocado debido a su gran aceptación popular como periodista televisivo. Por tanto, Mesa no provenía de un partido político e intentó hacer de su popularidad mediática un instrumento de legitimidad política. Una suerte de “compadre” Palenque burgués. En su primera medida para intentar la rehabilitación del gobierno con las fuerzas del MAS y del MIP, Carlos Mesa va a la ciudad de El Alto y

adopta la llamada “agenda de octubre”.<sup>257</sup> Esta agenda establecía, fundamentalmente, dos puntos: un referéndum para establecer por dónde se exportaría el gas boliviano (materia del problema que había dado lugar al conflicto con el gobierno) y el llamado a una asamblea constituyente que redacte una nueva constitución política para el país. Al adoptar estas medidas la popularidad del Presidente Mesa se elevó rápidamente en el occidente del país. Sin embargo, del otro lado de Bolivia, en Santa Cruz, esta medida solo terminó de confirmar lo que había sido una suerte de golpe de Estado desde las calles. En esta lectura cruceña, la movilización social había derrocado a un gobernante legítimo y había instalado a uno nuevo que contaba con el beneplácito de las mismas masas que habían desalojado al presidente anterior. Además, cuando Carlos Mesa organizó su primer gabinete ministerial, no convocó —como había sido la tradición durante largos años— a representantes de las organizaciones corporativas cruceñas. Esto llevó a la descomposición de las relaciones del gobierno de Mesa con la elite periférica que se vio de pronto marginalizada del poder en Bolivia. De repente no solo habían perdido al Presidente por el cual votaron y apoyaban, sino que ahora, además, tenían a uno nuevo que no las tomaba en cuenta en el Poder Ejecutivo, haciendo buenas migas con la elite marginal. Este parece haber sido un gran error de parte de Carlos Mesa. ¿Por qué decidió dejar sin espacio en su gabinete a los tradicionales representantes de la elite cruceña?:

“Yo corté la línea de contacto sin conciencia, no conozco a empresarios y por eso convoqué [a mi gobierno] intelectuales. Y entonces la elite cruceña pensó que les estaba rompiendo la vinculación con el Estado pero no lo hice adrede. Mi ruptura con SC es un gran inequívoco.”<sup>258</sup>

Más allá del malentendido, lo concreto es que la elite periférica cruceña, efectivamente, se encontró, de repente, fuera de un gobierno que, además, apoyaba de la “agenda de octubre”. Esta combinación de factores abrió la puerta a que el bloque cruceño radicalizase sus posturas así como sus formas de hacer política. Aparece, así, un discurso político alrededor de la noción de la “autonomía” y uno cultural alrededor de lo “Camba”. En términos organizativos, luego de varios años de actuar a través de los

<sup>257</sup> La reconstrucción de las acciones del gobierno de Mesa proviene en lo fundamental de mis entrevistas con Alfonso Ferrufino quien fuera ministro de Gobierno de Carlos Mesa y de las que le hiciera al propio ex Presidente Carlos Mesa.

<sup>258</sup> Por “inequívoco”, Mesa se refiere a “malentendido”. Entrevista personal.

partidos tradicionales y nacionales, reemerge el CCPSC como la principal organización que articula los intereses cruceños desvinculándose de las instituciones del Estado central o, al menos, restándoles la legitimidad que usualmente le atribuía.

Esta radicalización del discurso y las organizaciones cruceñas completaban un panorama electoral que, ya he mostrado, se había regionalizado y dividido el país entre oriente y occidente. Esta radicalización es, ante todo, el producto de una dinámica política en donde las partes en disputa van “alentándose” hacia el enfrentamiento en un marco político-institucional sin organizaciones políticas nacionales que puedan mediar o moderar a estas periferias (en especial el MNR). Como afirma Carlos Mesa,

“Jamás Santa Cruz defendió la autonomía antes de junio del 2004. En reuniones internas se lo habían planteado a Banzer, Quiroga y Goni [Gonzalo Sánchez de Lozada] pero nunca les dan pelota. Aprovechan de hacerlo en mi gobierno porque presido un gobierno débil sin partido en el parlamento y porque había prometido no sacar a los militares, así que era carnaval.”<sup>259</sup>

Es así que frente a la precariedad político institucional ambas elites empezarán a apostar por el conflicto en pos del Estado boliviano.

En este periodo de incertidumbre —“3 o 4 años donde nada fue legal”<sup>260</sup>—, las elites cruceñas apostaron por el enfrentamiento abierto contra las elites marginales. Las manifestaciones se sucedieron de uno y otro lado sin que nada ni nadie mediara un conflicto *in crescendo*.

La elite cruceña decide ir a las calles premunida de una nueva arma discursiva: la autonomía. De pronto, convierten esta palabra en el emblema de la revuelta oriental. Aunque nadie sabe muy bien qué significa, ella es bastante más impactante y belicosa que las viejas reivindicaciones por “descentralización”. En términos de Eaton (2007: 74):

“For the leaders of Santa Cruz’ business associations [...] autonomy goes far beyond the holding of elections to include (1) regional control over natural resources (e.g. land timber, gas, and oil), (2) the right to retain control over two thirds of all tax revenues in the department, and (3) authority to set all policies other than defence, currency, tariffs and foreign relations.”

---

<sup>259</sup> Mesa, entrevista personal.

<sup>260</sup> Mesa, entrevista personal.

Este discurso de la “autonomía” es acompañado por la aparición de un segundo discurso de tipo cultural que ensalza la denominada “Nación Camba”. Lo “Camba” sería lo oriundo de la región oriental boliviana pero incluiría también algunas regiones del Brasil y el Paraguay. Este movimiento surge para oponerse al Estado boliviano (“prebendal, centralista y ajeno”) y que la nación Camba pueda “encontrar su propio destino”.<sup>261</sup> La aparición de este movimiento viene de la mano de una reivindicación sobre “los cruceños y su derecho de libre determinación”. En este discurso la situación de los cruceños es considerada semejante a la de otras naciones sin Estado: el Québec, Cataluña, el Kurdistán y Palestina.<sup>262</sup> Así, “[...] el Estado boliviano contiene cuanto menos dos naciones claramente diferenciadas desde el punto geográfico y étnico-cultural: La nación Qolla ubicada en los andes centrales y la nación Camba, en la llanura chaco amazónica” (Antelo 2003: 59). No es casualidad, desde luego, que el Movimiento Nación Camba se fundara en noviembre de 2000 y que el citado libro de Antelo (suerte de centro teórico del nacionalismo cruceño) se editara el año 2003. Tanto la idea de “autonomía” como de nación “Camba” surgieron al abrigo de esta época de instituciones precarias y un enfrentamiento abierto, dinamizadas por el surgimiento simultáneo de las fuerzas occidentales.

Estos discursos por sí solos no podrían haber encendido la pradera. Tomaron cuerpo en el CCPSC, institución de gran legitimidad en la región. Con esto se consolidan los tres elementos teóricos en la construcción del cleavage político territorial: al electoral se agregaron el nivel discursivo y organizativo. Desde que Gonzalo Sánchez de Lozada fue puesto en aprietos, el CCPSC demostró tener una capacidad enorme de movilización. Y lo reafirmó durante la presidencia de Carlos Mesa (2003-2005). Ante las manifestaciones en occidente que impusieron la llamada “agenda de octubre” el CCPSC realizó multitudinarias congregaciones para hacer oír la voz de Santa Cruz, movilizaciones que serían la envidia de la mayoría de partidos políticos latinoamericanos. El 22 de junio de 2004 se realizó un primer cabildo abierto en la plaza del Cristo Redentor donde al menos 200 mil personas se congregaron bajo el lema de “autonomía y trabajo”. El 28 de enero de 2005 se llevó a cabo el segundo

---

<sup>261</sup> *Nación Camba, Documentos de trabajo No. 2*, Santa Cruz Bolivia, 2005.

<sup>262</sup> Entrevista a Sergio Antelo, líder y fundador del Movimiento Nación Camba.

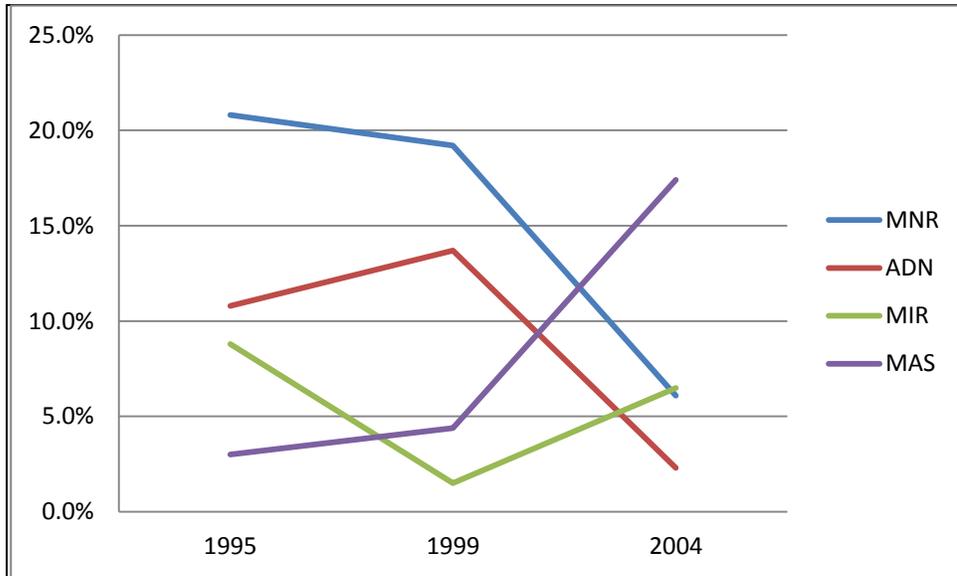
cabildo abierto esta vez congregando 350 mil personas, nuevamente convocadas por el CCPSC. Estos cabildos establecieron como prioridad cruceña la lucha para la consolidación de las autonomías de los departamentos.<sup>263</sup>

Mientras el CCPSC estaba avocado a desafiar la agenda política que iba surgiendo en el Estado central del lado occidental, las fuerzas del MAS y el MIP, habiendo conseguido el derrocamiento de Sánchez de Lozada y la adopción de la “agenda de octubre”, se concentraron en preparar la elección municipal de 2004. Esta sería la primera elección democrática con el enfrentamiento regional ya plenamente instalado en el tablero político del país, vale decir, con los tres elementos del cleavage presentes: la geografía electoral, los discursos regionalistas y las organizaciones de tipo regional. Los resultados de la elección confirmaron el nuevo momento político boliviano. El MAS consiguió el 20% de los votos (Romero 2007: 25) y a su tradicional fuerza en los municipios rurales del trópico cochabambino, sumó alcaldías principalmente rurales de la zona occidental del país. Los partidos tradicionales sufrieron un duro revés. El MNR mantuvo la alcaldía de Santa Cruz, lo que confirmaba la división territorial electoral del país. Finalmente, en estas elecciones municipales los partidos tradicionales mostraban estar históricamente exhaustos.

---

<sup>263</sup> Todas las referencias de este párrafo provienen de Urenda (2009: 18).

**Gráfico 15. Resultados electorales de los partidos tradicionales y del MAS en el nivel municipal en porcentaje de votos nacionales**



Fuente: Corte Nacional Electoral de Bolivia. Elaboración propia.

El año 2004 también se realizó el referéndum sobre el futuro del gas boliviano. En esta convocatoria la división territorial volvió a manifestarse. Al ser un mecanismo de consulta directa es un tipo de elección donde se puede observar muy gráficamente las distancias entre occidente y oriente del país. En este referéndum se planteó cinco preguntas. Con el fin de apreciar el grado de división territorial, en el Anexo 3 he organizado las votaciones que recibieron cada una de estas cinco preguntas en cada departamento. Lo importante al examinar esta votación es que las regiones de Bolivia no solo se comportan de manera diferente unas de otras, sino que ellas siguen las direcciones que sus organizaciones sociales o políticas representativas señalan. Así para entender la importancia de la composición de este voto hay que tener en cuenta que el MAS hizo campaña por el “sí” en las tres primeras preguntas y por el “no” en las dos últimas. Como se verá, la geografía electoral de las preferencias y rechazos es evidente. El resultado final de la elección dio como ganador al “sí” en las cinco preguntas. Sin embargo, más que el resultado final me interesaba mostrar esta división importante entre los intereses del occidente, en una elección muy puntual y que no deja

dudas sobre la forma en que la división territorial ha impregnado ya todas las dimensiones políticas del país. Se materializa la bifurcación territorial de los intereses defendidos por el MAS y los del oriente defendidos, sobre todo, desde los comités cívicos de los cuatro departamentos del oriente boliviano.

Una vez realizados el referendun y las elecciones municipales de 2004, la disputa regresó a las calles. El año 2005 presentó un nuevo panorama de complicaciones. Con las elecciones municipales dominadas por el MAS y con los partidos tradicionales habiendo reducido significativamente su importancia y con el oriente boliviano atestiguando a la distancia la implantación de un proyecto ajeno, ambas periferias tuvieron todos los incentivos para buscar la caída del gobierno de Carlos Mesa que ya no era útil a ninguna de las dos partes en disputa. En enero de 2005 se abre el enfrentamiento final. Ella se activa con la eliminación de una subvención estatal al carburante (diesel), medida que desata las protestas de las dos ariscas elites periféricas. Evo Morales afirma que Carlos Mesa debe ser declarado “enemigo público número uno de Bolivia” y abiertamente contra sus intereses. De esta manera, tanto en el occidente como en el oriente boliviano, la medida prepara el derrocamiento del gobierno de Carlos Mesa y, con él, lo que quedaba de la “democracia de mercado”. La ciudad de Santa Cruz fue paralizada por varios días por una huelga general y aunque que el gobierno de Carlos Mesa propuso medidas compensatorias para el agro boliviano y hasta determinó una reducción en la magnitud del corte en la subvención al carburante, ya no había puntos de encuentro para sostener la relación con Santa Cruz. Carlos Mesa menciona en sus memorias que cuando envió a uno de sus ministros a negociar con la elite cruceña, éste debió retirarse de la reunión cuando el jefe de la familia Monasterios (una de las más ricas de Santa Cruz) le refirió entre gritos: “No vamos a parar hasta tumbar a Mesa” (Mesa 2008: 224). El 28 de enero de 2005 el CCPSC convoca a un cabildo multitudinario en medio del cual las “juventudes cruceñas” (grupos violentos de jóvenes de extrema derecha) tomaron los locales del Estado central en Santa Cruz. La ciudad quedó inundada de colores verde y blanco (los de Santa Cruz) y se hizo cuestión de Estado por la “autonomía”.

Los pocos meses que le quedaron en el poder a Carlos Mesa fueron una larga agonía. Se sucedían movilizaciones contra su gobierno en La Paz y en Santa Cruz,

renunció dos veces a la presidencia, las dos veces se retractó, los pocos aliados que tenía desfallecían y era cada vez más evidente que carecía de puntos de apoyo. René Antonio Mayorga resume bien toda esta etapa de lucha entre el aislado gobierno de Carlos Mesa y las fuerzas periféricas:

“Mesa llega con una postura anti-partido. Él pensó que podía subir en la ola antipartido. Y que podría gobernar sin partidos, enfrentando al congreso. Y encaramándose sobre la agenda de octubre: nacionalización del hidrocarburo y Asamblea Constituyente. Cualquiera se daba cuenta en esa coyuntura que había que gobernar con acuerdos en el congreso. El gobierno era él, un puñado de amigos y su poder de oratoria que encandilaba a la gente. Pero como gobernante un fracaso. Debido a que él aceptó esa “agenda de octubre” se enfrentó a los cruceños. Les llamó provincianos. El oriente y el MAS lo estrujaron.”<sup>264</sup>

Desesperado, Carlos Mesa hace su último intento para ganarse a la elite cruceña. Establece mediante un decreto presidencial, la elección democrática de prefectos en cada departamento boliviano, aun sin saber en qué consistiría este nivel de gobierno departamental, careciendo todavía de una ley de autonomías. Fue una medida de pura supervivencia política.

“Las elites cruceñas obtuvieron un triunfo histórico con mi decisión de ir a elecciones de prefectos. A mí me hubiera gustado hacerlo racionalmente pero no quedaba otra. Lo volvería a hacer.”<sup>265</sup>

Y claro, para Evo Morales y el MAS la medida fue interpretada como una concesión intolerable hacia la oligarquía cruceña. Los meses que siguen hasta abril son una sucesión de protestas de ambos lados del país, hasta que entre el 7 y 9 de junio, el gobierno de Carlos Mesa cae víctima de las movilizaciones y violencia callejera.

### *Las variaciones en la estructura espacial de oportunidades*

En la etapa bajo análisis en este capítulo se confirman varias de las tendencias económicas y demográficas sobre el territorio nacional boliviano. Los años ochenta y noventa consolidaron la variación general en la manera en que el poder económico y demográfico se reconfiguró sobre el territorio. Es el periodo en el cual cuaja la nueva configuración territorial boliviana. Si a inicios de nuestra trayectoria a mediados del

---

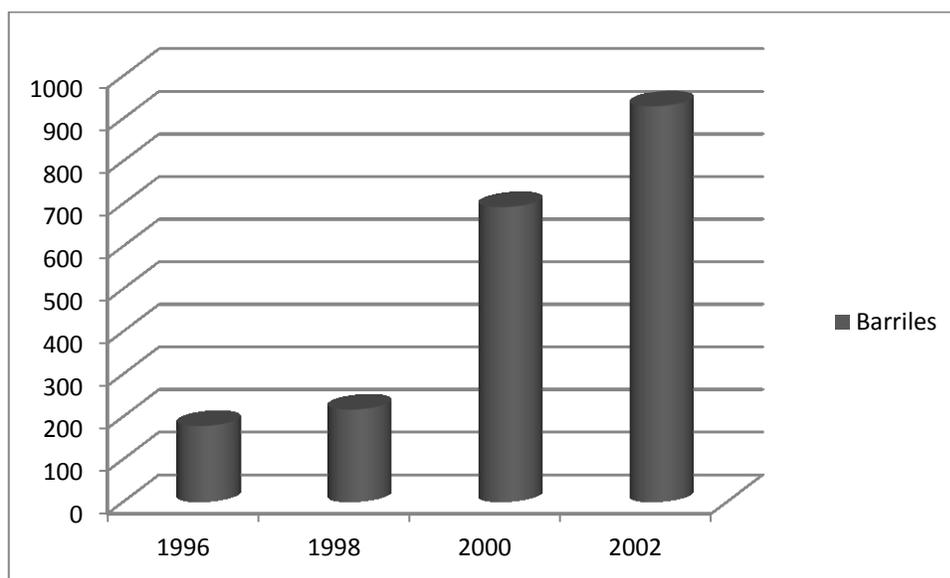
<sup>264</sup> Carlos Mesa, entrevista personal.

<sup>265</sup> Carlos Mesa, entrevista personal.

siglo XX la vida boliviana se estructuraba desde un eje que cruzaba el país de norte a sur (pasando por La Paz, Oruro y Potosí), a finales del siglo XX el nuevo eje es uno que lo atraviesa de occidente a oriente, de La Paz a Santa Cruz, pasando por Cochabamba. La ruina de la minería del occidente boliviano fue simultánea al auge del narcotráfico y la fortaleza de los movimientos cocaleros y, asimismo, a la emergencia definitiva del oriente boliviano.

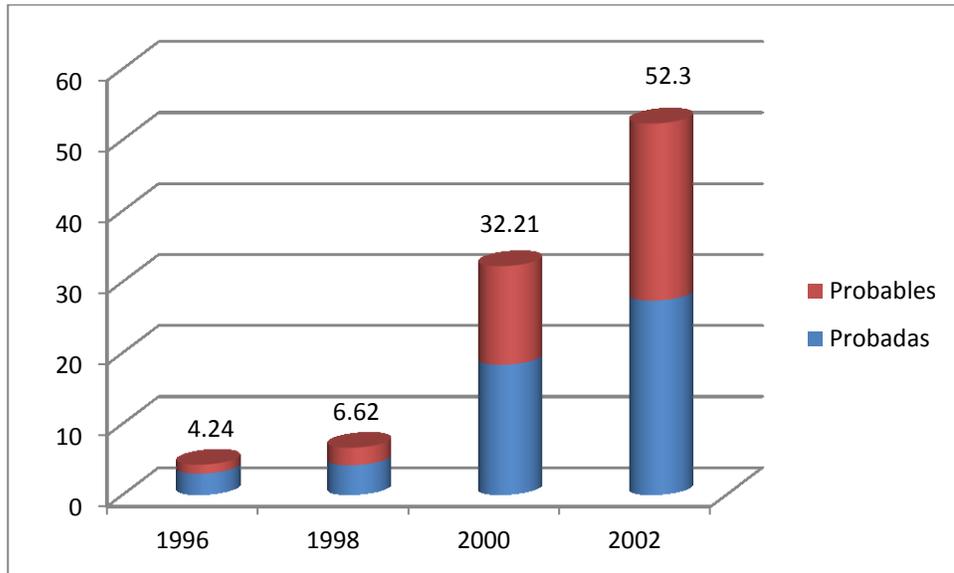
En primer lugar, en términos económicos las reservas energéticas del oriente boliviano que siempre habían sido parte de la fuerza e identidad oriental se multiplicaron hasta hacer de Bolivia el país con las mayores reservas de hidrocarburos probadas de América Latina a mediados de los años 2000. En los siguientes gráficos observamos el aumento de reservas probadas de petróleo y gas respectivamente.

**Gráfico 16. Reservas de petróleo en Bolivia (en millones de barriles)**



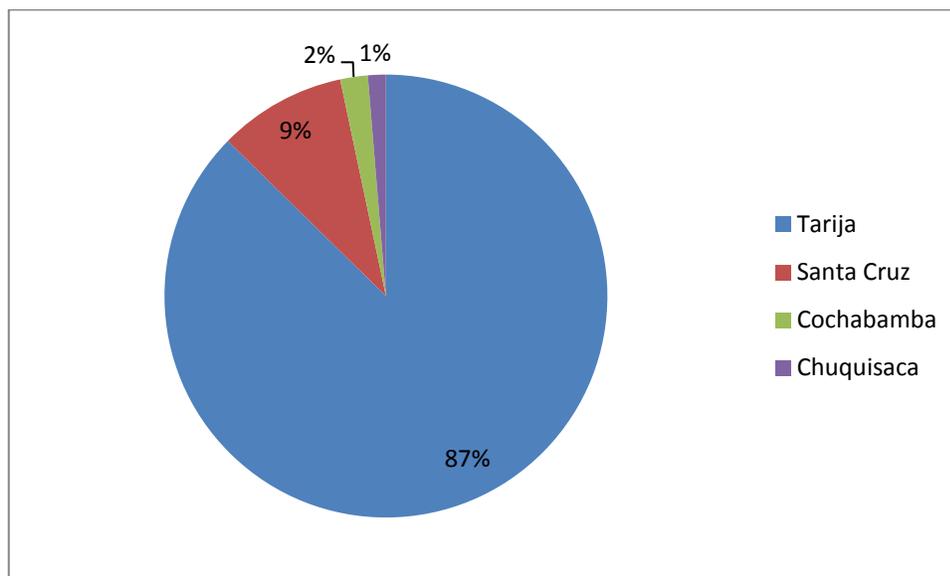
Fuente: Mesa & Espinoza 2009. Elaboración propia.

**Gráfico 17. Evolución de las reservas probadas de gas en Bolivia (en trillones de metros cúbicos)**



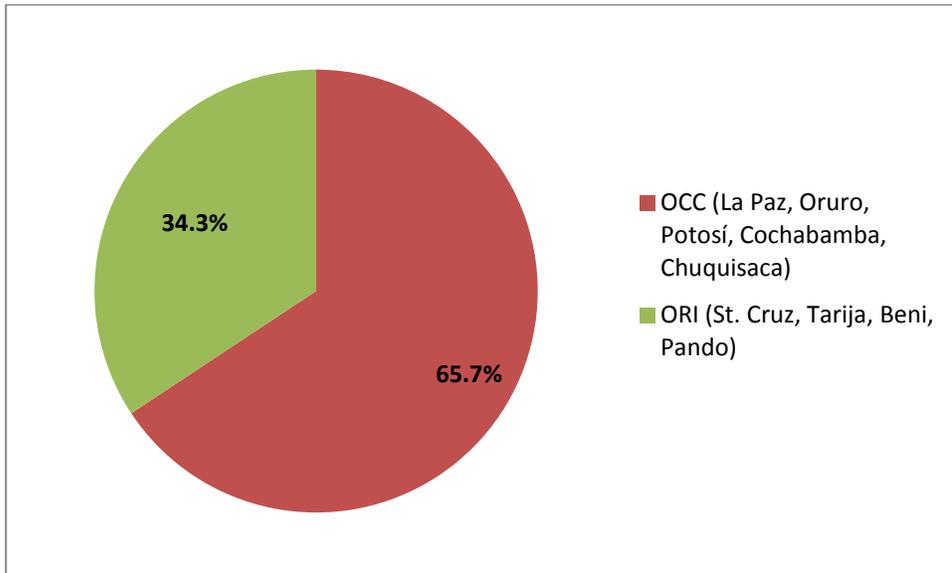
Fuente: Mesa & Espinoza 2009. Elaboración propia.

Esta multiplicación de las reservas hidrocarburíferas bolivianas tenía ubicación definida pues los yacimientos estaban mayoritariamente en el oriente del país, fundamentalmente en Tarija pero en Santa Cruz también. Y Santa Cruz había conseguido que la boca del gaseoducto hacia el Brasil saliera de dicho departamento. Esta nueva configuración económica y de infraestructura hizo que Santa Cruz contribuyese el 40% del PIB boliviano a inicios de los años 2000, a lo que debemos sumar el desarrollo millonario de la agroexportación, la industria maderera y la industria ganadera. Todos estos cambios convirtieron a Santa Cruz a finales del siglo XX y de manera definitiva en el nuevo polo de desarrollo boliviano. En el siguiente gráfico se aprecia la localización de las reservas de gas en el territorio boliviano.

**Gráfico 18. Localización gas por departamentos en Bolivia**

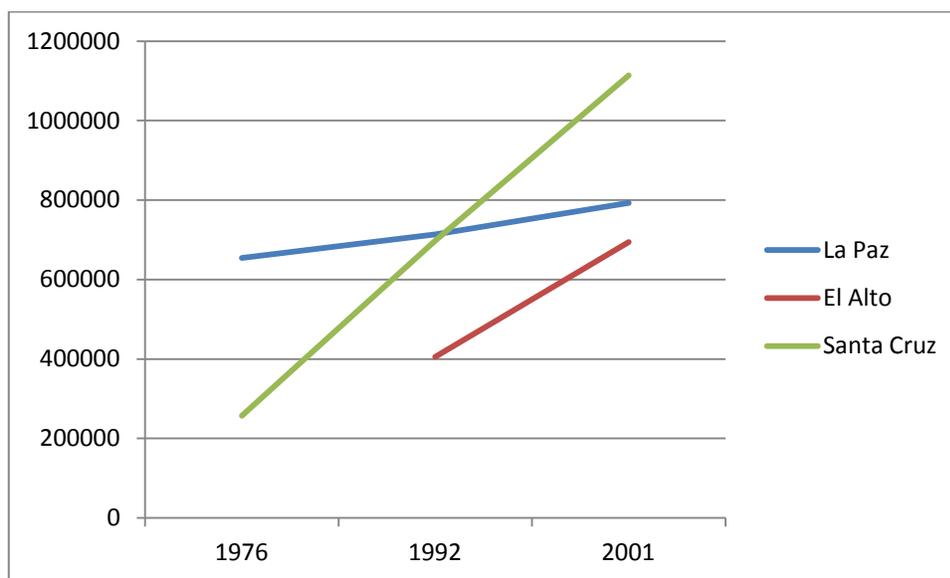
Fuente: Mesa & Espinoza 2009. Elaboración propia.

En segundo lugar, demográficamente, la distribución de la población boliviana sobre el territorio también varió sustancialmente en este periodo de análisis. A fines del siglo XX, el departamento de Santa Cruz posee ya la misma población que el departamento de La Paz y, aunque la población de los departamentos orientales sigue siendo menor que la de los occidentales la diferencia ya no es abismal como al inicio de nuestra trayectoria.

**Gráfico 19. Población boliviana occidental y oriental en 2001.**

Fuente Klein 2003. Elaboración propia.

De hecho, ya es una fuerza demográfica que puede ser decisiva para conseguir que un candidato sea elegido Presidente, como sucedió con Gonzalo Sánchez de Lozada. Y del lado occidental boliviano la emergencia de la ciudad de El Alto resulta también un hecho crucial, sobre todo cuando en 1988 este conglomerado urbano se independiza jurídicamente de la ciudad de La Paz (aunque se mantiene en el departamento de La Paz). En el censo de 2001, El Alto tiene casi tantos habitantes como La Paz (casi 600 mil El Alto y casi 700 mil La Paz). Para observar estas evoluciones demográficas sobre el territorio boliviano obsérvese el siguiente gráfico que pone de manifiesto la forma en que las ciudades periféricas de la capital boliviana fueron adquiriendo un poder demográfico cada vez más importante frente a La Paz que vio gradualmente reducir su importancia en el país. La presencia de un centro urbano importante, donde se agreguen intereses, recursos y población de una región determinada es crucial para poder politizar dicho territorio.

**Gráfico 20. Crecimiento de la población según censos de 1976, 1992 y 2001**

Fuente Klein 2003. Elaboración propia.

Ahora bien, si la vida productiva y la distribución demográfica sobre el territorio boliviano han variado de manera consistente, ello por sí solo no debía, necesariamente, consolidar proyectos de tipo regional en el país y, menos aún, introducirlo en una competencia política que, en todos sus niveles, se articule desde una oposición entre oriente y occidente, entre las tierras altas y las tierras bajas. La construcción de este cleavage territorial se sostiene sobre la reconfiguración económica y demográfica del país pero su politización y activación es un producto político por el cual durante una larga trayectoria histórica las elites que estuvieron en disputa por el Estado variaron su poder significativamente —despareciendo algunas, emergiendo otras— sin que el Estado central consiguiese nunca en esta trayectoria histórica desmovilizar e imponer su hegemonía sobre estas elites, en particular sobre la marginal y sobre la periférica. Así, en esta etapa hemos visto que el movimiento cocalero surge y prospera en los trópicos de Cochabamba donde el Estado está ausente y que cuando aparece lo hace para reprimir violentamente a los cultivadores de coca. En este espacio de ausencia estatal, se crean municipios que son utilizados por los poderosos sindicatos cocaleros para ganar fuerza y legitimidad política en la zona. Es decir, aunque no había un Estado presente, llegaron unas instituciones que pudieron ser utilizadas y cooptadas por los

sindicatos. Así, a través de estas reformas institucionales la elite marginal emerge de abajo hacia arriba y alcanza un Estado con el que no tenía mayores vínculos. Y lo mismo sucede con la reforma que introdujo las diputaciones uninominales, a través de ellas llegaron al congreso Evo Morales y Felipe Quispe en 1997.

La elite periférica cruceña, por su parte, en la larga trayectoria fue ganando influencia en el gobierno central para desarrollar Santa Cruz. Sin embargo, el Estado boliviano nunca ha terminado de integrarla del todo. Y ese Estado que no la integra demasiado es un Estado que le ha permitido y favorecido hacer negocios y prosperar. En esta última etapa, la elite cruceña observa que el régimen que defendía (“la democracia de mercado”) se desmorona y emerge la implantación de uno nuevo que no es el suyo. Ante la situación de crisis y sin la mediación de partidos nacionales (caídos en desgracia), emergen las elites, sus organizaciones corporativas y sus discursos “autonómicos”. Y así, ante las fisuras del régimen, se hacen visibles las fisuras estatales. Los partidos nacionales y las instituciones estatales ya no agregan ni estructuran los intereses en disputa. Ambas elites se desafían y refuerzan sus actitudes de ambos lados. Si el Estado está en disputa es normal que se abra una Asamblea Constituyente, lo que sucede el año 2006. Ya todo parece estar en tela de juicio. Se rebautiza el país: La República de Bolivia es ahora el Estado Plurinacional de Bolivia. Así, una de las elites emergentes (la marginal alto-andina) ha sido, por el momento, más exitosa en articular un vehículo político que agregue intereses y tenga alcance nacional: el MAS. La elite periférica cruceña, en cambio, refugiada en un discurso autonomista y una acción regionalista, abandonó la arena nacional donde gradualmente pierde importancia.

## Perú. De Velasco a Fujimori: El segundo tiempo de la centralización despótica

*Rien n'était plus organisé pour gêner le gouvernement,  
rien, non plus, pour l'aider.*  
Alexis de Tocqueville<sup>266</sup>

*Fujimori simplement nos obvió.*  
Adolfo Saloma. Presidente Regional de la Región Inca 1989-1992.<sup>267</sup>

Comencemos con una cita del que fue, seguramente, el trabajo más influyente de las ciencias sociales peruanas durante los años ochenta:

“Por una parte, el Estado sin planes ni proyectos, absorbido en la solución de problemas económicos y políticos que se generan en su relación con las fuerzas que juegan en el orden internacional. Por otra parte, la contestación de los electores populares, *en expansión pujante*, proyectándose hacia toda la estructura y espectro de la sociedad y cultura nacionales. Entre los dos sistemas, una creciente brecha y la ausencia de una opción clara para el desarrollo interno.” (Matos 1984 [2004]: 66) (El énfasis es mío)

En los años ochenta las ciencias sociales peruanas de tradición marxista ven con optimismo este choque último entre la masa y el Estado. Piensan que de la masa organizada, de “lo popular”, surgirá el nuevo Estado democrático, justo y nacional anhelado desde la Independencia y, quién sabe, desde la Colonia. La derecha liberal, por su parte, también fustiga al Estado decrepito y de la mano de Hernando de Soto y *El Otro Sendero* (1988) también sitúa su esperanza en la sociedad peruana, no como masa popular, sino como una suma de trabajadores informales, de individuos emprendedores llegados de la sierra, unos liberales autóctonos que, aún ignorándolo, preparan la emergencia de un mercado libre y eficiente. Para que esta utopía liberal autóctona emerja la clave sería la entrega masiva de títulos de propiedad. En ambas narrativas —de izquierda o la de derecha— es el lado de la sociedad el que carga con el fuego renovador del país frente a un Estado vetusto, arcaico y diagnosticado como inservible por ambas tradiciones. Si los signos ideológicos entre Matos y De Soto difieren, se encuentran en el diagnóstico general: el Estado decadente es asediado por

<sup>266</sup> De Tocqueville (1856 [1988]: 226)

<sup>267</sup> Entrevista personal con Adolfo Saloma.

una sociedad (socialista para unos; liberal para los otros) que debería pasarlo por encima y surgir de ahí una nueva forma estatal. Sin embargo, nadie percibe que, a fines de los ochenta, no es la efervescente sociedad peruana quien está por conquistar al viejo Estado, sino, todo lo contrario, el Estado quien prepara el zarpazo final sobre la sociedad.<sup>268</sup>

Esta etapa muestra para el caso peruano el segundo movimiento de desmovilización de la periferia peruana. Si en los años setenta el Estado desmovilizó a las elites periféricas y oligárquicas y anti-oligárquicas, a inicios de los noventa —en la segunda parte del mismo movimiento— se apresta a liquidar a las elites marginales y a desmovilizar toda organización social en la periferia. Durante la década de los ochenta los partidos tradicionales que habían representado a la periferia anti-oligárquica volvieron al poder (AP, APRA). Junto a ellos dos nuevos vehículos políticos. En la arena electoral, IU, una confluencia de partidos marxistas de importancia nacional y con especial llegada en el sur del Perú. En la arena no institucional, el grupo terrorista y partido político SL se convirtió en la manifestación más radical y violenta de la periferia peruana contra el Estado central en el siglo XX. La crisis política y económica desatada en esta década en que los partidos tradicionales estuvieron a cargo del país y la crisis militar generada por SL en el país empujaron al Perú hacia el abismo. Este descenso al averno de la ingobernabilidad apuró una salida en sentido completamente inversa a la adoptada en Bolivia. El Perú no intentó recuperar la legitimidad desde un país de periferias fortalecidas que pueden reclamar procesos de descentralización sino, por el contrario, en el Perú se centraliza la autoridad en un país donde las periferias han perdido la capacidad de existir con mínimos grados de autonomía. Y, más allá de la periferia, se impone un tipo de gobierno donde la sociedad en su conjunto carece de los mecanismos institucionales de intermediación para hacerse oír. Los partidos colapsan y la densidad político-social se dispersa producto de la guerra.

Ahora bien, mi argumento busca mostrar que esta nueva configuración política donde el Estado desmoviliza a su sociedad no se dio de un día para otro ni fue únicamente producto de la voluntad del gobierno autoritario de Alberto Fujimori. Fue un proceso lento, involuntariamente iniciado durante el gobierno de Velasco, pero

---

<sup>268</sup> Tal vez en el Perú el único que lo intuyese fuese el preclaro Neira (1987).

sobre todo, que empezó en los años ochenta con la progresiva militarización de la periferia peruana en medio de la guerra contra SL. Cuando Fujimori da su autogolpe de 1992, buena parte de la periferia peruana vivía ya desde mucho tiempo atrás en un permanente estado de excepción que no tenía nada de democrático. Fujimori llevó al nivel nacional lo que ya era una realidad en la periferia peruana. En 1990, el 49% de la población vivía en una zona de emergencia. Fujimori no inventó el estado de excepción. Y a partir de ahí se estableció un tipo de Estado que con ayuda de Michael Mann llamaré despótico. No implica que el Estado peruano se haya vuelto eficiente (que tenga una gran capacidad estatal, *infrastructural power*), pues sigue siendo un Estado débil en cuanto a la provisión de servicios esencial, pero es un Estado sin desafíos, que se ha impuesto sobre su sociedad. Desmoviliza a la sociedad pero no desarrolla capacidades estatales fuertes. En un primer momento, la derrota de grupos subversivos implican la recuperación de atribuciones básicas de la capacidad estatal; pero en el mediano plazo, para utilizar las categorías de Michael Mann, más que *infrastructural power*, el Estado peruano desarrolla un *despotic power* (Mann 1988). Si en Bolivia se intentó resolver los problemas de gobernabilidad y legitimidad de “abajo hacia arriba”, en el Perú se hizo de “arriba hacia abajo”.

Asimismo, en la parte final del capítulo se muestra la forma en que la espacialidad política del país siguió favoreciendo esta dinámica política con una periferia más bien muda de intereses propios. Tanto el peso demográfico como económico de Lima siguió acrecentándose donde la población y las riquezas estuvieron cada vez más dispersas, en contraste con Bolivia donde hemos visto que, más bien, población y riqueza fueron concentrándose alrededor de la ciudad de Santa Cruz. Este capítulo, entonces, analiza la historia final de nuestra trayectoria; el momento en que la periferia peruana queda vaciada de elites; el Estado termina de dominar a la sociedad y se clausura, hasta nuevo aviso, la posibilidad de una politización de lo regional en el Perú y con ello la construcción de un cleavage de carácter regional o territorial. Antes de entrar a los años de análisis de este capítulo es indispensable describir brevemente la situación peruana durante los años ochenta pues es sobre los legados de aquel escenario que discurrirá nuestro análisis principal.

*Los inesperados años ochenta: ballots and bullets*

*Peru in the 1980s is not as it was before 1968*  
Abraham Lowenthal

En 1980 el Perú recobró la democracia y, visto en retrospectiva, se convertía en uno de los primeros casos latinoamericanos en surfear la tercera ola de democratizaciones (Huntington 1991). Tras doce años de gobierno militar, la democratización no pudo ser más completa. El país se democratizaba tanto en una dimensión liberal-institucional como una tocquevilleana con el fin del *ancien régime* y la aparición de las *égalité de conditions*.

En el campo liberal-institucional, la democracia recobrada implicó el regreso de los partidos políticos que movilizaban a las elites políticas de las cuales hemos venido hablando en esta tesis. AP y su líder Fernando Belaunde, contra quien se había realizado el golpe de Estado de 1968, regresaron al poder tras las elecciones de 1980. Los resultados electorales demostraron que AP seguía teniendo una base electoral importante en el Perú rural. Un indicio crucial de esto el hecho de que la izquierda obtuvo el 30% de los votos en la Asamblea Constituyente de 1978, elecciones en las que no participó Acción Popular; pero en las generales de 1980, cuando AP volvió a la competencia, todos los candidatos de izquierda sumados no alcanzaron el 15% y AP, en cambio, bordeó el 40% de los votos. Sin embargo, como lo veremos luego, esta performance era solamente electoral pues sus bases se habían debilitado y no representa intereses directos de los departamentos sureños del país, como lo había hecho en el pasado. El APRA, que debió afrontar la muerte de su líder histórico en 1979, también mantenía su papel de partido central a la vida política peruana. Al lado de estos aparecía IU, un conglomerado de partidos marxistas, que se inauguraba en la vida electoral. En resumen, los partidos políticos democráticos que habían abanderado el impulso anti-oligárquico regresaron a la política peruana y monopolizaban la representación política, lo que era otra señal de la democratización del país.

En segundo lugar, al retomar el poder, el Presidente Belaunde restableció las elecciones de alcaldes que él mismo había introducido en 1964 y que el gobierno militar había eliminado. De esta manera, en 1980 se volvieron a efectuar comicios a

nivel local. A diferencia de aquellos de los años sesenta, estos niveles locales de participación se habían distanciado de partidos políticos que durante los años de gobierno militar no mantuvieron el contacto con aquellos niveles de gobierno.

En el ámbito tocquevilleano de la democratización, dos medidas fueron fundamentales. En primer lugar (y el más fundamental de todos aunque no se le haya investigado con detenimiento), la inclusión masiva y definitiva de todos los ciudadanos a la vida electoral del país. En el Perú la reforma de la ley electoral de 1896 había establecido que aquellos que no supieran leer y escribir quedaban impedidos de votar.<sup>269</sup> Esta disposición buscaba en la práctica eliminar el voto de los indígenas pues eran ellos los mayoritariamente los analfabetos. Esta restricción se mantuvo durante todo el siglo XX y ya hemos visto que ella fue una traba muy difícil de superar para los partidos de corte anti-oligárquico, especialmente para AP y la DC que tenía bases en el sur del Perú donde la población indígena era mayor. La Constitución peruana de 1979 eliminó tales límites a la ciudadanía y los analfabetos, vale decir, los indígenas ingresaron a vida pública y política del país. En buena cuenta, casi un millón de indígenas ingresaron tardíamente a la vida política nacional.<sup>270</sup> Se acaba, al menos en el ordenamiento legal, la república dividida entre ciudadanos y súbditos (Dargent 2000). Los efectos políticos de esta incorporación no han sido estudiados con detenimiento.<sup>271</sup> Aquí plantearemos algunas hipótesis para comprender el establecimiento del fujimorato. Según cálculos propios, la distribución de esta inclusión a lo largo del país fue la siguiente:

---

<sup>269</sup> Ver Chiamonti 2004 y Novoa 2004.

<sup>270</sup> Algunas comparaciones pueden establecer cuan tardía fue esta incorporación: México les había otorgado el voto a mediados del siglo XIX, Argentina había establecido el voto universal masculino en 1912 y el femenino en 1951, Bolivia había entregado el derecho al sufragio en 1952 y en Chile desde final del XIX.

<sup>271</sup> Una excepción es Remy 2005.

**Tabla XIX. Electores alfabetos y analfabetos a nivel departamental en 1980**  
 (% respecto del total de electores departamentales)

Departamento	Analfabetos		Alfabetos		Total electores
	N°	%	N°	%	
Apurímac	42 209	49,5	43 051	50,5	85 260
Huancavelica	47 125	45,9	55 642	54,1	102 767
Ayacucho	60 511	41,8	84 289	58,2	144 800
Puno	107 017	37,6	177 929	62,4	284 946
Cusco	92 999	36,0	165 094	64,0	258 093
Huánuco	35 542	26,3	99 503	73,7	135 045
Cajamarca	64 487	24,1	202 739	75,9	267 226
Ancash	65 616	22,9	221 239	77,1	286 855
Pasco	15 450	22,7	52 749	77,3	68 199
Amazonas	13 546	20,6	52 089	79,4	65 635
Junín	44 884	13,7	281 828	86,3	326 712
Madre de Dios	1 126	12,9	7 608	87,1	8 734
La Libertad	46 109	12,5	321 393	87,5	367 502
Moquegua	4 680	12,4	33 090	87,6	37 770
San Martín	9 450	11,2	75 140	88,8	84 590
Tacna	5 837	10,5	49 720	89,5	55 557
Piura	33 689	10,5	288 219	89,5	321 908
Arequipa	25 978	8,3	286 276	91,7	312 254
Lambayeque	17 221	7,2	222 880	92,8	240 101
Loreto	9 916	5,9	159 572	94,1	169 488
Ica	8 006	4,0	193 627	96,0	201 633
Lima	75 090	3,2	2 272 719	96,8	2 347 809
Callao	5 504	2,5	218 435	97,5	223 939
Tumbes	854	2,5	33 944	97,5	34 798
<b>Total General</b>	<b>832 846</b>	<b>12,9</b>	<b>5 598 775</b>	<b>87,1</b>	<b>6 431 621</b>

Fuente JNE. Elaboración propia.

Como se puede apreciar, el analfabetismo estaba altamente aglomerado en aquellos departamentos con mayor población indígena y especialmente en el sur del Perú. Entonces, esta inclusión general a la ciudadanía política fue una primera manifestación de la democratización del país luego de 12 años de gobierno militar.

En segundo lugar, la desaparición de la hacienda y de los hacendados, del latifundio y el gamonal, había significado el fin del *ancien régime*. Pero esta desaparición, como ya he mostrado, no fue de la mano de la creación de instituciones políticas que reemplazaran la anterior forma de intermediación entre Estado y sociedad. Las que fueron intentadas por el gobierno militar fracasaron en su ambición de encuadrar a la sociedad tecnocráticamente desde arriba. De tal manera, ante la desaparición de los grandes poderes periféricos y el posterior fracaso de las instituciones corporativas que debían reemplazarlo, aunado a la desvinculación por más de una década de los partidos con la vida política periférica, se creó un vacío institucional que vinculase población con el Estado.<sup>272</sup>

Así, en las dimensiones liberales y sociales de la democratización el país entraba a una nueva y auspiciosa etapa. Pero, como sabrían pronto muchos de los países latinoamericanos democratizados a inicios de los años ochenta, la democratización no aseguró ni la capacidad estatal ni la capacidad de los gobiernos para gobernar. En el caso peruano, la situación no fue muy diferente entre 1980 y 1990. Los gobiernos de AP (1980-85) y el APRA (1985-90) estuvieron a la cabeza de un periodo crítico para el país. Apareció SL, una guerrilla maoísta que desencadenó una violencia que fue ampliándose exponencialmente: en 1980 “sólo” se contaron algunas víctimas a causa de la guerra interna, en 1983 el número de muertos había alcanzado casi los tres mil. Y el conflicto que en 1980 estaba confinado a un solo departamento, en 1983 se había expandido a un tercio del país.<sup>273</sup> Del lado económico, también se iba cuesta abajo. En 1980, el PBI *per capita* era de 5 215 nuevos soles; en 1983 sólo 4 621<sup>274</sup>. En sus dos años finales de gobierno, Acción Popular no mejoró su

---

<sup>272</sup> Según McClintock, “traditional political elites left the rural highlands, and thus the repressive capacity of the state was reduced” (McClintock 1984: 77). En realidad, no es solo la capacidad represiva del Estado lo que se perdió, se cayó un orden, una forma de vincular Estado y sociedad que no fue reemplazada por ninguna otra.

<sup>273</sup> Todos los índices de violencia provienen de CVR 2003.

<sup>274</sup> *Memoria del Banco Central de Reserva*, 2005. El PBI está calculado en nuevos soles de 1994.

*performance*. En 1985 la inflación fue 158,3% y la acumulada para los cinco años de gobierno, más de 3 000%. Con la economía en caída libre y la guerra expandiéndose, AP obtuvo en las elecciones generales de 1985 el peor resultado de su vida política: 7,3% de los votos. Y ya ni siquiera participó en las elecciones municipales de 1986. Fue, entonces, la primera víctima del desgobierno de los ochenta.

Durante la segunda mitad de esa década, la dinámica no varió. El gobierno de Alan García (del APRA) fracasó en su intento de controlar la situación y los números de víctimas y atentados seguían aumentando y la economía perdía todo rumbo. En 1989 la inflación se había empinado hasta 2 775% por año. El PBI *per capita*, que en 1986 era 5 124 nuevos soles, en 1990 se había reducido a 3 771 y las reservas internacionales pasaron a ser negativas. Así, el APRA fue también víctima de su incapacidad para gobernar, como ocurrió con AP en el quinquenio anterior.<sup>275</sup> Producto de este desgobierno liderado por los partidos políticos tradicionales se generó una animadversión hacia ellos que duraría largo tiempo y que Fujimori radicalizaría (Tanaka 1998; Levitsky & Cameron 2003; Crabtree 2010).

Durante los ochenta, como en Bolivia, el régimen político y el Estado peruano sufren una crisis severa, tanto a nivel de sus capacidades como de su legitimidad. Sin embargo, esta crisis en el Perú se resolvió en sentido inverso al de Bolivia. Ante el vacío dejado por la crisis de los partidos nacionales que alguna vez habían albergado los intereses de las élites periféricas del país, se fortaleció un centro político estatal poderoso, alentado por la guerra interna y por una periferia débil. En Bolivia, en cambio, al desnudarse el sistema de representación y caer los partidos nacionales no es el Estado central quien ocupa el vacío de poder sino el enfrentamiento entre periferias que se habían fortalecido silenciosamente durante las últimas décadas. En el Perú se impuso una lógica de “arriba hacia abajo” y en Bolivia una de “abajo hacia arriba”. Ambas salidas refuerzan la trayectoria en ambos países. No se inventan en este momento, *ex nihilo*, ellas son consecuencia de las trayectoria anterior. Tampoco pretendo decir que ambas opciones eran las únicas que podían emprenderse pero sí que la dirección de la trayectoria ya emprendida aumentaba ciertos costos al mismo tiempo que disminuía otros. La trayectoria peruana invitaba a una centralización del poder

---

<sup>275</sup> Estos datos provienen de Vergara (2007: 106-7).

(más que al quiebre democrático) y la boliviana, donde el régimen político nunca había logrado conseguir un equilibrio autónomo y dependió siempre de la participación de las fuerzas sociales (periféricas o periférico-marginales) en los gobiernos, al entrar en dificultades se inclinó hacia esas fuerzas sociales que habían incrementado su poder. Repito: el desenlace de nuestra trayectoria no era el único resultado posible, pero sí uno facilitado por las condiciones previas a dicha coyuntura. En el Perú todas las elites periféricas (las marginales y las no marginales) ya han perdido su fuerza; en Bolivia la marginal y la cruceña se han convertido en los actores principales del tablero político boliviano. En Perú las fuerzas económicas y las tendencias demográficas han ido asentándose en un mismo lugar y diezmando aquella zona sur peruana que era la única en la cual podría haberse generado un discurso regionalista. Este capítulo muestra este último movimiento en la trayectoria por el cual el Estado central termina de anular a la periferia peruana y cierra la posibilidad de ver una competencia política como la boliviana, articulada alrededor de un cleavage territorial.

### *Relaciones entre centro y periferia*

#### El doble movimiento de la periferia peruana entre 1989-1992: última oportunidad para las elites periféricas y nuevo zarpazo del Estado central.

En medio de la crisis económica y política de los años ochenta, el Presidente Alan García lanzó dos procesos que buscaban dotar de mayor fuerza a la periferia peruana. El resultado final de estos dos experimentos reformistas dará una imagen clara de las débiles fuerzas en la periferia peruana y sus elites. Será la evidencia de una periferia que está ya debilitada y para la cual la creación de espacios institucionales que hubieran podido activar esas fuerzas regionales como en otros tiempos ya no funciona. La debilidad de esta periferia alienta el zarpazo final por parte del Estado central pues queda claro que aquella ya no tiene posibilidades de hacerse cargo de sus propias necesidades. Desde el Estado central se percibe que la periferia peruana carece de lo que Ziblatt llama la capacidad infraestructural subnacional (Ziblatt 2006). Desde la periferia, más que un problema institucional, es la inexistencia de unas elites que puedan construir estas instituciones y discursos que sean capaces de negociar con el

gobierno central. Las dos reformas que ponen en evidencia esta debilidad fueron, en primer lugar una de carácter participativo, los llamados *Rimanacuy* y, en segundo lugar, una reforma institucional que implantó una enorme regionalización en todo el país. Ambas reformas podrían (y debían) haber “activado” la periferia si, como en ocasiones anteriores, dichas reformas institucionales hubieran encontrado elites periféricas activas. Como veremos, estas reformas, más bien, dejaron en claro que tales elites eran ahora precarias.

La primera reforma (y menos importante), creó en 1986 los *Rimanacuy*. Estos eran diálogos entre el Estado y las comunidades campesinas y nativas que buscaban, según el Presidente García, reconocer “su organización histórica y democrática, la fuerza de sus autoridades y su capacidad de construir un futuro” (Morales, 1988: 13). Su objetivo era descentralizar el poder hacia “las células básicas de la democracia” que serían las comunidades andinas, además de incorporar a esta población al “desarrollo integral del país”. Los primeros *Rimanacuy* (denominado en español como “conversatorio regionales”) se realizaron en 1986, tomaron 4 meses y se llevaron a cabo en cinco departamentos: Piura, Huancayo, Cusco, Puno y Pucallpa. El Estado recibió allí 5 000 memoriales. Se reconocía principalmente, a partir de estos, cierta autonomía de las comunidades en la administración de recursos, apoyo en la titulación de tierras comunales y la importancia de llevar a cabo una regionalización. Sin embargo, este espacio languideció sin poder involucrar a los principales beneficiados.<sup>276</sup> El fracaso de este espacio hablaba de la debilidad de las elites marginales, sufriendo la crisis económica y embate de la guerra y del Estado central.

En segundo lugar, con la democratización y la nueva Constitución de 1979, reapareció la voluntad descentralista: “desde los años 30 el tema no había cobrado tanta relevancia” (Rénique 1991: 309). Con alguna tardanza pero gran envergadura, se instauró en 1988 un enorme proceso de regionalización que buscaba dinamizar la periferia peruana al establecer dos reformas que la Constitución de 1979 había proclamado pero no se habían llevado a la práctica. De un lado, se creaba un poder político regional entre el nivel nacional de gobierno y el local, en el cual una Asamblea Regional elegiría a un Presidente Regional en una suerte de parlamentarismo inédito.

---

<sup>276</sup> Para los *Rimanacuy* ver Morales 1989.

De otro lado, el ámbito de estas regiones era una novedad para el país pues varias de ellas se constituyeron fusionando los departamentos del Perú. Los 25 departamentos del Perú (que eran meras unidades administrativas) pasaron a constituir 11 regiones políticas a las cuales se les reconocía autonomía económica y administrativa.<sup>277</sup>

A diferencia de los procesos de distribución del poder hacia unidades sub-nacionales del pasado, esta regionalización se estrelló con una periferia desorganizada, fragmentada, empobrecida y que, en muchas zonas, sufría la violencia de los años ochenta. Pero, sobre todo, encontró una periferia que ya no tenía capacidad de *voice*; las elites periféricas no eran capaces de beneficiarse de estas cuotas de poder que la reforma institucional de repente les brindaba. O, para decirlo desde el otro lado, esta vez la reforma institucional no “activó” políticamente elites sociales arraigadas en la periferia. En una situación contraria a la reseñada para el caso boliviano, la periferia carecía de elites con organizaciones sociales que pudieran interpenetrarse con las nuevas instituciones estatales y carecían también de un discurso regional que pudiera legitimar los derechos autonómicos reconocidos por la reforma. Esto se pone de manifiesto de dos maneras. En primer lugar en un plano general y agregado pues de las 11 regiones, la mayoría de ellas, opusieron resistencia al proceso de fusión entre departamentos. Por tanto, estas regiones creadas de la fusión de departamentos no tenían ninguna legitimidad social para existir. Cuando se hicieron referéndums para consagrar la conformación de estas regiones, en tanto fusión de departamentos, en casi todas ellas surgieron problemas con provincias que preferían ser anexadas a una región distinta de la que se les había asignado y, de otro lado, con departamentos que no

---

<sup>277</sup> Las regiones en dicho proceso fueron conformadas por departamentos de la siguiente manera:

Región Amazonas: Loreto

Región Andrés Bello: Huánuco, Pasco y Junín

Región Arequipa: Arequipa

Región Chavín: Ancash más la provincia del Marañón

Región Grau: Piura y Tumbes.

Región Inca: Apurímac, Cusco, y el Departamento de Madre de Dios.

Región José Carlos Mariátegui: Puno, Tacna y Moquegua.

Región Los Libertadores-Wari: Ica, Ayacucho y Huancavelica más las provincias de Andahuaylas y Chincheros.

Región Lima: Lima

Región Nor Oriental del Marañón: Lambayeque, Cajamarca y Amazonas.

Región Ucayali: Ucayali

Región Víctor Raúl Haya de la Torre: San Martín y La Libertad.

Para el proceso de regionalización de final de los ochenta ver Planas 1998 y Caravedo 1992.

querían ser subsumidos en una región. Solo las regiones conformadas sobre un único y antiguo departamento aceptaron el proceso sin problemas. La razón es evidente, los departamentos que se transformaron en región no habían pasado, en estricto, por un proceso de regionalización, no fueron insumos para una región que se sobrepusiera a los anteriores departamentos sino que fueron directamente *upgraded* a regiones. Ni siquiera en la Región Chavín (que estaba compuesta solamente por el departamento de Áncash) se consiguió la unidad sin dificultades pues la provincia de Pampas solicitó ser incorporada a la región vecina de San Martín-La Libertad. Y en esa región, en otro referéndum, el departamento de San Martín pidió mayoritariamente ser una región autónoma sin vinculaciones con La Libertad. Esta suma de negativas hacia la regionalización de los propios departamentos como un todo o de algunas provincias al interior de dichos departamentos, deslegitimó un proceso que recién comenzaba. Primó una sociedad periférica fragmentada y sin una visión propia como regiones con un discurso y un proyecto digno de ser defendido desde la propia periferia.

Esta regionalización de fines de los años ochenta también debe observarse desde los resultados electorales. En términos generales la periferia se encontró fragmentada y sin saber qué hacer con la reforma, pero los resultados electorales muestran que esta fragmentación todavía convivía con los partidos políticos tradicionales. En 1989, en simultaneidad con las elecciones municipales de aquel año, se llevó a cabo las elecciones de asambleas regionales. Sorprendentemente, no existe ningún trabajo académico que haya analizado dichas elecciones regionales.<sup>278</sup> Tal vez la razón estribe en que Lima no votó en aquellas elecciones. Sin embargo, aquí he recopilado los resultados electorales de aquella elección para cuatro departamentos, información valiosa pues estos resultados nunca fueron publicados en versión completa. El detalle de los resultados electorales para los cuatro departamentos está en Anexo 6.

Las elecciones estaban destinadas a formar una asamblea regional de la cual saldría un gobierno regional (como dije, el modelo intentaba ser una suerte de parlamentarismo sub-nacional). He recopilado los datos de los departamentos de La Libertad, Cajamarca, Cusco y Ayacucho, pero podemos asumir que el panorama no fue

---

<sup>278</sup> Una parcial excepción es Zas Friz 1998 quien hace una historia de la descentralización en el Perú.

muy distinto en el resto de departamentos del Perú. La conclusión más importante que se extrae de estos resultados electorales es que los partidos políticos tradicionales seguían teniendo una capacidad importante de representación. Si tomamos los tres partidos más votados en cada uno de estos departamentos, observaremos que la política se mantenía dominada por los partidos tradicionales: el APRA, las izquierdas y el FREDEMO (Frente Democrático, donde estaban aunados AP y el PPC). Solamente en el caso del departamento de La Libertad, el tercer puesto en esta elección fue ocupado por un partido ajeno al *establishment*: Cambio 90. O, para ponerlo en otros términos, de los 44 asambleístas que fueron elegidos en estos cuatro departamentos, solo uno fue elegido de un partido no tradicional. Desde una arena cuantitativa de la información uno estaría tentado de refrendar la idea de Martín Tanaka (1998) cuando postuló que el principal problema de los partidos peruanos hacia el final de los ochenta no era uno de *representación* sino de *governabilidad*. Sin embargo, como vimos en los párrafos anteriores, la regionalización sucumbió cuando las poblaciones petardearon la posibilidad de mantener regiones como agregación de departamentos que pudieran convertirlas en unidades “geoeconómicas” (era el término que usaba la Constitución de 1979). Prevaleció la fragmentación social sobre la pretendida agregación institucional. En aquella división los partidos terminaron del lado del diseño institucional descentralista incapaz de hacer converger a las dispersas fuerzas sociales. En tal sentido, los partidos sí cargaban con un problema de representatividad. A pesar de ser los beneficiados de las nuevas instancias de poder sub-nacional no tuvieron capacidad para mantener el esfuerzo con vida por mucho tiempo. A diferencia de los procesos de democratización y descentralización anteriores en el país, esta vez los partidos ya no eran capaces de sacar provecho de tales reformas institucionales. Esta vez la reforma ya no tuvo una elite periférica a la cual activar.

Una buena manera de observar nuestra tesis es descender de los datos cuantitativos a observar cualitativamente estas elites periféricas. Para esto hice entrevistas en profundidad con miembros de las elites políticas cusqueñas y arequipeñas vinculados a las asambleas regionales de fines de los ochenta, así como con representantes de la elite económica también de ambos departamentos. Todas las entrevistas muestran que esa periferia del sur del Perú que alguna vez había sido fuerte,

vinculada entre ella y con partidos nacionales de los cuales ellas eran parte importante había quedado muy debilitada; que los años de cerrazón bajo Velasco y la guerra de los ochenta las había golpeado tanto que a pesar de contar con un espacio institucional fuerte como la regionalización no pudieron sacarle ventaja: la reforma institucional no podía inventar a esas elites periféricas que tendrían que haber tomado el control de las nuevas regiones.

Carlos Barrenechea fue elegido asambleísta por IU en la Región Inca (región conformada por los departamentos sureños de Cusco, Apurímac y Madre de Dios) era el especialista en el tema de descentralización por lo cual su testimonio es crucial en nuestra explicación.<sup>279</sup> Según Barrenechea, el proyecto regional del Sur fue tomado entusiastamente por la izquierda electoral que era la fuerza prevaleciente en esa región del país. Cada asamblea regional se constituía por tercios: 40% elegido directamente, 30% de alcaldes y 30% de representantes de la sociedad civil. Con esta composición la Asamblea Regional de la Región Inca era mayoritariamente de izquierda y, de acuerdo a Barrenechea, lo que buscaba era la construcción de un Gran Sur socialista que se opusiera al tradicional “Sólido Norte” aprista. De las elites usuales del Cusco que estuvieron vinculadas a AP y la DC desde los años cincuenta, afirma que o bien habían migrado a Lima durante el gobierno de Velasco o bien ya no tenían bases sociales, las cuales se habían ido con IU durante los años ochenta. Es decir, para ponerlo en nuestros términos, la tradicional elite anti-oligárquica de la periferia había perdido importancia frente a la izquierda electoral. Y la izquierda electoral, ¿tenía una elite que condujera este proceso?,

“La izquierda que lidera en el sur el proceso de descentralización tiene por base social a una población itinerante entre la ciudad y el campo. La elite de izquierda es puramente intelectual, es una población que ha ido a la universidad pero todavía son *misios* [muy pobres]. Son alcaldes, representantes campesinos, activistas políticos vinculados a la universidad buscando propuestas de desarrollo para la región. Pero no había un proyecto regional, tenías muchos técnicos y mucho compromiso, pero no había una propuesta integral. Y en el Cusco no había nada de producción, solo vivían del turismo y de los servicios. Esto era diferente de Arequipa donde sí había algo de producción.”<sup>280</sup>

---

<sup>279</sup> Entrevista personal con Carlos Barrenechea.

<sup>280</sup> Entrevista personal con Carlos Barrenechea.

Así, el problema expresado está vinculado a dos temas cruciales para esta tesis. En primer lugar, las elites anti-oligárquicas de la periferia o bien habían migrado o bien habían perdido relevancia en una periferia donde ya no existe el régimen al cual se oponían (el latifundio, el gamonal o el hacendado). Y, en segundo lugar, quien reemplazó a estas elites anti-oligárquicas en el sur del Perú fue IU la cual, como se establece en la cita, no tiene los cuadros políticos ni la fuerza para convertirse en el motor de la regionalización. Adolfo Saloma, Presidente Regional de la Región Inca (Cusco), recuerda que la crisis era muy grave (cita particularmente la epidemia del cólera y la crisis económica) y que, además, el gobierno central no les daba los recursos necesarios para convertirse en una institución que pudiese cumplir con las funciones que supuestamente debía cumplir.<sup>281</sup>

En Arequipa la cuestión no era muy diferente. Aunque poseía matices propios ella formaba parte del movimiento general de debilitamiento de la periferia peruana. De acuerdo al historiador y político arequipeño Guillermo Carpio, quien fue constituyente en el Congreso Constituyente Democrático de 1993, el gobierno de Velasco había sepultado a la elite arequipeña.<sup>282</sup> De acuerdo a este actor del proceso arequipeño, la reforma agraria agresiva que se llevó a cabo en Puno desvinculó a los terratenientes arequipeños quienes tenían tierras en Puno.<sup>283</sup> La agregación de intereses del sur se resquebrajó. Además, la elite política arequipeña que había “brillado” en el parlamento nacional durante los cincuenta y sesenta quedó sin este espacio legislativo dónde existir políticamente. Además de todo eso,

“vino la descomposición social de los años de García. Esa regionalización se aceptó porque Arequipa siempre va a ver con buenos ojos toda descentralización, pero ya no había ninguna posibilidad de comandar ese proceso, de tener unas elites que lo usaran para construir un proyecto arequipeño o del sur.”

Respuestas similares fueron obtenidas en mis entrevistas con otros actores políticos arequipeños.<sup>284</sup>

---

<sup>281</sup> Entrevista personal con Adolfo Saloma.

<sup>282</sup> Entrevista personal con Adolfo Saloma.

<sup>283</sup> Esto está refrendado por las estadísticas de la reforma agraria. Puno fue el departamento del Perú donde más SAIS fueron creadas. Ver Hunefeldt 1997 y Rénique 2004.

<sup>284</sup> Por ejemplo, entrevistas personales con Alipio Montes, Carlos Leyton y Gonzalo Bedoya.

Entonces, lo importante para mi argumentación es que de este intento de regionalización lanzado por el gobierno de Alan García a finales de los ochenta, marca un cambio en la dinámica que habíamos visto hasta hoy en la historia peruana de las relaciones entre centro y periferia. Esta vez la reforma institucional no fortalece a ningún actor. O lo hace efímeramente, como mera fuerza electoral; es el último manotazo de unos partidos que, treinta años atrás, congregaron a las elites anti-oligárquicas. En este momento bisagra, conviven la nueva fragmentación con partidos políticos que todavía son electoralmente eficaces pero que no han conseguido solidificar su relación con nuevas masas incluídas al juego político. En la periferia ya no hay unas elites que puedan jugar ese liderazgo regional de apertura en el que se sumen distintos grupos sociales al bloque regional. Esto será muy claro cuando veamos la facilidad con la que Fujimori abolió todas las prerrogativas regionales en 1992. Al final de esta aventura, las supuestas nuevas elites regionales bien representadas por mi entrevistado Carlos Barrenechea, aceptan su incapacidad para dirigir las regiones,

“Estábamos contentos de que alguien se ocupase de la situación de las regiones.”<sup>285</sup>

La periferia había visto desertar o colapsar a sus elites terratenientes, las elites anti-oligárquicas no habían hecho política durante doce años, y cuando los partidos volvieron en los ochenta sus contactos con las bases se habían debilitado; la masa de nuevos ciudadanos sin acceso a instituciones sólidas y sin fuerza propia resultó difícil de organizar políticamente y varias de las regiones fueron presas de una escalada subversiva sin precedentes. Si no había elites políticas y económicas importantes, era difícil que alguien reclamara con decisión desde la periferia que no se les arrebatara lo que habían conseguido en la ley. De haber existido una elite interesada en ganar acceso al poder, el proceso de descentralización estaba servido para emprender vuelo. Porque las instituciones suelen *habilitar* o *activar* políticamente una fuerza que existe como expresión social. Pero no hubo un contingente con peso político y económico en la periferia que deseara o pudiera ser habilitado o activado. Si, como ya mostré más arriba, en los contextos de 1931, 1945 y 1963 la vuelta de la democracia “activó” a una

---

<sup>285</sup> Entrevista personal.

elite periférica y anti-oligárquica, al volver la democracia en los ochenta ya no hubo mucho que se activase. Varias décadas de despliegue de proyectos centralistas (aunados a la centralización efectiva del país, sobre todo, en términos demográficos y económicos) habían diezmado toda posibilidad de construir proyectos regionales.

Pero antes de analizar las medidas finales con las cuales Fujimori consolidó la centralización del país e inauguró una nueva forma de hacer política que prescinde de la periferia peruana, veamos el proceso de militarización sub-nacional que coadyuvó también al debilitamiento general de la periferia peruana, preparando desde lo sub-nacional el autoritarismo nacional.

### Sendero como última insurrección contra el centro y la consecuente militarización de la periferia.

La insurrección de SL y la reacción de las Fuerzas Armadas dieron lugar a dos cosas. En primer lugar, si bien Jo-Marie Burt tiene razón al afirmar que en el Perú la reconstrucción de capacidades estatales fue enemiga de la democratización del país, es menos certera al centrar su análisis únicamente en el periodo de gobierno de Fujimori (Burt 2004: 247). La readquisición de capacidades básicas estatales a partir del despliegue de la presencia militar en las regiones del país y su de-democratización sub-nacional había comenzado en los años ochenta. Fujimori consolidó a nivel nacional una situación de autoritarismo que silenciosamente se había desarrollado en la periferia; un régimen que, de facto, ya había dejado de ser democrático en muchas provincias. En segundo lugar, mostrar que este momento de guerra no solo prepara el golpe de Estado de 1992 sino que impone en la periferia una desmovilización casi absoluta de la sociedad civil y de las elites que hemos venido siguiendo. Producto de los golpes recibidos por SL y por las Fuerzas Armadas y la posterior auto-inhibición de actuar en un escenario como aquél, la gran mayoría de las organizaciones sociales de la periferia quedaron al margen de la vida pública. Una periferia desmovilizada es acaso el legado más perdurable de los años de la guerra y de los de pacificación autoritaria. Desmovilizada y sin organizaciones que vinculen a esa gran periferia. Esto es parte central en nuestra explicación respecto del contraste entre la periferia boliviana — bifurcada y movilizada y enfrentándose por el centro boliviano— y esta periferia

peruana que pronto será dominada por el centro. En síntesis, una periferia sin elite “por arriba” y desmovilizada “por abajo”.

Aunque se suele mencionar que el episodio peruano de guerra interna fue *sui generis* en el contexto latinoamericano (McClintock 1984; Palmer 1986; Stern 1999), algo que tuvo en común con otros casos, especialmente centroamericanos, fue la erosión del poder civil a nivel local y regional por causa de la guerra en sí y la penetración de mandos militares que reemplazaron a las autoridades políticas civiles en las zonas afectadas. Tal vez esta fuera una situación inevitable; no se hace aquí una evaluación moral o militar de aquella situación. Sin embargo, en muchas zonas del país se replicó una situación como la que describía este clérigo guatemalteco en una zona rural de aquel país en tiempos de la guerra:

“There is a mayor here, there are councillors, and there is a legal apparatus. But there is never any doubt that the army has precedence. No one who is elected here has authority over anyone in uniform.”<sup>286</sup>

Este proceso ocurrió también en el Perú. El avance de la guerra, del enfrentamiento entre SL y la Fuerzas Armadas, generaba que las incipientes fuerzas políticas civiles de la periferia elegidas en los ochenta luego de doce años de gobierno militar comenzaran a perderse en esa misma década. Aunque a nivel nacional el país era democrático con elecciones y autoridades justas y libremente elegidas, en el nivel sub-nacional el país fue, poco a poco, dejado en manos de autoridades uniformadas y no elegidas. Esta militarización de la vida periférica y su anverso (la desactivación de elites y organizaciones periféricas), afecta el resultado de las relaciones entre centro y periferia fundamentalmente en dos sentidos. En primer lugar, mantiene a la periferia sin vida democrática en una suerte de continuidad matizada del régimen abiertamente militar de 1968-1980. En segundo lugar, la militarización de la periferia genera que las poblaciones y organizaciones con reivindicaciones sociales, regionales, o étnicas deban postergarlas para tiempos mejores pues cualquier tipo de demanda frente al Estado central podía ser leída tanto desde SL como de las Fuerzas Armadas como una afrenta. La vida política civil quedó suspendida, los partidos que representaban los intereses anti-oligárquicos fueron acallados y la periferia quedó presa de una guerrilla liderada

---

<sup>286</sup> Citado en Tilly (1990: 212).

por parte de lo que aquí llamamos una elite periférica y marginal. Cuando unos años más tarde el Estado central derrota a la elite periférica y marginal, las elites anti-oligárquicas ya habían renunciado a su papel. No trato aquí de estudiar a SL (muchos trabajos abordan el tema)<sup>287</sup> sino las consecuencias que tuvo esta experiencia y la respuesta de las Fuerzas Armadas sobre la vida política de la periferia y cómo esto coadyuvó a que las trayectorias entre Bolivia y Perú se bifurcaran aún más de lo que venían haciéndolo.

Una de las particularidades fundamentales de PCP-SL para la vida política peruana era que se trataba por primera vez en la historia republicana de un partido político sin vinculación alguna con Lima.<sup>288</sup> Como advirtió prontamente Mauceri, mientras que la izquierda peruana había llevado a cabo su política al interior de los sindicatos vinculados a Lima, PCP-SL prefirió restringirse a la vida universitaria de la periferia (Mauceri 1989: 30). Además, su estrategia militar fue la de establecer un eje de sur a norte a lo largo de los Andes desde donde asediara a la costa en general y a Lima en particular (Smith 1992).<sup>289</sup> Era un vehículo político eminentemente periférico. Como lo mostré en el segundo capítulo, se creó en la provincia de Huamanga en Ayacucho en un ejemplo perfecto de elite periférica y marginal arropada por la extensión de los servicios estatales, en este caso, el de las universidades públicas. En su carácter radical y armado, PCP-SL fue el proyecto más decidido a acabar con las instituciones del Estado central peruano. Era la forma más exagerada de contestación de la periferia contra el centro. Ya no bajo la forma de hacendados, partidos o movimientos sociales sino en forma de terror. En este sentido, Palmer tuvo razón bastante temprano cuando advirtió que,

---

<sup>287</sup> Para PCP-SL ver, entre otros, McClintock 1984; Palmer 1986; Poole & Rénique 1992; Stern 1999; CVR 2003; Degregori 2011; Portocarrero 2012.

<sup>288</sup> Asumo que el PCP-SL era un partido político no electoral y anti-democrático que luego, a partir de 1980, además de ser un partido político, fue una organización armada en guerra contra el Estado peruano (SL).

<sup>289</sup> El propio Abimael Guzmán lo había afirmado en la llamada “entrevista del siglo” con *El Diario* en 1988: “El Nuevo Poder solamente lo desarrollamos en el campo, en las ciudades se dará en la parte final de la revolución.” *El Diario* 1988.

“The Sendero Luminoso movement is in some ways the most recent manifestations of a historic pattern in Peru of periodic organization at the periphery in opposition to the center.” Palmer (1986: 140).

Un segundo elemento particular de SL que tampoco ha sido suficientemente resaltado fue su carácter híbrido: rural pero no campesino. Fue un movimiento comandado por profesores universitarios, ninguno de los cuales hablaba quechua o alguna lengua vernácula y que reclutó a sus cuadros en las propias universidades y entre los profesores de escuela. Muchas de estas escuelas estaban en zonas rurales, pero estos profesores ya no eran campesinos. Así, SL se movía entre el campo y la ciudad, obligando a que las respuestas por parte de las Fuerzas Armadas se movieran también entre campo y ciudad impidiendo que el conflicto se encapsulara sino que asolará indeterminadamente zonas enteras del país. De ahí que en el Perú no se constituyesen nunca “zonas liberadas” como en Colombia o en algunos países centroamericanos.

Scott Palmer observó pronto que si bien SL tenía capacidad para arrasar poblados y ciudades, no tenía capacidad para controlarlos (Palmer 1986: 129). Esta sería una marca de la guerra interna peruana y que la hizo particularmente atroz para la población civil de la periferia peruana. Veamos un ejemplo significativo de la forma en que se desarrolló este enfrentamiento reseñado por la CVR:

“El 31 de mayo de 1987 un destacamento de 200 subversivos volvió a atacar el puesto policial de Uchiza y dejó un saldo de seis policías muertos; en marzo, habían vuelto a tomar Tocache. El 15 de julio se decretó el Estado de emergencia. El 17 de julio, en un impresionante operativo, las fuerzas combinadas de la policía, el Ejército y la Fuerza Aérea llegadas en helicópteros recuperaron la ciudad de Tocache. Tras la instalación de las fuerzas del orden, el PCP-SL abandonó su presencia abierta en la ciudad y se concentró en los espacios rurales.”

Una vez instaladas las Fuerzas Armadas las organizaciones locales y las autoridades elegidas pasaban a estar supeditadas a la autoridad militar. No se ha mostrado hasta ahora esta suerte de transición lenta y sub-nacional hacia el autoritarismo nacional. Durante la primera mitad de los ochenta y ante el avance de las acciones senderistas, el control interno del país fue pasando de las manos de la policía hacia la de los militares. Desde 1983 el gobierno del Presidente Fernando Belaunde había comenzado a declarar primero Estado de Emergencia y luego Zonas de Emergencia. Desde 1984, en los departamentos de Ayacucho y Pasco, ya había quedado claro que el Comando Militar a

cargo de las Zonas de Emergencia asumía competencias más allá de las restringidas a la lucha anti-subversiva. De hecho, el militar encargado de las zonas de Emergencia fue denominado Comando Político Militar, cuyo mero nombre ya evidencia el tipo de funciones que asumía. Por ejemplo, en 1984 el jefe del Comando Político Militar de la Zona de Emergencia de Ayacucho emitió una directiva para reasignar el presupuesto del departamento para que estos fueran destinados a la población campesina que venía sufriendo el embate del terrorismo.<sup>290</sup> Estos actos de las autoridades militares tomando prerrogativas de las autoridades civiles se multiplicaron sin que estuvieran contemplados por la ley. No fue hasta 1985 que esta situación fue regulada, consolidando lo que ya venía sucediendo de facto. A través de la Ley No. 24150, el Presidente Fernando Belaúnde finalmente reguló las atribuciones de estos Comandos Políticos Militares en las Zonas de Emergencia. Entre otras disposiciones la norma le atribuía a dichos comandos la «potestad de solicitar el cese, nombramiento o traslado de las autoridades...» e impedía que la justicia civil pudiese procesar militares y policías los cuales quedaban absolutamente circunscritos al Código de Justicia Militar.<sup>291</sup>

Con esta disposición, como es evidente, varios principios básicos de la democracia nacional quedaban socavados, y a nivel sub-nacional suprimidos. Las autoridades civiles elegidas ya no solo quedaban en inferioridad de condiciones frente a las militares por las veleidades propias de la guerra interna, sino que ahora eran también constitucionalmente removibles de sus cargos por los Comandos Político Militares. Y, en segundo lugar, al impedir que el fuero civil pudiera procesar a los militares y policías desplegados en zonas de emergencia, el régimen democrático renunciaba a su capacidad de control sobre las Fuerzas Armadas. Esto llevó a que mucha de la periferia peruana quedase atrapada en este doble movimiento: arrasada por SL y controlada luego por las Fuerzas Armadas. En el centro de la disputa, la población civil, en especial los partidos políticos, sus elites y sus organizaciones cada vez más débiles.

---

<sup>290</sup> Directiva N° 001-SAS/SZSN «E», el 27 de abril de 1984. Fuente CVR 2003.

<sup>291</sup> CVR 2003.

Entre 1989 y 1992 cerca de dos tercios del Perú llegaron a ser declarados en Estado de Emergencia. Al menos el 40% de la población vivía bajo estos estados de excepción. Si retiramos de los cálculos a Lima que nunca fue una zona de emergencia (aunque se declarasen esporádicos “estados de emergencia”) el porcentaje de población de la periferia peruana que vivió sin las garantías e instituciones propias de la democracia se multiplica por dos. En el Anexo 4 se encuentra la evolución de todas las declaratorias de estados de emergencia y zonas de emergencia en el Perú donde se puede ver cómo esta situación de excepción fue desplegándose sobre el territorio.

Ahora bien, si la descripción agregada del panorama a nivel nacional es un indicador muy efectivo para ver cómo la periferia y lo que quedaba de sus elites democráticas fueron debilitadas por la guerra, al observar algunos casos puntuales obtenemos una mejor impresión de lo que venía sucediendo a nivel micro. En 1987 las muertes producto de la guerra interna fueron en promedio dos diarias; en 1989 aumentaron a 8,8 y en 1990 a 9,4. En julio de 1989, 656 alcaldes y/o concejeros municipales fueron asesinados o dejaron sus cargos ante amenazas.<sup>292</sup> No es una casualidad que el pico de la violencia política se diera en 1989. Aquel año hubo elecciones municipales y las primeras elecciones regionales en todo el país y SL desplegó toda su violencia contra la sociedad política. Solamente en el caso del APRA los dirigentes muertos durante la guerra fueron alrededor de 1 000.<sup>293</sup> Jo- Marie Burt (2009) ha sugerido con justicia que un sentimiento de pánico a ser identificado como terrorista se apoderó de la sociedad civil y de las organizaciones populares que podían haber sido anti-fujimoristas. Sin embargo, este proceso de temor comenzó antes del gobierno autoritario de Fujimori, a nivel sub-nacional ese temor estaba presente, no solo previamente al autogolpe de Fujimori en 1992 sino, incluso, desde antes de su elección como Presidente en 1990. El miedo no era ser identificado como anti-fujimorista, sino ser identificado como terrorista y, por tanto, traidor a la patria.

En Arequipa, el profesor universitario Héctor Lozada Ballón, afirma que “la izquierda tenía miedo de ser identificada como Sendero.”<sup>294</sup> Especialmente en el ámbito universitario, donde la presencia de SL era numerosa y más evidente, la política

---

<sup>292</sup> Estos datos provienen de Burt 2004.

<sup>293</sup> Entrevista personal con Víctor López Orihuela, secretario de organización del APRA.

<sup>294</sup> Entrevista personal, agosto 2011.

universitaria quedaba casi suprimida para quienes no eran senderistas pues el riesgo de que sus reivindicaciones fueran leídas como subversivas era demasiado alto. Todo el mundo había oído el “análisis-advertencia” del General Clemente Noel, máximo encargado de la lucha anti-subversiva,

“Es muy difícil señalar que sólo Sendero está actuando o si es una cooperación de toda la izquierda por más que digan que unos son de línea electoral y otra de línea violenta, porque todos son culpables de la oposición irresponsable que se hace al gobierno.”<sup>295</sup>

Y claro, la izquierda también había oído a Abimael Guzmán:

“Aquí la derecha es subsidiaria, nuestro problema no es con ellos [...] el problema es la izquierda porque ésta es el partido, la sal de la tierra, el árbol vivo...”<sup>296</sup>

Con un tercio del país en situación de emergencia, con unas Fuerzas Armadas que abiertamente afirman no distinguir entre SL y la izquierda legal, con SL asegurando que su problema principal no es con la derecha sino con la izquierda legal, con una izquierda legal que no era enfática contra a SL (Hinojosa 1999) y con SL eliminando todo poder social que no le estuviera supeditado, los años de la guerra prepararon la posibilidad de centralizar el poder sin que la periferia pudiera contrarrestar en manera alguna el movimiento. El movimiento campesino peruano que había llegado a tener una gran capacidad de movilización durante los años setenta primero a través de la CCP y luego a través de la corporatista CNA (Roberts 1998) terminó golpeado por la guerra y por la fragmentación de las formas colectivas de propiedad de la tierra que había impuesto el gobierno militar. A fines de los ochenta, el campo peruano se atomizó, las cooperativas y Sociedades Agrícolas fueron tasajeadas por los propios campesinos dando lugar a un mundo rural inundado de minifundios que aseguraban la pobreza de cada campesino y su debilidad frente a cualquier organización (terrorista o estatal) (Mayer 2009: 206; Yashar 2005: 233). La debilitada CCP se convirtió en uno de los objetivos principales para SL (Albó 2004: 23) que aterrorizó a los campesinos peruanos con diferentes acciones, obligándolos a no vender sus productos como estrategia para “hambrear la ciudad” (Cueto y Contreras 2004: 358). Las matanzas de

<sup>295</sup> El general Noel en una entrevista para *Actualidad Militar*, 1983, citado en Mauceri 1989.

<sup>296</sup> Abimael Guzmán citado en Rénique (2004:248).

campesinos fueron justificadas como parte de la política senderista, por ejemplo tras la matanza del poblado de Lucanamarca:

“Fue la propia Dirección Central la que planificó la acción y dispuso las cosas [matanza de Lucanamarca], así ha sido. Ahí lo principal es que les dimos un golpe contundente y los sofrenamos y entendieron que estaban con otro tipo de combatientes del pueblo, que no éramos los que ellos antes habían combatido, eso es lo que entendieron; el exceso es el aspecto negativo.” (Abimael Guzmán 1988).

Con el paso del tiempo, la insania senderista y un progresivo cambio en el tipo de acercamiento de las Fuerzas Armadas a la periferia peruana, acercó a campesinos y fuerzas del orden. Las llamadas “rondas campesinas” fueron la manifestación más clara de esto.<sup>297</sup> La periferia campesina que alguna vez estuvo organizada desde sindicatos, se organiza ahora desde la defensa militar en una alianza con las Fuerzas Armadas que parece cerrar una relación que desde los setenta “se vuelve más jerárquica, dejando al campesinado con cada vez menor capacidad de maniobra política en la medida en que lo hace más dependiente del Estado, allí donde antes el Estado dependió de los campesinos” (Méndez 2009: 581). A inicios de los años noventa al menos un cuarto de millón de personas forma parte de estas más de 4 000 milicias rurales auspiciadas por las Fuerzas Armadas (Klarén 2005: 495; Roberts & Peceny 1997: 203). A la postre, estas rondas fueron parte esencial en la derrota de SL. Pero también de la militarización de la periferia y del debilitamiento de la vida civil. En 1994, dos años después de la captura de Abimael Guzmán y uno después de la rendición de SL, todavía la mitad de la población peruana vivía en una “zona de emergencia” (Roberts & Peceny 1997).

Con esta sección no he tratado de interpretar la guerra en el Perú, hay muy buenos trabajos que ya lo han realizado. Lo que he tratado es mostrar la forma en que el episodio de la guerra interna refuerza este movimiento de debilitamiento de la periferia política en el Perú, a favor de un centro con vocación de robustez. En definitiva, cuando nos acercamos a inicios de los noventa ya no queda nada del hacendado; queda poco de unos partidos partidos que habían representado a nivel nacional a la elite periférica y anti-oligárquica pues estos han perdido contacto con la sociedad, han gobernado desastrosamente durante los ochenta y no han conseguido encauzar la participación de cientos de miles de indígenas incorporados tardíamente a

---

<sup>297</sup> Para las rondas campesinas ver Degregori & Coronel 1996.

la vida pública. Entonces, la periferia queda vaciada de elites importantes, con ciudadanos cada vez más iguales pero sin ser encauzados en partidos o corporaciones; el campo queda dividido en miles parcelitas y la vida política en buena parte de la periferia entregada a las Fuerzas Armadas, al brazo armado de la centralización administrativa. La periferia peruana se va pareciendo cada vez más al saco de papas de Marx. Engullirla toda ya no era tarea tan complicada. El gobierno autoritario de Alberto Fujimori que se inaugura en abril de 1992 con el autogolpe y una alianza explícita de gobierno con las Fuerzas Armadas es el paso último y de nivel nacional de un proceso de asalto a la periferia por parte del Estado central que se gestaba en los niveles sub-nacionales.

#### 1992-1995 y la centralización definitiva

El 28 de julio de 1990, Fujimori asumió la Presidencia de la República en una ceremonia donde nadie presagiaba el rumbo que tomaría el Perú a lo largo de la década que se estrenaba. Sin embargo, al menos un indicio certero del futuro estuvo presente en la ceremonia: a ella no fueron invitados los presidentes regionales que habían sido elegidos en 1989.<sup>298</sup> El gobierno de Fujimori fue el movimiento final de una trayectoria de consolidación de un centro político *vis-à-vis* la periferia peruana. Institucionalmente ella quedó desprovista de las instancias que le permitían algún tipo de existencia. Y nadie en la periferia defendió sus fueros. Si a Fujimori le fue fácil conseguirlo es porque su movimiento no se explica sin la larga trayectoria que hemos mostrado hasta aquí. El Estado central despliega unas nuevas instituciones que permiten enmarcar a una población periférica pobre y abundante, fue el apogeo del asistencialismo. Políticamente, la competencia por el poder se vuelve un asunto limeño. Desaparecen las viejas elites periféricas y los nuevos políticos provincianos reconocen que el futuro está en Lima y las instituciones centrales. Lo que queda de elite periférica, intelectuales, técnicos, profesionales interesados por el desarrollo regional también parten a Lima a trabajar con la cooperación internacional o como mando medio de un

---

<sup>298</sup> No tengo espacio aquí para abundar en las características del Fujimorato. Para una sistematización de la literatura general ver Vergara 2010.

ministerio.<sup>299</sup> Y, finalmente, hasta 1999 no se desactivan las zonas de emergencia en la mitad del país, una permanencia anormal para un país que ya no estaba en guerra: lo que Iván Hinojosa llama bien la “contra-insurgencia sin insurgencia”.<sup>300</sup> Aquí se clausura la posibilidad de tener una periferia peruana con reivindicaciones fuertes respecto del centro, se clausura la posibilidad de un cleavage territorial en el mismo momento en que Bolivia lo va a estrenar.

### *Cambios institucionales tras el golpe de Estado*

Si Velasco eliminó a finales de los sesenta las novedosas elecciones municipales que Fernando Belaunde había puesto en marcha, Fujimori hizo lo propio con el proceso de descentralización que Alan García había inaugurado a fin de los ochenta. Carlos Contreras (2004: 275) está en lo correcto al señalar que, analíticamente, centralismo y autoritarismo son cosas distintas; sin embargo, no se puede negar que, empíricamente, en la historia del Perú estuvieron bastante conectados. Los tiempos democráticos tendieron a la descentralización y los autoritarios a re-centralizar. El golpe de Estado efectuado por Alberto Fujimori y las Fuerzas Armadas no fue la excepción. El 5 de abril de 1992 Alberto Fujimori le anunció a los peruanos que “disolvía” la mayoría de instituciones democráticas (Congreso y Poder Judicial incluidos) que suprimía los gobiernos regionales elegidos en 1989 y que el país entraba en una etapa de emergencia y reconstrucción nacional.<sup>301</sup> El quiebre de la democracia fue también el quiebre del intento descentralista.<sup>302</sup>

Más que una revisión de lo que este quiebre del régimen democrático generó para el país, lo que importa aquí es lo que la centralización de este régimen trajo para la periferia peruana y los legados que ha dejado, dando lugar a que la emergencia de un cleavage territorial entre centro y periferia sea muy difícil en el Perú. Estas políticas pueden dividirse en dos. De un lado, las reformas institucionales que perjudicaron la representación de intereses periféricos al fortalecer las instituciones centrales y, de otro

---

<sup>299</sup> Esta aparece en mis entrevistas con Carlos Barrenechea, Inés Fernández Baca, Carlos Chevarría, quienes aseguran que otros miembros de la elite sureña en los noventa debieron migrar a Lima.

<sup>300</sup> Entrevista personal con Iván Hinojosa.

<sup>301</sup> Para el autogolpe de Fujimori ver Cameron 1998; Kenney 2004; Murakami (2007: 243-319).

<sup>302</sup> Ver Planas (1998: 565-567).

lado, la dinámica de la competencia política que fue anulando a las regiones y encubriendo una arena pública nacional fundamentalmente limeña.

Las reformas institucionales del gobierno de Fujimori en detrimento de los gobiernos regionales comenzaron pronto.<sup>303</sup> En primer lugar, dejó sin efecto las rentas que eran percibidas por las regiones, en especial eliminó el impuesto selectivo al consumo. Poco tiempo después dejó de convocar al Consejo Presidencial de Coordinación Regional en el cual debían reunirse los líderes de las 11 regiones del Perú con el Presidente de la República. Al mismo tiempo, Fujimori comenzó a referirse a estos gobiernos regionales en el mismo tono con el que maltrataba a la “partidocracia” y el “circongreso” de ámbito nacional. Además, desde un inicio el gobierno priorizó mantener una relación fluida con las casi 2 000 municipalidades distritales del Perú que le aseguraban un manejo más directo y las subordinaba con menos costos. “El enfrentamiento de los gobiernos regionales con el nacional fue permanente [...] El gobierno nacional nos enfrentaba con los gobiernos locales”.<sup>304</sup>

Finalmente, el 5 de abril de 1992, al igual que el resto de instituciones democráticas, los gobiernos regionales fueron disueltos. Aunque los presidentes regionales se reunieron tres veces a reclamar lo que por ley era de ellos, nadie en el gobierno les hizo caso y, lo que es peor, ningún actor social de la periferia salió a defender sus fueros. Nadie dijo esta piedra es mía. En realidad, solo protestaron los viejos individuos que alguna vez habían sido elite periférica y anti-oligárquica, así lo recuerda Lozada Ballón:

“Solo protestaron las personas que habían estado vinculadas a la Democracia Cristiana, como Chávez Belaúnde. Ellos representaban toda Arequipa en Lima, pero en Arequipa nadie dijo nada.”<sup>305</sup>

Y en la Asamblea Regional de la Región Inca, en el Cusco:

“¡El 5 de abril la gente aplaudió como focas! Todo el mundo sentía que la cuestión regional era inmanejable. Era inmanejable por el país que se descomponía de manera general, pero también por la fórmula asambleísta que se había adoptado donde la

---

<sup>303</sup> Para la relación de Fujimori y las regiones me baso en mi entrevista con Adolfo Saloma y en Zas Friz 1998; Planas 1998; Caravedo 1992.

<sup>304</sup> Entrevista personal con Adolfo Saloma, Presidente de la Región Inca (1989-1992) y del Consejo de Presidente Regionales del Perú (1990-1992)

<sup>305</sup> Entrevista personal con Lozada Ballón.

Asamblea estaba compuesta por un tercio que eran alcaldes, un tercio electos y un tercio de las organizaciones de la sociedad civil.”<sup>306</sup>

Nada podría probar mejor lo que ha sucedido a lo largo de la trayectoria en estudio. La periferia peruana, y la periferia sur en particular que era la única donde podía haber germinado un proyecto político regional acepta y hasta aplaude (¡en el Cusco!) la eliminación de los fueros regionales y la desaparición todo rasgo de autonomía. El gobierno de Fujimori se impone sobre una periferia que lleva décadas de debilitamiento. Si se ha privilegiado muchas perspectivas para determinar las causas del autogolpe de Fujimori, una de las ausencias más notables ha sido subrayar que este autoritarismo centralista no debió enfrentar ningún desafío desde la periferia del país.<sup>307</sup>

Si el golpe de Estado dejó a la periferia sin mecanismos de auto-gobierno, pronto le arrebataría también la representación en el Congreso nacional. El Congreso peruano hasta 1992 poseía dos cámaras para 240 congresistas en total. La Cámara de Senadores elegida en un distrito electoral nacional y único (60 senadores) y la de los diputados en que los representantes eran elegidos en circunscripciones departamentales que aseguraban la representación de intereses de naturaleza territorial (180 diputados). Tras el golpe de Estado de 1992 este tipo de representación bicameral desapareció y no reaparecería nunca más en el país. Luego de vivir en Estado de excepción y gobernar a través de decretos durante ocho meses el gobierno convocó a elecciones para elegir un Congreso Constituyente Democrático (CCD) que habría de redactar una nueva constitución para el Perú. Este CCD conformado por 120 constituyentes fue elegido en un único distrito electoral sin que ya las regiones del Perú tuvieran algún tipo de representación. Como veremos en la sección sobre las mutaciones espaciales que iba sufriendo el país, el peso demográfico enorme que Lima había conseguido impedía que las provincias pudieran tener algún tipo de representación ahí. Al entrevistar a los constituyentes del CCD de 1993 de origen arequipeño queda claro que la cuestión regional fue totalmente evacuada de aquella institución y de dichos parlamentarios. Uno afirma:

---

<sup>306</sup> Entrevista personal con Carlos Barrenechea.

<sup>307</sup> Este argumento lo expongo en Vergara 2012.

“En la constituyente de Fujimori, los arequipeños éramos pocos y ni contábamos ni pintábamos.”<sup>308</sup>

Ya que el CCD careció de una representación periférica importante no es una paradoja que el diseño del poder legislativo que éste adoptó para el futuro reprodujese esa carencia. La nueva constitución estableció que el Congreso peruano sería una instancia unicameral elegida a través de un distrito electoral único y nacional. Además, el número de congresistas se reducía la mitad respecto de los que albergaba el Poder Legislativo previo al golpe de Estado. De esta manera, la representación territorial quedó abolida y la política peruana adquirió un carácter limeño pues el número reducido de congresistas y el hecho de que los departamentos del Perú no tuvieran suficiente población dio lugar a que fuera muy difícil para estos elegir congresistas locales frente al peso demográfico de Lima.

El distrito electoral único alentó a que los candidatos a congresistas (y los congresistas una vez elegidos) focalizaran su trabajo en Lima. En palabras de un estudio sobre el Parlamento en tiempos de Fujimori:

“Ante un sistema que vuelve a imponer el distrito electoral único, la representación nacional se aleja de las representaciones territoriales. La clase política se limeñiza más y se tecnocratiza. Antes que ser intermediarios de demandas regionales o sociales específicas, o representantes políticos nacionales, los parlamentarios son, sobre todo, “hombres y mujeres del Presidente” (alguno se definió como “soldado de Fujimori”)” (Degregori & Meléndez 2007: 64).

Es importante recordar que todo lo contrario sucedía en Bolivia. Ahí, los parlamentarios cruceños, sin importar su adscripción partidaria, respondían a los intereses de Santa Cruz y a las organizaciones civiles de dicho departamento. Nada similar sucede en el Perú donde los pocos parlamentarios de origen provinciano simplemente dejan caer sus relaciones con la provincia. Los pocos parlamentarios de provincias debían focalizar su trabajo en Lima si pretendían ser reelegidos. Sin embargo, peor que esta disminución (si no desaparición) de los intereses periféricos en el legislativo peruano, fue que esta nueva generación de legisladores ya no poseía perfil propio. En este nuevo parlamento los partidos tradicionales que alguna vez habían

---

<sup>308</sup> Entrevista personal con Carpio Muñoz. En el mismo sentido, entrevista personal con Reynaldo Roberts, también constituyente de origen arequipeño quien hoy con algo de arrepentimiento acepta que debieron tener algo más de conciencia regional en aquella circunstancia.

movilizado a las elites oligárquicas y anti-oligárquicas habían desaparecido. No es el espacio aquí para abundar en el colapso del sistema de partidos peruano, pero una dimensión fundamental de este colapso es que con él se derrumbó también la posibilidad de vincular regiones y centro mediante instituciones liberales. Como hemos visto, en las elecciones regionales de 1989 los partidos políticos tradicionales todavía dominaron las elecciones a nivel sub-nacional en el Perú. El fujimorismo parlamentario durante los noventa posee muchos provincianos pero ya no son elite ni tienen proyectos regionales. En realidad, por primera vez en esta trayectoria larga de debilitamiento de la periferia peruana, ella no es más que un convidado de piedra del proceso político. En algún sentido, Fujimori y su gobierno permitieron la emergencia de muchos provincianos parlamentarios con la condición de que, justamente, no se comportasen como provincianos. Para citar nuevamente el excelente trabajo de Degregori & Meléndez (2007), el fujimorismo parlamentario,

“[...] termina con una alta presencia provinciana, ya no compuesta por caciques, *mistis* o señores de club departamental, ni tampoco por dirigentes sociales o intelectuales radicales, sino por profesionales y medianos empresarios, que encuentran en el fujimorismo su “otro sendero” político” (Degregori & Meléndez 2007: 90)

En la práctica, este nuevo legislativo debilitado, ya sin partidos, unicameral, sin representación territorial y de solo 120 congresistas fue manifestación de algo más grande e importante: la preeminencia del Poder Ejecutivo y el Estado central sobre la vida política peruana. El 86% de normas con rango de ley aprobadas entre 1993 y 1995 se originaron en el Poder Ejecutivo.<sup>309</sup> Germina en estos años el convencimiento de que para gobernar el país no hacen falta partidos políticos, que apenas si hace falta una bancada que asegure cierta estabilidad en el Congreso.

Entonces, el fujimorismo encuentra una periferia política debilitada a la que reduce sin dificultad; periferia que para todo efecto práctico, desaparece de la vida política al ver eliminadas las instancias institucionales que le permitían estar representadas en la vida pública. Es el fin de la política del siglo XX y sus elites periféricas oligárquicas o anti-oligárquicas articuladas en partidos políticos con representación en las regiones y en las instancias nacionales como representación

---

<sup>309</sup> Degregori & Meléndez (2007:62)

territorial. Pero no es solo el fin de la política periférica tal como la conocimos durante el siglo XX, también marca la radicalización de una forma centralista de gobernar que tiene por mejor aliado a la fragmentación política y social. El mejor ejemplo de una política destinada a gobernar sobre la fragmentación es la política del gobierno de Alberto Fujimori respecto de las alcaldías del Perú. Luego de haber enfrentado a los gobiernos regionales con los municipios, Fujimori enfrentó a las municipalidades provinciales (190) con las distritales (1900). Puesto que sus principales opositores habían sido los alcaldes de la provincia de Lima (dos políticos “independientes”; Ricardo Belmont en la primera mitad de los noventa y Alberto Andrade en la segunda), el gobierno decidió debilitar a las alcaldías provinciales y favorecer a las distritales. El gobierno asumió una posición que favorecía a una miríada de gobiernos locales de nivel distrital. La administración central retiró una serie de fondos semi-autónomos que tenían tanto los gobiernos regionales como alcaldías provinciales para luego aumentar los fondos de las municipalidades distritales pero ya no como recurso propio sino como uno enteramente dependiente del gobierno central.<sup>310</sup> Todas estas medidas consiguieron atomizar en extremo la vida política del país y hacerla dependiente del gobierno central. De esta manera, además de las dificultades para agregar intereses periféricos a través de partidos nacionales cada vez más débiles, las instituciones administrativas fueron empequeñecidas. Se desplegó un mar de islitas dependientes de la ayuda de un gobierno central cada vez más robusto.

Entre 1992 y 1994 el gobierno de Fujimori consiguió la derrota final de SL. En septiembre de 1992 Abimael Guzmán fue capturado con su mujer y segunda en importancia en SL, María Elena Iparraguirre. A partir de ahí para SL fue la *déringolade*. En 1993, en las vísperas del referéndum que debía aprobar la Constitución de 1993, Abimael Guzmán y la cúpula fujimorista firmaron unas cartas de rendición absoluta frente al Estado y dieron el último empujón de popularidad que Fujimori necesitaba para aprobar su Constitución. Su derrota implicó también la desmovilización de la periferia peruana. Mientras en Bolivia y Ecuador las agrupaciones indigenistas habían fraguado su futura fortaleza en los años ochenta y

---

<sup>310</sup> Para lo relativo al diseño institucional municipal en el Perú contemporáneo ver Muñoz 2005. Para lo reseñado en este párrafo: Muñoz (2005: 47-8).

noventa, en el Perú SL había asesinado a los aspirantes a crear movimientos semejantes (Van Cott 2005: 152). Y, además, la periferia bajo control militar, la organización campesina desbaratada y buena parte de ella reorganizada bajo forma de milicia rural tutelada por las Fuerzas Armadas.

La dimensión institucional más evidente de esta desmovilización de la periferia se dio en aquel espacio que permitió la emergencia de la elite periférica y marginal: las universidades públicas. Una de las medidas principales tras el golpe de Estado de 1992 fue la intervención de las Fuerzas Armadas en ellas. La autonomía universitaria fue decapitada en nombre de la seguridad. El último refugio de la radical elite periférica y marginal es también infiltrado y dominado por el gobierno central y las Fuerzas Armadas. Al menos 5 500 senderistas se plegaron a los arrepentimientos voluntarios (Klarén 2005: 500). En palabra de Rénique, “la trinchera luminosa apagada para siempre” (Rénique 2003: 91).

La desmovilización de la periferia peruana y el control por parte del Estado se completa con los programas asistencialistas puestos en marcha en la década de los noventa. Durante los años ochenta, la crisis económica y la pauperización de la vida social habían llevado a los pobres peruanos a organizarse alrededor de organizaciones de autosubsistencia como el Programa del Vaso de Leche ligado a la Municipalidad de Lima y los comedores populares vinculados a las organizaciones de la iglesia. Durante los noventa, con la llegada del programa de ajuste económico se tuvo que implementar soluciones populistas a problemas neoliberales (Dresser 1992) o, como escribió Kurt Weyland con elegancia, lo que la mano invisible del mercado te quitaba, la mano visible del Estado te lo devolvería (Weyland 1999). Fue así como el Estado desplegó enormes programas de asistencia social aprovechando el dinero fresco que había entrado al país por múltiples privatizaciones.<sup>311</sup> Estos programas buscan tanto aliviar las penurias de los más pobres del país como encauzarlos en una estructura de dependencia frente al Estado. Los programas asistencialistas de Fujimori deliberadamente boicotearon las organizaciones de subsistencia como los “comedores populares” y todos aquellos que dependían de otras instancias como municipios e Iglesias (Burt 2004: 264). La creación o fortalecimiento de distintas dependencias

---

<sup>311</sup> Para el asistencialismo en la época de Fujimori ver Roberts 1995; Kay 1996 y Schady 2000.

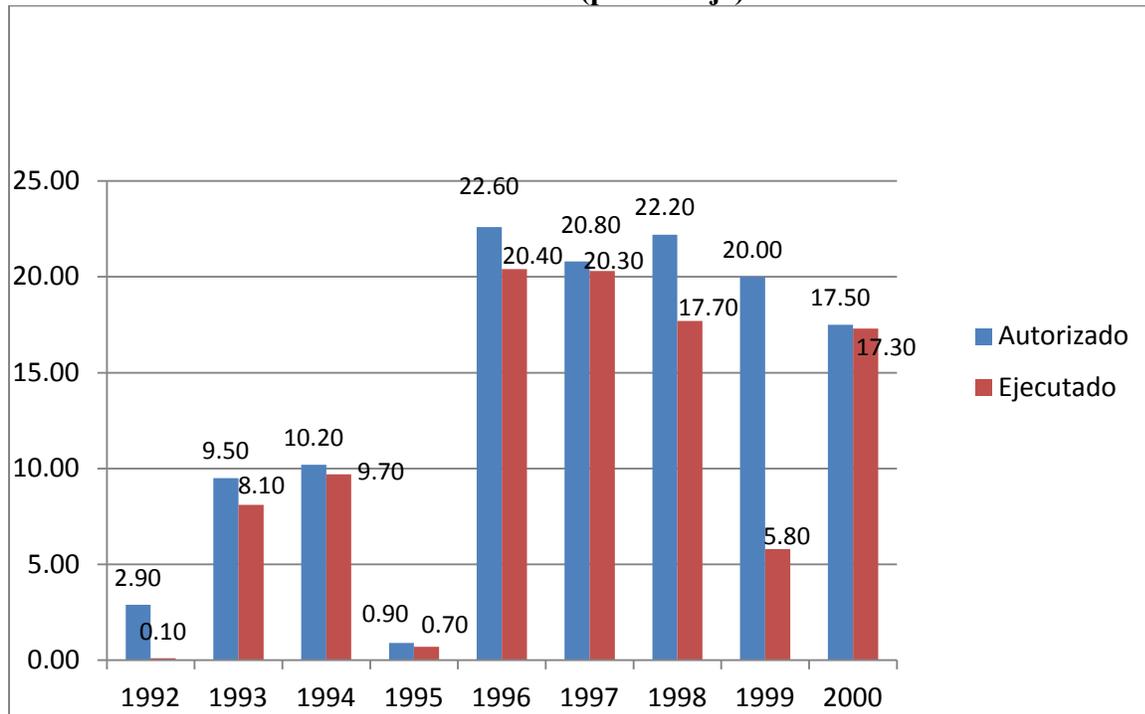
estatales (como el Fondo Nacional de Compensación para el Desarrollo, FONCODES, el Fondo Nacional de Vivienda, FONAVI, o el Programa Nacional de Asistencia Alimentaria, PRONAA) se convirtió en la punta de lanza de una política de clientelismo enfocada en consolidar la popularidad de Alberto Fujimori entre los más pobres del país y así asegurar los resultados electorales que el régimen necesitó a lo largo de la década de los noventa. Este manto de asistencia social desde el Estado consiguió efectivamente encuadrar a millones de personas cuya vida se había pauperizado durante los ochenta y que ahora le debía su supervivencia al Estado central. Políticamente, estas medidas y organizaciones vincularon a vastos sectores sociales del país que se habían incorporado a la vida pública del país en los ochenta pero que no habían conseguido vincularse con los partidos tradicionales; vale decir, la población más rural y pobre que había votado por primera vez en 1980 y que había sido diezmada por una década de guerra. Esta población aunque incorporada a la vida electoral del país no tuvo un espacio institucional en el cual incluirse. Su incorporación fue muy tardía para que los partidos y las elites anti-oligárquicas pudieran ofrecerles un paraguas institucional. Se les incorporó en el mismo momento que las instituciones representativas entraban en un declive severo. No es una sorpresa que fueran los departamentos donde había mayor cantidad de incorporados los mismos espacios donde la administración fujimorista invirtiese mayor cantidad de recursos para cubrirlos bajo el manto del Estado asistencialista. Los cinco departamentos donde la incorporación fue más importante (Apurímac, Huancavelica, Ayacucho Cusco, Puno) fueron, a su vez, los cinco departamentos donde el Estado central desplegó con mayor énfasis el apoyo.<sup>312</sup> Este despliegue del Estado central se cierra con las Fuerzas Armadas cumpliendo, especialmente en la Sierra, el papel de partido político del gobierno de Alberto Fujimori. A cambio, las Fuerzas Armadas se llevan el 32% del presupuesto del Estado (contra, por ejemplo, 13% del Sector Educación) y el presupuesto del Servicio de Inteligencia Nacional del máximo asesor de Alberto Fujimori, Vladimiro Montesinos, era en el año 2000 cincuenta veces más grande que en 1990 (Mauceri 2004: 157). Finalmente, el proceso por el cual el nuevo Estado autoritario fue convirtiéndose en el centro de la vida política peruana queda bastante

---

<sup>312</sup> Ver el cuadro con las cifras de incorporación de 1980, *supra*.

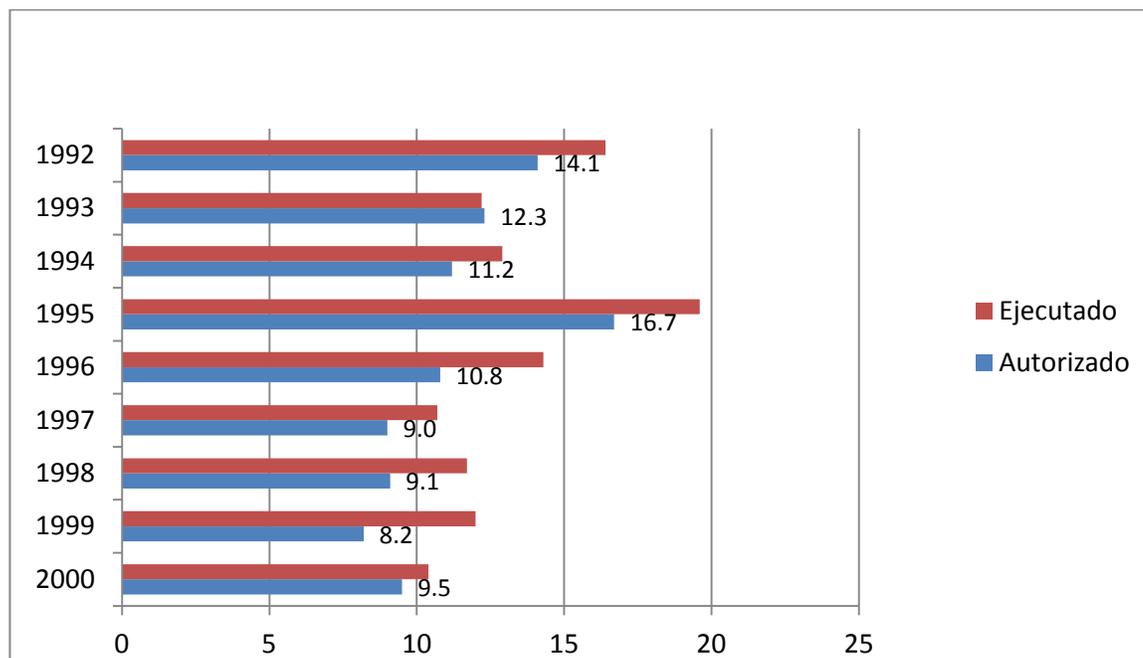
bien ilustrado en los presupuestos del país. En los dos siguientes gráficos se aprecia la manera en que las Fuerzas Armadas y el Ministerio de la Presidencia, las instituciones que aseguraban este control sobre la sociedad, acapararon los recursos estatales.

**Gráfico 21. Presupuesto General de la República asignado al Ministerio de la Presidencia (porcentaje)**



Fuente: Webb y Fernández (2001: 1141). Elaboración propia.

**Gráfico 22. Presupuesto General de la República asignado al Ministerio de Defensa (porcentaje)**



Fuente: Webb y Fernández (2001). Elaboración propia.

En las elecciones presidenciales de 1995, ninguno de los partidos tradicionalmente anti-oligárquicos del Perú obtuvo el 5% de votos. Es más, la suma del voto de todos ellos tampoco llegó al 5%. Los partidos que alguna vez fueron el vínculo entre las elites periféricas peruanas y el centro desaparecieron. La periferia debilitada terminó de perder las instancias institucionales que le permitían existir. En lugar de ellas llegó el Estado con sus programas asistencialistas y unas Fuerzas Armadas que se negaron a dejar el poder a los civiles: solo en 1999, siete años después de la captura de Abimael Guzmán y seis después de la rendición de SL, se dismantelaron las “zonas de emergencia”. Triunfa sobre la sociedad un régimen militarizado que, sin ser una dictadura abierta, es un autoritarismo casi independizado de la sociedad, la cual carece de canales hacia él y que, además, pareciera estar, si no contenta, al menos tranquila con este sistema de delegación. Fujimori pudo imponerse sobre la sociedad peruana (y sobre la periferia en particular) porque ésta venía debilitándose en una larga trayectoria como ya he mostrado. Pero Fujimori pronto entendió que una forma de gobernar — ¿el nacimiento de un tipo un régimen?— y ser exitoso pasaba por mantener a la sociedad

en ese estado de contemplación lejana, de no involucramiento. El legado más importante de la década fujimorista es esta sociedad desmovilizada, es una periferia con miedo de ser identificada como “terruca” o “roja” sin ningún tipo de partido estable que pueda permitirle vincularse con el centro y con una densidad socio-política bastante frágil. En dos palabras: una sociedad débil. Mauceri (2004) tiene razón cuando afirma que los militares no solo se imponen sobre la sociedad, también la penetran, la militarizan no solo en forma de rondas de auto-defensa, sino como una idea y unos hábitos: la sociedad virtuosa es inmóvil.

Terminemos con nuestras elites. Este periodo cierra la larga trayectoria peruana. Establece unos legados opuestos a los bolivianos y revertirlos será poco probable. La mejor imagen de esta nueva situación política en que la periferia peruana queda vaciada de elites frente a un poder central que la termina de dominar ocurre en la sala del Servicio de Inteligencia Nacional (SIN) donde Vladimiro Montesinos, el asesor de Alberto Fujimori, montó todo un sistema de corrupción para asegurar el poder del gobierno central que encabezaba Fujimori. Tres encuentros en esa sala que el propio Montesinos registró en video como arma de chantaje son el mejor ejemplo del largo proceso que se selló durante el gobierno de Alberto Fujimori. En el primer encuentro Vladimiro Montesinos se reúne con Agustín Mantilla, líder aprista, ex-parlamentario y ex- Ministro del Interior de Alan García en los años ochenta. En la conversación Mantilla le habla de la situación extremadamente precaria del APRA de cara a la elección de 2000, carecen de recursos por lo cual Vladimiro Montesinos le entrega 30 mil dólares (aunque en la conversación le promete hasta 100 mil dólares) para que el APRA pueda hacer campaña. A cambio, ambos se comprometen a impedir que los apristas “irracionales” (o sea, los opositores a Fujimori) y que quienes ingresen al legislativo sean aquellos que en situaciones cruciales serían aliados del fujimorismo.<sup>313</sup> Un segundo y revelador encuentro es el de Montesinos con Luis Cáceres Velásquez, fundador en los años cincuenta del FRENATRACA del cual hablamos en el segundo capítulo como manifestación política anti-oligárquica de una nueva clase media sureña muy influyente en esa región del país. Cáceres Velásquez había sido elegido como congresista opositor al fujimorismo, pero en el encuentro con Montesinos promete

---

<sup>313</sup> De acuerdo al diálogo transcrito en *La República* el 7 de febrero de 2001.

migrar a la bancada fujimorista a cambio de 10 mil dólares y la promesa de recibirlos mensualmente. Finalmente, en la misma sala del SIN, fue filmado Dionisio Romero, el hombre más rico del país, accionista principal del Banco de Crédito del Perú y que unas décadas atrás formaba parte de la elite más oligárquica en tanto que hacendado y agro-exportador del norteño departamento de Piura. También llegó ahí en 1998 para colaborar con la re-re-elección de Alberto Fujimori. Lo que pacta con Montesinos es bastante simple, deberá aparecer dando una entrevista en un medio nacional y afirmar que la estabilidad económica del país depende de dicha re-re-elección. Montesinos redactará las preguntas y respuestas de la entrevista porque el hombre más rico del Perú afirma no saber bien cómo hacerlo. A cambio, es evidente que Romero contará con el apoyo de Montesinos ante cualquier problema de negocios.

Todas estas escenas puntuales resumen e ilustran lo que hemos mostrado en este capítulo. La periferia ha sido dominada y sometida por el poder central. Las tres personas que aparecen en estos encuentros eran representantes inmejorables de nuestras elites periféricas en las coyunturas previas a la analizada en este capítulo. Eran parte de la elite periférica oligárquica del norte del país, de la anti-oligárquica con bases norteñas y de la anti-oligárquica con bases sureñas. Todas por igual yacen arrodilladas y corrompidas a final de los noventa frente a un capitán de la policía en el centro del poder estatal. El régimen de Fujimori y Montesinos pudo imponerse sobre el país, entre otras cosas, porque encontró un país en el que la periferia había sido debilitada tanto a nivel de sus elites como de las instituciones que les permitían la representación en la vida nacional. La periferia oligárquica y anti-oligárquica llegó debilitada. Pero fue la acción deliberada de un Estado autoritario, militarista, corrupto y centralista lo que terminó de reducir a escombros la periferia peruana. La emergencia de una elite marginal encarnada en SL terminó justificando y alentando la cooptación de la periferia por parte del Estado central. Así, y con esto se cierra nuestra trayectoria, los partidos que agruparon a las elites anti-oligárquicas han perdido su inscripción legal ante el Jurado Nacional de Elecciones por no conseguir ninguno al menos 5% de los votos y la elite periférica y marginal que dio vida a SL está muerta o encarcelada, mientras que la universidad estatal de la periferia que permitió su emergencia queda en manos de las Fuerzas Armadas. Y el campesinado mismo ha conseguido deshacerse de

SL a través de una suerte de pacto con las Fuerzas Armadas que les dieron las armas para organizar la propia defensa (Klarén 2005: 494; Méndez 2009). La sociedad periférica toda queda desmovilizada sin existencia institucional que les provea de “voz”. Si el Estado no se ha fortalecido necesariamente en sus capacidades infraestructurales, si se ha convertido en un Estado despótico que domina a su sociedad (Mann 1988). De aquí en más, será muy difícil que la periferia peruana (en cualquiera de sus vertientes) pueda organizar una forma de competencia o desafío hacia el Estado central.

### *Variaciones espaciales*

Paralelos a los cambios en las relaciones entre Estado y sociedad, entre centro y periferia, en el periodo que hemos observado en este capítulo, la configuración del espacio político peruano continuó alterándose. Tanto la distribución de recursos como de población sobre el territorio prosiguió incrementando dos fenómenos generales. De un lado, Lima acrecentó su preeminencia sobre el resto del país demográfica y económicamente. Sin embargo, tan importante como este fenómeno resulta la fragmentación del poder de la periferia, tanto en términos económicos como demográficos. En el Perú durante los años noventa se multiplican las ciudades con más de 100 mil habitantes. La importancia política crucial de esto hay que pensarla en contraste con el caso boliviano. Ahí, Santa Cruz tiene una tasa de crecimiento económico y demográfico muy superior a todas las otras ciudades bolivianas hasta convertirse en un “nuevo centro” con casi tanto peso como La Paz. El crecimiento de la periferia no se difumina en muchas ciudades o regiones, se concentra en una. En el Perú por el contrario, si la periferia toda completa podría tener un peso igual o mayor que Lima, este peso periférico está repartido en decenas de ciudades con más de 100 mil habitantes y de riqueza intermedia. La dispersión y fragmentación de la periferia peruana, entonces, facilita la posibilidad de concentrar el poder en el gobierno central asentado en Lima en la medida en que no hay una ciudad o región que pueda acumular las fuerzas periféricas y desde ahí plantear un desafío al centro.

### Variaciones demográficas

La sociología peruana de los ochenta reconoció rápidamente que el Perú había cambiado fundamentalmente de rostro. Matos Mar lo resumió así: “El escenario en el que se juega el drama nacional ha pasado del campo a las ciudades” (Matos 2004: 41). En efecto, en el censo de 1940 la sierra peruana poseía el 65% de la población nacional; en el de 1993, en cambio, la Sierra ya solo posee la tercera parte de la población del país, mientras que la Costa alberga ahora a más de la mitad de la población. Y de esta mitad viviendo en la Costa (alrededor de 11 millones de personas), más de la mitad (algo menos de siete millones) se ha asentado en Lima. El crecimiento de Lima es simplemente apabullante: de 1972 a 1993 duplicó su población. La preeminencia demográfica de Lima, y su obvio correlato electoral, la preeminencia de votos ahí aglomerados, facilita que el gobierno de Alberto Fujimori pueda establecer unas políticas centralistas e incentiva la adopción de un parlamento de cámara única elegido en un solo distrito electoral que los pocos elegidos por los departamentos del Perú rápidamente se “limeñicen”. En un solo distrito de Lima puede haber tantos o más votantes que en varios departamentos del país sumados.<sup>314</sup>

Otra cambio significativo del espacio peruano en términos demográficos y crucial para nuestra argumentación es la pérdida de importancia del sur andino respecto del país. Esa era la única periferia que hubiera podido construir una “idea y acción” regional contra el centro. Sin embargo, esta zona del país continuó perdiendo importancia. En el censo de 1993 los tres departamentos con mayor población después de Lima pertenecen al norte del Perú: La Libertad, Piura y Cajamarca. Si en 1961 la suma de la población de los departamentos de Arequipa, Cusco y Puno (los tres grandes departamentos del sur del país) representaban el 26% de la población total del país, en 1993 la suma de esos mismos departamentos es el 13%.

En el siguiente cuadro se muestra el peso demográfico de varios departamentos del Perú en proporción al peso de Lima. Como se puede apreciar en la trayectoria que

---

<sup>314</sup> Ver Degregori & Meléndez 2007 y su seguimiento de la prominente congresista fujimorista Carmen Lozada de Gamboa quien entendió que para convertirse en una política fujimorista importante debía reemplazar sus lazos políticos con Tacna (departamento del sur del Perú de dónde era oriunda) y focalizarse en un pueblo joven limeño y ahí reclutar sus votos.

hemos estudiado hasta aquí, la reducción de la importancia de Cusco, Puno y Arequipa frente a Lima ha sido sostenida.

**Tabla XX. Proporción de población por Departamento con respecto a población de Lima cada año (miles)**

<b>Departamento \ Año</b>	<b>1940</b>	<b>1961</b>	<b>1972</b>	<b>1981</b>	<b>1993</b>
Lima	828,3	2 031,1	3 472,6	4 745,9	6 386,3
Arequipa	0,318	0,191	0,153	0,149	0,144
Cusco	0,587	0,301	0,206	0,175	0,161
Puno	0,662	0,337	0,224	0,188	0,169

Fuente: INEI. Censos Nacionales de 1940, 1961, 1972, 1981 y 1993. Elaboración propia: la proporción de la población de cada departamento se hace con respecto a la población de Lima ese mismo año.

Y mientras que Lima en 1940 poseía el 13% de la población total del país, en 1993 alcanza a albergar el 32% de ella.

A diferencia de Bolivia donde las periferias políticas (alto-andina y cruceña) surgen alrededor de dos ciudades importantes (El Alto y Santa Cruz), en el Perú la explosión demográfica no ensancha una o dos ciudades al margen de Lima, sino que ella está constituida por una veintena de ciudades con más de 100 mil habitantes. Estas ciudades aumentan su población con tasas de crecimiento superiores a las de Lima y, desde luego, muy superiores a ciudades como Cusco, Arequipa o Puno. La multiplicación de estas ciudades “intermedias” se da sobre todo el territorio peruano y donde florecen con más auge es en el sur del Perú. Este fenómeno es crucial para lo que trato de mostrar aquí. No solo Lima se impone como centro demográfico innegable, sino que la periferia no agrega población a partir de una o dos ciudades que atraigan gran población (como El Alto o Santa Cruz en Bolivia), por el contrario, la distribución demográfica en esta decenas de ciudades con más de 100 mil habitantes potencia aún más la fragmentación de la periferia peruana y alienta a que sus intereses

no puedan agregarse en plataformas regionales surgidas de una ciudad líder. Y si esto no puede surgir, es a su vez muy difícil que un cleavage de carácter territorial emerja.

**Tabla XXI. Ciudades peruanas por rango de población: variación entre 1961 y 2007**

Habitantes	1961			2007		
	Nº ciudades	Población en miles	%	Nº ciudades	Población en miles	%
> 1 millón	1	1 751	17,7	1	8 473	30,9
500 a 999 mil				2	1 533	5,6
250 a 499 mil				6	2 281	8,3
100 a 249 mil	2	266	2,7	13	2 154	7,9
50 a 99 mil	6	431	4,3	17	1 195	4,4
20 a 49 mil	18	475	4,8	38	1 134	4,1
TOTAL CIUDADES	27	2 922	30	77	16 770	61,2
TOTAL PAIS		9 907	100		27 412	100

Fuente: INEI. Censos nacionales. Elaboración Ricardo Vergara.

### Variaciones económicas

Como vimos en la sección sobre Bolivia de este capítulo, la emergencia de Santa Cruz como un “aspirante a centro” boliviano que desafía la primacía de La Paz y el occidente boliviano se fundó en la maduración lenta de una elite cruceña, por el crecimiento demográfico de la ciudad de Santa Cruz y por la renta que obtuvo siempre del petróleo y más recientemente por el descubrimiento de grandes yacimientos de gas. La riqueza en hidrocarburos le permitió a Santa Cruz convertirse en un polo económico por propio derecho, más aún cuando simultáneamente la principal actividad económica del occidente boliviano, la minería, caía en picada. La aparición del gas en Santa Cruz fue, entonces, parte importante en la construcción de una identidad política que desafiase al centro. Como vimos en el primer capítulo con Bartolini (2004), las regiones que poseen riquezas que podrían exportarse sin pasar por los antiguos

“centros políticos” adquieren incentivos para desarrollar reivindicaciones autonomistas. Tal es lo que sucedió con Santa Cruz que geográficamente cercana al Mercado Común del Sur (MERCOSUR), a Brasil en particular, percibía que podía exportar dichos recursos sin pasar por el centro alto-andino. Después de todo, la boca del gaseoducto que lleva el gas a Sao Paulo está en Santa Cruz.

En los años ochenta, se encontró en el Cusco un yacimiento gasífero comparable a los hallados en Santa Cruz. En 1987 la compañía Shell aseguró que cinco de sus pozos exploratorios habían dado con lo que se llamaría el gas de Camisea en la céntrica provincia de La Convención en el Cusco. Aunque el gobierno nacional estaba decidido a explotar dichos yacimientos y las negociaciones con la Shell estaban avanzadas, la operación no pudo llevarse a cabo y la posibilidad de explotar esos recursos quedó suspendida durante 20 años. Entre marzo y agosto de 1988 una serie de movilizaciones campesinas contra la presencia de la Shell terminó con la posibilidad de explotar aquel yacimiento. El episodio es importante para nuestra argumentación pues muestra una serie de contrastes con el caso boliviano. En primer lugar, aunque en el Cusco urbano se era consciente de la potencialidad enorme de aquellos recursos, el ex-asambleísta cusqueño Carlos Barrenechea, afirma que se carecía de todo proyecto regional que diera una coherencia o dirección a lo que se haría con aquellos recursos.<sup>315</sup>

O en los recuerdos del historiador José Luis Rénique especialista del Cusco:

“En esas circunstancias emergió Daniel Estrada. Daniel era un clásico caudillo cusqueño rodeado de sindicalistas y militantes universitarios que no tenían mucha idea sobre qué hacer [con Camisea]. Andaban a la búsqueda de "banderas de lucha" para consolidar su liderazgo. Recuerdo sesiones en que se discutía, por ejemplo, cambios en el Inti Raymi para hacerlo más "cusqueñista" (Entrevista personal, Diciembre 2011)

En el mismo sentido, Armando Villanueva (líder de AP en el Cusco), recuerda que al aparecer Camisea se habían perdido los vínculos entre las clases técnicas e intelectuales que estaban pensando la cuestión de Camisea y los políticos quienes en cambio, no participaban de dichas discusiones.<sup>316</sup>

De otro lado, ni el Estado ni las autoridades regionales, a pesar de querer explotar dichos recursos, pudieron calmar las movilizaciones que, contando con el

---

<sup>315</sup> Entrevista personal.

<sup>316</sup> Entrevista personal con Armando Villanueva.

sostén de la representación de izquierda en el parlamento nacional, consiguieron finalmente que el proyecto abortase. Vale decir, ya no había en el Cusco una elite regional que tuviera un discurso sobre la región y sobre aquello que debía realizarse con aquellos recursos y nadie tenía una legitimidad regional general que dirigiera a las fuerzas subalternas de la región. Todo esto ya estaba presente en el caso de Santa Cruz donde la elite poseía un discurso y una legitimidad regional sobre el resto de clases que le permitió utilizar la aparición del recurso gasífero como un recurso político frente al centro político boliviano. El episodio, entonces, muestra ese momento en que una riqueza similar a la que apareció en la periferia boliviana apareció en la peruana, pero los procesos precedentes, la trayectoria previa, había preparado los resultados divergentes en los dos casos. Finalmente, y también en la dirección de lo que esta tesis defiende, no es casualidad que Camisea empezase a explotarse en la segunda mitad de los noventa, cuando la periferia ha sido desmovilizada y el Estado central se ha impuesto sobre ella. En resumen, aunque complejo de resumir, el largo proceso del gas de Camisea resulta un episodio crucial en el contraste entre la periferia boliviana y la peruana.<sup>317</sup>

En un plano más general referido a la distribución de riquezas sobre el territorio peruano, en el periodo que nos hemos enfocado en este capítulo, la participación económica del sur peruano en el PBI peruano continuó decayendo. Tanto en Cusco como en Puno cae a más de la mitad de lo que era en 1961, aunque Arequipa mejora su participación en relación con 1979 (de 4,4% a 5,7%).

**Tabla XXII. Participación porcentual de los departamentos peruanos en el PBI Nacional**

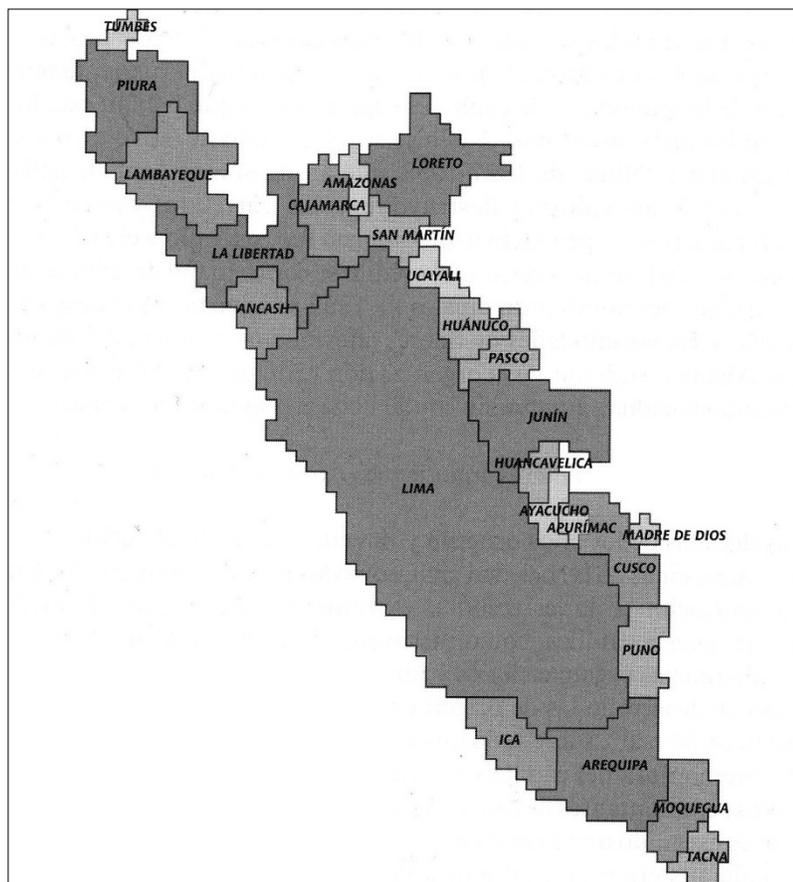
	1961	1970	1979
Arequipa	4,3%	4,7%	4,4%
Cusco	4,5%	2,4%	2,4%
Puno	4,4%	2,2%	2,0%
Nacional	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Lovón 1988, INEI: Compendio Departamental 1995-1996 de Arequipa, Cusco y Puno. Elaboración propia.

<sup>317</sup> En Anexo 7 se ha preparado una cronología completa del episodio Camisea.

Sin embargo, más que la disminución de la importancia del sur (que ya venía muy debilitado del pasado), lo que cambia radicalmente es el peso económico enorme que gana Lima en relación a la periferia peruana. Contreras y Cueto (2004: 392) prepararon el siguiente mapa para ilustrar la distribución departamental de la renta en el Perú por departamentos, alterando la dimensión de los departamentos según su participación en la renta peruana. Como se aprecia, Lima ha pasado a ser el único polo económico del país. Y, en términos semejantes a lo mostrado para la cuestión demográfica, el norte aparece como un espacio económicamente más dinámico que el sur que ya hemos visto sigue perdiendo importancia.

**Mapa 6. Distribución de la renta nacional por departamentos en el Perú en 1996**



Fuente: Contreras & Cueto 2004

En resumen, la política peruana se movió en dirección similar hacia donde la configuración espacial también se movía: el fujimorismo centraliza el poder y domina a la periferia en gran medida porque ella se ha debilitado no solo en término de sus elites y partidos que la vinculaban a la arena nacional, sino porque demográfica y económicamente ella ya no tiene el peso necesario para tener una existencia autónoma frente al centro. La combinación de las relaciones entre Estado y sociedad, entre centro y periferia, con esta “estructura del espacio” peruano donde un centro lidera a una periferia económica y demográficamente fragmentada explica por qué en el Perú no se construye un cleavage territorial centro-periferia, aunque algunas condiciones para ello estén presentes en el país.

*Conclusiones: Cuando las estructuras y los actores se encuentran*

En este capítulo he observado la tercera y última coyuntura de mi trayectoria bajo análisis. Ésta termina de configurar los resultados finales en Bolivia y Perú. Siguiendo a Bartolini (2000) la presencia de un cleavage se verifica con la presencia recurrente de una dimensión electoral, con una de organizaciones y una de discursos. En Bolivia cuajan simultáneamente estos tres elementos en la coyuntura que hemos analizado mientras que en el Perú se materializa una situación inversa. En Bolivia toda disputa política, electoral o no electoral, adopta una forma territorializada, a través de las nuevas elites en occidente y oriente como referentes obligados. En el Perú, en cambio, la periferia completa carece de un proyecto frente al Estado central.

Este resultado final es el producto de varios procesos previos a lo visto en este capítulo y por lo sucedido en este capítulo. O, para decirlo de otra manera, lo sucedido en esta etapa fue facilitado por las experiencias previas en nuestra trayectoria. Lo sucedido se explica desde las dos dimensiones que hemos venido analizando: las relaciones entre Estado y sociedad en su componente centro/periferia y la construcción de una estructura espacial política de oportunidades.

Del lado de las relaciones entre centro y periferia podemos afirmar en el lenguaje de Migdal (1988; 1994; 2000) que el débil Estado boliviano no consiguió dominar a la fuerte sociedad boliviana. En el caso peruano, el Estado domina a la

sociedad, en especial a la periferia. Sin embargo, en el caso peruano la idea de “Estado fuerte” en Migdal es problemática pues este Estado no es necesariamente uno eficiente y capaz en proveer los servicios estatales básicos de un Estado funcional; en tal sentido se parece más al Estado despótico de Michael Mann (1988) uno que domina a su sociedad, aunque no posea necesariamente una gran capacidad infraestructural. En última instancia la distinción puede ser hecha de la mano de las categorías de Alexis de Tocqueville en el *Ancien Régime et la Révolution française*: ahí donde la centralización administrativa es más exitosa, la sociedad civil pierde los deseos de autogobernarse. Tal diagnóstico es el del caso peruano donde, si recordamos a mi entrevistado ex-asambleísta de la Región Inca en el Cusco, afirmaba que cuando Fujimori clausuró los fueros regionales “todos aplaudimos como focas”. Ya no había ninguna intención de auto-gobierno. En Bolivia, en cambio, al entrar el Estado en crisis la palabra que vuelve a estar en boca de todo el mundo es la “autonomía”, la agenda del auto-gobierno. O, para decirlo desde la otra cara de la moneda, es el fracaso de la centralización administrativa. Después de todo el régimen de Fujimori fue en el Perú un gran ejemplo de lo que Tocqueville hubiera llamado una democracia tiránica: los individuos cada vez más iguales por acción del Estado central, y la sociedad cada vez menos autónoma debido a ese mismo proceso.

Los procesos inversos de Perú y Bolivia pueden ser ilustrados con quienes han teorizado estos temas desde cada país. George Gray Molina ha sugerido que en Bolivia existe un *modus vivendi* entre sociedad y Estado donde ninguno consigue imponerse al otro, “mobilization, rebellion, and organized contestation are structural characteristics of state and institutional development in Bolivian society” (Gray Molina 2008: 124). Otra idea que apunta en la misma dirección respecto de las relaciones entre Estado y sociedad en Bolivia y que está en consonancia con mi estudio sobre las relaciones entre centro y periferia es la planteada por Van Cott cuando afirma que en Bolivia ha sido tradicionalmente difícil distinguir entre Estado y sociedad, pues existe una suerte de “fusion of state and civil society” (Van Cott 2008: 184). En resumen, la sociedad fuerte y el Estado débil de los que habla Migdal. Y en términos de la periferia, esta sociedad fuerte está compuesta del lado del oriente boliviano por los *strongmen* de Migdal (1988) —poderes locales emergidos y fortalecidos inesperadamente por políticas

especiales de distribución de tierras— y por la elite marginal de Skocpol (1979) que encuentra en el MAS su vehículo de agregación en esta lucha por el Estado débil.

Nada similar en el Perú. Ninguna fusión entre Estado y sociedad ni periferias que consigan ponerlo contra las cuerdas. En un texto de 1996 en el Perú se afirmaba con sorpresa la configuración de estas nuevas relaciones entre Estado y sociedad:

“Un proceso nuevo está ocurriendo en lo relativo al ejercicio del poder y la representación cuando se tiene que hacer un esfuerzo para precisar quiénes toman las decisiones, y las elites políticas no pueden identificarse y hasta corresponde dudar de su relevancia.” (Grompone 1996: 117).

Es la centralización administrativa de Tocqueville. O el Estado despótico de Mann. Y su correlato del lado de la sociedad, y en especial de la periferia, es la ausencia de fuerzas para autopercebirse como una fuerza propia. Escribiendo en 1990 José Luis Rénique notó acertadamente que el éxito del proceso de regionalización y la distribución de poder efectiva hacia las regiones del Perú, “parece depender de la capacidad de las propias regiones para apropiarse del proceso, de darle contenido y cosechar sus frutos” (Rénique 1991: 359). Nada esto pasó, nada de esto podía pasar. Dos años más tarde “aplaudieron como focas” cuando Fujimori liquidó todas las autonomías ganadas. Para decirlo con Ziblatt (2006), esas regiones ya no poseían ningún *sub-national infrastructural power*. Nadie podía sacar ventaja de las nuevas instancias institucionales sub-nacionales. Aplaudieron como focas. Es interesante seguir con Rénique y plantear un contraste entre la centralización fujimorista y la velasquista. Durante la centralización de Velasco, en el Cusco el Estado, más allá de la justeza de sus objetivos, fue percibido como una fuerza ajena a la región, una que no era capaz de respetar los derechos históricos de la ciudad más venerable del país (Rénique 1991: 374). Para los años noventa ya nadie sintió este malestar por el Estado central de Fujimori que no respeta ciertos derechos autonómicos históricos. En el Perú los *strongmen* à la Migdal habían sido liquidados durante el gobierno de Velasco y la periferia marginal à la Skocpol fue reducida. En su versión violenta y senderista estaba muerta o en la cárcel, y las universidades del Perú que sirvieron de arena institucional para su emergencia y vigencia estaban tomadas por las Fuerzas Armadas; en su versión no violenta la periferia marginal e izquierdista está desmovilizada y se recluye en la vida privada donde se está salvo de cualquier malinterpretación (Burt 2009).

Del lado de la estructura espacial de los países, en esta coyuntura se continuó alterando tanto la forma en que la población como las riquezas estaba distribuida sobre el territorio de ambos países. Esto favoreció los resultados finales en lo que respecta a las relaciones entre centro y periferia. Demográficamente, lo sucedido en nuestros dos países parece estar vinculado a lo que Herbst (2000) encontró como patrón en varios países del África: los procesos de centralización administrativa suelen ser menos complicados de conseguir en los países donde no hay grandes polos demográficos alejados el uno del otro sobre el territorio. En Bolivia el crecimiento exponencial tanto del departamento de Santa Cruz como de la ciudad de Santa Cruz hasta llegar a convertirse en una ciudad casi tan importante como La Paz (pero del otro lado del país) dificulta la posibilidad del Estado central de imponer su legitimidad y poder sobre aquellos territorios densamente poblados y alejados del centro. En el Perú, por el contrario, la centralidad de Lima y la fragmentación demográfica de la periferia con varias decenas de ciudades con más de 20 mil habitantes y sin que ninguna posea ni siquiera un tercio de la población de Lima, facilita la labor de centralización administrativa del Estado y en tal medida la incapacidad de la periferia por crear un proyecto de carácter reivindicativo frente al centro. Aquí toma cuerpo la teórica idea de *place matters* y de que en las democracias contemporáneas no solo importa el número de votos que uno obtiene sino *dónde* se obtienen (Therborn 2008): Gonzalo Sánchez de Lozada en la elección de 2002 había obtenido gran parte de sus votos a 1 000 kilómetros de distancia, en el oriente boliviano, pero le tocaba gobernar en la capital boliviana, en La Paz, donde se había votado mayoritariamente contra él y contra el *establishment* político que él y su partido representaban mejor que nadie. Así la aritmética de la democracia ya no alcanza para darle viabilidad a un país con dos polos demográficos de similar peso. Llegar primero en una elección con los votos de una región alejada de la ciudad donde se debe gobernar no parece favorecer al gobernante. En el Perú, por el contrario, la centralidad de Lima y la fragmentación demográfica de la periferia incentivó a los políticos a concentrarse en hacer política desde y para Lima (incentivo aun más grande cuando las cámaras de representación territorial fueron eliminadas por el régimen de Fujimori).

En segundo lugar, esta espacialidad se completa por la manera en que los recursos se distribuyen sobre el territorio. Como plantean Bartolini (2004) en el marco europeo y Boone (2003) en el africano, la riqueza poseída por una región y la posibilidad de exportarla sin pasar por el “centro” alienta los regionalismos y las reivindicaciones de autonomía. Al llegar al final de la trayectoria en Bolivia ha cuajado una región que posee una “concentración intolerable” de recursos y que la empuja a considerarse “aspirante a centro”. De hecho, el cambio es fundamental para el país por entero pues ahora éste estructura su vida económica y demográfica desde un eje que lo cruza de occidente a oriente (La Paz, Cochabamba, Santa Cruz) que reemplaza definitivamente al eje occidental norte sur (ver mapa 4) que había tradicionalmente articulado la vida boliviana.

Mapa 7. Nuevo eje económico-demográfico boliviano.



Ahora bien, como queda claro de este capítulo, la mera existencia de estos recursos no generan estos movimientos autonomistas. Justamente, el aporte de esta tesis es mostrar que los recursos y el peso demográfico deben ser politizados por una elite política. Después de todo,

“[I]t is not regions that seek autonomy or federal status that compete for power with the national government; it is politicians representing these units.” (Paddison 1983: 22)

Como he mostrado en este capítulo, el descubrimiento del gigantesco yacimiento del gas de Camisea en el departamento del Cusco no pudo convertirse en el equivalente de

los hidrocarburos en Santa Cruz. Mientras que el descubrimiento del gas en el oriente boliviano se produce cuando ya existe una elite capaz de explotar políticamente dicho recurso, en el Cusco éste aparece, más bien, en el momento exacto en que las elites cusqueñas y sus capacidades organizativas e institucionales se encuentran muy debilitadas, sin ningún proyecto para el sur del Perú o para el Cusco. Asimismo, a diferencia de la elite cruceña que cuenta con una ascendencia o legitimidad sobre las clases subalternas desde el discurso regionalista (Seleme 2008), en el Cusco las clases urbanas favorables a la explotación del gas no tienen ningún control sobre las masas campesinas que contestan la explotación y consiguen finalmente que la explotación sea abortada. Es la razón por la cual planteo que los factores macro-estructurales de espacialidad (distribución sobre el territorio de población y riquezas) interactúan con la vida política y las decisiones de los actores políticos. En este sentido las relaciones entre Estado y sociedad influyen la forma en que las condiciones de espacialidad van alterándose, pero la manera en que éstas se alteran también va condicionando la manera en que se hace política y, por tanto, la manera en que se reajustan las relaciones entre Estado y sociedad. Este capítulo mostró en ambos casos el momento en que las estructuras largamente preparadas se encontraron con los actores políticos en cada país.

Tanto en Bolivia como en el Perú los sistemas de partidos colapsaron en la etapa que hemos observado en este capítulo. Los partidos políticos nacionales impedían que estos países con tantas desigualdades se fragmentaran; los partidos políticos siempre han sido agentes de construcción nacional (Caramani 2004). Sin embargo, una vez que estos agentes de nacionalización sucumbieron, la vida política de ambos países se diferenció. Las consecuencias del colapso divergen en ambos países. ¿Por qué? Porque la trayectoria previa en ambos casos difería. Cuando el ropaje de los partidos se desvaneció, la desnudez de ambos países era bastante distinta. En Bolivia se había venido preparando la emergencia de dos periferias aisladas, escépticas una de la otra, dotadas de elites y recursos, aspirando ambas a dominar el Estado. En el Perú por el contrario, al caer los partidos la desnudez era diferente, un gran centro urbano había crecido hasta convertir en irrelevante a una periferia pobre y fragmentada y arrasada por una guerra, lo que clausuró la posibilidad de exhibir rebeldías de cualquier tipo. Por tanto, más que una causa para los resultados divergentes en ambos países, la caída

de los partidos hizo, más bien, visible dos mutaciones lentas y profundas que habían transformado cada país en los últimos 40 años: i) la forma en que las relaciones entre Estado central y sociedad periférica habían variado y, ii) la manera en que población y riquezas se habían acomodado sobre los territorios de cada país.

## Capítulo 6. Conclusiones

*You can always come back/  
but you can't come back all the way*  
Bob Dylan

En esta tesis he querido señalar la manera en que las lentas alteraciones en las relaciones entre centro y periferia en Bolivia y Perú tuvieron consecuencias muy importantes e inesperadas para la competencia política. Cuando los partidos políticos nacionales, que eran vehículos de nacionalización en sus respectivos países (Jones & Mainwaring 2003; Caramani 2004; Chibber & Kollman 2004), colapsaron y la sociedad quedó desprovista de estas intermediaciones, emergieron nuevos actores en una renovada espacialidad política. La caída de los sistemas partidarios dio visibilidad a nuevas formas de competencia política donde consideraciones territoriales ganaban relevancia. Estos cambios no fueron parte central en los grandes trabajos académicos producidos en América Latina en la segunda mitad del siglo XX porque, de un lado, las perspectivas teóricas privilegiadas para observarlos eran las de la dependencia en clave de modernización o las del marxismo y sus clases sociales nacionales y, del otro, porque la maduración de estos cambios subterráneos era difícil de percibir. Es el caso de los análisis seminales de Julio Cotler para el caso peruano que, escritos bajo el influjo de la teoría de la dependencia, conceptualizaban al Estado peruano como uno periférico en el sistema mundial (Cotler [1978] 2006). En tal marco de análisis, observar la periferia de la periferia resultaba menor. Y acaso porque en su momento, efectivamente, lo era. Algo similar sucede con los análisis importantes de René Zavaleta en Bolivia sobre lo nacional-popular. En ellos no hay espacio para las dinámicas regionales emergentes pues ellos estaban siempre centrados en las “clases sociales” o, reduciéndolo aún más, “al menos desde 1940, la historia de Bolivia es un duelo entre los militares y la clase obrera” (Zavaleta 1983: 222). Así, en esta tesis he buscado otra forma de narrar las relaciones entre Estado y sociedad en los países latinoamericanos respecto de la segunda mitad del siglo XX.<sup>318</sup>

---

<sup>318</sup> Puede dirigirse críticas similares a otras importantes y grandes interpretaciones para el periodo desarrolladas en estos países, en el Ecuador Hurtado [1977] (2007); en Perú, López 1997.

*Conclusiones teóricas: Historia contemporánea y las dificultades para “viajar” de la teoría “europea”*

El principal aporte de esta tesis es la construcción de un marco teórico original de análisis histórico comparado que combina, en primer lugar, el elemento político (*agency*) que nuda a las relaciones entre Estado central y sociedad periférica y, en segundo lugar, las mutaciones del espacio territorial (demográfico y económico) que restringen y condicionan la actuación de los actores políticos. Como hemos visto en nuestros casos de estudio, este marco de análisis permite comprender las transformaciones sufridas en el tiempo tanto en Perú como en Bolivia en sus respectivas estructuras de competencia política. Y, más importante quizás, la perspectiva histórica empleada así como las categorías desarrolladas, podrían ser útiles para emprender el análisis de otros casos (si no de todos los países latinoamericanos, al menos de los andinos).

Comenzaré por las conclusiones de nivel teórico que me ha proporcionado la comparación realizada con este marco de análisis y luego desarrollaré las empíricas. Entre las conclusiones de nivel teórico hay un primer grupo vinculadas al manejo del tiempo en la investigación en ciencias sociales. Esta tesis muestra tres cosas a este nivel. En primer lugar, los cambios pueden producirse imperceptiblemente en una suma de movimientos que van modificando lentamente lo que en algún momento termina por aparecernos como “el cambio”. La aparición del cambio es abrupta pero no su preparación. Es la razón por la cual la metáfora de Paul Pierson respecto las termitas actuando en silencio y largo tiempo en un sótano que algún día colapsará por sorpresa ha sido decisiva para conceptualizar el “cambio” en esta tesis. Las mutaciones en la estructura de competencia política se realizaron poco a poco, durante décadas, y solo se hicieron visibles cuando algún tipo de crisis las hizo visibles. En términos de las categorías que Pierson desarrolla en *Politics in Time*, estaríamos frente a “slow-moving outcomes” contruidos por “extremely gradual cumulative causes” (Pierson 2004: capítulo 3).

En segundo lugar, subrayar la importancia de un proceso de cambio que puede ser invisible a los ojos de los actores que participaron del momento político mientras el cambio se producía. En este sentido comparto cierto ánimo braudeliano: “[the] desire

to show how the world was in times past, irrespective of how it was seen by those who lived in it” (Clark 1984: 189-90). En el transcurso de nuestra trayectoria histórica los actores políticos son inconscientes del resultado final que están preparando. La transformación se realiza debido a sus acciones pero la mayor parte de *outcomes* son un resultado no previsto.

Finalmente, ¿estamos ante un argumento de *path dependence*? Mi respuesta es que no es un argumento de *path dependence* y se trata, más bien, de un análisis comparado de trayectorias. No hay en esta tesis una coyuntura crítica que determina una trayectoria futura. Es la razón por la cual creo que esta tesis es más una de Sociología Histórica Comparada que una de Institucionalismo Histórico. En las formulaciones más importantes de los argumentos en clave de *path dependence*, la trayectoria es dependiente de un momento inicial y crucial que la determina, aunque luego existan mecanismos de reproducción como los *positive feedbacks* (Collier & Collier 1991; Yashar 1997; Pierson 2000; Mahoney 2001). No es el caso en esta tesis, no hay en esta larga trayectoria de análisis un evento, una coyuntura, que determinó la trayectoria futura. Como se ha sostenido, para que *critical juncture* y *path dependence* signifiquen algo más que “la historia importa” debe haber un grado verificable de determinismo de la trayectoria emprendida respecto de un evento crucial en el pasado (Mahoney & Schensul 2008). Por el contrario, en esta tesis vemos que son muchos los eventos que van configurando el resultado final; ninguno de estos eventos es el que sobresale como *la causa* de la trayectoria emprendida. En este sentido, la *démarche* es mucho más cercana a una de Sociología Histórica Comparada, que hace eco de Esping-Andersen al señalar: “Il faut abandoner l’espoir de trouver un seul facteur causal: la tâche est d’identifier les effets d’interaction pertinents [en la trayectoria]” (Esping-Andersen 1999: 44). O, en el mismo sentido, es cercana a la forma en que Pierson describe cómo procede el análisis de Barrington Moore:

“For Moore, triggering events are essentially superficial and should not distract one’s attention from the basic causal processes at work.” (Pierson 2004: 93).

De esta manera, como se mostró en el capítulo primero, aunque la tesis tiene afinidades epistemológicas y metodológicas con el Institucionalismo Histórico y la literatura de la última década en clave de *path dependence* y *critical juncture*, se diferencia en

cuestiones sustanciales. Por ejemplo, la agenda sobre el cambio lento desde el Institucionalismo Histórico ha puesto el acento (con mucho más énfasis del que posee esta tesis) en instituciones formales o agencias estatales particulares (Mahoney & Thelen 2010). Esta tesis, más que en el desarrollo de acotadas instituciones formales sometidas al *rule of law*, ha observado las complejas relaciones entre Estado y sociedad a través de unas determinadas relaciones políticas entre centro y periferia; el estudio de unas trayectorias que han alterado sustancialmente las estructuras de competencia política de Bolivia y Perú. Es decir, la trayectoria es menos un producto determinado por un evento del pasado, que una trayectoria que condicionará la competencia política futura en ambos países.

Un segundo tipo de conclusión es sobre la forma de encarar las relaciones entre Estado y sociedad en a través de la conceptualización y explicación de lo que es un cleavage territorial. Es importante haber utilizado un concepto *exigente* de cleavage territorial como el adaptado de Bartolini (2000). Aunque el lenguaje cotidiano nos lleva utilizar la expresión como mero sinónimo de “oposición” o “división”, aquí, por el contrario, hemos hecho hincapié en que un cleavage es una división constante que ordena la competencia política y donde cada lado en disputa tiene discursos, organizaciones y apoyo electoral. Es esta distinción teórica la que permite construir con claridad la existencia del cleavage territorial en Bolivia y su ausencia en Perú.

El estudio de la emergencia de esta estructura de competencia política (el cleavage territorial) deja algunas conclusiones importantes para construir una teoría de las relaciones entre centro y periferia en un contexto no europeo. En la tradición de Sociología Histórica Comparada europea liderada por Stein Rokkan, las divergencias entre un centro y una periferia eran hechos casi naturales que se derivaban de inmensos procesos migratorios y económicos ocurridos mientras se construían los Estados modernos. Una periferia irredenta era siempre una periferia culturalmente distinta y distinguible del centro y esto provenía de los procesos de construcción estatal que se habían dado desde la Edad Media. Aunque las teorías rokkianas siguen siendo cruciales y fundamentales para el caso europeo, ellas tienen dificultad para “viajar” a otros continentes donde estos enfrentamientos se gestan en poco tiempo, que son una manifestación de lo que, con Benedetto Croce, podríamos llamar la historia

contemporánea. La emergencia fiera y reciente de Santa Cruz como región, por ejemplo, no es un hecho primordialista, principalmente determinado por un hecho cultural, labrado en un periodo remoto de la historia. Asimismo, la pérdida de importancia de la periferia peruana respecto del centro tampoco se deriva de algunas condiciones culturales históricas que hayan desaparecido, pues sigue siendo una región culturalmente distintiva del Perú contemporáneo. La emergencia de periferias que desafían a los centros políticos son fenómenos recientes y no son empujados por la mano invisible de la lejana cultura, sino por la mano visible de las relaciones entre Estado y sociedad, entre elites periféricas y centrales, que son favorecidas y desfavorecidas por lo que en esta tesis he llamado estructuras espaciales de oportunidad política.<sup>319</sup> Estas dinámicas particulares de la emergencia de disputas entre centro y periferia respecto de la experiencia europea deben ser tomadas en cuenta cuando planteamos teórica y empíricamente el concepto de cleavage territorial o de centro-periferia en América Latina y otros contextos no industrializados.

En esta misma vena, si la emergencia de los cleavages territoriales se debe a determinadas formas en que Estado y sociedad se vinculan en los países, hace falta también utilizar una aproximación a Estado y sociedad que permita captar la fluidez que prima entre ellos. El Estado no es ni ha sido en las décadas bajo estudio aquí un aparato burocrático al servicio de una determinada clase social como lo pretendían las interpretaciones tradicionalmente marxistas. Tampoco ha sido ese Estado conceptualizado desde el pluralismo anglosajón como una arena de competencia abierta y neutra frente a distintas posturas políticas (Dahl 1978). Finalmente, tampoco ha sido una caja negra burocrática y racional con vocación de autonomía (Skocpol 1985). Todas estas aproximaciones ven al Estado como algo analíticamente escindido de la sociedad. En realidad, el Estado latinoamericano —y con más énfasis aún el de los países andinos—, ha vivido bastante más entrelazado con su sociedad de lo que las

---

<sup>319</sup> Jeffrey Herbst hace alusión a lo que mencionamos aquí cuando afirma para el caso africano: “[The] continuing wave of urbanization and the diversification of places that people are migrating to holds out the possibility that conflict between cities will become an increasingly important schism in the future. [...] The growth of cities between one and five million and especially the very significant increase in populations of towns and cities of less than 500,000, raises the possibility that conflict between cities, or different forms of urban agglomerations, may become an increasingly central part of national politics for many nations.” (Herbst 2008: 657).

aproximaciones precedentes permiten percibirlo. En realidad, lo que caracteriza a estos Estados es su permeabilidad frente elites políticas de diferente signo que, de la mano de los cambios de régimen, ingresan al Estado o son evacuadas de él. *El signo distintivo del Estado latinoamericano y sus regímenes es la dis-continuidad*. Ni el brazo armado de la burguesía, ni el Estado weberiano y racional, ni el Estado árbitro del pluralismo, pueden surgir de la discontinuidad; son, más bien, el fruto de la estabilidad en el tiempo que no ha sido característica del Estado andino.<sup>320</sup> Como hemos visto, tal estabilidad no ha existido en nuestros casos donde el Estado a cada cierto tiempo es penetrado por ciertas elites que son luego de un periodo desalojadas a su vez del Estado. En tal sentido, la perspectiva de análisis de Joel Migdal (2001) que hemos utilizado aquí en la cual el Estado es percibido como una estructura que tiene la *imagen* de aparato racional weberiano es bastante certera.

Del otro lado del Estado está la sociedad. Al conceptualizarla hemos querido esquivar dos fórmulas tradicionales. De un lado, no emprendí la vía fuertemente estructuralista de caracterizar la sociedad como un todo o bloque frente al Estado (ver por ejemplo Mauceri 2004) pues esto esconde diferencias que son cruciales una vez que nos centramos en las relaciones de las elites sociales con el Estado y la interpenetración fluida de uno y otro. Asimismo, también he evitado las conceptualizaciones de la sociedad en términos esencialmente clasistas pues esas líneas divisorias no han sido ni las únicas ni las principales desde las cuales se articuló la política latinoamericana. Como ha mostrado Valenzuela (2001) para el caso chileno, las líneas de escisión política a los largo del siglo XIX y XX fueron de tipo ideológico, sin que la condición social de las elites fuera determinante para su enfrentamiento. Lo mismo ha argumentado Alan Knight (1985a; 1985b) para el México revolucionario. Y fue común describir los grandes movimientos populistas latinoamericanos como multi-clasistas, descripción que buscaba resaltar su diferencia con los movimientos social-demócratas europeos de fuerte base obrera y sindical (Knight 1998). Así, aquí hemos hecho espacio a una diferenciación más weberiana a partir de las ideas políticas de las elites y no por sus distintas relaciones con unos “medios de producción”. Asimismo, a estas divergencias ideológicas que unían y separaban a las elites en los países andinos,

---

<sup>320</sup> El argumento es similar al clásico Chalmers 1977.

he querido mostrar que también se alejaban o acercaban por una dimensión que, por mucho tiempo, fue dejada de lado por los científicos sociales: el hecho regional. La emergencia de intereses regionales como los surgidos en Santa Cruz que pueden movilizar a distintas clases sociales o, como mostré al inicio de mi trayectoria, unos intereses políticos regionales distintivos que existieron en el Perú. Por tanto, nuestra caracterización de las elites en pugna política por incursionar en el Estado tiene un componente rokanniano que presta atención especial al hecho periférico, a sus reivindicaciones y a sus elites. En resumen, nuestra mirada a la sociedad más que una estructuralista que la observa como un bloque en oposición al Estado en término de clases sociales postula que es fructífero conceptualizarla desde una matriz que combina Weber y Rokkan.

En tercer lugar, esta tesis muestra que el ímpetu de los últimos años de construir una política comparada sensible a la dinámica sub-nacional tiene mucho sentido. Los Estados, el mercado y las formas de representación tienen muy diferentes capacidades de expansión y expresión sobre los territorios nacionales, poseen distintos grados de incursión sobre el territorio. Como escribió Richard Snyder (2001) desde preocupaciones metodológicas, es bastante coherente aquello de “*scaling down*” hacia lo sub-nacional. Sin embargo, la agenda de lo sub-nacional corre el riesgo de terminar siendo el mero estudio de ciertas cuestiones “en el nivel sub-nacional”. En esta tesis, por el contrario, he tratado de mostrar dinámicas sub-nacionales particulares pero cuya relevancia se da por su vinculación con el nivel nacional. Es indispensable observar el nivel sub-nacional pero ligándolo siempre a dinámicas nacionales sino corremos el riesgo de reducir y especializar aun más las preocupaciones de una disciplina como la política comparada que ya sufre de una tendencia a acumular certezas sobre lo nimio.

En cuarto lugar, la importancia del espacio o de una cierta geografía sobre la política. Esta tesis ha mostrado que en el mundo contemporáneo la forma en que recursos y población se distribuyen sobre el territorio estatal tiene una influencia importante tanto en el plano electoral como en el cotidiano. Como es obvio, esta importancia del espacio no es la que alguna vez subrayó Montesquieu ni tampoco aquellos mares, valles y montañas, verdaderos actores de la historia de Fernand Braudel; aquí señalo, más bien, que los países no industrializados pasan por

transformaciones severas y repentinas que alteran la distribución de los recursos y de la población sobre el territorio lo cual condiciona la forma de hacer política. Con ayuda de la matriz que adaptamos de Tilly (1992) ha quedado bastante claro las condiciones estructurales que favorecen la emergencia de polos regionales que activen las diferencias entre centros y periferias. La importancia de un gran centro urbano que aglomere los intereses de una región es fundamental para que esto suceda. En gran medida, las ideas de Tilly sobre la ciudad en la Europa que iba dando forma a los Estados modernos, sigue siendo, por otras vías, relevante hoy mismo en el mundo no industrializado: “Cities shape the destinies of states chiefly by serving as containers and distributions for capital” (Tilly 1992:51). Esta dimensión espacial que combina riquezas naturales y el peso demográfico de las ciudades es una vena innovadora y prometedora a desarrollar en estudios futuros.

### *Conclusiones empíricas: Migdal contra Tocqueville en los Andes centrales*

Las trayectorias emprendidas por ambos países en las últimas décadas son bastante opuestas en sus relaciones entre Estado y sociedad (y específicamente centro-periferia) y podemos conceptualizarlas como una trayectoria à la Migdal para el caso boliviano y una trayectoria à la Tocqueville para el Perú.

Joel Migdal mostró que en muchos países del tercer mundo el Estado era un actor más compitiendo con poco éxito por controlar territorio y poblaciones. Para comprender la capacidad estatal en el tercer mundo, afirmaba Migdal, más que observar al Estado hace falta entender la forma en que está organizada la sociedad; dónde están sus centros de autoridad, casi siempre fragmentados a lo largo del territorio. El concepto clave en el modelo de Migdal es el de *strongmen*, los poderes fuertes en distintos puntos del territorio que el Estado reivindica como suyo. Para entender a los débiles Estados del tercer mundo hay que analizar la distribución de estos “strongmen” del lado de la sociedad. En dos palabras: hace falta entender “the sources of resistance to the designs of state leaders and of the factors that make state leaders unable or unwilling to overcome such resistance” (Migdal 1988: 9). El caso boliviano, a lo largo de nuestra trayectoria y al momento de su resultado final, se

asemeja a este modelo migdaliano de sociedad fuerte y Estado débil. Para entender la forma que va adoptando el Estado boliviano hace falta observar a su sociedad. Los distintos centros de poder en la sociedad boliviana no han logrado ser desactivados por el Estado. Si al inicio de nuestra trayectoria la organización sindical, minera o campesina, es inasimilable al Estado corporatista nacido de la revolución nacional liderada por el MNR, esta situación se va a mantener durante la trayectoria, aunque los actores inasimilables varíen. Lo será la elite irredenta de Santa Cruz que es casi el vivo espejo de un tipo del *strongmen* reseñado por Migdal: la elite nacida en un punto lejano en el tiempo que, al permitirle acaparar la tierra a través de grandes haciendas, dio lugar a grandes hacendados e intereses que el Estado central tendrá problemas para dominar en el futuro.<sup>321</sup> Pero también es un centro de poder social impenetrable la selva del Chapare en Cochabamba donde manda sin desafiante el sindicato de coccaleros y donde, como afirmaba el párroco del Chapare, “quien ha querido entrar aquí ha sido amenazado.” Y hoy, aun si exagerado, no es del todo falso que el vicepresidente boliviano llame a su gobierno el “Gobierno de los Movimientos Sociales encabezado por el Presidente Evo” (García Linera 2011). Las relaciones entre Estado y sociedad en Bolivia parecieran vivir en una situación de permanente fusión (Van Cott 2008). Esta fusión alienta a que las periferias surgidas a lo largo de nuestra trayectoria se enfrenten por controlar ese Estado fluido y que siempre está en disputa. Las enfrentadas periferias del occidente y el oriente boliviano surgidas al abrigo de un Estado que no consiguió dominar o desmovilizar a su sociedad será un legado que estructura la competencia política por largo tiempo y poco probable de ser alterado. Algo que debe quedar en claro de mi propuesta es que esto no significa que ambos sectores deban estar *permanentemente* enfrentados, más bien, lo que propongo es que esta estructura de competencia política se mantendrá con puntos más críticos y otros más tenues.

En cuanto al caso peruano, la trayectoria emprendida parece asemejarse, más bien, a la que Tocqueville diagnosticó sobre las mutaciones en las relaciones entre Estado y sociedad que llevaron a Francia al desenlace revolucionario y a la vida post-revolución (de Tocqueville [1856] 1988). Vale decir, un Estado que consigue reducir la

---

<sup>321</sup> Ver Migdal (1988 : capítulo 2.)

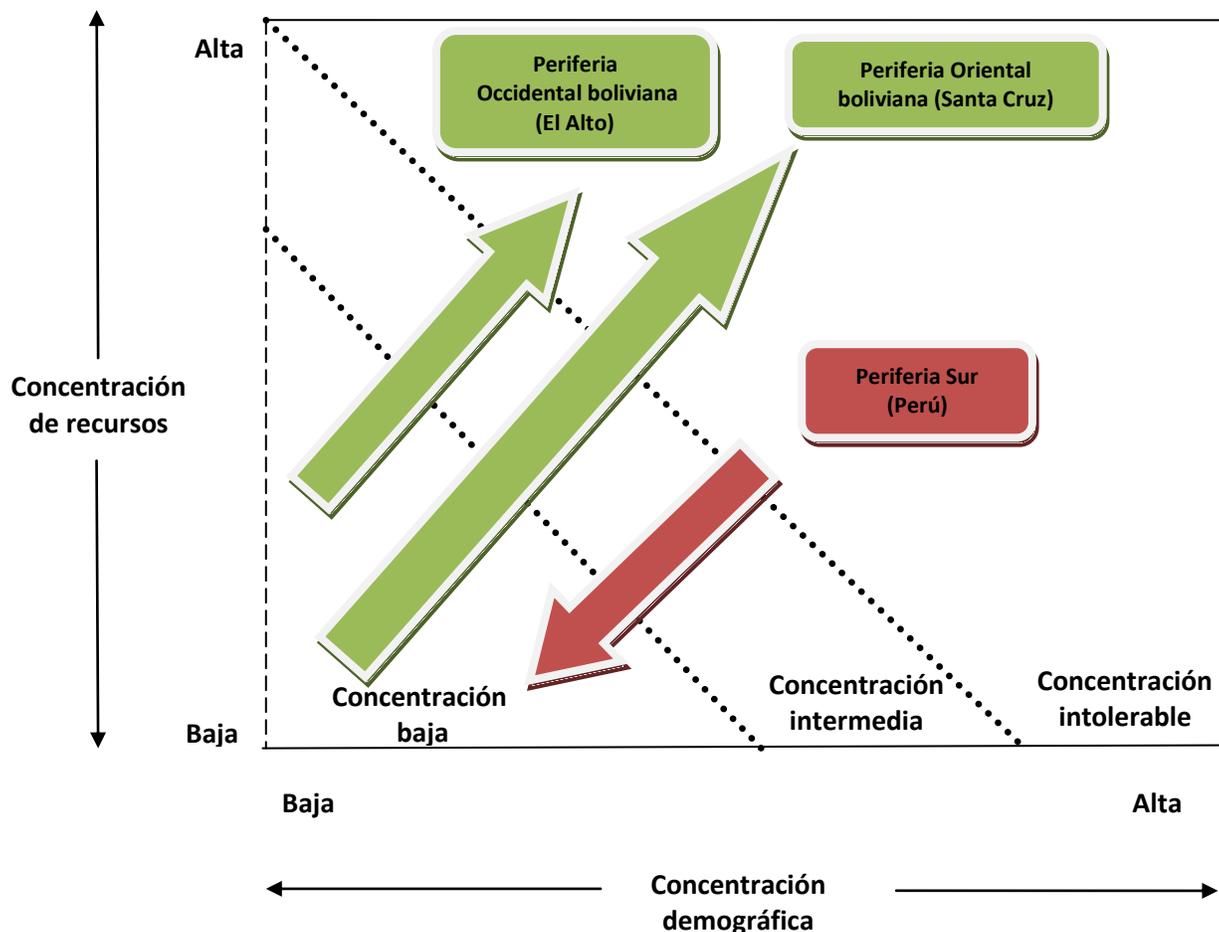
importancia de los cuerpos sociales intermediarios y que impone su voluntad sobre la sociedad a través de la centralización administrativa. Para Tocqueville, el principal problema del centralismo en Francia es su anverso: el aniquilamiento de las fuerzas sociales medievales que permitían la libertad, el auto-gobierno. En la concepción republicana de la libertad que poseía Tocqueville, el centralismo es el proceso por el cual los franceses perdieron la capacidad de auto-gobernarse (de darse sus propias leyes) y, por tanto, la vía por la cual perdieron su libertad. Pero, a cambio, gracias a la centralización administrativa consiguieron que sus habitantes fueran cada vez más iguales. El Estado burocrático fue devorando a su sociedad organizada y convirtiéndose en un agente en la construcción de una *égalité de conditions* para los individuos. Es así que el desarrollo de un Estado centralista permite la emergencia de un tipo de régimen que Tocqueville llamará democracia tiránica. Es democrático pues la sociedad está compuesta por individuos cada vez más iguales, pero es tiránica pues esos mismos individuos han abdicado del auto-gobierno.

Esta trayectoria tocquevilleana se realiza en el Perú en un movimiento de tres décadas. Si en esta tesis he observado las relaciones entre centro y periferia, a estas alturas podemos generalizar a las relaciones entre Estado y sociedad. Al inicio de nuestra trayectoria la periferia más fuerte peruana, la del sur, poseía unas elites políticas altamente imbricadas con la vida política peruana a través de partidos nacionales o, eventualmente, de partidos de carácter regional, que se manifestaban, sobre todo, en la arena legislativa nacional. Sin embargo, el gobierno militar de Velasco Alvarado, la guerra contra SL en los ochenta y, finalmente, el gobierno altamente centralista y autoritario de Alberto Fujimori, dismantelaron los espacios de sociedad organizada y posteriormente las unidades institucionales de representación de los intereses periféricos. El Perú de hoy, a pesar de la descentralización por la que pasa, es de un centralismo agudo. No solo en la forma institucional cotidiana en que se generan las políticas públicas, sino en el peso mínimo que las regiones tienen en la política general. Una sociedad que no tiene mecanismos de hacerse oír frente al Estado. La sociedad solamente reclama a través de lo que Panfichi (2011) llama bien la “representación contenciosa”. Disputas puntuales y callejeras se convierten en una voz efímera de representación a través de la protesta localizada. Pero no existe la

representación organizada y persistente de unos intereses sociales determinados. Este es el legado más duradero de la trayectoria que he estudiado aquí: un Estado que ha logrado que su sociedad periférica sea incapaz de agregar intereses para imponerle presiones importantes al Estado. No es un Estado fuerte, capaz pero es un Estado que logró desarticular a las elites periféricas y desmovilizar a su sociedad periférica. Si en Bolivia la situación de los años 2000 se explica mejor desde la sociedad, la peruana se explica mejor desde el Estado.

Ahora bien, como he querido mostrar las vías Migdal y Tocqueville en ambos países se articulan sobre una situación de espacialidad que también difiere en ambos casos. La situación final de estas elites periféricas y de su relación con el Estado central se asienta sobre una *estructura del espacio* en cada país. En el siguiente gráfico observamos la forma como se movieron las periferias de Bolivia y Perú a lo largo de la trayectoria en nuestra matriz inspirada en el papel de las ciudades de Tilly. Como veremos, el movimiento es casi perfectamente inverso.

**Gráfico 23. Desplazamiento de las periferias a lo largo de la trayectoria estudiada**



Como se observa, ambos países han sufrido una alteración importante en esta dimensión espacial que combina recursos y población sobre el territorio del país. Vale decir, los actores políticos, las elites, de la periferia boliviana cuentan con una estructura espacial de oportunidad política que facilita la capacidad de incidir sobre la política nacional. La ciudad de Santa Cruz tiene ahora una población mayor que la de la capital y contribuye al PBI boliviano tanto como La Paz. Y, en el occidente, la ciudad de El Alto, posee también casi tantos habitantes como La Paz. Lo contrario ha sucedido en el Perú, donde los actores políticos en la periferia han visto reducido sus apoyos en términos de recursos y de población, lo cual los sitúa en una situación de

debilidad frente al centro político. Aunque al inicio de nuestra trayectoria Lima era más importante que el resto de ciudades en el país, durante nuestra trayectoria el país pasó a ser macro-cefálico. Si en Bolivia emergió una periferia con dos centros urbanos capaces de agregar los intereses de sus respectivas regiones, en el Perú la periferia se fragmentó en muchas ciudades pequeñas sin que ninguna articule los intereses de ninguna región. Y hoy, aun cuando Lima pierde importancia demográfica y económica en relación con el resto del país, aquello que Lima pierde no es recolectado por ninguna ciudad ni región en particular.

Ahora bien, esto no equivale a decir que la importancia o agudeza del cleavage territorial se derive directamente de esta dimensión espacial, incide en la medida en que los actores políticos están en mejor o peor condición para politizar una región determinada frente al centro. Por lo cual hace falta mirar a la tabla que combina los factores estructurales con los políticos.

**Tabla 1. Dimensiones de análisis y resultados del argumento general.**

	Elite (+)	Elite (-)
Estructura Espacial de Oportunidades Políticas (+)	1 Cleavage Centro/periferia	2 Conflicto latente
Estructura Espacial de Oportunidades Políticas (-)	3 Disputas/Divergencias focalizadas	4 No cleavage No conflicto

Durante las trayectorias estudiadas los países pasaron por distintas situaciones en las relaciones entre sus centros y periferias. Durante los años cuarenta y cincuenta en el Perú ella se encontraba a medio camino entre la casilla 1 y 3. Al contar con elites políticas el sur peruano podía hacer oír sus intereses en el centro. Sin embargo la región no era tan rica (aunque sí poblada) para estructurar un cleavage definitivo,

aunque conseguía plantear cuestiones puntuales y exigir al centro diversas demandas. Bolivia, en cambio, al inicio de la trayectoria se encontraba en la casilla 4. Sus periferias eran débiles desde todo punto de vista (aunque hay que aceptar que había una proto-élite). Con el correr de las décadas ambos países variaron estas situaciones. Al final de la trayectoria el Perú se desplazó hacia la casilla 4 y Bolivia hacia la 1. Muy recientemente, en especial debido a las grandes inversiones mineras, el Perú parece desplazarse hacia la casilla 2. Carece de un centro urbano que haga las veces de Santa Cruz y no posee una elite, pero parecieran haber algunos gérmenes para formar un cleavage en el futuro.

¿Cuánto puede cambiar esta situación en el futuro? Las posibilidades de cambio son pocas. En Bolivia la sociedad movilizadora es una constante y no se puede descartar que una vez más obligue a cambios de presidentes, de régimen o de constituciones. Una nueva situación de incertidumbre re-activaría a una periferia cruceña golpeada por la acción del MAS en los últimos años. La situación general boliviana seguirá siendo una de tipo predominantemente *society-driven*. En el corto plazo peruano tampoco es probable que la situación cambie, la sociedad periférica tiene un grado de desarticulación y ausencia de elites que difícilmente podrá alterarse rápidamente ante lo cual el Poder Ejecutivo seguirá siendo la gran fuerza nacional en esta trayectoria que, en contraste a la boliviana es, más bien, predominantemente *state-driven*. Esto no quiere decir que la sociedad no se movilice, de hecho es probable que la protesta siga en aumento, a lo que aludo es que será difícil la emergencia de lo “regional”.

Sin embargo, en el mediano plazo podrían abrirse cambios en esta trayectoria peruana. Según el último censo de 2007, Lima ha desacelerado su crecimiento y debería estabilizar su población alrededor de diez millones de habitantes. Asimismo, en el plano económico, Lima también decae en importancia en la última década. El año 2001 la capital generó el 53% del PBI nacional y el 2010 produjo el 48%.<sup>322</sup> Y las ciudades del interior del Perú pasan por un momento de expansión económica. Arequipa, por ejemplo, pasó de generar el 4% del PBI a 5.7%. Evidentemente, tanto a nivel económico como demográfico, Lima sigue siendo un centro hegemónico sin capacidad de ser desafiado por una periferia todavía insignificante en recursos,

---

<sup>322</sup> *Revista Poder*, marzo 2012.

desorganizada y sin elites. Pero algo es claro: Lima pierde peso en favor de la periferia en general (pero no a favor de una ciudad o región en particular). ¿Podría alguna región peruana sacar provecho de esta pérdida de importancia por parte de Lima? Si esta tesis está en lo correcto para que ello ocurra deberían suceder varios procesos, algunos de ellos posibles y otros improbables. Los posibles: enriquecimiento de las regiones a partir de recursos naturales e incrementar su peso demográfico respecto de Lima en los próximos años. Los improbables: debido a la situación deplorable de la universidad en los departamentos del Perú las clases medias y altas seguirá enviando a sus hijos a estudiar a Lima y, por tanto, postergando la creación de elites regionales; en segundo lugar, no aparecerá en el Perú de las próximas décadas una ciudad con una importancia demográfica similar a la que El Alto ha jugado en la periferia occidental boliviana y Santa Cruz en la oriental. Sin elites y sin ciudad que coagule los intereses de las regiones la posibilidad de ver emerger un cleavage (en su sentido estricto) entre el sur peruano y Lima es bastante difícil.

Volvamos al presente. Una manera adicional de observar este contraste contemporáneo entre Perú y Bolivia se da si descendemos del nivel nacional al sub-nacional. Durante los años 2000, tanto Bolivia como Perú lanzaron un proceso agresivo de descentralización creando gubernaturas entre el nivel nacional y local. No tengo el espacio aquí para mostrar en detalle los resultados de dichas reformas pero me bastará señalar que las características migdalianas y tocquevilleanas de nivel nacional se reproducen en el nivel sub-nacional con la apertura de estos nuevos niveles de competencia política en ambos países.<sup>323</sup> La diferencia fundamental es que en el Perú las organizaciones políticas de carácter nacional son incapaces de conseguir cuotas importantes de gobiernos sub-nacionales (locales o regionales) los cuales tienden a quedar en manos de candidaturas de estricto nivel local o regional que, además, fracasan en estabilizarse en dichos niveles de gobierno. En Bolivia, por el contrario, el MAS ha pasado a ser la fuerza dominante tanto en la arena local (mandan en el 63% de los municipios bolivianos) como en la regional (con 6 de los 9 gobiernos regionales). Y en el oriente boliviano, donde el MAS no obtiene las gubernaturas (manifestación sub-nacional del cleavage que hemos estudiado en esta tesis), las organizaciones y

---

<sup>323</sup> El argumento detallado de este contraste sub-nacional entre Bolivia y Perú en Vergara 2011.

candidatos que las obtienen logran reelegirse en las elecciones de 2005 y 2010. El contraste entre un sistema político peruano altamente fragmentado y el boliviano donde surgen movimientos políticos que participan con éxito en distintos niveles de gobierno es el producto de la larga trayectoria que hemos estudiado en esta tesis y de las alteraciones en las relaciones entre Estado y sociedad en ambos países. La sociedad desestructurada peruana no genera plataformas sociales que puedan ser activadas políticamente por la emergencia de estas entidades estatales sub-nacionales; mientras que la fuerte y organizada sociedad boliviana sí consigue organizar plataformas políticas que disputen la preeminencia en estas nuevas instituciones estatales de nivel sub-nacional.

Finalmente, una manera de observar la relevancia de este diagnóstico es ir más allá de la comparación entre Bolivia y Perú. En especial, la debilidad de la periferia en el caso peruano es patente si hacemos un ejercicio simple de comparación a nivel sudamericano respecto del número de autoridades sub-nacionales que llegan a disputar con posibilidades de éxito la Presidencia de la República. Esto es un indicador claro de la importancia de las periferias respecto del centro. Como se aprecia en la Tabla XXIII el Perú es el único país de toda Sudamérica en los que en las dos últimas elecciones presidenciales los tres primeros puestos no tienen ningún vínculo con la periferia. Vale decir, ninguno de los seis candidatos poseían experiencia de gobierno sub-nacional, ni había representado legislativamente a alguna circunscripción no capitalina. En el resto de países, por el contrario, haber gobernado a nivel sub-nacional (como alcalde o gobernador) o haber representado legislativamente a una circunscripción no capitalina puede ser el escalón previo a la presidencia de la República (Argentina, Bolivia, Colombia, Uruguay) o puede permitir disputar el poder de un Presidente en ejercicio (Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Venezuela). La insignificancia de la periferia peruana, entonces, no solo es llamativa en comparación al caso boliviano que ya hemos observado en detalle, sino también en comparación al resto de sus pares sudamericanos.

**Tabla XXIII. Procedencia sub-nacional de los candidatos a la Presidencia en las dos últimas elecciones presidenciales en los 10 países sudamericanos.**

País	Candidatos en la penúltima elección presidencial	Candidatos en la última elección presidencial
Argentina	Cristina Kirchner	Cristina Kirchner
	Elisa Carrió	Hermes Binner
	Roberto Lavagna	Ricardo Alfonsín
Brasil	Ignacio da Silva	Dilma Rousseff
	Gerardo Alckmin	José Serra
	Heloísa Helena	Marina Serra
Bolivia	Evo Morales	Evo Morales
	Jorge Quiroga	Manfred Reyes Villa
	Samuel Doria Medina	Samuel Doria Medina
Chile	Michelle Bachelet	Sebastián Piñera
	Sebastián Piñera	Eduardo Frei
	Joaquín Lavín	Marco Enríquez-Ominami
Colombia	Álvaro Uribe	Juan Manuel Santos
	Carlos Gaviria Díaz	Antanas Mockus
	Horacio Serpa	Juan Manuel Vargas Lleras
Ecuador	Rafael Correa	Rafael Correa
	Álvaro Noboa	Lucio Gutiérrez
	León Roldós Aguilera	Álvaro Noboa
Paraguay	Nicanor Duarte	Fernando Lugo
	Julio César Franco	Blanca Ovelar
	Pedro Fadul	Lino Oviedo
Perú	Alan García	Ollanta Humala
	Ollanta Humala	Keiko Fujimori
	Lourdes Flores	Pedro Pablo Kuczynski
Uruguay	Tabaré Vázquez	José Mujica
	José Larrañaga	Luis Alberto Lacalle
	Guillermo Stirling	Pedro Bordaberry
Venezuela	Hugo Chávez	Hugo Chávez
	Francisco Arias Cárdenas	Manuel Rosales
	Claudio Fermín	Luis Reyes

En color naranja los candidatos que fueron representantes legislativos de circunscripciones no capitalina

En color verde los candidatos que fueron autoridades de gobiernos sub nacionales

Fuente: Political Data Base of Americas, Georgetown University. Elaboración propia.

Terminemos con una última comparación. En la prensa internacional y en los temores de la burguesía peruana, Ollanta Humala debía ser el equivalente de Evo Morales. Hoy que Ollanta Humala lleva diez meses en el poder se va esclareciendo cuan desacertada era la analogía. Pero tal error no es una sorpresa si seguimos dos ideas centrales que

esta tesis ha querido mostrar reiteradamente. En primer lugar, Evo Morales es la representación de la sociedad fuerte boliviana; es presidente boliviano, pero no ha dejado de ser el Presidente de la Federación de las seis centrales sindicales cocaleras del Chapare boliviano. Ollanta Humala, en cambio, es el representante de (o, acaso simboliza) la centralización estatal peruana: es un ex-militar recibido con los brazos abiertos por una sociedad acostumbrada a delegar su destino al poder central. Si lo que he mostrado en esta tesis en términos de relaciones Estado y sociedad es correcto, la elección y actuación en el poder de Morales y Humala son la cereza final de mi argumento.

En segundo lugar, la geografía. El Presidente Ollanta Humala puede olvidar sus ímpetus de candidato reformista, en gran medida, porque gobierna en Lima, capital que alberga el poder económico y demográfico. La capital donde gobierna no le exige grandes modificaciones al modelo económico que Humala prometía alterar. En Lima nadie lo censura, nadie le tira una piedra. Sus reformistas votantes están a mil kilómetros, en el sur del Perú. Si debiera gobernar en el Cusco otra sería la historia. Evo Morales, por su parte, gobierna en La Paz, corazón del occidente boliviano, las piedras de Santa Cruz no llegan hasta el altiplano. Ambos tienen a sus partidarios y opositores bien situados en el territorio del país.<sup>324</sup> El espacio importa. Ambos han sacado partido de su estructura espacial de oportunidades y vienen gobernando con ella como aliada. Sin esta espacialidad fraguada en las últimas décadas no se entiende el destino de estos dos gobernantes el día de hoy.

En resumen, mis dos dimensiones de análisis (relaciones Estado y sociedad y la espacialidad de la política) estructuran la vida política de ambos países y, aunque pueda haber cambios en el mediano plazo, será poco probable que estas trayectorias se modifiquen sustancialmente en los próximos años y, menos aún, que se reviertan por completo. Los actores políticos estarán, en el futuro mediato, enmarcados y restringidos por los grandes cambios que, en estas dos dimensiones, se realizaron lentamente durante la segunda mitad del siglo XX.

---

<sup>324</sup> Desde luego, Evo Morales tiene cada vez más opositores en el occidente boliviano por el natural desgaste de gobierno.

## Bibliografía

Agnew, John A. (1987), *Place and Politics: The Geographical Mediation of State and Society*, Boston & Londres: Allen & Unwin.

Alexander, Robert J., (1958), *The Bolivia National Revolution*, Westport: Greenwood Press.

Albó, Xavier, (2004), Ethnic Identity and Politics in the Central Andes. The case of Bolivia, Ecuador and Perú, en Burt, Jo-Marie & Philip Mauceri (eds.) *Politics in the Andes. Identity, Conflict, Reform*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp.17-37.

Alenda, Stéphanie (2002), CONDEPA y UCS, ¿fin del populismo?, *Opiniones y Análisis*, Vol.57, pp.85-122.

Anria, Santiago, (2011), Bolivia's MAS: between party and movement, en Maxwell Cameron & Eric Hershberg (eds) *Latin America's Left Turns*, Boulder: Lynn Rienner, pp.101-125.

Ansell, Christopher, (2004), Restructuring Authority and Territoriality, en Ansell, Christopher & Giuseppe Di Palma (eds.) *Restructuring Territoriality. Europe and the United States Compared*, Cambridge: Cambridge University Press, pp.3-18.

Amoretti, Ugo, (2004a), Italy: Political Institutions and the Mobilization of Territorial Differences, en Amoretti, Ugo & Nancy Bermeo (eds.) *Federalism and Territorial cleavages*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, pp.181-200.

Amoretti, Ugo, (2004b), Introduction. Federalism and Territorial cleavages, en Amoretti, Ugo & Nancy Bermeo (eds.) *Federalism and Territorial cleavages*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, pp.1-23.

Amoretti, Ugo & Nancy Bermeo (eds.) (2004), *Federalism and Territorial cleavages*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Antelo, Sergio, (2003), *Los cruceños y su derecho a la libre determinación*, Santa Cruz de la Sierra: Sergio Antelo editor.

Arce, Roberto, (2003), *Desarrollo económico e histórico de la minería en Bolivia*, La Paz: Plural Editores.

Arce, Moisés, (2005), *Market Reform in Society: Post-crisis Politics and Economic Change in Authoritarian Peru*, University Park: Pennsylvania State University Press.

Arce, Moisés & Paul T. Bellinger, (2007), Low-Intensity Democracy Revisited: The Effects of Economic Liberalization on Political Activity in Latin America, *World Politics*, Vol.60, No.1, pp.97-121.

Arce, Moisés & Roberta Rice, (2009), Societal protest in post- stabilization Bolivia, *Latin American Research Review*, Vol. 44, No.1, pp.88-101.

Arguedas, José María, [1955] (2011), *Los ríos profundos*, Lima: Horizonte.

Aron, Raymond, (1968), *Les étapes de la pensée sociologique*, París: Gallimard.

Assies, Willem (2006), La “Media Luna” sobre Bolivia: nación, región, etnia y clase social, *América Latina Hoy*, Vol.43, agosto, pp.87-105.

Ayo, Diego (2004), *Voces críticas de la descentralización. Una década de participación popular*, Fundación Friedrich Ebert y el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, La Paz: Plural Editores.

Baker, Andy, (2009), Regionalized Voting Behavior and Political Discussion in Mexico, en Dominguez, Jorge I., Chappell Lawson y Alejandro Moreno (eds.) *Mexico's Choice: The 2006 Presidential Campaign in Comparative Perspective*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp.71-88.

Balbi, Carmen Rosa, (1996), El Fujimorismo: Delegación vigilada y ciudadanía, *Pretextos*, 9, pp.187-223.

Bartolini, Stefano & Peter Mair (1990), *Identity, Competition, and Electoral Availability: the stabilisation of European electorates 1885-1985*, Cambridge: Cambridge University Press.

Bartolini, Stefano, (2000), *The political mobilization of the European Left, 1860-1980*, Cambridge: Cambridge University Press.

Bartolini, Stefano, (2004), Old and new peripheries in the European processes of territorial expansion, en Ansell, Christopher K. y Giuseppe Di Palma (eds.) *Restructuring Territoriality: Europe and the United States Compared*, Cambridge: Cambridge University Press, pp.19-44.

Basadre, Jorge, [1931] (1978), *Perú: problema y posibilidad*, Lima: Banco Internacional del Perú.

Beissinger, Mark R., (2008), A New Look at Ethnicity and Democratization, *Journal of Democracy*, Vol.19, No.3, pp.85-97.

Berlin, Isaiah, (1979), Nacionalismo, descuido del pasado, poder actual, en *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, México DF: Fondo de Cultura Económica, pp.415-438.

Berman, Sheri, (2006), *The Primacy of Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.

Blacksell, Mark, (2006), *Political geography*, Nueva York: Routledge.

Birch, S. (2000), Interpreting the regional effect in Ukrainian politics, *Europe-Asia Studies*, Vol.52, No.6, pp.1017-1041.

Brady, Henry & David Collier, (2004), *Rethinking Social Enquiry. Diverse tools, shared standards*, Oxford: Lowmann & Littlefields Publishers.

Bracanti, Dawn, (2008), The origins and strength of regional parties, *British Journal of Political Science*, Vol.38, pp.135-159.

Braudel, Fernand, (1958), Histoires et sciences sociales: la longue durée, *Annales*, No.4, pp.725-753.

Boone, Catherine, (2003), *Political Topographies of the African State: Territorial Authority and Institutional Choice*, Cambridge: Cambridge University Press.

Bourque, Susan C. & David Scott Palmer, (1975), Transforming the Rural Sector: Government Policy and Peasant Response, en Lowenthal, Abraham F (ed.) *The Peruvian experiment: continuity and change under military rule*, Princeton: Princeton University Press, pp.179-219.

Bourricaud, Françoise, (1967), *Cambios en Puno: estudios de sociología andina*, México D.F.: Instituto Indígena Mexicano.

Burbano, Felipe, (2011), Las luchas territoriales en Ecuador y Bolivia. Identidad, nación y Estado, en Cueto, Marcos & Adrián Lerner (eds.) *Desarrollo, desigualdades y conflictos sociales. Una perspectiva desde los países andinos*, Lima: IEP, pp.115-141.

Burgess, Katrina & Steven Levitsky, (2003), Explaining Populist Party Adaptation in Latin America: Environmental and Organizational Determinants of Party Change in Argentina, Mexico, Peru, and Venezuela, *Comparative Political Studies*, Vol.36, No.8, pp.859-880.

Bullick, Lucie, (1999), *Pouvoir militaire et société au Pérou aux XIXe et XXe siècles*, Paris: Publications de la Sorbonne.

Burke, Melvin, (1971), Land Reform in the Lake Titicaca Region, en Malloy James M. & Richard Thorn (eds.) *Beyond the Revolution: Bolivia Since 1952*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp.301-339.

Burt, Jo-Marie. (2004), State Making against Democracy: the case of Fujimori's Peru, en Jo-Marie, Burt & Philip Mauceri (eds.) *Politics in the Andes. Identity, Conflict, Reform*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp.247-268.

Burt, Jo-Marie, (2006), Quien habla es terrorista: The political use of fear in Fujimori's Peru, *Latin American Research Review*, Vol. 41, No.3, pp.32-62.

Burt, Jo-Marie, (2009), *Violencia y Autoritarismo en el Perú: Bajo la sombra de sendero y la dictadura de Fujimori*, Lima, IEP y Servicios Educativos Rurales.

Burton, Michael & John Higley, (2006), *Elite foundations of Liberal Democracy*, Lanham, Rowman & Littlefield.

Caballero, José María, (1981), *Economía agraria de la sierra peruana antes de la reforma agraria de 1969*, Lima: IEP.

Caramani, Daniele, (2004), *The Nationalizations of Politics. The formation of national electorates and party systems in Western Europe*, Nueva York: Cambridge University Press.

Carothers, Thomas, (2002), The End of the Transition Paradigm, *Journal of Democracy*, Vol. 13, No.1, pp.5-21.

Cameron, Maxwell, (1998), Self-Coups: Peru, Guatemala, and Russia. *Journal of Democracy*. Vol. 9, No. 1, pp. 125-139.

Caravedo, Baltazar, (1978). *Desarrollo desigual y lucha política en el Perú 1948-1956. La burguesía arequipeña y el estado peruano*, Lima: IEP.

Caravedo, Baltazar, (1992), Las regiones: ¿descentralizarán al Perú? , en González, Roberto (ed.) *Regionalización: primer bienio*, Lima: Fundación Friedrich Ebert, pp.19-54.

Carter, William E., (1971), Revolution and the Agrarian Sector, en Malloy James M. & Richard Thorn (eds.) *Beyond the Revolution: Bolivia Since 1952*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp.233-268.

Cayo, Percy, (2010), *Perú y Bolivia: una historia común*, Lima: Universidad del Pacífico.

Chiaromonti, Gabriella, (2004), Los nudos del sufragio, en McEvoy, Carmen *La experiencia burguesa en el Perú*, Madrid y Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, pp.285-307.

Centellas, Miguel, (2009), Electoral Reform, Regional Cleavages, and Party System Stability in Bolivia, *Journal of Politics in Latin America*, Vol.1, No.2, pp.115-131.

Centeno, Miguel Angel, (2002), *Blood and Debt: War and the Nation-State in Latin America*, University Park: The Pennsylvania State University Press.

Chalmers, Douglas, (1977), The Politicized State in Latin America, en Malloy, James (ed.) *Corporatism and Authoritarianism in Latin America*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp.23-46.

Chibber, Pradeep & Ken Kollman, (2004), *The Formation of National Party Systems. Federalism and Party competition in Canada, Great Britain, India and United States*, Princeton: Princeton University Press.

Collier, David, (1978), *Barriadas y elites: de Odría a Velasco*, Lima: IEP.

Collier, David, (1979), *The new Authoritarianism in Latin America*, New Jersey: Princeton University Press.

Collier, David & Steven Levitsky, (1997), Democracy with adjectives: Conceptual innovation in comparative research, *World Politics*, Vol.49, pp.430-51.

Collier, David & Ruth Collier, (2006), *Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the labor movement and regime dynamics in Latin America*, Notre Dame: University of Notre Dame Press.

Collier, Ruth, (1999), *Paths toward democracy, The working class and elites in western Europe and South America*, Cambridge: Cambridge University Press.

Collins, Jennifer (2004), Linking Movement and Electoral Politics. Ecuador's Indigenous Movement and the Rise of Pachakutik, en Burt, Jo-Marie & Philip Mauceri (eds.) *Politics in the Andes. Identity, Conflict, Reform*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp.38-57.

Colque, Wilford, (2004), Distribución de tierras para vivir con dignidad, en Vargas John D. (ed.) *La Reforma Agraria desde las regiones: tierra y territorio*, La Paz: CIDES, Plural editores, pp.139-143.

Comisión de la Verdad y Reconciliación, (2003), *Hatun Willakuy*, Lima: Comisión de la Verdad y Reconciliación, IDEHPUCP, Defensoría del Pueblo y Misereor.

Conaghan, Catherine M. & James M. Malloy, (1994), *Unsettling statecraft. Democracy and Neoliberalism in the Central Andes*. Pittsburgh & Londres: University of Pittsburgh Press.

Conniff, Michael L., (1999), *Populism in Latin America*, Tuscaloosa: University Alabama Press.

Contreras, Carlos, (2004), *El aprendizaje del capitalismo. Estudios de historia económica y social del Perú republicano*, Lima: IEP.

Contreras, Carlos & Marcos Cueto, (2004), *Historia del Perú Contemporáneo*, Lima: PUCP, Universidad del Pacífico, IEP.

Contreras, Carlos & Marcos Cueto, (2007), *Historia del Perú Contemporáneo*, Lima: IEP.

Cornejo Chávez, Héctor, Entrevista, en Hildebrandt, César, [1981] (2009), *Cambio de Palabras*, Lima: Tierra Nueva editores, pp.121-132.

Corrales, Javier, (2003), Market Reforms, en Domínguez, Jorge & Michael Shifter (eds.) *Constructing Democratic Governance in Latin America*, Baltimore & Londres: The Johns Hopkins University, pp.74-99.

Cotler, Julio, (1967), La mecánica de la dominación interna y del cambio social en el Perú, en *Mesas redondas y conferencias*, No.6, pp.145-185.

Cotler, Julio, (1975), The New Mode of Political Domination, en Lowenthal, Abraham F (ed.) *The Peruvian experiment: continuity and change under military rule*, Princeton: Princeton University Press, pp.44-78.

Cotler, Julio, (1978), A structural-historical approach to the breakdown of democratic institutions: Peru, en Linz, Juan & Alfred Stepan (eds.) *The breakdown of democracies*, Baltimore: Johns Hopkins University, pp.178-206.

Cotler, Julio, (1979), State and Regime: Comparative Notes on the Southern Cone and the “Enclave” Societies, en Collier, David (ed.) *The new Authoritarianism in Latin America*, New Jersey: Princeton University Press, pp.255-282.

Cotler, Julio, (1986), Military intervention and “Transfer of Power to Civilians” in Peru, en O’Donnell, Guillermo, Schmitter, Phil & Lawrence Whitehead (eds.) *Transitions from Authoritarian Rule: Latin America*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, pp.148-172.

Cotler, Julio, (1995), Political parties and the problems of democratic consolidation in Peru, en Mainwaring Scott y Timothy R. Scully (eds.) *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*, Palo Alto: Standford University Press, pp.323-353.

Cotler, Julio & Romeo Grompone, (2001), *El fujimorismo. Acenso y caída de un régimen autoritario*, Lima: IEP.

Cotler, Julio, [1978] (2006), *Clases, Estado y Nación*, Lima: IEP.

Crabtree, John, (2010), Democracy without parties? Some lessons from Peru, *Journal of Latin American Studies*, Vol.42, No.2, pp.357-382.

Dabène, Olivier, (1994), *L'Amérique Latine au XX siècle*, París: Armand Collin.

Dahl, Robert A., (1971), *Poliarchy: participation and opposition*, New Haven: Yale University Press.

Dahl, Robert A., (1978), Pluralism Revisited, *Comparative Politics*, Vol.10, No.2, pp.191-203.

Dahl, Robert A. (ed.), (1966), *Political Oppositions in Western Democracies*, New Haven: Yale University Press.

Dargent, Eduardo & Paula Muñoz, (2011), Democracy against parties? Party deinstitutionalization in Colombia, *Journal of Politics in Latin America*, Vol.3, No.2, pp.43-71.

Dargent, Eduardo, (2011), Lo que nos deja la elección (y lo que se viene), en Meléndez, Carlos (comp.) *Post candidatos. Guía analítica de supervivencia hasta las próximas elecciones*, Lima: MITIN, pp.337-358.

Dargent, Eduardo & Alberto Vergara, (2011), *Decentralization against Parties? The Effects of Decentralization on Political Parties in Bolivia, Colombia and Peru*, artículo presentado en el Workshop “Ruling Politics: The Formal and Informal Foundations of Power in New Democracies”, Harvard University, 21-22 de noviembre de 2011.

Dargent, Eduardo & Alberto Vergara, (2010), Entrevista a Valentín Paniagua Corazao, *Politai*, Año 0, Número 0, pp.109-129.

de la Cadena, Marisol, (2004), *Indígenas mestizos: Raza y cultura en el Cusco*, Lima: IEP.

de la Cadena, Marisol, (1999), De raza a clase: la insurgencia intelectual provinciana en el Perú (1910-1970), en Stern, Steve (ed.) *Los senderos insólitos del Perú*. Lima: IEP -Universidad de Huamanga, pp.39-72.

Debray, Régis (1974), *La Guérilla du Che*, París: Le seuil.

Degregori, Carlos Iván, (1990), *El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969-1979*, Lima: IEP.

Degregori, Carlos Iván & José Coronel, (1996), *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, Lima: IEP.

Degregori, Carlos Iván & Carlos Meléndez, (2007), *El Nacimiento de los Otorongos. El Congreso de la República durante los gobiernos de Alberto Fujimori*, Lima: IEP.

Degregori, Carlos Iván, (2011), *Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999*, Lima: IEP.

Demelas, Marie Danielle, (1992), *L'invention du politique. Bolivie, Equateur, Pérou au XIX siècle*, París: Éditions recherches sur les civilisations.

Deustua, José & José Luis Rénique (1984), *Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú 1897-1931*, Cusco: Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas.

Drake, Paul, (1989), *The Money Doctor in The Andes: The Kemmerer Missions, 1923-1933*, Durham: Duke University Press.

Drake, Paul W. & Eric Hershberg, (2006), *State and Society in Conflict: Comparative Perspectives on Andean Crises*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Drinot, Paulo (2011), *The Allure of Labor. Workers, Race and the Making of the Peruvian State*, Durham y Londres: Duke University Press.

Dresser, Denise, (1992), Neopopulist Solutions to Neoliberal Problems: Mexico's National Solidarity Program, *Center for U.S.-Mexican Studies*, No.3.

Dunkerley, James, (1984), *Rebellion in the veins. Bolivia 1952-1984*, Londres: Verso.

Durazo, Julián, (2009), Neo-Patrimonialism and Subnational Authoritarianism in Mexico. The Case of Oaxaca, *Journal of Politics in Latin America*, Vol.2, No.2, pp.85-112.

Eaton, Kent, (2011), Conservative Autonomy Movements: Territorial Dimensions of ideological Conflict in Bolivia and Ecuador, *Comparative Politics*, Vol.43, No.3, pp.291-310.

Eaton, Kent, (2007), Backlash in Bolivia: Regional autonomy as a reaction against indigenous mobilization, *Politics and Society*, Vol.35, No.1, pp.71-102.

Einaudi, Luigi R. & Alfred C. Stepan, (1971), *Latin American Institutional Development: Changing Military Perspectives in Peru and Brazil*, Santa Monica: Rand.

Eisenstadt, S.N., (1981), Cultural orientations and center-periphery in Europe in a comparative perspective, en Per Torsvik (ed.) *Mobilization, center-periphery structures and nation-building*, Oslo: Universitetsforlaget, pp.94-107.

Esping-Andersen, Gosta, (1990), *Le Trois mondes de l'État-providence. Essai sur le capitalisme moderne*, París: Presses Universitaires de France.

Fabbrini, Sergio (2004), The European Union in American Perspective: The Transformation for Territorial Sovereignty in Europe and The United States, en Ansell, Christopher K. & Giuseppe Di Palma (eds.) *Restructuring Territoriality: Europe and the United States Compared*, Cambridge: Cambridge University Press, pp.163-187.

Faletti, Tulia, (2010), *Decentralization and subnational politics in Latin America*, Cambridge: Cambridge University Press.

Fitzgerald, Edmund V.K., (1981), *La economía política del Perú 1956-1978, desarrollo económico y reestructuración del capital*, Lima: IEP.

Flyvbjerg, Bent, (2001), *Making Social Science Matter: Why Social Inquiry Fails and How It Can Succeed Again*, Cambridge: Cambridge University Press.

Fuentes, Hernán, (2007), *Entrevista por Christian Reynoso*, en Cabildo Abierto. Revista de Análisis Político, Puno: Servicios Educativos Rurales, No.20, enero-febrero, pp.4-5.

Furet, François, (1978), *Repenser la Révolution Française*, París: Gallimard.

Gaddis, John Lewis, (2002), *The Landscape of History: How Historians Map the Past*, Nueva York: Oxford University Press.

Galindo, Mario, (2006), *Autonomías Departamentales en la Bolivia de la Asamblea Constituyente. Descentralización Política, Administrativa y Fiscal Financiera*, La Paz: CEBEM, Tomo I.

Gamarra, Eduardo, (1997), Hybrid presidentialism and democratization: the case of Bolivia, en Mainwaring, Scott & Shugart, Matthew (eds.) *Presidentialism and democracy in Latin America*, Nueva York: Cambridge University Press, pp.363-393.

García Belaunde, Víctor Andrés, (1988), *Los ministros de Belaúnde*, Lima: Minerva.

Geddes, Barbara, (1990), How the Cases You Choose Affect the Answers You Get: Selection Bias, *Political Analysis*, Vol. 2, No.1, pp.131-150.

Gilbert, Dennis L., (1977), *The oligarchy and the old regime in Peru*, Nueva York: Cornell University Press.

Gray Molina, George, (2008), State-Society Relations in Bolivia. The strength of weakness, en Crabtree, John & Laurence Whitehead (eds.) *Unresolved Tensions. Bolivia. Past and Present*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, pp.109-124.

Grindle, Merilee, (2000), *Audacious Reforms. Institutional invention and Democracy in Latin America*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Grompone, Romeo, (1996), El reemplazo de las elites políticas en el Perú, *Nueva Sociedad*, No. 144, julio- agosto, pp.114-125.

Gonzales, Remberto, (2004), Dotación insuficiente, concentración indebida, doble dotación y reversión, en en Vargas John D. (ed.) *La Reforma Agraria desde las regiones: tierra y territorio*, La Paz: CIDES, Plural editores, pp.152-159.

Goldstone, Jack, (2010), The New Population Bomb. The Four Megatrends That Will Change the World, *Foreign Affairs*, Vol. 89, No.1, pp.31-43.

Guerra, François Xavier, (2003), Las mutaciones de la identidad en la América hispánica, en Guerra, François Xavier & Antonio Annino (coord.) *Inventando la Nación. Iberoamérica Siglo XIX*, México DF: Fondo de Cultura Económica, pp.185-220.

Gibson, Edward, (2005), Boundary control. Subnational authoritarianism in democratic countries, *World Politics*, Vol. 58, No.1, pp 101-132.

Gilly, Adolf, (2007), Foreword, en Hylton, Forrest & Sinclair Thomson, *Revolutionary Horizons: Past and Present in Bolivian Politics*, Nueva York: Verso.

Goodrich, Carter, (1971), Bolivia in Time of Revolution, en James Malloy (ed.) *Beyond the revolution. Bolivia since 1952*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp.3-24.

Gootenberg, Paul, (1991), North-South: Trade, policy, regionalism and Caudillo in post-independence Peru, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 23, No. 2, pp.273-308.

Gotkowitz, Laura (2007), *A Revolution for our Rights. Indigenous Struggles for Land and Justice in Bolivia, 1880-1952*, Durham y Londres: Duke University Press

Gottman, Jean (ed.), (1980), *Center and Periphery. Special Variation in Politics*, Beverly Hills: Sage.

Guzmán, Abimael, (1988), Entrevista, *El Diario*, 24 de julio de 1988.

Haarstad, Havard & Vibeke Anderson, (2009), Backlash Reconsidered: Neoliberalism and Popular Mobilization in Bolivia, *Latin American Politics and Society*, Vol. 51, No4, pp.2-28.

Hall, Peter, (1993) Policy paradigms, social learning and the State, *Comparative Politics*, Vol.23, pp.275-296.

Hall, Peter A. & Rosemary Taylor, (1997), La science politique et les trois neo-institutionnalismes, *Revue française de science politique*, Vol.47, No.3-4, pp.469-496.

Hall, Peter A., (2003), Aligning Ontology and Methodology in Comparative Politics, en Mahoney, James & Dietrich Rueschemeyer (eds.) *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, Cambridge: Cambridge University Press, pp.373-404.

Hanson, Stephen, (2010), *Post-Imperial Democracies. Ideology and party-formation in third Republic in France, Weimer Germany, and post-Soviet Russia*, Nueva York: Cambridge University Press.

Harbers, Imke, (2010), Decentralization and the development Nationalized Party Systems in New Democracies: Evidence from Latin America, *Comparative Political Studies*, Vol. 43, No. 5, pp.606-627.

Herbst, Jeffrey, (2008), Population Change, Urbanization, and Political Consolidation, en Goodin, Robert E. & Charles Tilly *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford: Oxford University Press, pp.649-663.

Herbst, Jeffrey, (2000), *States and Power in Africa: Comparative Lessons in Authority and Control*, Princeton, Princeton University Press.

Hinojosa, Iván, (1999), *Sobre parientes pobres y nuevos ricos: Las relaciones entre S.L y la izquierda radical peruana*, en Stern, Steve (ed.) *Los senderos insólitos del Perú*. Lima: IEP -Universidad de Huamanga, pp.73-92.

Horowitz, Donald L., (1985), *Ethnic Groups in Conflict*, Los Angeles: University of California Press.

Hunefeldt, Christine, (1997), The Rural Landscape and changing political awareness: enterprises, agrarian producers, and peasant communities 1969-1994, en Cameron, Max & Philip Mauceri (eds), *The Peruvian Labyrinth*, pp.107-133.

Hylton, Forrest & Sinclair Thompson, (2007), *Revolutionary Horizons. Past and Present in Bolivian Politics*, Londres & Nueva York: Verso.

Huntington, Samuel P., (1968), *Political order in changing societies*, New Haven & Londres: Yale University Press.

Huntington, Samuel P., (1991), *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman: University of Oklahoma Press.

Hurtado, Oswaldo, [1977] (2007), *El poder político en el Ecuador*, Quito: Planeta.

Immergut, Ellen M. & Karen M. Anderson, (2008), Historical Institutionalism and West European Politics, *West European Politics*, Vol. 31, No.1, pp.345–369.

Jacobsen, Nils & Nicanor Domínguez, (2011), *Juan Bustamante y los límites del liberalismo en el Altiplano: La rebelión de Huancané (1866-1868)*, Lima: Servicios Educativos Rurales.

Jones, Mark & Scott, Mainwaring, (2003), The nationalization of parties and party systems, *Party Politics*, Vol. 9, No.2, pp.139-166.

John, Sandor S., (2012), *Bolivia's Radical Tradition: Permanent Revolution in The Andes*, Tucson: University of Arizona Press.

Joseph, Gilbert Michael & Daniel Nugent (eds.), (1994), *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham: Duke University Press.

Kalberg, Stephen, (1994), *Max Weber's Comparative Historical Sociology*, Chicago: The Chicago University Press.

Kay, Bruce, (1996), Fujipopulism and the liberal state in Peru 1990-1995, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 38, No. 4, pp.55-98.

Klarén, Peter, (1976), *La formación de las haciendas azucareras y orígenes del APRA*, Lima: IEP.

Klarén, Peter, (2005), *Nación y Sociedad en la Historia del Perú*, Lima: IEP.

Kenney, Charles, (2003), The Death and rebirth of a party system, Peru 1978-2001, *Comparative Political Studies*, Vol. 36, No.10, pp.1210-1239.

Kenney, Charles, (2004), *Fujimori's coup and the Breakdown of Democracy in Latin America*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.

Klein, Herbert S., (1971), *Parties and political change in Bolivia, 1880-1952*, Cambridge: Cambridge University Press.

Klein, Herbert S., (2003), *A Concise History of Bolivia*, Cambridge: Cambridge University Press.

Knight, Alan, (1985a), The Mexican Revolution: Bourgeois? Nationalist? Or Just a 'Great Rebellion'? , *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 4, No. 2, pp.1-37.

Knight, Alan, (1985b), Caudillos y campesinos en el México revolucionario, 1910-1917, en Brading, A. David (comp.) *Caudillos y Campesinos en la Revolución Mexicana*, México: Fondo de Cultura Económica, pp.32-85.

Knight, Alan, (1998), Populism and Neopopulism in Latin America. Especially Mexico, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 30, No.2, pp.223-248.

Knight, Alan, (2001), The Modern Mexican State: theory and Practice, en Centeno M.A. & F. López-Alves (eds.) *The Other Mirror. Grand Theory through the Lens of Latin America*. Princeton, Princeton University Press, pp.177-218.

Knight, Alan, (2003), The Domestic Dynamics of the Mexican and Bolivian Revolutions, en Grindle, Marilee & Pilar Domingo (eds.), *Proclaiming Revolution: Bolivia in comparative perspective*, Londres: David Rockefeller Center for Latin American Studies and the Institute for Latin American Studies, pp.54-90.

Kohl, Benjamin, (2004), Privatization Bolivian Style: A Cautionary Tale, *International Journal of Urban and Regional Research*, Vol.28, No.4, pp.893-908.

Kohli, Atul (2009), Nationalist Versus Dependent Capitalist Development: Alternate Pathways of Asia and Latin America in a Globalized World, *Studies in Comparative International Development*, Vol. 44, No.4, pp.386-410.

Kuczynski, Pedro Pablo, (1980), *Democracia bajo presión económica*, Lima: Ediciones Treintaitres y Mosca Azul editores.

Landes, Alejandro, (2007), *Cocalero*.

Larson, Brooke, (2004), *Trials of Nation Making. Liberalism, Race, and Ethnicity in the Andes, 1810-1910*, Nueva York: Cambridge University Press.

Laserna, Roberto, (2010), Mire, la democracia Boliviana en los hechos..., *Latin American Research Review*, Vol. 45, Special Issue, pp.27-58.

Lavaud, Jean Pierre, (1991), *L'instabilité politique de l'Amérique latine: le cas bolivien*, París: L'Harmattan.

Lehoucq, Fabrice, (2008), Bolivia's constitutional breakdown, *Journal of Democracy*, Vol. 19, No 4, pp.110-124.

Leiras, Marcelo, (2006), *Parties, Provinces and Electoral coordination: A study on the determinants of party and party system aggregation in Argentina, 1983-2005*, PhD Dissertation, Notre Dame University, Indiana.

Levi, Margaret, (1988), *Of Rule and Revenue*, Berkeley y Los Angeles: University of California Press.

Levi Strauss, Claude, (1955), *Tristes Tropiques*, París: Plon.

Levitsky, Steve & Maxwell Cameron, (2003), Democracy without parties? Political parties and Regime Change in Fujimori's Peru, *Latin American Politics and Society*, Vol. 45, No.3, pp.1-33.

Levitsky, Steve & Lucan Way, (2010), *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes after the Cold War*, Nueva York: Cambridge University Press.

Levitsky, Steve, (2011), A Surprising Left Turn, *Journal of Democracy*, Vol. 22, No. 4, pp.84-94.

Linz, Juan, (1994), Presidential or Parliamentary Democracy: Does it make a difference?, en Linz, Juan & Arturo Valenzuela (eds.), *The failure of Presidential Democracy*, Baltimore & Londres, The Johns Hopkins University Press, pp.3-89.

Linz, Juan & Alfred Stepan, (1996), *Problems of Democratic Transition and Consolidation. Southern Europe, South America and post-communist Europe*, Baltimore & Londres: The Johns Hopkins University.

Lijphart, Arend, (1977), *Democracy in Plural Societies: A Comparative Exploration*, New Haven: Yale University Press.

Lijphart, Arend & Waisman, Carlos H., (1996), *Institutional Design in New Democracies: Eastern Europe and Latin America (Latin America in Global Perspective)*, Boulder & Oxford, Westview Press.

Lipset, Seymour & Stein Rokkan, (1967), Cleavage Structures, Party System and Voter Alignment: An introduction, en Lipset, Seymour & Stein Rokkan (eds.) *Party systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives*, Nueva York: The Free Press, pp.1-67.

Lipset, Seymour, (1970), Political cleavages in "developed" and "emerging" polities, en Allardt, Erik, Rokkan, Stein & Seymour M Lipset (eds.) *Mass politics; studies in political sociology*, Nueva York: Free Press, pp.23-44.

López, Sinesio, (1997), *Ciudadanos reales e imaginarios: concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*, Lima: IDS.

López Alves, Fernando & Miguel Angel Centeno (eds.), (2001), *The Other Mirror: Grand theory through the lens of Latin America*, Princeton: Princeton University Press.

López Alves, Fernando, (2001), The Transatlantic Bridges: Mirrors, Charles Tilly and State Formation in the River Plate, en López Alves, Fernando & Miguel Angel Centeno (eds.) *The Other Mirror: Grand theory through the lens of Latin America*, pp.153-197.

Lopez Lenci, Yazmín, (2007), *El Cusco, paqarina moderna. Cartografía de una modernidad e identidad en los Andes peruanos (1900-1935)*, Cusco: Instituto Peruano de Cultura y Dirección Regional de Cultura de Cusco.

Lovón, Gerardo, (1988), *Gas de Camisea: impactos en las economías regionales del sur del Perú*, Cuzco: Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas.

Lowenthal, Abraham (ed.), (1975), *The Peruvian experiment: continuity and change under military rule*, Princeton: Princeton University Press.

Lowenthal, Abraham & Cynthia McClintock (eds.), (1983), *The Peruvian experiment reconsidered*, Princeton: Princeton University Press.

Lowenthal, Abraham, (1983), Conclusions, en Lowenthal, A. & C. McClintock (eds.) *The Peruvian experiment reconsidered*, Princeton: Princeton University Press, pp.415-430.

Madrid, Raúl, (2008), The rise of ethnopopulism in Latin America, *World Politics*, Vol.60, No.3, pp.475-509.

Madrid, Raúl, (2011), Ethnic Proximity and Ethnic Voting in Peru, *Journal of Latin American Studies*, Vol.43, No.2, pp.267-297.

Mahoney, James, (2002), *The legacies of liberalism. Path dependence and political regimes in Central America*, Baltimore: The Johns Hopkins University.

Mahoney, James & Daniel Schensul, (2008), Historical Context and Path Dependence, en Goodin, Robert E. & Charles Tilly (eds.) *Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford: Oxford University Press, pp.454-471.

Mahoney, James & Kathleen Thelen, (2010), A Theory of Gradual Institutional Change, en Mahoney, James & Kathleen Thelen (eds.) *Explaining Institutional Change. Ambiguity, Agency, and Power*, Cambridge: Cambridge University Press, pp.1-36.

Mailer, Norman, [1975] (1997), *The Fight*, Nueva York: Vintage.

Mair, Peter, (1998), L'Hypothèse du gel des clivages politiques: une évaluation, *Revue Internationale de Politique Comparée*, Vol.5, No.3, pp.669-693.

Mallon, Florencia, (1995), *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley y Los Angeles: University of California Press.

Malloy, James M., (1970), *Bolivia: the uncompleted revolution*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Malloy, James M., (1971), Revolutionary politics, in: James Malloy (ed.), *Beyond the revolution. Bolivia since 1952*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp.11-56.

Malloy, James M. & Eduardo Gamarra, (1988), *Revolution and Reaction: Bolivia, 1964-1985*, New Brunswick: Transaction Publishers.

Malloy, James M., (1992), El problema de la gobernabilidad en Bolivia, Perú y Ecuador, en Mayorga René Antonio (coord.) *Democracia y gobernabilidad. América Latina*, La Paz: CEBEM, ILDIS y Editorial Nueva Sociedad.

Malpica, Carlos, (1976), *Los dueños del Perú*, Lima: Peisa.

Malpica, Carlos, (1989), *El poder económico en el Perú: I. Los bancos nacionales y sus filiales. II. Accionistas de financieras, seguros, bancos regionales y otros empresarios nacionales*, Lima: Mosca Azul editores.

Mamani, Pablo, (2005), *Geopolíticas indígenas*, La Paz: Centro Andino de Estudios Estratégicos.

Mann, Michael (2004), *Fascists*, Cambridge, Cambridge University Press.

Mann, Michael, (1988), The Autonomous Power of the State: its Origins, Mechanisms and Results, en Mann, Michael (ed.) *States, war and capitalism*, Nueva York: Blackwell, pp. 1-32.

Manrique, Nelson, (1995), *Historia de la República*, Lima: COFIDE.

Manrique, Nelson, (2009), *“Usted fue aprista!”: Bases para una historia crítica del APRA*, Lima: PUCP.

Mariátegui, José Carlos, [1928] (1995), *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima: Editorial Minerva.

Marx, Karl & Friedrich, Engels, [1848] (1998), *Manifiesto del partido comunista*, París: Flammarion.

Matos Mar, José, (2004), *Desborde popular y crisis del Estado. Veinte años después*, Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Mauceri, Philip, (1989), *Militares e Insurgencia en el Perú: 1980-1988*, Lima: IEP.

Mauceri, Philip, (2004), State, Elites and the Response to Insurgency. Some preliminary comparisons between Colombia and Peru, en Burt, Jo-Marie & Philip Mauceri *Politics in the Andes: Identity, Conflict, Reform*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp.146-163.

- Mayer, Enrique, (2009), *Cuentos Feos de la Reforma Agraria*, Lima: IEP & CEPES.
- Mayorga, Rene Antonio, (1992), Gobernabilidad en entredicho: Conflictos institucionales y sistema presidencialista, en René Antonio Mayorga (ed.), *Democracia y gobernabilidad. América Latina*, La Paz: CEBEM-ILDIS, pp.41-62.
- Mayorga, Rene Antonio, (2005), Bolivia's democracy at the crossroads, in: Frances Hagopian & Scott Mainwaring (eds.), *The third wave of democratizations in Latin America*, Nueva York: Cambridge University Press, pp.149-78.
- McClintock, Cynthia (1983) Velasco, Officers, and Citizens: The Politics of Stealth, en Lowenthal, Abraham & Cynthia McClintock (eds.), *The Peruvian experiment reconsidered*, Princeton: Princeton University Press, pp.275-308.
- McClintock, Cynthia, (1984), Why Peasants Rebel: The Case of Peru's Sendero Luminoso, *World Politics*, Vol. 37, No.1, pp.48-84.
- McEvoy, Carmen, (2011), *Guerreros Civilizadores. Política, sociedad y cultura durante la Guerra del Pacífico*, Lima: Centro de Estudios del Bicentenario – Perú.
- Méndez, Cecilia, (2009), Militares populistas. Ejército, etnicidad y ciudadanía en el Perú, en Sandoval, Pablo *Repensando la subalternidad. Miradas críticas desde/sobre América Latina*, Lima: SEPHIES e IEP.
- Meléndez, Carlos, (2007), Partidos y Sistemas de Partidos en el Perú, en Roncagliolo, Rafael & Carlos Meléndez (eds.) *La política por dentro. Cambios y Continuidades en las organizaciones políticas de los países andinos*, Lima: Idea Internacional & Transparencia.
- Meléndez, Carlos (comp.) (2011), *Post candidatos. Guía analítica de supervivencia hasta las próximas elecciones*, Lima: MITIN.
- Mesa, Carlos, (2008), *Presidencia sitiada: memorias de mi gobierno*, La Paz: Fundación Comunidad.
- Mesa, Carlos & Mario Espinoza, (2009), *Bolivia siglo XX (documental)*, La Paz: Plan Medio.
- Migdal, Joel S., (1988), *Strong Societies and Weak States. State-Society Relations and State Capabilities in the Third World*, Princeton: Princeton University Press.
- Migdal, Joel, Atul Kohli, Vivienne Shue (1994), *State Power and Social Forces. Domination and Transformation in the Third World*, Cambridge: Cambridge University Press.

Migdal, Joel S., (2001), *State in Society. Studying How States and Societies Transform and Constitute one another*, Nueva York: Cambridge University Press.

Miller, Rory, (1982), The Coastal Elite and Peruvian Politics, 1895-1919, *Journal of Latin American Studies*, Vol.14, No. 1, pp.97-120.

Mitchel, Christopher, (1977), *The legacy of populism in Bolivia: From the MNR to military rule*, Nueva York: Praeger.

Molina, Carlos Hugo (coord.), (2008), *El movimiento cívico frente al proceso de descentralización y autonomía (1994-2006)*, Santa Cruz de la Sierra: Editorial El País.

Molinari, Tirso, (2009), *El fascismo en el Perú. La Unión Revolucionaria, 1931-1936*, Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Morales, Laura, (1989), *Rimanacuy'86. Dos perspectivas: gubernamental y académica*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.

Muñoz, Paula, (2005), *El diseño institucional municipal 1980-2004 y sus implicancias para las zonas rurales*, Lima: Servicios Educativos Rurales.

Muñoz, Paula, (2011), Más Allá De La Campaña, en *Opinión y Análisis: Elecciones presidenciales segunda vuelta: un análisis del voto peruano*. Documento del Instituto de Opinión Pública Pública, Lima: PUCP, año II (julio), pp.9–16.

Murakami, Yusuke, (2007), *Perú en la era del chino. La política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador*, Lima: IEP.

Neira, Hugo (1996). Velasquismo, cuando los generales y los intelectuales se encuentran. en *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*. Lima: Fondo Editorial Sidea, pp.421-440.

Neira, Hugo, [1987] (2006), Violencia y anomia. Reflexiones para comprender, en Neira, Hugo *Del Pensar Mestizo. Ensayos*, Lima: Editorial Herética, pp.381-402.

Neira, Hugo, [1964] (2007), *Cuzco: tierra y muerte*, Lima: Herética Ediciones.

Novoa, Mauricio, (2004), Las civitas inconclusa: ideas sobre la soberanía de la nación en 1860-1900, en McEvoy, Carmen *La experiencia burguesa en el Perú*, Madrid y Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, pp.267-284.

O'Donnell, Guillermo, (1973), *Modernization and bureaucratic-authoritarianism: Studies in South American Politics*. Berkeley, University of California.

O'Donnell, Guillermo, (2006), On Informal Institutions Once Again, en Helmke, Gretchen & Steven Levitsky (eds.) *Informal Institutions And Democracy: Lessons from Latin America*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, pp.285-290.

O'Donnell, Guillermo, (1996), Illusions about consolidation, *Journal of Democracy*, Vol.7, No.2 pp.34-51.

O'Donnell, Guillermo, (2010), *Democracia, agencia y estado. Teoría con intención comparativa*, Buenos Aires: Prometeo.

Oviedo, José Miguel & Luis Alberto Sánchez, (1975), *Conversaciones*, Lima: Mosca Azul editores.

Pachano, Simón (2006), El peso de lo institucional: auge y caída del modelo boliviano, *América Latina Hoy*, Vol.43, agosto, pp.15-30.

Pachano, Simón, (2009), Ecuador: el fracaso de lo que nunca existió, en Tanaka, Martín (ed.) *La nueva coyuntura crítica en los países andinos*, Lima: IEP, pp.251-284.

Pachano, Simón, (2011), *Calidad de la democracia e instituciones políticas en Bolivia, Ecuador y Perú*, Quito: FLACSO.

Pachano, Simón, (2010), Gobernabilidad democrática y reformas institucionales y políticas en Ecuador en Tanaka, Martín & Francine, Jacome *Desafíos de la gobernabilidad democrática. Reformas político-institucionales y movimientos sociales en la región andina*, Lima: IEP, pp.79-111.

Paddison, Ronan, (1983), *The fragmented state: The political geography of power*, Nueva York: St. Martin's Press.

Panfichi, Aldo, (2011), Contentious representation in contemporary Peru, en Crabtree, John (ed.) *Fractured Politics. Peruvian Democracy Past and Present*, Londres: Institute for the Study of the Americas, University of London, pp.89-104.

Palmer, David Scott & Kevin J. Middlebrook, (1975), *Military government and political development: lessons from Peru*, Los Angeles: Sage Publications.

Palmer, David Scott, (1986), Rebellion in Rural Peru: The Origins and Evolution of Sendero Luminoso, *Comparative Politics*, Vol.18, No.2, pp.127-146.

Paredes, Maritza, (2010), En una arena hostil. La politización de lo indígena en el Perú, en Meléndez, Carlos y Alberto Vergara (eds.), *La iniciación de la política. El Perú político en perspectiva comparada*, Lima: PUCP, pp.213-244.

Pásara, Luis, (1983), When the Military Dreams, en en Lowenthal, Abraham & Cynthia McClintock (eds.), *The Peruvian experiment reconsidered*, Princeton: Princeton University Press, pp.309-343.

Paz, Octavio, (2001), *Sueño en libertad, escritos políticos*, Grenier, Yvon (ed.), México D.F: Seix Barral.

Pease, Henry, (1977), *El ocaso del poder oligárquico: lucha política en la escena oficial 1968-1975*, Lima: Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo - DESCO.

Penfold-Becerra, Michael, (2004), Federalism and institutional change in Venezuela, en Gibson (ed.) *Federalism and Democracy in Latin America*, Baltimore & Londres: The Johns Hopkins University Press.

Peña, Claudia, (2007), La conformación histórica del poder y las élites en Santa Cruz, en Prado Fernando (coord.) *Poder y élites en Santa Cruz*, Santa Cruz de la Sierra: Editorial El País, pp.69-145.

Philip, George D.E., (1978), *The rise and fall of the Peruvian military radicals, 1968-1976*, Londres: Athlone Press.

Pierson, Paul, (1994), *Dismantling the Welfare State? Reagan, Thatcher and the Politics of Retrenchment*, Cambridge: Cambridge University Press.

Planas, Pedro, (1994), *La república autocrática*, Lima: Fundación Friedrich Ebert.

Planas, Pedro, (1996), *Biografía del movimiento social-cristiano en el Perú, 1926-1956: apuntes*, Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima.

Planas, Pedro (1998), *La descentralización en el Perú republicano (1821-1998)*, Lima: Municipalidad de Lima Metropolitana.

*Poder* (revista), marzo 2012.

Poggi, Gianfranco, (2006), *Weber: A Short Introduction*, Cambridge: Polity.

Politique Africaine, (2008), París: Karthala, No. 112.

Poole, Deborah & Gerardo Rénique, (1992), *Peru: Time of Fear*, Londres & Nueva York: Latin America Bureau.

Portocarrero, Felipe, (2008), *El Imperio Prado: 1890-1970*, Lima: Universidad del Pacífico.

Portocarrero, Gonzalo, (1983), *De Bustamante a Odría El fracaso del frente democrático nacional 1945-1950*, Lima: Mosca Azul Editores.

Portocarrero, Gonzalo, (2012), *Profetas del odio. Raíces culturales y líderes de Sendero Luminoso*, Lima: PUCP.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo – PNUD, (2007), *Informe Nacional sobre Desarrollo Humano. El Estado del Estado en Bolivia*, La Paz: PNUD.

Przeworski, Adam & Henry Teune, (1970), *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Nueva York: Wiley Interscience.

Reaño, Germán & Enrique Vásquez, (1988), *El grupo Romero: del algodón a la banca*, Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.

Rénique, José Luis, (1991), *Los sueños de la sierra. Cusco en el siglo XX*, Lima: CEPES.

Rénique, José Luis, (2003), *La voluntad encarcelada. Las luminosas trincheras de combate de Sendero Luminoso*, Lima: IEP.

Rénique, José Luis, (2004), *La batalla por Puno. Conflicto Agrario y Nación en los Andes Peruanos*, Lima: IEP, SUR y CEPES.

Remy, María Isabel, (2005), *Los gobiernos locales en el Perú: entre el Entusiasmo Democrático y el Deterioro de la Representación política*, en Vich, Víctor (ed.) *El Estado está de Vuelta*, Lima: IEP, pp.111-136.

Roberts, Kenneth, (1995), Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case, *World Politics*, Vol. 48, No.1, pp.82-116.

Roberts, Kenneth & Mark Peceny, (1997), Human Rights and United State Policy toward Peru, en Cameron, Maxwell & Philip Mauceri (eds.) *The Peruvian Labyrinth: Politics, Society, Economy*, University Park: Pennsylvania State university Press, pp.192-222.

Roberts, Kenneth, (1998), *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*, Stanford: Stanford University Press.

Roca, José Luis (2007), *Fisonomía del regionalismo boliviano. La otra cara de la historia*, Santa Cruz de la Sierra: Editorial El País.

Rokkan, Stein, (1973), Cities, States and Nations: A Dimensional Model for the Study of Contrasts in Development, en Eisenstadt, S.N. & Stein Rokkan (eds) *Building States and Nations: Models and Data Resources*, Londres: Sage, pp.73-97.

Rokkan, Stein, (1974), Foreword, en Cox, Kevin R, Reynolds, David R. & Stein Rokkan *Locational approaches to power and conflict*, Beverly Hills: Sage Publications, pp. 9-11.

Rokkan, Stein, (1975), Dimension of State Formation and Nation-Building: a possible Paradigm of Research on Variations within Europe, en Tilly, Charles (ed.) *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton: Princeton University Press, pp.562-600.

Rokkan, Stein & D. Urwin, (1982), Introduction: Centres and peripheries in Western Europe, en Rokkan, Stein & D. Urwin (eds.) *The Politics of Territorial Identity. Studies in European Regionalism*, Londres: Sage, pp.1-17.

Romero, Salvador, (2003), *Geografía electoral de Bolivia*, La Paz: Fundemos.

Romero, Salvador, (2007), *El tablero reordenado. Análisis de la elección presidencial 2005*, La Paz: Corte Nacional Electoral.

Romero, Salvador, (2010), El sistema de partidos boliviano: un paseo por sus tiempos y por sus lugares, García & García (eds.) *Mutaciones del campo político boliviano*, La Paz: PNUD, pp.39-149.

Rouquié, Alan, (1978), *Pouvoir militaire et Société politique en République argentine*, París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

Rostworowski, Maria, (1988), *Historia del Tawantinsuyo*, Lima: IEP.

Ryabkov, Maxime, (2008), The north-south cleavage supporting Kyrgystan, *Central Asian Survey*, Vol.27, No.3, pp.301-316.

Ryan, Jeffrey, (2004), Decentralization and Democratic Instability: The Case of Costa Rica, *Public Administration Review*, Vol. 64, No.1, pp.81-91.

Sabatini, Christopher, (2003), Decentralization and political parties, *Journal of Democracy*, Vol. 14, No. 2, pp.138-150.

Sachs, Jeffrey, (1987), The Bolivian Hyperinflation and Stabilization, *American Economic Review*, Vol.77, No.2, pp.279-283.

Sandoval, Carmen Dunia, (2003), *Santa Cruz: Economía y Poder (1952-1993)*, Santa Cruz de la Sierra: CEDURE.

Scott, James C., (1998), *Seeing like the State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven: Yale University Press.

Scott, James C., (2009), *The Art of Not Being Governed. An anarchist History of Upland Southeast Asia*, New Haven: Yale University Press.

Schady, Norbert R., (2000), The Political Economy of Expenditures by the Peruvian Social Fund (FONCODES) 1991-95, *American Political Science Review*, Vol. 94, No.2, pp.289-304.

Seleme, Susana, (2008), Santa Cruz: Síntesis de la problemática y el contexto político regional, en Ferrufino, Alfonso & Luis Alberto Orellana (coords.) *Configuraciones políticas en los departamentos de Bolivia. La construcción plural del nuevo campo político*, La Paz: UNDP-IDEA, pp.169-190.

Serulnikov, Sergio, (2006), *Conflictos sociales e insurrección en el mundo colonial andino: el norte de Potosí en el siglo XVIII*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Serulnikov, Sergio, (2010), *Revolución en Los Andes: La Era De Túpac Amaru*, Buenos Aires: Sudamericana.

Skocpol, Theda, (1979), *States and social revolutions. A comparative analysis of France, Russia and China*, Cambridge: Cambridge University Press.

Skocpol, Theda & Margaret Sommers, (1980), The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry, *Comparative Studies in Society and History*, Vol.22, No. 2, pp.174-197.

Skocpol, Theda, Peter Evans & Dietrich Rueschemeyer (eds.), (1985) *Bringing the State Back In*, Nueva York: Cambridge University Press.

Skocpol, Theda, (1985), Bringing the State Back In: Strategies of Analysis in Current Research, en Skocpol, Theda, Peter Evans & Dietrich Rueschemeyer (eds.), *Bringing the State Back In*, Nueva York: Cambridge University Press, pp.3-42.

de Soto, Hernando, Enrique Ghersi & Mario Ghibellinial, (1988), *El otro sendero: la revolución informal*, Buenos Aires: Sudamericana.

Stefanoni, Pablo, (2007), Siete preguntas y siete respuestas sobre la Bolivia de Evo Morales, *Nueva Sociedad*, 209, pp.46-65.

Steiner, George, (2005), *La idea de Europa*, Madrid: Editorial Ciruela.

Steinmo, Sven, Thelen Kathleen & Frank Longstreth (eds.) (1992), *Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, Nueva York: Cambridge University Press.

Stern, Steve J. (1999), *Los senderos insólitos del Perú. Guerra y Sociedad 1980-1995*, Lima: IEP y Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

Smith, Michael L., (1992), Taking the High Ground: Shining Path and the Andes, en Palmer Scott David *The Shining Path of Peru*, Nueva York: St. Martin's Press, pp.33-50.

Sobrevilla, Natalia, (2011), *The Caudillo of the Andes: Andrés de Santa Cruz*, Nueva York: Cambridge University Press.

Soifer, Hillel (2008), State Infrastructural Power: Approaches to Conceptualization and Measurement, *Studies in Comparative International Development (SCID)*, Vol.43, No. 3-4, pp.231-251.

Stepan, Alfred, (1978), *The State and Society. Peru in Comparative Perspective*, Princeton: Princeton University Press.

Stepan, Alfred, (2007), Entrevista con Alfred Stepan. En Munck, Gerardo L. & Richard Snyder. *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, pp.392-455.

Streeck, Wolfgang & Kathleen Thelen (eds.) (2005), *Beyond continuity: Institutional change in advanced political economies*, Oxford, Oxford University Press.

Suberu, Rotimi, (2004), Nigeria: Dilemmas of Federalism, en Amoretti, Hugo & Nancy Bermeo *Federalism and Territorial Cleavages*, Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, pp.327-354.

Tanaka, Martín, (1998), *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partido en el Perú*. Lima, IEP

Tanaka, Martín, (2009), *La nueva coyuntura crítica en los países andinos*, Lima: IEP.

Tanaka, Martín, (2011), Peru's 2011 Elections: A Vote for Moderate Change, *Journal of Democracy*, Vol.22, No.4, pp.75-83.

Tanaka, Martin & Sofía Vera, (2010), La dinámica neodualista de una democracia sin sistema de partidos: la situación de la democracia en el Perú, *Revista de Ciencia Política* 30, No.1, pp.87-113.

The New York Times, 25 de abril 2011.

The Economist, 26 de febrero 2011.

Thelen, Kathleen, (2003), How Institutions Evolve: Insights from Comparative Historical Analysis, en Mahoney, James & Dietrich Rueschemeyer *Comparative*

*Historical Analysis in the Social Sciences*, Nueva York: Cambridge University Press, pp.208-240.

Therborn, Goran, (2008), Why and How Place Matters, en Goodin, Robert E. & Charles Tilly *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford: Oxford University Press, pp.509-533.

Thorpe, Rosemary & Maritza Paredes, (2011), *La etnicidad y la persistencia de la desigualdad. El caso peruano*, Lima: IEP.

Tilly, Charles, (1975a), Reflections on the history of European state-making, en Tilly, Charles (ed.) *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton, Princeton University Press, pp.3-83.

Tilly, Charles, (1975b), Western-State Making and Theories of Political Transformation, en Tilly, Charles (ed.) *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton, Princeton University Press.pp.601-638.

Tilly, Charles, (1985), War making and state making as organized Crime, en Evans Peter B., Dietrich Rueschemeyer & Theda Skocpol (eds.) *Bringing the state back in*, Cambridge: Cambridge University Press, pp.169-191.

Tilly, Charles, (1992), *Coercion, Capital, and European States, AD 990–1992*, Cambridge & Oxford: Blackwell.

Tocqueville, Alexis, [1835, 1840] (1981), *De la Démocratie en Amérique*, Paris : Flammarion.

Tocqueville, Alexis, [1856] (1988), *L'Ancien Régime et la Révolution*, Paris : Flammarion.

Touraine, Alain, (1988), *La parole et le sang. Politique et société en Amérique Latine*. Paris, Editions Odile Jacob.

Toranzo, Carlos F., (2006), *Rostros de la Democracia: Una Mirada Mestiza*, La Paz: Friederich Ebert Stiftung, ILDIS y Plural Editores.

Torres, Carlos A. (2010), Las bases sociales y políticas de apoyo a la democracia en el Perú, en Meléndez, Carlos y Alberto Vergara (eds.), *La iniciación de la política. El Perú político en perspectiva comparada*, Lima: PUCP, pp.385-422.

Trejo, Guillermo, (2004), Mexico: The Political Foundations of Indigenous Mobilization and Enoterritorial Conflict (1975-200), en Amoretti, Ugo & Nancy Bermeo (eds.) *Federalism and Territorial cleavages*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, pp.355-2386

Trimberger, Ellen Kay, (1978), *Revolution from Above. Military bureaucrats and developments in Japan, Turkey, Egypt and Peru*, New Brunswick: Transaction Books.

Tuesta, Fernando, (1994), *El Perú político en cifras*, Lima: Fundación Friederich Ebert.

Urenda, Juan Carlos, (2009), *El sueño imperturbable*, Santa Cruz de la Sierra: Academia Boliviana de Estudios Constitucionales & Editorial El País.

Valenzuela, Samuel, (2001), Class Relations and Democratization: a reassessment of Barrington Moore's Model, en López Alves, Fernando & Miguel Angel Centeno (eds.) *The Other Mirror: Grand theory through the lens of Latin America*, pp.240-286.

Van Cott, Donna Lee, (2008), *Radical democracy in the Andes*, Nueva York: Cambridge University Press.

Van Cott, Donna Lee, (2005), *From Movements to Parties in Latin America. The Evolution of Ethnic Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.

Van Cott, Donna Lee, (2007), Latin America's Indigenous peoples, *Journal of Democracy*, Vol. 18, No.4, pp.127-142.

Van Cott, Donna Lee (2003), Institutional Change and Ethnic Parties in South America, *Latin America Politics and Society*, Vol.45, No.2, pp.1-39.

Vasconcelos, José, (1948), *La Raza Cósmica*, México D.F.: Espasa Calpe S.A.

Velasco Alvarado, Juan (1972), *Velasco: La voz de la revolución. Discursos del Presidente de la República General de División Juan Velasco Alvarado 1970-1972 Tomos I y II*, Lima: Oficina Nacional de Difusión del SINAMOS.

Velasco Alvarado, Juan, Entrevista en Hildebrandt, César, [1981] (2009), *Cambio de Palabras*, Lima: Tierra Nueva editores, pp.99-108.

Vargas John D. (ed.), *La Reforma Agraria desde las regiones: tierra y territorio*, La Paz: CIDES, Plural editores.

Vergara, Alberto, (2007), *Ni amnésicos ni irracionales. Las elecciones peruanas de 2006 en perspectiva histórica*, Lima: Solar Ediciones.

Vergara, Alberto, (2009), *El choque de los ideales. Partidos políticos y reformas institucionales en el Perú post-Fujimori*, Lima, International IDEA.

Vergara, Alberto, (2010), El Fujimorato y los niveles de análisis en política comparada. Una apuesta por el pluralismo, en Meléndez, Carlos & Alberto Vergara (eds.) *El Perú político en perspectiva comparada*, Lima: PUCP, pp.97-122.

Vergara, Alberto, (2011), United by Discord, Divided by Consensus: National and Sub-national Articulation in Bolivia and Peru, 2000–2010, *Journal of Politics in Latin America*, Vol.3, No.3, pp.65-93.

Vergara, Alberto, (inédito), The Fujimori Regime through the Tocqueville's lens. Regime Change, centralism and periphery elites in contemporary Peru, en Drinot, Paulo (ed.) *Peru in theory*.

Vich, Víctor, (2005), *El Estado está de vuelta: desigualdad, diversidad y democracia*, Lima: IEP.

Vu, Tuong, (2010), "Studying the State through State Formation". *World Politics*, Vol. 62, No.1, pp. 148-175.

Weber, Max, (2002), *L'éthique protestante et l'esprit du capitalisme*, París: Flammarion.

Weber, Max, (1995), *Économie et société I. Les catégories de la sociologie*, París: Plon.

Webb, Richard & Gabriela Fernández, (2001), *Perú en números. Almanaque estadístico*, Lima: Cuánto.

Weyland, Kurt (1999), *Populism in the Age of Neoliberalism*, en Conniff (ed.) *Populism in Latin America*, Tuscaloosa: University of Alabama, pp.173-190.

Whitehead, Laurence, (1973), National Power and Local Power: The Case of Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, en Rabinovitz Francine T & Felicity M. Trueblood (eds.) *National Local Linkages: The Interrelationship of Urban and National Politics in Latin America*, Beverly Hills y Londres: Sage, pp.23-46.

Whitehead, Laurence, (2001), The emergence of Democracy in Bolivia, en Crabtree, J. & Laurence Whitehead (eds.) *Towards democratic viability. The Bolivian experience*, Nueva York: Palgrave, pp.21-40.

Wong, R. Bin, (2008), Detecting the Significance of Place, en Goodin, Robert E. & Charles Tilly *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford: Oxford University Press pp.534-546.

Yashar, Deborah J., (1997), *Demanding Democracy. Reform and Reaction in Costa Rica and Guatemala, 1870s-1950s*, Stanford: Stanford University Press

Yashar, Deborah J., (2005), *Contesting citizenship. The rise of indigenous movements and the post liberal challenge*, Nueva York: Cambridge University Press.

Zas Friz, Johnny, (1998), *La descentralización ficticia: Perú 1821-1998*, Lima: Universidad del Pacífico.

Zavaleta, René, (1977), Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1933-1971), en González Casanova, Pablo *América Latina: Historia de medio siglo*, México D.F.: Siglo XXI editores, pp.74-128.

Zavaleta, René, (1983), Froma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia, en Zavaleta René (comp.) *Bolivia hoy*, México D.F.: Siglo XXI editores, pp.219-240.

Ziblatt, Daniel, (2006), *Structuring the State. The Formation of Italy and Germany and the Puzzle of Federalism*, Princeton: Princeton University Press.

Zuckerman, Alan (1975), Political cleavage: A conceptual and theoretical analysis, *British Journal of Political Science*, Vol.5, No.2, pp.231-24.

## Entrevistas

### Bolivia

1. Alfonso Ferrufino, ex ministro de Gobierno del gobierno de Carlos Mesa, La Paz, octubre de 2009.
2. Carlos Mesa, ex Presidente de la República de Bolivia, La Paz, octubre de 2009.
3. Salvador Romero, ex Presidente de la Corte Nacional Electoral de Bolivia, La Paz, octubre de 2009 y agosto de 2011.
4. José Mirtenbaum, Universidad Gabriel René Moreno, Santa Cruz, noviembre de 2009.
5. José Blanes, director del Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios, La Paz, octubre 2009.
6. Jean Paul Guevara, Ministerio de Relaciones Exteriores, La Paz, octubre 2009.
7. Claudia Peña, investigadora e intelectual de la autonomía cruceña, Santa Cruz, noviembre de 2009.
8. Claudia Peña, Viceministra de Autonomías, Santa Cruz, noviembre 2009.
9. Manuel Suarez, ex diputado del Beni por el MNR, Santa Cruz, noviembre de 2009.
10. Rafael Loayza, ex senador por PODEMOS, La Paz, octubre de 2009.
11. Mario Galindo, Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios, La Paz, octubre 2009.
12. Fernando Prado, director Del Centro de Estudios para el Desarrollo Urbano y Regional, Santa Cruz, noviembre de 2009.
13. Carlos Toranzo, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, La Paz, octubre de 2009.
14. René Antonio Mayorga, Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios, La Paz, octubre 2009.
15. Irvin Alcaráz, analista político, La Paz, noviembre de 2009.
16. Jimena Costa, Universidad mayor de San Andrés, La Paz, octubre de 2009.
17. Juan Carlos Urenda, candidato a gobernador de Santa Cruz, San Cruz, noviembre de 2009.
18. Sergio Antelo, ideólogo de la nación camba, Santa Cruz, noviembre de 2009.
19. Antonio Aranibar, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, La Paz, noviembre de 2009
20. Rossana Barragán, Universidad Mayor de San Andrés Archivo Nacional de La Paz, La Paz, noviembre de 2009.

**Perú**

1. Mauricio Mulder, Secretario General del APRA, Lima, agosto de 2009.
2. Jorge del Castillo, ex Secretario General del APRA, ex Primer ministro del gobierno de Alan García, ex Alcalde de Lima, Lima, agosto de 2009.
3. Víctor López Orihuela, Secretario Nacional de Organización APRA, Lima, agosto de 2009.
4. Carlos Martínez Polo, Secretario General del APRA, Trujillo, agosto de 2009.
5. Manuel Burga, ex Presidente de la Asamblea Nacional de Rectores, Lima, junio de 2009.
6. José Luis Rénique, historiador, Universidad de la Ciudad de Nueva York, Nueva York, marzo de 2010 y febrero de 2012.
7. Hugo Neira, intelectual, agosto de 2011.
8. Iván Hinojosa, historiador, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, mayo de 2011.
9. Carlos Barrenechea, ex miembro de la Asamblea Regional de la Región Inka, agosto de 2011.
10. Juan Manuel Carpio Muñoz, ex miembro del Congreso Constituyente Democrático de 1993, Arequipa, julio de 2011, con la colaboración de Pablo Quintanilla.
11. Héctor Lozada Ballón, fundador del Partido Comunista en Arequipa, Arequipa, julio de 2011, con la colaboración de Pablo Quintanilla.
12. Haberle Rey de Castro, gerente general de Gloria S.A., Arequipa, julio de 2011, con la colaboración de Pablo Quintanilla.
13. José Coronel, UNICEF, Ayacucho, marzo de 2012.
14. Jeffrey Gamarra, profesor de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho, marzo de 2012.
15. Omar Rossell, Servicios Educativos Rurales, Ayacucho, marzo de 2012.
16. Alipio Montes, Centro de Desarrollo Regional, Arequipa, marzo de 2012.
17. Rogelio Scott, Universidad Nacional San Agustín, Arequipa, marzo de 2012.
18. Carlos Leyton, ex ministro de Agricultura del Gobierno de Alán García, Asesor principal del Presidente Regional de Arequipa, Arequipa, marzo de 2012.
19. Gerónimo López, Secretario General de la Federación de Trabajadores de Arequipa, Arequipa, marzo de 2012.
20. Gonzalo Bedoya, empresario, Arequipa, marzo de 2012.
21. María Pía Palacios, consultora empresarial, Arequipa, marzo de 2012.
22. Pablo Alcázar, Gerente de Comunicaciones de la Minera Cerro Verde, Arequipa, marzo de 2012.
23. Reynaldo Roberts, ex miembro del Congreso Constituyente Democrático de 1993, Arequipa, marzo de 2012.
24. Carlos Lozada, empresario agroindustrial, Arequipa, marzo de 2012.

25. Adolfo Saloma, ex Presidente Regional de la Región Inka, Presidente del Consejo de Presidentes Regionales del Perú, Cusco, abril de 2012.
26. Armando Villanueva, dirigente de Acción Popular en Cusco, Cusco, abril de 2012.
27. Boris Gómez, empresario de turismo, Cusco, abril de 2012.
28. Carlos Chevarría, UNICEF, Cusco, abril de 2012.
29. Inés Fernández Baca, Coordinadora Regional de la Mesa de Concertación para la Lucha Contra la Pobreza, Cusco, abril de 2012.
30. Karina Pacheco, investigadora, Cusco, abril de 2012.
31. Martín Romero, dirigente aprista en Cusco, Cusco, abril de 2012.
32. Roberto Romero, fundador del SUTEP en Cusco y ex-miembro de Patria Roja, Cusco, abril de 2012.
33. Teodoro Portugal, fundador de Acción Popular y dirigente en Cusco, Cusco, abril de 2012.
34. Washington Román, ex Presidente del Frente de Defensa Regional del Cusco, Cusco, abril de 2012

## Anexos

## Anexo 1. Perfiles político profesionales de los ministros de agricultura 1956-1968

<b>Ministro de Agricultura 1956 – 1962</b>		
<b>Ignacio Masías</b>	28/07/1956	<b>Director de la Sociedad Nacional Agraria y Presidente de la Asociación de Criadores de Lanares del Perú.</b> Intereses Agropecuarios: Negociación Agrícola Huara, Industrial agrícola Ancash. Negociación Agrícola La Calera, Sociedad agrícola y ganadera Utcuyacu, Sociedad Ganadera Yanahuanca, entre otros.
<b>Zarak Rissi, Alex</b>	21/07/1959	<b>Miembro de la Sociedad Nacional Agraria.</b>
<b>Moreyra y Paz Soldán, Carlos</b>	22/11/1961	Estudio en la Escuela de Agricultura (futura Universidad Agraria). Ex ministro de Fomento en el primer gobierno de Prado. Miembro de la Junta de Industria Lanar del Directorio de la Compañía de Guano. <b>Presidente de la Sociedad Nacional Agraria.</b> “Ampliamente vinculado a las esferas industriales y agrícolas del país” (El Comercio noviembre de 1962). Dueño de la Hacienda Santa Luisa en el Valle del Chillón, miembro del Directorio del Banco Popular, propietario del diario y radio “La Crónica” y la revista “Variedades”. Junto a hermanos antiguos dueños de San Isidro, accionistas de la Sociedad Ganadera del Centro. Y Agrícola Pacasmayo.

<b>Ministro de Agricultura 1963 – 1968</b>		
<b>Torres Llosa, Enrique</b>	28/07/1963	Miembro de la DC. Estudió en la Pucp y Europa. Fue una de los creadores del “Plan de Reforma Agraria” de su partido. Jefe del Instituto de Reforma Agraria y Colonización. En su gestión fomentó medidas sanitarias en actividades agropecuarias.
<b>Ganoza Plaza, Víctor</b>	27/07/1964	DC Trujillano. Estudios en Universidad Agraria: ingeniero agrónomo. Creó durante su gestión en el Instituto de Estadística Agropecuaria.
<b>Silva Ruete, Javier</b>	22/02/1965	DC Estudios en San Marcos y Europa. Fue Asesor Financiero del Ministerio de Agricultura. Director de la Corporación Financiera de la Reforma Agraria. Gestión: creación de la Corporación de Abastecimientos, organismo regulador de precios de alimentos. Redistribución de tierras a campesinos con la expropiación de la Hacienda “Agolán” y la tierra ganaderas de la Cerro de Pasco Corporation. (Tauro del Pino 2001)
<b>Fernández Sessarego, Carlos</b>	05/07/1965	Estudió en el Colegio Antonio Raimondi. Estudió Derecho en San Marcos. Fue docente en San Marcos, la PUCP, en la Universidad de Lima y en Universidades de Italia y España. Ha recibido el Premio Juan Bautista Lavalle (1945), el Premio Nacional de Cultura Francisco García Calderón (1963) y los laureles a la docencia sanmarquina de la Universidad San Marcos. Co-fundó el Movimiento Popular Democrático en 1948 con el entonces Presidente José Luis Bustamente y Rivero y Co-fundó el Partido Demócrata Cristiano (el DC, en 1956). (Tauro del Pino 2001)
<b>Cubas Vinaeta, Rafael</b>	15/09/1965	DC Liberteano. Estudios en la Universidad Agraria. Fue funcionario del Banco de Fomento Agropecuario. Fue candidato a la segunda vicepresidencia de su partido en 1962. Fue presidente de la Comisión de Reforma Agraria. En 1966 planteó la necesidad de distribuir la parte de la pesca de anchoveta para el mercado peruano, lo que le causó un enfrentamiento con Banquero y la Sociedad Nacional Pesca.

<b>Paniagua Corazao, Valentín</b>	24/11/1966	Estudió primaria en Bolivia y secundaria en el Colegio Nacional de Ciencias del Cusco. Estudió Letras y Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Nacional San Antonio Abad. Presidente de la Federación Universitaria del Cusco (FUC) entre 1959-1960. En 1960, presidió el V Congreso Nacional Extraordinario de la Federación de Estudiantes del Perú (FEP). Como miembro del Partido Demócrata Cristiano (DC), fue elegido diputado por el departamento de Cusco (1963-1968). Ministros de Justicia y Culto (1965-1966). Ejerció la docencia en la PUCP (1964-1999), en la U.Lima (1980-1996), en la U.Femenina de Lima (1990-2009) y, brevemente, en San Marcos. (Tauro del Pino 2001)
<b>Villa Salcedo, Eduardo</b>	06/06/1967	Marino retirado. Miembro de la DC.
<b>Olcese Pachas, Orlando</b>	16/11/1967	AP. Estudió en la Universidad Agraria y EE.UU. Fundó comportaciones de agricultura industrial en Satipo. Fue decano de la Facultad de Agricultura de la Universidad Agraria, Vicerector y Rector.
<b>Uranga Bustos, Federico</b>	02/10/1968	Ingeniero agrónomo por la Universidad de Davis. Profesor de la Universidad Agraria.

## Anexo 2. Perfiles político-profesionales de los Ministros de Gobierno 1968-1980

<b>Ministro de Agricultura 1968-1980</b>		
<b>José Benavides Benavides</b>	03/10/1968	General Ejército Peruano (EP). (El Comercio Octubre de 1968).
<b>Jorge Barandiarán Pagador</b>	12/09/1969	General EP
<b>Enrique Valdéz Angulo</b>	27/09/1971	General de División E.P. (Valdéz 1973). Sin mayor información
<b>Rafael Hoyos Rubio</b>	31/12/1974	Sin mayor información.
<b>Enrique Gallegos Venero</b>	02/01/1975	General de División E.P. Entre 1968-1973 fue asesor del Ministerio del Interior. Miembro de la COAP y jefe del servicio de Inteligencia Nacional. (Gallegos 1974).
<b>Luis Arbulú Ibañez</b>	17/07/1976	Sin mayor información.
<b>Luis Arbulú Ibañez</b>	29/12/1977	Sin mayor información.
<b>Carlos Gamarra Pérez Egaña</b>	23/07/1979	Jefe del Batallón de Ingeniería de Construcción (Cusco). Agregado Militar en Panamá y Venezuela. Estudió en la Escuela Superior de Guerra. Estudió en el CAEM. Jefe del Sistema Nacional de Propiedad Social (SINADEPS). Secretario General del Primer Ministro. Director General de Presupuesto Público. Miembro del COAP. Asesor del Ministerio de Energía y Minas. (El Comercio Julio de 1979)

<b>Ministros de Economía 1956-1962</b>		
<b>Juan Pardo Heeren</b>	28/07/1956	“(…) los periódicos “El sol” del Cusco, “El tiempo” de Huancayo y “El deber” de Arequipa, cuyos propietarios eran los herederos de Juan Pardo Heeren, quien fue hijo y nieto de presidente y millonario, con inversiones en plantaciones de caña, industria y comercio.” (Malpica 1976) “(…) representaba la imagen y la realidad del empresario peruano exitoso (...) fundó industrias, levantó pujantes negocios, manejó una cadena de periódicos, hizo un colegio al más puro estilo inglés –El San Pablo- en Los Angeles y fue creador y piedra fundamental de la Universidad del Pacífico (...) Fundó una cadena de diarios en provincias, cuyo principal bastión estaba en Arequipa, donde adquirió <i>El Pueblo</i> , importante vocero de opinión (...) extendió esa red periodística a otros puntos del país, tales como Cuzco, Huancayo y Chimbote (...) Antes de la caída de Odría, Juan Pardo, fue mencionado como posible candidato presidencial. Finalmente quien representó a la derecha fue Hernando Lavalle García (...)” (Saavedra Piñón 1998).
<b>Augusto Thorndike Galup</b>	10/01/1958	Sin mayor información.
<b>Luis Gallo Porras</b>	10/06/1958	Estudió en el Colegio Jesuita de la Inmaculada. Fue alumno de la Escuela Técnica de París. Estudió en la Escuela Superior de Agronomía de Berlín. Como miembro del concejo municipal de Miraflores se desempeñó como inspector de alamedas y paseos. Fue Alcalde de Miraflores (1928-1933). Fue Alcalde de Lima (1934-1935 y 1940-1945). Fue Primer Vicepresidente

		de la República (1956-1962). Presidente del Directorio de la Compañía Peruana de Vapores (1957-1959). Luego de desempeñarse como Premier y Ministro de Hacienda, se reintegró al ámbito privado (Banco Popular del Perú, Sociedad Ganadera del Centro). <sup>325</sup> (Tauro del Pino 2001)
<b>Pedro Beltrán Espantoso</b>	14/03/1959	Empezó a estudiar Economía en San Marcos, pero culminó en el King College y la London School of Economics. “Fue el promotor y organizador de la primera estación experimental agrícola en el Perú (1926), establecida en el valle de Cañete, y de la primera asociación agrícola local.” Presidente de la Sociedad Agraria (1927). Director del Banco Central de Reserva (1929). Director y Presidente del Directorio del Banco Central de Reserva (1930). Formó una sociedad que adquirió <i>La Prensa</i> en 1934. Representante del Perú en la Conferencia Algodonera Internacional (1939). Embajador en EEUU (1944-1946). Presidente de la delegación peruana en la conferencia Bretton Woods (1945-1946). Director de <i>La Prensa</i> (1947). Presidente del Banco Central de Reserva (1948). La Sociedad Interamericana de la Prensa le otorgó la medalla de Héroe de la Libertad de Prensa. Presidente de la Comisión de Reforma Agraria y la Vivienda (1956). Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Hacienda desde 1959. (Tauro del Pino 2001)
<b>Alex Zarak</b>	26/04/1961	<b>Miembro de la Sociedad Nacional Agraria.</b>
<b>Augusto Valdez Oviedo</b>	17/07/1962	Sin mayor información.

<b>Ministros de Economía 1963-1968</b>		
<b>Javier Salazar Vilanueva</b>	28/07/1963	Sin mayor información.
<b>Carlos Morales Macchiavello</b>	14/09/1964	Nació en Trujillo. Estudió en el Colegio Nacional San Juan. Estudió Ingeniería Civil y Arquitectura en la Escuela de Ingenieros de Lima. Miembro fundador del Instituto de Urbanismo del Perú. Presidente del Instituto de Urbanismo del Perú. Presidente de la Sociedad de Arquitectos. Decano del Colegio de Arquitectos (1966-1967). Jefe del Instituto Nacional de Planificación. Ministro de Fomento y Obras Públicas (1964). (García Belaunde 1988)
<b>Sandro Mariategui Chiappe</b>	15/09/1965	Hijo del pensador José Carlos Mariategui. Elegido Diputado por Lima en 1963. (García Belaunde 1988) “Pertenece desde sus inicios al partido Acción Popular (...) exitosamente dirige más de una empresa. Fue primer ministro, ministro de Hacienda, ministro de Relaciones Exteriores, presidente del Senado, obviamente senador, secretario general de Acción Popular (...)”. (Saavedra- Piñón 1998)
<b>Tulio de Andrea Marcazzolo</b>	08/09/1967	Gerente del Banco Industrial del Perú. Presidente de la Corporación de Saneamiento de Lima. Gobernador Alterno del Banco Mundial. “No tenía credenciales de político. Era un hombre de empresa a quien más bien se acusaba de estar vinculado a ciertos grupos económicos y según los observadores, el presidente de la República lo escogió por ofrecer garantías de imparcialidad. El técnico, el hombre enterado de los problemas económicos, fue una revelación”. (García Belaunde 1988)
<b>Raúl Ferrero Rebagliati</b>	29/01/1968	Estudió en el Colegio Recoleta. Estudió en San Marcos y, tras el receso de esta, se pasó a la PUCP. Se graduó en Bachiller en letras y obtuvo el grado de Doctor en 1935. Se Graduó en Derecho en 1936. Enseñó Historia del Perú en el Colegio Antonio Raimondi. Profesor del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe. Profesor en Colegio Maristas de Barranco. Profesor en el

<sup>325</sup> Enciclopedia Tauro de El Comercio. CITAR BIEN

		Colegio Santa María. Profesor de Historia Universal en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Decano de la Facultad de Letras de la PUCP (1947-1952). Profesor de Derecho Constitucional de la PUCP. Profesor de Historia del Perú en la Escuela Militar (1937-1976). Profesor de la Escuela Superior de Guerra. Profesor de la Escuela de la Policía. Profesor de la Academia Diplomática. Profesor de Teoría del Estado en el Centro de Altos Estudios Militares (1963-1971). Decano del Colegio de Abogados de Lima (1962-1963). Ministro de RR.EE y Presidente del Consejo de Ministros en 1967. (Tauro del Pino 2001)
--	--	---

<b>Ministros de Economía 1968-1980</b>		
<b>Angel Valdivia Morriberón</b>	03/10/1968	General EP.
<b>Francisco Morales Bermúdez Cerruti</b>	03/03/1969	Estudió en el Colegio Jesuita de la Inmaculada. En 1939, ingresó a la Escuela Militar de Chorrillos. Egresó de allí como sub-teniente de ingeniería en 1943. En 1961, asumió “la jefatura del Batallón de Infantería Sacsahuamán N°6, al frente del cual inició la construcción de la vía Pomacocha-Ingenio; y al ser anulado el proceso electoral de 1962(...) tuvo a su cargo la organización de la base del Registro Electoral”. Fundador del Departamento de Investigaciones y desarrollo del E.M. General del Ejército. Estudió en la Escuela Superior de Guerra y llevó cursos de especialización en Argentina. Fue profesor de la Escuela Superior de Guerra y la Escuela de Ingeniería del Ejército. Jefe del E.M. de la I División Ligera. Subdirector de Logística del Ejército. Director de Economía del Ejército. Miembro del directorio de la Corporación del Mantaro, como delegado del Comando Conjunto de la Fuerza Armada. En 1967, ingresó al CAEM. Ministro de Hacienda y Comercio en 1968, durante el gobierno de Fernando Belaúnde Terry. En 1969, se desempeñó como Ministro de Hacienda y Comercio del gobierno presidido por Velasco. En 1974, ascendió a la jefatura de E.M. General del Ejército. En 1975, asumió como Primer Ministro y Ministro de Guerra. (Tauro del Pino 2001)
<b>Guillermo Marco del Pont Santiesteban</b>	02/01/1974	General de División. Jefe del Instituto Nacional de Planificación. “(...) ya venía desarrollando actividades vinculadas al portafolio de Economía, tales como haber concurrido a las reuniones del Grupo del Banco Mundial, en representación (...) (de) el Ministro Morales Bermúdez (...); ha trabajado permanentemente vinculado al Ministerio de Economía.” ( <i>El Comercio</i> Enero de 1974)
<b>Amilcar Vargas Gavilano</b>	18/07/1974	Ingresó a la Escuela Militar de Chorrillos en 1936. Ingresó de cadete a la Escuela Militar de Chorrillos en 1939. Egresó como Alférez de Artillería en 1941. Fue Director Nacional de Presupuesto mientras era Ministro de Hacienda y Comercio Angel Valdivia Morriberón. (Tello 1983).
<b>Luis Barúa Castañeda</b>	02/09/1975	<b>Doctor.</b> (Barúa 1976). Sin mayor información
<b>Walter Piazza Tanguis</b>	16/05/1977	Magister en Ciencias e Ingeniería Eléctrica, Massachusetts Institute of Technology, EE.UU. (1948). Director de la Corporación Minera Nor-Perú S.A (1961.1963). Vicepresidente de la Sociedad Nacional de Pesquería. Miembro del Comité Consultivo para Latinoamérica del IBM World Trade Americas Group, Nueva York. Presidente de IPAE (1972-1973). (Cavanagh 1997)
<b>Alcibiades Sáenz Barsallo</b>	06/07/1977	<b>General de División E.P.</b> (Sáenz 1978).
<b>Javier Silva Ruete</b>	15/05/1978	Estudió Ciencias Económicas (1955-1959) y Derecho (1957-1960) en San Marcos. “Realizó Estudios de Pos-grado en universidades y centros

		académicos de Uruguay, Italia, Francia y EE.UU., obteniendo los grados de Magíster en Desarrollo Agrícola, Disciplinas Bancarias, Desarrollo Económico y Organización de Empresas. Gerente del Banco Central de Reserva. Ministro de Agricultura (1965-1967). Director Secretario de la Junta del Acuerdo de Cartagena (1970-1976). (Tauro del Pino 2001)
--	--	---

<b>Primeros Ministros 1956-1962</b>		
<b>Manuel Cisneros Sánchez</b>	28/07/1956	Estudió derecho en San Marcos. Dirigió <i>La Crónica</i> (1942-1944). Ministro de Justicia y Culto (1944-1945). Presidente del Directorio de la Empresa Editora <i>La Crónica</i> (1945-1967). Decano del Colegio de Abogados de Lima (1950). Fundador del Movimiento Democrático Peruano (1955), “para auspiciar la candidatura de Manuel Prado, y lo presidió hasta su extinción (1969)”. (Tauro del Pino 2001)
<b>Luis Gallo Porras</b>	10/06/1958	Estudió en el Colegio Jesuita de la Inmaculada. Fue alumno de la Escuela Técnica de París. Estudió en la Escuela Superior de Agronomía de Berlín. Como miembro del concejo municipal de Miraflores se desempeñó como inspector de alamedas y paseos. Fue Alcalde de Miraflores (1928-1933). Fue Alcalde de Lima (1934-1935 y 1940-1945). Fue Primer Vicepresidente de la República (1956-1962). Presidente del Directorio de la Compañía Peruana de Vapores (1957-1959). Luego de desempeñarse como Premier y Ministro de Hacienda, se reintegró al ámbito privado (Banco Popular del Perú, Sociedad Ganadera del Centro). (Tauro del Pino 2001)
<b>Pedro Gerardo Beltrán Espantoso</b>	04/07/1959	Empezó a estudiar Economía en San Marcos, pero culminó en el King College y la London School of Economics. “Fue el promotor y organizador de la primera estación experimental agrícola en el Perú (1926), establecida en el valle de Cañete, y de la primera asociación agrícola local.” Presidente de la Sociedad Agraria (1927). Director del Banco Central de Reserva (1929). Director y Presidente del Directorio del Banco Central de Reserva (1930). Formó una sociedad que adquirió <i>La Prensa</i> en 1934. Representante del Perú en la Conferencia Algodonera Internacional (1939). Embajador en EE.UU (1944-1946). Presidente de la delegación peruana en la conferencia Bretton Woods (1945-1946). Director de <i>La Prensa</i> (1947). Presidente del Banco Central de Reserva (1948). La Sociedad Interamericana de la Prensa le otorgó la medalla de Héroe de la Libertad de Prensa. Presidente de la Comisión de Reforma Agraria y la Vivienda (1956). Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Hacienda desde 1959. (Tauro del Pino 2001)
<b>Carlos Moreyra y Paz Soldán</b>	24/11/1961	Miembro nato de la SNA. Propietario de la Hacienda San Isidro. Representante de la Hacienda en la SNA. Dueño de la Hacienda Santa Luisa, en el valle Chillón. Muy vinculado a los negocios de la familia Prado: miembro del directorio del Banco Popular del Perú y Presidente del Directorio de la Empresa Editora “ <i>La Crónica</i> ” y “ <i>Variedades</i> ”, propietaria del diario y la radio “ <i>La Crónica</i> ”. Gerente de la Compañía Nacional Manufacturera S.A. Gerente de la inmobiliaria Reducto S.A. Director de la Compañía Urbanizadora San Isidro. (Malpica 1976)

<b>Primeros Ministros 1963-1968</b>		
<b>Oscar Trelles Montes</b>	28/07/1963	Estudió secundaria en Cusco y Lima. Estudió Medicina en París. En 1934, recibió el premio Trevel otorgado por la Sociedad Médico-Psicológica de París. En 1936, recibió el premio de la Academia Nacional de Medicina. Profesor de Neurología (1936-1961). Coadyuvó a la fundación de la Universidad Cayetano Heredia. Jefe del Servicio de Neuropatología del

		Hospital Santo Toribio de Mogrovejo. Director del Hospital Santo Toribio de Mogrovejo. Ministro de Salud Pública y Asistencia Social (1945-1946). Fue uno de los fundadores del Partido Social Republicano (1948). Fue uno de los fundadores del partido AP (1956). Secretario General de AP (1958-1959 y 1965-1967). Al iniciarse el gobierno de Fernando Belaúnde Terry fue Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Gobierno. (Tauro del Pino 2001)
<b>Fernando Schwalb López Aldana</b>	13/12/1963	Estudió en el Colegio Recoleta. Estudió Derecho en la PUCP. Se recibió de abogado en San Marcos. Trabajó en el Ministerio de RR.EE. Tercer Secretario del Ministerio de RR.EE (1941). Segundo Secretario del Ministerio de RR.EE (1943). Embajador en EE.UU (1944). Integrante de la delegación de la naciente ONU (1946). Primer Secretario del Ministerio de RR.EE (1947). Ministro Consejero (1948). Colaborador de <i>Jornada</i> (1949-1950) y <i>Mundo</i> (1950). Director Alterno del Banco de Reconstrucción y Fomento (1950). Secretario General de Acción Popular (1960). Ministro de RR.EE desde el 28/07/1963. (Tauro del Pino 2001)
<b>Daniel Becerra Flor</b>	16/09/1965	Nació en Moquegua. “Cursó sus estudios de primaria y secundaria en el Colegio Nacional de La Libertad, de su tierra natal, y su carrera profesional en la Universidad de San Marcos”. Médico Cirujano. Siguió estudios de perfeccionamiento en la Clínica de Mayo (1951) y en la Universidad de Filadelfia (1956). Docente y Jefe de la Clínica Quirúrgica en la Universidad Cayetano Heredia. Trabajó en la Clínica Loayza y en la Clínica Internacional. “Catedrático asociado de cirugía en la facultad de Medicina de San Fernando hasta 1961; y catedrático principal y jefe del departamento de cirugía de la facultad de Medicina Cayetano Heredia”. Presidente fundador de la Sociedad Peruana de Gastroenterología. Presidente de la Asociación de Médicos de la Clínica Internacional. Miembro de número y vicepresidente de la Sociedad Peruana de Cancerología. Afiliado a Acción Popular. Elegido Senador por el departamento de Moquegua en las elecciones de 1962 y 1963. (García Belaunde 1988)
<b>Edgardo Seoane Corrales</b>	07/07/1967	Estudió en el Colegio Santa Rosa de Chosica. Estudió en la Escuela Nacional de Agricultura. Presidente del Centro de Estudiantes del Perú. Topógrafo en la hacienda Huayto. Cargos administrativos en la hacienda Huayto. Administrados de la hacienda Vilcahuaura (1930). Administrador de la hacienda Pucalá (1931-1948). Adquirió la hacienda Mamape, en el distrito de Ferreñafe. Vinculado al p AP. Candidato a la Primera Vicepresidencia por Acción Popular en 1962. Primer Vicepresidente de 1963-1968. Secretario General de AP. Fue encargado de la Presidencia del Consejo de Ministros en 1967. (Tauro del Pino 2001)
<b>Raúl Ferrero Rebagliati</b>	17/11/1967	Estudió en el Colegio Recoleta. Estudió en San Marcos y, tras el receso de esta, se pasó a la PUCP. Se graduó en Bachiller en letras y obtuvo el grado de Doctor en 1935. Se Graduó en Derecho en 1936. Enseñó Historia del Perú en el Colegio Antonio Raimondi. Profesor del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe. Profesor en Colegio Maristas de Barranco. Profesor en el Colegio Santa María. Profesor de Historia Universal en la PUCP. Decano de la Facultad de Letras de la PUCP (1947-1952). Profesor de Derecho Constitucional de la PUCP. Profesor de Historia del Perú en la Escuela Militar (1937-1976). Profesor de la Escuela Superior de Guerra. Profesor de la Escuela de la Policía. Profesor de la Academia Diplomática. Profesor de Teoría del Estado en el Centro de Altos Estudios Militares (1963-1971). Decano del Colegio de Abogados de Lima (1962-1963). Ministro de RR.EE y Presidente del Consejo de Ministros en 1967. (Tauro del Pino 2001)
<b>Oswaldo Herculles</b>	31/05/1968	Estudió Medicina en San Marcos. Siguió estudios de perfeccionamiento en París (1935-1937). Profesor de la Facultad de Medicina (1937). Decano de

<b>García</b>		la Facultad de Medicina (1953-1956). Fundador y Director del Hospital Obrero. Presidente de la Academia Nacional de Medicina (1952). Presidente de la Beneficencia Pública de Lima (1954-1961). Ministro de RR.EE. y Presidente del Consejo de Ministros a partir del 31/05/1968. (Tauro del Pino 2001)
<b>Miguel Mujica Gallo</b>	02/10/1968	Estudió en el Colegio Recoleta. Estudió Agricultura en las universidades de Londres y Bristol. “De vuelta en Perú, se dedicó a propulsar sus propias explotaciones agrícolas (Perú y San Román); y ha participado en negocios bancarios (Banco de Lima); y de seguros (La Nacional), así como en empresas mineras”. Fue designado, en 1968, como Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de RR.EE. unas horas antes del golpe militar. (Tauro del Pino 2001)

### Primeros Ministros 1968-1980

<b>Ernesto Montage Sánchez</b>	03/10/1968	Estudió en el Colegio Recoleta. En 1934 ingresó a la Escuela Militar. Estudió en la Escuela Superior de Guerra (1948-1949). En 1950 siguió un curso en Leaveworth, EE.UU. En 1960 estudió en el CAEM. Subteniente de Infantería de la Escuela Militar. Instructor en la Escuela de Clases. Instructor en el Colegio Militar Leoncio Prado. Instructor en la Escuela de Infantería. Profesor en la Escuela Superior de Guerra. Agregado en la Embajada de Perú en Chile (1958). Sub-director y, luego, Director de la Escuela Superior de Guerra. Prefecto de Lima. En 1963 asumió la Comandancia General de la III Región Militar. Ministros de Educación (1964-1965) durante el gobierno de Fernando Belaúnde Terry. Sub-jefe del E.M. General del Ejército. Comandante General de la I Región Militar. En 1968 pasó a desempeñar la Inspección General del Ejército. Tras el golpe militar de 1968, asumió la Comandancia General del Ejército, el Ministerio de Guerra y la Presidencia del Consejo de Ministros. (Tauro del Pino 2001)
<b>Edgardo Mercado Jarrín</b>	31/01/1973	Estudió en el Colegio de Tacna. Se alistó como soldado en 1936. Ingresó en 1937 a la Escuela de Cadetes y egresó como Alférez de Artillería en 1940. Fue edecán del Presidente José Luis Bustamante y Rivero (1946-1948). Instructor de la Escuela de Artillería. Sub-director de la Escuela de Artillería. Profesor de Táctica General y Jefe del Departamento de Investigación y Desarrollo de la Escuela Superior de Guerra. Ejecutivo de la Dirección de Inteligencia. Jefe E.M. de la I División Ligera. Estudió en el CAEM. Profesor de Estrategia Nacional del CAEM. Director de Inteligencia de la Escuela Mayor del Ejército. Comandante General del Centro de Instrucción Militar. Asumió el cargo de Ministro de RR.EE (03-10-1968). En 1972 asumió el cargo de Comandante General del Ejército. En 1963 asumió el cargo de Ministro de Guerra y Presidente del Consejo de Ministros. (Tauro del Pino 2001)
<b>Francisco Morales Bermúdez Cerruti</b>	04/02/1975	Estudió en el Colegio Jesuita de la Inmaculada. En 1939, ingresó a la Escuela Militar de Chorrillos. Egresó de allí como sub-teniente de ingeniería en 1943. En 1961, asumió “la jefatura del Batallón de Infantería Sacsahuamán N°6, al frente del cual inició la construcción de la vía Pomacocha-Ingenio; y al ser anulado el proceso electoral de 1962(...) tuvo a su cargo la organización de la base del Registro Electoral”. Fundador del Departamento de Investigaciones y desarrollo del E.M. General del Ejército. Estudió en la Escuela Superior de Guerra y llevó cursos de especialización en Argentina. Fue profesor de la Escuela Superior de Guerra y la Escuela de Ingeniería del Ejército. Jefe del E.M. de la I División Ligera. Subdirector de Logística del Ejército. Director de Economía del Ejército. Miembro del directorio de la Corporación del Mantaro, como delegado del Comando Conjunto de la Fuerza Armada. En 1967, ingresó al CAEM. Ministro de Hacienda y Comercio en 1968,

		durante el gobierno de Fernando Belaúnde Terry. En 1969, se desempeñó como Ministro de Hacienda y Comercio del gobierno presidido por Velasco. En 1974, ascendió a la jefatura de E.M. General del Ejército. En 1975, asumió como Primer Ministro y Ministro de Guerra. (Tauro del Pino 2001)
<b>Oscar Vargas Prietro</b>	30/08/1975	Sin mayor información.
<b>Jorge Fernández Maldonado Solari</b>	31/01/1976	Estudió primaria en el Centro Escolar de Varones de Moquegua y en el Colegio Francisco Bolognesi de Tacna. Estudió secundaria en el Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe de Lima. Estudió en la Escuela Militar de Chorrillos y egresó de ella como Subteniente de Infantería en 1943. Estudió cursos de especialización en la Escuela de Infantería (1953) y en la Escuela Superior de Guerra (1954-1955). Estudió en la Escuela de Inteligencia del Ejército (1963). Jefe del Servicio de Inteligencia. Subdirector de Inteligencia en el E.M. General del Ejército. Director del Colegio Militar Gran Mariscal Ramón Castilla, de Trujillo. Profesor de la Escuela Superior de Guerra del Ejército. Subdirector de Personal del E.M. General del Ejército, “desde esta posición, coadyuvó en la realización del golpe de Estado (3-X-1968)”. “Fue uno de los autores de los documentos que definieron los propósitos de ese gobierno (gobierno revolucionario de las FF.AA): el estatuto, el manifiesto dirigido al país y el llamado Plan Inca”. Desde 1968, integró el Comité de asesoramiento de la Presidencia de la República. Ministro de Fomento y Obras (1969) y Ministro de Energía y Minas (1969). En 1975, pasó a la jefatura del E.M General de Ejército. Ministro de Guerra y Primer Ministro. (Tauro del Pino 2001)
<b>Guillermo Arbulú Galliani</b>	17/07/1976	Sin mayor información.
<b>Oscar Molina Pallochía</b>	31/01/1979	Sin mayor información.
<b>Pedro Ritche Prada</b>	31/01/1979	Curso Básico en la Escuela Militar de Chorrillos (1942-1945). Estudios en Estado Mayor, Escuela Superior de Guerra, EP (1952-1953). Estudios en Blindados, Fort Knox, Kentucky, EE.UU. (1954-1955). Estudió Estrategia Militar en el CAEM (1965). Instructor de Cadetes (19498-1951). Asesor de la Escuela Superior de Guerra (1957-1960). Comandante del Agrupamiento Blindado de Tumbes (1963-1964). Ministro del Interior (1971-1975). Comandante General de la III Región Militar (1975). Inspector General del Ejército (1976). Jefe de Estado Mayor del Ejército (1976-1979). Presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas (1978). Comandante General del Ejército (1979-1980). Ministro de Guerra a partir de 1979. (Cavanagh 1997)

### Anexo 3: Perfiles político-profesionales de Ministros peruanos 1990-1997

<b>Primeros Ministros 1990-1997</b>		
<b>Juan Carlos Hurtado Miller</b>	28/07/1990	Estudió Agronomía en la Universidad Agraria La Molina. Master of Science en Economía Agrícola, Universidad de Iowa, EE.UU. (1966-1969). Master of Science en Administración Pública y Gerencia, Universidad de Harvard, Cambridge, EE.UU. (1987). Gerente de Estudios Económicos y Coordinador del Fondo de Financiamiento de Estudios dd Proyecto de Inversión, FINEPI, Banco Central de Reserva (1968-1971). Sub Gerente de Pre-Inversión y Promoción de Proyectos de Inversión, Corporación Financiera de Desarrollo (1971-1973). Miembro del Directorio del Banco Industrial del Perú (1980-1983). Presidente del Directorio del Banco Agrario del Perú (1983). Ministro de Agricultura (1983-1985). Primer Ministro y Ministro de Economía desde 1990. (Cavanagh 1997)
<b>Carlos Torres y Torres Lara</b>	16/02/1991	Estudió Humanidades en la PUCP. Se tituló de abogado en 1967 y obtuvo el grado de Doctor en 1989 por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Hizo estudios de post-grado en la Universidad de Munster en Alemania y en la Universidad Hispanoamericana Santa María de la Rábida en España. En el año 1980, fundó la Revista Peruana de Derecho de la Empresa Fue director del Programa de Ciencias de la Cooperación (1981) y del Departamento de Ciencias Jurídicas de la Universidad de Lima (1982), donde también, en tres oportunidades, fue decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas (1984-1987 y 1990-1992). Fue designado Ministro de Trabajo y Promoción Social (28/07/1990-15/02/1991). (Fuente
<b>Alfonso de los Heros Pérez-Albela</b>	07/11/1991	Abogado, graduado en la PUCP, realizó estudios de Maestría en Derecho del Trabajo y Seguridad Social en la Universidad San Martín de Porres”. Miembro de la Junta Directiva del Colegio de Abogados del Perú (1979 – 1980). Ministro de Trabajo y Promoción Social (febrero 1991 – abril 1992).
<b>Oscar de la Puente Raygada</b>	06/04/1992	El 07/11/1991 juramentó como Ministro de Vivienda y Construcción. (La República Abril de 1992)
<b>Alfonso Bustamante Bustamante</b>	28/08/1993	Estudió Agronomía en la Universidad Nacional Agraria La Molina. Gerente de la Sociedad Ganadera del Sur S.A (1966 – 1971). Presidente de la Cámara de Comercio de Industria de Arequipa (1979 -1980). Se desempeño previamente como Ministro de Industria, Turismo y Negocios Internacionales desde el 17/01/1993. Cuando asumió el cargo de premier fue Gerente General y Presidente del directorio de Abrasivos Industriales S.A. Presidente del Directorio de la Fábrica de Bicicletas S.A. Vicepresidente de la Sociedad Ganadera del Sur. Director del Banco del Sur del Perú, Director de La Positiva Compañía de Seguros. Director de la Embotelladora de Coca Cola. Antes de asumir el premierato fue Presidente de Prom Perú. (La República Agosto de 1993)
<b>Efraín Goldenberg Freeiber</b>	17/02/1994	Estudió Letras y Derecho en la Universidad Mayor de San Marcos. El 28/08/1993 juramentó como Ministro de RREE. Fue director de la Sociedad Nacional de Pesquería y del Fondo de Exportaciones (FOPEX). “Tiene amplios contactos empresariales en diversos países como producto de más de 30 años de viajes de trabajo a Oriente, Estados Unidos, Europa y América Latina (...)” (La República Febrero de 1994).
<b>Dante Córdova Blanco</b>	27/07/1995	Sin mayor información.
<b>Alberto Pandolfi Arbulú</b>	04/04/1996	Estudió Ingeniería de la UNI. Magister en Administración de Empresas de ESAN. Estudió en el Programa de Alta Dirección PAD de la Universidad de Piura. Estudió Administración de Empresas Cementeras en el Holderbank Suiza. “Ha ejercido su profesión en diversas compañías de la República Federal de Alemania (...)” Gerente General de Metalurgia

		Peruana S.A (1982-1996). Gerente General de Cementos Lima S.A (1977-1981). Gerente General de Envasadora San Fernando S.A (1981-1982). Director de Cemento Yura, Cemento Andino, Cemento Sur, Cementos Norte Pacasmayo S.A.; y ElectroPerú (desde Febrero de 1992). Director de la Sociedad de Beneficiencia de Lima Metropolitana. Vicepresidente de la Caja de Ahorros. Director de ENAFER e IPAE. Presidente del Comité Especial de Privatización de Cementos Yura (1993-1994) y Cementos Norte Pacasmayo (1994-1995). Presidente del Directorio de Petroleras del Perú (1995). Gerente General de Metalúrgica Peruana (1982-1995). (Cavanagh 1997)
--	--	--

#### Ministros de Economía 1990-1997

<b>Juan Carlos Hurtado Miller</b>	28/07/1990	Ver tabla precedente.
<b>Carlos Boloña Behr</b>	16/02/1991 06/04/1992	Estudios en las Universidades Pacífico, Iowa y Oxford. Viceministro de Carlos Rodríguez Pastor (Ministro de Economía del 03/01/1983 – 18/03/1983). Asesor del Gobierno Boliviano en el periodo 1985 – 1987. Asesor del Gobierno peruano en las negociaciones sobre narcotráfico en Estados Unidos. Miembro del Instituto Libertad y Democracia (IDL). ( <i>La República</i> febrero de 1991).
<b>Jorge Camet Dickman</b>	09/01/1993 04/04/1996	Estudió Ingeniería Civil en la Universidad Nacional de Ingeniería. Trabajó con la empresa de ingenieros contratistas Cilloniz Olazábal Urquiaga. Fundador de J y J Camet Ingenieros S.A. Presidente de la Junta de Obras Públicas de la Empresa Pública de Comercialización de Harina y Aceite de Pescado. Presidente de la Asociación de Ingenieros Constructores del Perú. Presidente de la Cámara Peruana de la Construcción. Fue miembro del Consejo Superior de Licitaciones y Contratos de Obras Públicas. Presidente en dos ocasiones de la Confiep. ( <i>La República</i> Enero de 1993)

#### Ministro de Agricultura 1990-1997

<b>Carlos Amat y León</b>	28/07/1990	Se graduó en Agronomía en 1962 por la Universidad Agraria La Molina. Master of Science in Economics, Universidad de Iowa (1971). Master of Science in Agriculture Economics, Universidad de Wisconsin (1973). Ph.D. Candidate, Universidad de Wisconsin (1973). Profesor asociado de la Universidad Agraria La Molina (1963-1974). Director de Investigaciones del Ministerio de Economía (1974-1978). Consultor del Programa Tecnológico de Alimentos, Junta del Acuerdo de Cartagena (1980-1982). Profesor visitante, Pittsburgh University (1986). Consultor del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF (1986). Director del Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico (1983-1988). Consultor del IICA (1989-1990). (Cavanagh 1997)
<b>Enrique Rossel Link</b>	23/10/1990	Estudió Agricultura en la Escuela Nacional de Agricultura (1948-1954). Estudió Ingeniería Agrónoma en la Universidad Agraria La Molina (1961). M.S. en Dasonomía, IICA, Turrialba, Costa Rica (1967). Docente Investigador de la Universidad Agraria La Molina. Director Forestal Fauna del MINAG. Presidente de Córpac. Asesor del Municipio de Chiclayo en Ornamentación Urbana (1990). (Cavanagh 1997) “Pertenece a la misma promoción de la Universidad que Alberto Fujimori.” “Fue censurado por el Congreso quien lo consideró responsable político de la crisis agraria” <sup>326</sup> . ( <i>La República</i> Diciembre de 1991)
<b>Gustavo</b>	18/12/1991	Sin mayor información.

<sup>326</sup> *La República*, 18 de diciembre de 1991. Sección Política, p.2.

<b>González Prieto</b>		
<b>Absalón Vásquez Villanueva</b>	06/04/1992	Viceministro de Vivienda y Construcción, mientras era el Ministro Oscar de la Puente Raygada, quien juramentó en el cargo el 07/11/1991. Miembro del APRA. Fundador de Vamos Vecino. Docente de la Universidad Agraria La Molina. Fundador de Sí Cumple.
<b>Rodolfo Muñante Sanguinetti</b>	04/04/1996	Sin mayor información.

## Fuentes para la reconstrucción de los Anexos 1, 2 y 3:

### *Diarios*

El Comercio, julio de 1956, noviembre de 1962, octubre de 1968, julio de 1979 y enero de 1974.

La República, diciembre de 1991, febrero de 1991, abril de 1992, enero de 1993, agosto de 1993 y febrero 1994.

### *Libros*

Barúa, Luis, (1976), *La situación económico-financiera del país: programa de reactivación económica, exposición*, Lima: Ministerio de Economía y Finanzas.

Cavannah, Jonathan (ed.), (1997), *The Peru Report's updated guide to Top people in Peru , ¿Quién es quién? 1997: a second approximation*, Lima: Peru Reporting.

Gallegos, Enrique, (1975), *Revolución Truncada 1968-1973*, Lima: CESCO.

García Belaunde, Víctor Andrés, (1988), *Los ministros de Belaúnde*, Lima: Minerva.

Malpica, Carlos, (1976), *Los dueños del Perú*, Lima: Peisa.

Saavedra-Piñón, Mario, (1998), *Rastros y rastros*, Lima: Minerva.

Sáenz, Alcibiades, (1978), *Principales aspectos del programa económico financiero 1978*, Lima: Ministerio de Economía y Finanzas.

Tauro del Pino, Alberto, (2001), *Enciclopedia ilustrada del Perú: síntesis del conocimiento integral del Perú, desde sus orígenes hasta la actualidad*, Lima: PEISA.

Tello, María del Pilar, (1983), *Golpe o Revolución: Hablan los militares del 68*, Lima: SAGSA.

Tuesta, Fernando, (2001), *Perú político en cifras: 1821-2001*, Lima: Fundación Friedrich Ebert.

Valdéz, Enrique, (1973), *Logros y objetivos del sector agropecuario / Enrique Valdez Angulo*, Lima: Ministerio de Agricultura.

### *Otros*

Biografías de Biblioteca del Congreso: <http://www.congreso.gob.pe/>

Blog Politika: <http://blog.pucp.edu.pe/fernandotuesta>

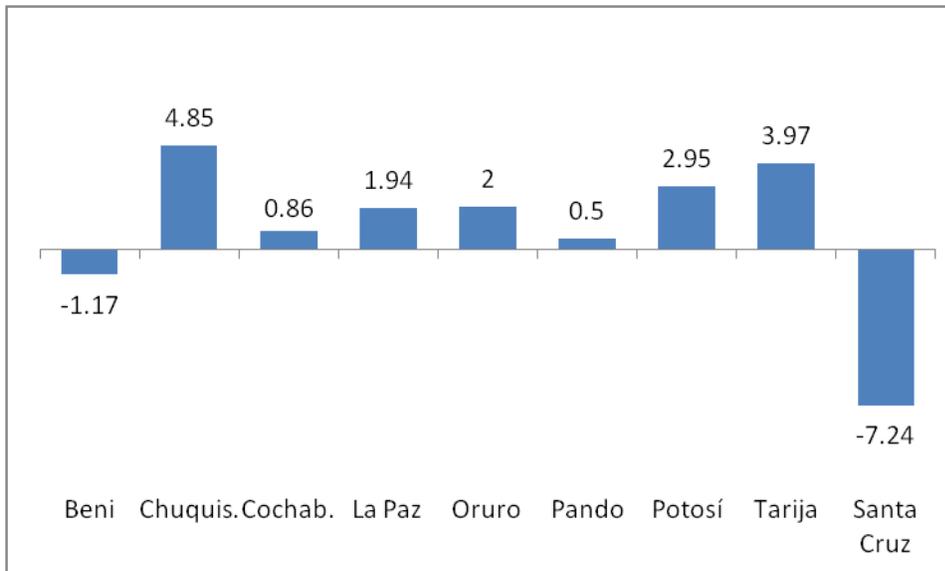
Infogob: <http://www.infogob.com.pe/>

#### Anexo 4. Resultados por departamentos del referéndum sobre el gas en Bolivia, 2004.

Los cuadros muestran la variación a partir del promedio nacional en cada una de las cinco preguntas que fueron objeto de votación. Evidentemente, las votaciones por el NO en cada pregunta tienen un resultado exactamente inverso al mostrado en los gráficos. Lo importante resulta la manera diferenciada en que el departamento de Santa Cruz votó respecto del resto del país y, en segunda instancia, la diferencia entre occidente y oriente.

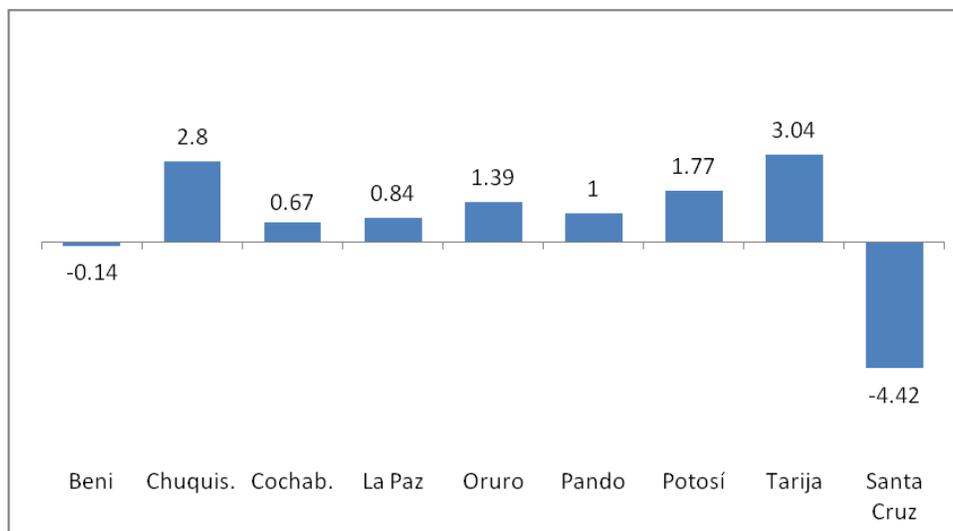
**PREGUNTA 1.** ¿Está usted de acuerdo con la abrogación de la Ley de Hidrocarburos 1689 promulgada por Gonzalo Sánchez de Lozada?

#### VOTACIÓN POR EL SÍ



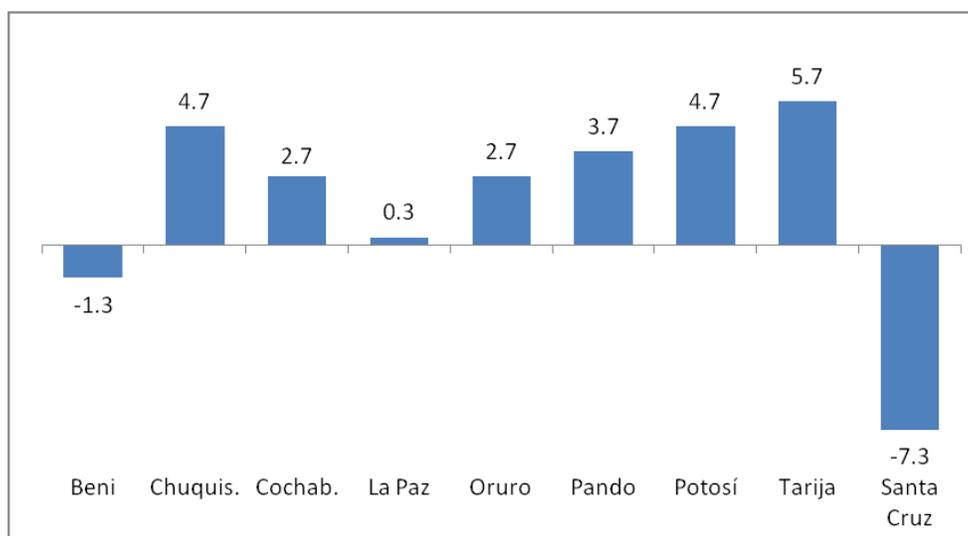
**PREGUNTA 2.** ¿Está usted de acuerdo con la recuperación de la propiedad de todos los hidrocarburos en boca de pozo para el Estado boliviano? Si No

### VOTACIÓN POR EL SÍ



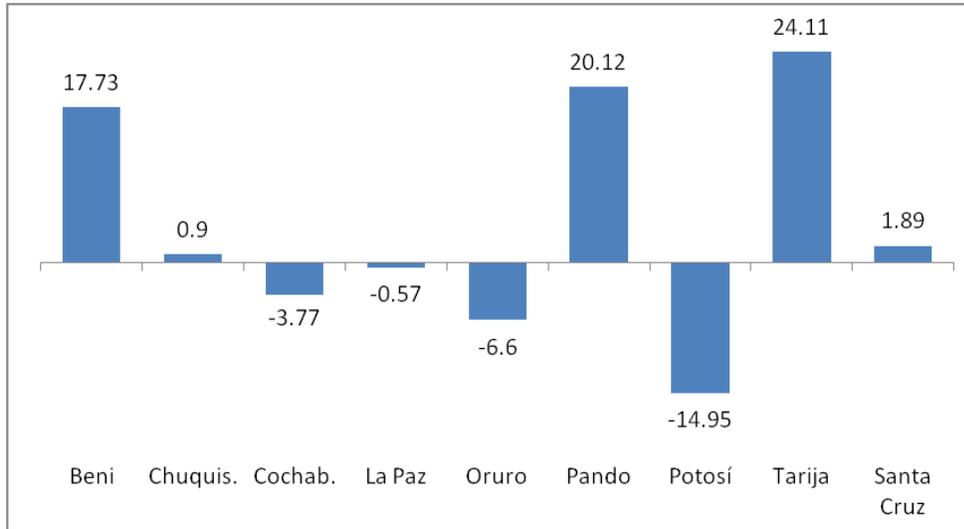
**PREGUNTA 3.** ¿Está usted de acuerdo con refundar Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) recuperando la propiedad estatal de las acciones de las bolivianas y los bolivianos en las empresas petroleras capitalizadas, de manera que pueda participar en toda la cadena productiva de hidrocarburos?

### VOTACIÓN POR EL SÍ



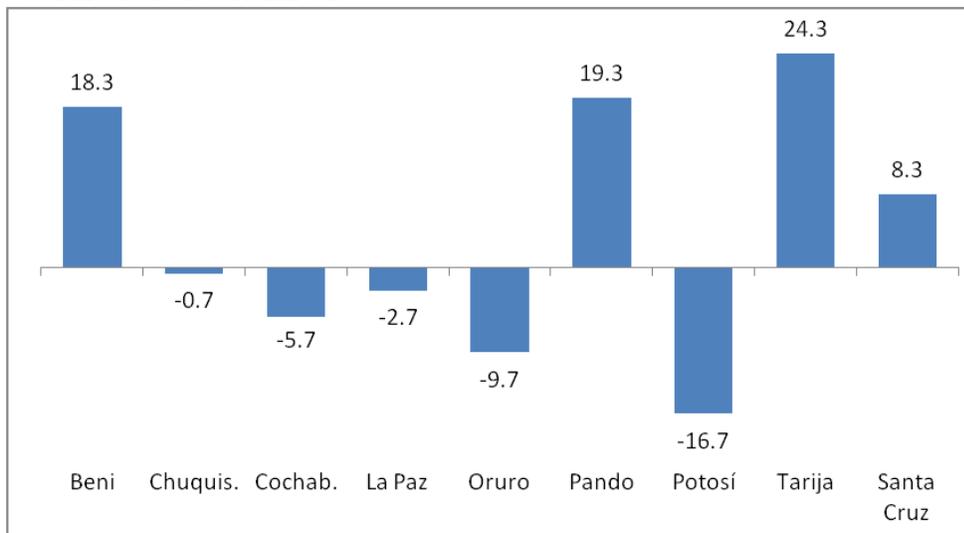
**PREGUNTA 4.** ¿Está usted de acuerdo con la política del presidente Carlos Mesa de utilizar el gas como recurso estratégico para el logro de una salida útil y soberana al océano pacífico?

#### VOTACIÓN POR EL SÍ



**PREGUNTA 5.** ¿Está usted de acuerdo con que Bolivia exporte gas en el marco de una política nacional que cubra el consumo de gas de las bolivianas y bolivianos, fomente la industrialización del gas en territorio nacional, cobre impuestos y/o regalías a las empresas petroleras llegando al 50 por ciento del valor de la producción del gas y el petróleo en favor del país; destine los recursos de la exportación e industrialización del gas principalmente para educación, salud, caminos y empleos?

#### VOTACIÓN POR EL SÍ



Fuente de toda la data electoral, Corte Nacional Electoral de Bolivia. Elaboración propia.

### Anexo 5. Cronología de Estados de Emergencia en el Perú 1978-2000

FECHA	ACONTECIMIENTO	INFORMACIÓN ADICIONAL
<b>Mayo-1978</b>	Suspensión de garantías constitucionales y declaración del Estado de Emergencia en todo el territorio nacional.	Sucede luego de que el SUTEP iniciara una huelga nacional indefinida que duraría hasta julio. Las medidas económicas tomadas recientemente por el gobierno desembocan en un paro nacional los días 23 y 24 de mayo.
<b>Junio - 1978</b>	Se levanta el estado de emergencia y se suspende el toque de queda en vísperas de las elecciones constituyentes.	
<b>Agosto-1978</b>	El gobierno suspende las garantías individuales y declara el estado de emergencia en las zonas paralizadas (no se especifica qué zonas).	Sucede luego de que se declarara la huelga indefinida de la Federación Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos.
<b>Enero-1979</b>	La Junta Militar califica al paro como «político», suspende las garantías individuales, declara el estado de emergencia y cierra las revistas políticas.	Sucede luego de que la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP) convocara a un Paro Nacional Unificado para los días 9, 10 y 11 de enero. Sin embargo, éste fracasó y fue levantado el segundo día.
<b>Febrero – 1979</b>	El gobierno declara el estado de emergencia y la suspensión de los derechos individuales en Moquegua y Tacna	Se da como consecuencia del inicio de la huelga minera en los departamentos de Moquegua y Tacna. Se prolongó durante todo el mes.
<b>Julio - 1979</b>	La paralización que inicia el SUTEP fue una justificación para prorrogar la suspensión de garantías individuales.	El SUTEP inicia una de las huelgas más prolongadas en la historia de este gremio: tres meses y medio (4 de junio al 29 de septiembre). El gobierno rechaza el diálogo argumentando una presunta politización de este sindicato.
<b>Agosto – 1979</b>	El gobierno declara estado de emergencia y toque de queda en Ilo.	Esta medida se realiza luego de que el sindicato minero iniciara una serie de protestas

<b>Octubre-1980</b>	El departamento de Pasco es declarado en emergencia por disposición del Prefecto	Se toma esta medida para evitar enfrentamientos entre socios cooperativistas de las empresas creadas a partir de la Reforma Agraria y comunidades campesinas que, a partir del 28 de julio, habían invadido las tierras adjudicadas a los primeros reclamándolas como suyas. Se evita, a pedido de la Central de Cooperativas Agrarias de Pasco y de la Central Nacional, que el Ministerio del Interior procediera a desalojar a los comuneros, evitando así el traslado de efectivos policiales y sinchis a las zonas de conflicto.
<b>Octubre-1981</b>	El 12 de octubre, el gobierno decreta en estado de emergencia a cinco de las siete provincias de Ayacucho (Huamanga, Huanta, Cangallo, La Mar y Víctor Fajardo) y suspendió por sesenta días las garantías constitucionales relativas a la libertad y seguridad individual.	Es la primera vez que se decreta el estado de emergencia en el país dentro del contexto de la lucha armada. Poco antes el SL realiza un ataque al puesto policial de Tambo, provincia de La Mar, Ayacucho (11 de octubre de 1981). Cincuenta subversivos se llevaron dos metralletas y tres revólveres. Se encargó a los sinchis la lucha contrasubversiva.
<b>Octubre-1981</b>	Nombran al general GC Carlos Barreto Bretonche como jefe de la zona declarada en emergencia en Ayacucho.	
<b>Marzo-1982</b>	Gobierno decreta estado de emergencia en Ayacucho y toque de queda en la ciudad.	
<b>Marzo-1982</b>	Se suspenden garantías constitucionales en Andahuaylas y Angaraes, en el departamento de Apurímac.	Angaraes fue una de las provincias que ya en 1982 fueron declaradas en estado de emergencia. En uno de sus distritos, no pudieron realizarse las elecciones municipales de noviembre 1980.
<b>Mayo-1982</b>	Se prorroga estado de emergencia en Ayacucho.	
<b>Agosto-1982</b>	El 6 de Agosto se declara en emergencia a la provincia de Andahuaylas en el departamento de Apurímac. Se declara el estado de emergencia en todo el país.	Consejo de Ministros declara emergencia en Lima y el Callao por sesenta días (Decreto Supremo No.036-82-IN).
<b>Octubre-1982</b>	Finaliza el estado de emergencia en Lima y Callao después de dos meses.	
<b>Noviembre-1982</b>	Gobierno prorroga estado de emergencia en Ayacucho y Apurímac.	
<b>Diciembre-1982</b>	Ayacucho, Apurímac y Huancavelica en estado de emergencia.	El 27 de Diciembre, el Presidente Fernando Belaunde lanza un ultimátum para que los subversivos entreguen las armas antes que las Fuerzas Armadas tomaran el control de la zona de emergencia

<b>Diciembre-1982</b>	El 31 de Diciembre, nombran al general EP Clemente Noel Moral como Jefe del Comando Político Militar de la zona de emergencia.	2 000 efectivos toman posesión de las provincias en emergencia, empezando por las zonas rurales. Recién en esta etapa se militariza el conflicto. Hasta el momento fue la policía quien se encargó de la lucha antisubversiva.
<b>Mayo-1983</b>	El 25 de Mayo, el gobierno decretó estado de emergencia en Lima y Callao.	Es la respuesta del gobierno luego de que la Guardia Civil realizara una huelga.
<b>Mayo-1983</b>	El 30 de Mayo, se declara el estado de emergencia en todo el país por sesenta días y se suspenden varias de garantías individuales.	Sucede en vista de los repetidos actos de sabotaje en distintos puntos del sistema eléctrico interconectado
<b>Julio-1983</b>	El 28 de Julio, el Consejo de Ministros acordó prorrogar el estado de emergencia en todo el territorio nacional por sesenta días más, así como también la suspensión de garantías constitucionales.	En su mensaje al Congreso, el 28 de julio, Fernando Belaunde demandó el restablecimiento de la pena de muerte. Además, el jefe político-militar de la zona de emergencia, general EP Clemente Noel Moral, denunció a varios rectores de la Universidad de Ayacucho como cómplices de terrorismo.
<b>Setiembre-1983</b>	El 9 de septiembre, el premier Fernando Schwalb López Aldana anunció que el gobierno había decidido levantar el estado de emergencia en el país, salvo en las provincias bajo control militar en Ayacucho, Huancavelica y Apurímac.	
<b>Octubre-1983</b>	Se prorrogó el estado de emergencia por sesenta días más en la sierra central.	
<b>Diciembre-1983</b>	Se prorrogó el estado de emergencia en la mayoría de las provincias de Ayacucho y Huancavelica, así como en la provincia de Andahuaylas, en Apurímac.	El 31 de Diciembre, el general EP Clemente Noel Moral dejó la Jefatura Político Militar de la zona en emergencia. Sería reemplazado por el general EP Adrián Huamán Centeno
<b>Marzo-1984</b>	El jefe político militar de la zona de emergencia, general EP Adrián Huamán Centeno, suspendió el toque de queda en la ciudad de Ayacucho.	
<b>Junio-1984</b>	Se estableció el estado de emergencia en todo el país y se decretó la suspensión de las garantías constitucionales.	
<b>Julio-1984</b>	En julio de 1984, la provincia de Daniel Alcides Carrión se declaró en emergencia y pasó a control militar.	Poco a poco el EP restableció el orden y a las autoridades a través de la implantación de bases <i>contrasubversivas</i> . Ello provocó, sin mayores enfrentamientos, el repliegue del SL.

<b>Julio-1984</b>	El 8 de Julio, el gobierno prorrogó por treinta días el estado de emergencia en todo el país, lo cual incluía la suspensión de garantías constitucionales.	Las Fuerzas Policiales se mantendrían en la zona de emergencia pero prestando servicio únicamente en el radio urbano.
<b>Agosto-1984</b>	Algunas declaraciones del general EP Adrián Huamán Centeno fueron determinantes para motivar su salida de la jefatura de la zona de emergencia. El 27 de agosto, fue reemplazado por el coronel EP Wilfredo Mori Orzo.	Huamán había afirmado en el diario <i>La República</i> que la solución «no es militar, porque si fuera militar yo la resuelvo en minutos [...] si se tratara de matar, Ayacucho no existiría en media hora y Huancavelica tampoco [...] lo que pasa es que estamos hablando de seres humanos, de pueblos olvidados que han reclamado ciento sesenta años y nadie les ha hecho caso y ahora estamos cosechando ese resultado [...] la solución para mí es corregir la situación que existe, por decir, que la cárcel no esté llena de inocentes sin juicio, que los jueces no cobren coimas [...]. Lima quiere ser el Perú [...]. Estamos con las mismas personas que dieron lugar a la subversión. ¿Acaso no están las mismas personas que abusaron, los mismos jueces, o sea, los mismos que dieron lugar a todo esto? (...). Las FFAA no están a cargo de la situación política. Solamente de la militar. Situación política significa que usted encuentra una injusticia y puede cambiar de inmediato a las autoridades»
<b>Setiembre-1984</b>	Se decretó el estado de emergencia en el departamento de Huánuco primero y, luego, en San Martín.	
<b>Octubre-1984</b>	El gobierno decidió no prorrogar el estado de emergencia a escala nacional. Se amplió el estado de emergencia al departamento de Huánuco y a la provincia de Mariscal Cáceres (San Martín). Se mantuvo como zona de emergencia a la sierra central.	
<b>Octubre-1984</b>	Se amplió por sesenta días el estado de emergencia en la sierra central. Cuando terminen esos dos meses, el control político-militar de la zona de emergencia por parte de las Fuerzas Armadas habrá cumplido dos años.	
<b>Diciembre-1984</b>	Al parecer, esta incapacidad policial fue uno de los motivos para que se declarara, en diciembre de 1984, el estado de emergencia en la provincia de Daniel Alcides Carrión	Tras ser decretado el estado de emergencia en Daniel Alcides Carrión, el Ejército estableció una base militar en el distrito de Yanahuanca a mediados de diciembre. Los últimos días de diciembre de 1984, otra base contrasubversiva se instala en Chinche Tingo.

<b>Enero-1985</b>	Informe de AI genera debates en la opinión pública. Afirman que habían desaparecido más de mil personas en la zona de emergencia y que cientos de personas fueron asesinadas y torturadas por las fuerzas del orden en las zonas de emergencia	
<b>Mayo-1985</b>	El gobierno de Belaunde declaró en estado de emergencia a la provincia de Pasco el 10 de mayo de 1985.	Los atentados dinamiteros y los asesinatos se sucedieron de manera reiterada desde los últimos días de 1984, y continuaron a ritmo sostenido hasta el mes de mayo de 1985, cuando el catedrático Luis Alberto Aguilar Cajahuamán, militante del APRA y profesor de la Universidad Nacional Daniel Alcides Carrión, quien había sido elegido Diputado en las elecciones del 14 de abril, fue asesinado por un destacamento del SL. El asesinato del profesor precipitó la decisión de declarar el Estado de Emergencia.
<b>Junio-1985</b>	El 5 de junio, se promulga el decreto legislativo 24150 que establece normas que deben cumplirse en los estados de excepción (o de emergencia) en que las Fuerzas Armadas asumen el control del orden interno, en todo o en parte del territorio	
<b>Febrero-1986</b>	Estado de emergencia y toque de queda por sesenta días en Lima y Callao. El gobierno dispone que las Fuerzas Armadas asuman el control del orden interno mientras dura la suspensión de las garantías constitucionales.	Estas disposiciones son tomadas luego de producirse una serie de atentados terroristas y, al referirse a ellos, el Presidente sugirió la participación de nuevos grupos subversivos con ideología de derecha
<b>Marzo-1986</b>	El gobierno prorroga por sesenta días más el estado de emergencia que rige en las provincias de Lima y Callao. El Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas señala que continúa el toque de queda.	
<b>Junio-1986</b>	Se prorroga por sesenta días el estado de emergencia en Lima y Callao.	
<b>Agosto-1986</b>	Se prorroga hasta los primeros días de septiembre el estado de emergencia.	
<b>Octubre-1986</b>	El Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, en comunicados oficiales, informa de las acciones militares próximas a realizarse en la zona de emergencia	
<b>Noviembre-1986</b>	El cierre de campaña electoral municipal se realiza bajo la vigencia del toque de queda.	

<b>Mayo-1987</b>	El 23 de mayo se prorroga por sesenta días el estado de emergencia en las provincias de Lima y Callao. Se mantienen suspendidas las garantías constitucionales. Asimismo, se mantiene también el toque de queda.	
<b>Julio-1987</b>	El 15 de julio se decretó el Estado de emergencia en la provincia de Tocache (departamento de San Martín)	El 17 de julio, en un impresionante operativo, las fuerzas combinadas de la policía, el EP y la Fuerza Aérea llegadas en helicópteros recuperaron la ciudad de Tocache. Tras la instalación de las fuerzas del orden, SL abandonó su presencia abierta en la ciudad y se concentró en los espacios rurales.
<b>Julio-1987</b>	Se levanta el toque de queda en Lima	
<b>Noviembre-1987</b>	Se declaró el Estado de Emergencia en el departamento de San Martín.	El operativo realizado el 6 de noviembre por sesenta miembros del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) que consistió en la toma de los tres puestos policiales de la ciudad, el aeropuerto y el saqueo de un banco, y costó la vida a un policía y permitió al MRTA apropiarse de un verdadero arsenal de armas. Al igual que en los casos anteriores, el nuevo ritual de rendición de policías capturados en la plaza, izamiento de bandera y asamblea se repitió en medio del entusiasmo de una población poco identificada con policías abusivos y eventualmente corruptos. El mismo grupo tomó el pueblo de San José de Sisa el 7 de noviembre sin disparar un tiro.
<b>Junio-1988</b>	13 de junio, la provincia de Cotabambas, del departamento de Apurímac, es declarada en Emergencia.	Ésta fue la primera provincia del sur andino en ser declarada en emergencia buscando contrarrestar el control del SL. En el contexto del estado de emergencia, el Ejército instaló hasta 13 bases contrasubversivas en 1988.
<b>Meses antes de octubre de 1988</b>	El gobierno de Alan García declara a las provincias de Chanchamayo, Oxapampa y Satipo en estado de emergencia en 1988.	Ante el incremento de las acciones subversivas y la expansión territorial de SL y el MRTA
<b>Octubre-1988</b>	Todo el departamento de Junín y la provincia de Oxapampa (departamento de Pasco) fueron declarados en estado de emergencia	A pesar del estado de emergencia, la influencia subversiva avanzó desde el Ene hacia los distritos de Río Tambo, Pangoa y Mazamari, donde, SL dominó los espacios, sobre todo fuera de las ciudades, y se convirtió en el nuevo poder tras el asesinato de autoridades y de delincuentes.

<b>Diciembre-1988</b>	En diciembre de 1988, la ciudad y el departamento de Huancayo se declararon en estado de emergencia.	
<b>Junio-1989</b>	El 1 de junio de 1989 se declara a Ucayali como zona de emergencia y se instala un Comando Político Militar.	Sucede poco después del «pucallpazo» de enero,
<b>Agosto-1989</b>	El EP, con los responsables del área de inteligencia de los Comandos Políticos Militares y de las Grandes Unidades de Combate y el Ministerio de Defensa aprueban y publican para uso reservado de su personal en zona de emergencia los manuales titulados Guerra no convencional contrasubversiva.	En ellos, el dominio militar y el dominio político de las zonas de emergencia recaen bajo responsabilidad militar, por estar las Fuerzas Armadas convencidas de que los políticos civiles no habían sido capaces de crear una estrategia integral.
<b>Octubre-1989</b>	El incremento de la violencia en la capital motiva al gobierno a decretar el estado de emergencia por un plazo de treinta días en las provincias de Lima y Callao, quedando suspendidas las garantías individuales.	
<b>Diciembre-1989</b>	El gobierno expide el Decreto Supremo 171-90-PCM que precisa que las acciones de los miembros de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional del Perú (PNP) en las zonas declaradas en estado de excepción están comprendidas en la justicia militar	
<b>Enero-1990</b>	El general EP Petronio Fernández Dávila es nombrado nuevo jefe del Comando Político de la zona de Emergencia de Ayacucho y Huancavelica en reemplazo del general EP Howard Rodríguez Málaga.	
<b>Enero-1990</b>	El general EP Alberto Arciniega Huby, jefe del Comando Político Militar del Alto Huallaga, también es reemplazado por el general EP Hans Chacón.	
<b>Marzo-1990</b>	El gobierno declara en estado de emergencia por treinta días a las provincias de Lima y el Callao y ordena la inamovilidad de todos los efectivos de la PNP durante el período electoral	
<b>Agosto-1990</b>	Mediante decreto supremo, se declara en estado de emergencia, por el lapsode treinta días, las provincias de Arequipa, Cuzco, Puno, Piura, Trujillo, Chiclayo, Maynas, Huaraz, Chimbote, Lima y Callao, quedando suspendidas las garantías individuales.	
<b>Octubre-1990</b>	Se prorroga por sesenta días el estado de emergencia en los departamentos de Apurímac, Huancavelica, San Martín, Junín, Pasco, Ayacucho, Huánuco, Ucayali. Esta medida es levantada en la provincia de Huamanga.	
<b>Enero-1991</b>	Por Decreto Supremo N° 171-90-PCM se	

	dispone que los policías y el personal de las Fuerzas Armadas acreditados en las zonas de emergencia permanezcan durante las 24 horas del día en comisión de servicio. La situación se agrava más cuando se establece que no se podrá revelar la identidad de oficiales, soldados y policías en las zonas de emergencia. En febrero, el Congreso deja sin efecto dicho decreto supremo.	
<b>Mayo-1991</b>	Mediante el Decreto Supremo N°024-91-DE/SGP, se proroga el estado de emergencia por el término de sesenta días a partir del 9 de mayo en las provincias de Chumbivilcas, Canas, Espinar y Cuzco.	
<b>Mayo-1991</b>	Se declara en la ciudad el toque de queda desde las seis de la tarde.	Dos días antes, numerosos elementos del MRTA atacan puestos policiales y locales públicos de Saposoa, Tarapoto, Rioja y Moyobamba; secuestran a nueve policías
<b>Junio-1991</b>	Se proroga por sesenta días más el estado de emergencia en Lima, Callao y Puno.	
<b>Julio-1991</b>	Se proroga el estado de emergencia en Lima y Callao.	
<b>Agosto-1991</b>	El 24 se declara el Estado de Emergencia en todo el departamento de San Martín. Poco después, se levanta el estado de emergencia en el departamento de San Martín	
<b>Setiembre-1991</b>	Vuelve a prorrogarse por sesenta días el estado de emergencia en Lima y Callao	
<b>Noviembre-1991</b>	79 decretos legislativos se promulgan sobre temáticas distintas, pero la mayoría tratan sobre seguridad nacional (ley de movilización nacional, ley del sistema de defensa nacional, ley del sistema de inteligencia nacional, las normas para las Fuerzas Armadas en las zonas no declaradas en emergencia, el reconocimiento de comités de autodefensa, la autorización a las Fuerzas Armadas y PNP para ingresar a los centros universitarios y a los penales en caso necesario, nueva estructura orgánica de la PNP, entre otros).	
<b>Diciembre-1991</b>	Establecimiento del estado de emergencia para casi todas las provincias del norte del departamento de Puno: Melgar, Azángaro, Huancané, Carabaya y Sandía.	
<b>Enero-1992</b>	El Senado aprueba un proyecto de ley por medio del cual la intervención de las Fuerzas Armadas, en zonas no declaradas en estado de emergencia, podría realizarse a petición de la autoridad política o, en ausencia de ésta, por la autoridad policial.	

<b>Junio-1994</b>	Se prolonga el estado de emergencia por 60 días en las provincias de Chincheros, Andahuaylas, Abancay y Aymaraes	
<b>Noviembre-1994</b>	Levantamiento estado de emergencia en Dos de Mayo	
<b>Diciembre-1994</b>	Se proroga el Estado de Emergencia en Huánuco y San Martín.	SL realizó entre junio y diciembre de 1994 otras 140 acciones o actos subversivos, entre los cuales destaca el asesinato de un número importante de dirigentes comunales en el distrito de Daniel Alomía Robles, provincia de Leoncio Prado
<b>Marzo-1995</b>	Días antes de las elecciones generales, el Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas estudia la posibilidad de levantar el estado de emergencia en algunos lugares.	
<b>Noviembre-Diciembre de 1999</b>	El levantamiento del estado de emergencia en la región Sur Central no se produciría sino hacia fines de 1999.	
<b>Enero-2000</b>	En decreto supremo publicado en el diario oficial <i>El Peruano</i> , se proroga el estado de emergencia, por 30 días, en algunas provincias de los departamentos de Huánuco, San Martín, Ayacucho, Junín y Cuzco.	
<b>2000</b>	En el 2000, en plena campaña electoral, el Presidente Alberto Fujimori ordenó levantar el Estado de Emergencia en varias zonas, lo cual condujo al retiro de algunas bases <i>contrasubversivas</i> .	

Fuente: CVR. Elaboración propia.

**Anexo 6. Resultados de las Elecciones Regionales de 1989 en cuatro departamentos de Perú.**

<b>LA LIBERTAD</b>		
<b>Organización Política</b>	<b>Porcentaje Votos Válidos</b>	<b>Número de representantes electos</b>
<b>Partido Aprista Peruano</b>	61,50%	9
<b>Fredemo</b>	17,50%	2
<b>Cambio 90</b>	7,40%	1
<b>Izquierda Unida</b>	5,30%	-
<b>Izquierda Socialista</b>	4,00%	-
<b>Frente Popular Agrícola Fía del Perú</b>	1,10%	-
<b>Acción Cívica Magisterial</b>	0,80%	-
<b>Unidad Cívica Independiente</b>	0,80%	-
<b>Frenatraca</b>	0,80%	-
<b>Agrupación Política Independiente Cooperación Nacional</b>	0,50%	-
<b>Movimiento de Independientes Peruano Andina Liberación</b>	0,40%	-

<b>CUSCO</b>		
<b>Organización Política</b>	<b>Porcentaje Votos Válidos</b>	<b>Número de representantes electos</b>
<b>Izquierda Unida</b>	30,30%	3
<b>Partido Aprista Peruano</b>	23,90%	3
<b>Fredemo</b>	19,70%	2
<b>Izquierda Socialista</b>	11,80%	1
<b>Frenatraca</b>	8,40%	1
<b>Frente Popular Agrícola FIA del Perú</b>	2,60%	-
<b>Unión Cívica Independiente</b>	2,00%	-
<b>Unión Democrática</b>	1,20%	-

<b>AYACUCHO</b>		
<b>Organización Política</b>	<b>Porcentaje Votos Válidos</b>	<b>Número de representantes electos</b>
<b>Izquierda Unida</b>	26,80%	4
<b>Fredemo</b>	26,30%	4
<b>Partido Aprista Peruano</b>	22,00%	3
<b>Frente Popular Agrícola FIA del Perú</b>	10,40%	1
<b>Unión Cívica Independiente</b>	8,10%	1
<b>Frenatraca</b>	6,40%	1

<b>CAJAMARCA</b>		
<b>Organización Política</b>	<b>Porcentaje Votos Válidos</b>	<b>Número de representantes electos</b>
<b>Partido Aprista Peruana</b>	45,30%	5
<b>Fredemo</b>	22,60%	1
<b>Izquierda Unida</b>	12,60%	1
<b>Frente de Desarrollo Regional</b>	11,50%	-
<b>Acuerdo Popular</b>	3,30%	-
<b>Frente Popular Agrícola FIA del Perú</b>	2,30%	-
<b>Unión Cívica Independiente</b>	2,30%	-

Fuente: Infogob. Elaboración propia.

## Anexo 7. Cronología del caso Camisea

FECHA	ACONTECIMIENTO
Julio - 1981	El Estado peruano suscribe con la empresa Shell un Contrato de Operaciones petrolíferas por los lotes 38 y 42.
1983 - 1987	Como resultado de la perforación de 5 pozos exploratorios, la Shell descubre los Yacimientos de Gas de Camisea.
Marzo – 1988	Se firma Acuerdo de Bases para la explotación de Camisea entre la empresa Shell y PETROPERU.
Marzo-1988	El 27 de Marzo de 1988, el diario <i>Expreso</i> publica la información de que un grupo de 3000 campesinos de las comunidades de Huyro y Huallapata realizaron una movilización en la provincia de La Convención en Cusco y destruyen el puente Huyro en protesta por la firma del Contrato con la empresa Shell, para explotar el gas de Camisea.
Abril - 1988	El 1 de Abril de 1988, el diario <i>Expreso</i> publica la información de que 1000 campesinos del Frente de Campesinos de la Provincia de la Convención y Lares realizaron destruyeron parte de la carretera que conduce a Machu Picchu y Quillabamba en la provincia de La Convención en Cusco, como medida de protesta por la firma del Contrato con la empresa Shell, para explotar el gas de Camisea.
Abril -1988	El 6 de Abril de 1988, el diario <i>El Comercio</i> publica la información de que campesinos del Frente de Campesinos de la Provincia de La Convención y Lares realizaron un bloqueo de los caminos y la vía férrea del Sector Santa Teresa y se declararon en huelga de hambre en protesta por el alza del precio de la hoja de coca y exigiendo beneficios directos de la explotación del Gas de Camisea.
Abril-1988	El día 9 de Abril de 1988, el diario <i>Expreso</i> publica la información de que 500 campesinos de Quillabamba, encabezados por Hugo Blanco y Luis de la Puente Uceda, realizaron la toma del Edificio de Galerías Turísticas ubicado en la provincia del Cusco en el departamento del Cusco, en protesta por la firma del Contrato con la empresa Shell, para explotar el gas de Camisea.
Abril-1988	El día 14 de Abril de 1988, el diario <i>La República</i> publica la información de que en la provincia de Cusco en el departamento de Cusco, el Comité Ejecutivo del Frente de Defensa de los Interés de Cusco realizó un paro de 24 horas en protesta por la firma del Contrato con la empresa Shell, para explotar el gas de Camisea. En ella participaron 30 000 campesinos y contó con el apoyo de Senadores y Diputados de IU.
Julio-1988	El 27 de Julio, la Comisión de Hidrocarburos del Senado de la República (presidida por Alfonso Ramos Orihuela) emite un informe (firmado por su presidente, José Linares Gallo, Alfredo Santa María Calderón, Jorge Fernández Maldonado, Carlos Malpica y Javier Díaz Orihuela) que plantea como recomendaciones que “de forma alguna” debería firmarse un contrato con la empresa Shell Exploradora y Productora del Perú B.V. Malpica 1988.
Agosto - 1988	Se da por concluida la negociación de un Contrato con la empresa Shell, sin llegarse a un acuerdo.
Marzo – 1994	Se firma Convenio para Evaluación y Desarrollo de los Yacimientos de Camisea entre la empresa Shell y PERUPETRO.
Mayo- 1995	La empresa Shell entrega Estudio de Factibilidad y solicita a PERUPETRO el inicio de la negociación de un Contrato de Explotación de los yacimientos de Camisea.
Mayo-1996	Se completó negociación y se suscribió el Contrato de Explotación de los Yacimientos de Camisea entre el consorcio SHELL/MOBIL y PERUPETRO.

Julio-1998	El consorcio Shell/Mobil comunica su decisión de no continuar con el Segundo Periodo del Contrato, por consiguiente el Contrato queda resuelto.
Mayo - 1999	La Comisión de Promoción de la Inversión Privada (COPRI) acuerda llevar adelante un proceso de promoción para desarrollar el Proyecto Camisea mediante un esquema segmentado, que comprende módulos independientes de negocios.
Mayo - 1999	El 31 de mayo de 1999, el Comité Especial del Proyecto Camisea (CECAM) convocó a Concurso Público Internacional para otorgar el Contrato de Licencia para la Explotación de Camisea, y las Concesiones de Transporte de Líquidos y de Gas desde Camisea hasta la costa y de Distribución de Gas en Lima y Callao.
1999	Como resultado de este concurso, 11 empresas fueron precalificadas en el concurso para la explotación y 12 para el transporte y distribución.
Febrero - 2000	Se suscriben los Contratos para el desarrollo del Proyecto Camisea con los consorcios adjudicatarios de los Concursos llevados a cabo por el CECAM. El Estado peruano adjudicó la licencia para la explotación, por 40 años, de los hidrocarburos de Camisea al consorcio liderado por Pluspetrol Perú Corporation, Hunt Oil Company of Pery LLC, Tecpetrol del Peru SAC, SK Corporation, Sonatrach Peru Corporation SAC y Repsol Exploración Perú.
Octubre - 2000	El Estado peruano adjudicó las concesiones para el transporte de líquidos y gas natural a la Costa y la distribución de gas natural en Lima y Callao al consorcio liderado por Tecgas N.V. (100% propiedad del Grupo Techint), con la participación de Pluspetrol Resources Corporation, Hunt Oil Company, SK Corporation, Sonatrach Petroleum Corporation B.V.I y Graña y Montero S.A.
Diciembre-2000	Se suscribieron los contratos de explotación y los tres contratos de Concesión para el transporte y distribución.